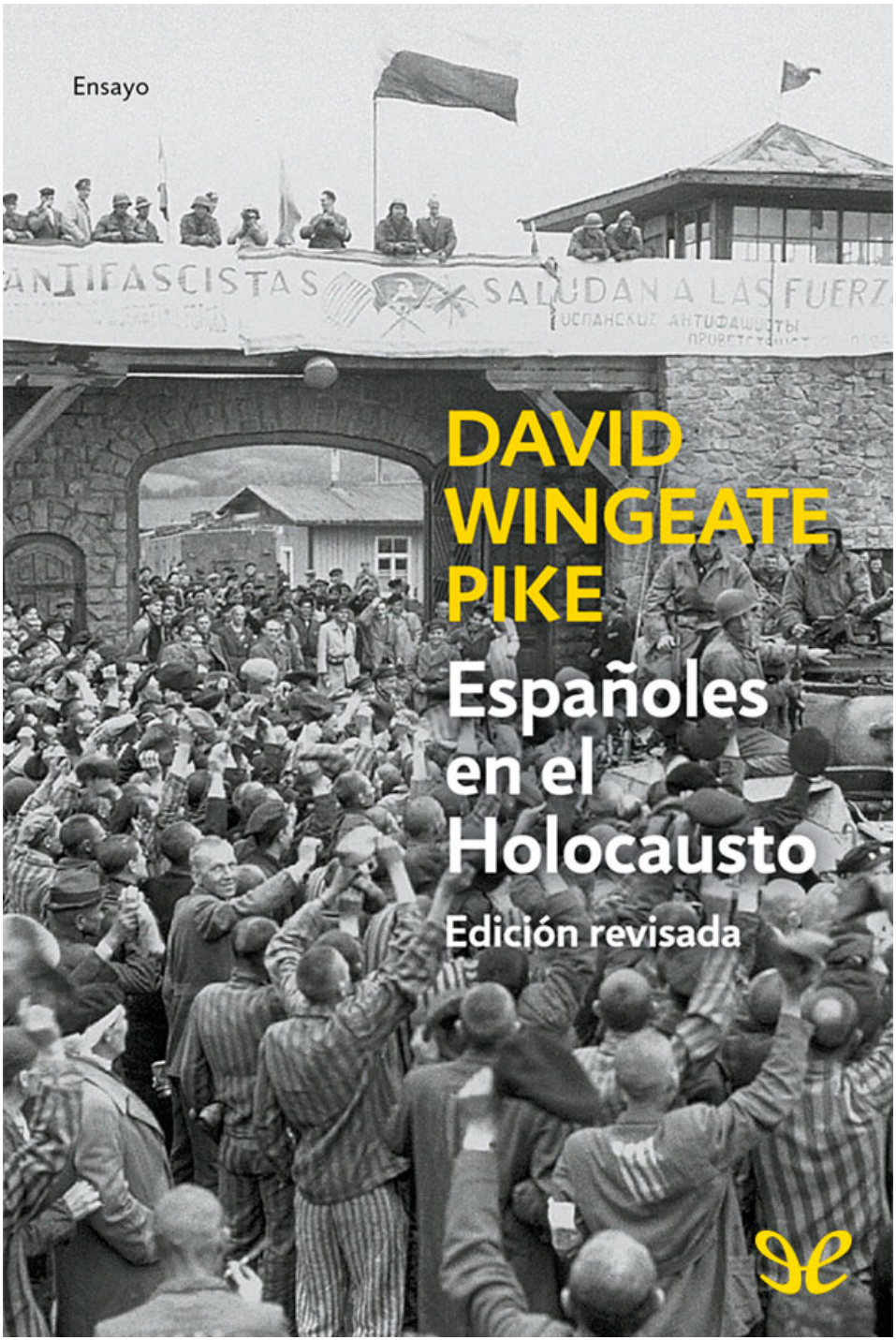

Ensayo
DAVID WINGEATE PIKE
Españoles en el Holocausto
Edición revisada

La presente obra describe la experiencia del gran contingente español confinado en uno de los más terribles campos de concentración nazis, el complejo de Mauthausen. Entre los cientos de miles de prisioneros enviados a este campo, los siete mil españoles que llegaron allí eran republicanos refugiados en Francia que habían luchado en la Guerra Civil y que, tras la invasión nazi, fueron arrestados por las tropas alemanas. Su historia sirve en parte para presentarnos un microcosmos de la experiencia colectiva, pero es al mismo tiempo una experiencia única.

Esta cuarta edición ha sido revisada por el autor y ampliada con dos anexos: una lista de los españoles de Mauthausen fallecidos por causas no naturales y una extensa coda que incorpora sus avances en la investigación durante los últimos diez años.

epublibre

David Wingeate Pike

Españoles en el Holocausto

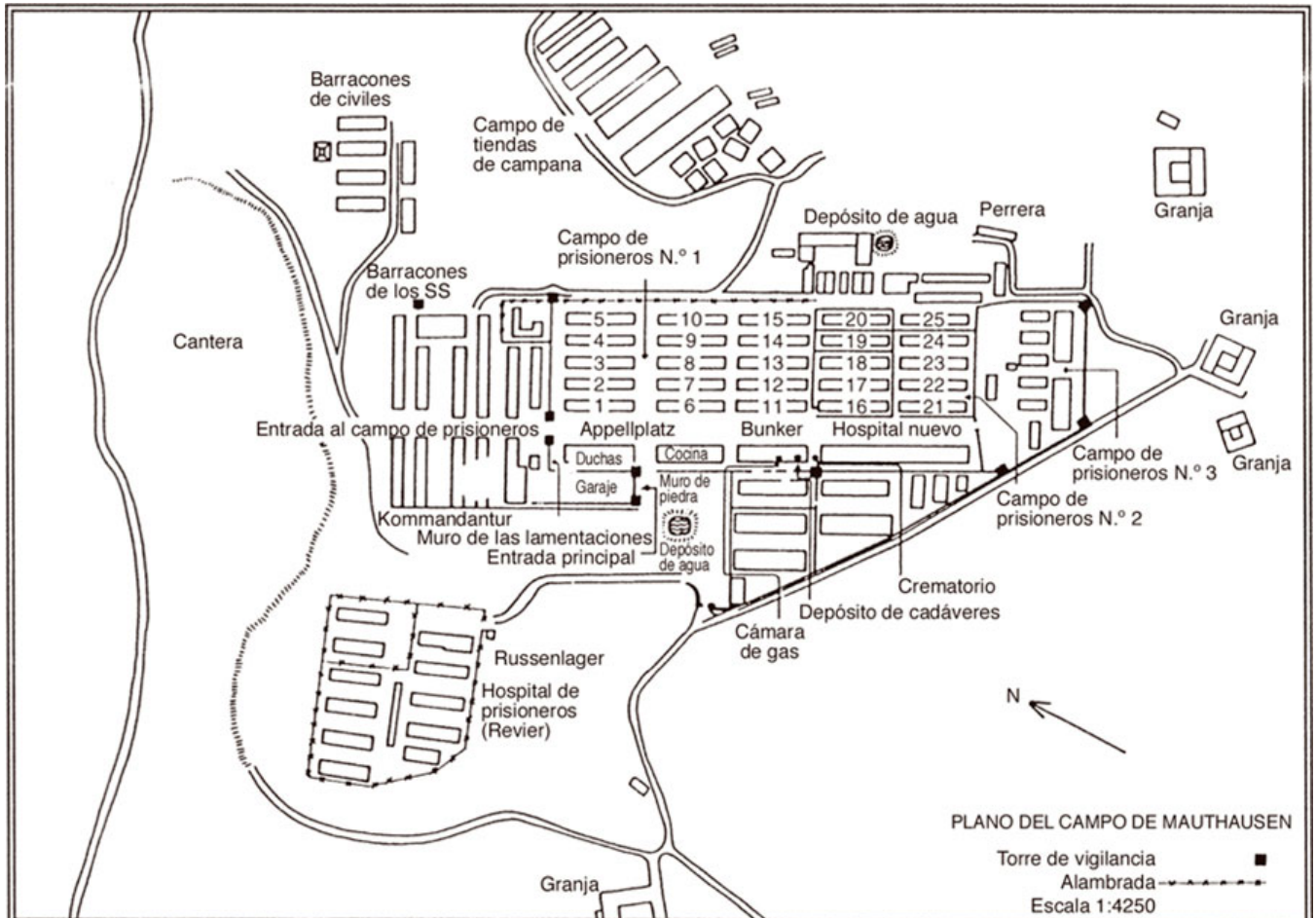
Vida y muerte de los republicanos en Mauthausen

ePub r1.0
Titivillus 05.08.18

Título original: *Spaniards in the Holocaust*
David Wingeate Pike, 2000
Traducción: Enrique Benito & David Wingeate Pike

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A Ángela Córdoba Osuna,
que me enseñó su idioma, algo de su fe,
y mucho de su compasión por los que sufren


Barracones de civiles
Campo de tiendas de campana
Granja
Depósito de agua
Perrera
Campo de prisioneros N.° 1
Barracones de los SS
Granja
Cantera
5 10 15 20 25
4 9 14 19 24
3 8 13 18 23
2 7 12 17 22
1 6 11 16 21
Entrada al campo de prisioneros
Appellplatz
Bunker
Hospital nuevo
Duchas
Cocina
Garaje
Muro de piedra
Campo de prisioneros N.° 3
Granja
Kommandantur
Muro de las lamentaciones
Entrada principal
Depósito de agua
Campo de prisioneros N.° 2
Crematorio
Depósito de cadáveres
Cámara de gas
Russenlager
Hospital de prisioneros (Revier)
N
PLANO DEL CAMPO DE MAUTHAUSEN
Torre de vigilancia
Alambrada
Escala 1:4250
Granja

Prólogo a la primera edición

La historia de Mauthausen cubre poco más de siete años, desde el Anschluss [anexión de Austria por Alemania] en 1938 hasta la última semana de la Segunda Guerra Mundial en Europa. Durante este tiempo, por Mauthausen pasaron varios cientos de miles de prisioneros, de los cuales murieron 200.000. Aunque Mauthausen es un pueblo del Danubio, además de la fortaleza de granito de la colina colindante, este nombre sirvió para referirse no solo al campo principal sino también a los campos subsidiarios, grandes y pequeños, dispersos por toda Austria excepto el Tirol, que eran administrados por el Lagerführer del Hauptlager. Técnicamente, Mauthausen no era un campo de exterminio (*Vernichtungslager*) ni tampoco estaba destinado a los judíos, pero exterminó sistemáticamente y hubo judíos entre sus víctimas. También hubo decenas de miles de prisioneros de guerra que, según la Convención de Ginebra, tenían derecho a ser internados en un Stalag o un Oflag. En su mayoría eran soviéticos, pero los pocos militares holandeses, estadounidenses y británicos (numéricamente en este orden) internados allí estuvieron entre los que recibieron peor trato. Olvidemos el mito de que la mentalidad de las SS estuviera dominada por la idea de la raza. Era el gusto por el poder, la arrogancia suprema y el frenesí por humillar lo que impulsaba los actos de los SS, como se demostró con diáfana claridad en el trato que dieron a los arios neerlandeses, que eran más arios que ellos. Pero si bien los dos mayores contingentes de prisioneros de guerra fueron el soviético y el polaco, el tercero en número correspondió a los españoles, que terminaron en Mauthausen por dos razones: la primera, porque ningún gobierno (ni el de Franco, ni el de Pétain ni el de Hitler) se preocupó de si estaban vivos o muertos; la segunda, porque el campo al que fueron enviados había sido concebido como el peor de la Alemania nazi.

Mauthausen acogió además, en un momento u otro, a unos 15.000

SS que, en una proporción sorprendentemente alta, eran austríacos. No debe olvidarse que, en proporción a la población, el número de austríacos miembros del partido nazi y voluntarios de las SS era mayor que el de alemanes, desde Kaltenbrunner y Eichmann para abajo. No eran solo los habitantes de Mauthausen los que estaban al corriente del «secreto», sino todas las comunidades que vivían cerca de los campos subsidiarios, desde Linz a Wiener Neustadt y hasta la frontera yugoslava.

El archipiélago de Mauthausen merece un trabajo que ocuparía numerosos volúmenes, pero también se presta al estudio de un grupo nacional a modo de microcosmos de la experiencia común. A este respecto, la comunidad española resulta ideal. Solamente tres grupos nacionales llegaron a Mauthausen antes que ella (austríacos, checos y polacos) y, a diferencia de los franceses, belgas y luxemburgueses, los españoles no fueron evacuados por la Cruz Roja Internacional antes de la liberación. Pero las razones principales que justifican la elección de los españoles como tema de estudio son dos: primero, ninguna comunidad nacional surgió de Mauthausen con la autoestima tan alta como ellos, y, además, ningún otro grupo nacional consiguió colocar a tantos de sus miembros en puestos esenciales como escribientes o ayudantes (la clave de su supervivencia personal) en la administración de las SS.

Así, aunque este libro se centra en la experiencia de la comunidad española en Mauthausen, no se conforma con describir simplemente lo que hicieron, sino también lo que presenciaron y anotaron. En algunos casos, las pruebas conservadas, en particular las fotografías, se deben totalmente a españoles. Por este motivo, acaso una parte importante del material aquí suministrado corresponde a experiencias de prisioneros de otras nacionalidades, pero en muchos casos únicamente los españoles vivieron para contarlo.

El área de investigación es tan extensa que es inevitable que se hayan omitido algunas cuestiones. Las experiencias de los españoles como prisioneros en las islas del Canal, la batalla de Austria que se produjo confusamente en el momento de la liberación, los vínculos entre soviéticos y estadounidenses o la fuga de dirigentes nazis a Sudamérica, junto con gran material de notas de los 50 campos, un material que ya se ha incluido en anteriores trabajos, han debido

excluirse de la presente obra por cuestiones de espacio. De hecho, este libro es el tercero que he dedicado a Mauthausen, sin mencionar mis ensayos preliminares de 1993 o la obra que estoy ahora preparando sobre los juicios de los asesinos de Mauthausen, tanto SS como kapos. Perseguir a estos criminales, sin ceder al desaliento, es honrar el juramento pronunciado por los supervivientes de Buchenwald: «Juramos ante el mundo entero, en esta plaza de revista, este lugar de crueldad fascista, que nunca abandonaremos la lucha hasta que el último de los culpables comparezca ante los jueces del pueblo». Pero debe decirse que esta continua persecución no goza, en el siglo XXI, del favor universal. Tal vez solo en los años 1945-1947 hubo un deseo general de llevar a estos criminales ante la justicia. Países como Argentina,[1] Brasil, Chile, Paraguay, Bolivia e incluso Canadá[2] ofrecieron asilo hasta al peor de ellos. En el Reino Unido, se produjo en el Parlamento en 1991 un ruidoso debate sobre si debía continuarse o no la búsqueda.[3] En una cena en París en 2001, le pregunté al doctor David Owen, dirigente liberal y miembro de la Cámara de los Lores, sobre lo que había votado. Respondió con énfasis que si solo tuviera un voto para el resto de su vida, lo usaría para poner término a la persecución. Cuando le dije a lord Owen que había dedicado mis últimos veinte años principalmente a esa persecución, dijo que eso era propio de un «totalitario jurídico». Lord Owen tenía sus razones. Si bien la resolución de «llevar a todos los criminales de guerra pronto ante la justicia» se repitió en todos y cada uno de los días de la Conferencia de Yalta, dicha resolución, podría decirse, presuponía que la justicia tenía que ser rápida. Pero el verdadero valor de estos procesos no es castigar al criminal, sino revelar el crimen.

El estudio de la historia contemporánea consiste en parte en subsanar los errores de aquellos testigos supervivientes que, a veces intencionadamente y otras por cansancio o depresión, distorsionan, exageran e inventan las experiencias que reclaman como propias. En una famosa carta escrita por un lector español a un escritor de su país, el lector indicaba: «Muchas veces, al leer las crónicas de nuestro cautiverio, y en especial las de Mauthausen, la gran mayoría de los antiguos prisioneros se plantean si no se está hablando de otro campo, tan extrañas y ajenas nos resultan las

declaraciones que se incluyen».[4] Juan de Diego escribió al mismo cronista Mariano Constante: «Parece que quien infla más las cifras tiene más razón». La queja no causó ninguna impresión. La entrevista en la televisión española de Constante el 17 de enero de 1976 y la información que presentó en un diario de Barcelona[5] provocaron una agria respuesta de su compatriota Casimir Climent. Este, que había trabajado en la Politische Abteilung (oficina de la Gestapo) desde el día de su llegada (25 de noviembre de 1940), describió a Constante, que había estado empleado en el pelotón de desinfección, como un novelista que «relata hechos de guerra inexistentes» y como un implicado que «se da títulos, cargos y grados que nunca ha tenido». En cuanto a sus cada vez más exageradas cifras, añadía Climent, «salen de su cerebro egocentrista».[6]

Es triste que Mariano Constante, que podría haber hecho una útil contribución a la historia de Mauthausen, optara por la distorsión y la falsedad, invistiéndose con el papel de otros, con el resultado de que muchos de sus compatriotas, que sabían muy bien que la historia de Mauthausen exige un relato plano, sin adornos, miraran sus escritos con desprecio. Pero la charada no había terminado ni siquiera en 1999, pues en octubre de ese año, en su casa de Montpellier, la Fondation pour la Mémoire de la Déportation accedió a algo que difícilmente se podía permitir. Los recursos de la Fondation son limitados, y los supervivientes a los que concede una entrevista en vídeo son pocos, pero la Fondation pensaba que el testimonio de Constante merecía cuatro horas de grabación. En distintas partes del libro se ofrecen los resultados de esa grabación. De todas las invenciones de Constante, tal vez la más descarada fue la pretensión, que este autor había dado por buena anteriormente, de que su disputa con el oficial de las SS conocido como la Niña le había dejado una deformidad permanente en la mano. En el Hôtel Ibis del aeropuerto de Orly, el 1 de abril de 1997, este autor tentó a Constante para que apretara los dos puños. Lo hizo sin dificultad; tenía las manos en perfecto estado. Entonces el autor le preguntó: «Si tuviera que volver a escribir todo lo que ha escrito, ¿qué quitaría?». «Nada», contestó Constante, sin reflexionar ni un momento. Enfrentado a sus compañeros supervivientes por haber falseado los hechos, Constante replicó: «Tengo que ganarme

la vida». El resultado es que Constante ha echado por tierra su credibilidad y que cuando una de sus afirmaciones no está corroborada por una segunda fuente, su testimonio no se ha considerado fiable y ha sido excluido de la presente obra.

Lo que han conseguido Constante y otros de su mismo jaez es dar alas a los revisionistas en sus intentos por arrojar dudas sobre el horror de los campos de concentración. La amenaza de los revisionistas es real. Ello explica por qué nada de lo escrito hasta el presente sobre Mauthausen haya siquiera mencionado la existencia de una «cantina» para los prisioneros. Aunque el término cantina se empleaba en Mauthausen para referirse a algo que era poco más que una taquilla sin comida, la sola palabra suena a música celestial a oídos de los revisionistas en su versión mejorada de la vida en el KZ: «Cantina, fútbol los domingos por la tarde, el teatro del campo y los conciertos, el lago de Ebensee, la agradable aunque rigurosa y disciplinada vida de un campo; ciertamente no un campo de reposo, pero un reto y una oportunidad estimulante…». No ha de suponerse que las comunidades austríacas más próximas a los campos SS se hayan convertido en las más sensibles al recuerdo de la barbarie de las SS. La población de Wels no es una comunidad remota, sino equidistante de Linz, Vöcklabruck y Steyr, lugares todos ellos que fueron asiento de campos subsidiarios. En su inmediata cercanía Wels tenía el suyo propio, en Gunskirchen, donde los cuerpos de 4.000 judíos húngaros, enterrados en una fosa común, no fueron descubiertos hasta 1985. Wels es también la tierra del productor cinematográfico austríaco Andreas Gruber, que durante tres años fue miembro electo del moderado Partido Conservador. Después de que Gruber se opusiera a que se levantara un monumento en Wels a las Waffen-SS, reclamara que en su lugar se erigiera uno dedicado a las víctimas del nazismo y propusiera que el 8 de noviembre (*Kristallnacht*) fuera conmemorado en toda Austria, su teléfono no dejaba de sonar: fue llamado *Nestbeschmutzer* (el que ensucia su propio nido) y amenazado de muerte si persistía. Hubo que abandonar las propuestas. Entretanto, los veteranos de las SS seguían celebrando sus reuniones sin que nadie los molestara, con Sylvester Stadler, antes del Das Reich, particularmente activo en Carintia. La asociación de veteranos de las SS ha tomado el nombre de Kameradschaft IV, donde el uso del IV es un intento de

convencer al mundo de que era el cuarto brazo de la Wehrmacht (después de la Heereswehr, la Kriegsmarine y la Luftwaffe). Todos ellos honorables soldados.

No es probable que las generaciones futuras comprendan por qué el estudio de Mauthausen y otros campos se inició tan tarde. Fue hace décadas cuando el superviviente de Mauthausen y decano de la Facultad de Humanidades en la Université de Caën lanzó una advertencia general: «El estudio definitivo del sistema del KZ será realizado por nuestra generación o nunca se hará». La advertencia fue sustancialmente desoída y se perdió casi por completo una generación de investigadores. Aunque habría sido muy fácil si los supervivientes de Mauthausen, o de cualquier otro campo, en la década posterior a 1945 hubieran registrado de forma clara y concisa sus experiencias individuales, y solo las escenas que habían presenciado personalmente. Pero eso sería demasiado sencillo. De la historia de los españoles de Mauthausen se apropiaron principalmente los comunistas, ¿y cómo podría haberse presentado ningún español como héroe si así mermaba el aura de la divina Dolores? Es una pérdida irremediable para la historia que algunos supervivientes no hayan dejado nada tras de sí. Durante años, el autor intentó convencer a Gaspar Omedes, residente en Alès, para que le hablara de lo que sabía de la cámara de gas, dada su experiencia en su construcción. Murió en 2002 sin haber dicho una palabra sobre el asunto, ni siquiera a sus amigos. En la Politische Abteilung, entre los prisioneros escribientes que sobrevivieron estaba Josep Bailina, siempre dispuesto a leer cuantos libros sobre Mauthausen aparecían en español o en francés, para mostrarse en desacuerdo con todos; pero no escribió nada, y pocas semanas antes de su muerte en 1984 quemó sus notas.[7] Otro trabajador de esa oficina, el checo Johan Rozehnal, estaba asimismo bien informado y ofreció esa información a investigadores estadounidenses. Estos le preguntaron si era judío. Cuando contestó que no, los investigadores perdieron el interés. Murió no mucho más tarde, en Brno.[8] Otro checo, Kuneš Pany, elegido primer Lagerschreiber, era el prisionero responsable de todo en la Schreibstube (oficina de administración). Después de la liberación cayó víctima de las demenciales represalias de Stalin y murió sin dejarnos ningún legado.

En estas circunstancias, la historia puede agradecer la supervivencia de los dos prisioneros que ayudaron a Pany en la Schreibstube: el austríaco Hans Maršálek y el español Juan de Diego. Maršálek ha dedicado su vida al estudio sistemático de Mauthausen y publicado sus trabajos en tres obras, con sus correspondientes revisiones. Juan de Diego no ha publicado nada, pero sigue siendo la siguiente fuente más importante de información sobre los distintos aspectos del campo; su espléndida memoria, que no le ha abandonado en toda su vida, le ha merecido el apodo de «Noranta-nou» [«Noventa y nueve» en catalán], debido al porcentaje de veces que su memoria se ha demostrado exacta.[9]

Juan de Diego fue uno de los cuatro españoles elegidos por el destino para ocupar puestos destacados en tres centros neurálgicos del Lager: la Schreibstube, la Politische Abteilung (oficina de la Gestapo) y el Erkennungsdienst (servicio de identificación fotográfica). Fue un golpe de suerte que las SS, que pusieron tanto esmero en liquidar a los prisioneros que habían trabajado en el crematorio y la cámara de gas, no adoptaran una acción similar contra estos hombres, en cuyo poder estaban las claves del conocimiento de algo que resultaría todavía más valioso. Casimir Climent moriría loco, pero será siempre recordado por la secreta colección que sacó intacta del campo; y su papelito que identificó a los SS que le rodeaban terminó en mi poder.[10] En la tercera oficina, el Erkennungsdienst, los dos catalanes Antonio García y Francesc Boix guardaron el tesoro más importante de todos, y hay que lamentar profundamente que su mala relación haya sido origen de una animadversión duradera.

Nadie ha cuestionado jamás la importancia de las fotografías que fueron salvadas en Mauthausen. El conjunto total de instantáneas tomadas en los demás centros del universo del KZ (de los campos realmente operativos) no resiste la comparación, y de los seis campos de exterminio de Polonia (en los que murieron la mayoría de los once millones de personas, casi la mitad judíos) apenas existe registro fotográfico. Por tanto, es poco menos que un milagro que estos dos españoles, que no colaboraron entre sí pero que actuaron con un mismo propósito, salvaran un paquete de los negativos y copias que manejaban (según se dice) por miles. Boix murió antes de que pudiera ser cuestionado por ningún

investigador, mientras que García vivió hasta el año 2000. Tuve el privilegio de frecuentar a García regularmente durante varios años, pero coincido ahora con el historiador español Benito Bermejo en que concedí a Antonio, al que llegué a considerar un amigo cercano, el beneficio de demasiadas dudas. La tabla que aparece en el anexo V de este libro me fue entregada, en forma de fotografía, por García como su último regalo, en un momento en que estaba perdiendo la cabeza y decía que ya no tenía ninguna foto. Su mujer, Odette Janvier, me aseguró que no sabía lo que decía, pero al final resultó ser verdad. En mi siguiente visita a su casa, me dijeron que todas las fotos habían desaparecido y que nadie sabía a quién se las había dado.

La tabla del anexo V proporciona información que, efectivamente, resta crédito a una parte importante del testimonio de Antonio García. Revela la presencia en el Erkennungsdienst de un compañero español, José Cereceda, a quien Antonio nunca había mencionado. Ofrece pruebas de los estipendios (teóricos) concedidos a los prisioneros del laboratorio fotográfico y muestra que Boix era, en efecto, su kapo, que ganaba 1 reichsmark semanal más que García. La insistencia de García en que Boix nunca había trabajado en el cuarto oscuro es probable en lo que respecta al período transcurrido hasta febrero de 1945, pero no después de esa fecha. Igualmente inaceptable resulta la afirmación de García de que Boix no sabía nada de fotografía. Existen pruebas muy evidentes de que Boix tomó (sin duda con la Leica de Ricken) las numerosas fotografías de Mauthausen del momento de la liberación, fotografías que Antonio nunca reclamó haber hecho él. La conclusión ineludible es que Antonio García se llevó hasta la tumba su rencor contra Boix por el robo de las copias, un rencor tan amargo que no concedía a Boix ningún mérito por el trabajo que se había tomado por conservar el registro fotográfico. En todos esos años, Antonio me habló solo de las copias que había perdido por causa de Boix, nunca de los negativos que este hurtó masivamente de los archivos del Erkennungsdienst. Nada de ello atenúa la traición y el egoísmo de Boix que, en la fama y el éxito que alcanzó en la posguerra, podría haber dado a Antonio la oportunidad de otorgarse algún mérito por su contribución.

Dado que Boix pudo controlar, durante tanto tiempo, la historia

de las fotografías, también alteró el foco con el que se contempló al SS responsable del laboratorio fotográfico; lo desplazó de Ricken a Schinlauer. Después de la guerra, Ricken fue detenido y procesado; Schinlauer actuó como testigo en otro juicio. Ricken fue sentenciado a cadena perpetua; Schinlauer escapó al juicio, y en 2001 vivía en un suburbio del norte de Berlín cuando fue entrevistado por Benito Bermejo. Ricken se merecía la sentencia (que le fue conmutada en apelación), pero por los crímenes que había cometido en Aflenz, no por lo que hizo en el Erkennungsdienst, donde los fiscales estadounidenses le incluyeron simplemente en el cargo de «designio común».[11] Ello abre la cuestión sobre el verdadero carácter de Ricken. Antonio dijo repetidamente: «Le debemos la vida». ¿Es este otro caso del síndrome de Estocolmo? ¿O fue Ricken, tal como insistía Antonio, esa auténtica rareza, «un SS decente»? Aquí puede haber una trampa. El doctor Mengele también era «decente». Eso le dijo a Ovitz Piroska, una de los enanos con los que estuvo experimentando en Auschwitz. «¿Crees que disfruto con esto? Tengo mujer y una familia.»[12] Era cierto, siete hijos. En Dachau, destacó el testimonio de un superviviente que recordaba al SS-Oberscharführer Otto Haug. «Por la bondad de su corazón y con riesgo para sí mismo, salvó la vida de un preso.» Se menciona todo esto para explicar lo difícil que puede llegar a ser en ocasiones emitir un juicio. Tal vez el fotógrafo de quien dijo Antonio García «Le debemos la vida» era la encarnación del hombre contra el cual Antonio un día advirtió a Boix: «Nunca des confianza a un SS, ni siquiera al mejor de ellos». Puede ser que el hombre a quien tanto admiraba Antonio en Mauthausen se convirtiera en un animal distinto una vez que le dieron el comando de Aflenz. Tal vez representaba, más que algún otro SS, la delgada línea que separa a un ser humano de un monstruo. Quizá en el caso de Ricken, como en el de Fausto, dos ángeles rivales luchaban por su alma.

La polémica acerca de Antonio García y Francesc Boix me ha llevado a investigar más detenidamente la historia de estos dos prisioneros y fotógrafos y de Paul Ricken. Mi estudio fue distribuido en un congreso en los Archivos Nacionales, en París, el 18 de septiembre de 2005, pero nunca ha sido publicado. Se puede pedir gratuitamente escribiendo a dwp@aup.fr

No fue nunca mi propósito, al escribir este libro, buscar en una

banda de monstruos vestigios de humanidad. Ese propósito fue, y es, hacer un tributo a una comunidad nacional en Mauthausen, distinta de otras por razones que explico, y que en las peores condiciones de vida demostraron una solidaridad tal que fue un ejemplo para todas.

París, 4 de junio de 2003

Agradecimientos y prólogo a esta edición

Mi primer agradecimiento va dirigido a las asociaciones de supervivientes y a sus miembros, que me han estado prestando su ayuda en los últimos veinte años, después de mi primera entrevista con el ex ministro comunista checo Artur London en 1979. En París, las asociaciones son la Amicale de Mauthausen y la Fédération Espagnole de Déportés et Internés Politiques, responsables, respectivamente, de las publicaciones *Mauthausen: Bulletin* e *Hispania*. Entre los miembros de la Amicale, quiero mostrar mi gratitud a su presidente, el general Pierre Saint-Macary, y a su vicepresidente, Jean Gavard, por haberme invitado a una visita especial a Mauthausen en abril de 1997 cuando entre los guías se contaban Marie-Jo Chombart de Lauwe, Pierre-Serge Choumoff, Mariano Constante y Jean Laffitte. En cuanto a la FEDIP española, he podido ver cómo sus miembros van disminuyendo, pero he de expresar mi agradecimiento a su actual presidente, Ramiro Santisteban, y al último editor de *Hispania*, Lázaro Nates, que eran apenas unos muchachos cuando se convirtieron en prisioneros de Mauthausen. Entre otras asociaciones de supervivientes, a cuyas reuniones asisto siempre que puedo, me gustaría dar las gracias especialmente a la Association Française Buchenwald-Dora y a su secretaria general, Suzanne Barrès. Mi gratitud también para la Fondation pour la Mémoire de la Déportation, recientemente instalada en sus oficinas de París, por el acceso que me ha permitido a sus colecciones de vídeo y audio.
En Francia, quiero dar las gracias al fallecido padre Riquet por haberme hablado, con gran claridad aun estando al final de su vida, de sus recuerdos y del impacto que tuvo Mauthausen en su fe; a Pierre Daix, en tiempos en el polo ideológico opuesto a Riquet pero unido a él en Mauthausen por el vínculo común de la humanidad; al fallecido David Rousset, el más enconado enemigo de Daix (y de Stalin) cuando la guerra fría destruyó el vínculo; al profesor Léon

Schwarzenberg, oncólogo y antiguo ministro de Salud que no fue, como sus dos hermanos, prisionero de Mauthausen pero que me ha servido de fuente importante para conocer su destino; a Émile Témime, profesor de historia en la Université d'Aix-Marseille, tan interesado en Mauthausen como yo mismo y con el que he intercambiado numerosa información; al físico nuclear profesor Georges Waysand, cuyo interés personal en Mauthausen (ya publicado) le impulsó también a intercambiar pruebas, y al ingeniero eléctrico Pierre-Serge Choumoff, por la misma razón.

Entre otros que me han brindado su ayuda en Francia quiero mencionar especialmente a la doctora Denise Mallé-Dupuis, de la remota población de Digne, que me invitó amablemente a estudiar durante algunos días las voluminosas memorias inéditas de su difunto esposo, Miguel Malle; a madame Christiane Borrás, viuda de José Borrás Lluch, que me envió un solo documento, pero de insuperable importancia: el original de la lista, compilada en una hoja pequeña a lápiz por Casimir Climent, de los miembros de las SS que trabajaron en la Politische Abteilung (oficina de la Gestapo) en Mauthausen cuando el propio Climent actuaba de escribiente en el peor de los lugares; a Ramón Bargueño, que declinó reunirse conmigo durante dos años hasta que, al fin, nuestros caminos se cruzaron a través de un interés común en la novelista y presentadora de televisión Christine Bravo, después de lo cual me suministró información vital sobre el trabajo en la prisión interna de Mauthausen; a Baldomero Chozas, que me proporcionó importante información sobre el Nebenlager de Schlier, y a Marcelino López, por lo mismo acerca de Gusen; a Jean Courcier, por su información sobre Hinterbrühl y por ponerme en contacto con dos pilotos alemanes que volaron en los aviones suicidas; a Rafael Álvarez, que escribió una serie de artículos sobre la fuga de Bretstein que me sirvieron como fuente sobre el asunto general de las fugas y sus consecuencias; a Jacinto Cortés, que me recibió en su casa de Perpiñán y que pudo haberme sido de gran ayuda en la historia de cómo se salvaron las fotografías, pero que prefirió hablar de otras cosas; y a Jorge Semprún, el ex ministro de Cultura español, que se reunió conmigo varias veces para hablarme de Buchenwald. Finalmente, también en Francia he de mencionar a madame Odette Ester, viuda de José Ester Borrás, anarquista y

presidente fundador de la FEDIP, cuya colección de materiales sobre los españoles de Mauthausen está hoy depositada en el Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis en Amsterdam.

En Austria, he de mostrar mi gratitud a numerosas personas de la región de Linz, y especialmente de los pueblos de Mauthausen y Gusen. Manuel García Barrado, antiguo vigilante del Museo de Mauthausen, vive en este pueblo. Él es uno de la docena o más de españoles supervivientes de Mauthausen que optaron por quedarse a vivir en Austria después de 1945. Estos supervivientes han fundado una asociación, Gedenkverein der Republikanischen Spanier in Österreich, cuya coordinadora, Silvia Dinhof-Cueto, de Neusiedl am See, me proporcionó información en mi búsqueda de otros supervivientes, entre ellos Francesc Comellas en Linz. En Mauthausen, el Bürgermeister [alcalde] Josef Jahn me puso en contacto con Leopoldine Drexler, una de las hijas de Anna Pointner, que salvó las fotografías. Con la ayuda del productor cinematográfico austríaco Andreas Gruber, que me prestó una asistencia muy valiosa, pude obtener el testimonio de Erich Neumüller, del pueblo de Mauthausen, y de Valentine Weigl-Hallerberg, de St. Valentin. Martina Schröck, mientras escribía una tesis en la Universität Passau sobre el tema, mantuvo conmigo una extensa correspondencia que investigaba numerosos asuntos, en especial el de Jacinto Cortés, que ella me descubrió y que sirvió de cierre a mi edición de 2000. En St. Georgen, Martha Gammer y Rudolf Haunschmied me remitieron abundante material sobre las fábricas subterráneas y sobre la situación en la zona en el tenso período que antecedió a la llegada de las primeras unidades estadounidenses. Y en el mismo pueblo, Rudolf Pötsch, en la antítesis ideológica, nos invitó al sargento Lee Hens y a mí a comer en su elegante residencia y, a través de su amistad personal con Franz e Ida Ziereis, me transmitió una nueva visión de la vida en Gusen en los años de la guerra.

Sin la información que me proporcionaron los veteranos de la 11.ª División Blindada («Thunderbolt») de Estados Unidos, principalmente Lee Hens, no podría haber compilado la crónica de la llegada de los estadounidenses a Gusen y a Mauthausen. En cuanto a Buchenwald, el primer campo SS en Alemania que fue liberado, William I. Nichols me informó sobre algunas de las

reacciones de los corresponsales estadounidenses. Y en los subsiguientes juicios contra los SS Alice E. Kennington y Robert G. Waite, de la Oficina de Investigaciones Especiales, División Criminal, del Departamento de Justicia de Estados Unidos, me suministraron importantes opiniones.

También recibí la ayuda de otros supervivientes o investigadores. Entre los austríacos y los checos estuvieron los ex prisioneros Simon Wiesenthal, doctor Drahomir Barta, doctor Premysl Dobiáš, Josef Klat y Bohumil Bardon. El coronel Bardon me envió un ejemplar de sus memorias, y quiero agradecer a Claudia Rajlich, licenciada de la American University de París, su traducción de las mismas. También mi reconocimiento a los historiadores doctor Florian Freund, del Dokumentationsarchiv der Österreichischen Widerstandes de Viena; doctor Manfred Rauchensteiner, del Heeresgeschichtliches Museum de Viena, y a sus colegas de investigación Andreas Ruppert y Dorothee von Keitz de Paderborn. Entre los británicos expreso mi gratitud al superviviente sir Robert Sheppard, al investigador de Nuremberg Peter Calvocoressi y al investigador privado Gordon Adams, que murió en 1998 y que permanece como un perfecto ejemplo de cómo un aficionado ajeno al asunto puede dedicar una parte importante de su vida a perseguir una meta limitada pero importante: en este caso, la identificación de los 47 agentes especiales aliados martirizados en Mauthausen en septiembre de 1944. En esta tarea recibí gran ayuda del teniente coronel C. G. Stallard, de la Embajada Británica en Viena, y particularmente de Henny Dominicus, del Stichting Vriedenkring «Mauthausen» de Amsterdam. También en Amsterdam, agradezco a Mirjam Ohringer haberme invitado a hablar sobre Mauthausen en un simposio allí celebrado el 21 de octubre de 1998 para recordar el 60.º aniversario de la apertura del campo. En la conexión italiana, debo mucho al Commendatore Gino Valenzano de Turín, tanto por su testimonio sobre el valor de los españoles que llegó a conocer en su cautiverio común como por su conocimiento singular, como miembro de la familia Badoglio, del destino del hijo del general. Y finalmente, mi reconocimiento a Luigi Paselli, de Bolonia, propietario de una magnífica biblioteca sobre la España contemporánea, que me puso en contacto con la Associazione Nazionale Ex Deportati (ANED), en

Milán.

Los dos hombres que más han contribuido al material de este libro siguen siendo los españoles Juan de Diego y Antonio García, y los dos merecen más agradecimientos de lo que se pueda expresar en estas líneas. La terminación de esta obra coincide con la muerte de Juan de Diego. Durante los quince años en los que nos reunimos —en París, Limoges, Perpiñán, Mauthausen y, por última vez, en Amélie-les-Bains en compañía de José Cereceda— De Diego siempre me sorprendió por su capacidad de proporcionar nueva información, siempre precisa y siempre dentro de su propia experiencia personal. Al igual que a Antonio García, muerto hace ya dos años, le debo ocho años de gran hospitalidad y cuantiosa información. En cuanto a las fotografías de las SS presentadas en el libro, nunca sabremos cuáles fueron salvadas por él y cuáles por Francesc Boix, pero agradezco a Benito Bermejo que me haya demostrado que los honores corresponden a los dos. Únicamente es discutible la proporción. Y en cuanto a las ilustraciones, quisiera agradecer nuevamente a Premysl Dobiáš y a los veteranos de la «Thunderbolt» antes mencionados que me enviaran elementos inéditos de sus colecciones; a Jean-Marie Ginestà, por las fotografías de su padre en el momento de la liberación; al artista Ramón Milá, por las fotos y los bocetos que sacó de la vida en Mauthausen, y a madame Pilar Bailina y madame Claire Gil-Grifé, por imágenes poco conocidas de sus esposos y de Casimir Climent.

Finalmente, expreso mi gratitud a los archiveros, particularmente del Bundesarchiv de Berlín, por haber relajado un poco las normas, y a Amy Schmidt, de los Archivos Nacionales de Estados Unidos en Maryland, por la ayuda que me prestó. Fue allí donde conocí a Lisa Yavnai, colaboradora en mi próximo libro sobre los juicios después de la guerra contra los asesinos de Mauthausen (*Called to Account: The Killers of Mauthausen on Trial*), y le declaro mi agradecimiento por haber fotocopiado la mayoría de los documentos de la NARA que aquí se utilizan. Y gracias a mis cuatro ayudantes técnicos, David Bornstein, Elisabeth Hoskinson, Leila Qashu y Zlatina Samsarova, todos de la American University de París, que en diversos momentos en un período de cinco años me proporcionaron una excelente ayuda.

La cuarta edición incluye los trabajos más recientes. Ha de

notarse que se revisó por primera vez la segunda edición, pero no así la tercera, que salió tan rápido para la imprenta que no hubo tiempo para hacer cambios. Entre las correcciones que no pudieron ser incluidas entonces, hay una que he lamentado profundamente. Se refiere a Manolo Santisteban Castillo, y aquí presento mis disculpas a su familia. El error por fin se ha corregido.

Hay varias personas a las que estoy muy agradecido por haberme ayudado con esta cuarta edición. En esa lista de agradecimientos se encuentran mis asistentes, Irina Massovets, Christina Böhrer, Bradan Bill y Hélène de Larosière, cuya serenidad marcial bajo el fuego es digna de mención. Y un agradecimiento especial a mi correctora en California, la doctora Silvia Ribelles de la Vega, quien, además, es la autora de un gran trabajo sobre un gran personaje en la historia del exilio republicano español. Al igual que el autor del presente trabajo, recibió la noticia de que el libro iba a ser reeditado prácticamente sin advertencia previa, pero reaccionó con total diligencia y máximo talento.

París, 10 de diciembre de 2014

Abreviaturas, acrónimos y referencias

AG
Aktiengesellschaft

AMI
Appareil Militaire International (Mauthausen)

BV
Befristete Vorbeugungshäftling (prisionero KZ alemán de triángulo rojo en detención preventiva por tiempo limitado)

CIC
Counter-Intelligence Corps (EE.UU.)

CGT
Confédération Générale du Travail (comunista)

CICR
Comité International de la Cruz Roja

CIPETA
Comisión Interministerial Permanente para el Envío de Trabajadores a Alemania

CNR
Conseil National de la Résistance

CNT
Confederación Nacional del Trabajo (anarquista)

CTE
Compagnies de Travailleurs Étrangers

ERR

Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg

FEDIP
Fédération Espagnole de Déportés et Internés Politiques

FTP
Franc-tireurs et partisans

GE
Guerrilleros españoles

Gestapo
Geheime Staatspolizei (Heinrich Müller)

GTE
Groupes de Travailleurs Étrangers

HJ
Hitlerjugend

KIM
Kommunisticheskiy International Molodyozhi (Juventudes Comunistas Internacionales)

KL o **KZ**
Konzentrationslager

Komsomol
Kommunisticheskaya Molodyozh (Juventudes Comunistas)

KPD
Kommunistische Partei Deutschlands

Lkw
Lastkraftwagen (camión)

Lw
Luftwaffe

NARA
National Archives and Records Administration (EE.UU.)

NN
Nacht und Nebel

ODESSA
Organisation der Ehemaligen SS-Angerhörigen

OKW
Oberkommando Wehrmacht (Hitler, Keitel)

OSS
Office of Strategic Services (EE.UU.)

OT
Organización Todt

PCE
Partido Comunista de España

PCF
Parti Communiste Français

PCI
Partito Comunista Italiano

PSUC
Partit Socialista Unificat de Catalunya (comunista)

Pz. K.
Panzerkorps

RSHA
Reichssicherheitshauptamt (Heydrich, luego Kaltenbrunner)

RU
Rückkehr unerwünscht (prisionero que va a ser ejecutado)

SA
Sturmabteilung (Röhm, luego Lutze)

Sch
Schutzhäftling (prisionero alemán de KZ con triángulo rojo)

SD
Sicherheitsdienst

SDG
Sanitätsdienstgehilfe

Sipo
Sicherheitspolizei

SOE
Special Operations Executive (británico)

SS
Schutzstaffel (Himmler)

Stalag
Stammlager

STO
Service du Travail Obligatoire

UNRRA
United Nations Relief and Rehabilitation Administration

V1, **V2**
Vergeltungswaffe

WVHA
Wirtschafts Verwaltungshauptamt

Glosario de términos

Appellplatz
plaza para pasar revista

Arbeitsdienst
kommando de trabajo

Arrest
prisión dentro del Bunker

Badeaktion
código para ejecución por ahogamiento

Baukommando
escuadrón de obras

Bunker
barracón de ejecución

Drillich
vestimenta a rayas de los prisioneros

Effektenkammer
sección para guardar las pertenencias de los prisioneros

Erkennungsdienst
laboratorio fotográfico

Friseur
prisionero barbero

Gaskammer
cámara de gas

Genickschluss
ejecución con un tiro en la nuca

Häftling
prisionero

Hauptlager
campo principal

Himbeerpflücken
recogida de frambuesas: ejecución en el perímetro

Kazettler
prisionero de un campo de concentración

Klagemauer
muro de las lamentaciones de Mauthausen

Klosettreiniger
prisionero asignado para limpiar las dependencias de los SS

Kohlenfahrer
trabajador del crematorio

Kommandantur
Comandancia

Krankenlager
hospital de prisioneros

Lagerschreibstube
oficina general de administración

Lagerschreiber
prisionero administrativo en la oficina general de administración

Muselmann
prisionero irrecuperable, demasiado débil para trabajar

Mutterlager
campo principal

Oberschachtführer
SS a cargo de un trabajo concreto, por ejemplo la cocina

Pfahlbinden
tortura que consiste en colgar al prisionero

Politische Abteilung
oficina de la Gestapo

Politruk
comisario político

Prominenter
prisionero elegido para un puesto especializado

Puff
jerga para referirse al prostíbulo al servicio de los prisioneros

Rapportführer
oficial SS responsable de reunir a los prisioneros

Revier
dispensario; término habitual para referirse al hospital de prisioneros

Russenlager
hospital de prisioneros

Sanitätslager
nombre formal de las SS para el hospital de prisioneros

Scheissekompanie
escuadrón asignado a la limpieza de las letrina

Schutzhaftlagerführer
oficial SS responsable de la seguridad

Siedlungsbau
construcción de alojamientos

Sonderbau

prostíbulo, pero también el Arrest

Standortartz
oficial médico en jefe

Steinträger
adminículo para transportar piedras

Strafkompanie
escuadrón de castigo

Stubendiener
prisionero responsable de limpiar las dependencias de los presos

Todesmeldung
registro de defunciones

Unterführerheim
sala de suboficiales

Vernichtungslager
campo de exterminio

Weckruf
diana

Equivalencia de graduaciones

EJÉRCITO ESPAÑOL	EJÉRCITO ALEMÁN	SCHUTZSTAFFEL	ORGANIZACIÓN TODT
		Reichsführer-SS (Himmler)	
Capitán general	Generalfeldmarschall	SS-Obersttruppenführer	*sin equivalencia*
Teniente general	Generaloberst	SS-Obergruppenführer	Chef des Amtes Bau-OT
General de infantería, etc.	General der Infanterie (etc.)	SS-Gruppenführer	OT-Einsatzgruppenleiter I
General de división	Generalleutnant	SS-Brigadeführer	*sin equivalencia*
General de brigada	Generalmajor	SS-Oberführer	*sin equivalencia*
Coronel	Oberst	SS-Standartenführer	OT-Einsatzgruppenleiter II
Teniente coronel	Oberstleutnant	SS-Obersturmbannführer	*sin equivalencia*
Comandante	Major	SS-Sturmbannführer	OT-Einsatzleiter
Capitán	Hauptmann	SS-Hauptsturmführer	OT-Hauptbauleiter
Teniente	Oberleutnant	SS-Obersturmführer	OT-Oberbauleiter
Alférez	Leutnant	SS-Untersturmführer	OT-Bauleiter
	Stabsfeldwebel	SS-Sturmscharführer	OT-Haupttruppführer
Brigada	Hauptfeldwebel	SS-Stabsscharführer	OT-Obertruppführer
Sargento de intendencia	SS-Hauptscharführer		OT-Truppführer
Sargento primero	Oberfeldwebel	SS-Oberscharführer	OT-Hauptbauführer
Sargento	Feldwebel	SS-Scharführer	OT-Oberbauführer
	Unterfeldwebel		
Cabo	Stabsgefreiter	SS-Unterscharführer	OT-Bauführer
	Obergefreiter	SS-Rottenführer	OT-Obermeister
Soldado primero	Gefreiter	SS-Sturmmann	OT-Meister
	Obergrenadier o Oberschütze	SS-Staffelanwärter	OT-Vorarbeiter
		SS-Staffelmann	
Soldado	Grenadier o Schütze	SS-Mann	OT-Arbeiter

Nota: En cuestiones de autoridad entre oficiales de la Wehrmacht y de las SS de igual graduación, los de las SS ascienden automáticamente un rango.

PRIMERA PARTE

El Archipiélago KZ

Es gibt einen Weg in die Freiheit.
Seine Meilensteine sind:
Gehorsam, Fleiss, Ordnung, Sauberkeit,
Ehrlichkeit, Opfermut, und Liebe zum Vaterland. [*]

1

Deportados a los Stalags

Los refugiados españoles en Francia fueron de los primeros en sufrir las consecuencias del desastre de junio de 1940. Más de 10.000 españoles fueron hechos prisioneros por los alemanes y el gobierno de Vichy no hizo intento alguno de protegerlos según los acuerdos internacionales sobre prisioneros de guerra. Muchos de ellos se encontraron así otra vez en el punto del que partieron, en los campos de concentración del sudoeste. El 27 de septiembre de 1940, René Belin, ministro de Trabajo y Producción Industrial de Vichy, introdujo una ley por la cual todos los extranjeros varones de entre 19 y 54 años de edad que fueran una carga para la economía francesa y a los que no fuera posible devolver a sus países de origen podrían ser reclutados para los Groupes de Travailleurs Étrangers; no recibirían salario alguno, pero sus familias tenían derecho a una ayuda según las tarifas fijadas por el gobierno. Tal vez hasta 15.000 españoles reclutados por esta vía terminaron por trabajar para la Organización Todt (OT) en la construcción del Muro Atlántico. Otros grupos de españoles, estimados en unos 4.000, fueron enviados a las islas del canal de la Mancha ocupadas por los alemanes.

Sin tener en cuenta los trabajadores españoles que se sumaron más tarde de forma voluntaria, más de 30.000 refugiados de esta nacionalidad fueron deportados desde Francia a Alemania, y de ellos acaso unos 15.000 ingresaron en campos nazis. En su gran mayoría habían servido en las unidades de trabajadores extranjeros. Si, como hemos visto, muchos de ellos fueron primero devueltos a campos franceses o a grupos de trabajos forzados de Vichy, en su mayoría compartieron la experiencia inicial descrita por Amadeo

Sinca Vendrell y Juan de Diego Herranz, los dos internados primero en el campo de concentración francés de Septfonds (Tarn-et-Garonne) y luego voluntarios en la 103.ª Compagnie de Travailleurs Étrangers. Esta compañía, bajo el mando del teniente francés Simon, estaba formada por unos 250 españoles, y Sinca Vendrell, un capitán del ejército republicano, recibió el cargo de segundo. La unidad había sido asignada a la prolongación de la Línea Maginot hacia el oeste y se acantonó en Saint-Hilaire, cerca de Cambrai. Simon era un oficial valeroso, pero también un veterano de la Primera Guerra Mundial que no sabía nada del concepto de *blitzkrieg* de Guderian. Las peticiones de Sinca de que se permitiera la retirada de la unidad fueron rechazadas y el 20 de mayo de 1940, en el bosque de Amiens, Simon vio cómo toda su compañía caía prisionera. La naturaleza de sus captores se puso pronto en evidencia. Los prisioneros hubieron de caminar 40 kilómetros al día en el calor del verano casi sin comida ni agua, con cuatro o cinco horas para descansar. Varias mujeres francesas intentaron darles agua, manzanas o huevos, pero fueron rechazadas por los alemanes a punta de bayoneta. Los españoles fueron también testigos de la forma en que la Wehrmacht trató a sus prisioneros de guerra británicos. Tal vez porque los británicos, a diferencia de los franceses, no se dejaron vencer ni perdieron la moral —«no dejaban de silbar»— recibieron un trato, según informó el capitán Sinca, todavía peor que los demás. Cuando la expedición encontraba alemanes muertos en las cunetas, solo los prisioneros británicos eran forzados a cavar las sepulturas y enterrar los cadáveres, a la vez que perdían el derecho a las raciones que pudieran darles los alemanes.

En los cruces de caminos cerca de la frontera alemana, el contingente británico fue separado del español, y ambos prosiguieron en direcciones distintas, con los españoles hacia Tréveris. En el camino, la expedición se cruzó con dos vacas en un prado. Los oficiales de la Wehrmacht vieron en ello la oportunidad de divertirse un poco. Tras matar a las vacas con sus pistolas, dejaron los animales para los hambrientos españoles, mirando con regocijo cómo los prisioneros despedazaban las vacas como caníbales. Al llegar a Tréveris, fueron reunidos en el Stalag XII-D, donde aprendieron algo más del carácter de sus captores nazis. Aún

llevaban el uniforme francés, y eran prisioneros de guerra con todos los derechos que les correspondían, pero al parecer los alemanes habían oído hablar del orgullo español y, por ese motivo, les ordenaron que se bajaran los pantalones, defecaran en la mano y luego, sosteniendo las heces, caminaran por el campo de concentración durante dos horas. «Para mí y para todos nosotros —certificaba Juan de Diego— fue la humillación más abominable. Su recuerdo me perseguirá siempre.»[1] Después de una breve estancia en el Stalag XII-D, los españoles pasaron al Stalag XIII-A, en Nuremberg. Allí, en la ciudad santa del nacionalsocialismo, marcharon por las calles mientras el populacho alemán les escupía y les hacía señas con el dedo índice rebanándose la garganta, para decir que estarían mejor muertos. Desde Nuremberg fueron transportados en vagones para ganado al Stalag VII-A, en Moosburg, al nordeste de Munich, donde para su sorpresa fueron interrogados por la Gestapo. Un grupo de 392, todos ellos españoles, fue reunido entonces para su destino final. Llevando aún consigo sus escasas pertenencias, como mucho una pequeña maleta, fueron embarcados de nuevo en vagones de ganado, pero al dejar Munich pudieron al menos llevarse un recuerdo agradable: los obreros de los ferrocarriles alemanes, consternados por el estado en que se encontraban los españoles, les mostraron su compasión, algunos de ellos saludándoles incluso con el puño cerrado, un raro y arriesgado tributo. Lo peor del viaje estaba por llegar. Les habían dado comida y agua antes de salir de Nuremberg, pero no recibieron nada más en las dieciocho horas que pasaron en el tren. Azotaba el calor de agosto, algunos de los hombres estaban enfermos de disentería, todas las funciones fisiológicas se hacían en el vagón y el aire hedía. A las ocho de la mañana del 6 de agosto de 1940, el contingente español llegó a Mauthausen; fue uno de los primeros grupos de no alemanes en hacerlo, y sus integrantes descubrieron el verdadero significado del universo de los campos de concentración nazis.

2

Los españoles y el universo KZ

La mayoría de los españoles que entraron en los campos de concentración nazis pasaron primero por un Stalag, aunque no necesariamente el Stalag VII-A de Moosburg. El alto mando alemán tomó la decisión de negar a los españoles la condición de prisioneros de guerra, aun cuando hubieran sido capturados con uniforme francés. La convicción, dominante en los círculos republicanos españoles durante los últimos cincuenta años, de que la decisión alemana fue el resultado de una petición de Serrano Súñer a Himmler carece de todo soporte documental y la evidencia en la que se sustenta es una ficción demostrable. La determinación se tomó sin duda sobre la base cruel, pero legal, de que Alemania no estaba en guerra con España, aquellos españoles no tenían pasaporte y su situación era la de apátridas. Sin embargo, el propósito alemán al enviarlos a campos de concentración iba más allá: los españoles eran unos antifascistas convencidos que habían luchado contra los alemanes y los italianos en España, y como enemigos inveterados de la Alemania nazi merecían lo peor que esa Alemania podía reservarles. August Eigruber, el Gauleiter de Oberdonau, en Austria, ofrece una pista sobre cómo se tomó aquella decisión. En una circular a oficiales nazis de Ebensee el 27 de junio de 1941, Eigruber declaraba: «Cuando el año pasado ocupamos Francia, herr Pétain nos entregó a seis mil rojos españoles diciendo: "No los necesito y no los quiero". Ofrecimos a esos seis mil rojos al jefe de Estado fascista Franco, el caudillo español. Los rechazó, diciendo que nunca repatriaría a quienes habían combatido por una España soviética. Entonces se los ofrecimos a Stalin, proponiéndole transportarlos. Herr Stalin y su Comintern se negaron a aceptarlos.

Así que los rojos españoles terminaron sus días en Mauthausen».

En su viaje a los campos de las SS, algunos españoles pasaron por el campo de castigo de Neue Bremm, cerca de Saarbrücken, donde se llevaba a los prisioneros solo para un mes pero sometidos a un régimen que doblegaba hasta al más recio: ejercicios físicos hora tras hora y vueltas alrededor de un estanque en la «postura de la rana», con las rodillas dobladas y las manos detrás de la cabeza. A continuación, el final lógico era Mauthausen. Aunque a los españoles se los envió también a otros campos, probablemente nueve de cada diez terminaron en Mauthausen y en sus distintos Nebenlager de toda Ostmark, la tierra que en un tiempo se llamó Austria.[1]

Solo en el caso de Mauthausen y en algunos de sus Nebenlager pueden presentarse estadísticas precisas. El hecho de que puedan proporcionarse estas estadísticas es absolutamente notable y más adelante podremos analizar la fortuna que se encerraba incluso en tal adversidad. El monumento de Mauthausen a los españoles muertos da la cifra de 6.503. En la tabla siguiente se presentan las estimaciones más autorizadas del número de españoles que ingresaron en los campos de concentración y murieron en ellos. Debe darse preferencia a las cifras de Casimir Climent Sarrión, que no solo estaba en el puesto más privilegiado, como veremos, sino que también era un hombre de paciencia y atención esmeradas. Razola, por otra parte, no explica sus fuentes y con seguridad sus cifras provienen de numerosas estimaciones personales e infundadas, basadas en la memoria. En lo que se refiere a Borrás, sus números se basan en una amalgama de fuentes, entre las que las de Climent siguen siendo las más fiables.

1. Mauthausen, incluidos Nebenlager y Schloss Hartheim

	Climent	*Razola*	*Borrás*
Ingresados	7.186	9.067	7.189
Exterminados	4.765	6.784	4.761
Trasladados a			

otros campos o devueltos a España			
Liberados	2.183	2.283	2.428
2. Otros campos			
Auschwitz			
Buchenwald y Dora-Mittelbau			
Liberados			200
Dachau			
Ingresados, agosto de 1940			500
Liberados			267
Flossenbürg			
Exterminados			14
Liberados			86
Gross-Rosen			
Neuengamme, incluido Alderney			
Ravensbrück			
Sachsenhausen, incluido Oranienburg			
Totales estimados:			
Ingresados			1.000
Exterminados			200
Liberados			800
3. Muertos por otras causas			
En tránsito, víctimas de incursiones aéreas de los aliados, en prisiones de la Gestapo y Vichy			1.000

Deben hacerse algunas observaciones. Las cifras de Mauthausen (o al menos las de Climent) omiten a los que llegaron muertos a la

estación o fueron asesinados en la carretera o llevados directamente al crematorio sin recibir número. Igualmente omiten a los que murieron durante los últimos días antes de la liberación, cuando no era posible llevar registros y el índice de mortalidad fue el más alto. Tampoco tenemos cifras precisas de Nebenlager austríacos como Ebensee, donde la proporción de españoles era muy alta; ni de Schlier, cerca de Salzburgo, que comprendía tres partes (Zipf, Redl-Zipf y Vöcklabruck), con los 350 españoles de Vöcklabruck que formaban toda la colonia del penal;[2] o tampoco Steyr-Münichholz, la fábrica de municiones 30 kilómetros al sur de Mauthausen, donde los españoles también sumaron una amplia mayoría a partir de la primavera de 1941. Vilanova añade que los españoles fueron también mayoritarios en los tres Gusen Kommandos, además de en Ternberg. Es razonable estimar que en 1941 los españoles constituían el 60 % de los prisioneros de Mauthausen.

Una observación general final es la que se refiere al modo en que murieron. Razola considera que fueron más los españoles asesinados por las SS que los muertos por frío, hambre o trabajos forzados. Vilanova estima que el 95 % de los españoles fallecidos fueron exterminados en el período 1940-1942. El motivo es, como veremos, la escasez de mano de obra a la que se enfrentó el Tercer Reich desde 1943. Calculando la proporción de muertes con respecto al número de detenidos, Vilanova recoge la cifra de 8.189 españoles internados en campos nazis y la de 5.015 exterminados, y presenta un porcentaje del 61 %, el más alto de todos los grupos nacionales. De hecho, la tasa de mortalidad se hace todavía más elevada si se recuerda que el 50 % de los supervivientes murieron en su primer año de libertad. Pero en la historia que vamos a narrar, aún resta un largo trecho para la libertad.

3

Clasificación y estratificación

En los inicios de 1941, Himmler decidió establecer una clasificación de los Konzentrationslager. El 2 de enero, Reinhard Heydrich, como jefe de la Reichssicherheitshauptamt (RSHA), emitió una circular secreta (más tarde reproducida en el Tribunal de Nuremberg) que dividía los campos en tres categorías principales. La primera (conocida como *Stufe* I) incluía a Dachau (creado en 1933), Sachsenhausen (1936) y Auschwitz I – Gleiwitz (1940); sus prisioneros se consideraban rehabilitables. En la categoría *Stufe* II se incluían Buchenwald (fundado en 1937), Flossenbürg (1938), Neuengamme (1938), Gross Rosen (1940) y Auschwitz II – Birkenau (1941); aunque con cargos de crímenes más graves, los prisioneros de estos campos seguían siendo considerados capaces de redención. El tipo *Stufe* III (o *Ausmerzungslager*) incluía solo a Mauthausen y Gusen; esta categoría se reservaba a «delincuentes habituales y elementos antisociales incapaces de rehabilitación». Tal clasificación fue modificada posteriormente, como veremos, cuando Birkenau se convirtió en un campo de exterminio (*Vernichtungslager*) y la Oficina de Administración Económica (Wirtschafts Verwaltungshauptamt, o SS-WVHA) estableció tres nuevas categorías, pero la clasificación *Stufe* III siguió aplicándose a campos cuyos prisioneros nunca serían liberados.

Mauthausen no perdió nunca su clasificación de *Stufe* III, la peor de todas. En los despachos de la RSHA se le conocía por el sobrenombre de *Knochenmühle*, el triturador de huesos. Una forma de castigo para los prisioneros de Auschwitz consistía en enviarlos a trabajar a la cantera de Mauthausen. Buchenwald tenía también su cantera, pero los prisioneros sabían lo que significaba Mauthausen y

les aterrorizaba la idea de ser trasladados allí. El detenido francés Jean Mialet cita a Georg, el kapo alemán de Buchenwald-Dora, que decía a su Schachtkommando: «Vengo de Mauthausen, donde he aprendido cómo, sin tocar a un hombre, se le destruye solo con el trabajo». Suzanne Busson, que fue trasladada de Ravensbrück a Mauthausen, señaló que «Ravensbrück parecía después un paraíso». Debe decirse aquí que los KL eran de una clase diferente a los campos de exterminio (*Vernichtungslager*), categoría a la que terminó por pertenecer Auschwitz II (Birkenau). Los seis campos *Vernichtungslager* estaban situados fuera de la Alemania anterior a 1939, en un gran círculo en Polonia. Aunque el destino de los presos podía ser el mismo, la diferencia estaba en el objetivo esencial de los dos sistemas. Lo que distinguía al tipo *Stufe* III era la prolongada agonía de quienes eran allí condenados. Su propósito era que los presos vivieran un máximo sufrimiento antes de que les llegara la muerte como una compasiva liberación.

Nada de lo anterior supone que un campo clasificado como *Stufe* I estuviera menos avanzado tecnológicamente que los demás. Incluso el humilde Dachau tenía su cámara de gas y su crematorio, y los campos de todas las categorías participaban en experimentos médicos. Como las universidades medievales, tenían sus propias especialidades. Para el tifus estaban Buchenwald y Auschwitz; para la esterilización, Buchenwald, Flossenbürg, Ravensbrück y Auschwitz; para experimentos con gemelos, Auschwitz; para los efectos de temperaturas de congelación y elevada altitud, Dachau; para operaciones quirúrgicas, Dachau y Gusen; para la tuberculosis, Dachau y Gusen; para el cáncer, Auschwitz; para trasplantes de médula ósea, Ravensbrück, y para la malaria, Dachau.[1] En el centro de toda esta investigación científica estaba la academia médica de las SS en Graz.

Cuando un médico de las SS no participaba en estos experimentos siempre tenía algún otro trabajo que hacer, o servicios que prestar. El teniente coronel Eleuterio Díaz Tendero, del ejército republicano español, se encontraba en un estado avanzado de tuberculosis cuando llegó a Sachsenhausen. Fue trasladado a Dachau, donde se le puso una inyección letal de fenol en el corazón. En Flossenbürg, el doctor Schmidt tenía una manía. Todo prisionero que le pidiera una aspirina o que se quejara de un

dolor en cualquier parte del cuerpo vería que el remedio del doctor Schmidt en todos los casos era abrir el estómago del paciente, para «hacer mano», como solía expresarlo. El anestésico utilizado para tales operaciones era llamado, tanto por las SS como por los prisioneros, *Holznarkose*, o narcótico de madera. Consistía en que los prisioneros que actuaban como asistentes en el hospital golpearan la cabeza del paciente con su propio calzado de madera o un objeto similar. Cuando el paciente había perdido el conocimiento, la operación podía comenzar. Lo que nunca hacían los médicos de las SS era cuidar del enfermo.

Las tablas que se ofrecen seguidamente describen la estructura administrativa de un KL y los colores identificativos llevados por los *kazettler*.[2] Cada prisionero, a su llegada al campo, recibía una clasificación de la Politische Abteilung en forma de un triángulo de un color determinado, que había de llevar, apuntando hacia abajo, en la chaqueta y los pantalones del campo.

Lagerführer	Comandante del campo
Verwaltungsführer	Jefe de personal
Schutzhaftlagerführer	Oficial jefe de seguridad
Rapportführer	Oficial encargado de la revista, responsable ante el Schutzhaftlagerführer
Blockführer	Oficial a cargo de hasta tres unidades de alojamiento o barracones (*Blöcke*), cada una con 250 a 500 prisioneros, y responsable ante el Rapportführer
Kommandoführer	Oficial a mando de un aspecto del trabajo
Lagerältester	Prisionero superior, o prefecto, elegido por los SS y responsable de la disciplina en todo el campo
Lagerschreiber	Prisionero con función de administrativo para todo el campo
Blockältester	Prisionero responsable de la unidad
Blockschreiber	Prisionero secretario, responsable

	ante el Blockältester
Blockfriseur	Prisionero responsable de la higiene de la unidad
Stubenältester	Prisionero responsable de su semiunidad (*Stube*)
Stubendienst	Prisionero responsable de la higiene ante el Blockfriseur y el Stubenältester

Insignia en triángulo llevada por el prisionero:		
Roja	Político	Desde 1933
Verde	Delincuente común	Desde 1933
Rosa	Homosexual	Desde 1934
Morada	Objetor de conciencia	Desde 1935
Amarilla	Judío[3]	Desde 1938
Marrón	Gitano	1938-1940; más tarde, negra
Negra	Antisocial[4]	Desde 1938
Azul	Apátrida	Desde 1940

En algunos campos predominaban ciertas categorías. Antes de la guerra, Sachsenhausen, Flossenbürg, Mauthausen y Gross-Rosen se usaban principalmente para los triángulos verdes, y Sachsenhausen (con Neuengamme) siguió teniendo esa función. Pero, en general, las clasificaciones estaban mezcladas. Aunque la insignia azul se aplicaba a todos los prisioneros de guerra sin patria, en la práctica solo la llevaban los republicanos españoles y algunos rusos desnacionalizados, y en el caso de los españoles, únicamente en Mauthausen; en Dachau y Buchenwald la llevaban roja. Al elegir los prisioneros para ocupar los puestos de kapo, los SS buscaban entre los verdes y los negros, en ese orden, dando prioridad a los alemanes y los austríacos. Tal era la situación en Mauthausen cuando llegaron los españoles, aunque algunos de los kapos eran polacos.

El método de selección de los prisioneros-jefes funcionaba del

mismo modo que el nacionalsocialismo: de arriba abajo. La elección de Lageräl tester y Lagerschreiber correspondía personalmente al Lagerführer. Los diversos Blockältesten eran nombrados por el Lagerführer por recomendación del Lageräl tester, y un Blockschreiber se designaba de forma semejante por recomendación del Lagerschreiber. Por debajo de ese nivel, el Lagerführer delegaba la responsabilidad en los prisioneros-jefes. Los Stubenältesten eran nombrados por el Lageräl tester por recomendación del Blockältester respectivo, mientras que el Blockältester y el Stubenältester se encargaban de elegir al Stubendienst, a menudo basándose en su juventud y atractivo físico. La homosexualidad estaba a la orden del día.

Los que ocupaban los puestos de kapo eran responsables solo de las unidades de trabajo (kommandos), y el término kapo no se aplicaba a los encargados de los barracones. Para dormir, los kapos se distribuían por todo el campo de forma irregular, de manera que en un barracón podría haber solo uno y en otro cinco. Dormían en la sección privilegiada, la más cercana a la entrada, con el Blockältester, el Blockschreiber y el Friseur.[5] Ninguno de ellos tenía habitación propia, pero sí un colchón de paja fresca en su camastro, e incluso sábanas que se cambiaban cada dos semanas hasta el fin de la guerra.[6] Era importante que los tres jefes de barracón mantuvieran buenas relaciones con los kapos de sus barracones. Nunca podían saber, de un día para otro, durante cuánto tiempo conservarían sus puestos, y si lo perdían quedarían a merced de los kapos.

En cuanto a los triángulos, también podían cambiarse. El zapatero Josef Schwaiger, con 18 condenas previas, entró en Mauthausen con un triángulo negro, pero los zapatos que hacía para Karl Schulz, el jefe cojo de la Gestapo, le ganaron su favor de tal manera que Schulz le recompensó con una insignia verde. Una vez que pudo llevar el orgulloso emblema de un criminal en su chaqueta, según declaró Schwaiger más tarde, todo el mundo le mostró respeto y le dejó en paz.

El zapatero Schwaiger pertenecía al cuerpo de personal de servicio conocido como los *prominenten*, que representaba el 10 % o más de la población de prisioneros. Un Konzentrationslager era un puro tráfico por la supervivencia, de arriba abajo. Los que estaban

en la cima podían disfrutar de toda clase de prebendas. Los de abajo, que lo que más necesitaban era comida porque trabajaban hasta la extenuación en la cantera, recibían lo mínimo, incluida la sopa más aguada, precisamente porque les quedaba lo último. Aunque los *prominenten* no gozaban de todos los privilegios de los kapos, compartían lo más importante: estaban seguros, si bien de manera precaria, frente al exterminio y tenían libertad para moverse por el campo. También se hallaban en contacto directo con los oficiales de las SS y en una situación que les permitía conocerlos más de cerca y observar su conducta. En estos *prominenten* se incluía a todos los que trabajaban en las oficinas, los talleres, las cocinas, los almacenes, la sastrería y la zapatería; los criados de los SS y de los kapos principales; los ayudantes de los médicos, dentistas y farmacéuticos SS; los barberos, ordenanzas del barracón, pintores, deshollinadores, bomberos, mecánicos de los garajes, electricistas y fontaneros. Como los kapos, los *prominenten* procedían exclusivamente de los grupos verdes y negros. Pero no era probable que los asesinos, los ladrones y los vagabundos desempeñaran esas labores satisfactoriamente; ni tampoco se encontraban cirujanos, ingenieros u obreros especializados, que podrían servir como asistentes expertos, entre los negros y los verdes. A regañadientes, la administración volvió los ojos hacia los triángulos rojos para ocupar los puestos; primero los alemanes y los austríacos, y luego los de otras nacionalidades que entendieran el alemán.

En una clase un tanto especial estaban los prisioneros-policías del campo, que se encargaban de mantener el orden en los paseos y de reunir a los prisioneros en la Appellplatz. Casi todos eran alemanes; llevaban sables y los cascos puntiagudos utilizados por el ejército alemán en la Primera Guerra Mundial. Todos los kapos y los *prominenten* principales (hasta el nivel de Blockältester) se distinguían con brazaletes. Podían llevar chaqueta y pantalones, o seguir vistiendo su *drillich*, pero sus condiciones de vida eran notablemente diferentes. Igual a los líderes de las barracas, un *prominenter* tenía su propia cama en un camastro doble, también con sábanas. Jorge Semprún, superviviente de Buchenwald, define el secreto de la supervivencia como una combinación de tres factores: un conocimiento suficiente del alemán hablado, habilidad para una profesión (o pretensión de tenerla) y pura suerte.

El resto del universo del KZ, más de un 85 %, estaba formado por esclavos condenados a morir. Entre los que perecían más rápido figuraban los situados en una *Strafkompanie* y para los judíos prácticamente no había esperanza alguna. Hacia la mitad de la guerra se pudo apreciar un cambio en la forma de vida del KZ, pero en conjunto no influyó en las posibilidades de supervivencia. En los primeros años, los nazis no consideraron el uso de sus esclavos en términos científicos; al mismo tiempo, eran proclives, encorajinados por la victoria, a expresar su sentimiento de superioridad racial con más facilidad. Luego llegaron las derrotas alemanas de El Alamein y Stalingrado, y la arrogancia dejó paso a la rabia.

4

Programas opuestos: extenuación y exterminio

Antes incluso de El Alamein, el fracaso alemán en 1941 de tomar Moscú antes de la llegada del invierno alteró el carácter de la guerra. El alto mando alemán supo que después de todo las cosas no serían tan sencillas. Ello se hizo evidente en la decisión adoptada el 30 de abril de 1942 de establecer una nueva organización, las SS-WVHA, con sede en el número 21 de la Geisbergstrasse de Berlín-Lichterfelde, que tendría plena responsabilidad sobre los KL. El mando recayó en Oswald Pohl, un SS-Obergruppenführer, y sus decisiones serían aplicadas en lo sucesivo a todos los comandantes de KL por el SS-Brigadeführer Richard Glücks, quien, como jefe de Amt D, actuaba como inspector general de los campos.[1] El día de su nombramiento, Pohl escribió a Himmler lo siguiente: «La guerra ha modificado con bastante claridad el objetivo del KZ. Nuestra misión es ahora reorientar sus funciones hacia el plano económico». A los comandantes de los campos, Pohl les escribió:

> El comandante del campo es la única persona responsable del empleo de la fuerza de trabajo. Este empleo debe ser total en el sentido profundo del término, con el fin de obtener la máxima productividad. No hay límites a las horas de trabajo. Los límites dependerán del tipo de labor y las horas serán fijadas por el comandante. Todos los factores tendentes a reducir el horario de trabajo deben limitarse al máximo. Las pausas para comer al mediodía han de reducirse al menor tiempo posible.

El programa de industrialización de la WVHA aceleró un desarrollo ya en curso: la creación de una constelación de campos

subsidiarios, conocidos como Nebenlager. En el caso de Mauthausen, los Nebenlager se extendieron por toda Austria, excepto el Tirol, e incluso por Alemania (en Passau) y Eslovenia. Estos campos subsidiarios, aún administrados por el campo principal (Hauptlager, Stammlager o Mutterlager), se vincularon con los principales grupos industriales. Para conseguir que estas fábricas fueran invulnerables a los bombardeos de los aliados, se obligaba a los prisioneros a excavar centenares de túneles subterráneos. El resultado fue que la mayor parte de los prisioneros que llegaban a Mauthausen permanecían allí solo en el período de cuarentena y lo que las SS denominaban educación básica. Después se los enviaba a cualquiera de los Nebenlager: las canteras de Gusen y Ebensee, las minas de Eisenerz, la refinería petrolífera de Moosbierbaum, la factoría agrícola de St. Lambrecht, la escuela de las SS en Klagenfurt, la construcción de diques en Grossraming o de un túnel hacia Yugoslavia en Loibl-Pass; y sobre todo, las fábricas de armas: la Hermann Göring Werke en Linz, la fábrica de Messerschmitt en Gusen (la mayor de Austria), la planta de Siemens en Ebensee, las fábricas de aviones Heinkel en Floridsdorf y Schwechat, la factoría Daimler en Steyr, la de Florians en Peggau, las fábricas de tanques Nibelungenwerke en St. Valentin y el centro experimental de misiles de Schlier.

Los comandantes de los campos recibieron entonces un nuevo cargo, Betriebsleiter, o director industrial, y se los recompensó con un segundo estipendio, además de la paga que recibían como comandantes de campo. Pero las nuevas medidas tuvieron también sus detractores. Si la WVHA representaba la política del realismo, aún quedaban los idealistas de la RSHA que se ofendieron por esta interferencia en los planes de exterminio programado, en especial en lo concerniente a los judíos. Después de todo, tan solo habían transcurrido tres meses desde que, el 20 de enero de 1942, en la reunión de máximo nivel de Grossen-Wannsee se hubiera tomado la decisión sobre la *Endlösung*, o solución final para la cuestión judía. Para los miembros de la administración de las SS que pensaban que era más importante liquidar a los judíos y a los demás enemigos que luchar por la victoria (y en 1945 predominaba esta facción), el programa de Pohl parecía una traición. Pero por el momento los realistas habían tomado la delantera a los idealistas, y a los judíos

capaces de trabajar se les permitiría trabajar, y eso hasta la muerte.

Las directrices de Pohl suponían que el Reich dejaría ya de negar la máxima productividad de cada prisionero poniendo fin prematuramente a su existencia. Entonces se calculaba que el promedio de la esperanza de vida del KL *Häftling*, en tablas cuidadosamente compiladas por las oficinas centrales, era de nueve meses. El beneficio medio obtenido de nueve meses de trabajo en régimen de esclavitud se estimó en 1.631 reichsmark; ello incluía en el haber el valor medio de las pertenencias confiscadas a cada prisionero, y en el debe el coste de alimentarle y vestirle, pero la estimación se establecía de forma concreta, no consideraba el valor de sus huesos y sus cenizas. En la práctica real, los diversos comandantes de campo intensificaban o atenuaban esas directrices según su propio temperamento. Un ejemplo del amplio abanico de tales formas de ser puede encontrarse en el vívido contraste existente entre el comandante de Mauthausen y el de Dachau. Aun trabajando con las mismas órdenes, el comandante de Dachau castigó a un kapo en 1940 por haber golpeado salvajemente a un prisionero judío. En Mauthausen, según palabras de Karl Schulz, oficial de la Gestapo que fue finalmente llevado a juicio, «ese proceder hubiera sido inimaginable». Debe decirse que en la mayoría de los casos los comandantes de campo más bien acentuaban que atenuaban las directrices, y en la mayoría de los campos la esperanza de vida era inferior a los nueve meses prescritos.

Las razones de estos hechos no son difíciles de conocer. Los oficiales de las SS y los kapos seguían asesinando prisioneros, ya fuera golpeándolos hasta morir con sus palos, arrojándolos desde los precipicios o quitándoles las gorras y lanzándolas contra la alambrada, para luego forzar a los prisioneros a recuperarlas, de forma que morían electrocutados o por disparos de los vigilantes. Para intentar poner fin a esta deplorable violación de las normas, la Gestapo ideó una solución. La oficina de la Gestapo en cada uno de los campos incluiría un oficial responsable de investigar todos los casos de «muertes no naturales», de abrir procedimientos contra todo aquel imputado por su reprobable conducta y de remitir un informe a los tribunales de las SS en Viena (en el caso de Mauthausen) y a la RSHA en Berlín.

Estos informes fueron efectivamente cumplimentados y muchos escaparon a la destrucción del final de la guerra. En todos los casos absolvieron, evidentemente, a los SS de toda responsabilidad en lo que describieron como un intento de escapar, o un accidente de trabajo, o bien un acto de suicidio. Dado que la falsedad de dichos informes fue admitida ante el Tribunal de Colonia en 1966-1967 por el SS-Rottenführer Erich Walter Krüger, solo sirven para revelar la extraña mentalidad de los SS, incapaces incluso de enorgullecerse de sus hazañas.

Algo que se constituyó en auténtico motivo de preocupación para la WVHA fue descubrir, a finales de 1942, que la tasa de mortalidad no mostraba señales de reducirse. Respondió con una carta al responsable médico de cada Lager (con una copia para información de los comandantes respectivos), deplorando el hecho de que, de los 156.000 prisioneros llevados hasta entonces a los campos, más de 70.000 hubieran muerto ya. A ese ritmo, seguía la carta, la población total de reclusos jamás alcanzaría el nivel deseado por el Reichsführer-SS. Debía recordarse, concluía la misiva, que el mejor médico no es el que se distingue por su severidad, sino el que preserva la capacidad de trabajo del prisionero durante el mayor tiempo posible.

Opiniones médicas de fundamento hubieran propuesto en este punto un aumento de la cantidad de comida. En ocasiones se llegó a adoptar este remedio desesperado, pero con escaso o ningún efecto, ya que las raciones suplementarias solían caer bajo la rapacidad de los SS o de los kapos. Podría decirse, con toda razón, que el Lager era ya un mecanismo que funcionaba de acuerdo con su propia lógica.

El propio Reichsführer-SS parecía encontrarse en una posición intermedia entre los «realistas» y los «idealistas». En 1943, aún bramaba contra los altos índices de mortalidad, y el 15 de mayo de ese año sus subordinados Pohl y Glücks emitieron una orden que ofrecía recompensas a los prisioneros que se comportaran y rindieran bien. Pero, en 1944, Himmler mostró indiferencia, sin duda consolado por entonces por la aparentemente inagotable disponibilidad de trabajo en régimen de esclavitud que provenía de todos los rincones de Europa. Ello explica por qué permitió que su subordinado, el jefe de la Gestapo Heinrich Müller, emitiera una

orden el 4 de marzo de 1944 que desafiaba a la WVHA. Todo el personal militar que escapara y fuera vuelto a capturar sería enviado en el más estricto secreto (por tanto, no en tren) a Mauthausen y solo a Mauthausen, donde sería ejecutado nada más llegar con un tiro en la nuca. Tal fue el origen de la *Kugel-Aktion*, la práctica de estampar la letra K en los papeles de un prisionero; cuando llegaba a Mauthausen no se le anotaba en el registro ni se le daba un número, pues enseguida sería asesinado; no obstante, sus documentos serían conservados por la Politische Abteilung del campo. La orden de Müller fue puesta en práctica cuatro meses más tarde, no es de extrañar, por el Generalfeldmarschall Wilhelm Keitel, el timocrático jefe de personal de la honorable Wehrmacht. Keitel era ya responsable de la firma en diciembre de 1941 del decreto *Nacht und Nebel*. Ahora, en el *Kugel Erlass* del 27 de julio de 1944, ordenó que, con la excepción de los británicos y los estadounidenses, todo prisionero de guerra, cualquiera que fuese su graduación, al que se volviera a capturar después de un intento de fuga se entregara al Sicherheitsdienst. Había de mantenerse un total silencio sobre ello y los registros de la Wehrmacht deberían consignar que el fugado no había sido atrapado de nuevo.

Si bien Himmler pudo contar con un abastecimiento siempre creciente de mano de obra, Keitel estaba en una situación muy diferente. En 1943, la Wehrmacht se encontró con una escasez en sus filas que además iba empeorando. Ello significaba, entre otras cosas, una reducción en el número de guardianes de las SS y, en última instancia, su relevo por miembros de la Luftwaffe u otras procedencias. La escasez de mano de obra dio a los verdes (y otros) la oportunidad de servir en la Wehrmacht. La inmensa mayoría de los prisioneros permaneció en los campos; el ritmo de construcción durante el año final de la guerra los puso en una situación de frenesí superior incluso a lo que era habitual en las SS. Los nazis sabían que su última esperanza era fabricar armas superiores y esta carrera contrarreloj suponía un aumento espectacular en la tasa de mortalidad aunque, paradójicamente, no para los españoles, que habían pagado su máximo tributo en los dos primeros años.

5

Vida cotidiana en el KZ

Se ha hablado mucho del impacto en la mente de los prisioneros del día de su llegada, cuando pasaban a través de la Effektenkammer de camino hacia la sala de desinfección y el barracón de cuarentena. Los SS se sentaban tras una larga fila de mesas, con prisioneros que trabajaban de ayudantes. En la primera mesa, el prisionero que llegaba debía dejar sus documentos de identidad; en la siguiente, su dinero; después, el anillo, el reloj, las medallas y otros bienes de valor; luego el resto del contenido de los bolsillos, incluidas cartas y fotografías; a continuación, lo que tenía en las bolsas y, finalmente, la ropa y los zapatos. En la indumentaria se consideraban incluidas todas las vendas; si un hombre tenía una hernia vendada, tal vez se le dijera que saltara. Entonces alcanzaba el final de la fila, desnudo y despojado de todo. Seguidamente llegaba a la *Scherraum*. El superviviente Juan de Diego recuerda la impresión del prisionero recién llegado cuando el Friseur le agarraba el pene y le afeitaba los testículos con un escalpelo que muy bien podía tener melladuras, mientras los kapos verdes se mofaban de todo aquel que tuviera el miembro pequeño. Luego venían las duchas, con los kapos y los SS cerca prestos a minarles la moral. El trato en las duchas, contaba otro superviviente, iba encaminado a reducir a los prisioneros a la condición de un rebaño de ovejas asustadas. El agua tanto salía helada como escaldaba, y si un prisionero intentaba separarse un poco los kapos le golpeaban en la cabeza con las porras. Y si no lo hacía, de todos modos los SS le fustigaban con un látigo de cola para reventarle las ampollas y desgarrarle la carne.[1]

Luego, el prisionero recibía de los SS todo cuanto necesitaba para el resto de su vida en la tierra. Primero, el *drillich* rayado con

la gorra también rayada, uniforme estándar de un prisionero del KZ, junto con unos calzoncillos, calzado de madera, una escudilla y una cuchara. El prisionero se ataba la escudilla a la cintura y escondía la cuchara, tal vez dentro del zapato. En vez de calcetines recibía dos tiras de tela de tamaño suficiente para que se envolviera los pies con ellas; estas prendas se conocían, bastante apropiadamente, como calcetines rusos. No se le proporcionaban cinturones, y tampoco eran corrientes las cuerdas, así que el prisionero debía hallar su propia solución para sostenerse los pantalones; tal vez encontrara un trozo de alambre, pero debía tener cuidado para que los SS no sospecharan que lo había robado de un taller. Con la sucesión del verano y el invierno, los prisioneros se quitaban o se ponían ropa más gruesa. Normalmente, no eran ellos los que se lavaban la ropa. Todas las noches hacían un hatillo con sus prendas, que eran entregadas a la lavandería (*Wäscherei*) y se las devolvían, no necesariamente secas, al despertarse por la mañana. Conservar la posesión de las ropas y utensilios propios para comer exigía una constante atención. El robo era una epidemia, y un prisionero que se presentaba ante los SS sin alguno de los artículos que se le habían dado se arriesgaba a sufrir graves consecuencias.

Después de recibir sus materiales, el prisionero ingresaba en el barracón de cuarentena, donde no había camastros, sino tan solo jergones en el suelo. Los jergones estaban rellenos con virutas de madera que rara vez se cambiaban, por lo que terminaban convertidas en polvo. Las raciones en el barracón de cuarentena se reducían a la mitad, de acuerdo con tres principios: los que no trabajaban tenían menos necesidad de comer; ello ayudaba a infundir la desesperanza; y la reducción servía para acelerar la muerte entre los moribundos. El período de cuarentena solía durar entre una semana y diez días, pero en Mauthausen podía ser muy breve, de solo un día. El propósito era no poner a nadie en cuarentena: ningún médico acudiría a visitarle, ni tampoco los SS. Así, el objetivo era dejar que los kapos eliminaran al débil.

Entonces, el prisionero accedía al barracón al que estaba destinado. Cada barracón se dividía en dos secciones, el Stube A a la izquierda de la entrada y el Stube B a la derecha. Entre los dos Stuben se situaban las estancias reservadas a los tres privilegiados *prominenten* (el Blockältester, el Blockschreiber y el Blockfriseur), y

a los lados se disponían los aseos del Stube respectivo. El alojamiento de los demás consistía en camas pequeñas de madera en tres y a veces cuatro alturas, con menos de medio metro entre cada nivel. Los camastros de abajo se llenaban del polvo de los jergones de arriba, que les caía en los ojos y la boca a quienes dormían en ellos. Los de encima se veían obligados a trepar sobre los de debajo y, a la hora de despertarse, cuando los prisioneros se desperezaban del sueño, los de arriba tenían más probabilidades de recibir los golpes de los kapos que los de las alturas inferiores. Por otra parte, los que dormían arriba tenían la ventaja de que sus camastros eran inspeccionados con menos detenimiento que los de abajo, pero también sufrían el inconveniente de que en el invierno las grietas de la madera dejaban que entrara nieve fundida desde el tejado y la manta siempre estaba húmeda. Un prisionero moribundo que durmiera arriba podía muy bien ensuciar los camastros inferiores; en tales ocasiones, no era infrecuente que los demás le golpearan la cabeza contra el poste de la cama hasta que sucumbía.

Las condiciones empeoraron con el congestionamiento. Mauthausen, pensado originalmente para 3.000 reclusos, llegó a alojar 70.000, y Buchenwald, concebido para 7.000, dio cabida hasta a 60.000. Ello significaba que un barracón con capacidad para 200 personas podría alojar 1.600, en especial en el caso de los barracones de cuarentena, sin que hubiera dotaciones adicionales de aseos o baños. Había incluso escasez de agua. La superpoblación, claro está, no suponía que se permitiera la suciedad. «*Eine Laus, dein Tod!*» seguía siendo la consigna vigente, hasta el fin cuando los SS tan solo se preocupaban de asesinar.[2] Hasta ese momento, los SS actuaban de acuerdo con su propia paradoja: una obsesión por la higiene, aparejada con el placer por la humillación. El papel higiénico era un lujo desconocido en las letrinas y los carritos usados para llevar el pan que arrastraban los presos eran los mismos que se empleaban para los desperdicios.

Podría esperarse que todos los supervivientes recordaran, tal vez más que ninguna otra cosa, el sonido que rompía la noche. En realidad, la mayoría de los supervivientes no lo recuerdan con claridad, en parte porque los primeros ruidos eran una mezcolanza que combinaba los silbidos de los kapos, el golpe sordo de sus palos, los gritos y los gemidos, y también en parte porque no había

intervalo alguno entre ese primer ruido y la instantánea respuesta del prisionero. Otros supervivientes recuerdan el ruido de un gong, aunque en Mauthausen se usaba la campana de la puerta principal, en la torre más cercana al Danubio. Este *Weckruf* se producía a las 4.45 de la mañana, aunque el horario de invierno se atrasaba entre treinta minutos y una hora. A las 5.15 se pasaba revista, al término de la cual el Lagerältester daba la orden: «*Arbeitskommando formieren*!», que para muchos prisioneros quería decir: «¡Empieza la matanza!». Entonces corrían a toda prisa a sus unidades de trabajo y empezaban a trabajar a las 6. Michel de Boüard recuerda que la mayor parte de los prisioneros de Mauthausen que trabajaban en los kommandos locales o cotidianos, principalmente la cantera, no salían del campo interior hasta las 7. Lo cierto es que la hora variaba según la estación y la climatología: los SS temían la oscuridad, y tan solo el campo interior estaba iluminado. El trabajo continuaba hasta las cinco y media de la tarde, con entre treinta minutos y una hora al mediodía para la revista y para tomar la *eintopf*, un almuerzo que consistía en una sopa de nabos y patatas. Seguía una revista a las seis y la cena a las siete. Los prisioneros tenían que comer de pie o en sus camastros; no podían sentarse a la mesa ni en un banco o un taburete, ni tampoco acercarse a una estufa, pues tales privilegios eran exclusivos de los kapos y los *prominenten*. El toque de queda para que los prisioneros regresaran a sus barracones variaba entre las ocho menos cuarto y las nueve menos cuarto de la tarde y las luces se apagaban a las ocho o las nueve.

La ración de comida diaria se estableció en Berlín entre 2.300 y 2.400 calorías. El profesor checo doctor Josef Podlaha, que sobrevivió en Mauthausen como *prominenter*, observó que para no morir en este campo era necesario un mínimo de 3.500 calorías. En vez de ello, la ración verdadera que se distribuía oscilaba entre 1.000 y 1.500, y en el Revier, la antecámara de la muerte, se situaba entre 700 y 900. Hacia el final de la guerra, la ingesta diaria no superaba las 500 calorías. En el mejor de los casos, la ración de comida diaria representaba apenas el 60 % del gasto físico diario. Otro testimonio proviene de Carl Freiherr Karwinsky, quien había servido como secretario de Estado en los gobiernos de Dollfuss y Schuschnigg y que pasó cuatro años en Buchenwald, Dachau y

Mauthausen. «Las raciones en Mauthausen —dijo a un tribunal militar estadounidense después de la guerra— eran aproximadamente la tercera parte de las de Dachau y en ningún modo suficientes para mantener vivos a los prisioneros.»[3] Y ello a pesar del hecho de que los jefes médicos (Standortarzte) o sus sustitutos, como más tarde testificó el doctor Podlaha ante el mismo tribunal,[4] tenían la obligación de visitar la cocina antes de cada comida para examinar lo que se servía. La consecuencia de esta sistemática malnutrición era el edema, un trastorno físico que en último término lleva a la muerte y que avanza desde las piernas y se refleja en la cara, con los ojos hundidos y fuera de las órbitas. Bajo la piel se forman ampollas de agua, y cuando la víctima recibe patadas o golpes las ampollas se rompen y se infecta la piel.

El dolor del hambre, los retortijones y la obsesión por comer alcanzaban su punto álgido en la hora posterior a la comida, dado que el estómago segregaba demasiados jugos gástricos para el poco sustento que le llegaba. Esta extrema sensación de hambre podía derivar en algunos excesos extraños. Paul Tillard describe la proeza de un español que, un sábado por la tarde, consiguió acceder a la cocina y, delante de Tillard, se bebió 11 litros de sopa. Al día siguiente ingirió otros 17. Evidentemente, en la sopa no había nada de sustento. El superviviente italiano Fabio Luppino relata cómo el hambre le llevó hasta el punto de que cada vez que veía a un SS le atenazaba el deseo de comérselo, de masticar su cuerpo; el mismo sentimiento le invadía al ver a un perro de las SS. El hambre hacía a los prisioneros chupar el carbón o masticar el papel cubierto de brea que desgarraban de los techos de los barracones, únicamente por la sensación de comer algo. El doctor Vratislav Busek, profesor de derecho en la Universidad Karl de Praga e interno en Mauthausen, relató más tarde los excesos a que podía conducir esta locura. En una ocasión, un perro estaba corriendo alrededor de un grupo de prisioneros. Entonces se detuvo y defecó. Dos hombres se abalanzaron para devorar las heces. «Tuvimos muchas dificultades —decía el profesor— para evitar que lo hicieran.» El hambre acababa consumiendo la mente. Una vez más, todo había sido minuciosamente planificado al más alto nivel. El hambre programada servía como un modo de destruir no solo la capacidad intelectual sino hasta las facultades de raciocinio.

El número de muertos en la revista de la tarde era normalmente superior al de la mañana. Era frecuente que quienes habían sido transportados por dos compañeros desde el kommando diurno cayeran muertos mientras se pasaba lista. Esta revista era igualmente agotadora para la mente y el cuerpo, ya que consistía en una serie aparentemente interminable de órdenes sobre un mismo tema: *Mützen ab, Mützen auf*, y los prisioneros tenían que quitarse y ponerse la gorra con cada orden. Mauthausen, solo en este aspecto, era poco severa: una revista ordinaria duraba únicamente media hora. Pero había sus excepciones: a veces, la revista de la tarde se prolongaba durante la noche, e incluso el día y la noche siguientes. El récord de Mauthausen fue de cuarenta horas. En dos ocasiones semejantes, el tributo fue de 500 muertes. Se negaba a los prisioneros la comida y el agua, y la segunda vez la temperatura llegó a –25 ºC. En Gusen II sucedió más de una vez que todo el campo volvió al trabajo por la mañana después de haber permanecido de pie durante toda la noche. El permanecer en pie y en posición de firmes durante un período tan largo era una causa más de edema en las piernas. Muchos prisioneros murieron por ello. Un superviviente que lo contrajo declaró que se le habían hinchado las piernas hasta el triple de lo normal y que había dejado de verse las rodillas, ya que la inflamación le llegaba desde los pies a los muslos.

Siempre quedaba el Revier para quienes optaban por declararse enfermos.[5] El primer paso hacia él consistía en que el Blockältester y el Blockschreiber decidieran que un prisionero en concreto no tenía capacidad de realizar sus cometidos en el trabajo. A lo que se arriesgaba el prisionero, lo supiera o no, era al decreto promulgado por Himmler en marzo de 1941, que extendía su programa de eutanasia (introducido en septiembre de 1939) a aquellos prisioneros de los KL que estuvieran enfermos durante más de tres meses y que, en general, fueran incapaces de trabajar. La solución del Reichsführer a este problema era la práctica conocida por los SS como *himbeerpflücken*, o recogida de frambuesas: los enfermos y los incapacitados debían ser reunidos, provistos de latas metálicas, llevados a la periferia del campo, obligados a recoger frambuesas y luego tiroteados «mientras intentaban fugarse». La primera lección de supervivencia en un KL era evitar decir que se estaba enfermo.

A los prisioneros se les solía dar el domingo como día de descanso, con la excepción de aquellos que estaban en el pelotón de castigo (*strafkompanie*), que trabajaban como de costumbre. Si se hubiera podido explicar por la religión, los SS se habrían tomado el miércoles, día de Odín. La verdad es simplemente que los SS estaban poco dispuestos a renunciar a su día de asueto, y probablemente los que custodiaban la *strafkompanie* estarían de mal humor.

Si los ahorcamientos eran, por orden de Himmler, realizados por prisioneros que recibían tres cigarrillos como pago, los azotes eran administrados por los SS, en Mauthausen normalmente en el barracón 2, Stube B, pero a veces se llevaban a cabo en la Appellplatz, como un espectáculo propio de la tarde del domingo. En tales ocasiones, se levantaba una plataforma en la puerta principal de unos diez metros de largo; las mujeres de los SS eran invitadas a asistir y la víctima esperaba que le llegara el turno fuera del barracón 1. Los azotamientos consistían en 25, 50 o 75 latigazos. Las sentencias a 50 o 75 latigazos se dividían en sesiones de 25, de modo que el prisionero tenía un mes para recuperarse mientras esperaba la siguiente sesión. Normalmente, cada sesión se confiaba a cinco SS, cada uno de ellos responsable de una tanda de cinco latigazos seguidos. Un documento de las SS que ha perdurado demuestra que cada SS firmaba con su nombre en una lista después de administrar los cinco golpes.[6] Los SS convertirían este acto en una competición atlética. «Déjame a mí; te enseñaré cómo se hace», se decían entre sí mientras se ponían los guantes.[7] Si optaban por enguantarse para la misión era, como cree Juan de Diego, porque veían este cometido enormemente humillante para ellos mismos. En cada sesión, el prisionero tenía que contar los golpes en alemán; si perdía la cuenta, se volvía a empezar desde el *eins*. Un médico de las SS estaba presente para garantizar que se respetaran los preceptos legales, pero un solo latigazo podría dejar marcado al prisionero para toda la vida. El ebanista Fritz Rehn ha descrito cómo, después del cuarto o quinto golpe, las nalgas estallaban, «tomando un color que no podría describirse: verde, amarillo, negro, allí aparecían todos los colores». La víctima se veía entonces incapacitada para todo trabajo manual.[8] Ello la exponía, a su vez, a ser acusado de indolencia, algo castigado con la sentencia a una

strafkompanie o, por inutilidad, punible con la muerte instantánea en la cámara de gas. En Mauthausen se añadió un refinamiento. Al igual que en Dachau, donde se inauguró el sistema de los KZ y donde todos los prisioneros, el día de su liberación, tenían que estrechar las manos de los SS que los habían maltratado a lo largo de toda su estancia, en Mauthausen el prisionero que había recibido los azotes tenía que informar al oficial de seguridad al mando y repetir la letanía: «Herr Schutzhaftlagerführer, comunico obedientemente que he recibido 25 latigazos». Al día siguiente, dice la misma fuente (un SS en juicio por sus actos en 1946), el mismo prisionero debía salir con la *strafkompanie*.[9]

Los españoles supervivientes de Mauthausen recuerdan en particular el incidente en el que estuvieron implicados cinco compatriotas que estaban trabajando con una apisonadora en el Baukommando. Se los acusó, de forma totalmente injusta, de un acto de sabotaje cuando no pudieron impedir que la máquina hiciera una mala maniobra. (Según dicen, ni siquiera cincuenta hombres hubieran podido retenerla.) Los cinco prisioneros fueron sentenciados a recibir 25 latigazos. Al principio, los hombres no emitieron ningún grito, pero al final todos lo hicieron, excepto uno. Este prisionero, después de los 25 fustazos, se puso firme ante los SS. Luego regresó, desplazándose lo mejor que pudo, a su barracón 16, y allí cayó al suelo y lloró como un niño. El Blockältester, el alemán Franz de triángulo verde que, en general, no era diferente de los demás verdes, se apiadó al verlo y le ayudó a acomodarse en la cama. Dos semanas después, la carne negra y putrefacta de sus nalgas simplemente se le había desprendido.[10]

¿Podía ver Dios todo esto y apartar la mirada? Para un hombre de fe, judío o cristiano, nada habría sido más tentador que pasar a creer en un universo sin dios, o en un mundo deísta donde Dios se mostraba fríamente indiferente al destino de Su creación. Dos de los más distinguidos supervivientes de Mauthausen, el padre Riquet y Simon Wiesenthal, que llegaron al campo a principios de 1945, extrajeron conclusiones opuestas, ya que el primero afirmó que nunca en su vida había necesitado más su fe[11] mientras que el segundo se convenció de que la razón imposibilita la fe.[12] En este entorno, muchos prisioneros perdieron sencillamente las ganas de vivir. Aun hombres de gran vigor intelectual e integridad moral

dejaron de mostrar interés por todo aquello que no fuera la comida. Cierta clase, rechazada por todos los kommandos, vagaba por los campos en andrajos, sin afeitar, sucia y enferma, pidiendo comida, robando cuanto podía, indiferente a todo, esperando la liberación de la muerte; la muerte que nunca tardaba demasiado, ya adoptara la forma de la cámara de gas o llegara por un golpe de un kapo o por inanición en algún rincón oscuro. Lo que los distinguía como una clase era la manta que llevaban en la cabeza o sobre los hombros. Se ganaron el nombre de mahometanos (*muselmänner*), inventado en Auschwitz y que se extendió por todo el universo del KZ. Juan de Diego señala que en Mauthausen estos vagabundos abandonados fueron pocos: podía vérselos los domingos, pero no en gran número ni tampoco durante mucho tiempo, ya que la cámara de gas reclamaba nuevas víctimas.[13]

En cuestión de supervivencia, Michel de Boüard, él mismo un muy distinguido superviviente, escribe sobre la súbita percepción del prisionero de la diferencia entre la posición social y el sentido de los méritos personales. Quienes poseían lo primero pero no lo segundo pronto cayeron en la más profunda desesperación, y muy pocos sobrevivieron. A menudo los más inmundos y desgraciados fueron aquellos que habían perdido su posición social y sus privilegios. Boüard lo considera una reacción de clase: la mayor parte de los miembros de la burguesía empresarial, los militares y los intelectuales adoptaron esta actitud pasiva, esperando a ser liberados desde fuera: la lucha había terminado para ellos. También los individualistas estuvieron entre los grandes perdedores en esta prueba de carácter fundamental, en la que los verdaderamente fuertes se inclinaron instintivamente a la vida en comunidad y la acción organizada. Montserrat Roig señala que, en los campos franceses, el obrero había conservado una ventaja natural sobre el pequeño burgués y el trabajador agrícola sobre el urbano. En los campos nazis, tal ventaja no existía. Si algún prisionero la tenía era el que carecía de vínculos, o que no había dejado atrás a su familia. «Lo más importante —dijo más adelante sir Robert Sheppard— era olvidarse de todo el mundo exterior, del hogar, de la familia, olvidar todo cuanto se amaba.»[14] «No pensar ni en el pasado ni en el futuro», como indicó el rojo polaco Jozef Garlinski.[15] El destino estaría determinado por la moral, y la moral dependía de la

solidaridad y de la defensa colectiva. Garlinski subraya la importancia de la pequeña unidad, formada solo por tres hombres: «Si haces cualquier cosa por ellos, ellos harán cualquier cosa por ti».[16] El superviviente checo Premysl Dobiáš habla de la importancia del *nicht aufzufallen*, no destacar, no hacer nada que atraiga la atención.[17] El español Juan de Diego recuerda la importancia de no caerse nunca al suelo después de un golpe: «Si caías, solía ser el fin; te golpeaban todavía más, o te daban patadas y te dejaban incapacitado».[18] Otro español escribe que la única forma de sobrevivir era no dejar que la mente se recreara en las atrocidades del día y se mantuviera tranquila y vigilante.

Mantenerse tranquilo y vigilante ante este horror cotidiano era, sin duda, una prueba suprema de carácter. El trabajo extenuante proseguía bajo la lluvia y la nieve, al sol abrasador o frente a un viento gélido. El propósito era el exterminio por el trabajo, según la base lógica de que el sistema gozaba de un abastecimiento prácticamente inagotable de esclavos.

Miedo y ansiedad, angustia perpetua, soledad en un mundo de elementos hostiles. Al prisionero se le negaba lo que más hubiera deseado: una carta de casa. «No sabían nada de nosotros —observa un superviviente— ni nosotros de ellos.» Tales eran las fuerzas que operaban en este universo entonces tan absurdo y aterrador, donde se habían arrancado de raíz todas las normas civilizadas. En esta degradación física y moral se pretendía que cada prisionero representara para todos los demás una imagen de lo odioso; que cada uno se viera a sí mismo como un objeto de pura repugnancia, que sintiera que era justamente castigado. Reducido así a una dócil servidumbre, privado de toda identidad personal, el prisionero aceptaría con indiferencia animal lo que el destino le tuviera reservado. La inmensa tensión nerviosa bajo la que vivía le privaba de la voluntad que aún le pudiera quedar. Ello explicaría por qué los prisioneros a los que se iba a ejecutar, solos o en grupos, no intentaran jamás resistirse. Y también por qué 2.000 reclusos desesperados que trabajaban en una cantera no atacaran a una señal convenida a los guardianes de las SS. Ello hubiera requerido organización. Cualquier proyecto semejante se habría conocido a través de los prisioneros pasivos y dispuestos a revelar el plan a los kapos a cambio de un puesto de kapo o de algún otro privilegio. La

sola idea de una revuelta no concordaba con la naturaleza de un campo de las SS. A su llegada, el prisionero había perdido todo cuanto tenía, hasta quedar desnudo. Nada le quedaba, salvo sus dientes de oro, que le serían extraídos en el camino desde la cámara de gas al crematorio. Se hacía todo lo necesario para hacerle sentir que no era nada, menos incluso que las piedras que transportaba. Y como aquellas piedras, la situación lo aplastaba hasta sentir una pasividad indiferente.

El superviviente italiano Primo Levi presentó, poco antes de suicidarse en 1987, una angustiosa tesis según la cual la mayoría de quienes sobrevivían no eran ni mucho menos los mejores, sino los peores: los egoístas, los violentos, los insensibles.[19] Este pesimismo tan extremo de Levi estaba sin duda ligado a la depresión que le llevó a la muerte; por suerte existen pruebas muy serias de lo contrario. Tal vez el secreto de la supervivencia en este mundo implacable fuera concentrarse en el mínimo acto de resistencia o, cuando fuera imposible, construirse un rincón pequeño —si no en forma tangible, en un recoveco de la mente— donde nada pudiera invadir la dignidad humana, un rincón a prueba de todas las presiones para reducirle, de todos los esfuerzos para sumirle en la degradación. Ciertamente, los que luchaban por sobrevivir se sentían menos aislados, y no sentirse solo era la clave de todo. De ahí la vital importancia del sentido de comunidad. Poner al mal tiempo buena cara bien puede ser la suprema virtud humana. Una sonrisa, una palabra amable por la mañana, compartir un mendrugo de pan, podían tener un significado mucho más allá del simple gesto y marcaban claramente la diferencia, para quien daba y para quien recibía, entre resignarse al destino y luchar contra él durante un día más.

6

Oranienburg, Buchenwald y Mauthausen comparados

Lo dicho puede aplicarse a casi todos los dieciséis Konzentrationslager. Nos queda por analizar los campos concretos a los que fueron enviados los prisioneros españoles, desde Oranienburg a Mauthausen. En comparación con el resto del sistema, el KL-Oranienburg era un sueño; un superviviente lo llamaba «campo modelo, humano y amable», pero estrictamente en comparación con los demás. El más famoso de los presos españoles, el ex jefe de gobierno socialista Largo Caballero, sobrevivió, pero tuvo una muerte prematura. Buchenwald acogió también a un recluso español de renombre, el futuro novelista y ministro de Cultura Jorge Semprún. Como otros, Semprún dio en describir el peculiar emplazamiento del campo. La colina que lo rodeaba, denominada Ettersberg, está situada apenas unos kilómetros al norte del Weimar de Goethe. Los árboles que la cubrían, excepto uno, habían sido cortados. El gran roble que eligieron dejar en pie no era otro que el célebre árbol a cuya sombra Goethe solía descansar en sus paseos con Eckermann, el lugar donde se sentaba y hablaba, meditando acaso sobre el futuro de Alemania. Ese mismo árbol estaba ahora dentro del KL-Buchenwald, «bosque de hayas», en la explanada entre la Effektenkammer y las cocinas.[1] Allí, entre el verdor de Turingia, que hubiera podido tomarse por el corazón de la Alemania misma, fuente de la filosofía vital de su mayor genio poético, también la naturaleza había sido desraizada y abatida. Cuando los prisioneros recién llegados entraban por el portón de hierro, con su inscripción «*Jedem das seine*» («A cada cual lo suyo»), y veían las colinas de su libertad perdida que se extendían varios

kilómetros ante ellos, había allí dos monumentos para recibirlos a los que todos los prisioneros debían volver la mirada a modo de saludo. Allí, en un plinto elevado, se alzaba una gigantesca estatua de piedra del águila alemana, con las alas extendidas. Después, en unos soportes semejantes, dos grupos de estatuas se miraban cara a cara: a la derecha, un sacerdote, un monje y un judío en vulgar caricatura, y a la izquierda, cuatro SS afinando la puntería. Buchenwald tenía otras particularidades.[2] Un rasgo de su vida diaria era el sonido de los «caballos cantantes», grupos de cuatro prisioneros que tiraban de los carros cargados de piedras y a los que se obligaba a entonar cánticos mientras lo hacían. Aquellos no eran los únicos sonidos. Ettersberg llegó a ser conocida como «la colina abandonada por los pájaros», ya que los gritos, quejas de dolor, lamentos y alaridos que surgían del campo obligaban hasta a las aves a cambiar de hábitat. Tampoco volaban pájaros en Dora. Este campo subsidiario de Buchenwald, asentado en las montañas de Harz a escasos kilómetros de Nordhausen, fue abierto en septiembre de 1943 como una fábrica subterránea para la producción de los *Vergeltungswaffen* (V1 y V2) de Hitler. Trabajando de doce a catorce horas al día en túneles húmedos y oscuros, y durmiendo incluso allí, los prisioneros no veían el cielo ni respiraban aire fresco durante días y días.

No obstante, fue Mauthausen el campo al que se envió el 90 % de los prisioneros españoles y el que será por siempre relacionado con la causa de la República española. Se ha dicho que Mauthausen fue el más misterioso de los campos nazis, debido a que ni siquiera en Alemania, y menos aún entre los aliados, se sospechaba su existencia. Tal tesis es objetable: la misma fuente afirma que los civiles austríacos lo llamaban *Totenberg* y *Mordhausen*,[3] y que su sistema de iluminación para vigilancia desde las torres no se apagaba nunca, ni siquiera durante los ataques aéreos de los aliados. Pero este asunto queda fuera de nuestro propósito. Sin duda se pretendía que fuera un campo modelo, el almacén de los enemigos incorregibles del nacionalsocialismo, y el único campo construido en piedra. También fue el primero que se levantó fuera de Alemania, el primero que recibió prisioneros no alemanes y el último en ser liberado. Todo ello era consecuencia lógica de su posición geográfica, en el punto más alejado de los ejércitos

invasores.

Este lugar, calificado por un superviviente y escritor como «inimaginable para Dante», se asienta en una colina regada en sus faldas por el Danubio, a 25 kilómetros de Linz corriente abajo. La pequeña población del este, casi en la confluencia del Danubio y el Enns, se caracterizaba por su tranquilidad y sus pequeñas tabernas.[4] El propio Mozart alabó su belleza, cuando pasó allí una noche con sus padres camino de Viena. Otro hijo de Austria contempló la zona con ojos diferentes, al ver en Linz, cercano a su lugar natal de Braunau, la futura capital industrial y cultural del Reich milenario. A mitad de camino entre el Danubio y la fortaleza se encuentra la mayor cantera de granito de Austria. En su origen pertenecía a la ciudad de Viena, lo que explica su nombre de Wienergraben, pero después del Anschluss una ley transfirió toda su propiedad a las SS con el nombre de Deutsche Erd- und Steinwerke (DEST) en Berlín; la pequeña fábrica de Messerschmitt construida en el lugar en 1943 era la única unidad industrial fundada en el propio Mauthausen. Inmediatamente después de la transferencia fue enviado un kommando de trabajo a la cantera desde el KL-Dachau, constituido casi enteramente por delincuentes comunes (verdes), y en abril Himmler y Pohl inspeccionaron las canteras y decidieron que eran adecuadas para la creación de un KL. El especial clima de Mauthausen fue sin duda un factor favorable: en menos de dos horas se podía pasar del sol abrasador a la lluvia y el frío.

La primera mención del KL-Mauthausen en funcionamiento proviene de julio de 1938. Los primeros presos fueron austríacos, pronto seguidos de checos, y entonces fue cuando se comenzó a construir la fortaleza. Con el sistema de aguas operativo a finales de 1942, el KL-Mauthausen estaba por entonces esencialmente completo. Pero también en aquel tiempo la afluencia de nuevos ocupantes superaba con mucho la capacidad del campo para alojarlos, o utilizarlos. Pese a la elevada mortalidad, la población se había duplicado en 1943, luego triplicado y, en 1945, llegaba a ser seis veces superior a la de 1942.[5] El registro del campo muestra que el número total de prisioneros que habían ingresado hasta abril de 1945 era de unos 139.000, y hacia el final de la guerra llegaba a 156.000. Pero estas cifras no son en ningún modo exhaustivas. En los primeros años, los prisioneros que llegaban recibían los mismos

números de registro que los que habían muerto. Los que tenían el código K (de *Kugel*) en sus documentos de tránsito eran ejecutados nada más llegar, como hemos visto, y si se había incluido su nombre por error en el registro, dicho nombre se borraba y se asignaba el número al siguiente prisionero que entraba. En las últimas semanas, miles de personas llegaron en las expediciones de evacuación desde el este, el norte y el oeste. Hans Maršálek aporta la cifra de 206.000 (de los que 110.000 murieron). Vilanova estima el número de personas ingresadas en Mauthausen entre el 8 de agosto de 1938 y el 5 de mayo de 1945 en 350.000 (con 285.000 muertos, incluidos 11.525 solo en abril de 1945). Una comisión de ex prisioneros intentó calcular el número exacto de muertos, pero no fue capaz de llegar a conclusiones definitivas. Un estudio oficial austríaco sumó un total de 127.767. Finalmente, un estudio sobre esperanza de vida en todas las categorías de prisioneros de Mauthausen obtuvo los siguientes valores aproximados:

desde agosto de 1938 al final del otoño de 1939	15 meses
desde el invierno de 1939 al final del otoño de 1943	6 meses
desde el invierno de 1943 al final del otoño de 1944	9 meses
desde el invierno de 1944 a la liberación	5 meses

Aunque el número de SS asignado a Mauthausen y a sus Nebenlager aumentó con el incremento de la población de presos, en proporción descendió. En febrero de 1940 había 1.250 SS, de ellos 460 en el propio Mauthausen y 600 en Gusen, o un SS por cada diez prisioneros. Hacia el verano de 1944, la proporción se había ampliado a un SS por cada quince prisioneros. El 1 de enero de 1945 había 5.562 SS para custodiar a 72.392 prisioneros varones y 65 mujeres SS para guardar a 959 prisioneras.[6] Debe decirse que en aquel tiempo había en Mauthausen más prisioneros que en todos los demás campos del archipiélago KZ, excepto dos, y más SS que en ningún otro campo, salvo uno.[7] En abril de 1945, en su apogeo,

la guarnición de SS se elevaba a 5.984. El número total de SS que sirvieron en el complejo de Mauthausen en algún momento o en toda su existencia, según los administradores de las SS que sobrevivieron y fueron interrogados, era de unos 15.000. Todos eran alemanes o austríacos, a excepción de los croatas[8] y algunos rumanos. Aunque a menudo se supone que las guarniciones de los campos estaban formadas únicamente por Allgemeine SS, debe tenerse en cuenta que en un número indeterminado se tomaron de las unidades Waffen SS. En el caso de Mauthausen, su comandante Franz Ziereis dijo en su lecho de muerte que entre 4.000 y 5.000 de sus guardias pertenecían a la Totenkopfverbände, mientras que los demás correspondían a personal de la Wehrmacht y la Luftwaffe en particular.

El hecho de que Mauthausen estuviera en Austria y no en Alemania significaba que los SS alemanes asignados tenían que adaptarse en cierta forma a las costumbres austríacas. Aunque utilizaban la misma moneda y podían entrar en cualquier taberna, como en Alemania, y apartar a la gente del lugar, la cocina seguía siendo austríaca y la tradición católica de los granjeros podía en alguna ocasión despertar una reacción contraria a su brutalidad. Existen informes de la comisaría local,[9] al menos en los años 1939-1940, que muestran que los habitantes de la zona protestaron por el trato que se daba a los prisioneros. Aunque obligados a volverse de espaldas cuando los SS pasaban con los reclusos, podían oír los golpes de las porras y los gemidos que los seguían, y escribieron solicitudes para que los guardias SS responsables fueran perseguidos; estos informes fueron, evidentemente, devueltos por los cuarteles de policía de Linz con la notificación de «No aceptable».[10]

7

Supervivencia de las pruebas

En 1985, con ocasión del cuadragésimo aniversario de la liberación de Mauthausen, la Universidad de Viena empezó a repartir cuestionarios entre los supervivientes que asistieron a las diferentes ceremonias conmemorativas que tuvieron lugar en toda Austria. La pregunta que podría hacerse es «por qué la universidad esperó cuarenta años para empezar este proceso». Aunque la principal pregunta, por más que su respuesta sea fácil de encontrar, es por qué el mundo occidental, después de Nuremberg, dejó caer en el olvido la cuestión de los crímenes nazis.

Muchos supervivientes de Mauthausen, y de otras partes, han publicado su historia, a menudo añadiendo a su experiencia personal individual una gran cantidad de información de oídas recogida más adelante, sin ser conscientes de que es su propia experiencia, con el mayor detalle posible, la que tiene un verdadero valor para la historia. En tiempos existieron, por supuesto, las anotaciones más completas. Se llevaba una ficha clasificada por cada nuevo ingreso en el campo, con excepción de los prisioneros K, pero incluso en este caso se rellenaban sus documentos de tránsito. Después de la captura de Viena por el Ejército Rojo el 13 de abril de 1945, los SS usaron los últimos fuegos del crematorio para quemar sus archivos y, durante todo un día, llovieron sobre el campo fragmentos de papel quemado. Luego, el 2 de mayo, un día antes de que llegaran los primeros coches de las brigadas de bomberos de Viena para montar guardia fuera del campo, la cámara de gas fue desmantelada y parcialmente destruida, junto con el crematorio y los instrumentos de tortura, a la vez que quienes habían trabajado en el crematorio (los *Kohlenfahrer*) murieron asesinados a tiros.[1]

Los SS esperarían así lo que sus colegas en otros lugares, que no existieran registros históricos precisos sobre los crímenes cometidos en el campo. ¿Qué posibilidades habría de recoger datos precisos, cuando la mayoría de los prisioneros tan solo conocían a los demás por su nombre de pila o su apodo, donde cada prisionero únicamente se movía dentro de su propia unidad y donde nadie había dispuesto de lápiz y papel para tomar notas de este constante y enorme flujo? Era muy difícil hacerse con papel y estaba estrictamente prohibido tener la menor anotación escrita. Sin embargo, para ser perfectos los SS tendrían que haber matado a seis prisioneros, de los cuales cuatro eran españoles, que guardaron las claves para reensamblar una parte importante de los registros del campo. No lo hicieron y, como resultado, como indica Vilanova, «todos los informes relativos a la población de prisioneros de los KL son meras aproximaciones, excepto en el caso de los españoles de Mauthausen».

Los SS de Mauthausen, como los de otros sitios, tenían dos juegos de informes independientes. Uno contenía los registros generales del campo, guardados en el Lagerschreibstube del barracón 1. Este archivo incluía una ficha de cada prisionero, con datos básicos y su registro en el campo. Para mantener este conjunto, los SS empleaban a dos prisioneros (más tarde, tres) como Lagerschreiber, o administrativos. No se hizo copia secreta de ningún fragmento de esta colección y toda ella fue destruida por los SS días antes de la liberación. El otro juego de archivos se guardaba en las oficinas de la Politische Abteilung (Gestapo), que tenía un complejo fuera de la fortaleza formado por ocho o nueve salas. Este archivo también tenía una ficha de cada prisionero, duplicando los datos básicos, excluyendo el registro del campo actual del recluso, pero incluyendo su historia anterior, principalmente las razones por las que fue enviado a Mauthausen y su dirección en el país cuando fue detenido. También aquí los SS empleaban a prisioneros para que los ayudaran en el trabajo. El destino quiso que los SS eligieran, el 16 de marzo de 1941, a un catalán, Casimir Climent Sarrión.

Esta elección no fue fortuita: Climent tenía algunos conocimientos de alemán y había sido oficial en el ejército republicano español. En Francia había sido enviado a una *compagnie de travailleurs* y fue hecho prisionero el 20 de junio de 1940.

Enviado primero al Stalag XI-B, se le trasladó a Mauthausen el 23-25 de noviembre de 1940, en compañía de otros cuarenta y seis españoles. En su puesto de oficinista en la Politische Abteilung, Climent, junto con otros prisioneros, se encargaba de mantener el vasto catálogo que llegó a sumar finalmente 180.000 fichas. Es bastante probable que se eligiera a Climent porque los SS se dieron cuenta de que las entradas de los españoles en el catálogo estaban seriamente desordenadas: los españoles utilizan los apellidos del padre y la madre, y la omisión arbitraria de un patronímico débil por quien lo portaba (una práctica común en España) había creado una gran confusión. Sea cual fuere el caso, se dio a Climent la responsabilidad exclusiva sobre el índice de fichas español, que fue así separado del catálogo general. En este trabajo recibió más tarde la ayuda de otro catalán, Josep Bailina, sin afiliación política. Las preferencias políticas del propio Climent se situaban en el centro, lo que explica sus acciones posteriores. Su trabajo le permitía una independencia considerable, y como resultado podía llevar, y de hecho llevó, un segundo juego completo de fichas para sí mismo, además de una copia de otras listas de convoyes y traslados de los kommandos. Por otra parte, Climent era responsable de cumplimentar la correspondencia de la Gestapo con cualquier organización que preguntara por un español del que se creía que estaba internado en Mauthausen. Estas organizaciones incluían a la Cruz Roja Internacional, la embajada de España en Berlín, los consulados españoles en Viena, Munich, París y otros lugares y la Falange Exterior de Berlín, París y sus numerosos despachos subsidiarios. Al final, en 1945, cuando llegaron las mujeres prisioneras, Climent también se hizo cargo de sus registros.

Luego, Climent se enfrentó al descomunal problema de conservar una colección que, al final, llegó a pesar unos catorce kilos. No podía sacarla del complejo de la Gestapo ni ocultarla en un sótano, en el tejado o en los muebles. Su solución fue maravillosamente simple. Lo hizo en las cajas de papel y de fichas del almacén. Cuando, el 2 de mayo de 1945, Karl Schulz, el oficial de la Gestapo responsable de la Politische Abteilung, ordenó que se quemaran todos los documentos, nadie en las SS pensó que también hubiera que hacerlo con los depósitos de papel y de fichas, y mientras todo lo demás fue destruido la colección de Climent, con

sus precisas anotaciones de 4.765 españoles muertos,[2] se salvó.

Entre las primeras tropas aliadas que llegaron a Mauthausen en 1945 estaba el sargento Benjamin B. Ferencz, un investigador de crímenes de guerra del ejército de Estados Unidos, que apareció allí el 10 de mayo. Como hablaba húngaro, pudo entenderse con las mujeres húngaras supervivientes. En un escrito de 1979, Ferencz describió su encuentro con un archivero interno («cuyo nombre nunca sabré») que lo recibió con alegría, luego salió del barracón y volvió unos minutos más tarde con una caja sucia. La caja contenía un registro completo y fotografías de todos los SS que habían estado alguna vez en Mauthausen, un regalo de valor inestimable para el fiscal de crímenes de guerra en Nuremberg. El ex prisionero le explicó que uno de sus trabajos había consistido en escribir fichas de identificación de los guardias de las SS. Cuando estos guardias recibían un nuevo destino, la ficha debía ser destruida, pero el prisionero había encontrado la forma de salvar esas fichas de la destrucción, guardándolas en una caja y enterrándola cuidadosamente en un campo. «Me sentí conmovido —escribe Ferencz— por la fe ciega que inspiró al prisionero desconocido a arriesgar su vida con la convicción de que llegaría el día de ajustar cuentas.» Es notable que Ferencz no reconociera más tarde a su benefactor, que no había sido otro que Climent Sarrión.[3] Así, Ferencz arroja luz sobre un aspecto del trabajo de Climent que no ha sido registrado en otros lugares.

Aparte de los dos juegos de registros de prisioneros de las SS (uno destruido y otro salvado), había un tercer archivo, este secreto, recogido a mano por Climent con la ayuda de su compatriota Juan de Diego; desde que este se convirtió en Lagerschreiber 3, ambos hombres se movían libremente por el campo, entre el barracón 1 dentro de la fortaleza y la Politische Abteilung fuera, por lo que estaban en condiciones de colaborar. Lo que consiguieron entre los dos fue una lista de todos los presos españoles, con información que ni siquiera los archivos de las SS contenían: la dirección en España de cada prisionero, recogida pidiéndosela a él mismo o a sus compañeros. Esta lista fue ocultada por Climent junto con el resto de sus tesoros, y después de la liberación fue de vital ayuda en la tarea de informar a las familias de aquellos que no volvieron. En cuanto a los índices de fichas de

Climent, llenaba maletas, pero Climent se las llevó consigo cuando salió de Mauthausen y, con la ayuda de Juan de Diego y otros, se escribió una lista (con original y siete copias) que ocupaba 360 folios. La lista fue publicada finalmente en el trabajo de 1977 de Montserrat Roig.

Juan de Diego hizo una contribución más, tanto a la historiografía como a la causa de la justicia. La Politische Abteilung guardaba un archivo llamado *Unnatürliche Todesfälle* (muertes no naturales). Por comunes que pudieran ser tales muertes, no alteraban la obsesión de los SS por los registros metódicos; en cada caso de muerte violenta se escribía un informe que era firmado por el miembro responsable de las SS, o por un testigo de los hechos. En los últimos días, cuando se iban a quemar los registros de las SS, el alemán de insignia roja Gerhard Kanthack,[4] que había sido asignado a la Politische Abteilung, se las arregló para escamotear el libro y esconderlo dentro de un armario. Al no atreverse a sacarlo del complejo, Kanthack le pidió a De Diego, que tenía libre acceso a él, que se lo llevara. De Diego lo hizo, disimulándolo en su chaqueta y luego escondiéndolo en el Lagerschreibstube, donde había más posibilidades de mantenerlo oculto. El día de la liberación, De Diego entregó el libro a un oficial estadounidense y le preguntó su nombre. Todavía conserva el trozo de papel que el norteamericano le dio, con la siguiente nota escrita: «*General commanding 3rd US Army, Judge Advocate Section, War Crimes Commission (APO 403, US Army)*» [general en jefe del Tercer Ejército de Estados Unidos, Sección Auditores de Guerra, Comisión de Crímenes de Guerra (APO 403, Ejército de Estados Unidos)]. Más tarde, el libro cayó al parecer en el olvido, porque en el momento en que se estaba preparando el proceso de Colonia de 1966-1967, De Diego escribió al fiscal de la acusación en Colonia llamando su atención sobre la existencia del mismo.[5] Fue recuperado y, por salvarlo, De Diego recibió más tarde una carta de gratitud de Michael S. Bernstein, del Departamento de Justicia de Estados Unidos.

Una tercera fuente de pruebas vitales provino del Revier, donde dos prisioneros, los dos de más de cuarenta años, actuaban como administrativos del oficial médico en jefe. El primero era el austríaco Ernst Martin, director de una fábrica de gas de Innsbruck, quien estuvo al servicio del doctor Eduard Krebsbach durante todo

su tiempo de permanencia desde 1941 hasta 1943. Después de la partida de Krebsbach, y hasta 1945, el checo Joseph Ulbrecht, un director bancario de Beneschau, cerca de Praga, fue escogido como administrativo por sus dos sucesores. Ambos prisioneros fueron responsables de mantener al día los archivos médicos, extendiendo certificados de defunción y manejando la correspondencia con Berlín y los otros campos. El 20 de abril de 1945 se ordenó a Martin que quemara todos los archivos, pero logró ocultar dieciséis volúmenes en un armario de la farmacia, y en el momento de la liberación esas carpetas (Totenbuch des SS-Standortarztamts) fueron entregadas a las autoridades militares estadounidenses. En las páginas 568-582 del volumen 5 se escogió el término «parada cardíaca» como causa de la muerte de 203 personas, todas ellas fallecidas el mismo día, el 19 de marzo de 1945.

La cuarta fuente de pruebas incriminatorias fue, en definitiva, la que más daño hizo a los SS, ya que provenía del Erkennungsdienst, o laboratorio fotográfico. Todos los campos de las SS tenían uno de estos laboratorios, pero Mauthausen —y solo Mauthausen— tenía prisioneros ayudantes con la tenacidad suficiente para guardar una parte de las pruebas. El terror que sentían los SS de que alguna de las fotografías que reflejaban las atrocidades cometidas pudiera llegar al mundo exterior se puso de relieve en Buchenwald en 1939, cuando se produjo un intento de ocultarlas y las SS descargaron su furia contra el kapo de kommando Alfred Opitz, un alemán de insignia roja oriundo de Leipzig. Opitz fue arrojado a una celda de castigo y después de múltiples torturas murió estrangulado por un tal Sommer, el responsable adjunto de las SS del Bunker. En Mauthausen, por otra parte, los dos españoles empleados en el Erkennungsdienst, Antonio García Alonso y Francesc Boix Campo, cada uno por separado, lograron guardar al menos 1.000 fotografías (200 en papel y 800 en negativos). Cuando el 2 de mayo de 1945 los SS dieron orden de quemar hasta el último resto de material del laboratorio, les pareció que la orden fue aplicada escrupulosamente, y cuando los investigadores de los aliados llegaron no encontraron ningún rastro de pruebas. Pero gracias al valor de García y de Boix, el primero al hacer una copia adicional y el segundo al retirar las fotografías y los negativos hacia un lugar seguro, las pruebas no desaparecieron.

SEGUNDA PARTE

Mauthausen, categoría tres

Ob Tag ob Nacht,
Stets mit Bedacht.
Der Glocke Ruf erklingt.
Ein Zeichen, deine Pflicht beginnt. [*]

1

La llegada

El tren chirrió, parando bruscamente en un lugar desconocido. Ninguno de los que pudimos ver el nombre de la estación lo reconocimos. Era de madrugada. La larga pesadilla, pensábamos, iba a terminar. Sentados, acuclillados, tumbados o de pie, íbamos unos 140 en un vagón de mercancías, sin comida ni agua, tiritando a una temperatura de veinte bajo cero. El tren apenas se había detenido cuando oímos descorrer los cerrojos de las puertas, que quedaron abiertas, y ante nosotros aparecieron los SS, cerca de un centenar, con grandes perros que ladraban. «*Kanaken, 'raus!*», empezaron los gritos de los guardias, a la vez que nos obligaban a cargar a los enfermos y los muertos. Luego empezaron a golpearnos con las culatas y las porras, haciéndonos bajar. Caímos sobre la nieve, que nos llegaba a las rodillas, y nos la metimos en la boca. Algunos no llevábamos calzado. A cuestas con las escasas pertenencias que nos quedaban, hubimos de superar los golpes y los mordiscos de los perros hasta llegar al punto de encuentro, en el andén de la estación. «¡Hijos de puta! ¡Maricones!», iban diciendo los españoles. Los alemanes no les entendían, pero profirieron una ristra de insultos a los españoles, que estos respondieron, cuando los SS no los veían, con un corte de mangas. «*Angetreten!*» Formamos en filas de a cinco. Nos contaron una y otra vez. Luego, «*Im Gleichschritt, marsch!*». Partimos a marcha rápida, con una hilera de SS a los lados y los perros detrás, por el camino que llevaba de la estación al pueblo. Por el frío y el penoso estado de muchos de los prisioneros, nos ordenaron que marcháramos cogidos del brazo, pero aun así nos resbalábamos en las piedras heladas. Buscábamos con los ojos una luz en las casas, tal vez un rostro. Casi en la parte opuesta de la estación había una Gasthaus, pero estaba envuelta en la oscuridad. Los perros nos ladraban y mordisqueaban los tobillos de los de las filas exteriores, que pronto envidiaron a los de las tres

del centro. Bajo una colina llegamos a un pequeño parque triangular, donde el camino giraba bruscamente a la derecha. Pasamos por otra Gasthaus, que miraba al Danubio, y luego nos detuvimos. Alberto, el intérprete, nos anunció: «Vamos a cruzar el pueblo. El que se detenga o se suba a la acera será muerto en el acto». Atravesamos el pueblo en silencio. Había una iglesia a la izquierda, otra a la derecha. Aparentemente, la Austria católica no es la pagana Alemania. En el centro del pueblo, el camino se bifurcaba, y pudimos vislumbrar apenas la fealdad barroca de los edificios mientras avanzábamos a un ritmo ahora rápido. «*Dalli, dalli!*» («¡Moveos!») La formación de cinco se había roto en dos. Los SS, que parecían ladrar con más fiereza que los perros, empezaron a golpear a los que se rezagaban. Nos detuvimos de nuevo mientras Alberto nos decía: «Tenemos tres kilómetros por delante. El que no lo resista morirá de un tiro. Quien intente escapar será comido vivo por los perros». Jaime, que podía ver una parte del camino, descubrió un manzano en la cuneta y se inclinó rápidamente para acercarse a él. Un guardia que lo vio le sacó de la fila y le pegó brutalmente antes de empujarle de nuevo a la formación. Llegamos a una cuesta, pero sin aflojar el ritmo. «*Wollt ihr laufen, ihr faulen Hunde! ihr Drecksäcke!*» Seguíamos corriendo. Paco se tambaleó y soltó el fardo que transportaba. Dos guardias cayeron sobre él, le sacaron de la formación y empezaron a golpearle en la cuneta, a la vista de los prisioneros que venían detrás, como si no fueran a parar hasta matarle. Estábamos aterrorizados. ¿Íbamos a morir todos en esa carretera? Dimos un giro y vimos ante nosotros la silueta de una sólida fortaleza. Seguimos subiendo, pasamos delante de una cruz y, luego, ante un puesto con una calavera y unos huesos cruzados pintados de blanco sobre un fondo oscuro. Por fin llegamos arriba de la cuesta y echamos un vistazo, a la luz de la luna, a los raíles y a los volquetes. Los SS nos ordenaron volver a formar en cinco filas. Frente a nosotros se encontraba la entrada principal, de estilo mongol, con sus grandes portones de madera que se abrieron según nos acercábamos. Pasamos ante las torres de granito altas como pagodas, por debajo del arco. Habíamos llegado a Mauthausen. Todos menos siete de nosotros: los que murieron en los cuatro kilómetros que iban de la estación al campo.

Cuando pasamos la entrada, tuvimos cierta noción del muro de granito a nuestra derecha con sus aros de hierro. Pronto sabríamos muy bien lo que significaba. Para aquellos prisioneros que no respondieran adecuadamente al interrogatorio, su primera experiencia de Mauthausen sería verse encadenados allí, en el Klagemauer, durante 24 o 48 horas sin comida ni agua. Enfrente

estaba el espacio para formar, cubierto de hielo. Los faros del perímetro alumbraban como si fuera de día. Los SS seguían aullando sus órdenes, seguidas de nuevo por el «*Dalli, Dalli!*», y fuimos conducidos a una zona entre los lavabos y los muros de la fortaleza, de cara a los primeros, y con los SS y sus perros detrás de nosotros. Hombres con trajes a rayas y las cabezas afeitadas nos contaron una y otra vez. Eran los kapos, todos ellos con triángulos verdes o negros. A la orden de un oficial de las SS, un kapo nos preguntó: «¿Hay algún judío?». Un hombre dio un paso al frente. Los kapos se abalanzaron sobre él y le golpearon con sus porras hasta tumbarlo, mientras el SS sonreía. Entonces, otro intérprete, un alemán que hablaba español llamado Enriquito, se dirigió a nosotros: «¡Mariconas!», empezó. Estábamos exhaustos, pero su primera palabra nos dejó con la boca abierta. Aquel insulto mal dicho sonaba de lo más estúpido en labios de un hombre tan afeminado en el hablar y los modales. A pesar de nuestros sufrimientos, o tal vez por causa de ellos, nos entraron ganas de reír, y no nos contuvimos. «Pequeños rojos españolitos —siguió Enriquito, aún más encolerizado— acabáis de entrar en Mauthausen. Habéis venido a trabajar y a obedecer. No podréis protestar como soléis. No pediréis nada. Todo os está prohibido. Ahora me las pagaréis todas juntas. Me tuvisteis preso en la cárcel de Montjuïc durante dos años, y ahora vais a pagar bien por ello, porque ninguno de vosotros, ¿lo oís bien?, ninguno saldrá vivo de aquí.» Levantó el brazo y señalando con el índice la chimenea del crematorio, dijo: «¿Veis ese humo? ¡Eso es lo que os espera!».[1]

Nos ordenaron que nos desvistiéramos. Aun con el intenso frío todavía sudábamos después de subir la cuesta con nuestros fardos. Durante media hora aguardamos desnudos en la nieve. Luego, nos reunieron en el primer edificio de la derecha. Los SS nos quitaron todo lo que habíamos traído. Un oficinista tomó nota de todos nuestros bienes. Esas eran las órdenes. Nos serían devueltos cuando saliéramos de allí. Solo que también nos dijeron que nunca saldríamos de allí. Aquella fue la primera lección sobre el modo en que el sistema se contradecía a sí mismo. Todos los detalles debían estar en orden, aunque fuera tan solo por respetar los principios. Luego nos empujaron, a golpes y a patadas, hacia la enorme sala de duchas, que relucía de limpia y luminosa. Nos ducharon con cubos. Después nos afeitaron todo el pelo del cuerpo: cráneo, barba, bigote, axilas, tórax, ingles y piernas, con una cuchilla que arañaba más que cortaba. Las partes rasuradas nos fueron lavadas con fenol. Un desinfectante, decían ellos, pero que dolía de tal forma en las axilas y las ingles que teníamos que andar con los brazos levantados

y las piernas abiertas. La reacción de los prisioneros habría dado a cualquier observador la impresión de que acababa de entrar en un asilo de lunáticos. El mismo ácido carbólico se untaba en las heridas abiertas, haciendo que los hombres aullaran o incluso se desvanecieran. A continuación vino el examen médico. Un prisionero indicó a un administrativo que tenía una herida en el pulmón, en la confianza sin duda de que se le aliviara del trabajo. Un veterano susurró que en ese lugar no había nunca que decir tal cosa: era el camino más rápido hacia la cámara de gas. Más tarde descubriríamos, para nuestro asombro, que nunca estaríamos enfermos de la forma normal.

Después de la ducha y del médico, otra espera: durante media hora permanecimos de pie descalzos en la nieve. Entonces, nos dieron nuestros uniformes de rayas azules y blancas, o *drillich*, como ellos los llamaban. Algunos de los uniformes tenían los agujeros de las balas que habían puesto fin a la vida de sus últimos poseedores. Luego dos zuecos, no necesariamente del mismo par, y muchos de ellos con clavos que sobresalían; no nos dieron calcetines. Nosotros mismos teníamos que procurarnos trapos para envolvernos los pies y usábamos el papel de los sacos de cemento como ropa interior.[2]

Fuimos enviados entonces a los barracones de cuarentena, con un acompañamiento musical: dos prisioneros alemanes, uno al violín y el otro al acordeón, tocaban el «Adiós a la vida» de *Tosca*. Los SS no dejaban pasar ninguna ocasión de divertirse. Nos vimos en los barracones de cuarentena completamente aislados, no solo del campo principal sino también unos de otros. A nuestra llegada, un Blockaltester llamado Popeye, que no era español y se dirigía a nosotros a través de un intérprete, nos dio la bienvenida al barracón: «Si fumáis, os mataremos. Si bebéis en un momento inadecuado, os mataremos. Si habláis demasiado alto o hacéis ruido, veinticinco azotes con el látigo. Mataremos a todo aquel que, sin ser alemán, maldiga a los alemanes. Estáis aquí para morir». Todo en conjunto era tan ridículo que, al final, a pesar del sufrimiento y el cansancio, nos echamos de nuevo a reír, después de lo cual Popeye nos mandó salir del barracón y nos vimos hollando la nieve con los zuecos.

Al fin llegó el momento del descanso. Pero los barracones de cuarentena no tenían camas. Nos tendimos en jergones desgastados, en filas de cinco, arrebujados de lado como cucharas, incapaces después de cambiar de postura. Nos tapábamos con una manta para los cinco, que extendía un kapo sobre nosotros una vez que habíamos cogido la postura. En algunos casos, el kapo andaba sobre nuestros cuerpos; se detenía para bailarnos encima y nos aplastaba

las costillas con sus botas.

Así acabó nuestro primer día. Cuanto teníamos nos había sido arrebatado. Nos invadía la sensación de no ser nada, solamente Stucke. Todo el sistema se había inventado para alentar ese sentimiento.

Ningún hombre, mujer o niño que sobrevivió a Mauthausen recuerda su llegada al campo exactamente de la forma descrita. Esta exposición es una mezcla de las versiones de varios supervivientes del convoy de 849 hombres que llegó a Mauthausen desde Estrasburgo la noche del 12 al 13 de diciembre de 1940. Su estilo ha sido tomado de los más instruidos de entre los afectados, pero en ningún sentido se han querido subrayar los elementos más dramáticos de cada relato. Al contrario, la descripción es bastante vulgar y corriente. Manuel García, como tantos otros, recuerda que en el tren de pasajeros en que fueron transportados desde Munich no recibieron nada de comida, salvo la que la Cruz Roja Internacional pudo suministrarles.[3] Otros prisioneros llegaron desnudos a la estación, al haber sido obligados a desvestirse para desalentarlos de huir, pero sus ropas estaban guardadas dentro del tren. En la estación se les ordenó que cogieran un hato de ropa y zapatos, los de cualquiera, les valiera o no el calzado. Otros recibieron solo ropa interior y algunos nada. Una remesa de prisioneros podía permanecer de pie en la Appellplatz durante toda una noche de helada. No se empezaba hasta que llegaba Bachmayer, acompañado de su perro Lord, para encontrarse con los Blockführer (estaban presentes todos o casi todos) y hacer las preguntas de rigor, interrumpidas por su brutalidad acostumbrada. Lord tenía aterrorizados incluso a los SS, como más tarde admitió el Oberscharführer austríaco Rudolf Müeck. El trabajo de Müeck en el registro inicial, donde le ayudaba un prisionero español del que no se conoce el nombre, servía en parte para impedir que los kapos sustrajeran algunos de los bienes valiosos que los prisioneros recién llegados pudieran todavía tener en su poder.[4] Algunos prisioneros recuerdan haber sido desposeídos de todas sus pertenencias en la Effektenkammer fuera de la fortaleza, para luego atravesar desnudos las puertas principales hacia los aseos, que en Mauthausen no tenían espacio para las largas filas de tablas que se encontraban en otros campos.

Vilanova señala que la llegada a Mauthausen era posiblemente peor que a cualquier otro campo, ya que casi todas las expediciones arribaban allí en tren y los prisioneros tenían que cubrir más de cuatro kilómetros desde la estación al campo por una cuesta pronunciada y a menudo resbaladiza que habían de subir corriendo. Las condiciones mejoraban sustancialmente en primavera u otoño, pero el calor del verano aportaba un tormento diferente. Charles Renaud, que llegó a Mauthausen en abril, cuando la principal preocupación era la sed, describe que cuando la expedición entró por la puerta principal vio, en vez de prisioneros encadenados al Klagemauer a la derecha, un preso que colgaba de la cadena de la izquierda, con los brazos en la espalda en la más dolorosa de las posturas conocida como *pfahlbinden*. En este uso particular de *pfahlbinden*, el prisionero estaba de pie pero, cansado de mantener esa postura durante horas, al intentar sentarse se iba dislocando los hombros lentamente. Renaud añade que fueron los kapos, no los SS, los que se apropiaron de los relojes y los anillos de boda de los recién llegados a cambio de algunas cucharadas de agua. No obstante, la Effektenkammer estaba en el centro de todo el tráfico de bienes robados, la mayoría de los cuales pasaban de las manos de los SS a la población civil de fuera del campo. Pese a todo, algunos artículos de valor, sobre todo monedas que los prisioneros habían ocultado en su ropa, no eran descubiertos por los SS, y cuando esas prendas se enviaban al kommando de desinfección, sus kapos e incluso algunos de los prisioneros que trabajaban allí tenían una ocasión para robarlas, u «organizarlas» (*organisieren*), que era el único término utilizado por los prisioneros para este tipo de hurto. Entre los integrantes de este kommando se encontraba un catalán de Barcelona apellidado Conill, que escondió su botín bajo las tablas del suelo. Los que sobrevivieron pudieron salir del Lager después de la liberación con una considerable suma de dinero.[5]

Finalmente, no todos los prisioneros llegaron en el silencio de la noche, e incluso cuando lo hicieron no pudieron ocultarse del todo las pruebas. Los convoyes arribaban a la estación los sábados,[6] los días de mayor ajetreo en la localidad. Manuel García, que llegó a plena luz del día, no vio a nadie en las calles, pero recuerda que las cortinas de las casas no estaban echadas y que los SS maltrataban a los prisioneros a la vista de cualquiera que quisiera mirar por la

ventana.[7] Joseph Haber también lo recuerda: «Cuando íbamos por el pueblo todo el mundo podía vernos».[8] El grupo de Jean-René Chauvin llegó justo antes del mediodía: no se veía a nadie.[9] Leopoldine Drexler, habitante de Mauthausen y entonces una muchacha, recuerda que no hacía falta verlos para reconocer las caravanas de varios centenares de prisioneros sucios, vestidos con andrajos y algunos descalzos: «Se los podía oler cuando pasaban».[10] «Se los podía oler, pero también oír —recuerda Erich Neumüller, otro vecino de Mauthausen que vivía en Ufer, en el camino que tomaba el grupo—. Eran tantos que podía oírse su marcha, aunque fueran descalzos, incluso en la nieve. Miré por la ventana, pero con todo el cuidado para que no me descubrieran. En 1945, apenas unos cuantos SS los custodiaban, pero todos los prisioneros tenían un aspecto muy débil. Yo era aprendiz y tenía que levantarme a las cinco de la mañana. No vi que dispararan a ninguno de los presos, pero cuando salí de casa todavía no había llegado el camión y en el camino había tendidos varios cadáveres.»[11] Pierre Daix recuerda que, aunque era normal que un camión siguiera a la comitiva para recoger los cuerpos de los que caían abatidos a tiros o golpeados hasta morir en las cunetas, el kommando asignado a esta tarea no llegaba la misma noche que el tren, con lo que los cadáveres se quedaban allí tirados hasta la mañana siguiente; como este era el único camino en la margen izquierda del Danubio, todos los vecinos que lo recorrieran habrían visto los cuerpos.[12] Cuando los prisioneros llegaban a la luz del día, los SS despejaban las calles, ordenaban echar las cortinas de las casas y detenían a quien descubrieran mirando, pero estas cautelas no se mostraron eficaces. Los prisioneros, en su miedo y su sufrimiento, buscaban contacto visual en las casas ante las que pasaban. Los niños del pueblo, y no solo los niños, espiaban a hurtadillas desde el desván o a través de las ventanas.[13] Algunos supervivientes recuerdan que los aldeanos los miraban pasar desde detrás de las cortinas. Otros tuvieron la experiencia de una llegada bastante diferente. «Marchábamos por el pueblo bajo una luz intensa, a la vista de todo el mundo —recuerda Ramiro Santisteban —. Las calles no habían sido despejadas; los civiles austríacos fueron testigos de todo.»[14] Antonio García recuerda que su comitiva llegó hacia el mediodía y que los vecinos estaban

trabajando en sus actividades cotidianas.[15] Paul Tillard escribe que cuando llegó con su grupo a la estación, la gente del pueblo, con sus sombreros tiroleses, mostró cierta compasión hacia ellos. Pero no es compasión lo que otros recuerdan como reacción de los civiles austríacos. El doctor Wetterwald habla de su «prodigiosa indiferencia». Premysl Dobiáš rememora que, en mayo de 1942, su pequeño grupo pasó primero por Linz y luego por el pueblo de Mauthausen: «Los austríacos nos escupieron».[16] Le Chêne dice del grupo de su marido que los niños les tiraron piedras y les gritaron: «Pronto estaréis en Totenberg subiendo por la chimenea». También a pleno día, los prisioneros en su marcha vislumbraban el Danubio y apreciaban su coloración grisácea, como todo cuanto se extendía ante ellos. El gris iba a convertirse en el color predominante de sus vidas. Gris Danubio, grises muros de la fortaleza. Gris el *drillich* y las piedras de granito y el mismo aire que respiraban. Unos pocos, en especial los españoles, que encontraron el Danubio de color azul, miraron más allá de las colinas y atisbaron… los Alpes. «¡Los cruzaremos para huir a Suiza! —recuerda Manuel García que se decían unos a otros en el grupo—. Lo cierto es que ninguno de nosotros tenía la menor idea de dónde nos encontrábamos.»[17] Esta tendencia a pensar en lo mejor fue, sin embargo, el secreto de la fuerza de los españoles y les mereció la admiración voluntaria o involuntaria de todos los demás. Baldomero Chozas recuerda que la moral de su grupo era baja, pero que él hizo todo lo posible para levantarla y que no dejaba de hablar de los quesos que iba a comerse después de la liberación, hasta el punto de que hasta los SS terminaron por llamarle «Queso». Otro español, impulsado de igual manera a no perder la ilusión en las peores adversidades, reaccionó al recibir su *drillich* con un comentario jocoso: «Estos deben de ser los pijamas».[18]

La cuarentena, normalmente de cuarenta días, se redujo a cuarenta horas. En cuanto a los kapos corriendo arriba y abajo por las filas de cuerpos apiñados, como los esclavos de otras épocas, y dándoles patadas, no existen fotografías que lo demuestren, pero la escena ha inspirado muchos de los dibujos expuestos hoy en el museo de Mauthausen. Se preguntó por ello a Manuel García, convertido en vigilante del museo y que había ocupado el puesto durante veinte años: «¿Era así realmente el momento de vuestra

llegada, o se ha exagerado?». «No se ha exagerado —respondió—, y no era solo la primera noche. Al nombrar a los kapos [los verdes y los negros], los SS sabían muy bien cuál era la escoria de la tierra.»[19]

2

El círculo exterior: los SS

La llegada a Mauthausen se ha descrito como un aterrizaje en otro planeta. Una vez traspasada la entrada al campo, la humanidad quedaba abolida; tales eran los ritos de tránsito. La vida, si puede llamarse así, a la que los prisioneros tenían que adaptarse giraba en torno a un pequeño número de hombres al mando cuyas personalidades, si no siempre sus nombres, permanecen grabadas en la memoria de los supervivientes. Estaban los oficiales de las SS, que en su mayor parte se mantuvieron en sus puestos durante todo el internamiento. También los centinelas y los guardias, que eran pasajeros y sin rostro. Y finalmente los kapos, compañeros de cautiverio convertidos en captores, que llevaban el instrumento de la autoridad lo más cerca posible de los desventurados reclusos. Normalmente, a quienes mejor conocían los prisioneros era a los kapos. Ningún SS dormía dentro de la fortaleza y muy pocos entraban en ella, aparte del Rapportführer y su equipo de suboficiales (Blockführer). Cada uno de estos suboficiales se encargaba de un barracón, y la responsabilidad del Rapportführer consistía en reunir y verificar los informes de los suboficiales. En lo que respecta a los guardias SS de las torres de vigilancia, entraban y salían por escaleras montadas en el exterior, no dentro de los muros. El resultado es que solamente unos pocos prisioneros, sobre todo los *prominenten* que trabajaban en las oficinas y los servicios, llegaron a conocer con detalle la personalidad de sus torturadores. Más tarde se conocerían otros hechos, cuando algunos de esos torturadores se enfrentaron a juicios para responder por su conducta. En el caso de los oficiales de las SS, en general había dos impresiones compartidas: eran jóvenes, de buena complexión y

físicamente atractivos, pero con una capacidad mental muy limitada. Hasta que el nacionalsocialismo los sacó de su oscuridad, Ziereis era carpintero, Bachmayer zapatero remendón, Schulz herrero y Streitwieser un torpe mecánico. En cuanto a su sentido moral, cuanto más depravados más lejos llegaban.

Como Mauthausen estaba situado en la provincia de Oberdonau, su Gauleiter, August Eigruber, tenía una estrecha conexión con el campo y fue amigo personal de su comandante Ziereis. De los siete Gauleiter de Austria,[1] solo de Eigruber se sabe que visitó el Hauptlager, y las fotografías del Gauleiter tomadas en la cantera y conservadas por los españoles sellarían su destino.

La estructura de mando en Mauthausen daba a su comandante responsabilidad no solo sobre el campo principal sino también sobre los subsidiarios (Nebenlager) de toda Austria. Al principio, su guarnición estaba formada por cuatro compañías de guardias y una de personal, cada una de ellas constituida por 160 a 180 hombres, pero al final de la guerra, en el momento en que se evacuó el Nebenlager de Niederdonau, la guarnición había aumentado hasta 35 compañías, para sumar un total de más de 6.000 hombres. Las órdenes del comandante eran ejecutadas por su ayudante y, en ausencia del primero, el segundo tomaba el mando.[2] Sin embargo, el ayudante no tenía mayor rango que el jefe de la administración (Verwaltung), ni que el jefe de seguridad del campo (Schutzhaftlagerführer) o el comandante del batallón de guardias. Es como si el comandante maniobrara celosamente para asegurarse su propia promoción mientras sus subordinados, tres o cuatro graduaciones por debajo de la suya, se quedaban en el mismo nivel. Parece ser también que cuando Ziereis se ausentaba, como hizo cada vez más a menudo en los meses postreros de la guerra, no se tomaban decisiones que revocaran órdenes preexistentes.

El mapa que aparece al principio de este libro muestra la disposición de los barracones de los SS fuera de la fortaleza. Las oficinas de la Kommandantur estaban hechas de piedra y el resto de madera, y todos formaban una avenida frente a las puertas principales. Los barracones para los soldados SS se alzaban en una zona fuera de la puerta del garaje, pero los suboficiales compartían el privilegio de los oficiales y vivían en casa. Johann Haider, por ejemplo, un simple sargento, residía con su familia en St. Valentin,

a ocho kilómetros del campo. Willy Eckert, de la misma graduación, lo hacía con los seis miembros de su familia en el albergue de las SS en la cercana población de Schloss Marbach, propiedad de un hacendado local. Los salarios de los SS eran siempre muy superiores a los normales. Vinzenz Nohel, por ejemplo, trabajaba por 100 reichsmark al mes en una fábrica de papel de Linz cuando fue reclutado por 170 reichsmark mensuales para servir de fogonero en Hartheim.

Franz Ziereis, nacido en Munich en 1903, estuvo al mando de Mauthausen y de todas sus dependencias en Austria durante prácticamente todo el tiempo que duró la guerra. Antes de unirse a las SS había servido como cabo en la Reichswehr de la República de Weimar. Aunque excelente tirador, era un simple soldado raso cuando empezó a servir en las SS en el KL-Buchenwald, para luego convertirse en instructor en el KL-Oranienburg. Tenía solo treinta y cuatro años cuando Himmler lo eligió para el máximo cargo de Mauthausen. Después ascendió del rango de SS-Sturmbannführer al de Obersturmbannführer en 1943, y al de Standartenführer en 1944, sin haber tomado parte en ninguna acción militar. El secreto de su promoción estaba en su energía. Apenas tenía otras virtudes. Pese a su aspecto atractivo —era alto, de ojos azules, con bigote y un cabello tupido aunque con entradas—, llamaba la atención sobre todo por su falta de formación, tan acentuada que apenas sabía leer y escribir. Contrarrestaba este defecto con un andar jactancioso y un alto grado de afectación, colocándose constantemente las manos en las caderas, hasta el punto de que los españoles dieron en llamarle «el Pavo». Curiosamente, esta arrogancia no se expresaba en la forma de vanidad que era común entre los oficiales de las SS, que se complacían en posar para que Ricken los fotografiara. Tan solo se tiene un retrato fotográfico de Ziereis,[3] y cuando en 1944 fue ascendido a Standartenführer y los oficiales de las SS quisieron honrar su nueva graduación colgando su fotografía en la pared del comedor de oficiales, Ziereis les ordenó que la retiraran, diciéndoles, según su ordenanza: «Demasiado pronto para colgarme».[4]

Pero la arrogancia y el fatalismo eran solo una parte de su carácter. También tenía un lado oscuro: estaba emocionalmente desequilibrado. Por lo común taciturno e irascible, se mostraba

cariñoso con su mujer, Ida, cuando ella le visitaba en su despacho, pero esto no refleja nada de su relación matrimonial. De cara al exterior, toda la familia Ziereis, que vivía en una casa enorme asomada al Danubio junto a la carretera de Linz a Perg,[5] era un modelo de la conducta correcta de un SS. Ida Vigl Ziereis era alta, de bonito pelo y fuerte complexión, como su marido, aunque con un sobrepeso considerable. La familia incluía tres niños: dos varones nacidos en 1933 y 1937 y una niña nacida en 1940. El hijo mayor, Siegfried, que vestía el uniforme de las Hitlerjugend, iba a la escuela preparatoria (Hochschule) del pueblo, de donde Erich Neumüller le recuerda como «gordo y arrogante»;[6] otro vecino de Mauthausen, Alois Klaubauf, reseña que era conocido por Stamperl, un nombre austríaco que se aplica a los bajos y gordos.[7] Entretanto, su padre no encontraba la felicidad en el hogar. Tres hijos no era bastante, le decía a Ida, para que un oficial de las SS cumpliera todas sus ambiciones. Era hablar en balde. Ziereis conseguía los ascensos tan deprisa como hubiera podido desear. Pero al no recibir un destino mejor encontraba refugio para su autocompasión y resentimiento en la bebida, tanto en privado, en el hogar, con sus compañeros como en público delante de los presos.[8] Estos tenían motivos para temer sus celebraciones. Su hijo Siegfried admitió, en una declaración bajo juramento después de la liberación, que el día de su cumpleaños su padre le instruyó en el arte de disparar contra objetivos vivos. Alineó a cuarenta prisioneros delante de su hijo y, cargándole él mismo la pistola, contempló cómo el chico disparaba contra los cuarenta, uno tras otro, como si estuviera en la feria.[9]

Las ejecuciones daban a Ziereis la oportunidad de hacer bueno el aviso que hizo a su ayudante: «No quiero que nadie en Mauthausen pueda andar por ahí con las manos limpias». Para Mauthausen no era suficiente la calificación especial de Categoría III; tenía que demostrar, en el trabajo diario, que merecía su fama. A quienes acudieran voluntarios repetidamente para formar parte del pelotón de fusilamiento, formado por ocho hombres, se les concedía la cruz del mérito. Al mismo tiempo, Ziereis no dejaba de elegir para esa tarea a aquellos SS que seguían profesando el catolicismo. Uno de ellos era Hans Hegenscheidt, Kommandoführer de la despensa. En una ocasión, el 20 de abril de 1942 (53.º cumpleaños de Hitler),

llegó un telegrama de Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo en Berlín, que ordenaba la ejecución de los partisanos yugoslavos trasladados desde Marburgo. En cierto momento de la tanda de ejecuciones, Ziereis revisó los orificios de las balas en la línea de fusilamiento y descubrió solo siete. Ziereis sospechó de Hegenscheidt y verificó su fusil, pero este demostraba que Hegenscheidt había disparado. Un testigo superviviente, el prisionero Kalteis, declaró que Ziereis no tenía razón alguna para desconfiar de Hegenscheidt, que se dirigía a los que aguardaban la ejecución gritando: «¿Quién quiere ser el primero?».[10]

Ida, la mujer de Ziereis, estaba más preocupada por lo que pudiera hacer su marido en la Kommandantur. Era un mujeriego, decía ella después de muerto, y en 1942 quiso divorciarse de él. En la oficina había dos secretarias civiles (frau Bottmichen y fräulein Anneliese Albrecht) que manejaban su correo secreto,[11] pero Ida temía más a Friedericke Stark, la secretaria de Eigruber y que se convirtió en amante de Ziereis, sin duda a sabiendas del Gauleiter y con su consentimiento.

Entre el personal que rodeaba a Ziereis en la Kommandantur estaban su ayudante (primero Zoller, luego Zutter), su jefe de despacho (el brigada Struller), las dos secretarias (que eran SS-Hilferinnen y vestían uniforme) y un prisionero encargado de la limpieza. Era responsabilidad de sus ayudantes establecer contraseñas para todas las órdenes ejecutivas y mantener al día el diario secreto, un registro de todos los asuntos que habían pasado por la oficina. Zutter relevó a Zoller el 2 de junio de 1942, cuando este último partió para el frente ruso. Herido el 17 de julio de ese año, Zoller se recuperó lo suficiente para servir como ayudante en Auschwitz I desde primeros de noviembre de 1943 hasta mediados de mayo de 1944, cuando regresó a Mauthausen para tomar el mando del batallón de guardias. En este puesto, su oficina no estaba lejos de la Kommandantur, pero en la puerta principal. En aquel momento, su máxima preocupación era constituir un batallón de guardias con suficiente fuerza para manejar al vasto número de prisioneros evacuados desde el este; con este fin fueron trasladados unos mil hombres desde la Wehrmacht, pero Zoller consideró que la mitad no eran aptos para servir como guardias de las SS y tenían, por ello, que retornar a sus unidades.

Adolf Zutter, el nuevo ayudante, tenía unos cincuenta y cuatro años, una edad avanzada para Mauthausen. Hijo de un artesano, no había llegado a nada cuando se enroló en las SS, y tuvo su primer destino en Dachau. El 27 de septiembre de 1939 fue trasladado a Mauthausen, donde se le nombró Arbeitsdienstführer. El superviviente (y eminente escritor) griego Iakovos Kambanellis recuerda el modo en que Zutter se dirigía a los prisioneros en la Appellplatz. «Perros y cerdos inmundos de Europa, ¿sabéis cuál es mi sueño? ¡Ver en esta plaza un bosque de horcas y a vosotros colgando de ellas por una pierna!» Zutter planteaba luego la pregunta siguiente: «¿Qué contestáis a eso?». Miles de prisioneros respondían con la fórmula correcta: «*Danke, Herr Kommandant*».[12]

Dentro del elegante despacho de Ziereis, con vistas al Danubio, su mesa estaba provista de un juego de campanillas para llamar a los que estaban en las oficinas cercanas, como Bachmayer y Strauss. A otros tenía que convocarlos por teléfono. Fue al SS-Hauptsturmführer Georg Bachmayer, más que Ziereis, al que mejor recordaban los supervivientes, porque estaba en todas partes. Como oficial a cargo de la seguridad del campo (Schutzhaftlagerführer 1), no solo en el Hauptlager sino en todos los campos dependientes, era responsable de impartir disciplina, incluida la pena capital. A diferencia de Ziereis, Bachmayer no era atractivo. De complexión sombría, «rostro un poco sonrosado», como recuerda Pierre Daix,[13] el pelo negro con entradas y los dientes prominentes, los ojos inquietos y la mirada furtiva, le temblaban los labios cuando se enfurecía pero, aun así, era capaz de asesinar a sangre fría. Sus perros, al acecho en las perreras del barracón 1, eran legendarios. Su mastín Lord (mitad doberman y mitad gran danés) obedecía únicamente a cuatro personas: Bachmayer, su ayudante Streitwieser, el Lagerältester y el prisionero que guardaba al perro. Stefan Prengowski, un estudiante de medicina de Varsovia, sobrevivió para contar el modo en que Lord descuartizó al doctor Toni Czarnecki, de Posen.[14] Un francés superviviente recordaba a Bachmayer por su memoria prodigiosa. Todos los españoles que pudieron contarlo le recordaban como uno de los más salvajes torturadores del grupo, y le llamaban «gitano sanguinario», pero con el tiempo pareció ablandarse un poco ante ellos, por un respeto involuntario, y empezó a nombrar a algunos para los puestos de

prominenten. La clave de su carácter, como en el caso de Ziereis, puede encontrarse en la mediocridad de su vida anterior y en la velocidad de su ascenso, pero el sentimiento de agravio de este joven oficial era más profundo que el de la mayoría. Tenía una mano inútil, con el dedo corazón permanentemente flexionado, y además le faltaba la primera falange del índice. Los SS procuraban evitarle. Consideraban que corría sangre gitana por sus venas y comentaban entre ellos que olía mal.[15] Su carácter rayaba, de hecho, en la psicopatía. Juan de Diego señaló que trataba a los niños judíos holandeses recién llegados como si fuera su tío, disfrutando de los juegos con ellos para, media hora más tarde, mandarlos a la cámara de gas.[16] En cuanto a sus propios hijos, los adoraba, como también a su mujer. Frau Bachmayer se distinguía de las demás esposas de los SS. De nuevo fue un detalle transmitido de los prisioneros españoles, entre ellos Mariano Constante, el que dio fe de ello. La mujer recibía a los prisioneros con una sonrisa e incluso un tímido «*guten Tag*», los llamaba «hombres» y les refería con amabilidad lo que tenían que hacer. Las dos hijas pequeñas de los Bachmayer eran amables y encantadoras, como su madre, y las sonrisas de las tres eran las únicas que habían visto, o verían, los prisioneros en años. Si su marido la adoraba, es cierto que también lo hacía con las prostitutas del burdel de oficiales, hasta el punto de que repartía su tiempo libre por igual entre sus dos hogares. Podía regresar a su domicilio con el uniforme salpicado por la sangre de su última víctima, se lo daba a su criado, el triángulo rojo Karl Oliva, y volvía a salir con un uniforme nuevo, impoluto, para recibir la adulación de las chicas de la casa que representaba su segundo hogar.

El asistente jefe de Bachmayer era el austríaco Johann Altfuldisch, con el título de 2.º Schutzhaftlagerführer. Hijo ilegítimo de una mujer criticona que más tarde rehusó asistir a su boda, Altfuldisch tenía una educación muy elemental y trabajaba como empapelador cuando le sonrió la fortuna: en 1941 se alistó en las SS como oficial. En Mauthausen sirvió de marzo de 1941 a marzo de 1944 como Poststellenleiter, y era así responsable de la censura con doce SS a su cargo. Su despacho controlaba el correo entrante y saliente. Hasta que dejó sus obligaciones postales, Altfuldisch pudo no estar implicado en crímenes. De joven había sido monaguillo

católico y miembro de un grupo de la juventud católica, y durante toda su vida fue un hombre tranquilo, distinto de los que le rodeaban. Inevitablemente, Ziereis y Bachmayer terminarían por darle encargos más comprometedores. Cuando la gente de la Gestapo llegaba de Berlín para interrogar a ciertos prisioneros en el centro de detención, normalmente ordenaban que fuera Altfuldisch el que estuviera presente.

Sin embargo, existe acuerdo en que el hombre más poderoso de Mauthausen después de Ziereis no era Bachmayer sino el SS-Obersturmführer Karl Schulz, jefe de la Politische Abteilung. Era esta la sucursal que la Gestapo mantenía en cada uno de los campos, con un representante permanente que actuaba como consejero político y respondía directamente ante las autoridades regionales de la Gestapo, además de ante el comandante del campo. El representante se responsabilizaba de comprobar que las órdenes recibidas de exterminar a determinado prisionero o grupo de presos fueran cumplidas debidamente, por los SS de uniforme o por los prisioneros a los que designaba el ayudante de Ziereis, el SS-Obersturmführer Adolf Zutter, que más tarde confesó a un oficial de los aliados que las órdenes de ejecución pasaban por sus manos y que fueron muchas. Las órdenes partían de Berlín, del Reichssi cherheitshauptamt, al principio con Heydrich y luego con Kaltenbrunner. Algunas llevaban sus firmas, y podían pasar por el Reichskriminalpolizeiamt (el Kripo con Arthur Nebe), pero normalmente venían con la rúbrica del jefe de la Gestapo Heinrich Müller, que se las transmitía a Schulz. Este informaba a Ziereis, que hacía otro tanto con Zutter, quien a su vez se encargaba de los preparativos.[17] En cuanto a Schulz, al igual que Ziereis y Bachmayer, estuvo en su puesto en Mauthausen prácticamente durante toda la guerra, del 1 de septiembre de 1939 al 3 de mayo de 1945, cuando los SS huyeron. En todo ese tiempo, actuó en los puestos de secretario del registro, magistrado civil y director del crematorio, y no había ningún prisionero, desde el momento de su llegada, que pudiera escapar del puño de este hombre conocido como el «pájaro de la muerte».

Hijo de un funcionario de correos, Schulz nació con un pie deforme, lo que le obligó a llevar un calzado especial. Después de trabajar como obrero metalúrgico en el ferrocarril, tuvo ambición

suficiente para encontrar un puesto en la policía criminal (Kripo) de Colonia. No le faltaba inteligencia y aprendió él solo a hablar un francés fluido. Luego obtuvo un destino en el KL-Dachau y fue ascendido a SS-Hauptsturmführer. Por motivos que no se explicaron ni siquiera en su juicio en 1966-1967, Schulz fue degradado en 1939 a SS-Hauptscharführer y enviado a Mauthausen. El despacho de la Politische Abteilung estaba libre y Schulz solicitó en su momento, y consiguió, su máximo cargo. Más tarde explicó el modo en que Ziereis le indicaba sus responsabilidades: «Cuando te despiertes, arranca el día del calendario; el resto de la jornada haz lo que quieras». Schulz encontró apasionante su trabajo: corría a la oficina, donde estaba desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Se creó para sí una reputación de eminencia gris del Lager y vivió como un reyezuelo, con criados de entre los presos que le hacían la manicura y la pedicura, y con su enorme perro Hasso tendido a sus pies.

Schulz vivió la curiosa experiencia de no saber, en todo el tiempo que sirvió en las SS, que su nombre verdadero era Schulze y que las medidas normalmente draconianas tomadas por las SS para conocer la genealogía de sus miembros en su caso resultaron fallidas. Su mujer, Klara Orth, era diez años mayor que él, y aunque tenía un hijo, Karl-Günther, el matrimonio era desdichado. Madre e hijo se quedaron en la casa de Schulz en Colonia, hasta que en junio de 1943 la ciudad fue bombardeada y se marcharon a vivir al pueblo de Mauthausen, en un piso que Schulz había alquilado cerca de la estación. Mientras Schulz ocupaba las habitaciones que tenía asignadas en los cuartos de oficiales de las SS, se enorgullecía de su piso, que adornó con muebles hechos por los prisioneros, a los que dio para que trabajaran las más elegantes maderas. Tal era un caso de lo que los SS llamaban corrupción y cuando Bachmayer interceptó un envío de mobiliario se produjo una violenta disputa entre los dos. En el mismo año de 1943, una docena de secretarias, probablemente todas civiles y austríacas de la zona, fueron enviadas a la Politische Abteilung para relevar a los hombres que tenían que partir para el frente. Sin embargo, durante un año o más los hombres no abandonaron su destino y la presencia de las mujeres, aunque llevaran uniforme, fue origen de no pocas pendencias. Schulz, con su matrimonio que hacía aguas, se deleitaba con su

compañía, pero su salud era quebradiza y durante los dos últimos años de guerra padeció inflamación en los pulmones. Esto, añadido a su alcoholismo, hizo que su terrible carácter degenerara en algo aún peor.

El complejo de nueve habitaciones que conformaba la Politische Abteilung alojaba, aparte de a las secretarias civiles, a más de treinta SS y a unos veinte prisioneros polacos, checos, españoles, alemanes y griegos que ejercían de oficinistas. Estos permanecían allí principalmente porque Schulz necesitaba sus aptitudes con el idioma, al igual que a las secretarias porque tenía que escribir cartas a Viena y Berlín, en correcto alemán y adecuadamente mecanografiadas, y lo cierto es que ninguno de los SS que le rodeaban podía ayudarle en ese menester. Únicamente Schulz tenía grado de oficial. Otros dos (Pillixeder y Habenicht) eran suboficiales y el resto sargentos y cabos. El austríaco Franz Pillixeder había dejado los estudios a los trece años para convertirse en cerrajero. En 1922 inició una larga carrera en la policía, hasta ser inspector criminal de distrito de Oberdonau en 1938. Mientras estuvo destinado en Gusen, entre 1941 y 1944, permaneció a las órdenes de Schulz, y sus trabajos comprendían desde los suicidios y accidentes de los prisioneros hasta los asuntos de divorcio y herencia. Hans Habenicht gestionaba la correspondencia entre los prisioneros y sus familias, preguntando a los presos a quiénes les estaba permitido escribir y qué parientes les habían escrito para decirles que no tenían noticias de ellos.

Los tres sargentos eran Werner Fassel, Wilhelm Müller y Werner Grahn. Fassel servía como jefe de personal de Schulz. Müller, que era carpintero en Bielefeld antes de enrolarse en las SS en abril de 1933, estaba al cargo de informar a la oficina de Berlín de la muerte de cualquier prisionero cuyo país no estuviera en guerra con Alemania y cuya familia tenía derecho a saber de su muerte; en ello se incluía a los españoles. También era responsable de llevar a la *Kugel-Aktion* a los prisioneros de guerra huidos; normalmente estos prisioneros eran sometidos a interrogatorio y torturados en su oficina. Le gustaba amenazar a los prisioneros oficinistas con un látigo y uno de ellos, Gerhard Kanthack, lo ha descrito como un homosexual cuyos ojos se iluminaban con cada latigazo. En cuanto a Grahn, no estaba en el personal permanente y portaba hombreras

verdes que denotaban que era un visitante. Vinculado a la RSHA Amt VI de Berlín, estaba en Mauthausen para dirigir a seis prisioneros que fueran bilingües en alemán y polaco. Se habían aprehendido documentos de la resistencia polaca y los seis prisioneros tenían que traducirlos y ser enseguida ejecutados.[18]

Todos los demás eran cabos. El principal trabajo de Eduard Klerner consistía en censurar la correspondencia, no solo de los prisioneros que tenían permiso para escribir sino también de algunos SS. Su destino en la Politische Abteilung se extendió desde enero de 1940 hasta febrero de 1945, pero durante este período tuvo el dudoso honor de ser él mismo detenido y encarcelado durante un tiempo en el Bunker. Entre los restantes, varios estaban ocupados en las listas de defunciones. Robert Hans Diehl trabajó en este cometido durante cuatro años antes de caer enfermo en diciembre de 1944. El registro de muertes no naturales estaba a cargo de Franz Doppelreiter y del austríaco Josef Leeb; no se atribuyó ninguna muerte a la cámara de gas.[19] En ocupaciones similares estaba Karl-Richard Schulz, que no solo compartía el nombre del jefe del departamento, sino que se parecía a él físicamente; los dos tenían la misma altura y se llevaban un año, y ambos procedían de Colonia, lo cual más tarde daría problemas a los investigadores de los aliados.

Dado que Climent Sarrión se encontraba entre los que trabajaban en el recinto, como hemos visto, se le pidió que testificara en el juicio contra Schulz en Colonia. También a Francesc Boix, pues el laboratorio fotográfico en el que había trabajado se hallaba al principio en la parte delantera del mismo edificio y, cuando se trasladó a otro barracón, se mantuvo bajo las órdenes de la Politische Abteilung. Normalmente, en el despacho de Müller se interrogaba y torturaba a los prisioneros, pero en la práctica tomaba parte en ello todo el personal SS de Schulz, y la única precaución que se adoptaba para ocultar las pruebas era impedir que se acercara ningún visitante. En el mobiliario eran visibles las manchas de sangre. Las estanterías contenían tanto informes como látigos. Climent Sarrión describió a Schulz como relativamente correcto con quienes trabajaban con él en el recinto, aunque se volvía terriblemente violento con aquellos a los que interrogaba. El español Climent recordaba que, en febrero de 1942, unos judíos

ancianos permanecían de pie, en grupo, desnudos en la nieve fuera del recinto. Schulz llamó por señas a dos rabinos menudos para que entraran en la oficina, preguntándoles si tenían frío. La estufa relumbraba de calor. Ellos avanzaron. Entonces, Schulz agarró a uno y le hizo sentarse sobre la estufa. Las quemaduras fueron muy graves. Cuando le levantaron, pues era incapaz de moverse, se le quedaron pegados trozos de carne en el hierro. Dos días más tarde, el rabino murió en el Revier.

Era Climent, bajo las órdenes de Schulz en la Politische Abteilung, quien se encargaba también (y acaso fuera el único) de remitir las cenizas de los prisioneros a sus familias. De nuevo fue este un privilegio limitado: únicamente los delincuentes «verdes» recibían tal honor, y en general tan solo los verdes alemanes, aunque las familias de algunos verdes polacos recibieron también el paquete. Ciertamente, ello no sucedió con ninguna familia española. La cantidad de cenizas de un paquete se correspondía con el peso del recluso muerto.[20]

Mauthausen fue un infierno, o al menos el más refinado intento de construir una sucursal del mismo en la tierra. Desde el punto de vista del mal, quedaba no obstante manchado por algunas muestras esporádicas de debilidad humana. La forma de actuar de Schulz llegaba a superar los límites que el personal civil era capaz de soportar. Más de una vez, frau Eva Steiner y frau Steinmann (cuyo esposo, Willy, tenía el mando en el garaje) abandonaron la oficina sin poder reprimir el llanto. Incluso frau Neugebauer, que era amante de Schulz, rompía a llorar, pero fue fräulein Brigitte Sombeck la que más sensación produjo. Dotada de gran belleza, distinguida y bien arreglada, desde su llegada se convirtió en el blanco de todas las miradas. No hubo ningún SS que no buscara alguna excusa para dejarse caer por el recinto y echarle un vistazo. Todos intentaron concertar una cita con ella, y por supuesto, también Schulz. Este decidió que no se volvería a maltratar a los prisioneros en presencia de las secretarias, pero era demasiado pedir que los SS supieran contener sus instintos. Un día del otoño de 1944, Werner Fassel empezó a golpear a un prisionero delante de Brigitte Sombeck. Ella se echó a llorar. Fassel acudió a consolarla, pero recibió una bofetada.

El kapo de la Politische Abteilung, el checo Karl Neuwirt, era

apreciado por quienes dependían de él, pero no nos ha dejado ninguna referencia relativa a la función y la rutina diaria del recinto. Entre los que sí lo hicieron se encuentran el griego Iakovos Kambanellis y los alemanes Gerhard Kanthack y Adolf Uhsler. Kambanellis había ingresado en Mauthausen en noviembre de 1942 y fue asignado a la oficina de Schulz dos años más tarde, después de la llegada de los grupos de judíos griegos de Salónica. Los prisioneros tenían que regresar a la hora de comer a la fortaleza, donde eran testigos de los incidentes que se producían en torno a la entrada principal. En el recinto, Schulz se movía regularmente entre las distintas oficinas donde trabajaba, pero nadie entraba en la suya. Tampoco los prisioneros podían mezclarse con las secretarias, ni conocer sus nombres, pero inevitablemente las vieron en alguna ocasión y Kambanellis recuerda a Brigitte Sombeck como «un sueño del paraíso que hemos perdido y anhelamos recobrar».[21] Kanthack también se refiere a ella, en un largo informe que envió a las autoridades del ejército estadounidense. Había servido durante la República de Weimar como Kriminalkommisar des Polizeipraesidiums en Berlín. Trabajando con Schulz, Kanthack percibió que desde el día en que llegó Sombeck se desató entre los SS una verdadera competición por ver quién se ganaba sus favores. Schulz hizo todo lo que pudo, pero sin éxito. Pero al rechazar las lisonjas, fräulein Sombeck se estaba poniendo en peligro. Cuando los SS se convencieron de la inutilidad de sus esfuerzos, de forma individual o colectiva empezaron a advertirle de que su actitud de reserva podía llevarla a acabar en una institución disciplinaria, o incluso en un campo de concentración, y se avivaron los rumores que la acusaban de hablar con los prisioneros o incluso de mostrar simpatía hacia ellos.

La reacción de los SS ante cualquier intercambio entre una secretaria de las SS y un prisionero queda ilustrada por el caso del preso alemán Bruno Jakobs, de Berlín. Jakobs trabajaba en el comedor de cabos, donde también almorzaban las secretarias. Un día, después de la comida, una de las mujeres se volvió hacia Jakobs y le pidió agua caliente, jabón y una toalla. A partir de este encuentro surgió una relación que al principio no pasaba del contacto visual. Jakobs le confió a Kanthack, su camarada berlinés, lo que significaba para él que alguien de las SS le mirara como un

ser humano. Incluso encontró un modo de cruzar algunas palabras con la joven. Llegó a prometerle que si Alemania caía y se producía el caos, él se encargaría personalmente de asegurarse de que saliera de Mauthausen sin daños. La chica, por su parte, tuvo la misma necesidad compulsiva de Jakobs de confiar esto a una amiga, y aquello fue la perdición del prisionero. Jakobs fue apartado del puesto y golpeado con tal saña que cuando Kanthack pasó por el muro de las lamentaciones más tarde ese mismo día le vio de pie, encadenado, con los ojos apenas visibles y el rostro irreconocible. Jakobs permaneció en esa postura durante dos días con sus noches, sin comida ni agua, pero el incidente se había producido justo antes del fin de semana y el sábado por la noche otros prisioneros, con riesgo de su propia vida, lograron darle algo de alimento. El domingo por la mañana, Kanthack pasaba por las puertas de entrada justo en el momento en que Bachmayer y Haider llegaron al lugar. Bachmayer no había estado presente durante la paliza a Jakobs, pero ahora, perfectamente informado del crimen cometido, se apresuraba a poner también su aportación. Agarrando una barra de hierro que se usaba para asegurar la puerta, propinó a Jakobs diez o quince golpes en la cara, mientras el Lagerältester Schöps, como de costumbre, corría hacia el lugar para ver si se requería su ayuda. Entonces, Bachmayer, con sus propias manos y con Kanthack siempre como testigo de la escena, cogió el cuerpo deshecho de Jakobs y le encadenó los brazos y las piernas por detrás, dejándole así hasta que muriera. El lunes, a las siete de la mañana, Jakobs seguía vivo. Bachmayer, al llegar, ordenó a un Unterscharführer que terminara con él y a las nueve y media el cadáver estaba tendido en el crematorio. En la Politische Abteilung, en el registro con su nombre figuraba la frase: «Suicidio por ahorcamiento en los aseos».

Un caso similar fue el del prisionero polaco Wochna, de triángulo rojo, que intentó fugarse. El intento no fue noticia ni procuró espectáculo alguno. En vez de ello, Wochna fue llevado a la Politische Abteilung. Entre el material del despacho había varios pares de guantes de boxeo. Schulz y Fassel se enfundaron cada uno un par y empezaron a golpear con violencia la cabeza del pequeño y débil polaco, que se tambaleaba de una pared a otra, con su sangre que goteaba de los guantes. Schulz invitó a Klerner a participar. Pero Klerner lo rechazó, sin duda para disgusto de Schulz. Al día

siguiente se anotó en el registro: «Suicidio por ahorcamiento».

En los niveles de mando inferiores, algunos nombres destacan en la memoria colectiva de los supervivientes, y no menos entre los españoles. El SS-Obersturmführer Heinrich Hans Eisenhöfer fue para muchos prisioneros el primer oficial en el que se fijaron. Eisenhöfer trabajaba como comercial en una empresa de hierro y acero y hablaba algo de inglés cuando llegó a Mauthausen en septiembre de 1939. Cumplidos ya los cuarenta y cinco años, estuvo en el campo durante toda la guerra, empezando como sargento en una compañía de guardias y pasando en febrero de 1943 a la administración. Como oficial a cargo de la Effektenkammer, era responsable de recoger las pertenencias de los prisioneros, en especial su dinero y artículos de valor, para lo cual se les pedía que firmaran. Las ropas de los reclusos se almacenaban en Mauthausen. Los bienes valiosos de los prisioneros alemanes se enviaban a una cuenta bancaria en Viena y los de los extranjeros, junto con las demás pertenencias, se mandaban a la oficina principal de la administración económica (WVHA Amt D) de Oranienburg, en un trabajo encargado a dos cabos, Emil Hub y Rudolf Mück (otro austríaco de Viena).

Anton Streitwieser, que sirvió a las órdenes de Bachmayer como tercer Schutzhaftlagerführer, provenía de una familia de clase obrera y apenas tenía estudios. Con solo veintidós años había llegado desde el KL-Dachau como Unterscharführer en 1938. Pronto fue nombrado comandante en Gusen, pero en mayo de 1940 fue destituido por haber abierto una granja de cerdos, a los que alimentaba con las raciones que sustraía de los suministros para los prisioneros. Más tarde fue enviado al campo de batalla en el frente ruso y después de resultar herido cuatro veces en el espacio de catorce meses se le reasignó de nuevo a Mauthausen. Debe decirse que Streitwieser era el único oficial de Mauthausen que había servido durante tanto tiempo en el frente. Hacia el final de la guerra fue ascendido a Obersturmführer y se le dio el mando del Nebenlager de Schwechat, luego de Floridsdorf y, finalmente, de Mödling-Hinterbrühl, donde dirigiría la evacuación final.[22] Enérgico, ambicioso, arrogante —solía desfilar a veces ante los prisioneros ataviado como maestro de esgrima—, se le recordaba sobre todo por su espantosa perra, llamada Asta, a la que entrenaba para mutilar a los prisioneros. La voz de Streitwieser, «*Wo ist der*

Lump?» («¿Quién es el pordiosero?»), era la señal para que Asta atacara. El superviviente francés René-Jean Demanche, él mismo una de sus víctimas, ha descrito el modo en que uno de sus perros podía morder ferozmente a un preso durante tres o cuatro minutos mientras Streitwieser lo observaba con toda tranquilidad. En otra ocasión, Streitwieser se mostró visiblemente menos tranquilo, como veremos, cuando su mujer Wilma se vio envuelta en un *affaire* con el kapo Karl Matucha. Otro prisionero, el austríaco Franz Wessely, murió en Floridsdorf el 5 de diciembre de 1944, cuando Streitwieser soltó al perro y este le arrancó el pene. Más de una vez, en el barracón 16 de Mauthausen, en la sección de cuarentena, se tomaba a cuatro presos y se los arrojaba a los perros de los SS para entrenarlos. Los gritos y los gemidos se seguían escuchando durante media hora. A la mañana siguiente, el kommando encargado de los muertos recogía cuatro cadáveres en el barracón. Estos incidentes han quedado registrados solo porque algunos supervivientes fueron testigos. De la mayoría de los horrores no quedan rastros o fueron presenciados únicamente por quienes fueron sus siguientes víctimas.

El puesto de Arbeitsdienstführer, desde 1943 hasta mayo de 1945, recayó en el Oberscharführer Andreas Trum, un joven alto y de labios gruesos con cara pálida y longilínea que había ingresado en las SS en octubre de 1940 a los diecinueve años. El puesto confería responsabilidad sobre todos los kommandos de trabajo y de ellos no había ninguno más temido que el que correspondía a la cantera.

El control de la infame cantera de Mauthausen (Wienergraben) estaba en poder de Johannes Bernhard Grimm, un hombre de negocios de Döbeln, Sajonia, que desde 1928 había sido director de Granulitwerke Ebersbach. Casado con Elsa Ulbricht y padre de una niña llamada Hannelore, entró en las SS en 1941 y al año siguiente fue destinado a Mauthausen como director de la cantera. Los ascensos le llegaron con regularidad, desde Oberscharführer a Obersturmführer el 1 de octubre de 1941 y a Hauptsturmführer el 30 de enero de 1942. La empresa DEST que controlaba daba empleo a 25 civiles austríacos, que trabajaban con entre 800 y 1.200 prisioneros. La importancia de Grimm para el esfuerzo bélico nazi se puso constantemente de relieve. En el último año de la guerra fue nombrado Ortsgruppenleiter de Langenstein y su casa en

Mauthausen en Ufer 22 fue objeto de una protección especial. En la WVHA de Berlín tenía muchos admiradores. El Hauptsturmführer Schwarz escribió sobre su «férrea voluntad, rigor personal y actitud militar». El SS-Obersturmbannführer Karl Mummenthey indicó en un informe a sus superiores que «no era posible prescindir de Grimm [en Mauthausen] a ningún precio», y su superior, el SS-Standartenführer doctor Salpeter, expresó su total acuerdo con la observación, negándose a facilitar un traslado de Grimm. «Solo con la ayuda del miembro del partido Grimm —escribió Salpeter— hemos logrado la estabilidad en las operaciones de trabajo en la cantera.»[23] El secreto de su éxito fue revelado por el propio Grimm, cuando con candor desarmante, cinismo o ingenuidad, admitió más tarde (en su juicio en Dachau) que durante los tres años de su mandato en la cantera habían muerto unos 10.000 prisioneros, «algunos de ellos como resultado de la carga de trabajo, que era demasiado pesada para todo aquel que estuviera en una condición física débil». Sin embargo, añadió que la mayoría de los prisioneros eran asesinados de tres o cuatro formas convencionales. Grimm encontró tiempo para preparar un huerto al lado de la cantera para su uso personal, que abonaba con las cenizas del crematorio. A veces los españoles alcanzaban a robarle un tomate o una remolacha, o acaso una patata, aunque arriesgaban su vida en el intento.

Los subordinados inmediatos de Grimm eran austríacos: el Hauptscharführer Hans Spatzenegger y el Unterscharführer Otto Drabek. El seco y enjuto Spatzenegger, al que los prisioneros llamaban Spatz, era conocido en las SS por su fanatismo nazi, hasta tal punto que se referían a él como «el Nazi». En la cantera, donde se hacía pasar por ingeniero, a Spatzenegger le gustaba fumar cigarros y ordenar a un prisionero que se bajara los pantalones, para marcarle los genitales con el ascua encendida.[24] En cuanto a Drabek, tenía un grado tres veces por debajo de Spatzenegger, pero era de una generación anterior y al final demostró tener conciencia. Con cuarenta y seis años cuando ingresó en las SS en octubre de 1942, Drabek estaba casado con Ida Kripal y era cabeza de una familia de seis personas en el pueblo, en Ufer 56. En su juicio en Dachau, Drabek se mostró incluso más comunicativo que Grimm, afirmando que, entre el 5 de febrero de 1941 (cuando entró por vez

primera en la cantera como un empleado civil) y el fin de la guerra, no menos de 120.000 prisioneros pasaron por allí, de los que 35.000 o 40.000 murieron.[25] Añadió que Eigruber estaba «presente a menudo, a menudo borracho y más que divertido», y que Ida Ziereis en persona acudió a inspeccionar la cantera en varias ocasiones en 1942-1943. «El objetivo de la cantera —afirmó — no era cortar piedras sino matar a los prisioneros que no nos gustaban.» El propio Drabek cayó en desgracia. Después de unos incidentes no explicados en St. Georgen (Gusen II), fue detenido, puesto bajo custodia y trasladado al KL-Flossenbürg el 15 de enero de 1945. Los propietarios de la DEST dejaron bien claro que no querían que volviera.

La no menos infausta prisión de Mauthausen (la cárcel situada dentro de la fortaleza, a su vez dentro del Lager) es recordada sobre todo por la presencia del SS-Oberscharführer Josef Niedermayer, un austríaco de cerca de Linz que se enroló en las SS en 1938 cuando tenía diecisiete años y que llegó a Mauthausen en abril de 1942, donde permaneció hasta el final. Físicamente poco agraciado, incluso repulsivo, de cabello y ojos negros, una cara larga ceñuda y delgadas piernas, había formado no obstante un hogar y tenía una hija pequeña a la que adoraba. A su llegada al Bunker trabajó con el Hauptscharführer Maximilian Seidl,[26] quien pronto lo dejó para ser sustituido por el Oberscharführer Hermann Sturm. Desde mediados de octubre de 1942, Niedermayer recibió el mando, y como Leiter des Zellenhaus informaba directamente a Bachmayer. Desde noviembre de 1944, con la ayuda de Willibald Proksch y Erich Rommel, también se puso al frente del barracón 20, llamado el barracón de la muerte. Era igualmente responsable (respondía ante Eisenhöfer) de recoger los efectos personales de los 4.000 prisioneros que fueron condenados a la cámara de gas.

Mientras que la cámara de gas de Mauthausen ha sido tema de un intenso estudio, principalmente por el superviviente Pierre Serge Choumoff, se ha escrito extraordinariamente poco sobre el resto del Bunker, e incluso este término ha sido mal utilizado. El Bunker era un edificio de dos alturas que alojaba, en la planta baja, la cámara de gas, el «estudio para retratos»,[27] las horcas y el crematorio; en el primer piso estaba la cárcel, con acceso únicamente desde el lado exterior. Los SS se referían a esta prisión de diversas formas: Arrest,

Zellenhaus, Zellengebäude o incluso Bunker, un nombre equívoco que tomaba la parte por el todo. Si hubiera imperado la lógica no se habría podido saber nada del Bunker, ya que los prisioneros que trabajaban en cualquiera de sus secciones estaban señalados para el exterminio. Lo que conocemos de mucho de cuanto allí sucedió se lo debemos a Ramón Bargueño, un español de Toledo. Cuando la red española supo que las SS necesitaban un prisionero para trabajar en la prisión, Bargueño se vio empleado —desde el 3 de agosto de 1943 hasta el día de la liberación— en lo que era uno de los elementos más secretos del sistema de las SS. Como Bargueño era un hombre de educación limitada —la única profesión que había desempeñado era la de cocinero—, las memorias que luego elaboró fueron de tal mediocridad que llegaron a ser ridiculizadas por sus propios compañeros.[28] Un hecho desafortunado, pues su testimonio tenía un valor único.

El Arrest, con la entrada protegida por una puerta de hierro, constaba de dos alas, cada una de ellas cerrada por otra puerta de hierro. En cada ala había unos aseos, con una fuente circular, pero sin letrinas; en su lugar, cada celda tenía un cubo. Las celdas de la izquierda según se entraba estaban reservadas a los internos del KZ. Las de la derecha eran para los SS condenados por un tribunal castrense por indisciplina, normalmente por ebriedad, y al menos una de las celdas estaba siempre ocupada por un SS represaliado, que no recibía más comida que los presos del ala izquierda. En esta, una antecámara servía para los interrogatorios y tenía sitio para un solo SS. Ocasionalmente era utilizada por Niedermayer, siempre que no volvía a casa con su mujer y su hija, o por un SS de la Politische Abteilung que era enviado al Arrest para interrogar a un preso.[29] El Arrest se utilizaba también para prisioneros especiales, entre ellos los británicos, estadounidenses y otros miembros aliados de las fuerzas aéreas o agentes especiales que habían caído en manos alemanas, y para algunas celebridades a las que las SS tomaron como rehenes en los meses finales de la guerra y que retenían con nombres falsos. Entre ellas estuvieron Nicolas Horthy, hijo del regente de Hungría, y Mario Badoglio, hijo del mariscal Badoglio. De los 4.600 prisioneros que fueron arrojados a estas celdas, menos de 400 sobrevivieron. El propio Niedermayer admitió en su juicio que había llevado a cabo unas 400 ejecuciones en el Bunker.

«Más de 4.000 personas murieron en el Bunker», es la lacónica conclusión de la historia. ¿Cómo murieron? Hay algunas pistas. El SS-Hauptscharführer Hans Michael Killermann estaba sentado en un taburete en una de las celdas. Frente a él colgaba el cuerpo de un hombre desnudo, con los pies atados a los cerrojos superiores de la puerta y la cabeza barriendo el suelo. Tenía una cuerda atada a los testículos. Killermann tensó lentamente la cuerda y luego dio un brusco tirón, dejando que el cuerpo atormentado se golpeara contra la puerta de hierro, como el mazo contra el gong.

Tales eran los hombres, si así podía llamárselos, en cuyas manos estaban las vidas de los 7.000 españoles que llegaron a Mauthausen y ante los que todos los prisioneros, fuera cual fuese la razón por la que se los requería, tenían que recitar la frase ritual de abyecta sumisión: «*Häftling* [y su número] *gehorsam zur Stelle*». No sería prudente indicar que los demás fueron menos bestiales; simplemente no se los vio tanto o estuvieron allí durante menos tiempo. Así sucedió con el SS-Oberscharführer Johann Müller, que permaneció en Mauthausen (como Rapportführer) solo de 1942 a 1943. Alto, robusto y totalmente exento de sentimientos, los prisioneros le apodaban «Boxeador», tanto por su manera de andar (se balanceaba a los lados en un movimiento parecido al de los púgiles profesionales), como por su costumbre, tras ponerse un guante, de noquear a los prisioneros de un solo puñetazo en la cara. Al parecer, Mariano Constante atrajo la atención de Müller, ya que acostumbraba a llamarle «*Nonnenschlächter*», en broma naturalmente, ya que los SS no estaban muy preocupados por las matanzas de monjas.

El hecho de que una de las dos alas de la prisión estuviera reservada permanentemente a delincuentes de las SS se utilizó para sostener el argumento, después de la guerra, de que cualquier SS sorprendido maltratando a un prisionero podía ser arrestado. En el juicio de Dachau, un cabo de las SS declaró sin inmutarse que un compañero del cuerpo había sido sentenciado a cinco años de cárcel en Mauthausen por matar sin motivo a un judío polaco. La ironía estaba en que, efectivamente, el personal de las SS podía ser sentenciado a una pena en un campo de las SS, e incluso ser encarcelado en el Arrest de Mauthausen, pero ciertamente no por la razón dada por este cabo. Dos SS adscritos a la guardia personal de

Himmler encontrados ebrios durante el servicio fueron sentenciados a seis meses de arresto en Mauthausen. Fueron nombrados Blockschreiber, y como tales dormían en el barracón 2 con los demás *prominenten*, y varios supervivientes españoles se acordaban de ellos. En ningún sentido estuvieron a merced de sus compañeros presos. «Era imposible matar a un alemán —observa Manuel García —. La reacción de los kapos y los SS habría sido instantánea. Era tan impensable como organizar una insurrección.»[30] Juan de Diego recuerda al SS-Oberscharführer Horn, que trabajaba con Eisenhöfer en la Effektenkammer. Allí tenía todas las oportunidades para robar y Horn no pudo resistirse, pero fue descubierto y, delante de De Diego, sufrió la humillación de ver cómo le arrancaban los galones del uniforme. Pero no le sucedió nada más y permaneció en Mauthausen como guardia de las SS hasta el final. Otro prisionero en Mauthausen fue un antiguo ayuda de cámara de Hitler que se tomó la libertad de conceder una entrevista a la prensa, a raíz de lo cual fue detenido por la Gestapo.[31] Finalmente, en marzo de 1945, llegó de fuera como prisionero un SS-Hauptscharführer, que dormía en el barracón 2 y fue liberado unas semanas más tarde, para seguir prestando servicio en la guardia sin haber perdido la graduación. Cuando volvió a ver a De Diego, le sonrió y el español se atrevió a devolverle el gesto. Tal vez la experiencia le había humanizado, o acaso el fin estaba demasiado cerca.

Evidentemente, hubo otras muchas zonas del campo donde se empleó a algunos prisioneros o que otros recuerdan. El Hauptsturmführer Xaver Strauss se responsabilizaba de la administración (Verwaltung). Así, era el oficial encargado del rancho y el alojamiento, tanto de los SS como de los prisioneros, y asimismo de los almacenes de abastecimiento. Cualquier prisionero que se topara con Strauss sin duda sabría que un SS en un trabajo administrativo no era diferente de los demás. La antecámara del barracón del almacén de patatas se usaba muchas veces para las palizas, a menudo en presencia de Ziereis, Bachmayer (o un sustituto), un médico de las SS y un Blockführer, con un kapo encargado de propinar los golpes. El Unterscharführer Hans Hegenscheidt trabajó en el almacén durante los últimos cuatro años de guerra, y como Kommandoführer Lagerhaus era responsable de

las cuentas y de la distribución de la comida. En connivencia con sus superiores, Hegenscheidt se las arreglaba para desviar las magras raciones que llegaban para los prisioneros a las manos de cincuenta familias de SS.[32]

La lavandería (Wäscherei Kommando) era también una sección con su cuota de horrores. Su Kommandoführer fue primero Bernhard Klein, relevado en abril de 1943 por el Hauptscharführer Willy Eckert, un austríaco de la zona. Panadero de profesión, Eckert había ingresado en las SS en octubre de 1935, con solo diecisiete años, y permaneció en la lavandería de Mauthausen desde que se abrió el servicio (en mayo de 1941) hasta que fue enviado a Cracovia (en noviembre de 1943). En este tiempo su mujer trabajaba en la cantina de las SS. Amigo cercano de Fassel y Diehl de la Politische Abteilung —les gustaba patinar juntos—, Eckert supo muy bien cómo convertir incluso la lavandería en un infierno. En el kommando había 75 prisioneros, polacos, checos, españoles y yugoslavos, y curiosamente, en las horas de inspección, el servicio empleaba también a algunos prisioneros importantes que normalmente permanecían en el Bunker; entre ellos estaban el hermano del doctor Schacht (ex presidente del Reichsbank) y el famoso atleta doctor Otto Pelzer.[33] La lavandería prestaba servicio más allá de los límites del campo; era usada por muchos de los Nebenlager, por los SS, por varias unidades del ejército y la Luftwaffe e incluso por el Gauleiterung de Eigruber.

Para terminar este breve repaso, faltan la armería y el garaje de los SS. La armería, dirigida por el Hautpscharführer Philip Mulle, daba empleo a once prisioneros (cuatro alemanes y austríacos, tres españoles, dos checos y dos polacos). El SS-Unterscharführer Michael Peter Pusitz, un austríaco de Ebenfurt, estuvo en la unidad durante todo el período comprendido entre septiembre de 1940 y mayo de 1945, y tenía allí el dormitorio. Un accidente antes de la guerra —se había caído de una motocicleta en 1938— le cambió la personalidad, volviéndole hipernervioso y enormemente susceptible. A aquellos once prisioneros les aterrorizaba la sola idea de ser descubiertos sacando algo de la armería de los SS.[34]

El mando del garaje (Fahrdienst), con 18 a 20 prisioneros, correspondía al SS-Oberscharführer Willy Steinmann, que también era el chófer personal de Ziereis. El mantenimiento del automóvil,

un Opel Kapitan, estaba en manos de Bohumil Bardon, que antes de su detención había trabajado como mecánico de aviones y artista de café. Bardon, un hombre que caía bien a todo el mundo, era conocido por un apodo, Hurvinek (marioneta, en checo), que reflejaba sus modales traviesos. Entre las obligaciones que se le impusieron figuraba la orden de Ziereis de que construyera una motora en la que el Lagerführer pudiera ir a cazar patos al Danubio. Entretanto, Steinmann se reveló un tanto diferente del tipo normal de SS, y si fue el primero que manejó la cámara de gas móvil fue por órdenes de Ziereis. Bardon trabajaba de vez en cuando en el apartamento que Steinmann compartía con su mujer en la Politische Abteilung. Steinmann sentía por Bardon verdadero aprecio y al parecer también frau Steinmann. Por ella supo Bardon que varias mujeres de los SS estaban molestas con el trato dado a los prisioneros y que tres de ellas habían abandonado a sus maridos por este motivo. Streitwieser era uno de esos SS cuyo matrimonio no funcionaba, y una vez estaba visitando a frau Steinmann en el apartamento cuando Bardon llegó para atender un encargo. La presencia del temido Streitwieser produjo en Bardon un instante de pánico, pero no sucedió nada, y Bardon siguió gozando de la confianza de Steinmann. Por él supo que Ziereis había ordenado la construcción de un bunker junto a su casa de campo de Spital. Los prisioneros asignados a este trabajo estaban bajo la supervisión de dieciséis SS que habían sido arrestados por indisciplina. El bunker se abasteció con provisiones para no menos de diez años. Una vez terminado, todos los prisioneros fueron devueltos al campo y enviados a la cámara de gas, y los dieciséis SS murieron fusilados. [35]

Un campo dirigido por Ziereis nunca caería en la desidia. Cada catorce días, todos los oficiales se reunían con el comandante para revisar los acontecimientos vividos dentro y fuera del campo, con una discusión minuciosa de las medidas adoptadas. Wilhelm Grill describiría más tarde el campo como una «pequeña casa para dos familias, donde cada uno conocía al dedillo la vida de los demás; en el comedor de oficiales se hablaba en detalle del más mínimo incidente, mientras tomábamos el café de la mañana, el almuerzo o la cena».[36] Grill, que trabajaba como censor, recordaba que los suboficiales y los soldados no dejaban de recibir instrucciones sobre el carácter criminal de los reclusos, empezando por los españoles y

los polacos, todos los cuales constituían una amenaza para el futuro de Alemania.

En lo que se refiere a la vida social y el ocio, apenas existían aparte de las fiestas bañadas en alcohol. Pero los prisioneros que trabajaron en el kommando del garaje de los SS más tarde hablaron de una manera especial de diversión. En Linz y en los pueblos de los contornos, en el momento en que se abrió el campo algunos austríacos habían sido identificados como dementes, o al menos como seniles y desvalidos. Conforme a ello, algunos de los SS salían a menudo al anochecer en un séquito de cuatro o cinco vehículos, utilizando matrículas falsas y con las luces bajas. Volvían con sus víctimas, a las que asesinaban si no llegaban ya muertas. Ordenaban entonces al kommando del garaje que limpiara las manchas de sangre y desinfectara los coches. La pura monotonía de la vida de los SS en el sistema de los KZ los llevaba a excesos que resultaban extraños aun en el contexto de la Alemania nazi.[37]

3

El círculo interior: los kapos

Pese a todo lo que eran capaces de hacer los SS, para la supervivencia de los presos la amenaza más inmediata procedía de la clase de prisioneros elegidos por los SS para actuar como kapos. La esencia de la idea de delegar el poder en los prisioneros era destruir todo sentimiento de honor y compasión humana entre los internados en el KZ. Los kapos eran a la vez víctimas y verdugos. Como víctimas, no estaban exentos de las revistas en la Appellplatz, que minaban su resistencia como la de los demás. Sin embargo, dada su debilidad moral, y ante la tesitura de morir o matar, se aprestaron a asesinar a los otros con la esperanza de salvarse. Algunos de estos esbirros eran asesinos ya de antes. El primer paso para constituir una clase de kapos en Mauthausen se produjo en la primera semana del Anschluss: todas las prisiones y penitenciarías de Austria fueron vaciadas de sus criminales, de modo que los que tenían sentencias pendientes fueron puestos bajo arresto y todos fueron enviados a Dachau, y de allí, ya en 1938, al nuevo campo de Mauthausen. Fueron estos portadores del triángulo verde, «los miembros fundadores», como grotescamente se llamaban a sí mismos, los que pasaron a ser los primeros kapos y gozaron de todos los privilegios que correspondían a los miembros del club: alcohol, tabaco, libre acceso al *Puff* (prostíbulo del campo, conocido oficialmente como Sonderbau) y derecho a robar impunemente las raciones y la ropa de los presos.[1] Los kapos alemanes con triángulo verde reaccionaban al escuchar por radio los discursos de Hitler uniéndose a los SS en el saludo nazi y cantando *Deutschland über alles*. El Reichsführer-SS, en un discurso pronunciado ante un grupo de generales en Sonthofen el 21 de junio de 1944, no pudo

ser más explícito: «Estos cuarenta mil delincuentes alemanes, les haré saber, ya sean políticos o profesionales, forman —y les ruego que no se rían— mi "cuerpo de suboficiales" para toda esta sociedad… Y en el momento en que dejamos de estar satisfechos con ellos, cesan como kapos y vuelven a dormir con el resto. En la primera noche les darán una paliza de muerte, y ellos lo saben muy bien». Stefan Prengowski, el estudiante de medicina de Varsovia antes citado que fue detenido con varios miles de personas de las que solo 25 sobrevivieron, ha calculado que «en torno a la mitad de los crímenes, incluidos los asesinatos, fueron obra de los kapos».[2]

El primero de todos los kapos de Mauthausen fue August Adam, con triángulo verde, que tomó por costumbre preguntar a los prisioneros que llegaban cuál era su profesión. Cada vez que encontraba a un abogado, sacerdote, magistrado o profesor —«ein Eierschädel», en la jerga de los SS— le informaba con fruición de que en el Lager el mundo estaba puesto del revés, y si tenía alguna dificultad en comprenderlo, el intérprete —aquí daba una palmadita a su Gummischlauch— estaba allí para ayudarle; una vez hecho uso del intérprete, y cuando se sentía satisfecho, hacía formar al grupo elegido en una Scheisserkompanie y todos ellos marchaban a limpiar las letrinas.

Se ha hablado mucho, en los juicios a oficiales de las SS después de la guerra, de las normas llegadas desde Berlín que prohibían estrictamente a los kapos pegar a los prisioneros. En el caso de Mauthausen, se ha admitido, por el asistente de Ziereis, Viktor Zoller, que Ziereis permitía e incluso alentaba a los kapos a que golpearan a los presos. Esas normas, evidentemente, no tenían que ver con la realidad mucho más que el famoso informe en el que se afirmaba que hasta un miembro de las SS podía ser arrestado si maltrataba a un prisionero.

Hasta marzo de 1945, todos los puestos de kapos principales, con algunas notables excepciones, fueron ocupados por verdes, y a menudo por los peores de los verdes. El de mayor rango era el Lagerältester 1, pero incluso él seguía siendo vulnerable: los primeros cuatro que llevaron el título fueron exterminados. El quinto se convirtió en el kapo más conocido de la historia de Mauthausen. Magnus Keller, el legendario King Kong, debía su sobrenombre a su inmenso tamaño, su andar parsimonioso y sus

accesos de furia simiesca. Antiguo mecánico de coches en Munich, rubicundo, a menudo borracho, había ingresado en el KZ (Dachau) como un triángulo rojo y probablemente fue seguidor del caído Ernst Röhm. Trasladado a Mauthausen el 27 de septiembre de 1939, se lanzó a una enormemente exitosa carrera que le llevó a ir ascendiendo en la cadena de los kapos hasta que en 1941 fue nombrado Lagerältester 1. En lo sucesivo se encargó de elegir a los kapos subordinados, que le obedecían ciegamente. Keller era un hombre que inspiraba auténtico terror y más de un preso murió estrangulado por sus propias manos. A veces un simple gesto de Keller, mientras chupaba permanentemente su larga pipa de porcelana, con sus ojos gris perla encajados en una cabeza como la de Buda, era toda la señal necesaria para que un prisionero fuera asesinado o padeciera algo peor que una muerte rápida. Fue el refinamiento de sus torturas el que le concedió los asombrosos privilegios de que disfrutaba: no solo un dormitorio (en el barracón 11), radio, criados y similares, sino también libertad para ir al pueblo, pescar en el lago y cazar en los bosques. Para los millones de prisioneros de los KL cuyos pensamientos se concentraban en lograr pasar el día, o el minuto, lo mejor posible, una libertad semejante iba mucho más allá de sus mejores sueños.

Cuando Keller dejó el Hauptlager para ir a Ebensee a finales de 1943, el codiciado puesto de Lagerältester 1 pasó al alemán de los sudetes Josef Schöps, que llevaba triángulo rojo, aunque por razones que se desconocen. Artesano de profesión, previamente había estado internado en Dachau y Waldenburg antes de llegar a Mauthausen, donde pasó toda la guerra (del 9 de mayo de 1939 al 19 de mayo de 1945). Brutal por naturaleza y servil ante los SS, siempre dispuesto a ahorcar a sus propios compañeros, había sido recompensado con continuados ascensos, desde Blockältester del barracón 13 a Lagerältester del campo de cuarentena (barracones 16 a 19) y el premio final. Con él, el Lagerältester 2 fue el verde austríaco Franz Unek, de Viena, que había sido ascendido desde kapo del barracón 12, donde se alojaban los españoles y los franceses. Las víctimas de Unek se contaron por centenares.

Es muy improbable que llegue a escribirse algún día una historia de los kapos del KZ. Resulta sorprendente lo impreciso de todos los relatos que se refieren a ellos. El motivo bien puede ser que

mientras que los SS tuvieron la ocasión de huir en mayo de 1945, y así lo hicieron, los kapos no pudieron seguirlos, y en la liberación muchos de los peores habían sido muertos a golpes antes de que pudiera haberse establecido adecuadamente su identidad y su historia. Debe recordarse que en un campo de concentración los prisioneros se conocían entre sí principalmente por su nombre de pila o por apodos; al checo Premysl Dobiáš, por ejemplo, le llamaban en distintas ocasiones Bob, Premek y, en el hospital, Peter. Los prisioneros adoptaban estos nombres como medida de seguridad: un preso que hubiera sido señalado para su ejecución por saber demasiado (sobre inyecciones letales, por ejemplo) y que conseguía ser trasladado, necesitaba el anonimato para sobrevivir. Los kapos, por su parte, sentían con particular nerviosismo la urgencia de dicho anonimato.

En consecuencia, la mayoría de los kapos eran conocidos solo por su apodo, que unas veces había sido elegido por el propio kapo y otras le había sido impuesto. Popeye, por ejemplo, era el nombre por el que se conocía al kapo alemán del barracón de cuarentena, debido a sus modos bruscos y a su dicción casi ininteligible que sonaba como la del personaje de dibujos animados. Los españoles recordaban a Rudi el Gitano. A muy pocos se los llamaba por su nombre verdadero. El verde alemán Johann Zaremba sirvió como Oberkapo del kommando de la cantera; para ello fue elegido por Spatzenegger, quien vio en él al puro animal que necesitaba. Otro verde alemán, Josef Pelzer, fue kapo de los prisioneros cuando subían los 186 escalones. También estaba Karl Maierhofer, un gitano alemán de triángulo negro y vanidoso director de la banda, cuyos conocimientos de música se limitaban a llevar el compás, y que disfrutaba de los ahorcamientos públicos por la ocasión que le brindaban de actuar, como tambor mayor, con el kepi blanco decorado con dobles barras doradas. Karl, como era conocido por todos excepto los españoles, que le llamaban Llup, estaba igualmente orgulloso de su segunda ocupación, la de verdugo nocturno semioficial. En Ebensee, Ganz le decía: «No quiero ver a este hombre aquí mañana por la mañana», y esa noche Karl, con sus acólitos, le ahorcaba, le estrangulaba o le ahogaba en las letrinas. En Ebensee, tres verdes alemanes controlaban el Revier: Otto Niedrig como Oberkapo, Paul Friedl como su Schreiber y Helmut

Elfert como responsable de la sección de los judíos.

Sin embargo, fue en Gusen donde los prisioneros tuvieron más éxito a la hora de identificar a sus kapos. Como en los demás lugares, hubo también allí una rápida rotación en el puesto principal, pero de nuevo fueron los alemanes de triángulo verde los que predominaron. El primer Lagerältester fue Johann Kammerer, nombrado en junio de 1940 justo después de la apertura del campo, pero en enero de 1941 fue destituido y enviado al pelotón de castigo en el Hauptlager. Sus sucesores (Helmut Becker, Martin Gorken y Heinrich Heil) también fueron ascendiendo, como Kammerer, en el escalafón. Entre los Oberkapos, August Adam fue trasladado desde el Hauptlager; sus cinco subordinados eran verdes, como él, y tres de ellos, también como Adam, procedían de Viena. Otros fueron Hans Folger y Hans Apitz; el segundo sirvió en la fábrica de Messerschmitt y fue despedazado por los prisioneros el día de la liberación. Georg Emil Geiger fue kapo con Apitz; compareció ante un tribunal aliado, acusado de haber colaborado como espía para el Lagerleiter Seidler.[3] En la cantera de Gusen, Schneidereit, ayudado por Gustav Krutzky, Karl Horcicka, Emil Lipinski, Richard Wuggenig, Josef Rosler y Franz Zach (los dos últimos, junto con Schneidereit, originarios de Viena), fue responsable de la muerte de 2.000 prisioneros. Jahnke, en Gusen II, fue Lagerschreiber y estuvo a cargo de 32 barracones; compartiría el destino de Apitz el 5 de mayo de 1945. En el Revier, el Blockältester Karl Max Schroegler formó un equipo con los kapos Klockmann y Van Loosen para ahogar a prisioneros en los baños; Schroegler sería ejecutado en Landsberg el 2 de febrero de 1949. El kapo Walter Junge, en el kommando de albañiles, asesinó con sus manos a centenares de personas; de talante muy nervioso, se decía que cuando empezaba a pegar a un compañero de internamiento no se detendría hasta matarle. El Blockältester Max Skirde, en octubre de 1940, obligó al estudiante de medicina polaco Stefan Prengowski a aguantar una hora bajo una ducha fría y luego a dormir desnudo en unos aseos junto a tres cadáveres; al día siguiente, 144 prisioneros de Gusen murieron de frío.[4] Los españoles recordaban especialmente al alemán Wolf, que asesinaba de la misma forma que Karl y pateaba luego los cuerpos como un demente; pero reservaban el más profundo de sus resentimientos contra los

españoles que los habían traicionado convirtiéndose en kapos y que fueron tan brutales como cualquiera de los verdes.

Se sabe mucho más de los kapos españoles que de todos los demás, y existe una razón para ello. Los españoles fueron el único grupo nacional que persiguió a sus compatriotas por los crímenes que cometieron como kapos, haciéndoselos pagar muy caro. Entre estos kapos estaba José Pallejà Caralt, conocido en Mauthausen como «el Negus». Su reputación traspasó los límites de los Nebenlager de Schwechat, Floridsdorf y Mödling donde trabajó. Notorio pederasta, pegaba a sus compañeros, incluidos los enfermos, por el mero placer de hacerlo; más de uno murió por sus palizas.[5] Hizo de los franceses sus víctimas preferidas, en venganza por los meses que pasó recluido en 1939 en Argèles-sur-Mer. El capitán francés Billotte, aunque marcado de por vida por los golpes que le infligió Pallejà, vivió hasta el día en que pudo enfrentarse al español en un tribunal militar en Toulouse. Allí le describió como el «más terrible de los kapos: los kapos de otros campos amenazaban a los prisioneros con trasladarlos bajo la atención del Negus si les daban problemas, y todos sabíamos lo que eso significaba». Aunque algunos de los kapos españoles murieron de forma anónima,[6] ejecutados por sus compañeros presos el día de la liberación, cinco, aparte de Pallejà, fueron llevados ante un tribunal de justicia de los aliados.

De esos cinco, hubo acuerdo en que el peor de todos fue Indalecio González González. Llegado a Mauthausen en enero de 1941, en solo un mes fue nombrado Oberkapo en Gusen, donde estaba al frente de unos 14 a 16 kapos, 40 a 45 kapos ayudantes y 1.600 prisioneros. En un incidente especialmente trágico en septiembre de 1944, González mató a siete prisioneros empujándolos a un pozo lleno de excrementos humanos. El segundo, Laureano Navas García, era un joven oficial del ejército republicano español que tenía solo veintidós años cuando llegó a Mauthausen en enero de 1941. Enviado a Gusen en junio de ese año, primero fue nombrado kapo de los aseos, con entre cinco y ocho españoles a su cargo; después se le dio un kommando de 60 a 70 españoles enviados a reparar las vías del ferrocarril en Kastenhofen, para más adelante volver a Gusen. Herido en la mano derecha durante la guerra civil española, Navas lo hacía todo con la

izquierda, incluidos los golpes que propinaba a los prisioneros. El tercero, Moisés Fernández Pascual, llegó a Mauthausen en diciembre de 1940, y en enero de 1942 fue enviado a Steyr,[7] donde sirvió como kapo desde 1943 hasta 1945 y se ganó el apodo de César. El cuarto, el analfabeto Joaquín Espinosa Muñoz, fue kapo de cocina, primero en Gusen I desde mayo de 1941 y luego en Gusen II a partir de 1944. En un incidente en enero de 1943, con una temperatura de –15 ºC, Espinosa levantó a dos polacos y los introdujo en un recipiente usado para las patatas. El agua les llegaba hasta la cintura. Espinosa los tuvo así veinte minutos, golpeándolos cada vez que intentaban escapar. Nunca se los volvió a ver. En la escena no había ningún SS presente. Finalmente estaba Domingo Félez Burriel, apodado «el Loco». Con solo diecinueve años cuando llegó a Mauthausen, fue asignado a Gusen desde enero de 1941 hasta agosto de 1943, y a Wiener Neudorf entre septiembre de 1943 y la evacuación de abril de 1945. A partir de noviembre de 1942 realizó el trabajo de Friseur, y en enero-febrero de 1945 se le ordenó que marcara a un grupo de 180 prisioneros (entre ellos, judíos, húngaros, franceses y yugoslavos) con la letra Z, que significaba su envío a la cámara de gas. No pudo establecerse la responsabilidad personal de Félez y fue el único de los cinco absuelto por el tribunal aliado. Pero fue el estigma que arrastraba Félez de haber sido elegido por los SS para el puesto de kapo el que explica por qué fue detenido y llevado a juicio.

Estos casos documentados fueron excepciones. Los datos generales sobre los kapos de Mauthausen, como los de los demás campos, siguen siendo extraordinariamente vagos.

4

Los primeros contingentes españoles

Hemos visto que el primer contingente de españoles entró en Mauthausen el 6 de agosto de 1940.[1] El viaje en tren en verano fue una prueba terrible y algunos españoles murieron de asfixia y deshidratación. Frédéric Ricol, de París, declaró ante un tribunal que había pasado tres días y tres noches sin comida ni agua, y José Escobedo, un anarquista de Teruel convertido en socialista que había sido hecho prisionero por los alemanes en Dunkerque y fue enviado primero al Stalag I-B en Prusia oriental, afirma que los 169 hombres de su tren que llegaron a Mauthausen el 9 de agosto viajaron durante cuatro días sin agua ni comida. La sed llevó a algunos a enloquecer, con lo que otros les quitaron la vida. Mariano Constante escribe que en su *compagnie de travailleurs* eran 350 cuando fueron apresados en junio de 1940 y que los archivos de la Gestapo tan solo cuentan 300 llegados a Mauthausen. Roger Heim ha escrito que de los 450 franceses de su grupo, 130 murieron antes de llegar o pocos días después.

Si otros grupos arribaron en la profundidad de la noche, sin que los habitantes de Mauthausen pudieran verlos pasar por el camino al oeste que llevaba desde la estación al campo, el primer contingente español del 6 de agosto llegó a las ocho de la mañana, a la vista de los vecinos. En esa expedición no murió ningún prisionero en la carretera, a pesar de que muchos españoles no pudieron reponer las botas desgastadas en la marcha forzada de Francia a Alemania. Aquel fue un testimonio de la resistencia de los españoles, cuya larga experiencia de privaciones jugaba en su favor.

Cuando llegaron los primeros contingentes españoles, el campo no era todavía una fortaleza. Estaba rodeado por alambre

electrificado. Antes de que se completaran los escalones de la cantera y el camino ascendente, en junio de 1941, las piedras de dicha cantera eran subidas en camión o con ayuda de una grúa. Escobedo recuerda cuando llegó a la cantera y a sus 186 escalones. Su grupo los subió en filas de cinco, adelantando a otros españoles que acarreaban piedras y que les dijeron que estaban allí desde hacía tres días. Las grandes puertas de la fortaleza no estaban todavía terminadas y había 1.500 prisioneros en el Baukommando, construyendo, con un elevado coste en vidas humanas, el camino principal que llevaba a la entrada del garaje, la Appellplatz y los grandes muros de granito. Entonces solo había alemanes, austríacos, checos y polacos, además de algunos rusos apátridas, entre los prisioneros, para sumar un total de unos 6.000.

El 24 de agosto llegó otro contingente de 430 españoles de Angulema, pasando por Colmar y Estrasburgo. Estaba formado por familias españolas que habían sido recluidas en Angulema por el gobierno francés de Vichy. Enviarlos como familias a Mauthausen era un error administrativo, ya que ese campo no estaba preparado para alojar a mujeres y niños. Pero el asunto de que las mujeres y los niños españoles fueran enviados a Alemania, cuando Angulema estaba tan cerca de España, plantea una cuestión más amplia: ¿qué gobierno, Vichy, Berlín o Madrid, tomó la decisión? La respuesta es que probablemente fueron los tres, Madrid y Vichy unidos por el deseo de desembarazarse de unos elementos tan indeseables para ellos y Berlín siempre dispuesto a prestar su ayuda. La situación en el andén de Mauthausen el 24 de agosto testimonia la falta de preparación. Normalmente, las expediciones salían de la estación en apenas unos minutos. En esta ocasión, sus integrantes estuvieron allí dos o tres horas, mientras el comandante de Mauthausen se mantenía en contacto telefónico con la embajada española en Berlín. Al final de esa espera se decidió que los hombres y los chicos de más de doce años ingresaran en el KL-Mauthausen, mientras que las mujeres y los niños permanecerían en el tren, para ser trasladados a España.

La llegada de este grupo, o de otro similar formado por familias españolas, fue observada por una joven austríaca, Anna Strasser, que terminaría por convertirse en una heroína de la Resistencia en su país. En abril de 1939, cuando solo tenía dieciocho años y vivía

con su familia en St. Valentin, consiguió un puesto en la oficina de Landwirtschaftliche Lagerhausgenossenschaft, a solo 300 metros de la estación de Mauthausen, a la que se desplazaba todos los días en tren. Ya en 1939, en su casa en St. Valentin, Anna Strasser había escuchado charlas, oídas a los soldados alemanes, de las atrocidades de los campos de las SS en Alemania y la apertura del KL-Mauthausen no era un secreto para nadie. En los primeros días en su puesto tuvo oportunidad de ver con sus propios ojos el modo en que eran tratados los prisioneros en la estación. Su empresa, cuya alta torre de almacenaje de doce pisos de altura atrajo la mirada de más de un prisionero a su llegada, se dedicaba al negocio de la compraventa de verduras, que compraba a los agricultores locales y vendía al campo, y tenía un anexo en la zona de carga de la estación. En el transcurso de su trabajo, Anna pudo ver cómo se construía una rampa especial para los prisioneros recién llegados. También estuvo en contacto cercano con el personal de las SS que iba a la oficina a cerrar las cuentas. Algunos de estos SS le contaban, tanto a ella como a su compañera y buena amiga Annemarie,[2] a cuántos prisioneros habían matado ese día. Uno de ellos alardeaba: «Hoy he acabado con otros dos». «¿Cómo lo ha hecho?», le preguntó ella. «Los metí en un pozo negro —contestó—, lo tapé con un cajón y me puse encima hasta que se asfixiaron.» «Pero ¿no tiene usted corazón?», recuerda que le respondió. «Pero fräulein —replicó él—, un SS no ha de tener corazón. Nos sentimos dichosos de poner fin a la vida de dos cerdos inútiles, y además nos dan raciones de más si lo hacemos.» Otro contó: «Anoche 119 prisioneros murieron de frío. Los barracones son solo provisionales. El viento les da de lleno y los prisioneros están sobre tablones sin mantas». Y otro más, que era un Unterscharführer, se enamoró de ella, pero Anna no tenía ningún deseo de conocerle mejor. Él le dijo, con la esperanza de impresionarla, que había tenido que ver en el asesinato de Dollfuss. Anna le tachó de asesino. Durante seis meses él la estuvo esperando, cada tres días de acuerdo con sus obligaciones, de pie y arrogante en la carretera que ella y Annemarie tenían que cruzar a la hora de comer para ir a la Gasthaus, enfrente de la estación, donde almorzaban. «Me metió dentro el miedo a morir —recuerda—, pero al final desapareció.» Fue en el anexo de la estación de su empresa donde Anna Strasser

fue testigo de la llegada desde Francia de un tren de españoles con sus familias. «Nunca olvidaré la escena, ni el llanto de las mujeres y los niños cuando los SS separaron a las familias. Un día pregunté a un SS qué habían hecho con los españoles que habían llevado al campo. Me respondió con desprecio: “Los matamos a todos”.»

La experiencia de Lázaro Nates nos proporciona un buen ejemplo. Su llegada se produjo el 24 de agosto cuando tenía dieciséis años, junto con su madre y su hermano pequeño de doce años. Aunque la madre mintió sobre la edad de Lázaro, rebajándola cuatro años, no sirvió de nada, ya que los SS valoraban a los niños según su altura y su complexión. Ella y el niño pequeño fueron devueltos a Laredo, su pueblo natal en España, donde la mujer sufrió el destino común de cualquier esposa o viuda de republicano. En su caso, fue llevada a prisión para penar por su marido, un centrista que había participado en la guerra civil como alcalde del pueblo y que estuvo luego trabajando en la construcción del ferrocarril del Sahara, donde murió. Entretanto, su hijo Lázaro fue testigo de la suerte que aguardaba a aquellos de los veteranos del convoy que habían quedado impedidos durante la guerra civil: fueron liquidados nada más llegar, sin que se anotaran sus nombres en el registro del campo.[3] A él, por su parte, se le asignó al barracón 17, pero otros chicos fueron alojados en los barracones 16 y 18, este último bajo el mando de Al Capone, uno de los kapos más degenerados. El barracón 16 permitió al muchacho hacerse una rápida idea de cómo era la vida en Mauthausen, ya que fue reservado para experimentos con la comida. Jean Laffitte, que en aquel tiempo estaba en el mismo barracón, cuenta que a 300 prisioneros que seguían trabajando en la cantera se les daba una de las tres dietas posibles: la normal, una especial de cereal y verdura y una tercera abundante en cebada, que los hacía engordar, pero también sentirse más débiles que nunca. Los resultados se controlaban mediante análisis de sangre.

Los niños españoles de Mauthausen conformaban un grupo muy especial, ya que fueron casi los únicos que ingresaron en el Lager en toda su historia. En el momento de su llegada en 1940, algunos de ellos, incluido Lázaro Nates, tuvieron la buena suerte de ser elegidos como Stubendiener, u ordenanzas del barracón. Los menos afortunados fueron asignados directamente a la cantera o enviados

a Gusen, donde no recibieron mejores atenciones que los adultos y literalmente vieron morir a sus padres. Era una norma entre los miembros de una misma familia no trabajar, siempre que fuera posible, en el mismo kommando. El objetivo era evitar la tentación de devolver el golpe cuando se veía maltratar a un familiar. Ramiro Santisteban llegó con su padre y su hermano, y los tres sobrevivieron, aunque el padre murió un mes después de la liberación. Jacinto Cortés, por otra parte, estuvo con su padre y dos hermanos, y el progenitor y el hermano mayor, José, murieron juntos después de ser trasladados a Gusen el 24 de febrero de 1941. [4] Fue el traslado inminente a Gusen de otros dos chicos españoles, Lázaro Nates y Manuel Gutiérrez, lo que los llevó a tomar una decisión determinante. Hablando sobre ello ambos coincidían en que, por mal que les fuera en Mauthausen, era un lugar conocido, mientras que Gusen era lo desconocido, aunque la administración sería igual. Un día, después de pasar revista en la Appellplatz, decidieron intentar lo imposible y se presentaron ante el Rapportführer, al que llamaban «el Chato». Junto a él estaba King Kong. Nates dejó escapar, con gramática incorrecta pero en el mejor idioma que se podía permitir: «*Wir wollen bleiben hier, da hier sind unsere Vater!*». ¡Un prisionero suplica quedarse en el sitio en que está porque quiere estar cerca de su padre! La sola idea de que ello sucediera resultaba tan absolutamente inesperada que el Chato y King Kong se quedaron mirándolos durante un instante asombrados y en silencio, y luego estallaron en una carcajada incontrolable. El Rapportführer se olvidó incluso de verificar la excusa, al pensar que la petición era tan extravagante que sin duda tenía que ser cierta. Tal vez agradeciera el momento de diversión. En cualquier caso, el resultado del incidente fue que tanto Nates como Gutiérrez se quedaron en Mauthausen, y los dos vivieron para contarlo.

El punto de inflexión de la vida de los chicos de Mauthausen fue el acuerdo, alcanzado en junio de 1943 entre Bachmayer y Anton Poschacher, responsable de la cantera del pueblo de Mauthausen, de dar trabajo a 50 de estos jóvenes como aprendices de canteros. El kommando de Poschacher, o Poschacherjugend, como dio en llamarse la unidad, fue durante toda su existencia exclusivamente español. Estaba formado por los más jóvenes, que no lo abandonaban al llegar a cierta edad ni fueron nunca relevados por

otros si morían.[5] Los jóvenes españoles trabajaron así en la cantera privada cercana a la estación de Mauthausen, con ingenieros civiles austríacos y los obreros especializados que manejaban las máquinas; todos tenían más de sesenta años. A los muchachos se les pagaba un salario de entre 2 y 3 reichsmark a la semana, que nunca tocaban pero que el Poschacher ingresaba en una cuenta de las SS del banco local. Se les indicó que recibirían el dinero cuando terminara la guerra. Por otra parte, Himmler dijo también que nadie podía salir del KL-Mauthausen vivo. Como sucedió lo inimaginable y Alemania perdió la guerra, los muchachos del Poschacherjugend podrían solicitar más tarde al gobierno de Alemania Occidental el pago de lo poco que habían ganado; algunos lo hicieron, y el gobierno les pagó.

Los chicos estuvieron alojados primero en el barracón 11, y en el último año en el barracón 6. Todos los días iban andando a la cantera de Poschacher, al principio por la colina que rodeaba el pueblo escoltados por un sargento SS y cuatro hombres, pero más tarde los SS perdieron interés por guardar su secreto y los muchachos caminaban por Mauthausen con una escolta cada vez más reducida. Josef Niedermayer, conocido por su salvajismo en el Bunker, declaró en el juicio al que fue sometido en 1946 que su primer trabajo estuvo en el kommando de Poschacher y que él mismo escoltaba a los chicos. Al final, el único que lo hacía era el kapo español Antonio Benedicto. En los primeros días salían con una inocencia política que podría haberles buscado la ruina. Para partir al trabajo iban cantando la *Internacional*. Cuando el kapo español les dijo que lo que estaban haciendo era muy peligroso, le contestaron que no había razón para preocuparse: ¡estaban cantando en español! Hubo que explicarles que la *Internacional* era… internacional.

Los miembros de la unidad de Poschacher, dondequiera que fueran asignados,[6] gozaban de privilegios desconocidos para los que se quedaban en el campo. Comían razonablemente bien, con los alimentos que recibían del propio campo, y rara vez se los maltrataba, pero no dejaron de ser testigos de los ultrajes recibidos por los demás. El vicario de la iglesia local se compadeció de la situación de los muchachos; fue descubierto por un SS, que sacudió al vicario y le soltó una fuerte patada, de la que el hombre salió

tambaleándose como pudo.[7] Los chicos también estaban a la vista de los demás pequeños kommandos que trabajaban en el pueblo, en particular el Donaulinde Kommando empleado en las barcazas y el Bahnhofskommando que cargaba y descargaba los trenes. Lo que más impresionó a los jóvenes fue la actitud que mostraban los SS hacia la población civil austríaca. Cuando el autor de este libro dijo a un grupo de supervivientes del Poschacher que los SS se cuidaban de ocultar sus crímenes ante la población local, uno de ellos, Ramiro Santisteban, contestó con sorpresa: «¿Avergonzados los SS? ¿Los SS avergonzados?… Había una chica austríaca, guapa y bien vestida, de unos veinte años —continuó—. Podía haber sido la hija del director del banco. Una vez se acercaba cuando se produjo una escena de brutalidad en la carretera en que estaba trabajando uno de esos kommandos, y nuestro grupo pasaba por allí al mismo tiempo. Al ver un cuerpo tirado y un charco de sangre en el pavimento, ella apretó el paso. Un SS la vio, la agarró del pelo, le preguntó si eso que estaba en el suelo la molestaba y la forzó a bajar la cabeza para mirarlo. Así la sostuvo, por el pelo, como haría un hombre con un perro que hubiera defecado en la alfombra».[8] En otra ocasión, un SS-Mann, sin ningún tipo de graduación, se encontró con un soldado de la Wehrmacht en el mismo tramo de camino. El soldado, que estaba en la cincuentena, pasó ante el SS sin saludarle, comprensiblemente. «¿No saludas a un SS?», le increpó el SS-Mann, agarrando al soldado a la vista de Santisteban y vapuleándole en medio del camino.[9]

Nadie sabrá nunca la historia de todo lo que pasó en Mauthausen en los días del Lager, del terror que lo recorría día y noche, de las palabras que se cruzaban en la tienda de tabaco, en la farmacia, en la oficina de correos, y por la noche en las tabernas, cuando los guardias SS iban allí a beber, y al hacerlo revelaban «lo suficiente para que se conociera su secreto». «Por la noche había peleas entre los SS y los soldados de la Wehrmacht que estaban de permiso —recuerda el Bürgermeister de Mauthausen—; si alguien pegaba a un SS, los SS volvían por la mañana en busca del soldado que lo había hecho, se lo llevaban a la fortaleza y le ejecutaban.»[10] A pesar del terror, el pueblo de Mauthausen no cerró su corazón a las víctimas.[11] Aunque dubitativas y aisladas, continuaron viéndose expresiones de simpatía y consideración, como afirman los

jóvenes del Poschacher, y cuando este capítulo de su vida se cerró algunos de esos mismos muchachos españoles eligieron para casarse a algunas chicas de Mauthausen. Uno de esos muchachos fue Manuel Gutiérrez, apodado el Sardina por su complexión menuda. Como otros muchos, era prácticamente analfabeto y Manuel García recuerda cómo le enseñó a contar. Después de la liberación volvió a Francia y contrajo matrimonio con una chica francesa, pero su corazón se había quedado con la muchacha austríaca por delante de cuya casa solía pasar en el camino a la cantera y que siempre estuvo allí para sonreírle. Al final, Gutiérrez regresó a Mauthausen y se casó con ella. Hoy viven en Saboya, y de vez en cuando acuden a Mauthausen para visitar a sus amigos del pueblo.[12]

Razola estima que el contingente de 849 españoles que llegó en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1940 fue el mayor de todos. En aquel tiempo, los únicos campos operativos en Austria eran Mauthausen y Gusen. Estas expediciones masivas continuaron hasta el verano de 1941, y ese año, según los registros de Hans Maršálek, el número de españoles fue de no menos de 8.000. En abril de 1941, cuando llegaron Constante y Razola, trabajaban en la cantera de 700 a 800 españoles y algunas docenas de polacos, mientras que los prisioneros alemanes estaban asignados a las perforadoras y otras máquinas.[13] Los españoles habían accedido entonces a la nada envidiable posición de relevar a los polacos como grupo nacional con la más alta mortalidad, al menos en Gusen. En junio de 1941, uno de cada cuatro fallecimientos era el de un español; en octubre de 1941, la proporción había ascendido a tres de cada cuatro, y en diciembre de ese año era de cuatro de cada cinco.

5

La cantera y los 186 escalones

Cada mañana, a la hora prevista, los kommandos salían de la fortaleza, o campo interior, en filas de cinco y en columnas de 100. Cuando pasaban por la puerta principal, tenían que quitarse las gorras y volver la mirada a la izquierda, en deferencia al Kommandant. Ciertamente el más grande de los kommandos había sido asignado a la cantera de granito, propiedad de la Deutsche Erd- und Steinwerke (DEST), que estaba en manos de las SS. Esta cantera (Wienergraben), situada aproximadamente a un kilómetro de la fortaleza, forma un círculo enorme, o pozo, de unos 350 metros de diámetro, en parte rodeado por muros de 40 a 75 metros de altura. En verano, el sol se refleja en la pared de granito; en invierno, esta pared sirve para hacer de los vientos un ciclón. Lo que hoy es la base de la cantera, en 1940 fue una colina de granito al nivel de las paredes circundantes, y la escalera de granito ahora existente fue al principio una rampa. Cada mañana, a la hora prevista, la cantera resonaba con el golpe rítmico de miles de zuecos de madera en los escalones de granito, mientras un ejército de esclavos empezaba con el día un nuevo descenso hacia los infiernos. La escalera se ha convertido, más que ningún otro de los trabajos forzados impuestos por el sistema nazi, en símbolo del camino de sus mártires hacia el Calvario.[1]

En junio de 1941, la escalera constaba de 160 rocas o cantos de altura desigual, apilados de mala manera y dispuestos al azar, de forma que los escalones eran irregulares y algunos tenían hasta 40 centímetros de alto. Todavía entonces, las piedras eran transportadas desde la cantera en camión, o elevadas con grúas. A partir de 1942, el número de escalones subió a 186. Simplemente

remontarlos a paso militar, bajo las porras de los SS y los kapos, requería un esfuerzo inmenso; no se permitía ningún alto. A esta dura prueba se añadía el efecto de una dieta de desnutrición programada. Y también la fatiga de todo un día de trabajo, hiciera frío o calor, bajo los golpes, arrastrando las piedras de granito, cargándolas en los camiones, sin un instante de pausa salvo al mediodía. Cabe imaginar la energía que quedaba para la marcha de vuelta hacia la fortaleza al subir los escalones, cada prisionero con una piedra de 20 kilos o el cuerpo de un camarada (pues nada podía dejarse atrás),[2] o —transportadas por dos personas— arrastrando las grandes marmitas de las sopas de la comida (el *kessel*, con capacidad para 50 litros y que vacío pesaba 35 kilos). El superviviente Jean Laffitte ha descrito la hilera de prisioneros trepando por la cantera con la vívida metáfora de una monstruosa oruga cuyas patas traseras se esforzaban por seguir a las demás, sobre todo cuando las delanteras alcanzaban la cima y aceleraban el paso en el terreno llano. Esa agonizante subida, sin ver nada más que las piernas de los presos que iban tres líneas delante, esforzándose con desesperación para no perder la fila y esperando ser separados a cada momento por el SS, para ser zancadilleados y devueltos tambaleantes al fondo con su piedra, para ser golpeados hasta la muerte… Todo esto es lo que el director de la cantera, Johannes Bernard Grimm, olvidó mencionar el día que confesara con una breve frase: «Murieron diez mil».

El trabajo inhumano que representaba la cantera estuvo reservado desde 1944 a los miembros de la Strafkompanie. El año 1943 fue un período de transición, pero en 1940-1942 casi todos los prisioneros estuvieron asignados a ella. Había dos tipos de obreros: los especializados y los manuales. Los primeros se empleaban en el manejo de la dinamita, las trituradoras hidráulicas y los martillos neumáticos; no se los golpeaba ni se los maltrataba a no ser que cometieran errores o no lograran seguir el ritmo. Los segundos, que formaban la gran mayoría, se dedicaban a carga y descarga. En promedio, en la cantera trabajaban diariamente más de 2.000 prisioneros y todos estaban a expensas, como hemos visto, de Grimm y Spatzenegger.

Había siempre un elemento de suerte ciega. Para sobrevivir en Mauthausen era esencial evitar ser enviado a la cantera,

principalmente a causa de los 186 escalones. La mayoría de los prisioneros subían la escalera una vez al día, pero muchos lo hacían más veces: al menos dos supervivientes españoles, Juan de Diego y Sebastián Mena, dan fe de que sus grupos ascendían diariamente la escalera diez o doce veces al día, cinco o seis por la mañana y otras tantas por la tarde. Los SS a veces encontraban divertida una versión de los trabajos de Sísifo, ordenando a los prisioneros que volvieran a bajar con la misma piedra que, con tanto sudor, habían logrado llevar hasta arriba.

El historiador suspira por saber, tanto como lo temen las personas compasivas, hasta qué punto eran grandes y pesadas esas piedras. Hemos visto que tenían un tamaño estándar de 20 kilos de peso, lo que quiere decir que en la mayoría de los casos no había opción de elegir. Las rocas se cortaban en la cantera, de igual tamaño, pero también podían necesitarse, y existían, algunas más pequeñas. En la medida en que la lógica tuvo cabida en Mauthausen, las piedras menores debían corresponder a los prisioneros de menor tamaño. Los españoles, en concreto, entonces pero no en la actualidad, eran físicamente menudos, aunque robustos. Pero elegir una piedra que los SS pudieran juzgar demasiado pequeña era un juego de lo más peligroso. Si entendían que la roca acarreada era menor de lo debido, primero golpeaban al prisionero y luego le daban una piedra más. El truco consistía en intentar que la roca pareciera lo más grande posible vista desde fuera. ¿Cuál era el mínimo admisible? Juan de Diego da una respuesta elocuente a esta brutal pregunta:

> No puedo decirlo. Es imposible hacer una estimación exacta. Cuando tenías que levantar una, te parecía más grande que una casa. Pero a veces tuve que transportar un saco de cemento de 50 kilos. Sabes lo que pesa porque lo pone escrito. Y a diferencia de una piedra, que se carga en angarillas (*trage*), o al hombro, no es nada fácil transportar un saco.[3]

El oficial de la SOE británica Pierre Le Chêne describe cómo tuvo que cargar esos sacos, que pesaban tanto como él (que había perdido la mitad de su peso); y cuando llovía, el saco se resbalaba. El récord no igualado fue el de una roca que pesaba 140 kilos, que un judío polaco tuvo que transportar durante todo el kilómetro que

separaba la cantera del campo. El hombre murió, por supuesto, cuando llegaba a la entrada del campo, pero los SS vieron su esfuerzo como algo maravilloso: arrojaron el cuerpo al crematorio y pusieron la roca en un museo. No hay que olvidar que el punto más vulnerable, después del corazón y la espalda, eran los pies. Los zuecos de madera rara vez eran de la talla correcta, ni siquiera estaban parejos. La tira que envolvía los pies iba demasiado prieta o excesivamente suelta, con lo que el calzado se salía. La peor experiencia para muchos era al llegar arriba de los escalones. Las piedras, dijo un superviviente, se ponían deliberadamente puntiagudas.[4] «Los SS nos perseguían dándonos culatazos —decía otro—. A menudo perdíamos los zuecos y teníamos que volver descalzos por la grava de granito, algo tan doloroso que algunos hombres gritaban. Volvíamos con las plantas de los pies desolladas y a menudo después se nos infectaban.»[5]

El estado físico y la moral son los únicos factores que explican cómo algunos lograron sobrevivir a la cantera. El francés André Morel dice que no aplicó ninguna técnica especial y que no hizo otra cosa que trabajar en la cantera,[6] pero Morel es un magnífico atleta que, apenas dos años después de la liberación, fue elegido para jugar en el equipo nacional francés de rugby. Juan de Diego atribuye su propia supervivencia en parte a no haber canjeado nunca su sopa por cigarrillos, como muchos españoles que sucumbieron a esta tentación. Los que trabajaban en la cantera con la Strafkompanie estaban, por supuesto, en una categoría diferente, ya que simplemente habían sido condenados a la pena de muerte y el trabajo no era más que una alternativa a morir ahorcado o en la cámara de gas. Raras veces tardaban más de unos días en morir: de los sesenta hombres que empezaron en la compañía un domingo, tan solo dos llegaron vivos al sábado siguiente. Para ser asignado a la Strafkompanie bastaba con romper una norma, caer presa del capricho de un kapo o ser judío, aunque para los 20.000 judíos que ingresaron en Mauthausen y Gusen había un *judenkommando* especial. Los SS se esforzaban en idear nuevas humillaciones. Una de ellas era hacerlos trabajar desnudos en las letrinas, aunque la *Scheisserkolonne* no era exclusiva de los judíos. Otra consistía en obligar a los judíos a que los acompañaran en la salmodia que las SS habían lanzado veinte años antes en el Bierkeller de Baviera:

mientras marchaban o al paso de un SS, el kapo podía decir: «*Wer ist an unserem Unglück schuld?*», a lo que los judíos debían gritar: «*Die Juden!*». En julio de 1944, solo quedaban vivos veintidós y el último de ellos, un muchacho de diecisiete años, fue asesinado en agosto de 1944 al fondo de los escalones de la cantera.

La cantera incluía los trabajos del Messerschmitt, y detrás del taller de los carpinteros corría un arroyo, el Rieder. Lo cruzaba un puente. Cualquier rastro de agua, ya fuera río, estanque, tina o barril, ofrecía al SS la ocasión de ahogar prisioneros, y un número indeterminado murió en el Rieder, con la cabeza forzada a permanecer bajo la superficie. Grimm, el director de la cantera, tenía responsabilidad en ello.[7] Un incidente que tuvo lugar en noviembre de 1943 supuso tal cuota de diversión para Spatzenegger que se lo contó a su kapo, Bernhard Dura. Un prisionero ruso se escabulló y se ocultó en el agua debajo del puente, presumiblemente respirando con ayuda de una caña. Grimm ordenó a Spatzenegger que buscara al prisionero. Incluso con la ayuda de cinco perros de las SS no fue posible encontrar al ruso, pero el frío le obligó finalmente a salir del agua. Spatzenegger soltó inmediatamente a los perros. En su declaración ante los estadounidenses después de la liberación, Dura afirmó: «Los perros literalmente partieron al hombre por la mitad, dispersando sus intestinos por todo alrededor».[8]

Describir a Spatzenegger o a cualquier miembro de las SS como más brutal que otros sería una comparación odiosa, cuando el espíritu más apacible vestido con ese uniforme no se detenía ante nada que se le pasara por la imaginación. Uno de los deportes favoritos para el mediodía era mirar a los «paracaidistas». Estos eran prisioneros a los que los SS empujaban desde el borde de la pared de granito, para que cayeran en las rocas de abajo o se ahogaran en el embalse. O también a los que tenían que hacer la pausa de la comida subiendo los escalones, para llegar al fin de sus sufrimientos cuando saltaban desde arriba. Un grupo de judíos holandeses fue tratado de forma tan abominable que su voluntad de vivir, un ejemplo para cualquiera, se hizo trizas, y decidieron emular a sus antepasados de Masada del año 73 suicidándose todos juntos saltando a la vez. Grimm, el director de la cantera, lo presenció. Otro testigo ocular, Ramiro Santisteban, dice que

murieron todos menos uno, cuya caída fue amortiguada por varios arbustos y, cuando llegó a tierra, lo hizo de pie y tambaleándose. «Entonces volvió a arrastrarse hasta la cima, y saltando por segunda vez hacia el abismo logró lo que buscaba. Los españoles admiramos su valor. Sabía que iba a morir, pero les demostró a los alemanes que no tenía miedo y que seguía siendo dueño de su destino.»[9]

Los SS estaban, por tanto, acostumbrados a los suicidas cuando el 13 de diciembre de 1943 dos judíos franceses, los hermanos Schwarzenberg, completaron la que sería su última ascensión por los escalones. Los hermanos eran todavía unos niños, demasiado jóvenes para unirse, como hizo su hermano Léon, de diecinueve años, a la Resistencia francesa, pero Schulz les hizo saber que quería verlos muertos. El modo en que murieron ha sido relatado en diferentes versiones. Geo Attia, un gángster de St. Malo que después de la liberación volvió a su vida de criminal en Marsella pero que en Mauthausen se ganó el respeto de muchos,[10] ha proporcionado lo que se considera la versión de un testigo directo. Un día, los hermanos están subiendo cargados con sus piedras cuando Raymond, el mayor pero el más menudo y débil de los dos, ve que, justo en el escalón 144, no puede más. Se gira a la derecha y se asoma al borde, de 20 metros de largo y 2 de ancho, cortado en la pared de granito; dejando que la roca caiga al abismo, permanece allí de pie, con las manos en las caderas, en postura desafiante. La cadena humana se detiene en su ascensión. Jacques baja lentamente su piedra al suelo y se une a su hermano al borde del precipicio. Incluso para Mauthausen aquel es un momento trágico. Los kapos interrumpen sus golpes brutales y miran a los SS con maligna curiosidad. Por un instante, los SS parecen desconcertados ante este acto de rebelión. Después se mueven al unísono. El SS-Unterscharführer Johann Vinzenz Gogl, al mando de los escalones, no se cree la suerte que ha tenido. Puede hacer que los dos hermanos judíos se peleen en el borde, prometiendo al más fuerte que sobrevivirá. Los hermanos responden al reto quitándose los *drillich*. La cosa promete. «¡Luchad, luchad!», grita el Unterscharführer. Los hermanos están en pie, uno frente al otro, sin moverse. Los SS, impacientes, empiezan a apedrearlos. «¡Luchad, perros, luchad!» Los hermanos, insensibles a las piedras, se acercan lentamente y, dándose un último abrazo, juntos no en la lucha sino

en el amor que desafía al odio, se dejan caer de la cornisa al vacío, de la vida a la muerte.

¿Fue eso todo lo que sucedió aquella noche de diciembre? La versión de Attia se contradice con otra, que va más allá del simple relato, más allá incluso del mito. Si un mito es un sueño de muchos, un símbolo que agita la energía psicológica y refleja los pesares, las alegrías y las esperanzas de un pueblo, una alucinación colectiva es un mito hecho carne. Porque solo una alucinación colectiva puede explicar la fuerza de otra convicción, la de que los hermanos lograron atraer con mañas a dos de los SS hacia la cornisa, que les tendieron las manos como en un acto final de perdón, que los SS vieron divertido estrechárselas a un judío que iba a matar a su hermano o a ser muerto por él, y que los hermanos agarraron al fin a los nazis con todas las fuerzas que les quedaban y tiraron repentinamente hacia atrás, dando casi un salto mortal, quedando suspendidos en el aire antes de precipitarse a la inmensa sima que se abría bajo sus pies.

6

El Revier, antecámara de la muerte

El término Revier, que significa sencillamente dispensario, era (y aún lo sigue siendo entre los supervivientes) el preferido para referirse al lugar adonde eran enviados los presos enfermos. Esta enfermería cambió constantemente de ubicación, hasta que en otoño de 1944 llegó a su lugar definitivo, junto a la cámara de gas, de la que servía de antecámara. Por entonces era un hospital grande, aunque demasiado reducido para dar cabida al número cada vez mayor de enfermos, con el resultado de que se necesitó un anexo. El anexo dio en llamarse Russenlager, ya que había sido construido por prisioneros soviéticos en 1942-1943, fuera de la fortaleza y en las faldas de la colina. También se le llamó Krankenlager, aunque su nombre oficial era Sanitätslager. Independientemente de su denominación, o del lugar donde se asentaba, todos los prisioneros aprendieron a no caer nunca allí, a menos que fueran absolutamente incapaces de sostenerse en pie, en cuyas circunstancias otros tomaban la decisión por ellos.[1] Los médicos SS que vigilaban el Revier lo visitaban con el único propósito de elegir pacientes para su liquidación. Fueron designados con este fin tres de cada cuatro enfermos.

Hemos visto que dos prisioneros, el ingeniero austríaco Ernst Martin y el director bancario checo Josef Ulbrecht, trabajaban de administrativos del oficial médico en jefe del campo, o Standortarzt. El Standortarzt de Mauthausen (o de cualquier otro lugar) cumplía las órdenes del comandante en todos los asuntos de disciplina y movimientos de tropa, pero en cuestiones científicas respondía ante el SS-Standartenführer doctor Enno Lolling, jefe del Amt IV D 3 de Oranienburg y, como tal, médico principal de las SS en el Tercer

Reich. «Cuando visitaba Mauthausen —recuerda Ernst Martin—, Lolling nunca estaba sobrio.»[2]

De los siete médicos que ocuparon el puesto de oficial médico en jefe (Standortarzt) en Mauthausen,[3] el más conocido fue el quinto, el SS-Sturmbannführer doctor Eduard Krebsbach, que inició su carrera médica como pediatra en Colonia. Tras ingresar en las SS en 1934, con cuarenta años, llegó a Mauthausen en julio de 1941 y se convirtió en el médico principal en octubre de ese año. Su afición a las inyecciones le mereció el nombre de «Spritzbach», y entre los españoles, el de «el Banderillo». Menos conocido que las inyecciones, pero plenamente documentado, es el destino que tuvo en manos de Krebsbach el prisionero español Francisco Boluda Ferrero.[4] Boluda era un joven extraordinariamente atractivo, y captó la atención de Krebsbach. El médico le hizo decapitar el 10 de septiembre de 1941. Luego se vació y lavó su cráneo, y cuando De Diego, en su ronda de obligaciones, visitó el Revier (que aún estaba en el barracón 5), reconoció la calavera de su compañero decorando el escritorio del doctor.[5]

El destino del doctor Krebsbach en Mauthausen concluyó bruscamente el 22 de mayo de 1943, después de que esa misma mañana matara a un soldado de la Wehrmacht que había entrado ebrio en su jardín. La Gestapo se movió deprisa para evitar una investigación, pero ello no impidió que Krebsbach fuera destinado al KL-Kaiserwald, cerca de Riga. Sus sustitutos, el SS-Hauptsturmführer doctor Hermann Friedrich Entress y el SS-Sturmbannführer doctor Waldemar Wolter, ya habían trabajado como ayudantes suyos. Entress, nacido en Posen, había conservado su nacionalidad polaca hasta 1939. Tras enrolarse en las SS en noviembre de ese año, fue destinado como Standortarzt a Gross-Rosen en 1940, con solo veintiséis años y recién salido de la facultad de medicina. El 14 de diciembre de 1941 se le trasladó a Auschwitz y desde allí, en mayo de 1943, a Mauthausen.[6] En cuanto a Wolter, que relevó a Entress el 26 de julio de 1944 y que permaneció en Mauthausen hasta el final, su carrera como médico de las SS en Flossenbürg, Buchenwald, Sachsenhausen, Dachau y Herzogenbusch era considerada brillante.[7]

Entre los ayudantes del Standortarzt en Mauthausen estaban cuatro Hauptsturmführer: el doctor Karl Böhmichen, en el

Hauptlager, el doctor Helmut Vetter en Gusen, el doctor Willi Jobst en Ebensee y el doctor Richard Plettich para todos los campos de la región de Viena. Como enviado para ayudar a Jobst en Ebensee estaba el Hauptscharführer Hans Gustav Kreindl. Otro médico, el Obersturmführer Hermann Richter, fue enviado a Gunskirchen, donde llevó a cabo centenares de operaciones quirúrgicas antes de que las propias SS le declararan trastornado y le enviaran a una clínica. Tres meses más tarde, Richter reanudó sus prácticas; terminaría sus días quitándose la vida. En Gusen, el doctor Hermann Kiesewetter estudió la función del cerebro, sometiendo a sus víctimas a trepanaciones.

Otro médico que sirvió a las órdenes de Krebsbach en Mauthausen fue Heribert Ferdinand Heim, uno de los mayores criminales de guerra nazis aún en libertad. Austríaco y licenciado por la Universidad de Graz, Heim llegó a Mauthausen el 8 de octubre de 1941, cuando tenía veintisiete años, y tan solo permaneció allí hasta el 29 de noviembre del mismo año. Siete semanas fueron suficientes para granjearse una fama inolvidable. Las inyecciones de benceno y las operaciones innecesarias[8] le mantuvieron ocupado, pero Heim es recordado sobre todo por una inclinación que compartía con Krebsbach. El caso concernió a dos judíos holandeses, de dieciocho y veinte años, a los que eligió de entre un grupo de recién llegados por lo perfecto de sus dentaduras. Forzados a sufrir apendectomías a sabiendas de que eran innecesarias, los dos jóvenes murieron tras una dura agonía, después de lo cual Heim les cortó personalmente la cabeza, luego las hirvió y limpió los cráneos. Entregó uno de ellos a un colega para adornar su mesa; el otro lo conservó para sí, como pisapapeles.

No era fácil encontrar médicos de las SS que pudieran recordar el juramento hipocrático, pero hubo uno que sí lo hizo. El Obersturmführer doctor Franz Lukas fue un fracaso desde el punto de vista de las SS. Rehusó tomar parte en la elección de prisioneros para la cámara de gas o para inyecciones letales, y después de dos meses fue expulsado. Al despedirse en el Revier del prisionero doctor Podlaha, Lukas le dejó, para uso de Podlaha, un gran surtido de medicamentos. Nunca hubo escasez de medicinas en los almacenes de las SS, como reveló Podlaha en la liberación. Había en el hospital suficientes fármacos, como declaró más tarde, «para

atender a todos y cada uno de los internos del Hauptlager e incluso de todos los Nebenlager durante cuatro meses como mínimo».[9]

De todas las ramas de la medicina, la más importante para los SS fue la odontología, desde luego no en beneficio de esta propia disciplina. La sala dental estaba dentro de la Politische Abteilung, y aunque los dentistas eran subordinados del Standortarzt, también respondían ante el dentista en jefe de las SS en Amt IV D 3 de Oranienburg; en este puesto estuvieron el Sturmbannführer doctor Jost hasta 1942, y luego el Obersturmbannführer doctor Pook. En Mauthausen, el servicio dental estuvo a cargo de una sucesión de cuatro Hauptsturmführer: primero, el doctor Alfred Mucke (asistido por el Obersturmführer doctor Kappe); luego, desde el 1 de julio de 1941, el doctor Wilhelm Henkel. Henkel había estudiado odontología en las universidades de Marburg y Frankfurt del Main, e inició su carrera profesional en mayo de 1933. Tras ingresar en las SS en marzo de 1941, fue destinado a Mauthausen en julio de ese año, como Oberfähnrich y médico ayudante a las órdenes de Krebsbach. Dos años después (el 7 de julio de 1943), el doctor Henkel fue ingresado urgentemente en el hospital de Linz y, aunque sobrevivió a la operación, no regresó a Mauthausen.[10]

Mientras Henkel llevó el servicio dental estuvo ayudado por un suboficial de las SS y cinco técnicos de entre los prisioneros. El suboficial, el Oberscharführer Olf Brandt, fue un elemento permanente del servicio dental, donde estuvo de 1940 a 1945.[11] La unidad proporcionaba cuidados dentales a los SS y a veces atendía también a los prisioneros, pero la tarea principal de Henkel era supervisar la extracción del oro de la boca de los internos muertos. Los prisioneros con piezas dentales de oro que pasaban por la cámara de gas tenían que ser marcados con cruces pintadas en el pecho y la espalda. En el crematorio, estas piezas les eran extraídas por internos que trabajaban bajo la supervisión del Hauptscharführer Martin Roth. Después, eran recogidas en el crematorio por Henkel o se las entregaba Roth. Olf Brandt se encargaba de hervirlas en ácido clórico, con lo que el diente se disolvía y se separaba el oro; luego se pesaba el oro y se anotaba el resultado en el Registro del Oro, al lado del nombre y el número del prisionero muerto. El oro se guardaba en una caja de hierro, pero no permanecía en la sala dental más de ocho horas antes de que

Henkel lo llevara al despacho del Standortarzt y lo guardara en un lugar seguro. El quinto día de cada mes se pesaba todo el oro, se anotaba el valor y se enviaba a los cuarteles médicos de Berlín. En la primavera de 1943, Himmler cambió las reglas: había que entregar el oro al comandante o a su delegado (que en Mauthausen eran Schulz o Eisenhöfer), pero seguía siendo misión del Standortarzt informar a Berlín todos los meses de cuánto oro se había recogido.[12]

Cuando Henkel salió del campo para ingresar en el hospital, su puesto fue entregado al doctor Kurt Aus dem Bruch, que a su vez lo dejó el 30 de abril de 1944. Ello llevó al doctor Walter Höhler al puesto de dentista jefe. Después de estudiar en Heidelberg y Frankfurt del Main, Höhler empezó a trabajar en 1933 e ingresó en las SS en noviembre de 1939. Destinado primero al KL-Neuengamme, era responsable de supervisar personalmente la extracción del oro. Su estancia en Mauthausen fue relativamente breve, del 1 de mayo de 1944 al 23 de noviembre de 1944, cuando también tuvo que ser ingresado y sometido a una intervención quirúrgica. Höhler conservó los servicios de Olf Brandt y empleó a siete prisioneros como técnicos y administrativos; uno de ellos, Mornstein, un checo estudiante de química, recibió permiso para tratar a los prisioneros. Otro, Speer, que trabajó en el kommando de bomberos pero cuya profesión era la de grabador, fue reclamado ocasionalmente a petición de Höhler con la misión de convertir el oro en anillos, pulseras y otras joyas, utilizando para ello el equipo de odontología. Höhler perdió los servicios de Speer cuando este fue muerto en 1944 por un SS bajo el mando del Obersturmführer August Blei. Por lo demás, la sala dental siguió funcionando como lo había hecho con Henkel y Aus dem Bruch. Roth supervisaba la extracción del oro; Brandt, la limpieza, el peso y el registro, y Höhler, la entrega del oro a Eisenhöfer, quien lo enviaba a Berlín. En la tabla siguiente se recogen las cantidades de oro entregadas.

ORO ENVIADO DESDE EL KL-MAUTHAUSEN HASTA LA WHVA EN BERLÍN

	Período	*Dentista jefe*	*Total del año en gramos*	*Media mensual en gramos*
1941	1 nov. - 31 dic.	Henkel	72,80	36,40
1942		Henkel	5.278,10	439,84
1943	1 enero - 1 sep. 1 sep. - 31 dic.	Henkel Aus dem Bruch	2.926,00	243,83
1944	1 enero - 30 abril 1 mayo - 23 nov. 23 nov. - 31 dic.	Aus dem Bruch Höhler Brandt	8.585,30	715,44
1945	1 enero - 15 abril	Brandt	7.636,90	2.181,97
TOTAL			24.499,10	590,34

Fuente: Declaración jurada del doctor Walter Höhler, Dachau, 15 de febrero de 1946 (NARA, 338/345)

El trabajo en el Revier consistía tanto en aplicar inyecciones letales como en otras pruebas no letales. El comandante del campo Ziereis, en su lecho de muerte, dijo a los interrogadores aliados que las inyecciones consistían en dosis intravenosas de benceno, hidrógeno, sulfuro de calcio, Eumarcon o Evipan-Natrium. A esta lista de sustancias había que añadir sulfato de magnesio, lisol, gasolina[13] y Formalin.[14] En abril de 1942, treinta españoles y rusos que trabajaban en la cantera fueron enviados a la enfermería auxiliar del barracón 5 y se les administró una inyección en la zona del corazón. Las inyecciones les produjeron una inflamación que se fue extendiendo lentamente hacia el hombro, como una marca de tinta azul. Durante unos días, las víctimas tuvieron la cabeza y los hombros semiparalizados, y en dos semanas hasta el más fuerte no podía caminar más que a gatas. Todas las tardes, los afectados debían acudir a la enfermería, donde un médico SS les golpeaba los dedos en la zona dolorida. Los demasiado débiles eran enviados al barracón 20, donde se ponía fin a su vida con una inyección intracardíaca de benceno. Entre las víctimas estuvo el español Pere Vives. Al cabo de dos semanas, Krebsbach preguntó a los

supervivientes si aún sentían dolor. No, respondieron con astucia. Aparentemente satisfecho del éxito del experimento, les dio a cada uno un par de palmaditas en la cara y les dijo que se marcharan. Solo siete de los treinta sobrevivieron a la prueba.

Entre los prisioneros que conservaron la vida hasta la liberación había bastantes testigos de lo que sucedió en el Revier. Entre ellos estaban los médicos españoles José Pla y Pedro Bravo, además del vienés Alois Stockinger, que trabajaba en la farmacia.[15] Los tres estuvieron bajo las órdenes del Sanitätsunterscharführer Otto Kleingunther, que también era de Viena. Kleingunther les transmitió instrucciones específicas para que visitaran los diversos barracones del Sanitätslager, eligieran a los prisioneros más débiles y los llevaran al Revier, en ropa interior o completamente desnudos. Mientras Kleingunther esperaba en la farmacia al otro lado de la puerta, los prisioneros ayudantes trajeron a los enfermos, uno por uno, a la sala de operaciones, y si el prisionero llevaba un vendaje se los obligaba a decirle: «Ahora te vamos a quitar las vendas para operarte». En ese momento entraba Kleingunther con una jeringuilla cargada con 20 centímetros cúbicos de gasolina y le inyectaba esta solución en el corazón. Los ayudantes tenían entonces que retirar a la víctima a una sala adjunta (de donde sería trasladada en carretilla hasta el crematorio), para dar entrada al siguiente paciente. En diciembre de 1943, Kleingunther llegó al Revier borracho y a punta de pistola ordenó a los médicos españoles que aplicaran las inyecciones en su lugar. Bravo y Pla le dijeron que en la profesión médica habían aprendido otras cosas y que preferían morir. Lo cierto es que vivieron para contarlo; Kleingunther renunció con frustración y los prisioneros que le ayudaban nunca colaboraron en la administración de las inyecciones. Sin embargo, a mediados de 1944, ante la escasez de gasolina, Kleingunther intentó realizar la misma operación con agua. Cuando vio que no producía los resultados esperados, empezó a probar con éter, que causaba la muerte en cuatro o cinco minutos. En otras ocasiones les daba a los pacientes unas cápsulas hechas de una sustancia mezclada con calcio, que en sí no provocaban la muerte pero que hacían al paciente echar espuma por la boca y le producían un ataque epiléptico. Los médicos españoles calculaban que el número de prisioneros muertos a manos de Kleingunther fue de al menos mil.

[16] También estuvieron presentes cuando el Unterscharführer Josef Czuniak relevó a Kleingunther cuando este saliera de permiso, y calcularon el número de víctimas de Czuniak —la mayoría de ellas en un estado de salud bastante bueno—, en un centenar, aproximadamente. La aplicación de inyecciones letales continuó hasta el final.[17]

Otros testimonios de lo que sucedió en el Revier proceden de dos prisioneros checos, Premysl Dobiáš y Josef Klat. Dobiáš, licenciado en derecho por la Universidad Karl de Praga, trabajó como Blockschreiber 3 en el Sanitätslager. Según su testimonio, Kleingunther en persona entraba en el barracón, elegía a los prisioneros más debilitados y ordenaba al Blockschreiber que los enviara al Revier, donde los asesinaba uno por uno. Dobiáš, cuya tarea consistía en formar a los prisioneros frente a la entrada principal del Revier y marchar con ellos, declara que presenció más de cien asesinatos. «Kleingunther hacía tenderse al prisionero en la mesa de operaciones, le administraba gas y luego le inyectaba una sustancia en el corazón.» En una ocasión, la escena fue observada en el Revier por un testigo que corroboró los hechos, Josef Klat, quien proporcionó al autor una declaración notarial bajo juramento. Después de trabajar en la cantera y otros kommandos, Klat fue asignado en febrero de 1943 al kommando de basureros, compuesto por 12 a 16 prisioneros, en su mayoría españoles.[18] Su kapo era el alemán de triángulo verde Fritz Lipinksi, de Essen, a quien Klat describe como uno de los pocos kapos verdes decentes y prestos a ayudar. Entre otras obligaciones, este kommando tenía que recoger con el camión de basura los huesos que quedaban en el crematorio, para arrojarlos a un paseo en construcción en el Sanitätslager, y en otro camión habían de distribuir pan a los barracones. En marzo y abril de 1943 se instruyó al kommando para que llevara el camión de basura hasta la entrada lateral del Revier. En la entrada principal, Dobiáš había formado a un grupo de 15 prisioneros, en su mayoría polacos y ucranianos, a los que llevó, de uno en uno y en intervalos de tres o cuatro minutos, hasta el quirófano. Entre las dos entradas había una ventana sin cortinas a través de la cual Klat entrevió la sala y fue testigo de la misma escena que Dobiáš. La mesa de operaciones estaba en medio de la habitación, justo enfrente de la ventana, y el prisionero que acababa de entrar, se

había tumbado en ella. Kleingunther, con bata blanca y con una jeringuilla hipodérmica en la mano, daba la espalda a la ventana. Entonces entraron dos prisioneros y se llevaron el cadáver hasta la puerta lateral, donde estaba el camión de Klat que, una vez lleno, fue conducido hasta el crematorio. En una ocasión en que Klat echó un vistazo por la ventana, Dobiáš se dirigió a él indicándole que se apartara; más tarde le explicó que si era visto mirando lo que pasaba también a él le pondrían una inyección.

De hecho, eso es lo que los SS quisieron hacer con Dobiáš. Kazimierz Rusinek, un socialista polaco,[19] supo que su liquidación era inminente. La red que se tendió entonces en torno de Dobiáš sirvió para salvarle, cuando Frantisek Poprawka acudió a Kurt Pany para proponerle que el checo fuera su ayudante en la Schreibstube. Dobiáš y Pany se conocían desde la infancia en Turnov, Bohemia, pero su amistad se debilitó cuando Pany (hijo del antiguo comandante de guarnición en Turnov) se hizo comunista. En Mauthausen, Pany había dicho a su viejo amigo que le ayudaría solo cuando estuviera en peligro de muerte. El momento había llegado, pero Pany era demasiado autoritario para querer un ayudante. En vez de ello, convino en dirigirse a Bachmayer para pedirle que nombrara a Dobiáš asistente de Maršálek. Así lo hizo, inmediatamente después del día D, y Bachmayer aceptó. Antes de dejar el Revier, Dobiáš vivió una experiencia de signo distinto. Un checo con triángulo verde de nombre Simerda llegó al barracón 3. Dobiáš no sentía simpatía hacia los verdes, pero le ayudó en todo lo que pudo mientras estuvo enfermo. Entonces vio que, según iba recobrando la salud, Simerda siempre era el primero en ayudar a los demás, más aún cuando se trataba de enfermos. Dobiáš se acercó a él y le preguntó quién era. Simerda contestó que era el mejor ladrón de cajas fuertes de Checoslovaquia. Después de la liberación volvió al oficio y fue detenido en los sótanos del Banco Nacional, donde había ido a robar el oro.

Los españoles supervivientes no olvidaron ni perdonaron a ningún compatriota del Revier que hubiera tomado parte en las inyecciones letales. Uno de estos fue Ramón Verge Armengol, natural de Jesus i Maria, un pueblo cercano a Tortosa, que sigue siendo despreciado, cincuenta años después de la liberación, por casi todos los españoles supervivientes y al que, curiosamente,

quienes le denuncian en los escritos evitan referirse por su nombre. El único español que ha tenido una palabra amable para Verge, el fotógrafo Antonio García Alonso, seguramente le debía la vida, aunque no duda en admitir que probablemente Verge fuera responsable de la muerte de su amigo Antonio García Cano (con el que no tenía relación de parentesco). «Mataba para salvar la vida», admitió finalmente García Alonso.[20]

La farmacia del campo, que suministraba las sustancias letales a Kleingunther y el gas venenoso a la cámara de gas, estuvo confiada del 1 de agosto de 1940 a enero de 1944 al Hauptsturmführer Erich Wasicky; cuando dejó Mauthausen ese mes fue relevado por el Obersturmführer Josef Glatz. Los dos hombres informaban al Standartenführer Lolling, jefe de Amt IV D 3. Wasicky (cuyo nombre aparece a menudo en los documentos como Wasitsky) era también vienés y tenía el título de doctor en farmacia por la Universidad de Viena. Tuvo tiempo de realizar sus propios experimentos con cráneos y cerebros, conservándolos en alcohol metílico, pero su principal trabajo consistió en diseñar y construir, en enero de 1942 y cumpliendo órdenes de Krebsbach, una cámara de gas dentro del Bunker. Los tres prisioneros del Baukommando que fueron asignados a la construcción de la planta eran españoles, pero no tenían ninguna forma de saber el propósito de lo que estaban levantando.[21] Sin embargo, la cámara de gas no estaba bien diseñada. Cuando se utilizó por vez primera, en marzo de 1942, las puertas se abrían hacia dentro. Consiguientemente, al abalanzarse las víctimas hacia las puertas, donde murieron intentando salir, obstruyeron la entrada y los SS tuvieron problemas para sacar los cadáveres. Esto ocurrió solo una vez: los SS ordenaron cambiar las bisagras de forma que las puertas se abrieran hacia fuera.[22] El español Luis Gil estuvo entre los prisioneros que trabajaron en las modificaciones. Los gases estaban guardados en el despacho de Wasicky. Entre ellos había Atota, Formalin, Gix, Illo-Spezial, Tritex y, sobre todo, Zyklon B. Este último gas, formado por hidrógeno, carbono y nitrógeno y conocido por el nombre de Blaue Saure (ácido azul), era suministrado a Mauthausen por la firma Slupetzki de Linz. El gas siempre se transportaba hasta la cámara de gas bajo la supervisión personal de Wasicky, y al principio era él mismo quien lo manipulaba. En esta tarea le ayudaría el

Hauptscharführer Martin Roth (encargado del crematorio), con Niedermayer o Trum como responsables de llevar a las víctimas hasta la cámara.

Muchos prisioneros, y más de un SS, le deben la vida al prisionero checo Josef Podlaha, quien recibió su doctorado en medicina de la Universidad Karl de Praga en 1918, después de lo cual estudió en París, Belgrado y Bruselas. Podlaha ingresó en Mauthausen el 4 de febrero de 1942, cuando tenía casi cuarenta y nueve años; llevaba consigo fama internacional y la clasificación RU (retorno no deseado). De los 80 checos de su convoy, 13 eran profesores universitarios y 7, médicos. De aquellos 80 únicamente cinco seguían con vida cuando se produjo la liberación. Por otra parte, si los profesores y médicos hubieran llegado antes, habrían compartido el destino de otros académicos, que fueron enviados a la cantera para morir. Ziereis insistía en reunirse con cada nuevo convoy que llegaba, pero disfrutaba especialmente cuando tenía que recibir a un grupo de intelectuales, y a este grupo le dejó esperándole en el muro durante dos horas en una noche gélida. Ziereis acudió, al fin, en compañía de Altfuldisch y tres médicos de las SS: Krebsbach, Richter y Böhmichen. Fue Krebsbach el primero en golpear en la cara a su colega cirujano, mientras otro hombre del grupo, el profesor Vratislav Bušek, de la Facultad de Derecho de la Universidad Karl, fue atacado por el perro de Altfuldisch. El motivo de Krebsbach era sin duda celos profesionales. Podlaha más tarde observó ante Bohumil Bardon que por mucho que les gustara, los médicos SS apenas sabían nada de intervenciones quirúrgicas, y que su conocimiento del latín, de gran importancia en la tradición médica checa, era igualmente deficiente.[23]

Tras superar esos ritos de iniciación, Podlaha fue enviado a Gusen, pero le salvó la decisión de Himmler tomada en ese momento de reducir los índices de mortalidad. En consecuencia, pronto fue llamado al Hauptlager, y allí Podlaha descubrió que su reputación internacional iba a servirle de medio de supervivencia. El 1 de julio de 1942 fue asignado al Revier, donde estuvo hasta la liberación. Los propios SS dependían de sus servicios. La mujer del comandante, Ida, contrajo una grave infección en el dedo (posiblemente origen de un ataque cardíaco) que requirió de Podlaha que la operara en el hospital de las SS en Linz, servicio por

el cual Ziereis le recompensó con 15 cigarros. Este éxito le ganó el respeto de los SS y el permiso para llevar a cabo otras intervenciones. Así, por ejemplo, atendió a la mujer de Altfuldisch, el mismo oficial que tanto le había maltratado.

Mientras tanto, Podlaha dedicaba todo el tiempo que podía a los prisioneros, que nunca olvidarían los esfuerzos que hizo por salvarles la vida y reducir su sufrimiento en las peores condiciones médicas imaginables. Faltaba todo lo que podía necesitar un cirujano, según el plan de las SS, y lo poco que había según la estrategia de las SS al más alto nivel era saqueado por los SS de abajo. No había alcohol para esterilizar los instrumentos quirúrgicos, porque el Unterscharführer Ludwig Kieffer, de la farmacia, lo convertiría en bebidas digestivas que repartía entre sus amigos. Hubo dos brotes de fiebre tifoidea, y el tifus era endémico en el Revier.[24]

Entre las operaciones realizadas por el doctor Podlaha, la del español Salvador Ginestà quedó para siempre como modelo. Ginestà trabajaba en el kommando de la estación de ferrocarril cuando a un SS se le disparó accidentalmente el arma que estaba limpiando, y la bala le entró a Ginestà por el recto perforándole el intestino. En vez de rematarle, el SS ordenó que llevaran al prisionero al campo, a cuatro kilómetros. Allí fue operado por un SS, presumiblemente por un enfermero que quería hacer sus pinitos como cirujano. Ginestà no murió, al menos, en la operación, y fue transferido a Podlaha quien, como de costumbre, apenas podía ofrecer al paciente más que un anestésico local. Podlaha pudo reconstruir el conducto anal y Ginestà no solo sobrevivió hasta la liberación, sino que después vivió todavía cincuenta y cinco años.[25] En otra ocasión, un SS llegó al Revier para pedir a Podlaha que le tratara de una enfermedad venérea. Posiblemente tenía miedo de ir al Revier de las SS. El hombre recibió el tratamiento y respondió con algo de comida.[26]

Bušek, colega y compatriota de Podlaha, aunque profesor en leyes y no en medicina, logró el puesto de secretario del Revier, pero ese puesto nunca fue sencillo. Una vez, entró Trum en el Revier y ordenó que le proporcionaran cuerpos para la cámara de gas. Bušek se negó y fue golpeado como un perro.

Otro superviviente, el español Lázaro Nates, describe los apuros

que pasó a causa de una hernia gástrica. El doctor Podlaha le dijo que moriría si no se le operaba. Nates no quería que le intervinieran: había oído demasiado de los médicos de las SS y de su Holznarkose. Pero Podlaha insistió, diciendo que él le operaría. Entonces, Nates aceptó. Recibió solo anestesia local, pero aun así sabía que tenía que estar agradecido. Como la anestesia era solo local, tuvo el raro privilegio de asistir a la operación que le realizaban, y vio cómo los médicos de las SS observaban al profesor. En otra ocasión, Nates padecía amigdalitis. De nuevo se resistía a ir al Revier, pero lo hizo y fue tratado por un prisionero austríaco que trabajaba de enfermero. El enfermero le extirpó las amígdalas con un instrumento «más bien apropiado para echar carbón al fuego», pero aun así Nates sobrevivió.[27]

Al igual que Mauthausen, el Revier fue creciendo. A mediados de 1944, cuando su población llegó a 5.000, fue trasladado al lugar donde hoy se alza el museo. Constaba de ocho barracones, cada uno con al menos 500 pacientes que dormían hasta doce en una cama, cuatro por cada una de las tres literas apiladas. Se apiñaban cabezas con pies alternos, como las sardinas en lata, y únicamente los pacientes de la parte de arriba tenían sitio para sentarse. Como muchos estaban demasiado débiles para moverse, vivían los unos en los excrementos de los otros. El hambre los llevaba a morderle los pies al vecino. Se producían entonces peleas que a veces hacían que se desplomara la litera, y luego la cama, con las consecuencias que cabía imaginar. Los afectados de enfermedades contagiosas, entre ellas disentería, sarna, neumonía, bronquitis, difteria y tuberculosis, eran asignados al mismo barracón. El 21 de marzo de 1945, cuando se abrió un nuevo recinto llamado Lager III, los enfermos sumaban el 19 % del total de la población del campo: 16.437 de los 83.249 hombres y las 2.295 mujeres.

Hemos dicho que los médicos de las SS no estaban para tratar a los prisioneros, sino para matarlos o experimentar con ellos, y correspondía por tanto a los prisioneros médicos atender a sus compañeros o elegir a los más débiles para la cámara de gas. Sin embargo, podían hacerse excepciones cuando los SS necesitaban que un prisionero viviera. Manuel García, por ejemplo, fue sometido a una operación en 1943 antes de trasladarle, como diseñador de construcción en el Baubüro, de Mauthausen a Gusen.

La intervención no fue realizada por Podlaha u otro prisionero, sino por un SS-Scharführer.[28] Presumiblemente, aunque un oficial médico SS no podía dignarse realizar una operación semejante, si se trataba de un suboficial de las SS que fuera simplemente ayudante en prácticas el asunto cambiaba. Otros médicos de las SS del Revier (Herbst, Rachel) disfrutaban operando, pero no tenían experiencia, por lo que tomaron lecciones del profesor Podlaha.

El crematorio original estuvo situado convenientemente cerca de la cámara de gas. Su supervisor, el Hauptscharführer Martin Roth, que recibía órdenes no de Bachmayer sino del teniente de la Gestapo Schulz, tenía varios prisioneros ayudantes, y aunque debían ser asesinados regularmente, de acuerdo con las instrucciones de Himmler, varios sobrevivieron milagrosamente. Uno de los que no lo logró, y nadie lo sintió nada, fue su primer kapo, el alemán de triángulo verde Franz Suslak. En agosto de 1944, cuando Ebensee tuvo su propio crematorio, Suslak fue trasladado y fue allí donde murió. Su lugar en Mauthausen fue ocupado por el austríaco Hans Kanduth, quien, al igual que su predecesor Suslak, dormía en su lugar de trabajo. Todos los días tenía que recoger en la oficina de Schulz las órdenes firmadas por Himmler de ejecuciones especiales, y esos nombres eran anotados después en un libro por un prisionero que ejercía de administrativo. Kanduth llegaría a formar parte del movimiento clandestino, como veremos, y mantenía buenas relaciones con los prisioneros que estaban con él. Entre ellos había dos judíos polacos, Wilhelm Ornstein y David Zimet, que llegaron a Mauthausen desde Plaszow el 10 de agosto de 1944 en un convoy de 6.000 judíos de los que solo 300 sobrevivieron.[29] En el mismo mes, los dos hombres fueron asignados al crematorio, con Ornstein como Schreiber o administrativo. Como un solo crematorio no daba abasto ante el número cada vez mayor de cadáveres, se le añadieron otros dos, junto a la sala de duchas, en las últimas semanas de la guerra. El estadounidense Jack Taylor, que llegó a Mauthausen el 1 de abril de 1945, estuvo entre quienes lo construyeron, colocando las baldosas a las órdenes de un kapo español, con Roth supervisándolos. Los nuevos crematorios fueron utilizados por primera vez el 10 de abril. Ese día, 367 recién llegados de Checoslovaquia, entre ellos 40 mujeres, fueron reunidos, desnudados y llevados directamente por la puerta principal hasta la

cámara de gas. «Los prisioneros viejos y demacrados solían emitir un humo amarillo pálido —recordaba Taylor más tarde—, mientras que las víctimas jóvenes y sanas producían humos negros y aceitosos y llamas que lamían la chimenea.» El máximo de víctimas diarias que cabían en la cámara de gas era de 200, si bien muchas más morían de hambre: a finales de abril perecían por desnutrición entre 400 y 500 personas al día.[30] Los trabajadores del crematorio sabían siempre si una víctima había pasado por la cámara de gas: el color de la cara se había vuelto amarillo.[31]

«Un humo acre, marrón claro, intenso con olor a pelo quemado», es como Taylor lo describe. «El olor acre de la carne quemada», fue la descripción de Paul Tillard. El olor permeaba no solo el campo, sino también los alrededores. Si les llegaba el viento, cuenta Lázaro Nates, quien trabajaba en el pueblo, los habitantes de Mauthausen lo podían oler.[32] Helen Altfuldisch, la mujer del oficial de las SS, lo atestiguó ante sus acusadores.[33] Podía percibirse incluso en Linz, y por la noche todo el mundo en la zona veía llamas lamiendo la chimenea.[34] Pero los crematorios de Mauthausen nunca igualaron a las fábricas de la muerte que fueron Treblinka y otras, y muchos miles de cadáveres fueron enterrados en fosas comunes.

7

Kommandos locales

Además de la cantera, había otros dos kommandos locales en los que se ocupó a los primeros contingentes de españoles: el Donaulinde (margen del Danubio) y el Siedlungsbau (construcción). El kommando Donaulinde operaba en el propio pueblo. La tarea consistía en descargar piedras de granito que eran traídas en camión desde la cantera; las piedras tenían que levantarse en una *trage*, o angarillas, que los hombres, que trabajaban en parejas, transportaban en una estrecha y pronunciada plancha hasta barcazas amarradas en la orilla del río, para cargar dentro las piedras. Un día especialmente frío de principios de 1941, con los españoles obligados a trabajar descalzos, esta misión se demostró excesiva para muchos. Resbalaron y cayeron al agua. Los SS abrieron fuego y el Danubio se llevó los cuerpos. Todo ello tuvo lugar ante la mirada de los respetables vecinos de Mauthausen.

En la época en que fue abierto el KL-Mauthausen en 1938, había al menos una empresa de construcción operando en el pueblo. Ernst Kirschbickler, nacido allí en 1905, había abierto el negocio en 1932 y daba empleo a entre 25 y 30 capataces y carpinteros. Los contratos con el campo empezaron en 1938. El 7 de septiembre de 1939, Kirschbickler ingresó en las SS como director de construcción con el arquitecto Sturm, para gestionar el sistema de desagües, sobre todo fuera del campo. Siguió viviendo en el pueblo y pronto entabló amistad con Ziereis, uniéndose a las partidas de caza que el Lagerkommandant gustaba de organizar. Cambió sus obreros por prisioneros, pero en la primavera de 1942 Kirschbickler enfermó de epilepsia y pasó algún tiempo en el manicomio. Es probable que en la época en que regresó al pueblo su entusiasmo por las SS se

hubiera enfriado y que se acercara al obispo de Linz con la esperanza de lograr más comida para el campo.

En la primavera de 1941, las SS crearon el Siedlungsbau, un kommando cuya tarea consistía en construir casas para los oficiales de las SS, tanto en Mauthausen como en St. Georgen. La primera de estas casas estaba situada en un paraje pintoresco, en la colina con vistas al Danubio cerca de la bifurcación de la carretera que iba de Mauthausen a Gusen. El 1 de agosto de 1941 se empezaron a construir otros once chalets en la zona norte del pueblo de Mauthausen. Unos 350 españoles estuvieron allí empleados, entre ellos muchos obreros especializados. Las condiciones eran particularmente duras y la mayoría de los españoles murieron. Poco se sabe sobre el Kommandoführer, aparte de su afeminamiento,[1] pero se ha hablado mucho de su kapo, el checo-austríaco Karl Matucha, que estuvo en el puesto desde la creación del kommando. Matucha se embarcó en dos clases de aventuras, y probablemente en una de ellas fue descubierto como consecuencia de ser atrapado en la otra. Al tratarse de un delincuente, recibió el codiciado triángulo verde como alemán BV: la mejor insignia que podía obtener un prisionero. En su puesto privilegiado consiguió, por una parte, establecer un lucrativo negocio con alcohol adulterado. Por otra, entre los deberes del kommando estaba trabajar de vez en cuando en los jardines de los chalets de los SS, e incluso entrar en las casas de los oficiales para arreglar la electricidad o la fontanería. Todo el mundo sabía en Mauthausen que Matucha dormía con más de una mujer de los SS. También se decía que sus dos kapos subordinados, el alemán Karl Zillfrist y el profesor checo Kolovrat, tenían trato íntimo con algunos hombres de las SS. Juan de Diego recuerda a Matucha como un donjuán que no se preocupaba demasiado del día siguiente. Pero el día siguiente llegó. A finales de agosto de 1943, Bachmayer descubrió una carta escrita por Matucha y dirigida a Wilma, la mujer de Streitwieser. La carta comprometía a Matucha y a Wilma.

Lo que aconteció después está envuelto en misterio, precisamente porque Streitwieser no era el único oficial engañado por Matucha, y acaso también por uno de sus dos ayudantes. Cuando el kommando Siedlungsbau volvió esa noche a la fortaleza, Bachmayer envió a los tres hombres a la Lagerschreibstube, donde

fueron colgados en la postura del pollo hasta que confesaron. Luego se los encadenó al muro de las lamentaciones, donde los perros Asta y Lord empezaron a desgarrarles la carne. Juan de Diego, en el barracón 1, observó la escena durante toda la noche. También lo hicieron otros dos prisioneros (los checos Anton Novotny y Franz Ondracek), en el taller contiguo de zapatería, en el que esa noche fueron obligados a trabajar. Hacia las dos de la madrugada del 3 de septiembre de 1943, Bachmayer y Strauss llegaron al muro, ebrios, y llamaron al profesor Podlaha para que diera atención médica a los tres hombres. Estos fueron llevados al Bunker, todavía con vida, y entregados al guardián Niedermayer. Fue él quien remató a Matucha, estrangulándole y diciendo por la mañana a los prisioneros del crematorio (Johann Kanduth, Johann Polster, Franz Suslak y Albert Tiefenbacher) que se llevaran los cuerpos.[2]

El matrimonio de Streitwieser con Wilma Bonekamp estaba acabado, pero el divorcio no se produjo hasta el 30 de octubre de 1944 cuando, frente al magistrado de Linz, las dos partes confesaron su adulterio. Así sus dos hijos, Horst nacido en 1937 y Erika en 1941, se quedaron sin hogar. El 29 de marzo de 1945, el ambicioso e hiperactivo Streitwieser se volvió a casar, esta vez con Käthe Krug, de veinticinco años, en una boda que tuvo lugar en la localidad de Mauthausen.[3] En el pueblo no había ningún juez, así que el matrimonio fue oficiado por su sustituto legal, el Obersturmführer Karl Schulz, de la Politische Abteilung local.

El asunto Matucha estaba tan fuera de lo corriente que sacudió a toda la comunidad de Mauthausen. Los prisioneros que estaban en puestos clave aguzaron el oído para enterarse de los detalles. ¿Qué había pasado con la mujer de Streitwieser? ¿Era ella la única implicada? La presencia de Strauss en la escena aquella noche dio pábulo a los rumores de que también estaba comprometida su propia esposa. Lo mismo se dijo de la de Altfuldisch, Helen *née* Rainke. Sin embargo fue Werner Fassel, mano derecha de Schulz en la Politische Abteilung, quien más sufrió, según lo escrito sobre él por un prisionero muy cercano, el griego (y más tarde famoso escritor) Iakovos Kambanellis. Según Kambanellis, fue la esposa de Fassel, Gisela, la señalada por la interceptación de cartas de amor que había escrito a un polaco. El especial carácter de Fassel podría explicar por qué buscó una venganza más sangrienta de lo habitual.

No tenía estudios ni ciertamente buena cuna, pero se había esforzado mucho por progresar. El prisionero checo Milos Stransky, que trabajaba con Kambanellis en la Politische Abteilung a las órdenes de Fassel, advirtió que este escribía las órdenes de cada clase de ejecución cinco o diez veces, afanándose en ellas hasta que lograba alcanzar el grado de refinamiento que le satisfacía. Aparte de ello, parece que Fassel se había casado con una mujer distinguida. En la casa que los prisioneros del Siedlungsbau estaban preparando para ellos, instalando el sistema de alcantarillado, la habían oído tocar al piano obras de Chopin y hablar en polaco con su doncella polaca.

Aunque Fassel no era oficial, al parecer obtuvo permiso para invitar a sus colegas a una fiesta en el club de oficiales. En la invitación se decía: «Los oficiales deben ir acompañados por sus esposas». Gisela Fassel fue puesta en la pared del fondo, bajo la fotografía de Hitler con la dedicatoria escrita a mano para los oficiales de las SS de Mauthausen. Fassel dijo a sus compañeros y sus mujeres que podían despedirse de ella o decirle lo que quisieran. Bachmayer escribió en una hoja de papel: «Sucia puta, sifilítica, no eres de raza alemana», y se la clavó en el pecho. Fassel sacó su revólver y, mientras los demás aplaudían, le disparó en el vientre, en los dos senos y en la frente.

Entonces se ordenó al amante de Gisela, el polaco no identificado, que sacara el cuerpo de la mujer y lo cargara a la espalda para enterrarlo en los bosques. Fassel y sus invitados le siguieron. Al pasar por la cantera, el polaco, con Gisela al hombro, se arrojó al precipicio. Al día siguiente, los esclavos de la cantera encontraron los cuerpos deshechos tendidos junto al pequeño lago, e identificaron el cuerpo de la mujer… ¡como la esposa de Altfuldisch! Estaban convencidos de ello. Así nació una leyenda. Los detalles irían variando, según la fuente. Pero como Kambanellis deja claro, lo que dio a este incidente su carácter de mito fue la idea de que incluso allí, en Mauthausen, donde la humanidad había sido abolida, un hombre y una mujer se habían enamorado. Wilma, o Helen, o Gisela, o quienquiera que fuese la protagonista, asumió la condición de una santa. «Se convirtió en el amor secreto y más hermoso de todos nosotros.»

8

Gusen, el anexo

¿Puede la mente humana concebir algo más monstruoso que Mauthausen Mutterlager? Su rival sería la todavía más espeluznante creación de Mutter Mauthausen, Gusen. Razola ha escrito, hablando de Mauthausen-Gusen, que no puede decirse nada de la vida en otros KZ que no resulte amable por comparación, y describe la impresión que recibieron los que fueron enviados desde Mauthausen cuando vieron que las condiciones en Gusen eran todavía peores. Como Ziereis controlaba Gusen desde su base en Mauthausen, no había razón por la que debiera tener peor reputación que el campo principal. Todos los prisioneros asignados a Gusen estaban bajo el mando directo de Bachmayer, al igual que los de Mauthausen. Lo que cuentan los supervivientes que conocieron ambos, sin embargo, es que la mayoría de las cosas que tenían lugar en Gusen también pasaban en Mauthausen, pero el ritmo en Gusen se aceleraba y la crueldad, en algunos aspectos, era más refinada.

El pueblo de Gusen (anexo al más grande de Langenstein) está situado a solo seis kilómetros de Mauthausen en la carretera principal que va de Linz a Viena. La construcción del primer campo en Gusen se inició en diciembre de 1939, por prisioneros alemanes y austríacos bajo el mando de Streitwieser. La finalidad original del campo era la explotación de Kastenhofen, la cantera situada al norte del campo; la cantera, y la fábrica de ladrillos ligada a ella, era, como la de Mauthausen, propiedad de la Deutsche Erd und Steinwerke (DEST). El panorama original de Gusen no era, por tanto, diferente del de otros lugares: canteras hechas con dinamita y rocas transportadas por columnas de esclavos. Pero Gusen era

Mauthausen a más velocidad. A los que estaban demasiado débiles o enfermos para trabajar en Mauthausen les decían que serían enviados a Gusen para cuidar de ellos. Eso formaba parte de la jerigonza de los SS, como las expresiones de hogar de reposo o convalecencia. Desde su llegada a Gusen se ponía a prueba la fuerza de todos los prisioneros. Se los hacía correr y se eliminaba a los débiles. De los primeros 10.000 hombres enviados a Gusen, se eligió a 3.000 para que fueran liquidados de inmediato. Fueron las maneras de liquidarlos adoptadas en Gusen las que hicieron que este campo fuera tan ominosamente recordado.

El comandante local responsable de Gusen era el SS-Hauptsturmführer Karl Chmielewski, que llegó allí desde Mauthausen el 25 de mayo de 1940 (al abrirse el campo) y se quedó hasta octubre de 1942, cuando fue trasladado al KL-Herzogenbusch en Holanda. Descrito como un tipo guerrero, era alto, delgado, de buena complexión, voz profunda y, por lo general, bebido, como sucedió esa noche de 1940 en que él y sus subordinados volvieron al campo y golpearon a 120 prisioneros hasta matarlos, u otra noche cuando Chmielewski llegó a la sala de correos y la dejó destruida. Su guarnición consistía en un batallón de cuatro compañías de 600 hombres bajo el mando del Sturmbannführer Alois Obermeier, que permaneció en el puesto desde el primer día hasta principios de 1945, cuando fue reclamado para comandar una unidad de combate con la que defender Mauthausen. La responsabilidad del trabajo en las canteras recaía en el SS-Hauptsturmführer Paul Wolfram, quien estuvo en Gusen durante toda la existencia del campo. Este tenía su propia oficina de la Politische Abteilung, con Franz Pillixeder al mando, quien llegó allí el 10 de noviembre de 1941 y lo dejó el 7 de julio de 1944. Antes, Pillixeder había trabajado en el Departamento de Policía Criminal en Linz, y en Gusen vestía uniforme de sargento de las SS con insignia SD. La responsabilidad de Pillixeder en Gusen era informar de los suicidios y el personal a su cargo era tan numeroso que tenía relativamente poco que hacer. El Hauptscharführer Hans Habenicht llevaba la oficina, asistido por dos Unterscharführer (Alfred Klein y Georg Kliner) y por cinco prisioneros (un belga y cuatro polacos, todos ellos con triángulo rojo).[1] El belga, Lucien Vanherle, que hablaba francés, español y neerlandés, también limpiaba la oficina

de Pillixeder y tuvo varias conversaciones con él los dos a solas. Pillixeder era un católico austríaco marcadamente diferente de quienes le rodeaban. Vanherle insiste en que ninguno de los cinco vio jamás a Pillixeder maltratar a un prisionero, que odiaba de verdad los métodos de las SS y que le daba comida cuando podía, así como noticias del frente. Después de su traslado, Pillixeder volvió a Gusen una vez a principios de 1945 y dio a los cinco prisioneros un pastel que había horneado su mujer. Su propósito real al volver al campo era muy otro. Dos de los prisioneros (Vanherle y Josewicz) habían traído a Mauthausen literatura antinazi de la que Pillixeder se había apropiado, para esconderla y luego olvidarla, y entonces andaba como loco por recuperar el material.[2]

Otro miembro del personal de Gusen era el Hauptscharführer Wilhelm Grill, que había llegado de la Wehrmacht en 1940 después de resultar herido en la mano derecha, lo que le obligaba a hacer todo con la izquierda. Asignado a Gusen como censor (Postprüfer) en la sala de correo, estuvo allí desde 1940 hasta mediados de agosto de 1944, al mando de un grupo de cuatro o cinco SS y cinco o seis prisioneros. Entretanto, el codiciado puesto de Lagerältester de Gusen recayó en el verde alemán Helmut Becker. Entre sus muchas víctimas estuvo el estudiante de medicina polaco Stefan Prengowski, que trabajó en el Revier de Gusen desde enero de 1941 hasta la liberación. Prengowski había acordado con un kapo polaco darle su ración de tabaco por un poco más de comida. El kapo le engañó. Prengowski le amenazó con decírselo a Becker. Pero el kapo se le adelantó y fue él quien acudió a Becker. Este colgó a Prengowski de una viga del barracón y le pegó 58 veces con el mango de una pala. Prengowski estuvo las tres semanas siguientes en el Revier y el día de la liberación aún tenía las cicatrices en las nalgas.[3] Pero al fin a Becker le llegó su hora. Hans Killermann, el hombre que tocaba el gong en el Arrest de Mauthausen, fue trasladado a Gusen en 1942 con un ascenso a Arbeitsdienstführer, y allí, en Gusen, Killermann disparó al Lagerältester por la espalda. Era un recordatorio de que ningún puesto garantizaba protección. Para ocupar la plaza de Becker, Chmielewski se fijó en Johann Schmitt, otro alemán de triángulo verde. En Gusen, los puestos de privilegio estaban en manos de los verdes, y los jefes de los

barracones eran todos verdes y alemanes.

El sucesor del propio Chmielewski en 1942 fue el SS-Hauptsturmführer Franz Seidler, quien previamente había servido en Auschwitz. Seidler estuvo en el puesto hasta el final de la guerra, sustituyendo la brutalidad arbitraria de su predecesor por algo más próximo al modelo prusiano. El Hauptsturmführer Jehan Beck demostró ser un ayudante de fiar. Schmitt no funcionó como Lagerältester y fue sustituido por Van Loosen. Los resultados fueron espectaculares: un superviviente tan autorizado como el doctor Roger Heim declara que Seidler tomó parte personalmente en el asesinato de 6.000 prisioneros. También lo hizo la mujer de Seidler quien, según un superviviente, era todavía más temida que su esposo.[4] En sus aficiones privadas, Seidler compartía los gustos de Chmielewski: el propio Ziereis admitió, en su lecho de muerte, que los dos tenían pantallas y forros de libros hechos con piel humana, con preferencia por las pieles tatuadas con dibujos atractivos.

El primer grupo de españoles llegó a Gusen el 24 de enero de 1941. El primer español muerto sucumbió dos días más tarde. En esa época, Gusen, como el propio Mauthausen, no estaba todavía terminado y los españoles fueron utilizados para construir un muro alrededor del perímetro de alambre de espino electrificado. Como Gusen está al lado de la carretera principal, el objetivo prioritario del muro era dar a los SS la intimidad que necesitaban. Mientras el muro estaba en construcción, la lógica hubiera exigido que los SS moderaran el trato dado a los prisioneros, pero ello no sucedió. Santiago Raga, que trabajó en el alzamiento del muro, decía que todas las mañanas pasaban niños austríacos de camino al colegio. Esos niños fueron testigos de los crímenes cotidianos. Raga no vio ni una sola vez que un niño o cualquier otra persona se detuviera o mostrara la mínima emoción o el menor signo de indignación al ver a los prisioneros golpeados sin piedad o electrocutados en la alambrada. Aparte, con muro o sin él, el crematorio de Gusen, al mando del SS-Oberscharführer Karl Wassner, estuvo encendido y funcionando durante todos aquellos años ante la vista y el olfato de todo el que pasara.

Entre las formas de liquidación empleadas en Gusen, el método llamado *Badeaktion* por los SS era desconocido en los demás campos. La idea salió probablemente del cerebro del SS-

Oberscharführer Heinz Jentzsch, dado que terminó por ser conocido como el «Bademeister de Gusen», pero el comandante Chmielewski se prestó rápidamente a ponerla en práctica. A diferencia de las de Mauthausen, las duchas de Gusen tenían un muro de protección que retenía el agua, cuando se obstruían los desagües, hasta una altura de 20 centímetros. Una noche de diciembre, un grupo de víctimas de tuberculosis y otros enfermos fueron conducidos o arrastrados desde el Revier a las duchas. Allí se los retuvo al menos media hora bajo el agua helada. Un SS-Oberscharführer conocido solamente como Drácula vigilaba con la camiseta arremangada, armado de una rama y golpeando a todo el que caía hasta que se ahogaba; luego pegaba a los que permanecían de pie hasta también tirarlos al suelo. Dos de las víctimas eran españoles; uno de ellos tenía veintiún años y sus últimos gritos fueron: «¡Justicia! ¡Justicia! ¡Jus…!». La mayoría de los que no se ahogaron murieron por congelación. Los más fuertes que sobrevivieron a aquella noche sucumbieron poco después, por neumotórax. Este método de eliminar a los enfermos y exhaustos se siguió aplicando en otros grupos, de cien en cien.

Los sabios del campo seguían considerando demasiado lento el procedimiento de las legendarias duchas de Gusen. Se intentaron otros métodos. Noche tras noche de invierno, se obligaba a 150 hombres a salir del barracón 32 y a permanecer allí fuera, desnudos y hambrientos. El frío hacía su trabajo: más de la mitad morían antes del alba, y el resto al día siguiente. En el mismo barracón 32, una docena de españoles fueron asesinados por Chmielewski y sus ayudantes en el transcurso de una inspección rutinaria. Para repugnancia de los españoles, su compatriota, el catalán Tomás Urpí, que era Stubekapo, actuó como cómplice.

De los 3.846 españoles que llegaron a Gusen en 1941 solo 444 seguían vivos en enero de 1944. La esperanza de vida en el período 1940-1941 era de unos seis meses desde la fecha de llegada, y el peso medio de los prisioneros durante el período 1940-1942 (el único del que existen estadísticas) se situaba en torno a los 40 kilos.

El Revier de Gusen constaba al principio de cuatro barracones, del 27 al 30, a los que más tarde se añadieron otros dos, 31 y 32, de tal manera que estaban separados por funciones: el 27 y el 28 para inflamaciones, accidentes y cirugía; el 29 para tuberculosis; el 30

para dolencias menores; el 31 para diarreas (y, más tarde, enfermedades de la piel) y el 32 para convalecientes. Cuando se crearon Gusen II y III, el Revier de Gusen I también les dio servicio, si bien Gusen II contaba con un pequeño Revier subsidiario. Las inyecciones se administraban principalmente en el barracón 27, a menudo por prisioneros elegidos para Blockältesten. El prisionero Kaeferbueck, que estuvo en este puesto en los barracones 31 y 32, al no tener bencina para las inyecciones usó peróxido o Eunacorn. Entretanto, los veinte médicos prisioneros (muchos de ellos judíos polacos, como los doctores Antoni Goschinski y Felix Kaminski) fueron repartidos por el campo, uno por barracón, para vigilar cualquier signo de tifus u otra enfermedad epidémica. En el año 1944 llegó a Gusen el SS-Hauptsturmführer doctor Helmuth Vetter, cuyas investigaciones previas en los ámbitos farmacológicos de sulfamidas y del tifus habían tenido como escenario los laboratorios de Dachau y Auschwitz, respectivamente. Como Standortarzt de Gusen, hizo de la tuberculosis su principal estudio. Los experimentos, de los que llevó un registro que se ha conservado, consistían principalmente en inyectar flemas purulentas en los pulmones de prisioneros sanos y observar la reacción. Cada experimento terminaba con Vetter obligando a su víctima a correr hasta que caía de agotamiento, después de lo cual el SS la despachaba con una inyección de benceno. Estas inyecciones se administraron también a españoles enfermos de los barracones 13 y 31. Al inyectar benceno en los pulmones en lugar de en el corazón o el estómago se prolongaba e intensificaba la agonía, pero si la muerte tardaba en llegar y Vetter se impacientaba, él mismo o un ayudante ponía fin a la vida de la víctima estrangulándola o machacándole el cráneo.

El hecho de que en Gusen hubiera momentos de ocio era tan incongruente que ningún escritor siquiera lo ha mencionado, por temor a que simplemente hablar de ello pudiera poner en duda la odiosa realidad de la vida cotidiana en el campo. No obstante, el español Marcelino López, de Toledo, que había llegado a Mauthausen el 24 de enero de 1941 y que fue trasladado a Gusen solo veinte días después, declara que en Gusen se jugaba al fútbol y que esta actividad le salvó la vida. En Gusen, como en el Hauptlager, se jugaba al fútbol los domingos en la Appellplatz. No

había campos de deportes para los SS, como tampoco en ningún otro Nebenlager, pero en Gusen los SS entraban al campo a ver jugar a los prisioneros. Había un torneo con cuatro equipos, uno de ellos español. López había jugado al fútbol de muchacho y era lo bastante bueno, y lo que es más importante, tenía suficiente salud, ya que acababa de llegar a Gusen, para ser elegido para el equipo español. En un partido entre españoles y polacos, el Hautpscharführer Franz Gottfried Schulz se avino a hacer de árbitro y fue gravemente reprendido por Seidler por ello. Pero cualquier prisionero que lograra servir de entretenimiento a los SS recibía el privilegio de raciones más abundantes, y como López había aprendido un alemán básico logró en 1944 hacerse con el codiciado puesto de criado en el salón privado de los SS, para lo cual recibió un *drillich* limpio. Como *prominenter*, su supervivencia estaba en cierta medida asegurada, siempre y cuando lograra conservar el puesto, y lo hizo hasta el 5 de mayo de 1945.[5]

Las necesidades económicas de la Alemania nazi desde 1942, y la llegada masiva de prisioneros a Mauthausen a partir de ese mismo año, llevaron a Himmler a decidir la construcción de un nuevo campo, Gusen II, a tres kilómetros de St. Georgen, al otro lado de la carretera que llevaba a Linz; y después erigió otro, el mucho más reducido Gusen III, a ocho kilómetros de Lungitz. La finalidad de Gusen II, que estaba separado de Gusen I por un gran sembrado donde se cultivaban patatas, era abastecer de esclavos a un nuevo proyecto de nombre en clave *Bergkristall*. Mientras que Seidler permaneció al mando de los tres campos de Gusen, el control de Gusen II fue encargado primero al Oberscharführer Franz Gottfried Schulz hasta que llegó el Obersturmführer Max Pausch.[6] El objetivo entonces de los tres campos era construir grandes túneles subterráneos, invulnerables a los ataques aéreos de los aliados, en los que se instalaban después talleres y cadenas de montaje para producir armas y piezas de aviones para Steyr-Werke y Messerschmitt AG. El director del proyecto, desde el 18 de marzo de 1941, fue el ingeniero Otto Walther, mientras que el proyecto de construcción fue confiado al Zivilmeister Leopold Trauner, un austríaco nacido en la cercana Katsdorf. Los trabajos preparatorios fueron realizados por el kommando Kellerbau (o «grupo de la muerte», como se le conoció) de Gusen I, con la única entrada al

recinto construida cerca de la iglesia del pueblo. Los primeros túneles tenían una longitud de cuatro kilómetros y se usaron especialmente para la producción de cazas Messerschmitt 109. Como veremos, Gusen II no era el único kommando concebido para fábricas subterráneas, pero la esponjosidad del suelo de St. Georgen explica por qué la de Gusen fue la más ambiciosa de todas: el plan de construcción, trazado en enero de 1944 por su diseñador y director Karl Fiebinger, muestra un área global de 50.000 metros cuadrados (12 acres), o 28 kilómetros de túneles y vestíbulos (con otros 22 kilómetros proyectados), en comparación con los solo 12 kilómetros de Ebensee. El *Bergkristall* constaba de dos kommandos independientes: *Bergkristall-Bau*, que dirigían las SS, y *Bergkristall-Fertigung*, de la Luftwaffe. Muchos de los guardias de Gusen II pertenecían a la aviación y si más tarde cambiaron sus uniformes por los de las SS todavía vestían los de la Luftwaffe cuando llegaron. El hecho de que el *Bergkristall-Fertigung* estuviera en manos no de las SS sino de la más honorable Wehrmacht llevó a Roger Heim, del Instituto de Francia, a acudir a un tribunal después de la guerra para insistir en este punto.

El proyecto *Bergkristall* adquirió capital importancia para Messerschmitt cuando los bombarderos de los aliados dañaron seriamente en 1943 su planta principal de fabricación de Regensburg. A partir de entonces, el 35 % de su producción de cazas procedía del trabajo de dos campos de concentración, Gusen y Flossenbürg, y el más valioso era Gusen con diferencia. Los historiadores, entre ellos Hans Maršálek, han sostenido que esta enorme instalación subterránea, probablemente la mayor y más moderna de la Alemania nazi, en realidad nunca entró en fase de producción, pero nuevas pruebas demuestran lo contrario. Un informe compilado por los servicios secretos de Estados Unidos en septiembre de 1945 y desclasificado en febrero de 1990 revela que Messerschmitt AG envió a sus ingenieros, jefes de planta y obreros especializados a supervisar el trabajo de los esclavos, y que el proyecto era tan secreto que ninguno de los empleados de Messerschmitt, bajo pena de muerte, podría revelar a sus familiares el lugar y el propósito de su trabajo. Este propósito era producir el primer avión a reacción del mundo, el Messerschmitt 262, y el avión completo (con el fuselaje separado de las alas) se produjo en

un sistema de cadena de montaje dentro de los túneles. Los fuselajes y las alas se transportaron en vagones de ferrocarril por la noche desde St. Georgen a varios lugares del sur de Alemania y Bohemia, donde se fijaron las turbinas y el aparato quedó operativo. El proyecto estaba concebido para producir unos 1.250 Messerschmitt 262 al mes durante diez años, con lo cual en 1955 se llegaría nada menos que a 150.000. Pese a este tardío comienzo (marzo de 1944), el 1 de mayo de 1945 se habían producido no menos de 987 fuselajes.

Al principio, cuando se abrió Gusen II el 9 de marzo de 1944, los prisioneros tenían que correr cuatro kilómetros desde el campo hasta la entrada del túnel en St. Georgen, pero después eran transportados diariamente en tren y en una ruta construida especialmente para este fin; cada vagón al descubierto transportaba 100 prisioneros. En la construcción del ferrocarril es poco probable que los SS pensaran en la salud de los presos; más bien les preocupaba que se los viera demasiado. Pero incluso en el tren, los aldeanos los podían ver pasar todos los días. La producción de armas avanzaba en las galerías subterráneas mientras continuaban los trabajos de ampliación. Lo que distinguió a Gusen II fue su aire irrespirable. El polvo nunca se dispersaba ni se posaba y era tan espeso que los hombres que trabajaban con martillos neumáticos tenían que utilizar focos. El ensordecedor bramido de las taladradoras resonando en el túnel y la falta de oxígeno hacían que los prisioneros quedaran rápidamente exhaustos. Los SS decidieron que ningún hombre podía trabajar allí con eficacia durante más de ocho horas, así que los trabajos se planificaron en tres equipos que cubrían las veinticuatro horas del día. Pero para el kommando Kellerbau, las dieciséis horas de descanso tenían lugar dentro del túnel, con aquel aire y aquel ruido, de forma que la utilidad de los prisioneros como esclavos pronto se perdía. Diariamente morían unos cien dentro del túnel y eran llevados, todos los días, al crematorio de Gusen I. La mayoría de los prisioneros de Gusen II eran soviéticos e italianos, pero también había españoles y José Sanz ha descrito su rencor hacia el kapo español Asturias.

La indiferencia mostrada por los aldeanos de Langenstein era comparable a la de los de St. Georgen, como ha observado el superviviente francés Jean Courcier: «Casi podíamos tocarnos con

los habitantes del pueblo. Con sus hijos, que a veces nos tiraban piedras riéndose. Jamás vimos en ellos un gesto de simpatía». En qué medida esta actitud respondía al terror y en cuál al adoctrinamiento es un debate sin resolver. La iglesia de St. Georgen, donde Leopold Rechberger estuvo de vicario durante toda la guerra, fue un lugar representativo del conflicto. Muchos SS se alojaron en la casa parroquial y las mujeres que acudían a la iglesia sufrían asaltos. Las familias que buscaban una educación religiosa en la escuela o los profesores que mantenían sus vínculos con la iglesia se vieron en un terrible dilema. El joven campesino Franz Hauser fue enviado al batallón de castigo de Ucrania simplemente por tocar el violín en la iglesia. Una mujer alemana que llegó a St. Georgen para visitar a su marido prisionero en Gusen II fue tratada con un recibimiento especial: los SS lo mataron ante sus ojos y permitieron que se lo contara en la calle a una vecina del pueblo, entonces una muchacha de diecisiete años y hoy frau Seyr. La familia Farthofer en Steinhof siguió viviendo en la casa de sus ancestros (que fue construida en 1378) pero la hacienda, situada justo al lado de la estación de tren de St. Georgen, fue rodeada por alambre de espino y la familia no podía salir de casa en los momentos en que iban y venían los equipos de trabajo. Al llegar, los prisioneros, acompañados por los perros de las SS ladrando, saltaban del tren en su huerto y luego corrían hacia la entrada de los túneles. También tuvo una visión privilegiada de esta escena Rudolf Pötsch, cuya casa en el número 30 de Bahnhofstrasse estaba justo enfrente de la entrada. La casa, construida en 1880 como una fábrica de cerveza y una Gasthof, fue expropiada en 1943 por las SS, pero se dejó a la familia que conservara algunas habitaciones y permaneciera allí durante toda la guerra. «¿No le horripilaban las escenas que se producían justo delante de su casa?», preguntó el autor al hijo del propietario, que por entonces era un adolescente de dieciséis o dieciocho años. «Ningún prisionero murió en St. Georgen —respondió Pötsch—. Si hubo brutalidad, fue al final de la calle, en Langenstein.» Pötsch habló luego sobre Ziereis y Bachmayer y del modo en que su familia trabó amistad con los dos, para unirse a ellos en sus partidas de caza.[7]

En cuanto a Gusen III, que se abrió el 16 de diciembre de 1944, sus prisioneros trabajaban en barracones, excepto los que lo hacían

en el proyecto de unir Lungitz con St. Georgen a través de un túnel. Precisamente porque Gusen III fue el último en ser abierto, se dice que las condiciones allí fueron peores que en ningún otro sitio.[8]

Entre los prisioneros enviados a Gusen estaba Pierre Serge Choumoff, un francés originario de un país del Este que trabajaba como técnico en proyectos inalámbricos para el grupo Thomson en París cuando, en noviembre de 1940, entró en la Resistencia, suministrando a esta red tubos de vacío para emisoras de radio. Apresado por la policía francesa en marzo de 1942, fue puesto en manos de la Gestapo, deportado a Mauthausen en abril de 1943 y trasladado a Gusen I. En 1944, su formación científica le valió un puesto en el taller de electricidad, donde tenía que reparar equipos de radio bajo la supervisión de tres sargentos de las SS. Aunque estaba prohibido bajo pena de muerte escuchar boletines de noticias, al igual que Istvan Balogh en el Hauptlager, Choumoff podía oírlas varias veces por semana y las difundía con discreción. El 24 de agosto de 1944, por ejemplo, escuchó el anuncio de la liberación de París. De no menos interés para los presos fueron las noticias de la BBC que en abril de 1945 daban cuenta del abandono por las tropas de las SS de un campo de concentración cerca de Leipzig; las SS intentaron prender fuego el campo y, aunque no lo lograron, dispararon contra los que trataban desesperadamente de escapar. Aquello fue un mal presagio de lo que podían esperar los ingresados en Mauthausen y sus anexos.

9

Los Nebenlager

Al igual que otros centros del sistema KZ, Mauthausen empezó como un campo único y luego se fue ampliando en una constelación de instalaciones subsidiarias. Estas, que siempre estuvieron bajo el control del Hauptlager, recibieron los nombres de Nebenlager, Aussenlager, Aussenkommandos o, en el caso de Gusen, Unterkunft. Los términos se usaban indistintamente, ya que las ramas políticas y económicas de las SS usaban distintas denominaciones para referirse al mismo campo, pero el más común de todos fue el de Nebenlager, por distante que el campo subsidiario pudiera estar de su campo original. El término Aussenkommando se reservó más bien para subsidiarios de subsidiarios; si un centro se convertía en permanente, pasaba a ser un Nebenlager. Los términos aplicados a los comandantes de los campos (Lagerkommandant, Lagerführer, Lagerleiter) también se usaban de manera indistinta. En el caso de Mauthausen era común contar el total de sus Nebenlager como 49, pero el número de subsidiarios que existieron en un momento u otro de su historia fue muy superior a este total, en especial cuando se incluía a los Aussenkommandos.

Estos campos subsidiarios tenían tres características importantes. Primero, estaban dispersos por toda Austria excepto el Tirol: desde Passau, en el lado alemán de la frontera, hasta el paso de Loibl, en el límite yugoslavo, y desde Schloss Mittersill, en el borde del Tirol, a Schwechat, al este de Viena. En segundo lugar, variaban en dimensiones desde campos como Gusen y Ebensee, que albergaban más prisioneros que Mauthausen, a otros con apenas una quincena de presos. Finalmente, el número de empresas alemanas que empleaban a estos prisioneros, como más tarde admitió el

Hauptsturmführer Zutter, se elevaba a no menos de veinticuatro.[1]

Hubo españoles prácticamente en toda la constelación del KZ austríaco, lo que comprendía no solo Nebenlager como Gusen, el mayor, sino unidades tan reducidas y complejas como Redl-Zipf, encargado de la producción de dinero falso, o los dos institutos de investigación controlados por la RSHA: Schloss Mittersill, que hacía uso de no más de 15 mujeres, y Wien-Meidling, donde solo se empleaba a cinco. Poco más grande, pero menos complejo, era Schloss Lind, cerca de St. Lambrecht en Estiria, donde 80 hombres trabajaban en labores de monte y construcción de carreteras y 23 mujeres lo hacían en tareas de jardinería y lavandería. De los hombres, once eran españoles. Casi todos estos prisioneros sobrevivieron y de hecho fueron muy afortunados al ser enviados a Schloss Lind. Aunque su Kommandoführer, el Unterscharführer Josef Schmidt, aplicaba la disciplina común de las SS, el modo de vida era notablemente distinto del de otros lugares. El motivo por el que el Schloss se convirtió en un Nebenlager fue que su propietario era el Standartenführer Hubert Erhard, amigo personal de Himmler y Ziereis, y siempre que Erhard organizaba una cacería e invitaba a Ziereis, este lugar servía como albergue de caza.[2]

El siguiente kommando formado después de Gusen I fue Steyr, conocido hasta entonces principalmente por su excelente pesca y sus amables pescadores, y el lugar donde Schubert escribió *La trucha*. Situado treinta kilómetros al sur de Mauthausen, inició sus operaciones en la primavera de 1941 y sirvió a la industria de municiones Steyr-Werke. El grupo de prisioneros estaba formado por 49 españoles y un rumano (un tal Miron, que había combatido en las Brigadas Internacionales). Al principio, los hombres eran llevados en camiones para ir y venir de Mauthausen, pero en 1942 el kommando se amplió, con otros 300 españoles enviados el 6 de enero bajo el control de un oficial SS llamado Müller y nueve kapos alemanes de triángulo verde.[3] Su tarea consistía en construir una fábrica para Steyr-Daimler-Puch AG, que sería utilizada para la producción de piezas de suministro de aviones y tanques. El kommando de Steyr fue, así, el primero que utilizó prisioneros en industrias de guerra y los españoles estuvieron entre los primeros (junto con los franceses y los polacos) que tuvieron tal ocupación. Müller, el Kommandoführer, era joven, bien parecido y robusto,

pero a los veinticinco años se cernía ya sobre él una pálida sombra de su vida anterior, cuando había servido como un modelo de las Hitlerjugend. De entonces solo guardaba un odio fanático, que dirigió contra los españoles. Durante aquel primer duro invierno de 1941-1942 renunció a pasar los domingos en casa con su esposa por el puro placer de atormentarlos un poco más.

Steyr creció para pasar de Aussenkommando a Nebenlager, pero su estructura de mando ha quedado, extrañamente, sin registrar. El español José Borrás Lluch era un interno de Steyr, y solo de Steyr, y ha sido uno de los escasos supervivientes que ha escrito una crónica histórica seria de sus experiencias. Como licenciado en lenguas por la Universidad de Barcelona, consiguió un puesto de intérprete y estaba bien situado para describir el mando de las SS en Steyr. En vez de ello, su libro no presenta ningún nombre de comandante y es su compatriota y compañero de penurias Baldomero Chozas a quien debemos dirigirnos para obtener información sobre el asunto.

En realidad, en Steyr hubo cuatro comandantes y Chozas los conoció a todos salvo al primero, que fue el Hauptsturmführer Herbert, al que los españoles llamaban simplemente «el Gitano». El segundo fue el Obersturmführer Goecke, a quien Chozas describe como una persona decente que decía a los prisioneros de la administración, cuando saltaban como resortes para ponerse firmes, que permanecieran sentados. Fue trasladado de nuevo al Hauptlager, supuestamente por la relación que mantuvo con una mujer judía, y se extendieron rumores de que fue ejecutado nada más llegar. El tercer Lagerleiter fue el Obersturmführer Hans Heidingsfelder, un verdadero bruto según los cánones de las SS. El cuarto y último fue el Obersturmführer Otto Heess quien, como Goecke, trató a los prisioneros con cierta deferencia. El judío polaco Joseph Haber llega más lejos al describirle como «decente de verdad, no temíamos nada de él, ni siquiera los judíos». Heess era un melómano, y aunque Steyr nunca tuvo una orquesta ni un mísero grupo musical, siempre que Heess encontraba a un músico se las arreglaba para darle un acordeón.

Heess dejó sus responsabilidades en Steyr el 26 de agosto de 1943, cuando el campo tenía 1.100 prisioneros y una guarnición de 80 vigilantes y, según su testimonio posterior, se esforzó decididamente por mejorarlo, empezando por la dieta de los

enfermos.[4] El deseo de dar mejor vida a los internos no era compartido por sus subordinados: el Hauptscharführer Wilhelm Auerswald, su jefe de seguridad; el Unterscharführer Wilhelm Kauffeld, un antiguo campesino que desde junio de 1944 estuvo a cargo del Revier, y el Unterscharführer Kurt Otto.

Baldomero Chozas había sido trasladado a Steyr después de trabajar en Mauthausen en la construcción de la cámara de gas, y en su nuevo campo la red española consiguió buscarle el puesto de Ordenanz o criado del Rapportführer. Aunque Chozas nunca se aprendió, o no recordaba, el nombre del Rapportführer (que sonaba parecido a Bentsen), entre ellos se entabló una relación de cierta humanidad. Chozas tenía la impresión de que el alemán provenía de una familia rica; parece que le gustaban España y los españoles y llamaba a Chozas por su apodo de Queso. Como criado, Chozas era responsable de limpiar la oficina, no la vivienda, pero como esta oficina estaba fuera del campo, el prisionero español pasaba todos los días por la puerta de entrada. Su trabajo incluía cepillar el uniforme y limpiar las botas de su jefe, un hecho que pone en entredicho la afirmación de Mariano Constante, en su insistencia de que a ningún prisionero que hiciera de criado se le permitía tocar el uniforme de un SS. El Rapportführer tenía una novia llamada Rita, que era la hija del farmacéutico de Steyr. La muchacha le visitaba ocasionalmente en la oficina estando allí Chozas, y a veces el español y Rita se quedaban a solas. Ella le hablaba entonces de la farmacia de su padre, y aunque él nunca la vería, la mujer le dio la dirección: Adolf Hitler Platz, 1. En su pobre alemán, Chozas hablaba también con la joven, en tonos cuando no en términos que deben haberla impresionado. Chozas ha escrito poesía durante toda su vida, aun en cautividad, y sus poemas tienen mérito. A veces, Chozas hablaba de poesía con el Rapportführer, pero con más frecuencia con Rita. Ella nunca entró en el campo, pero él le contaba lo que sucedía dentro; al hacerlo lloraba y también Rita lloraba al escucharlo.

El respeto que se forjó entre Chozas y el Rapportführer pudo marcar la diferencia entre la vida y la muerte. En una ocasión, un amigo de Chozas estaba en el Revier e iba a ser asesinado con una inyección. Chozas acudió raudo al Rapportführer, que a su vez se precipitó hacia el Revier para evitarlo. Más tarde, cuando el

Rapportführer recibió órdenes de desplazarse al Hauptlager, sabía que su partida podía amenazar la vida de Chozas. Antes de irse le dijo al Lagerältester del campo: «Cuida bien de Queso, ¿lo oyes? ¡Pronto regresaré a Steyr!». Esta advertencia no sirvió de mucho. Chozas sabía que los verdes y negros alemanes detestaban con todas sus fuerzas que hubiera un español en el puesto, y en un abrir y cerrar de ojos organizaron su destitución, con una sentencia de ocho días en la Strafkompanie como parte del trato. Pero en este tiempo Chozas se las había arreglado ya para obtener un puesto en la cocina de las SS. En un campo de concentración, la suerte no favorece tanto a los valientes como a los ya afortunados. Los abuelos de Chozas en Toledo habían regentado un restaurante y él sabía cocinar. Se encontró entonces en una compañía diferente, con un Lagerführer que alababa su arte culinario y un Kommandoführer de cocina, al que los españoles llamaban el Niño, que le quemó con cigarrillos en los hombros y los brazos. Fliess, el kapo de la cocina, era un alemán de triángulo rojo y añadía su parte de tensión arrancándose de vez en cuando con algunos pasajes de la *Internacional*. Chozas recuerda la cocina como el lugar donde más sufrimiento moral padeció: «Me llegaban presiones de todas partes. Quería robar todo lo posible para mis compañeros. Para facilitarme las cosas, me hacía el tonto, fingiendo que era incapaz de hacer bien las cuentas. Los alemanes de la cocina me preguntaban si todos los españoles éramos así de analfabetos. Yo me lo tomaba como una provocación y les decía que en España había tantos analfabetos porque habíamos tenido una guerra civil. Los kapos de Steyr eran en ese tiempo sobre todo alemanes verdes o negros. Se pasaban por la cocina para pedir comida, dejando caer la advertencia: “Tengo españoles en mi kommando. Piensa en lo que puedo hacer”. Del Lagerältester recibí el siguiente aviso: “No debes darles comida extra a los kapos”. Hasta el nuevo Rapportführer llegó a pedirme comida».

Una y otra vez, aquellas experiencias conmovieron a Chozas por lo absurdo de la situación, por la frecuencia con que pasaban cosas tan fuera de lo normal. Un día, el Rapportführer que le había brindado su amistad volvió a Steyr y lo llamó: «¡Queso! ¡Queso!», mientras entraba al campo. Chozas llegó corriendo y encontró al Rapportführer de pie junto al brutal Lagerältester, ahora todo

sonrisas y presto a abrazarle y a besarle. El Rapportführer le dijo a Chozas en voz baja: «No te preocupes. La guerra pronto habrá terminado». Los prisioneros tenían motivos para preocuparse, pensando en cómo terminaría para ellos. Los duros bombardeos de los aliados llevaron a evacuar a Ebensee, en abril de 1944, algunos de los talleres. En enero de 1945, el Steyr-Werke fue trasladado a Gusen y dos terceras partes de los prisioneros de Steyr fueron evacuados entre febrero y abril de 1945. Pero el campo no se cerró y allí estaba cuando, el 5 de mayo de 1945, Heess recibió a los estadounidenses con la bandera blanca.[5] Antes, el 12 de marzo de 1945, Heess perdió su acostumbrado autocontrol, como más tarde explicaría, cuando once de sus prisioneros (tres alemanes, cinco soviéticos y tres yugoslavos) se evadieron del campo. Los alemanes eran el Lagerältester, el kapo del servicio postal y otro kapo. Los once, salvo los dos soviéticos, fueron capturados al poco tiempo. Sin embargo, fue sobre los tres alemanes contra los que descargó la mayor de sus furias, acusándolos de ser los cabecillas y apaleándolos él mismo como castigo. Los tres tenían triángulo verde y habían gozado de una vida, como Heess la describió, «a la que no le faltaba nada excepto el deseo de libertad»; y le habían traicionado, incitando a los demás a unírseles en la evasión. Los tres alemanes evitaron su vuelta a Mauthausen y escaparon al castigo que les aguardaba ahorcándose ellos mismos.[6]

Más de un Nebenlager se formó exclusivamente con españoles. Entre estas unidades estaba el kommando «César» enviado, el 6 de junio de 1941, a construir un puente en Vöcklabruck. Este kommando, punta de lanza del recinto de Schlier, estuvo temporalmente al mando del Obersturmführer Karl Schöpperle hasta la llegada del Obersturmführer Kurt Emil Schmutzler, que había servido en Gusen desde el 20 de julio de 1940. Una característica peculiar de estos dos oficiales de las SS era que ambos estaban en la cincuentena y seguían siendo tenientes. Mientras que Schmutzler tenía como profesión la de pintor de brocha gorda, Schöpperle era arquitecto y había dirigido un estudio profesional. Su función en Mauthausen era principalmente la de Lagerbauer, o constructor de campos subsidiarios, y se enorgullecía de ser el fundador, antes y después de dejar Vöcklabruck, de los campos de Breststein, Grossraming, Wiener-Neustadt, Wiener-Schwechat, Redl-

Zipf y Linz II y III.[7]

El campo de Vöcklabruck estaba formado por 460 españoles. «El único no español allí —dijo más tarde Schmutzler— era el cocinero.»[8] El kommando que lo construyó tomó su nombre de «César» de su Lageräl tester César Orquín Serra. Orquín, o César como todos le llamaban, ha sido desde la liberación vilipendiado por los comunistas, que le acusan de haber dado a los SS, mientras estaba en el Hauptlager, una lista de prisioneros españoles comunistas o simpatizantes del comunismo. «Por culpa del siniestro César —escriben Razola y Constante—, 110 españoles fueron represaliados y despachados a Gusen.» Constante se contradice a sí mismo cuando inventa una conversación entre Ziereis y César en la que el comandante grita al español: «No me digas eso. ¡Todos los españoles sois unos bolcheviques!». Por otra parte, Constante y Razola no estaban allí cuando César supuestamente delató a los comunistas españoles. Lo probable es que César fuera un militante anarquista que despreciara a los estalinistas. Mientras que existe acuerdo sobre su carácter de líder dominante y de fuerte temperamento que no consentía que le replicaran, para sus hombres era un héroe y entre sus admiradores estaba Francesc Comellas, un dirigente del sindicato anarquista CNT de Barcelona.

Comellas había tenido suerte de sobrevivir tanto tiempo. Herido en la guerra civil española por un disparo en la muñeca derecha, estaba incapacitado para el trabajo duro, lo que en Mauthausen significaba que era un inútil y, por tanto, candidato a una inyección de benceno. En el momento de su registro, en diciembre de 1940, el prisionero administrativo responsable, que no era español, escribió «sarna» en vez de «inyección» junto a su nombre; este error, deliberado o inadvertido, le salvó la vida. Asignado a la cantera, Comellas consiguió ocultar su dolencia durante toda una semana antes de ser trasladado al trabajo menos oneroso del kommando Strassenbau y de allí, seis meses más tarde, a las órdenes de César en Vöcklabruck. Comellas describe a César, que había estudiado en la Universidad de Valencia, como un hombre muy respetado por los demás españoles por su capacidad intelectual, su talento musical (tocaba cualquier instrumento que le dieran los SS, normalmente un acordeón) y, por encima de todo, su integridad moral. Enormemente autodisciplinado, reclamaba obediencia de quienes

estaban a sus órdenes, pero al mismo tiempo altruista y preocupado por favorecer el bienestar de sus compatriotas, buscaba, y por lo común obtenía, el mejor trato para sus hombres que podía esperarse de los SS. El hecho de que la mayoría de los SS de Vöcklabruck no fueran alemanes, sino yugoslavos y rumanos, no de la clase criminal y, por tanto, lejos de la brutalidad de los SS, ayuda a explicar su éxito, pero los supervivientes aún creen que le deben la vida. Fue en Vöcklabruck donde Comellas fue testigo de un incidente inusual en la vida del KZ. El Schutzhaftlagerführer del kommando estaba jugando con una pelota cuando el balón golpeó en un cable eléctrico, estalló y el cable suelto le cayó en la cabeza al oficial de las SS. César corrió hacia el nazi tendido en el suelo e intentó reanimarle con el boca a boca. Hizo lo que pudo pero fracasó, y el oficial perdió la vida. No hubo represalias.

Con el proyecto de Vöcklabruck terminado, el kommando de César, aún intacto, todavía enteramente español y bajo las órdenes de Schmutzler, fue trasladado en mayo de 1942 por ferrocarril a Ternberg, donde Schmutzler pronto lo dejó para regresar a Mauthausen. El objetivo de este nuevo proyecto, que tardó dos años en completarse y estuvo controlado por August Süssmeyer, era construir una presa para abastecer de energía al Hermann Göering Werke de Linz y a otras plantas industriales locales. Linz I (VOEST) abrió su industria metalúrgica en febrero de 1943. Un año después, un pequeño kommando, dirigido por el Oberscharführer Christoph Werner, construyó Linz II: un bunker para proteger a Eigruber y su gente. Luego llegó Linz III, una gigantesca planta siderúrgica que fue la última obra de Schöpperle y que pasó al mando del Hauptsturmführer Benesch. Para agasajar a todo el mundo, Schöpperle organizó una orquesta en el campo con 25 músicos. Ello no le distrajo de sus responsabilidades en las SS. En Linz III, el arquitecto Schöpperle trabajó en la construcción de una silla eléctrica y en una ocasión en 1945 ordenó encerrar en una habitación a 12 judíos del campo hasta que murieron de hambre.[9]

A finales de 1942, las SS revivieron un proyecto de doscientos años atrás: la construcción de un túnel en el paso de Loibl para proporcionar a Alemania una ruta estratégica que uniera Klagenfurt con Ljubljana. Si las condiciones de trabajo podían considerarse suaves comparadas con otras (Juan de Diego llama al paso de Loibl

«el pequeño paraíso»), las meteorológicas eran duras: el paso estaba cubierto por la nieve seis meses al año. El mando del proyecto se concedió a Julius Ludolf, un antiguo herrero que había progresado en su carrera SS hasta convertirse, a la edad madura de cincuenta años, en Untersturmführer. Llegó al lugar el 2 de junio de 1943 con el primer grupo. Había que cavar el túnel simultáneamente desde los dos extremos, lo que requería que hubiera dos campos separados. Ludolf estableció su cuartel general en Trzic, en el lado sur, y nombró a Paul Gruschwitz y a Walter Brietzke sus Kommandoführers en el norte y el sur; Karl Sachse, Rapportführer en el norte, se distinguió por castigar a los prisioneros a rodar por la nieve hasta que sus cuerpos quedaban congelados. Estos tres subordinados, todos ellos meramente Unterscharführers, eran conocidos por los prisioneros solo por sus apodos y los franceses, numerosos en el paso Loibl, los bautizaron respectivamente como la *Mère Michelle* (la madre Michelle, por su parecido con una mujer vieja), «St. Galmier» (tenía la forma física de una botella de agua mineral) y «Toutoune». Entre los kapos, los más infames fueron dos verdes alemanes (el tuerto Max Skirde, conocido como Neunoeil, y Johann Gartner) y el francés Louis Brieux; aunque miembro de la Resistencia, Brieux fue llevado a juicio ante un tribunal francés en 1947, hallado culpable, sentenciado a muerte y ejecutado.[10] En cuanto al Revier, que estaba ubicado en el sur (en el norte no había), el SS-Hauptsturmführer doctor Sigbert Ramsauer era el encargado de dispensar las habituales inyecciones letales en los cuerpos de los enfermos. La supervivencia de 1.200 prisioneros dependía de dos médicos prisioneros: el checo Janouck y el polaco Grubowicz.[11]

En septiembre de 1943, Ludolf dejó el paso de Loibl para convertirse en Lagerleiter del proyecto de la central eléctrica de Grossraming. Cuando salió de allí, solo un prisionero, decía con orgullo en su informe, había logrado escapar; no fue detenido de nuevo.[12] Pero la situación en el paso Loibl era especial: los partisanos eslovenos de Tito dominaban la región, incluso en el lado norte. El sustituto de Ludolf, el Hauptsturmführer Jakob Winkler (antiguo jardinero de un psiquiátrico), no escatimaba esfuerzos, pero el proyecto del túnel fue abandonado en un cierto punto y, aunque el trabajo se reinició y continuó hasta el final de la guerra,

nunca se logró el objetivo de abrir una ruta troncal entre Austria y Yugoslavia.

Cuando Schmutzler dejó el mando en Ternberg en septiembre de 1942, pasó un año en Gusen donde, el 26 de julio de 1943, se reunió con el Brigadeführer Richard Glücks, el inspector general de los campos. Fue Glücks quien dio a Schmutzler la orden de abrir un campo en Wiener-Neudorf. Este fue el primero de una serie de nuevos campos construidos entre mediados de 1943 y mediados de 1944, en una zona extendida por el este y el sur de Viena. El más importante de todos fue Wiener-Neudorf, al sur de la capital, que llegó a emplear a unos 3.000 prisioneros de Mauthausen y de 18.000 a 20.000 obreros. Los siguientes más importantes, en el orden de su creación, fueron Wiener-Neustadt, Schwechat, Floridsdorf, Hinterbruhl bei Mödling y (para mujeres) Hirtenberg. Los seis campos estaban comprometidos en la producción de armamento pesado y fueron, por tanto, objetivo principal de los ataques aéreos de los aliados. Wiener-Neudorf quedó totalmente destruido en una incursión del 26 de julio de 1944, pero volvió a abrir en un terreno al nordeste cerca de la carretera principal a Budapest y siguió operativo hasta abril de 1945.[13] Wiener-Neustadt, construido para producir V2, fue bombardeado dos veces en agosto de 1943 y, de nuevo, el 2 de noviembre, en un tercer ataque que destruyó la planta, pero todavía pudo volverse a abrir en julio de 1944 y siguió funcionando hasta abril de 1945. Schwechat, al sudeste, productor de aviones Heinkel, fue otro objetivo natural y resultó destruido tras un ataque aéreo el 20 de marzo de 1944. El prisionero italiano Gino Valenzano y otros que trabajaban allí fueron entonces trasladados a Melk. La fábrica de Heinkel fue, no obstante, reparada antes de volver a ser bombardeada y, finalmente, abandonada en julio, cuando todos los demás prisioneros fueron trasladados a Floridsdorf, al nordeste. Floridsdorf fue, a su vez, objetivo de una intensa incursión aérea el 17 de noviembre de 1944, en la que dos españoles, José Miret Muste y José Juncosa Escoda, resultaron gravemente heridos. Para evitarse problemas, el comandante local de las SS ordenó a sus hombres que les dispararan un tiro en la nuca.

Fue precisamente la vulnerabilidad de esos kommandos al ataque aéreo la que indujo a los jefes nazis a ordenar la

construcción de grandes fábricas subterráneas como la de Gusen II. La decisión fue tomada demasiado tarde para que este vasto proyecto pudiera tener utilidad práctica para Alemania, pero cuanta menos esperanza se depositaba en él con mayor frenesí se empecinaron los nazis. El trabajo organizativo fue confiado a Bachmayer, quien, el 25 de septiembre de 1943, acompañó a la primera expedición de prisioneros a un lugar a 45 kilómetros de Salzburgo en la carretera a Linz. Entre los pueblos de Zipf y Redl, seis kilómetros al norte de la carretera, se alza la conocida cervecera Zipfer, que debe su fama a las fuentes de excelente agua situadas en la colina que se levanta detrás. Lo que atrajo a los SS a la cervecera fueron los largos túneles ya horadados en la colina. El kommando creado tomó el nombre oficial de Schlier de la empresa para la que trabajaba, que necesitaba una gran ampliación del túnel para dar cabida a las fábricas.

El propósito del proyecto era convertir oxígeno líquido y metanol en fuel para alimentar los proyectiles V1 y V2, así como para probar este combustible en experimentos realizados en dos grandes silos de hormigón. Aunque allí no se realizaron lanzamientos reales, el combustible era tan inflamable que los búnkeres tenían que protegerse de los ataques aéreos con cinco metros de hormigón; tan grave era el peligro de explosión que los prisioneros que trabajaban allí lo hacían con martillos de cobre para no producir chispas. Las torres de vigilancia y los nidos de ametralladoras que rodeaban a los búnkeres daban fe de la importancia del proyecto y para mantener el secreto la cervecera siguió produciendo cierta cantidad de cerveza. Cada prueba era filmada por una tropa de mujeres alemanas sentadas en una zona protegida detrás de los silos, pero nada sirvió de protección ante dos explosiones (una por accidente y otra por sabotaje) que obligaron a las SS a volver a empezar desde el principio, lo que motivó un retraso de varios meses.

Redl-Zipf, como parte del recinto de Schlier, estuvo bajo el mando general del Obersturmführer Alfons Bentele y el mando directo fue otorgado a Karl Schöpperle, el atareado constructor de nuevos campos, entre el 9 de noviembre de 1943 y el 4 de junio de 1944. Por tanto, Schöpperle tuvo que buscar tiempo, durante su estancia en Redl-Zipf, para fundar los campos de Linz II y III. Como

Rapportführer estaba el Unterscharführer Franz Kofler, con el verde alemán Hans Schmeling como kapo. Entre los incidentes registrados en Redl-Zipf estuvieron la paliza que Kofler dio a su kapo por robar cartas del campo y la reacción que se produjo cuando el prisionero polaco Franz Kolewski, que era Ordenanz de Kofler, se evadió del campo con las pertenencias del alemán. Kolewski fue capturado y Bentele ayudó personalmente a Kofler a ahorcarle en la cocina.

El 18 de noviembre de 1943, un mes después de la apertura de Redl-Zipf, Bachmayer dejó nuevamente Mauthausen, esta vez para organizar, en el extremo sur del lago Traunsee a 80 kilómetros al sudoeste, un nuevo proyecto de máximo secreto. Su diseñador fue el ingeniero Obergruppenführer Hans Kammler, ayudado por el Obersturmführer Engelhardt, y su código en clave era *Zement*. Sería difícil encontrar un lugar más bucólico para *Zement*. Cerca se alza el pueblo de Ebensee, donde los tonos rosa y violeta de las verdes colinas se reflejan en el agua tranquila del lago. Allí, en la base de una montaña y tomando nombre del pueblo, fue enviado un kommando para suministrar a Siemens AG[14] un complejo industrial que fuera inmune a los bombardeos y en el que se depositaron las esperanzas de que inclinara la balanza de la guerra de nuevo a favor de Hitler.

Esta vez Bachmayer se llevó con él a su hombre de confianza Magnus Keller, conocido como King Kong, junto con otros 62 prisioneros de Redl-Zipf, en su mayoría profesionales o administrativos, que harían los trabajos preparatorios. A esta expedición le siguió una segunda, el 30 de noviembre de 1943, de unos 400 hombres, en su mayoría polacos, soviéticos y yugoslavos de Mauthausen. Su tarea era construir el Lager, situado a una distancia de tres kilómetros del túnel central proyectado. Como Bachmayer tenía que volver al Mutterlager, puso al mando al Obersturmführer Anton Bentele. A finales de febrero de 1944, Bentele fue destituido de su puesto, bien por incompetencia o por un completo trastorno mental: una interrupción en el suministro de alimentos de Ebensee significaba que los prisioneros estarían una semana entera sin siquiera su magra ración de pan. Su lugar fue asumido por el Obersturmführer Otto Riemer, bebedor y mujeriego que ya había dejado su impronta en Steyr. Por su odio especial hacia los checos, iba de taller en taller buscando hombres de esta

nacionalidad y disparándoles allí mismo. Las quejas le llegaron a Ziereis.[15] Riemer fue trasladado a Ebensee, donde un resonante escándalo llevaría a su segunda destitución. Según el Scharführer Hermann Pribyll, que sirvió con Riemer como Arbeitsdienstführer, Riemer, estando borracho, se había montado en un caballo, cogido una ametralladora y abierto fuego contra un kommando mientras volvía por la carretera desde el lugar de trabajo hasta el campo. Ocho prisioneros murieron[16] y varios resultaron heridos. Lo que provocó el escándalo no fueron los asesinatos, sino el hecho de que se hubieran producido en un lugar público y que los vecinos de Ebensee empezaran a decir (con razón o sin ella) que Riemer había organizado una cacería humana, matando a todo prisionero que encontrara en terreno abierto. Lindner, de la Kriminalpolizei local, llegó para abrir una investigación y al día siguiente (25 de mayo) se personó Ziereis desde Mauthausen para unirse a él. Los prisioneros heridos fueron interrogados. Entonces, se arrestó a Riemer, se le quitaron los galones y fue detenido por Lindner, para acabar sus días en el psiquiátrico de Giesen. El puesto de Lagerleiter de Ebensee recayó entonces en el Hauptsturmführer Julius Anton Ganz. A pesar de ser amanerado e incluso afeminado, Ganz trabajó a plena satisfacción de sus superiores. También lo hizo el Lagerältester King Kong. Ganz le trató con circunspección, de modo que, al igual que este, conservó su puesto hasta el final.

Con la construcción del Lager terminada, más de 10.000 prisioneros y otros 250 kapos llegaron a Ebensee en los primeros meses de 1944 para empezar a horadar la montaña. Como en su mayoría provenían del Mutterlager de Mauthausen, se vieron en una compañía un tanto familiar: la de King Kong, con sus enormes hombros y su andar tambaleante, y en esos días con un gran danés que le habían regalado las agradecidas SS; y la de Karl el Kappellmeister, que se convirtió en kapo del Revier, siempre con su sádico entretenimiento de ahogar prisioneros metiéndoles la cabeza en un balde de agua o en un cubo de las letrinas. El campo pronto creció para convertirse en una pequeña ciudad, con menos de 600 personas al principio y más de 16.000 al final, y donde continuamente se sustituía a los muertos.

Los prisioneros trabajaban en tres turnos: de 7 de la mañana a 3 de la tarde, de 3 a 11 y de 11 de la noche a 7 de la mañana. Se

proyectaron catorce túneles, con varios centenares de hombres trabajando en cada uno. Los equipos estaban formados por cuatro categorías: los que usaban los taladros, los que levantaban andamios para los anteriores, los que limpiaban las rocas caídas en el túnel y los que sacaban al exterior la carga de piedras en volquetes. Cuando nevaba o llovía, trabajar dentro del túnel era una ventaja: en una noche el *drillich* no se secaba, por la fibra de que estaba hecho, y los prisioneros se veían forzados a ponerse al día siguiente ropas todavía húmedas. Pero era la única ventaja. El equipo que manejaba los taladros estaba formado por diez prisioneros que avanzaban en línea por la roca; los taladros funcionaban con aire comprimido suministrado por generadores estacionados fuera del túnel. Si la roca estaba seca, el polvo de los taladros formaba una nube blanca de tal densidad que los obreros no veían más allá de uno o dos metros. En la fase inicial de perforación, cuando se usaban explosivos todo el mundo era evacuado, pero una vez que el túnel había avanzado unos 25 metros las evacuaciones se consideraban una pérdida de tiempo y se interrumpieron. Durante al menos media hora después de cada detonación el túnel se quedaba lleno de gas y polvo, y el aire se hacía prácticamente irrespirable… pero el trabajo seguía.

En todas partes se entabló una carrera frenética contra el tiempo. El 13 de julio de 1944, Hermann Pribyll, entonces Rapportführer, entró en la Schreibstube para decir que todo prisionero disponible en el Lager iba a trabajar en los túneles.[17] La ambición del proyecto era inmensa. Solo en Anlage B, el plan exigía la excavación de 17.000 metros cuadrados para el 1 de mayo de 1945, y de 32.000 metros cuadrados para el 20 de octubre de 1945. En mayo de 1945, de los catorce túneles proyectados se habían completado diez, con una longitud de 428 metros, junto con los pasos transversales. Las entradas se dejaron pequeñas deliberadamente: dos metros de ancho y otros dos de alto, y los planos preveían para la instalación una puerta de acero con bisagras. Pasar por la modesta entrada al interior daba la impresión de adentrarse en la nave de una catedral, de 20 metros de ancho por 15 de alto, y de una longitud imponente. Algunas galerías estaban en perfecto orden, con las máquinas en su lugar en la planta baja y los dormitorios, el refectorio y otros servicios en la

superior. En un taller, la producción de combustible sintético a partir de carbón vegetal ya había comenzado, y en dos túneles estaba a punto de iniciarse la producción de aviones y armas de tipo V. En unas semanas más, la industria de guerra nazi habría sido capaz de producir estas armas con la seguridad de que ningún bombardero aliado podría haber traspasado nunca centenares de metros de roca. Y una vez terminado el proyecto, los prisioneros no saldrían nunca de los túneles ni volverían a ver la luz del día, pues la puerta de acero los encerraría lejos del mundo exterior. Habrían sido los hombres olvidados de la montaña, en la parábola de Platón, los prisioneros de la cueva.

Si la invasión aliada de Austria iba a robar a los alemanes este sueño, los prisioneros de Ebensee sufrieron no obstante una tasa de mortalidad que se situó entre las más altas. Era imposible llevar todos los cadáveres al Mutterlager, así que en agosto de 1944 Ebensee acogió su propio crematorio. El puesto de kapo del crematorio fue concedido a Franz Suslak, más conocido por Franz Krema, un verde que había llegado del Mutterlager donde había ocupado ese mismo cargo. A su llegada a Ebensee, Ganz le dijo: «Aquí puedes dejarte crecer el pelo, vestir como quieras, beber y comer cuanto desees, pero no saldrás vivo de este lugar». Este era, como veremos, el plan básico de las SS para todos los kapos que ocuparan ese puesto. Lo único que sorprende es que Ganz se lo advirtiera con antelación. Después de la liberación de Ebensee, Suslak fue encontrado cerca de la alambrada, con una bala en la cabeza.

El papel de los españoles en Ebensee fue notable por el número de los que consiguieron buenos puestos: dos fueron Blockältesten, varios Stubenaltesen, y muchos más Schreiber, Stubendiener, y personal de la cocina y los almacenes. Este hecho da fe del éxito de los prisioneros españoles para conseguir la retirada de varios triángulos verdes y negros y sustituirlos en sus privilegiadas posiciones. De esta forma fueron observadores y testigos supervivientes de muchas escenas espantosas.

La gran mayoría trabajaba en la montaña. Hemos visto la clase de preocupación que los SS sentían por sus vidas, pero aun así tenían miedo del contagio. Por tanto, se daba a los prisioneros duchas regulares, aunque con una diferencia. Se agrupaba a cuatro

o cinco prisioneros debajo de cada chorro, primero caliente y luego frío, que se frotaban el cuerpo, solo a veces con un pedazo de jabón, y nunca había toalla para secarse. Luego se les hacía volver, como siempre en filas de cinco, a los barracones, mojados y desnudos, a temperaturas que podían bajar hasta –20 ºC, en condiciones aún peores si soplaba el viento. Un grupo que llegó a Ebensee a pie en el especialmente frío invierno de 1944-1945 se dirigió como de costumbre a las duchas, donde los aguardaba el chorro caliente seguido del glacial. Pero esta vez se obligó a los prisioneros a permanecer en la nieve y el viento helado para luego volver a las duchas y, otra vez, a la nieve y el viento. Y así varias veces durante la noche. Los caídos eran golpeados hasta que se levantaban, o hasta que eran incapaces de hacerlo. A la mañana siguiente pocos seguían con vida.

La disentería era un problema permanente, en Ebensee como en los demás sitios. Los prisioneros buscaban remedios mascando hierba, carbón o los brotes de los abetos. Pero era una enfermedad imposible de curar en un KL. El peor error en las primeras fases del mal era dejar de comer, pues ningún prisionero podía permitirse perder ni la más mínima caloría. A menudo, la disentería era el preludio de otras desgracias. Era imposible que un prisionero pudiera cambiarse las ropas sucias, y oler mal en el barracón se castigaba con veinticinco latigazos del kapo.

Las letrinas en Ebensee, como en cualquier otro campo, eran siempre el lugar secreto de reunión, el único donde era seguro verse con un prisionero de otro barracón e intercambiar información. También era el mercado, donde se canjeaban las sobras de la sopa o un bocado por algunos cigarrillos. Por la noche, las letrinas estaban fuera de los límites: el toque de queda entraba en vigor una hora después de la revista de la noche, y a partir de esa hora estaba prohibido que un prisionero saliera del barracón a menos que estuviera acompañado por un kapo. En la puerta de cada barracón había una gran cuba de madera para quien lo necesitara. Con trescientos hombres en un barracón y la disentería endémica, pronto la cuba se llenaba a rebosar. A la mañana siguiente el Blockältester asignaba, al azar o a su capricho, cuatro hombres para que se la llevaran. Cada uno la cogía de una de las dos barras de madera situadas en los mangos. El camino recorría varios cientos de

metros, a veces sobre un suelo difícil.

El Revier en Ebensee seguía fiel a la ética médica de las SS. El jefe desde mayo de 1944 hasta marzo de 1945 fue el Hauptsturmführer doctor Willy Jobst, nacido en Eger, Checoslovaquia. El Unterscharführer Gustav Franz Kreindl actuaba de asistente y los tres kapos que le ayudaban eran todos alemanes de triángulo verde: el Oberkapo Otto Niedrig, Paul Friedl como Schreiber y Helmut Elfert como responsable de la sección de los judíos. Todos estaban dispuestos a tratar a un paciente enfermo apaleándole hasta matarle.

Una característica distintiva de Ebensee era el brutal cinismo que hacía del barracón 23 un centro para convalecientes, o Schönungsblock. Aquí se agolpaba a cinco y a menudo seis personas en un colchón de paja de 80 centímetros de ancho, virtualmente sin capacidad para moverse, con los vivos a veces encajados durante horas entre los muertos, hasta que llegaba el Stubendiener para llevarse los cadáveres y dejar sitio a otros. Tres veces al día se daba la vuelta a todos los prisioneros en sus camastros, lo que les provocaba unos alaridos indescriptibles. Durante la mayor parte del tiempo los prisioneros estaban sumidos en el silencio. No era solo porque se pusiera juntos a hombres que no tenían ninguna lengua en común. Tampoco había intercambio de signos. Todos se encerraban en sí mismos, con la mente vacía, incapaces de escuchar ni siquiera el ruido de la muerte o de ofrecer un atisbo de simpatía en la mirada, física y moralmente destruidos. Los pocos que sobrevivieron no recordarían después nada de lo que allí sucedió, ni siquiera dónde estaba la cuba que hacía las veces de letrina. Vivían como sonámbulos, fuera ya del mundo.

El 21 de abril de 1944, Streitwieser inauguró un Nebenlager similar a Ebensee en Melk, 60 kilómetros al este de Mauthausen, como fábrica para Steyr-Daimler-Puch. Dos semanas más tarde, el Hauptsturmführer Julius Ludolf, que había servido como comandante en Loibl-Pass, tomó el mando. Hasta este momento, Melk había sido conocido principalmente por la bella abadía benedictina en la que, en 1767, un Mozart niño se detuvo para tocar el órgano. La abadía era ahora una escuela regentada por monjes, que no mostraban preocupación ni curiosidad alguna por lo que estaba pasando en la puerta de al lado, pese a que la azotea de

la abadía daba a los religiosos una vista diáfana de cuanto sucedía debajo. Trasladados a los alojamientos antes utilizados por ingenieros, los SS dejaron solo nueve barracones a los prisioneros (reservándose seis para ellos mismos), pese a que la población de reclusos ascendió rápidamente a más de 10.000 y se mantuvo en esas cifras. El trabajo consistía, otra vez, en la construcción de túneles y los prisioneros trabajaban ocho horas al día en tres turnos. En un solo año, hasta el momento en que el kommando fue evacuado a Ebensee el 11 de abril de 1945, los prisioneros excavaron siete túneles principales, de 8 metros de alto y 25 de ancho, unidos con pasos transversales, para hacer un total de 3.000 metros. Las primeras máquinas llegaron a ser instaladas, pero Melk, como Ebensee, no había producido nada en el momento de ser abandonado.

Aunque Melk dependía administrativamente de Niederdonau y no de Oberdonau, todos sus avituallamientos procedían de Mauthausen, excepto el pan, que tenía un suministro local, y la mantequilla (para los que podían probarla), que venía de Viena. Estos suministros llegaban al principio en camión, luego en tren y, después de que las líneas de ferrocarril fueran destruidas, en barcazas por el Danubio. En ello desempeñó un papel clave el Hauptscharführer Otto Striegel, que controló las cocinas y los abastecimientos de comida desde que se abrió Melk hasta el día en que cerró, al igual que sirvió en Mauthausen durante todo el tiempo de su existencia, del 15 de septiembre de 1938 a mayo de 1945.[18] En cuanto al Revier, estuvo dirigido de julio de 1944 por el médico austríaco Josef Sora, que venía de la Luftwaffe. En el invierno de 1944-1945 hubo en el Revier hasta 1.700 prisioneros,[19] pero ninguno de ellos estuvo más de tres semanas. Como el propio Ludolf admitió más tarde, todos los días se enviaba a cien de ellos para que fueran gaseados en Mauthausen.[20]

Un rasgo peculiar de Melk fue el papel de los españoles. En ningún lugar, excepto en Melk, se cuestionó su forma de actuar. La misma comunidad nacional que mereció universal elogio en la constelación KZ ha despertado en ese campo las más duras críticas entre algunos supervivientes. Curiosamente, en Melk hubo pocos españoles, no más de diez, pero todos comunistas, los diez reclutados en la policía del campo (Lagerpolizei) y esa policía

estaba compuesta exclusivamente por los diez, a los que se reservaba su propio barracón en la entrada al campo. No eran kapos a cargo de las unidades de trabajo, ni llevaban el casco en pico o el brazalete de Lagerpolizei, como los prisioneros que ejercían de policías en Mauthausen. Vestían el *drillich* estándar, pero a los ojos del superviviente húngaro y judío Ernest Vinurel, «su brutalidad superaba de lejos la de los SS».[21] Vinurel supone que esos diez hombres fueron elegidos para este privilegio por los prisioneros de la Schreibstube de Mauthausen, e invoca a Juan de Diego para que explique los criterios que intervinieron en su selección. Pero tal vez los del Hauptlager no tuvieron nada que ver. Los diez hombres llegaron a Melk en el primer grupo, lo que les daba cierto derecho de antigüedad. Es cierto que encontraron el favor en el comandante Ludolf, que más tarde hablaría con orgullo del grupo musical que había reunido en Melk para acompañarle y hacer interpretaciones en el campo.[22] Eran esos mismos diez españoles los que, en momentos determinados del día, dejaban sus porras para tomar los instrumentos, una armónica, un violín o una guitarra, o empezaban a cantar, y juntos producían una odiosa algarabía. Aunque otros han vertido contra ellos acusaciones de brutalidad, no han dejado de ser rebatidos. Henri Dieschbourg, también en Melk, afirma que nunca vio a ninguno de los españoles tratar a un prisionero con nada parecido a la crueldad,[23] y las acusaciones contra ellos merecen, por tanto, mayor indagación. En abril de 1945, los diez españoles dejaron Melk con otros prisioneros en la evacuación a Ebensee. Su reputación viajó con ellos, y en Ebensee, sobre todo los españoles, habrían tenido conocimiento de lo que se sabía. ¿Cómo fue entonces que, en la liberación, los diez españoles no fueran hechos pedazos como los demás?[24]

En Melk, como en todas partes, era muy difícil mantener alta la moral de los prisioneros y no existió resistencia organizada,[25] pero André Ulmann, dijo Antonin Pichon cuando fue detenido por la Resistencia en Francia, pudo obtener el puesto clave de Lagerschreiber 1, y cuando en abril de 1945 Melk fue evacuado a Ebensee, Ulmann se convirtió allí en un miembro activo de la resistencia.

Casi el último Nebenlager en ser construido fue el que se levantó en una zona hasta entonces intocada de la constelación KZ: la

región de Graz en Estiria. El campo pionero de Aflenz an der Sulm, cerca de Leibnitz, se abrió el 9 de febrero de 1944, cuando Altfuldisch llegó con una expedición de prisioneros y una escolta de SS encabezada por Fritz Miroff y Paul Ricken. De nuevo el objetivo era producir armas en fábricas subterráneas propiedad de la Steyrwerke.[26] Cuando Altfuldisch volvió a Mauthausen, dejó a Miroff al cargo. El 17 de agosto de 1944 se abrió otro campo en el norte, en Hintenberg. Los dos campos se transfirieron entonces al control de Miroff y la combinación pasó a conocerse como Peggau, la población situada entre ambos. Miroff tenía como ayudantes a dos Unterscharführer de Mauthausen: Eduard Dlouhy, como su Rapportführer, y Eugen Noky. Miroff había servido anteriormente (en marzo-julio de 1942) como oficial a cargo del prostíbulo de Mauthausen y luego como Lagerleiter de Bretstein y Linz I. Ya se había ganado fama por su salvajismo, así que en Peggau simplemente la aumentó. Fue en Peggau donde el kapo alemán Jupp fue obligado, el 3 de enero de 1945, a recoger el guante de los guardias de las SS cuando le dispararon, y también allí Miroff separó a Filippo Trincero, un oficial italiano de alto rango de Milán, para forzarle a ponerse la gorra del ejército de Mussolini, después de lo cual le golpeó delante de los prisioneros hasta matarle. En cuanto a los sucesos en Aflenz, donde Ricken estaba a cargo, forman parte de la polémica, incluso del misterio, que rodea al fotógrafo de Mauthausen.

El último Nebenlager abrigó el más desesperado de los sueños nazis. Es también el menos conocido, e incluso su nombre es inapropiado. Mödling formaba parte del grupo de Viena y está a diez kilómetros al sur de la capital, pero el campo estaba en realidad varios kilómetros al oeste de Mödling, en las montañas de Hinterbrühl. Allí, en 1848 se había abierto una mina de yeso, que fue abandonada en 1912 cuando fue inundada por veinte millones de litros de una fuente subterránea. En 1932, este enorme lago bajo tierra, el mayor de Europa, atrajo inversores que vieron en su belleza natural un lugar notable para el turismo. Fue preparado para recibir visitas en lanchas motoras, hasta que en mayo de 1944 las SS vieron otra utilidad para la Seegrotte. La requisaron y la vaciaron, manteniéndola seca por un bombeo continuo. El resultado fue una fábrica subterránea de nombre clave *Languste*, concebida

para producir un tipo revolucionario de avión: el Heinkel 162. Jean Courcier, un superviviente de Hinterbrühl que ha realizado investigaciones durante décadas, estima que el número de prisioneros empleados en *Languste* fue de 1.800. Cuando se abrió en septiembre de 1944, muchos de sus prisioneros fueron trasladados desde Schwechat cuando este lugar fue destruido. El propio Courcier estaba en un grupo de veinte obreros especializados que fueron trasladados desde Mauthausen; viajaron a Viena en un tren civil de pasajeros (y observaron el aspecto triste de los austríacos, como esperando la inminente derrota), y de allí a Mödling en autobús, donde llegaron el 22 de diciembre y lo encontraron totalmente iluminado. La pesadilla que siguió dejaría a Courcier con muy pocas fuentes claras para investigar. Los prisioneros trabajaban en dos turnos de doce horas, día y noche. Entraban a la gruta descendiendo por una escalera de caracol de veinte metros de longitud, doblemente peligrosa cuando los escalones estaban cubiertos por el hielo, pero los kapos siempre les metían prisa con sus *gummis*. Abajo, los prisioneros estaban separados del gran número de civiles empleados allí, de forma que ni siquiera eran conscientes de la inmensidad del lago. Los prisioneros trabajaron con capataces civiles, pero mientras que han sobrevivido muchas fotografías de los civiles de la fábrica, no se conocen instantáneas de los prisioneros en sus secciones selladas.[27]

En el campo cercano donde eran confinados, los prisioneros pudieron reconocer a varios SS y kapos de otros campos. Streitwieser, más peligroso que nunca, actuaba de Lagerleiter y el Scharführer Hans Bühner, provisto de su látigo, seguía siendo su Rapportführer. Willy Bruening y Josef Hilger estaban entre los rostros más conocidos, pero el Rottenführer Wilhelm Hochwitz venía de un sustrato diferente; perteneciente a la Luftwaffe, cuya unidad se había incorporado a la Waffen-SS, Hochwitz no era ni siquiera miembro del partido nazi.[28] Entre los *prominenten*, un tal Pavia fue elegido Lagerältester. Waldemar Barner, el brutal Oberkapo de la cocina, sería bien recordado. Carnicero de profesión, había sido encarcelado por homosexualidad y luego liberado para servir en el frente ruso. En septiembre de 1943, él y otros intentaron desertar. Todos fueron enviados a Mauthausen para su ejecución inmediata, pero Eigruber intervino para revocar la

orden.[29]

La febril actividad de Hinterbrühl iba a conducir al mismo estéril fin que en Gusen II y Ebensee, pero al proyecto *Languste* ciertamente no le faltaba originalidad. El Heinkel 162 (Volksjäger), de nombre en clave *Salamander*, era un minúsculo caza monomotor hecho casi enteramente de madera, con el motor montado en la parte superior, lo que le daba el aspecto de una bomba volante V1. Su objetivo era sustituir al mucho más costoso Messerschmitt 262. Aunque Messerschmitt y Arado eran los principales productores mundiales de aviones a reacción,[30] Heinkel había sido el pionero. Su 178, que voló ya en agosto de 1939, había sido el primer avión a reacción del mundo y aunque el 178 nunca estuvo operativo, el revolucionario 162 fue adoptado por la Luftwaffe el 15 de septiembre de 1944 y la construcción se inició el 15 de octubre. Ningún proyecto aeronáutico había sido jamás completado en un tiempo tan corto. El primer vuelo tuvo lugar el 6 de diciembre en el aeródromo de Heidfeld, en Schwechat. El 10 de diciembre, el mismo avión voló en Heidfeld ante una amplia delegación oficial. Se estaba rodando una película del vuelo en el momento en que el aeroplano se estrelló; su piloto, el capitán Peter, resultó muerto. El accidente planteó dudas sobre la eficacia del aparato. Se habló de problemas de ensamblaje, pero el general Kammhuber, que estaba presente, opinó que el avión no servía para nada. La pretensión era, después de todo, que sirviera como un aparato barato, pilotado por las fanáticas juventudes hitlerianas en operaciones de tipo kamikaze de corto alcance, y según Kammhuber el 162 era demasiado difícil de manejar para esos jóvenes sin experiencia.

Ello no disuadió a la Luftwaffe de poner el aparato en producción. El 4 de febrero de 1945, otro piloto de pruebas, el Oberleutnant Wedemeyer, se estrelló en su vuelo. Se sospechó un sabotaje. Heinkelwerke habla de una gran falta de ensamblaje, de un mal trabajo. Jean Courcier, uno de los esclavos de Seegrotte, habla de los «veinticinco golpes que llovieron en los talleres».[31] El doctor Horst Boog, entonces un ferviente miembro de las juventudes hitlerianas que tenía cierta práctica con planeadores antes de asumir el control de un Heinkel 162, señala lo absurdo de la operación para la que había unos voluntarios tan ingenuos. Boog subraya también otros factores que hicieron fracasar el proyecto:

problemas continuos con los álabes de las turbinas y el bombardeo de las líneas férreas que retrasó el montaje de los aviones en Heidfeld.[32] Para los prisioneros no hubo paradas en la producción. En abril de 1945, cuando Hinterbrühl fue abandonado, se habían completado no menos de cien aparatos Heinkel 162, con piezas para otros 800.

Todos los Nebenlager siguieron dependiendo del Mutterlager para recoger a los prisioneros exhaustos, e incluso Gusen, hasta 1944, contaba únicamente con un crematorio. Por más que Mauthausen tuviera una cámara de gas en uso desde marzo de 1942 y a pleno rendimiento ya en mayo de 1942, su capacidad (65-70 personas) era despreciable en comparación con la de las fábricas de matar del Vernichtungslager en Polonia. En la cámara de gas de Mauthausen murieron unas 4.000 personas, la mayoría de ellas hacia el final de la guerra, particularmente en las últimas semanas. En aquel momento, los prisioneros fueron transportados en grandes cantidades desde Gusen al Mutterlager, debido a las inadecuadas instalaciones para gasear de Gusen, donde solo se pudo liquidar a 800 hombres, todos ellos en los meses finales de la guerra, en un barracón crudamente convertido en cámara de gas. Sin embargo, el efecto de la cámara de gas en la vida del KZ no se ha de medir en función del número de sus víctimas. Más bien debe determinarse en términos del terror que sentía cada prisionero de que, si caía enfermo o se quedaba demasiado débil para trabajar, se cerniría sobre él la sombra de la Gaskammer.

10

Schloss Hartheim y la cámara de gas móvil

Al oeste de Linz, y en línea directa entre Mauthausen y Dachau, se alza el lúgubre castillo de Hartheim, con sus torres de aspecto bizantino. Construido en 1898 como asilo para personas con retraso mental, se ganó fama antes de la Anschluss, e incluso con anterioridad al nacimiento del Tercer Reich. En el verano de 1932, el departamento de salud del gobierno federal de la baja Austria (Niederoesterreichische Landesregierung) decidió reducir los costes derivados de mantener con vida a los viejos y los enfermos. Como consecuencia, el Obermedizinalrat doctor Hans Eglauer, que era jefe de psiquiatría en Gugging (Viena), la mayor institución austríaca para discapacitados y enfermos mentales, fue destituido de su puesto. Su sucesor cedió sus pacientes al doctor Rudolf Lonauer, en Linz. En 1938, Hartheim fue requisado por las SS y readaptado, con la chimenea del crematorio que se elevaba a una altura de 25 metros pero oculta de la vista desde el exterior por muros de tres pisos de altura. En aquella época Hartheim permaneció aislado,[1] y a los intrusos les estaba prohibido acercarse. Desde mayo de 1940 hasta 1941, las SS usaron el castillo para su programa de eutanasia y le dieron los nombres de *Erholungsheim* (casa de convalecencia) y *Bad Ischl*, donde los baños terapéuticos eran la cámara de gas. Hartheim incluía también una moledora eléctrica de huesos. El hombre que tuvo bajo su control el lugar no fue otro que el doctor Lonauer, entonces Hauptsturmführer Lonauer, con un grupo de treinta médicos y asistentes de las SS. Trabajando en sus experimentos médicos y con gran secretismo, la gente de Lonauer procedió a librar a la región de sus elementos inservibles, de forma que ningún SS de Mauthausen y sus alrededores tuviera nunca que

encontrarse con ninguno de ellos ante sus ojos. El efecto de esta limpieza demográfica fue muy evidente para Martha Gammer, vecina de St. Georgen y nieta del mismo doctor Eglauer. De niña, en la zona de Linz había visto gente con discapacidades. Aquel hecho no era infrecuente, ya que la endogamia era una tradición arraigada en comunidades muy pequeñas. Pero cuando Martha Gammer volvió a esta región ya de adulta, no encontró a ningún discapacitado.[2] En 1941, las SS consideraron terminado el trabajo de limpieza de toda la alta Austria. En lo sucesivo, Hartheim se utilizaría para la liquidación de los incapacitados por la vida en el KZ, en especial de Mauthausen y Dachau, y a partir de abril de 1944 el castillo se puso bajo la jurisdicción del KL-Mauthausen.

Entre los empleados en Hartheim estaba Vinzenz Nohel, que había sufrido una fractura de cráneo en sus primeros años de vida y sufrió secuelas permanentes por el accidente. Su situación era la de un discapacitado psíquico que tenía a su merced a los discapacitados psíquicos. Nohel, ciertamente, era un tanto lerdo: sabía leer gótico, pero no escritura latina, y apenas escribir. Debió su salvación a su hermano Gustav, un Brigadeführer de las SA que tenía acceso a Eigruber. Gustav propuso al Gauleiter que su hermano trabajara en Hartheim. Eigruber consintió y Vinzenz Nohel fue contratado, primero como fogonero y luego en el crematorio de Hartheim. Pero primero llegaron los ritos de iniciación. «Nos hicieron guardar silencio hasta la muerte —dijo Nohel después de la guerra—. El Hauptsturmführer doctor Wirth dijo, tal vez un centenar de veces: “Si lo contáis os mandaremos a Mauthausen”.» El trabajo de Nohel le puso en contacto con los médicos de las SS, a dos de los cuales recordaba: Otto Schmitzel, quien se ponía la bata blanca pero era más un actor que un médico, y el propio Rudolf Lonauer. Como Nohel describiera más tarde, «Lonauer los arrojaba al gas y yo iba a sacar los cadáveres».[3]

Una vez más, la supervivencia de Juan de Diego nos permite saber el modo en que las víctimas fueron transportadas de Mauthausen a Hartheim. Las expediciones estaban formadas por cuarenta o cincuenta hombres, y en algunos períodos partían con gran regularidad. El primer grupo estuvo formado por cuarenta españoles, cuyos nombres figuran en una lista fechada el 14 de agosto de 1941. La selección fue hecha por la Politische Abteilung

de Schulz, que informó de ello al Lagerschreibstube. Juan de Diego extendió a continuación los certificados de defunción, antes incluso de que los hombres partieran. Le llegaron órdenes de que no mencionara Hartheim y dejara de expedir los certificados. Se consideró entonces que mantener el secreto era más importante incluso que el orden y la precisión, lo que es mucho decir. Juan de Diego aún conserva la orden original del 14 de agosto de 1941, donde se indica que el destino de los españoles no era Hartheim, sino KL-Dachau.[4] Al mismo tiempo, el registro y las tarjetas de índice llevaban anotada la palabra *Entlassen* (fugados), acompañada de una marca con tinta verde, que era el código de exterminio.[5] Allí murieron al menos 30.000 víctimas, entre ellas unos 20.000 pacientes mentales y 11.000 prisioneros de Mauthausen. Schloss Hartheim fue especial en el sentido de que ningún prisionero que ingresara allí podía salir con vida. El 12 de diciembre de 1944, las SS tomaron la enorme cautela, con mucha antelación, de desmantelar aquella cámara de los horrores y el 13 de diciembre llegaron veinte prisioneros de Mauthausen para transformarla no solo de nuevo en un castillo, sino en un establecimiento benéfico, una escuela. Para este fin, en enero de 1945, después de asesinar a los prisioneros traídos para las obras de reconstrucción, los SS lo ocuparon con treinta y cinco niños alemanes, seis cuidadoras y una profesora. Aquella era la feliz casa de Hartheim que vieron las fuerzas aliadas.

El modo del transporte de los prisioneros para matarlos en la cámara de gas ha llevado a cierta confusión. Aquí se transportaban en un camión especial de Mauthausen a Hartheim, para gasearlos en Hartheim, y hubo transportes de Mauthausen a Gusen (y a la inversa) en una cámara de gas móvil. Dos Unterscharführer de las SS, Ernst Gerbig y Stefan Malleschits, aportaron pruebas después de la guerra de estar implicados en lo primero, pero no en lo segundo. Los dos sirvieron en Mauthausen de 1941 a 1945. Al final de marzo de 1944 se celebró una reunión en el despacho del ayudante Zutter. Estuvieron presentes Ziereis, el doctor Entress y los suboficiales Füllgraf, Gerbig, Kofler y Malleschits. Se les explicó el transporte a Schloss Hartheim y se instó a los suboficiales a que guardaran el secreto. Gerbig había sido conductor en Mauthausen desde diciembre de 1941. Malleschits se había licenciado de la

Wehrmacht en junio de 1940 después de un servicio de solo cuatro semanas, había ingresado inmediatamente en las SS y poco antes había estado trabajando como administrativo en la oficina de Bachmayer a las órdenes de Haider. Ahora actuaba como guardia en el camión. Gerbig y Malleschits describieron el vehículo en el que se desplazaban a Hartheim como parecido a un camión postal (Reichspost) estándar. Las ventanas, y la puerta corredera de madera y vidrio, se habían pintado de azul. Desde fuera no podía verse el interior, excepto por una franja de diez centímetros en mitad de la puerta o a través de una pequeña ventana que había detrás del asiento del conductor. Los dos hombres realizaron su misión en Hartheim unas seis o siete veces, recogiendo su cargamento humano en el Hauptlager o en Gusen.[6]

La responsabilidad de reconvertir esos camiones recayó en el kommando del garaje dirigido por Willy Steinmann. La cámara de gas móvil, de nombre clave *Phantom* y más conocida por «Cuervo negro», fue un invento del SS-Obersturmbannführer Walter Rauff y fue protegida con gran secreto. Los únicos conductores que se le conocen fueron el propio Ziereis, Steinmann y el civil austríaco Johann Lothaller. Este camión fue descrito también por los supervivientes como un vehículo sin ventanas, pintado de azul y del mismo tamaño (con cabida para 40 presos), pero los SS lo conocían como *grüne Minna*, y podría haber tenido una construcción diferente. La operación era bastante simple: después de cargar a los prisioneros en la parte trasera del camión, el conductor y otros dos SS se montaban en la cabina, que estaba sellada, y en el viaje a Gusen o a cualquier otro lugar, el conductor liberaba monóxido de carbono del tubo de escape directamente por un conducto que daba en la parte trasera. El prisionero polaco Frantisek Poprawka declaró que su tarea como Zentralschreiber del Sonderrevier[7] era elegir, con mucha antelación, treinta o más prisioneros entre los más enfermos y reunirlos en la Appellplatz entre los barracones 11 y 16, donde el camión estaría esperándolos.[8] El cirujano checo Josef Podlaha recordaba cómo la cámara de gas móvil, a finales de 1942, arrancaba fuera del barracón 16, donde Ziereis, el doctor Krebsbach y el farmacéutico Wasicky estaban esperando. El conductor del camión era, en la mayoría de las ocasiones, el propio Franz Ziereis. Los presos entraban, se cerraban las puertas con cerrojo y el camión

salía hacia su destino. Los prisioneros del kommando del garaje, midiendo el consumo de combustible del vehículo, pudieron calcular el trayecto efectuado. El prisionero Albert Tiefenbacher, cuyo trabajo consistía en transportar los cadáveres al crematorio, dedujo que los prisioneros cargados en Mauthausen fueron gaseados de camino a Gusen e incinerados allí, mientras que los que subían en Gusen recibían el gas en el camino a Mauthausen y eran incinerados en este lugar. Sin embargo, en ciertas ocasiones los vehículos salían de Mauthausen con prisioneros vivos y volvían con los mismos prisioneros, muertos; así quedó anotado en los registros del campo por Juan de Diego, utilizando siempre el mismo lápiz verde. Josef Klat, que trabajaba en el kommando de recogida de basura, vio dos veces cómo se cargaban prisioneros en el camión con rumbo a Gusen; a su regreso, este kommando transportó los cadáveres al crematorio.[9] El mismo Ziereis admitió en su lecho de muerte que el vehículo había servido de enlace entre Mauthausen y Gusen, pero solo en tres ocasiones y únicamente en el período comprendido entre mediados de 1942 y mediados de 1943. Poprawka estima el número de viajes en veinte o más y cree que la operación concluyó porque se desveló el secreto. No han de olvidarse las órdenes de Himmler del 6 de enero de 1943 que exigían que en lo sucesivo un médico se sentara junto al conductor en esta operación en concreto. La cantidad total de prisioneros que murieron de esta forma se calculó en torno a 1.500. Entre ellos hubo un número considerable de españoles, como el comandante de la fuerza aérea Román Busquets Gelabert, que había estado al mando del aeropuerto de Barcelona durante la guerra civil, y Emilio Andrés, que había sido comisario de un cuerpo del ejército republicano español. Otro español, el teniente coronel León Luengo Muñoz, murió de la misma manera en Dachau. Si el número de prisioneros liquidados en el camión no fue superior se debió a que el sistema era lento y aparatoso y, como lo describiera Ziereis, «demasiado peligroso para los guardias de las SS que lo escoltaban». El avance de la guerra, y el alejamiento de la victoria, exigía de las SS métodos de exterminio más rápidos.

11

Consulado de Franco en Viena

Desde la época del Anschluss en 1938, la embajada española en Viena, como otras legaciones, se vio reducida a un consulado y con la victoria de Franco en 1939 las misiones diplomáticas de España cayeron en sus manos. El consulado español en Viena estaba en el número 34 de la Argentinierstrasse, casi puerta con puerta con las SS y el Tribunal de la Policía, que estaba en el número 16 de la misma calle; el funcionario que estuvo más en contacto con los sucesos de Mauthausen fue Guillermo Pecker y Cardona, como cónsul en 1941 y como canciller en 1944.[1]

Es comprensiblemente difícil acceder a los archivos diplomáticos españoles en cuestión, pero el Bundesarchiv de Berlín guarda más de 500 documentos de correspondencia entre el consulado español y las autoridades alemanas, así como entre dicho consulado y otros centros y misiones diplomáticas españoles. Estos documentos cayeron presumiblemente en manos de los aliados durante la invasión de Austria en 1945. Aunque son demasiado escasos en número para proporcionar una interpretación global de las operaciones del consulado español en Viena, sirven para obtener algunos indicios importantes.

El contenido de la correspondencia echa por tierra el argumento de Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores de Franco, de que nadie en la embajada española tenía conocimiento del destino de sus compatriotas llevados a Alemania. Varias cartas fueron escritas por Pecker Cardona en el consulado español de Viena dirigidas al Kommandantur de KL-Mauthausen pidiendo los efectos personales de determinado prisionero español, cuya muerte había sido notificada al consulado. El primer caso de los archivos que han

sobrevivido correspondía a Jaime Martínez Aliaga, que murió en el Revier de Gusen el 17 de marzo de 1941. Pecker escribió para pedir las cartas personales del prisionero con el fin, añadía, de devolvérselas a sus parientes más cercanos.[2] Estas peticiones fueron tramitadas en Mauthausen por Eisenhöfer, como oficial responsable de la Effektenkammer, y las respuestas que envió al consulado llevan su firma clara y legible, un caso raro entre los oficiales nazis. Estas respuestas terminaban siempre con la misma frase, con apenas algunos cambios menores en las palabras pero ninguno en el significado: «Las cenizas del difunto se conservarán en el cementerio de Steyr-Oberdonau». Un informe firmado por el SS-Oberscharführer Krüger en el crematorio del campo, no dirigido al consulado español sino registrado en sus archivos, repite esta singular y falsa representación de los hechos. El cadáver en cuestión fue incinerado, según el informe, no en el crematorio del campo sino en el crematorio público del pueblo de Mauthausen, y las cenizas se enterraron en el cementerio de Steyr-Oberdonau.[3]

En ocasiones, los cuarteles generales de la Gestapo en Berlín escribieron directamente al consulado español en Viena en relación con los datos personales de prisioneros españoles que había pedido el consulado.[4] A veces, la embajada española en Berlín hizo gestiones en favor de algún prisionero español, como fue el caso de Juan Bautista Nos Fibla, que fue liberado de Mauthausen el 22 de agosto de 1941; luego, este prisionero solicitó la libertad de su padre, José Nos Juan, pero el hombre murió poco después, el 16 de octubre de 1941.[5] Un caso similar afectó a Juan de Diego, que como 3.er Lagerschreiber había tenido la poco frecuente distinción de conocer al Reichsführer-SS, y que había atraído el interés de la embajada española en Berlín. El asunto empezó cuando el padre Luis García, rector de San José de la Montaña, un convento para niños enfermos y abandonados del norte de Barcelona, se tomó interés por su caso. Los dos hombres eran primos lejanos, pero nunca se habían visto. Sabiendo únicamente que Juan de Diego había sido apresado por los alemanes, el padre García decidió enviar una carta, fechada el 16 de septiembre de 1941, al conde de Mayalde, embajador de Franco en Berlín. Parece improbable que Luis García conociera al conde de Mayalde; su único motivo parece haber sido el deber cristiano. El sacerdote recibió una carta de

respuesta de la embajada española en Berlín. La carta, con fecha del 14 de abril de 1942 y firmada por poderes por Alonso Caso, se refería a la información recibida por la embajada española de las autoridades alemanas competentes (un eufemismo para referirse a la Gestapo) según la cual Juan de Diego estaba «todavía» en KL-Mauthausen, con buena salud y apto para trabajar.[6]

El consulado en Viena estaba entonces recibiendo numerosas cartas, algunas dirigidas a la embajada española en Berlín y remitidas a Viena, de mujeres y otros parientes de España y Francia que buscaban desesperadamente información sobre sus hombres. Algunas de las mujeres ni siquiera firmaban con su nombre y habían pedido ayuda al párroco o al funcionario local para que fijara su huella dactilar (identificada como la del pulgar de la mano derecha). Otras, en España, a merced de las autoridades de Franco, escribieron cartas que evidentemente buscaban congraciarse con ellas que incluían consignas en favor del régimen y referencias a los «gloriosos vencedores» y a los «rojos criminales» que habían sido expulsados de la madre patria. El consulado escribió en su nombre a la Kommandantur de Mauthausen para pedir certificados de defunción, y la Kommandantur contestó con el equivalente de tales certificados, utilizando, el símbolo de las SS para los muertos. En tales casos se mantenía la terminología habitual. Antonio Martínez Pérez, que falleció en Gusen el 17 de marzo de 1941, murió de un «fallo cardíaco».[7] Una mención similar de «deficiencias en la circulación sanguínea» se recogió en una carta que llevaba el sello de Reinhard Heydrich como jefe de la Sipo-SD y que daba fe de la muerte de Eudaldo Mercadé Martí el 24 de octubre de 1941 en el «hospital» de Mauthausen, donde se usaba el término *Krankenbau* en vez del normal de Sanitätslager o Revier.[8]

Se conoce un único caso de un prisionero cuyos efectos personales fueron enviados al consulado español en Viena. Antonio Manit Perich murió en Gusen el 15 de noviembre de 1941. El SS-Obersturmführer de Gusen responsable de los efectos personales de los prisioneros envió al consulado una cantidad de dinero, pero no otras pertenencias. El dinero sumaba 3,50 reichsmark, pero se habían deducido 20 pfennigs para cubrir los gastos postales.[9] El dinero, consistente en tres rentenmark y tres monedas, nunca fue remitido a sus parientes más cercanos; permaneció en el consulado

español y todavía está en depósito en el Bundesarchiv de Berlín.

Al consulado español siguieron llegando cartas de mujeres y viudas españolas apesadumbradas. Una de ellas fue Juana Fajardo Cortés, casada con José Rodríguez Herruzo, que murió en Mauthausen el 10 de octubre de 1941. Pecker Cardona, como cónsul, le escribió para decirle que su esposo había muerto de «úlcera intestinal». En cuanto al certificado de defunción, añadía alegremente, debería solicitarlo al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid.[10]

Se produjo una reacción similar en el caso de Teresa Ras, que había tenido noticias de que su marido, Antonio Díaz Cañada, había muerto. Como viuda en Tarragona con dos hijos, escribió al consulado español de Viena el 29 de diciembre de 1942 solicitando un certificado de defunción; la carta entró en el registro del consulado. En este caso contestó a las preguntas del consulado el Landgerichtspräsident de Linz, que obtuvo información de la oficina de registro de Mauthausen. Se adjuntó el certificado de defunción, que fue debidamente registrado en el consulado español.[11] Pero el cónsul no respondió a Teresa Ras, ni le envió el documento. La viuda volvió a escribir con su petición y su carta, aunque sin fecha, se anotó en el registro del consulado el 27 de febrero de 1943. Pecker Cardona le contestó finalmente el 2 de marzo de 1943, proporcionándole detalles inventados sobre la muerte de su esposo y, mientras retenía el certificado en cuestión, informando a la viuda de que tenía que pedir el documento al Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid.[12]

La notificación de las muertes a las autoridades españolas no parece que fuera sistemática, pero siguió produciéndose. La embajada española en Berlín recibió información del fallecimiento de un español en octubre de 1943, no de las autoridades alemanas sino del Ministerio de Comercio Exterior de España.[13] En el Hauptlager, Eisenhöfer, a cargo de la Effektenkammer, siguió mandando al consulado español informes que notificaban que un prisionero español había muerto sin dejar oro ni ningún otro objeto valioso, como en el caso de Ángel Ojer Ruil quien, añadía Eisenhöfer, había «gastado o consumido» (*verbraucht*), tal vez en la cantina de Mauthausen, todo lo que traía.[14] Incluso ya en agosto de 1944, la Kommandantur de Mauthausen siguió ofreciendo al

consulado español en Viena detalles de la muerte de los españoles en Mauthausen, ya fuera adjuntando los correspondientes certificados de defunción o informando al consulado de que esos documentos habían sido enviados al Landgericht de Linz con la petición de que, después de su anotación en los registros, fueran remitidos al consulado. Tal fue el caso de Esteban Rovira Rovira, quien murió el 1 de agosto de 1941 y del que se dijo, nuevamente, que las cenizas habían sido trasladadas al cementerio municipal de Steyr.[15] El último elemento de la correspondencia que cayó en manos de los aliados fue una solicitud del consulado español en Viena de los efectos personales de un republicano español notable que había muerto recientemente: el comandante e ingeniero Román Busquets. Después de pasar por el Stalag VIIA (Moosburg) en 1940, llegó a Mauthausen y estuvo, como hemos visto, entre las víctimas de la cámara móvil entre Mauthausen y Gusen, si bien su certificado de defunción indicaba que había muerto en Gusen el 30 de septiembre de 1941.[16]

Pecker Cardona, que había sido promovido del cargo de cónsul en Viena en 1941 al de canciller en octubre de 1944, había asistido a varias reubicaciones del consulado, incuestionablemente como consecuencia de los bombardeos de los aliados y, en última instancia, del avance soviético. En enero de 1944, el consulado seguía todavía en la Argentinierstrasse de Viena, pero en el número 46, no en el 34. En octubre de 1944 ya no estaba en la ciudad;[17] se había trasladado a Altmünster, en el lago Traunsee.[18] Allí, los diplomáticos españoles pudieron disfrutar de la belleza del lago, y cuando les placía, hacer una excursión en limusina o en barco a su orilla meridional. Y allí, apenas a quince kilómetros de distancia, habrían encontrado un pueblecito encantador. Su nombre, Ebensee.

TERCERA PARTE

Supervivencia

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean
los devoran los de afuera.

JOSÉ HERNÁNDEZ, «Martín Fierro»

1

Fuga y respuesta de las SS

Huir de un campo de las SS era contrario al orden natural. Un guardia que disparara a un prisionero que intentaba fugarse recibía una licencia especial de varios días.[1] Si un prisionero escapaba, durante el período que permanecía en libertad los demás se exponían a una venganza abominable: se los obligaba a permanecer después del trabajo toda la noche en la Appellplatz, hiciera el tiempo que hiciera. A veces aquello duraba dos noches, e incluso tres. Los prisioneros de Mauthausen murieron por millares no solo por intentar fugarse sino por sufrir las consecuencias de quienes lo hicieron.

El hecho de que un prisionero decidiera escaparse, sabiendo las consecuencias que ello provocaría, se consideraba un acto de supremo egoísmo. También podría entenderse como el triunfo del sistema de las SS, que no pretendía sino reducir a todos los presos a un grado de indiferencia animal acerca del destino de los demás. Fuera cual fuera el motivo, la esperanza que siempre existe explica por qué algunos prisioneros, luchando contra todos los elementos, intentaran fugarse. Evadirse resultaba enormemente difícil, pero sobrevivir en un país extranjero, entre gente hostil, aún lo era más. Incluso entre los españoles, que en este y otros aspectos siempre estaban alerta ante las oportunidades, tan solo diez consiguieron escapar de Mauthausen, seis en 1941 y cuatro en 1942. Todos los fugados fueron perseguidos sin tregua. Los SS llamaban a la búsqueda *hasenjagd*, o caza de la liebre, lo que delataba su placer por el deporte. Los atrapados fueron azotados o ahorcados o, por lo general, ambas cosas.

Como la fuga y la subsiguiente captura eran hechos raros dentro

de la vida cotidiana —en cinco años en Mauthausen tan solo hubo dos ahorcamientos públicos—,[2] los SS hacían de ello un espectáculo que preparaban hasta el mínimo detalle. El acompañamiento orquestal desempeñaba un importante papel en la escenificación. La música variaba dentro del archipiélago KZ según los gustos de cada Lagerführer, pero había algunas piezas favoritas que todos compartían: los valses de Johann Strauss y la vieja balada alemana *Alle Vöglein sind schon da*, así como la canción francesa contemporánea hecha célebre por Rina Ketty, *Je vous attendrai*.[3] Goethe dijo una vez que se podía conocer el carácter de una persona observando de qué se ríe. Los SS sentían hilaridad ante una verdadera letanía de pasquines, de ingenio diabólico. El nacionalsocialismo era, más que nada, una revolución contra la cultura alemana, contra gente trasnochada como Goethe: Alemania no era ya conocida en el mundo por sus poetas y filósofos, sino por sus héroes verdaderos, sus hombres de acción, hombres de carne y hueso que se reían con bromas de verdad.

El primero de los dos ahorcamientos públicos de Mauthausen tuvo lugar una tarde de junio de 1941 y ha sido registrado con detalle, pero ejecuciones similares se produjeron en otras partes del universo del KZ, y la misma escena se habría de repetir en Mauthausen con toda su parafernalia en julio de 1942. Ziereis no esperó la orden de Himmler, que llegó el 6 de enero de 1943, que exigía que a todas las ejecuciones realizadas dentro de los campos asistieran el Lagerführer o su delegado y el oficial médico en jefe del campo; Ziereis contaba con asistir en persona. Se ha dicho que existía una ley alemana para la protección de los animales que declaraba criminal permitir que vieran cómo se sacrificaba a otras bestias, pero no se promulgó ninguna ley semejante para proteger a los seres humanos. A las ejecuciones se ordenaba la asistencia de toda la población de prisioneros, kapos y *prominenten* incluidos. Los supervivientes capaces de hablar con ponderación de otras experiencias refieren los ahorcamientos públicos como hechos infrecuentes, pero verdaderamente aterradores. La primera vez, tres prisioneros alemanes fugados fueron capturados apenas en un día. Tuvieron que volver a entrar al campo, como de costumbre, de rodillas. Cuando los kommandos locales regresaron ese día a la fortaleza, encontraron tres horcas montadas en medio de la

Appellplatz. Para la revista los prisioneros formaron filas por barracones, según lo habitual, con perfección matemática: los de los barracones impares se situaron a la derecha de la plaza, mirando desde las puertas principales de la fortaleza, y los de los pares se colocaron a la izquierda. Después de pasar lista, los prisioneros, en filas de diez, con el más bajo delante y el más alto detrás, formaron en tres lados de un cuadrado. El cuarto lado se dejó para los SS y la orquesta de gitanos. Esta *zigeunerkapelle* sonaba, más que como una banda musical, como un verdadero desbarajuste, algo que los SS encontraban claramente apropiado para una tarde de diversión. Un rato después se abrieron las puertas principales. La orquesta de gitanos, dirigida por Karl, empezó a tocar una marcha viva. Detrás de la orquesta llegó una carreta, arrastrada por dos prisioneros. De pie sobre la plataforma, con el pecho desnudo, estaban los tres presos alemanes. Llevaban las señales de las torturas a que habían sido sometidos. La carreta, normalmente la usada para transportar los cadáveres al crematorio, estaba adornada con cintas de colores brillantes y letreros en ambos lados donde decía: «*Warum in die Ferne schweifen, wenn das Gute doch so nah' ist?*» («¿Por qué perderse lejos de casa cuando todo va tan bien cerca?»),[4] y «*Hurra, wir sind schon wieder da!*» («¡Hurra! ¡Otra vez en casa!»). Durante todo el tiempo, el kapo que los conducía, vestido carnavalescamente, se contoneaba como un bufón, con una mano en la cadera izquierda y la otra marcando el ritmo con su vara. Todo tenía un aspecto circense. Durante una hora, la procesión se abrió camino entre las filas de prisioneros, hasta que se detuvo frente a las horcas. Más de 10.000 hombres, de los cuales varios cientos seguían vivos en 2003, presenciaron la escena, cuando los condenados fueron atados a un potro de madera. Cada uno recibió veinticinco latigazos. Luego subieron a la plataforma. El segundo en morir puso el nudo en torno al cuello del primero y luego golpeó el taburete que le sostenía. Luego, el tercero hizo lo mismo con el segundo y el Lagerältester procedió de igual modo con este último. La orquesta seguía tocando. Todos los presentes tuvieron que pasar alrededor de la horca, de uno en uno, y se los obligó a alzar la vista hacia los cuerpos colgando. Los SS vigilaban con atención y si algún hombre bajaba la mirada se le forzaba a volver a la escena, esta vez bajo el peso del látigo.

Por su propia naturaleza, en algunos de los Nebenlager de Mauthausen, en especial los más pequeños, existían posibilidades de fuga que eran imposibles en el Mutterlager, y aunque los SS no dejaban ningún cabo suelto fueron incapaces de impedirlas por completo. Entre estas fugas, ninguna fue más recordada, tanto por los SS como por los prisioneros, como la de cinco españoles del campo subsidiario de Bretstein en las montañas al sur de Trieben, donde cincuenta prisioneros, todos españoles excepto un alemán que actuaba de kapo, habían sido enviados en junio de 1941 para preparar el campo antes de las remesas que los seguirían. Estaban, por tanto, trabajando en la construcción del perímetro del campo y los barracones que alojarían a los que llegarían después, donde el objetivo del campo era construir, en esta zona desolada donde no había un alma viviente, una carretera de montaña para enlazar dos pueblos. Desde el barracón en el que dormía el grupo de cincuenta se oía el ruido de un riachuelo de montaña, y para cinco de ellos fue esta la promesa de una huida a la libertad. Un río, aun tan pequeño como ese con sus cuatro metros de ancho, ofrecía la posibilidad, la única que existía, de eludir a los perros de las SS. El grupo de cinco decidió escapar a Suiza, cuyo punto más cercano distaba 300 kilómetros al oeste en línea recta, que no es precisamente como viajan los fugitivos. Todas las tardes se reunían para trazar el plan, sin dar pistas de sus intenciones a los demás. Dos de los conjurados eran socialistas, uno comunista y uno anarquista; dos, Primitivo Izquierdo y Manuel Cerejo, provenían de Andalucía; el tercero, Antonio López, de Galicia, y el cuarto, Antonio Velasco, de Alberca, en Murcia (el quinto hombre, Vicente García Ramos, capturado tres días después de la fuga y, registrado como muerto por las SS, ha sido olvidado por los supervivientes). Velasco, empleado como Friseur, pudo conseguir una navaja y jabón suficiente, herramientas indispensables para la supervivencia si los prisioneros querían pasar inadvertidos entre la multitud. También se las arregló para hacerse con una mochila para cada uno y un solo cuchillo. Eso era todo. No tenían mapas ni brújula, tampoco linternas y su alemán era más que rudimentario, pues los cuatro juntos apenas hablaban unas palabras mal pronunciadas. En su favor, al menos para la fuga, jugaba el hecho de que la alambrada aún no había sido electrificada y además se había

levantado solamente una torre de vigilancia.

El 4 de agosto de 1941, en mitad de una corta noche de verano, el grupo de cinco se reunió según lo convenido al pie de la ventana por la que habían planeado escapar. Vieron entonces, consternados, que les faltaba valor: ninguno estaba preparado para ser el primero en saltar. Decidieron esperar a la noche siguiente. Para entonces estaban ya dispuestos mentalmente. Saltaron, separaron la alambrada, corrieron hacia el río y siguieron su curso durante varios kilómetros, dejándolo solo cuando estuvieron seguros de que los perros de las SS no podrían seguir su rastro. Habían acordado que Izquierdo sería su líder: como oficial del ejército republicano español, los demás le reconocieron como el mejor instruido y el más experimentado. Al menos la comida no era problema: se ofrecían ante ellos granjas y huertos (sin ser importunados por los propietarios) con pollos, huevos, verduras y fruta en abundancia, y los prisioneros comieron copiosamente de todo ello, por suerte sin fatales consecuencias.

Las consecuencias estuvieron reservadas para los 46 prisioneros españoles que dejaron atrás en el Aussenkommando. Felipe Yébenes Romo, otro barbero que tendría más tarde un papel destacado en este oficio en el Mutterlager al servicio de las SS, descubrió al despertar que sus compañeros habían desaparecido y con ellos su propia esperanza de huida, previendo con demasiado acierto la reacción de las SS. Aquellos hombres que, en el mejor de sus momentos, eran mentalmente inestables actuaban en situaciones parecidas de manera totalmente desquiciada. Los SS sentían su orgullo herido. Su furia se dirigió primero contra el Blockältester, pero luego los 45 prisioneros fueron sacados del barracón en posición de firmes, con las cabezas descubiertas bajo un sol inclemente. Así permanecerían, les dijeron, hasta que los fugados regresaran. Al mediodía, los presos empezaron a caer. Llegó la tarde y los mejores esfuerzos de las SS habían fracasado. Se obligó entonces a los prisioneros a realizar ejercicios gimnásticos que solo podían terminar en el más completo agotamiento. Se les hizo correr hasta la cantera local y luego volver cargados con una piedra. Todavía los SS no habían capturado a ninguno de los cinco fugitivos, por lo que empezaron a interrogar a los otros 45, preguntándoles por lo que habían visto y oído aquella noche. El

Blockältester y cuatro más, entre ellos Yébenes, fueron colgados por los brazos ante sus compañeros en la paralizadora postura de *pfahlbinden*. Estuvieron así durante no menos de una hora y cuando los soltaron aún vivían los cinco. Como el comandante de las SS no había obtenido todavía la información que buscaba, les prometió que volvería a colgarlos. Ante esto, el Blockältester, con las últimas fuerzas que le quedaban, saltó por la ventana y corrió hacia la alambrada, esperando que la ametralladora abriera fuego y pusiera fin a sus sufrimientos. Pero llegó al río a la vez que los SS, que le capturaron y le arrastraron por el suelo, mientras su jefe le gritaba: «¿Quieres río? ¡Pues tendrás río!». Le metieron la cabeza en el agua hasta que murió. Los otros cuatro fueron colgados por segunda vez, durante media hora, y en ese tiempo un joven prisionero de Valencia terminó por sucumbir. Durante toda una semana, mientras no se tuvo noticias de la caza de los hombres, los 43 prisioneros del campo que seguían con vida fueron sometidos a este maltrato. En el transcurso de la semana llegó a Bretstein un segundo contingente de españoles, esta vez de 150 hombres que pudieron ser testigos de los padecimientos de los otros cuarenta y tres. Al final de la semana, en medio de la noche, llegó Bachmayer del Hauptlager para una inspección y para ordenar su vuelta a Mauthausen. Todos fueron asignados a la Strafkompanie para trabajar en la cantera, llevando en su *drillich* el estigma de un círculo blanco rodeado de rojo, la temida marca del fugitivo recapturado. Nada importaba que ellos no se hubieran fugado y ni siquiera lo intentaran. La esperanza de vida de los incluidos en esta categoría se cifraba entre dos y tres semanas, pero Yébenes sobrevivió, gracias a la ayuda recibida —a veces un trozo de pan, otras un pedazo de margarina o de embutido — de la red española.

Entretanto, los fugitivos, reducidos ya a cuatro, se habían procurado ropas austríacas, pero seguían viajando solo de noche, a veces por pueblos y aldeas totalmente a oscuras, lo que les daba la sensación de moverse sin ser vistos. Su moral, sin embargo, empezaba a resquebrajarse. No estaban seguros ni siquiera de estar dirigiéndose al oeste, y de hecho pasaron varios días antes de que pudieran orientarse. Si en algunas ocasiones se daban un banquete de pollo, otros días no encontraban nada que llevarse a la boca. El hecho de no tener dinero, ni información, ni conocimiento del

idioma llevó a López a ser el primero en considerar su intento de fuga como una película surrealista. Durante todo un mes vagaron por los montes hasta que las fuerzas les empezaron a flaquear. En este punto, su líder Izquierdo, que había trabajado en los ferrocarriles españoles antes de la guerra civil, propuso que los cuatro se subieran a un tren de mercancías que los llevaría a la frontera suiza en un par de días. Los otros tres pensaron que Izquierdo se había vuelto loco, pero él insistió, así que acordaron seguir caminos distintos. Fue una separación muy emotiva.

Los otros tres siguieron su viaje. El 4 de septiembre de 1941, en el 22.º cumpleaños de Velasco, creyeron que estaban a doce kilómetros de la frontera suiza. Continuaron camino hasta que un día, a campo abierto, divisaron a lo lejos a un hombre que se acercaba en su dirección. Los españoles no habían pensado en ninguna estrategia defensiva. Podrían haber escapado, pero pensaban que era mejor mantener la calma lo mejor que pudieran y prosiguieron la marcha. Al acercarse al hombre vieron que llevaba uniforme de guarda forestal. Él les preguntó algo y cuando le respondieron en su alemán atroz el hombre comprendió de golpe la situación, aunque los tomó por prisioneros de guerra franceses. Ordenó a los españoles que le acompañaran al pueblo cercano. López y Cerejo iban delante, y Velasco y el guardabosque detrás. Los dos españoles de delante aceleraron progresivamente el paso y echaron a correr. Convencido de que era mejor pájaro en mano que tres volando, el guarda decidió retener a Velasco, que eligió ese momento para golpearle con el puño en la cara. Pero el golpe no tuvo fuerza suficiente. El guarda sacó un cuchillo del cinturón y apuñaló a Velasco en el pecho, el hombro y una mano. Velasco se las arregló para desembarazarse de él, pero no pudo correr más de cincuenta metros antes de caer derrumbado. Fue trasladado al pueblo, donde se le negó el agua que pedía, mientras una docena de «valientes» aldeanos se armaron rápidamente con utensilios de granja y salieron a la busca de López y Cerejo. Los capturaron al día siguiente y los tres fueron rápidamente identificados como prisioneros de Mauthausen. Habían conseguido permanecer en libertad durante un mes, pero no habían avanzado más que 150 kilómetros. Al cabo fueron devueltos al Mutterlager.

Extrañamente, no recibieron el castigo acostumbrado. López y

Cerejo fueron colgados por los pies y azotados antes de ser asignados a la Strafkompanie, con el emblema de los condenados en sus ropas. En cuanto a Velasco, estuvo tres semanas en el hospital cerca de donde fueron detenidos los tres, hasta que la Gestapo acudió a recogerle para llevarle a Bretstein. Allí, el comandante no pudo ocultar su asombro por el hecho de que un prisionero hubiera evitado la captura durante tanto tiempo, e incluso que lo lograra durante más allá de un día, e indagó sobre cualquier elemento probatorio de la ruta que habían seguido y sobre los medios que habían encontrado para seguir vivos. En cuanto a la primera cuestión Velasco no tenía prácticamente ninguna información que ofrecer; solo que se habían dirigido al oeste. Sobre la segunda, respondió sencillamente que había tanta comida tirada en los huertos tiroleses que no tuvieron necesidad de robar. A su vuelta a Mauthausen comenzó su penitencia. Transcurridos cincuenta y cinco años, aún recuerda vívidamente lo que le sucedió aquel día en el barracón 2: la desesperación indescriptible que siente la víctima con los pies y las muñecas atados al potro, la sensación después de los primeros veinticinco latigazos de que todo su cuerpo se había convertido en una masa ardiente y tumefacta, la visión de los testículos negros e inflamados, la horrible espera del sábado siguiente y la segunda sesión, y luego la tercera, seguida de otra semana de terror ante la perspectiva de que al otro sábado hubiera una cuarta y con ella viniera la muerte. Pero no hubo cuarta y Velasco no fue ahorcado. Él, López y Cerejo fueron, por tanto, los tres únicos prisioneros recapturados que no murieron ejecutados. Velasco fue enviado, como los otros dos, a la Strafkompanie. Pese a los terribles sufrimientos los tres sobrevivieron, de nuevo porque otros españoles lograron aportarles cucharadas extra de comida, y también porque, en el caso de Velasco, contó con la amabilidad y la ayuda del Blockältester del barracón 13, el alemán Otto al que los españoles conocían por Matamoros. Una vez que Velasco logró que le trasladaran al Baukommando, se atrevió a descoserse el emblema de la parte posterior del *drillich*, con el máximo cuidado de no dejar ninguna marca visible. En cuanto a su camarada Izquierdo, que se había separado de ellos durante la fuga, tampoco llegó a Suiza. Aunque detenido y arrestado, e interrogado por la Gestapo, no reveló jamás el nombre de Mauthausen. En su lugar fue enviado a

Dachau y también sobrevivió.

El 5 de abril de 1942 tuvo lugar un intento semejante de tres españoles del Nebenlager de Vöcklabruck. Los tres llegaron al Tirol, donde uno fue abatido por un cazador austríaco y los otros dos fueron capturados y enviados de nuevo al Nebenlager. Ambos sobrevivieron y uno lo volvió a intentar, esta vez con éxito, hasta lograr la libertad tras cruzar la frontera yugoslava y unirse a los partisanos de Tito. Un intento más se produjo el 18 de junio de 1942, de nuevo con tres españoles como protagonistas, del Nebenlager de Steyr. A los tres los mataron de inmediato. Y en la víspera de Navidad de 1944, dos jóvenes polacos intentaron huir del Nebenlager de Melk. Pronto fueron apresados, y como era Navidad, el Kommandant Ludolf convocó al conjunto musical, engalanó a los prisioneros y ordenó que les dieran una paliza mientras la orquesta tocaba.[5]

Pocas dudas hay de que la fuga de los cuatro españoles de Bretstein y los otros intentos también infructuosos enfurecieron a los SS, que se mostraron más decididos que nunca a demostrar que no había escapatoria posible. A pesar de todas estas precauciones, en junio de 1942 el verde austríaco Hans Bonarewitz se convirtió en el más famoso de todos los fugitivos, precisamente porque algunas de las fotografías que tomaron los SS estuvieron entre las que los españoles pudieron salvar. Empleado en el kommando del garaje de las SS a las órdenes del Oberscharführer Willy Steinmann, Bonarewitz, con la ayuda de un carpintero, construyó un falso fondo en un embalaje que contenía un motor y se ocultó en él cuando las SS cargaban el cajón en un camión con destino a Steyr. Su fuga creó una comprensible impresión. Bachmayer ordenó que los dos prisioneros del kommando del garaje (el kapo y el español Salvador Ginestà)[6] recibieran veinticinco latigazos, administrados por uno de los más fuertes de los SS. Raimundo Suñer, uno de los españoles empleados también en el garaje, y al mismo tiempo Stubendienst del barracón 2, hizo lo que pudo por los dos hombres, dándoles baños fríos y calientes, pero iba también a vivir su propia pesadilla. Tenía la impresión de que no le caía bien a Bonarewitz, por lo que si era atrapado y le implicaba en la fuga, Suñer no solo recibiría veinticinco latigazos sino que también perdería su puesto en el garaje y como Stubendienst, con la perspectiva de volver a los

escalones. Entretanto, y durante las tres semanas siguientes, Bonarewitz permaneció fugado, hasta que fue devuelto el 11 de julio por la población local. Buscando un castigo que estuviera a la altura del delito, Ziereis le encerró con el carpintero en el cajón de embalaje y los dejó pudrirse allí durante una semana, después de lo cual se los reanimó con un chorro de agua. El carpintero fue enviado al Arrest. La tarde del 29 de julio, los prisioneros formaron como de costumbre en la Appellplatz. Se pasó lista, pero no se les dejó que rompieran filas. Otra vez la espera. Otra vez las puertas principales abiertas y la orquesta de gitanos, dirigida todavía por Karl, tocando un adagio. Otra vez dos prisioneros (uno de los cuales no era otro que Streitwolf) arrastrando la carreta, ahora ocupada por el desdichado Bonarewitz que luchaba por mantener el equilibrio. Otra vez la procesión entre las largas filas de prisioneros dispuestos en formación a los tres lados. La orquesta atacó entonces una pieza más viva y durante todo el tiempo su tambor mayor, con el kepi blanco, llevó el compás con la vara, sostenida en esas manos que tantas veces habían cercenado la vida de sus víctimas ahogándolas en las letrinas. Otra vez la procesión siguió su camino durante una hora entre las filas de espectadores antes de detenerse en el centro. Entonces se ordenó a Bonarewitz que bajara. Los SS le rodearon y después de propinarle patadas y puñetazos, le ataron al potro de madera y le infligieron los veinticinco latigazos de rigor. Luego fue encadenado al *klagemauer*, al lado del cajón. Así terminó el primer día. El 30 de julio, todos los prisioneros volvieron a formar filas ante el patíbulo erigido para la ocasión. Llegó Ziereis, acompañado de King Kong. Bonarewitz fue de nuevo conducido a la escena del desfile. Lo que hizo aquel día memorable en la historia fue que, entre las numerosas fotografías tomadas por Ricken de los hechos, tres o cuatro fueron salvadas por Antonio García. Si ninguna enseña el ahorcamiento, ciertas muestran a la víctima en la carreta, precedida por la *zigeunerkapelle*, con los músicos identificables, y tanto más los SS que estaban presentes mofándose del preso. En otra de las fotografías aparece la carreta pasando entre las dos filas de presos. Puede distinguirse a Juan de Diego de pie al frente de la de la izquierda, con Yébenes Romo a su izquierda; Antonio García, entre los más altos, solía estar en la fila de atrás. Se ve a De Diego mirando a la derecha a la cámara de

Ricken, mientras todos los prisioneros cumplen la orden de dirigir la mirada a Bonarewitz conforme la carreta se aproxima al cadalso. La escena final, tal vez inevitablemente, es descrita por los testigos supervivientes con detalles que no concuerdan, pero en líneas generales los testimonios coinciden. Hans subió a una pequeña mesa y el Lageräl tester preparó la soga, momento en el cual Hans gritó: «*Kamaraden*». «*Halt's Maul*», vociferó Ziereis, golpeándole salvajemente en el rostro con su látigo. Hans no dijo más. King Kong saltó al patíbulo y dio una patada al soporte. El cuerpo quedó colgando, sacudiéndose en espasmos, pero la cuerda se rompió. Al repetir la escena, la soga volvió a romperse. A la tercera ocasión Bonarewitz murió. Los que estaban cerca, como Juan de Diego, observaron que, justo antes de expirar, Bonarewitz se orinó en los pantalones, pero también le vieron inclinarse en el último momento desde el cadalso y pronunciar en voz baja, en francés: «*Soyez bons, aimez-vous les uns les autres*» («Portaos bien, amaos los unos a los otros»).[7] Durante dos o tres minutos, su cuerpo siguió agitándose por la tensión nerviosa. Dos horas más siguió la formación, inmóvil delante del cadáver, que se balanceaba con el viento. Luego los prisioneros, los 10.000, recibieron orden de marchar en torno a él y de pasar uno a uno, mirándole a la cara, mientras la banda tocaba la *Polka del Barril de Cerveza*. Así terminó la ceremonia. Esa era la forma elegida por los SS para decirles que resistieran hasta el límite la tentación de fugarse.

2

El núcleo de una resistencia

Hemos dicho que el principal mérito de contar con una forma organizada de resistencia en Mauthausen correspondió a los españoles. Es importante no repetir las exageraciones de autores como Razola y Constante, que ensalzan más de lo debido esa resistencia. Manuel García, antiguo vigilante del museo de Mauthausen, después de valorar el asunto durante cincuenta años, dice abiertamente, sin que nadie saque el tema a colación: «¡Resistencia, nada! ¡Armas, nada! Nada, debe decirse, hasta el último momento. Quien diga lo contrario miente».[1] De hecho, durante la mayor parte del tiempo la resistencia no fue sino un intento organizado de mantener la moral y proteger a sus miembros siempre que fuera posible. Pero incluso aquello, en el contexto de Mauthausen, era un reto de primera magnitud. Un testigo no español, Michel de Boüard, ha dicho del «colectivo» español que solo él, hasta 1943, tuvo el carácter de una organización sólida en la que los comunistas se unieron a anarquistas, socialistas y republicanos.

Al igual que los españoles estuvieron en la vanguardia de la primera fase de resistencia (la lucha moral), también se sumaron a la segunda, para construir lo que dio en conocerse como una organización secreta. En este caso el mérito debe atribuirse precisamente a los comunistas españoles, auxiliados por otros comunistas. Fuentes comunistas y no comunistas coinciden en declarar que, hasta el inicio de 1944, apenas había ninguna organización, en Mauthausen propiamente dicho, que no hubiera sido creada por los comunistas. La férrea disciplina de estos hombres, que se jactaban de su capacidad para organizar la

resistencia aun en las circunstancias más desfavorables, se demostró ineficaz al principio en una situación de estas características. El primer comité de resistencia fue formado, según se dice, por los comunistas españoles el 21 de junio de 1941, cuando una orden para la desinfección general del campo les dio ocasión de reunirse. La figura emergente más destacada fue la de Manuel Razola Romo, un campesino de la provincia de Guadalajara que había servido en las compañías de trabajadores franceses, participado en la retirada de la Línea Maginot a Belfort, pasado a Suiza, regresado a Francia, caído en manos alemanas el 21 de junio de 1940 y llegado a Mauthausen el 26 de abril de 1941. Razola declara (enorgulleciéndose de ello) que el comité fue un directorio político limitado al PCE y al PSUC. El comité definió como su primer objetivo, esencial para la supervivencia del grupo español, la retirada de los verdes y los negros de las posiciones subalternas y su sustitución por azules y rojos; se comprendía que para ello se necesitaban paciencia y tenacidad. Los verdes seguían teniendo el control de la administración todavía en 1942, y la identificación y liquidación sistemática de los líderes comunistas por las SS explica la continua debilidad de la organización, tal como admite Artur London.

La organización de la resistencia se enfrentó a dificultades casi insuperables. La mayoría de los prisioneros pasaban todo el tiempo libre de que podían disfrutar buscando comida y procurándose descanso; a pocos les atraía la idea de resistir. No hubo ningún intento de organización en el plano internacional. Además de las diferencias de idioma y cultura, estaban los peligros de traición de los lenguaraces, los débiles y los verdaderos traidores. No todos los prisioneros eran antifascistas. Entre los verdes, en su mayoría alemanes y polacos, había algunos que, en opinión de los comunistas españoles Razola y Constante, eran nazis peores que los SS, una observación absurda, por supuesto, ya que los peores de los verdes no eran sino vulgares matones a sangre fría. Otros habían sido arrestados por comerciar en el mercado negro, o simplemente por haber caído en una redada policial. Muy pocos tenían entrañas para la lucha.

Los españoles perseveraron. Las reuniones de su comité se celebraban en las letrinas del barracón 3, ya que estas eran el punto

de encuentro de toda reunión de los comités en Mauthausen. Como en el campo no se tiraba nada, y la unidad de canje era el cigarrillo, se dio prioridad al robo de tabaco, no para uso personal sino como una forma de ganarse privilegios, y especialmente comida. Ya en 1941, los españoles estaban entrando en los kommandos de servicio. Mientras que al principio no todos estaban cualificados para los puestos que conseguían, en general los españoles constituían una reserva importante de trabajo especializado a cuya ayuda los SS recurrieron cada vez con más insistencia. Los españoles se ocuparon como albañiles, pintores, carpinteros, sastres, herreros, electricistas y zapateros; en el almacén de ropa y en la brigada de desinfección; en la cantera, donde muchos eran cortadores de roca profesionales; y en las cocinas, donde en gran número actuaron de cocineros. Conill, José Ester Borrás y Razola, por ejemplo, trabajaron en la brigada de desinfección; Pepe Perlado y Ángel Sánchez, en los talleres de carpintería (Schreinerei); Santiago Bonaque y Ángel Ruiz, en el almacén de ropa (Schneiderei); Luis Gil y Luis García Manzano, como sirvientes del Lageräl tester; Ángel Hernández, en el Revier; Marcelo Rodríguez, como relojero; Adolfo Izquierdo y Raimundo Suñer, en el kommando del garaje; y Manuel Azaustre, Juan Pagés y Piñol, como Blockfriseur (Azaustre también fue barbero en el barracón 13 y limpiador en la oficina de Ziereis). Carlos Cabeza fue puesto al cargo de la pequeña granja de cerdos del comandante, situada al otro lado del muro en línea con el barracón 5.[2] Un español llamado Tomás Tomás Tomás tuvo primero que superar el inconveniente de su nombre («¿Me estás tomando el pelo?», le gritó un SS incrédulo) antes de ser elegido para trabajar en el huerto de las SS, en la terraza que dominaba la vista del campo de fútbol de las SS y el Sanitätslager; como era jardinero profesional, se convirtió en kapo del kommando.[3] Un tal Espí, de Valencia, era responsable de las calderas de la Effektenkammer, donde la red española se tejió de tal manera que fue posible que algún prisionero español recuperara en las duchas algo que había perdido momentos antes en la pavorosa fila donde había sido desplumado como un pollo.

Muchos de los designados lo fueron después de una tensión parecida a la que distinguió la elección de Antonio García. Entre

ellos estuvo el madrileño Manuel García, futuro vigilante del museo de Mauthausen. En mayo de 1941 llevaba trabajando seis semanas en la cantera cuando, en la revista en la Appellplatz, oyó que le llamaban por su número. No supo qué pensar. Otro prisionero que había sido reclamado le dijo que solo podía ser por una infracción, y para recibir 25 latigazos. Pero no: García fue asignado al Baubüro, la oficina del kommando de construcción. No hablaba alemán, pero le habían elegido porque había estudiado ingeniería civil, y en particular construcción de carreteras, en la politécnica. Su trabajo en el Baubüro sería dibujar los planos. El kapo era un verde alemán de origen checo llamado Mariam. Al final de su primer día en la oficina le quedó claro el talante de su Kommandoführer. García había terminado su primer plano y estaba inclinado sobre la mesa del despacho cuando entró el Kommandoführer. Este examinó el dibujo y luego, con un violento gesto, lo arrancó de la mesa. García sintió que se le hundía el mundo. Creía que había fallado y que sería devuelto a la cantera. Pero en lugar de ello el Kommandoführer arrojó el dibujo a la cara del kapo gritando: «¡Esto es lo que yo llamo un buen trabajo!». García conservó el puesto, aunque en 1943 fue trasladado al Baubüro de Gusen. A menudo volvería al Mutterlager para dejar o recoger planos, desplazándose a pie, con acaso uno o dos prisioneros más, acompañado por un único guardia de las SS.[4]

La mayoría de estos prisioneros privilegiados estuvieron, así, trabajando fuera de la fortaleza. Sucedió lo mismo con los ocho barberos asignados a las SS, que pusieron la barbería (Friseurstube) en el parapeto mirando al garaje, al lado opuesto de la oficina de Ziereis. Siete de los ocho eran españoles, que inevitablemente fueron conocidos como los barberos de Sevilla. El octavo era un preso de triángulo rojo, peluquero de profesión que, al ser alemán, fue nombrado kapo automáticamente. Se llamaba Gustav y como había combatido en las Brigadas Internacionales en España, hablaba español. Fue él quien eligió a los españoles. Entre ellos estaban Manuel Carmona, Josep Llombard, Juan Pagés y Felipe Yébenes Romo. Cuando Gustav, como alemán, fue obligado a enrolarse en la Wehrmacht en el frente oriental, Carmona asumió sus obligaciones, que incluían cortarle el pelo a Ziereis. Carmona era muy capaz de seccionarle la garganta, pero sabía las consecuencias que ello

tendría para todo el grupo de españoles. Yébenes también le cortaba el pelo a Ziereis y al menos en una ocasión peinó a la mujer del comandante, Ida, pero el especialista en este dominio era Llombard, que prestó sus servicios a varias mujeres de los SS. Estos hechos dieron lugar a más de una escena surrealista. Llombard era tan admirado como peluquero que todas las semanas lo llevaban a Linz, custodiado por SS, para peinar a las *grandes damas* de la ciudad. En otras ocasiones, Ida Ziereis, u otra mujer de un SS, se veía sorprendida sin arreglar para una *soirée* de las SS o un acontecimiento similar, y reclamaba urgentemente sus servicios. Llombard salía del campo, incluso a las diez de la noche y sin escolta, para dirigirse a la casa en cuestión. Su trabajo merecía por lo general la admiración no solo de la mujer, sino de su esposo, y ella le recompensaba con unos huevos fritos o algo parecido, delante del marido. Llombard se ponía en camino de regreso al campo. ¿Cuáles serían sus pensamientos mientras caminaba por la carretera, aparte de escapar o de la inutilidad de hacerlo? ¿Adónde iría? Su casa era el KL-Mauthausen. No hablaba alemán ni conocía el país, y su destino cierto sería la tortura y la muerte. ¿Por qué sacrificar lo que tenía? Mejor rezar porque siguiera así.

Un prisionero aragonés llamado Manuel (el Maño) fue probablemente el primer español en alcanzar un puesto de kapo. Lo obtuvo en el Baukommando, para construir la muralla, y de este modo logró colocar a otros españoles como kapos. El madrileño Manolo Alamán se convirtió en kapo del kommando de la sastrería. [5] Otro español llamado Checa pasó a ser kapo de las cocinas. Ello permitió al catalán Joan Tarragó, líder del grupo del PSUC en Mauthausen, encontrar ocupación allí. Su profesión era la de zapatero remendón, pero una vez había trabajado en un hotel, y sobre esta base la red española le convirtió en cocinero. En cuanto a Mariano Constante, trabajó en el kommando del crematorio hasta el día, a finales de 1942, en que atrajo favorablemente la atención de Bachmayer. Este ya había elegido a su criado (el prisionero Karl Oliva), pero nombró a Constante criado de su administrativo jefe, el Oberscharführer Willy Weber. Constante, con su habitual falta de modestia, presenta este hecho como excepcional: «Yo era el único español al que le habían dado un puesto tan importante», dijo, olvidándose de otros (Climent, De Diego, Antonio García) que ya

habían obtenido en esa época puestos bastante más notables que el suyo. Los ordenanzas (Ordenanzen) tenían como misión limpiar las letrinas de los SS y ocuparse de su ropa sucia, lo que explica por qué los SS les llamaban *Klosettreiniger*. Con todo, los prisioneros elegidos para esta tarea no podían sino congratularse por su buena suerte.

Manuel García, el vigilante del museo de Mauthausen, siempre negó que existiera una resistencia activa dentro del campo («¡Resistencia, nada!»). Pero teniendo en cuenta que era una red que trabajaba para eliminar a los Verdes y a los Negros de los puestos privilegiados y reemplazarlos con Rojos y Azules, y hacer lo que fuera necesario para mantener la moral y diseminar buenas noticias procedentes de los frentes, ningún miembro del personal de Ziereis se enteró de su existencia. Pierre Daix, en una charla en el Instituto Cervantes de París el 5 de mayo de 2004, dijo lo siguiente: «Los SS nunca descubrieron la Resistencia en Mauthausen, no como en Dachau y otros campos».

3

Un español entra en la Oficina de Administración Central

Pocos hechos fueron más importantes para los españoles que la promoción de Juan de Diego a la Lagerschreibstube. De Diego, como hemos visto, había llegado a Mauthausen el 6 de agosto de 1940, con el primer contingente de españoles; recibió el número 3156. Catalán de Barcelona y miembro de la formación izquierdista moderada Esquerra, luchó en la guerra civil, en el frente de Aragón y después en Madrid, como secretario del coronel Joaquín Blanco Valdés; fue luego trasladado a la 26.ª división («Durruti»), donde tuvo como responsabilidad enseñar técnicas de administración a los anarquistas. Desde su llegada a Mauthausen hasta el 1 de marzo de 1941, trabajó, como todos los demás, en la cantera. Su traslado a la Lagerschreibstube fue el resultado de varias circunstancias afortunadas. En 1940, Bachmayer había escogido como su Lagerschreiber 1 al austríaco de triángulo verde Josef Leitzinger. Provisto del codiciado brazalete L.Sch.1, Leitzinger empezó a trabajar en el barracón 1 a las órdenes del Rapportführer Dostoevski y enseguida se aprovechó de sus privilegios. Obligaba a su barbero a que, desde la puerta principal hasta la Schreibstube donde él estaba, se acercara a cuatro patas, e incluso arrastrándose sobre la barriga. Como tenía libertad para conceder favores, eligió a Mario Arnijas, un tenor aficionado español cuya voz Leitzinger quería oír en la oficina. También lo apreciaba el Gauleiter Eigruber en sus frecuentes visitas al campo.[1] Arnijas fue así reclutado para entretenerlos. Se libró del trabajo más mortífero, pero no por ello le alimentaban mejor, y más adelante se las arregló para ser trasladado a un kommando de servicio, donde comía mejor, y logró

sobrevivir a la guerra.

En el momento en que Arnijas dejó la Schreibstube, en febrero de 1941, propuso que su amigo Juan de Diego heredara el puesto. Este se presentó ante Leitzinger: no cantaba, pero hablaba alemán, que había aprendido con los prisioneros alemanes y oyendo atentamente a los SS; transportaba las piedras mientras conjugaba el verbo *haben*, recitándolo como una oración, lo que en efecto era. La oficina tenía ya un Lagerschreiber 2, el verde alemán Karl Weber, que estaba a cargo principalmente de la composición de los kommandos de trabajo, pero los SS eran por entonces muy conscientes de que habían cometido un gran número de errores al registrar los nombres españoles. Los alemanes se mostraban intrigados también por el «de» de su apellido y suponían que era equivalente al «von». Desde su primer encuentro con Leitzinger, De Diego fue consciente de que iba a trabajar a las órdenes de un perfecto bruto: «Me hablaba, claro está, en alemán, y yo contestaba lo mejor que podía. Luego cometí el error de apoyar la mano en la mesa. Me propinó un golpe, y luego dijo que pegarme era una introducción adecuada al empleo en la Schreibstube».[2] De Diego asumió las tareas, oficialmente desde el 1 de marzo de 1941, del nuevo puesto de Lagerschreiber 3, que también era responsable del Todesmeldung, o Registro de Defunciones. Cuando en junio de 1943 Weber fue trasladado a un Nebenlager, fue relevado por un checo titulado en comercio e ingeniería, Kuneš Pany. Aunque no comunista, Pany era un antinazi destacado que se merecía su triángulo rojo. Después de la muerte de Heydrich, su supervivencia fue milagrosa, tanto más porque Bachmayer era conocido por su odio especial contra los checos, pero debemos suponer que las SS necesitaban a alguien con su talento en lenguas. Dentro de que cualquier oposición abierta era peligrosa, un rojo y un azul competían ahora con un verde en la influencia que podían ejercer en el nombramiento de los kapos. Incluso antes de la destitución de Leitzinger, el nuevo equilibrio dio a la resistencia un impulso vital. Ahora era cuestión, a través de la cooperación internacional, de expulsar a los verdes de todos los puestos administrativos que habían monopolizado hasta entonces.

Ya trabajando en la Lagerschreibstube, Juan de Diego pudo ver de primera mano cómo funcionaba el campo. La sala de asistentes

era responsabilidad del SS-Hauptscharführer Johann (Hans) Haider, que como Schutzhaftlagerschreiber 1 respondía ante Schulz. La oficina del propio Haider estaba, con el resto, fuera de la fortaleza, mientras que el barracón 1, que incluía la sala de asistentes, era el primer edificio a la izquierda después de entrar en la fortaleza por las puertas principales. Como cada barracón, estaba dividido en dos partes, A y B. Entre ambas había un despacho ocasional donde el Arbeitdienstführer (Andreas Trum) y el Rapportführer, u oficial a cargo de la revista, comprobaban y firmaban sus informes. La Stube A incluía el prostíbulo y las perreras de Bachmayer; la Stube B, por su parte, la sala de asistentes y, al fondo, la guarnicionería (responsable de los cordones y los látigos) y la zapatería. La Lagerschreibstube tenía, así, forma cuadrada, con seis ventanas, tres a cada lado. Ninguna imagen adornaba las paredes. Al entrar en la oficina, había tres mesas alineadas a la derecha, con los tres administrativos sentados en orden, dando la espalda a las ventanas: el Schreiber 1 como encargado de los barracones, el Schreiber 2 de los kommandos de trabajo y el Schreiber 3 de las defunciones. Juan de Diego ocupó el sitio más alejado de la puerta. Enfrente del Lagerschreiber 1 estaba la mesa que compartían ocasionalmente Climent (en sus visitas desde la Politische Abteilung) y Georg Streitwolf, un verde alemán a cargo de repartir y recoger el correo (Arbeitskommando Poststelle); Streitwolf, lejos de ser un tipo criminal, era músico y dirigía la orquesta del campo. Frente al Lagerschreiber 2 estaba el voluminoso índice de fichas y ante De Diego se sentaba el Buchbinder, un verde alemán llamado Emil Ressau, que encuadernaba los libros para la biblioteca de las SS. Ressau era un confidente que pegaba a quien podía y que más adelante iba a convertirse en ministro del gobierno de Alemania Oriental. Entre De Diego y Ressau, sobre sus cabezas, discurría una viga de madera no diferente de cualquier otra salvo por los horrores que esta en concreto inspiraba. En el centro se situaba una estufa de carbón y al lado del fichero había un pequeño armario con platos y otros utensilios para los cuatro *prominenten*, que comían en la oficina pero dormían junto a los demás *prominenten* en el edificio contiguo, el barracón 2. Mientras que la vida de un Lagerschreiber era de dicha total en comparación con la de cualquier prisionero normal, estos administrativos tenían que superar también pruebas

difíciles. El trabajo cotidiano era largo: todos los Lagerschreiber empezaban su jornada a las cinco de la mañana y la concluían a última hora de la tarde, y cuando llegaba un nuevo grupo de prisioneros tenían que trabajar sin interrupción durante veinticuatro o treinta horas elaborando las fichas de cada uno. Sin embargo, otras experiencias peores esperaban a Juan de Diego cuando inició su vida como *prominenter*.

Nadie entraba en la Lagerschreibstube, ni siquiera los SS, salvo que tuviera autorización especial para hacerlo. «Los SS se quedaban al otro lado de la puerta como niños», recuerda De Diego. Si alguna vez se franqueaba el acceso a un SS, no podía tocar los archivos, que eran sagrados. La oficina era al mismo tiempo un lugar donde se daban cita todas las barbaridades comunes de cada día. A veces se ordenaba a un prisionero que acudiera allí por una infracción y permaneciera en la puerta en posición de firmes hasta que llegara el Rapportführer, o Bachmayer o el mismo Ziereis. O a veces Bachmayer enviaba a alguno de sus subordinados, Altfuldisch o Streitwieser. En ocasiones, los requerimientos no se debían a una infracción sino a cualquier otro motivo originado en el lado más oscuro de su mente, o a la simple razón de tener algo que hacer. En tales circunstancias, los SS cerraban las cortinas de la Schreibstube. A veces, la estufa candente les servía del mismo modo que a Schulz en la Politische Abteilung, forzando a la víctima a poner las manos en ella o a sentarse encima. Lo más frecuente era que los oficiales de las SS ordenaran atar al prisionero las manos a la espalda, para luego colgarlo de la viga. O también se les ataban los pies a las muñecas, una práctica que, conocida por los SS como *pfahlbinden*, infundía un terror paralizador en los prisioneros. Corría el rumor de que la peor agonía se producía al principio, mientras los hombros sufrían el proceso de dislocación. Por tanto, se recomendaba a la víctima que moviera su cuerpo nada más ser colgado para ayudar a tal dislocación. Aquellos pobres desgraciados habían sido rebajados a tan infrahumano nivel de razonamiento. El cuerpo quedaba suspendido en esa postura durante una hora o más, mientras Juan de Diego, sentado tan cerca que hubiera podido extender la mano y tocar a la víctima, no tenía otra opción que seguir con su trabajo administrativo en la mesa. Cuando el objetivo de la tortura era sacar información al prisionero, Haider o uno de sus dos ayudantes

(los Unterscharführer Stefan Malleschits y Josef Kirsch) estaba presente para escribir la información dictada por el interrogador. Si se necesitaba traducción, era obligación del Lagerschreiber servir de intérprete, sentado a los pies del prisionero y oyéndole gritar. Tal era la esencia de la vida en el KZ: una gran parte de la degradación programada de los prisioneros era dejarlos allí sentados, como observadores de la escena, impotentes para intervenir o expresar el menor signo de humanidad o compasión. Después de unos diez minutos, el dolor era tan intenso que la víctima invariablemente perdía el conocimiento. Una vez abajo, los SS aún no habían terminado su diversión. El prisionero tenía que encontrar por sí solo la forma de salir de la oficina, abriendo la puerta. Si no lo lograba, podía esperar una ronda más de castigo, tal vez la estufa. Pero abrir la puerta significaba girar el gran pomo de esmalte y el prisionero era virtualmente incapaz de mover los brazos. Era aquí donde De Diego podía rendir un pequeño, pero tal vez vital, servicio. Se las arreglaba al salir, o después de que el prisionero hubiera entrado, para que el pomo se quedara de tal forma que, aunque la puerta pareciera bien cerrada, apenas se requiriera una pequeña presión para abrirla. Con ello salvó seguramente alguna vida.[3]

El efecto de este maltrato era duradero. El prisionero se quedaba sin fuerzas, con los hombros dislocados, las manos hinchadas y embotadas. No podía alzar los brazos ni para comer y había que alimentarle como a un niño. Según se iba recuperando, los demás le tomaban de la mano para guiársela hasta la boca, pero al prisionero le era imposible trabajar durante dos o tres meses y estar desocupado era siempre peligroso.

Juan de Diego vivió la singular experiencia de conocer al Reichsführer-SS en persona. Heinrich Himmler, o Reichsheini como le llamaban los prisioneros alemanes (no en su cara), hizo dos visitas a Mauthausen después de la primera de 1938. La primera tuvo lugar el 27 de abril de 1941, justo después de la llegada del primer contingente de judíos y transcurridos solo dos meses desde que De Diego recibió el puesto. Himmler llegó acompañado del doctor Ernst Kaltenbrunner y del Gauleiter August Eigruber, los dos austríacos. En contraste con Kaltenbrunner, que medía dos metros y cuyas cicatrices faciales le daban una imagen terrible, Himmler sorprendió a De Diego por sus modales suaves y burgueses. «El

Reichsführer es muy vulgar», es la impresión que recuerda haber recibido. Moviéndose por el campo con la blanda cortesía que hubiera tenido Eduardo VIII al visitar un orfanato, Himmler mantuvo la calma y la corrección incluso cuando se dirigió al Lagerschreiber 3. Leitzinger presentó a De Diego con las palabras «*Hier ist ein Rotspanier*». Himmler le preguntó si estaba bien y qué tal comía. «Sabía que tenía que hacerme el tonto —recuerda De Diego— y no dar respuestas concretas. Así que me encogí de hombros y lancé un "¡Oh!" de compromiso, en un pobre alemán para dar a entender que no sabía hablarlo. En esa época no sabíamos nada de Himmler, pero sí lo que resultaba seguro y lo que no.» Himmler no mostró reacción alguna, ni siquiera contestó, y siguió su camino. «No había nada especial en su mirada —recuerda De Diego—. Eran los ojos de un burócrata gris. Su arrogancia se mostraba en la forma de levantar la cabeza.»[4] Otros informes indican que aquella visita no fue intrascendente. Ziereis dijo a los interrogadores en su lecho de muerte que Himmler mostró su decepción porque Mauthausen había matado solo al 3 % de prisioneros en un día; el Reichsführer dio ejemplo durante su visita a la cantera al ordenar a un prisionero que se diera la vuelta para cargarle una piedra a la espalda. El relato bien puede ser invención del propio Lagerführer; posiblemente Ziereis tuviera la esperanza de sobrevivir. Mauthausen no tenía todavía cámara de gas, pero acababan de terminarse los suelos y Himmler los incluyó en su inspección. Los tres españoles, entre ellos Baldomero Chozas, que habían trabajado tres o cuatro días en ellos se pusieron frente a la pared, en posición de firmes mientras el Reichsführer, acompañado por Kaltenbrunner, Eigruber y el resto, examinaba su trabajo.[5] Existen pruebas de que Himmler aprovechó también esta visita para probar la eficacia del gas Zyklon-B, eligiendo una celda del Bunker para este propósito.[6] Himmler y su entorno tenían otro motivo aquel día para visitar el Bunker; varios alemanes retenidos en el Arrest estaban acusados de actuar como agentes secretos de los soviéticos, y Himmler quería interrogarlos.[7] También es probable que Ziereis ofreciera a Himmler un ejemplo de ejecución, pues tal era la costumbre cuando se recibía a visitantes de las SS o la Wehrmacht,[8] y si Himmler no visitó el crematorio, Kaltenbrunner ciertamente sí lo hizo, al menos en tres ocasiones.

En cuanto a su última visita a Mauthausen, el 31 de mayo de 1943, el KZ tal vez no hubiera sido su principal objetivo. Desde noviembre de 1940, poco después de la apertura de Gusen I, las SS iniciaron la construcción de un ferrocarril que uniera el campo con la estación de St. Georgen. En 1941, en el transcurso de la construcción, descubrieron un yacimiento de la edad del bronce de 5.000 años a. C. y con los vestigios humanos más antiguos encontrados en Austria. El Kommandant Chmielewski, nada distinguido hasta entonces como un experto en arqueología pero bien informado de la pasión privada de Himmler, dio un brinco ante la suerte que se le presentaba de informar del descubrimiento. El Reichsführer detuvo de inmediato la construcción, fundó un centro arqueológico en Beim Hedl, ordenó la creación de un kommando de excavación y confió el proyecto a un sacerdote austríaco, el doctor en teología Johannes Gruber, que había estudiado historia antigua. Tendría como ayudante a su compatriota Tadeusz Murasiewicz, antiguo director de un instituto en Zakopane.

El padre Gruber, del cercano Urfahr bei Linz, había sido detenido por la Gestapo en 1938 y enviado a Dachau, y de ahí a Mauthausen-Gusen, donde el 20 de agosto de 1940 empezó a trabajar como enfermero (Pfleger) en el Revier de Gusen. En el mismo 1940, el Vaticano logró de Berlín un acuerdo para mejorar el trato dispensado a los sacerdotes, y los de Mauthausen fueron consiguientemente trasladados a Dachau. Sin embargo, el padre Gruber se quedó voluntariamente en Gusen para hacer lo que pudiera por los polacos, en especial los niños, para los que organizó una rudimentaria escuela. Al mismo tiempo, tuvo un papel esencial en la formación de un grupo de resistencia, constituido por los prisioneros polacos, españoles, franceses y belgas que le rodeaban. Entre ellos figuraban tres destacados franceses: el profesor Roger Heim, el fraile carmelita padre Jacques y el poeta Jean Cayrol. Este último, futuro Goncourt de la Academia, llegó en 1943 y debió su vida a Gruber, quien le dio sopa (el célebre potaje Gruber) en los aseos del barracón 20 y le liberó del trabajo pesado al conseguirle un puesto en el Endkontrolle de la fábrica de Messerschmitt.

En su nuevo puesto de director de excavaciones, el padre Gruber procedió no solo a hacer amigos entre los técnicos civiles empleados en la cantera y las fábricas locales de Messerschmitt, sino que

también estableció contacto con elementos de la resistencia de fuera del campo, entre los arqueólogos y el personal de los museos que le habían dejado visitar en Linz y Viena. Les informó de la abominable realidad de Mauthausen y consiguió dinero que introdujo en Gusen y que se usó para sobornar a los kapos e incluso a algunos SS con el fin de que dejaran que la comida llegara a los prisioneros. El proyecto de Himmler no se interrumpió cuando el Kommandant Chmielewski fue trasladado a Holanda. En diciembre de 1942, el Obersturmführer Jehan Beck recibió la responsabilidad de las excavaciones y fue encargado de crear, en Gusen I y en octubre de 1943, un museo arqueológico. Sin embargo, las mejores piezas fueron enviadas a Nuremberg, en diez cajones que llegaron a la estación de Beringersmuehle. Posteriormente fueron depositadas en un lugar seguro en Pottenstein (Oberfranken), en una cueva adaptada al efecto. Poco después, en Viena en marzo de 1944, el padre Gruber fue traicionado y la Gestapo cayó sobre él. Fue devuelto a Gusen, donde el Kommandant Seidler en persona se encargó de torturarlo, eligiendo el Viernes Santo (7 de abril de 1944) para matarle a puñaladas. Su muerte se registró como un suicidio. Himmler rindió una última visita a St. Georgen el 2 de junio de 1944. El padre Jacques vivió para convertirse en jefe del comité nacional francés en Gusen. Habiendo perdido peso hasta llegar a 37 kilos, murió de tuberculosis en el hospital de Linz el 1 de junio de 1945, tres semanas después de la liberación.

El suicidio en un campo de las SS podía ser falso, auténtico o inducido. El barracón 5 de Mauthausen, en el lado norte dentro de la fortaleza, se usó al principio para acoger al Revier en un extremo y a los judíos en el otro. Los prisioneros del barracón 4 tenían una panorámica clara sobre lo que ocurría en el barracón contiguo. En muchas ocasiones, el Rapportführer Franz Kofler, acompañado por el Sturmmann Anton Schimpfossl y el Blockältester Franz Unek, llegaba por la noche para obligar a los judíos a salir del barracón y correr hasta la valla electrificada. La alambrada tenía 380 voltios. Los prisioneros que la tocaban no morían al instante, sino que se quedaban pegados y permanecían allí durante toda la noche, para recibir el tiro de gracia a la mañana siguiente si fuera necesario. Juan de Diego estuvo entre los testigos oculares de los hechos acaecidos en el barracón 5. «Vi cómo dos judíos holandeses,

moralmente rotos por las experiencias que vivieron desde su llegada en mayo de 1941, decidieron que si tenían que morir más valía hacerlo ya. Corrieron hacia la valla, justo debajo de la torre de vigilancia.»[9] Pero otras veces las muertes no podían llamarse suicidios. De Diego recuerda una «corrida», como él la llamaba, cuando vio a los SS rodear a un grupo de prisioneros contra la valla. «Durante dos horas los golpearon para hacerles correr a la alambrada. Vi a algunos con las manos cerca del hilo, rodeándola pero sin rozarla. Rogaba para que murieran pronto.»[10] Otros testigos fueron los prisioneros Fritz Rehn y Franz Gloetzl. Rehn recuerda a Kofler como un notorio antisemita pero, al igual que Schimpfossl, «demasiado cobarde para obligar a salir a quince judíos de una vez. Los sacaba de uno en uno. Tal vez dos o tres si eran un padre y sus dos hijos».[11]

Al ser los caminos de los SS virtualmente inescrutables para el hombre, tal vez sea inútil examinar por qué, en 1943, permitieron de repente y durante un breve lapso que los prisioneros españoles de Mauthausen escribieran a casa. Solo en casos muy especiales se recibieron noticias de un prisionero español enviadas por las autoridades alemanas a sus parientes. De este modo, los españoles fueron tratados como si todos pertenecieran a la categoría *Nacht und Nebel*, incluso aunque solo treinta y tres españoles estuvieran oficialmente clasificados como NN, al ser guerrilleros o miembros de la Resistencia urbana capturados en Francia. Mientras que incluso a las familias de los prisioneros soviéticos se les enviaba un certificado de defunción, los españoles cayeron en la pequeña categoría de aquellos cuyas familias nunca fueron informadas. Acaso como consecuencia de una mayor presión de la Cruz Roja Internacional, los prisioneros se vieron, en las Navidades de 1943, autorizados para escribir a casa. Inevitablemente, les fueron impuestas estrictas limitaciones. Se les permitió que escribieran solo una carta cada seis semanas y que recibieran únicamente una respuesta en el mismo período. Curiosamente, la norma de que la correspondencia tenía que ir escrita en alemán se relajó en el caso de los españoles, que fueron el único grupo al que se dejó redactar las cartas en su propia lengua. Lo que se permitía escribir seguía, por supuesto, unas normas preestablecidas. Una postal o una carta no podía superar las 25 palabras y la primera misiva era escrita al

dictado de los SS. Su contenido, por tanto, no cambiaba nunca: «Estoy bien de salud y aquí todo marcha muy bien», seguido de unas cuantas frases personales e inocuas. Estaba expresamente prohibido que un prisionero señalara el lugar donde se encontraba, o decir que había estado enfermo.[12] Climent, de la Politische Abteilung, era el encargado de examinar las cartas que salían para garantizar el estricto cumplimiento de las normas antes de estampar el *geprüft*. En cuanto a las misivas de entrada para prisioneros españoles escritas en español o francés, la tarea de censor le fue encomendada a Juan de Diego. Las instrucciones bajo las que trabajaba consistían en suprimir cualquier referencia a las retiradas o derrotas del Eje,[13] pero a estas instrucciones De Diego añadió su propia censura: suprimir las noticias de cualquier muerte en la familia que pudiera desmoralizar al prisionero. La responsabilidad global de la censura estaba en manos del SS-Hauptsturmführer Hans Altfuldisch, al mando de los servicios postales, pero sería pedir mucho de un SS que se dedicara él mismo a leer las cartas; además, cuanto mejor fuera el alemán en que estaban redactadas menos las comprendería. Los españoles, por su parte, se aprovecharon de esta breve relajación de las normas. Juan de Diego escribió dos veces: en diciembre de 1943 y en marzo de 1944. Las dos misivas llegaron a Barcelona y recibió dos contestaciones. Después de aquello no se permitió más correspondencia.[14] En cuanto a los paquetes, la Cruz Roja Internacional se veía prácticamente impotente: los SS los robaban de forma sistemática. A Mauthausen llegaron menos paquetes de la CRI que a Auschwitz, y muchos menos que a Buchenwald: unos 250 frente a 38.000; y mientras otros campos empezaron a recibirlos hacia la mitad de la guerra, ninguno llegó a Mauthausen antes de mediados de 1944. Y de todo paquete recibido los SS se quedaban con la mitad y los kapos con media parte de lo restante.

Durante el período en que los españoles pudieron escribir a casa y decirles a sus familias que podían contestarles, muchas de ellas respondieron desde España enviando a los prisioneros los cuponesrespuesta internacionales. Algunos o la mayoría tenían el sello correcto de la oficina postal que los emitió, pero en otros ese sello faltaba. Un día, Altfuldisch, como jefe del servicio postal de Mauthausen, llamó a Juan de Diego a su despacho y le dijo que

envolviera todos esos cupones en un paquete y los devolviera a España. De Diego así lo hizo y remitió el paquete al lugar más lógico, su propia casa, pidiendo a su familia que se hiciera cargo del asunto y devolviera los cupones. El paquete, que llevaba el nombre de De Diego y su número como prisionero de Mauthausen, fue interceptado por la Gestapo en Linz, que llegó a la conclusión de que los cupones eran moneda extranjera y tenían valor real, y que estarían ante un caso de tráfico de dinero por un prisionero del KZ. Enseguida se personaron en el campo, informaron a Bachmayer y este llamó a De Diego a su despacho. De Diego estaba en manos de la Gestapo cuando Altfuldisch llegó a la oficina y explicó el asunto, para satisfacción de la Gestapo.[15]

El trabajo de De Diego en la Lagerschreibstube le puso en contacto frecuente con Climent en la Politische Abteilung, y De Diego pronto descubrió que su compatriota y colega Climent era capaz de un comportamiento bastante irracional, motivado por su necesidad de distraerse. Moriría loco. En dos ocasiones, caminó por la Schreibstube al paso de la oca, con una réplica del bigote de Hitler hecha con un cepillo ennegrecido fijo a la cara mientras gritaba «*Was ist los?*». La segunda (y última) vez que lo hizo, tomó la figura del rincón que le daba la espalda por la de un *prominenter* como él. Pero resultó ser el Rapportführer Kofler. Climent pensó que aquel era su fin. Pero la reacción de Kofler resultó sorprendente: gruñó, pero también se rio, y allí acabó la cosa.[16] Ningún *kazettler* sabía nunca, de un momento al siguiente, lo que le depararía el destino.

4

Españoles en el laboratorio fotográfico y el Bunker

Nada fue, al final, tan importante para la resistencia como la decisión de las SS de elegir a un catalán de Tolosa, Antonio García Alonso, para trabajar en el Erkennungsdienst, o servicio de identificación fotográfica. García había llegado a Francia tras la caída de Cataluña en febrero de 1939. Había sido internado en Barcarès, enrolado en la 32.ª Compagnie de Travailleurs Étrangers y enviado a la Línea Maginot. Allí, como los demás, fue capturado en uniforme francés y remitido, con otros 330 españoles, al Stalag XVII-A, situado en Kaisersteinbruch, al sudeste de Viena, donde el propio Kaltenbrunner había permanecido encarcelado en 1934-1935 acusado de conspiración. Los presos permanecieron allí diez meses, hasta un día en que el comandante del campo anunció que podían felicitarse por la suerte que habían tenido: iban a ser liberados y enviados a un campo de reposo. Entonces, unos 300 fueron embarcados en un tren normal de pasajeros, en segunda clase, donde los trasladaron, el 7 de abril de 1941, a la estación de Mauthausen. La súbita impresión en la recepción en los andenes y la marcha brutal a la fortaleza fueron suficientes para hacerles comprender que ya no eran prisioneros de guerra, ni aquello un campo de reposo.

Después de las formalidades habituales, Antonio García fue asignado no a la cantera sino al Baukommando, que entonces se dedicaba a la construcción de la ampliación sudoriental del campo, conocida por Lager III. En la mañana del cuarto día de trabajo, en ese momento de total confusión después de la revista cuando cada prisionero se apresuraba hacia su lugar en su respectivo Arbeitskommando antes de marchar, llegó un kapo y gritó:

«*Quarante-six soixante-cinq*». García se quedó helado al escuchar su número. Como cualquier otro prisionero, sabía que esa era la única identidad que le quedaba y que su vida dependía de reconocer el número y repetirlo en alemán. Por tanto, estaba doblemente desconcertado, al oírlo y esta vez en francés. Solo más tarde sabría García que el hombre en cuestión era un austríaco de triángulo negro que había servido durante cinco años en la Legión Extranjera francesa, lo que explicaba su detención y que hablara francés. García respondió de inmediato. El kapo se le acercó, le tomó del brazo, verificó la etiqueta con el número del pecho e intercambió algunas palabras en alemán con el kapo del kommando. Luego llevó a García a la entrada principal junto a la cadena en los lados que se usaba para colgar a los hombres. Le dijo que esperara. Eran un requerimiento y un lugar que inspirarían terror en cualquier prisionero. Sobre él pendía la pesada campana de bronce de la torre y junto a la puerta estaba el muro de las lamentaciones; aquel era el sitio de los condenados. Más tarde no podría recordar el tiempo que permaneció allí, petrificado por el miedo a que las SS hubieran cometido un error y fuera a sufrir las consecuencias de la infracción de las reglas por otro prisionero. García estuvo en la entrada mientras la gran masa de prisioneros pasó por ella camino del trabajo, con los kapos marcando el paso («*Eins, zwei, drei, vier*»), y él como mero espectador de la escena. Se fijó en que muchos cojeaban: era una agonía simplemente andar sin calcetines y con esos zuecos de madera. Cuando pasaron todos, se extendió un extraño silencio por la Appellplatz, mientras García seguía allí de pie, empequeñecido y solo, sin dejar de mirar el alto muro de granito. Finalmente, el kapo regresó y le condujo por la entrada a la Politische Abteilung, donde se le hizo acceder a una gran sala habilitada como estudio fotográfico con el más moderno equipo. Allí se encontró cara a cara con Schulz y con el suboficial a cargo del Erkennungsdienst, el SS-Oberscharführer Friedrich (Fritz) Kornacz, que chupaba su pipa. Schulz permitió que otro prisionero, que había combatido en España y al que García iba a conocer como el polaco de triángulo negro Stefan Grabowski, hiciera de intérprete.

Para gran alivio de García, Schulz y Kornacz le preguntaron sobre sus conocimientos en fotografía. García había declarado,

correctamente, en la ficha de registro que había rellenado como prisionero de guerra y que la Gestapo de Viena había clasificado, que tenía formación como fotógrafo; su familia regentaba en Tortosa una tienda de fotografía y su padre le había instruido en el negocio. Sin embargo, los SS estaban ansiosos por encontrar al mejor candidato. Iban a entrevistar a seis prisioneros, se había abierto un concurso y se haría la selección al final de la semana. Se le hizo a García una prueba con materiales fotográficos, mientras Kornacz permanecía de pie a su lado, echándole el humo a la cara. Pese a todo, los SS se quedaron muy impresionados por los resultados de García. «*Gut, Spanier, sehr gut, prima, Spanier!*», gritaba Schulz. Hans Vey, el kapo del kommando que también estaba presente, propuso a los SS que comunicaran a García las órdenes en francés hasta que aprendiera alemán. El resultado fue que Schulz y Kornacz decidieron anular la selección y se quedaron con García, que empezó a trabajar a la mañana siguiente. Como recién llegado a la clase de *prominenter*, primero fue llevado a la Lagerschreibstube para recibir un *drillich* adecuado a su puesto. A García, que era alto, le habían dado uno tan pequeño que las muñecas y los tobillos le quedaban al descubierto, por lo que tenía la apariencia de un espantapájaros. Entonces le dijeron que se probara, delante de un espejo, varias tallas, mientras aguantaba estoicamente las bromas recibidas por su recién estrenada elegancia.

García se encontró así, el 5 de mayo de 1941, trabajando en el Erkennungsdienst, situado en la parte frontal del barracón fuera de la fortaleza que acogía a la Politische Abteilung y que constaba de nueve salas conectadas por un pasillo que pasaba por el centro del edificio. García vería a Schulz con frecuencia, pero nunca entró en su despacho ni en ninguna otra oficina del recinto. De lo que sí pudo dar fe es de los gemidos que frecuentemente salían de allí. De vez en cuando algún prisionero, por lo general judío, salía corriendo por el pasillo y entraba en el Erkennungsdienst antes de ser atrapado de nuevo por los SS.

El trabajo en el Erkennungsdienst variaba, pero sus principales actividades eran de dos tipos: fotografiar y tomar las huellas tanto de los prisioneros como de los que morían, así como dejar un registro fotográfico de las visitas al campo de todos los dignatarios. Los únicos prisioneros que no fueron fotografiados eran españoles,

ya que sus fotografías y huellas dactilares ya habían sido tomadas en los Stalags a los que llegaron. Se instaló una cámara en una posición fija, accionada por una palanca que tomaba tres fotografías de cada prisionero, sentado en una silla, desde distintos ángulos (de frente, de medio perfil y de perfil), con su número puesto al lado para la ocasión; la fotografía de medio perfil se tomaba siempre con el prisionero llevando una gorra. De cada foto se hacían cinco copias (de 18 por 13 centímetros) que eran entregadas a Schulz, quien distribuía cuatro de ellas a los cuarteles generales de las SS en Berlín, Oranienburg, Viena y Linz. En todo el período transcurrido desde la llegada de García al laboratorio en mayo de 1941 hasta la liberación del campo cuatro años más tarde, el oficial SS responsable del Erkennungsdienst era el único hombre con autorización para hacer las fotografías. No había más fotógrafos, insiste García, en ninguno de los Nebenlager aparte del SS responsable de las fotografías de identificación de los prisioneros que llegaban; los ayudantes internos en el Hauptlager servían únicamente para revelar y sacar copias, y luego clasificar y archivar los negativos. La costumbre de fotografiar cualquier incidente producido en el Hauptlager fue abandonada en 1944 y algunos hechos nunca quedaron registrados. No obstante, las fotografías tomadas superaron las 40.000; en una sola ocasión, con motivo de la segunda visita de Himmler en 1941, se sacaron no menos de 4.000 instantáneas. En otras, en un mismo rollo de película aparecía una asombrosa variedad: una ceremonia matrimonial, una electrocución en la valla, una fiesta de oficiales de las SS, un ahorcamiento en las letrinas.

Kornacz, al mando del laboratorio fotográfico, era fotógrafo profesional y al mismo tiempo un bruto de cara enjuta, de un metro noventa de altura y unos veinticinco años.[1] Como asistentes tenía a seis prisioneros cuyo kapo Hans Vey era un austríaco de triángulo rojo y antiguo dirigente del partido socialista. Vey, que había sido trasladado desde el Revier, era músico y tocaba en la orquesta del campo. No causaba problemas a los prisioneros que estaban a su cargo. Como kapo trabajaba como secretario y era responsable de llevar un registro de todas las impresiones en papel y los negativos y de enviar las fotografías a Schulz. Con él estaban tres polacos: Grabowski, que se encargaba de las hojas de contacto; Johann

Gralinski, que ayudaba al kapo a archivar los negativos, y Miroslav Lastowka, que servía en el difícil trabajo del retoque fotográfico, sobre todo en los retratos de los SS. Los otros dos eran españoles: Ruiz, responsable de tener el lugar limpio y que en un momento dado fue sustituido por el checo Wenzel Polašek, y García, que fue promovido a un puesto clave con el encargo de revelar las películas y supervisar las copias y las ampliaciones.

En este puesto, García asumió el trabajo que antes había realizado Grabowski tal vez de forma inadecuada. Rápidamente descubrió que Grabowski, que fue el primer empleado en el laboratorio fotográfico, había empezado a hacer una sexta copia de unas cuantas fotografías seleccionadas, que guardaba en una colección secreta en el techo, oculta tras una viga de madera. Enseguida le dijo a Grabowski que se había vuelto loco: las copias adicionales estarían más seguras en un cajón. Vino a demostrárselo cuando, una vez, Schulz entró en el laboratorio, abrió un cajón, encontró algunas imágenes y preguntó sobre su significado. García respondió que eran de mala calidad y había que repetirlas, una explicación que satisfizo a Schulz.

El continuo temor de todos los miembros de esta privilegiada clase a la que acababa de sumarse García era ser destituidos del puesto y enviados a la cantera. Aunque aún siguió llevando su *drillich* a rayas, García dormía ahora en el barracón 2 con otros 180 *prominenten* y redescubrió el lujo de las sábanas. Cada mañana después de la revista, Hans Vey marchaba con su kommando fotográfico de seis hombres fuera de la puerta principal hasta el Erkennungsdienst, donde todos almorzaban con la comida que el kapo recogía del kommando de cocina de dentro de la fortaleza. Sus raciones, como veremos, superaban los mejores sueños de un prisionero normal. Pero la vida en el barracón 2 no eximía a ninguno de la sórdida realidad de un campo de las SS.

El Blockältester del barracón 2 era un alemán de triángulo negro, bizco y muy mezquino. Aunque jugar a las cartas estaba prohibido tanto para los kapos como para los demás prisioneros, esta costumbre no se había abandonado y el 10 de febrero de 1944, el día en que Johann Zaremba, el Oberkapo de la cantera, fue trasladado al KL-Kauen en Lituania, cuatro o cinco kapos de la Stube B echaron una partida para decidir la propiedad del catamita

de Zaremba, un pequeño y guapo muchacho ruso de diecisiete años que estuvo sentado en el muro llorando mientras ellos jugaban. Tal vez porque iba a ser vendido como un esclavo, o acaso porque, contra toda lógica, le doliera la marcha de Zaremba. Para García fue una escena digna de recordar, ya que en Mauthausen no había sitio para las lágrimas.

La ofensiva de Hitler del 22 de junio de 1941 tuvo lugar semanas después de la llegada de García al Erkennungsdienst, y para su gran alivio Kornacz fue enviado al frente oriental. Fue sustituido por el SS-Hauptscharführer Paul Ricken,[2] y a finales del período en que Ricken ocupó la jefatura del servicio fotográfico entró otro suboficial, el joven y fanático Unterscharführer Hermann Peter Schinlauer.[3] Justo antes de la partida de Kornacz se decidió trasladar el Erkennungsdienst desde la Politische Abteilung al extremo oriental del campo, de nuevo fuera de la fortaleza, a un barracón que no tenía número pero que, si se seguía la lógica, representaba el 25; la zona incluía un depósito, la despensa, varios talleres, perreras y el lugar de ejecuciones. El traslado pretendía ser solo temporal, mientras se llevaban a cabo obras de reacondicionamiento de la Politische Abteilung, pero al final se convirtió en permanente.

Heinrich Friedrich Wilhelm Paul Ricken ha de ser considerado uno de los personajes más complejos que entraron nunca en las SS. Nacido en Duisburgo en 1892 e hijo de un maestro de escuela, había seguido la profesión de su padre, eligiendo como materia las artes y oficios. De su matrimonio con Ida Wulf, tres años mayor que él, tuvo dos hijos, Helmut y Gunther. Ingresó en el partido nazi en 1932 y en las SS en 1935, y fue asignado a Mauthausen el 1 de septiembre de 1939, cuando había cumplido ya cuarenta y siete años. Primero sirvió como contable, antes de ser trasladado al Erkennungsdienst. Según la opinión experta de García, Ricken era un fotógrafo de gran calibre. Más importante es que Ricken nunca le ponía la mano encima a un prisionero, y si lo hacía, los prisioneros notaban que era solo para disimular, como cuando les golpeaba en las orejas siempre que había un SS cerca mirándolos. Para García, Paul Ricken era toda una rareza en Mauthausen, o en general en todo el Totenkopfverbände: un hombre de buenas maneras. Entre los prisioneros que más tarde testificaron en su

defensa estuvo Hans Vey, que afirmó que Ricken le salvó la vida dos veces, y también a Grabowski. «Nos trataba bien, dirigiéndose a nosotros como Sie [término formal en alemán], dándonos libros, cigarrillos, incluso dinero.»[4]

Si el Erkennungsdienst no volvió nunca al barracón de Schulz cerca de las puertas de entrada se debió principalmente a Ricken, que pronto empezó a odiar y a temer a su supervisor y buscó excusas para no volver. Tenía en realidad dos motivos. En primer lugar, deploraba de veras el salvajismo de Schulz. Aunque nunca hubiera asistido a las torturas, le ponía enfermo la visión de las ejecuciones, que tenían lugar a pocos metros del nuevo emplazamiento del Erkennungsdienst, y donde era frecuente que Schulz las realizara en persona. En el paseo que separaba el laboratorio fotográfico del barracón 20 (el Barracón de la Muerte), Ricken fue testigo de numerosos asesinatos, sobre todo de soviéticos, y entonces apartaba la mirada e incluso suspiraba. «*Oh weh!*», exclamaba en presencia de García al ser testigo de ellos. «Devolvía a sus camaradas SS el saludo de *Heil Hitler* —afirma García—, pero nunca nos pegó a ninguno y creo que le debemos la vida.»

El segundo motivo de Ricken tenía un origen bastante diferente: estaba salpicado por la corrupción y le parecía que Schulz lo sospechaba. La corrupción dentro del laboratorio fotográfico consistía en acceder a las peticiones de los SS de que le revelara e imprimiera sus fotografías privadas, y aunque las fotos eran siempre pequeñas y de baja calidad, los precios estaban muy por debajo de los que se cobraban en la tienda del pueblo. Estas fotografías incluían las tomadas privadamente de las atrocidades del campo, que estaban estrictamente prohibidas, y los SS que fueran descubiertos en ello serían hechos prisioneros al instante. No obstante, SS de todas las graduaciones estaban envueltos en esta práctica. Si Ricken no estaba demasiado preocupado por ello era por ser amigo personal de August Eigruber, el Gauleiter de Oberdonau con base en Linz, que a su vez tenía estrecha amistad con el Lagerführer Ziereis. Grabowski, que trabajaba en uno de los dos cuartos oscuros (de manera no oficial), se hacía cargo del tráfico ilegal de Ricken. El pago que recibía, como cualquier otro prisionero que participara, era en la moneda más preciada: comida.

Los SS traían un trozo de pan u otro alimento envuelto en papel, lo colocaban en la mesa y salían sin él. Estas fotografías, en opinión de García, no incluían nunca material pornográfico. Había ciertamente pornografía en manos de los SS, pero era obra de los artistas del kommando de arquitectura y diseño.

En su nueva ubicación,[5] el Erkennungsdienst estaba en el ala oeste (o Stube A) del barracón que compartía con el kommando de desinfección, o Entlausungsanstalt, en la Stube B. La Stube A tenía dos partes. La entrada estaba en la esquina más próxima al lugar de ejecuciones. Detrás de la mesa de recepción y a la izquierda se situaba la mesa del kapo, y detrás de la misma la de retoques; por detrás, en línea con la pared, el armario con sus estantes donde se guardaban todos los negativos. En el centro de la sala estaban la plataforma y la cámara montada que utilizaba Ricken, y al otro lado la mesa utilizada para los brillos. En la parte de atrás, en ambos lados, una puerta daba paso a la segunda parte de la Stube, con el despacho de Ricken en el centro y un laboratorio fotográfico a cada lado: uno era usado por García, con baño y un aseo, y el otro por Grabowski. Una puerta al lado del despacho de Ricken daba al kommando de desinfección que estaba detrás, con una sala para duchas con doce caños.

García tenía razones para alegrarse de que Ricken hubiera sustituido a Kornacz. Aunque el español, como todo el mundo, debía dirigirse al oficial en alemán, Ricken se mostraba indulgente, mientras que su antecesor le castigaba por sus errores gramaticales. Al mismo tiempo, Ricken actuó con criterio profesional para reorganizar el trabajo en el laboratorio, destinando mejor los trabajos según las aptitudes de cada prisionero. Durante todo ese tiempo se mantuvo la tarea secreta de sacar una sexta copia de las fotos. Grabowski consiguió trasladar su colección desde la Politische Abteilung al nuevo lugar, y fue entonces García quien asumió la misión. Una vez Ricken notó que se habían hecho siete copias en vez de las cinco reglamentarias, e inquirió con enfado a García por el hecho. El español contestó (como antes a Schulz) que dos de las siete tenían baja calidad y que había sido necesario rehacerlas. Ricken le advirtió que no debía volver a suceder y rompió en pedazos las dos fotos sobrantes.

Ricken seguía siendo leal al nazismo. Había desplegado en su

despacho un mapa del frente oriental, con marcas junto a Leningrado y Stalingrado. Nunca retiró las marcas. Después de la rendición de Paulus en Stalingrado, los boletines de noticias, que hasta entonces habían sido algo corriente en la vida cotidiana de los prisioneros, se suspendieron repentinamente. Pasaron cinco meses antes de que volvieran a reanudarse, en un momento en que se hablaba de una cruenta batalla en Kursk. Con la ayuda del mapa de Ricken los prisioneros supieron hasta qué punto estaba la Wehrmacht en retirada. Pero si Ricken aún no mostraba dudas sobre el resultado de la guerra, se había empezado a forjar un vínculo entre el captor Ricken y el cautivo García, basado en el mutuo respeto por la profesionalidad del otro y en parte porque Ricken se dio cuenta de que García era consciente de la corrupción que le rodeaba.

El resultado de este vínculo fue que Ricken convino, en otoño de 1942, en aceptar la petición de García de un ayudante para sacar adelante la gran carga de trabajo derivada de los flujos de nuevos prisioneros. García habló del asunto con el catalán Joan Tarragó, que trabajaba en las cocinas y que era su inmediato superior en la red española. Los líderes comunistas que controlaban la red eligieron a otro catalán, Francesc Boix Campo, que ya era *prominenter*.

El carácter de Boix es difícil de valorar, como el de Ricken. Giselle Guillemot, editora del diario parisino *Regards* donde Boix trabajó después de la guerra, lo describe como «un muchacho extravagante, al mismo tiempo introvertido. No sabemos mucho de su vida».[6] Nacido en una modesta familia barcelonesa, aparece en las fotos familiares como un niño extraordinariamente enérgico, revoltoso, pero en su primera correspondencia se muestra amante de su familia, sobre todo de su tía Lola. De joven era «alto, delgado y nervioso», como fue descrito en su comparecencia ante el Tribunal de Nuremberg. También era de ingenio rápido y un tanto pugnaz, algo ideal para el entorno de Barcelona en 1936 cuando empezó la guerra civil. Entonces tenía solo quince años, por lo que cualquier ocupación que consiguiera, en la agencia de fotografía Mayo o en el órgano *Juliol* de las juventudes comunistas, hubo de ser con el grado de aprendiz. Entre sus talentos figuraba un don natural para las lenguas. Refugiado en Francia aprendió, y retuvo, un buen

conocimiento de francés, y en el Stalag adquirió nociones básicas de alemán, de modo que en Mauthausen fue elegido para el puesto de intérprete en el Baukommando, dedicado a construir la carretera de la cantera al Danubio. Boix no quería probablemente cambiar de trabajo, por temor a haber olvidado lo poco de fotografía que sabía y a que se le señalara como un fraude, pero los líderes del Partido habían tomado la decisión. Lo cierto es que Boix tenía poco que temer. Pasó mucho tiempo antes de que pusiera un pie en el cuarto oscuro. En su lugar, se sentó en la mesa de recepción y se hizo cargo de accionar la palanca que cambiaba los ángulos de la cámara de Ricken, de pie a su derecha en la plataforma y moviéndose a sus órdenes, y más tarde lustrando y archivando los negativos.

García estaba ilusionado por contar con un ayudante español, sobre todo si era catalán. De los catalanes se dice que tienen, entre sus virtudes soberanas, pragmatismo, independencia de opinión y, sobre todo, *seny*, un sentido común connatural. Por estas razones, García había presionado a Boix para que aceptara la oferta, pero pronto habría de lamentarlo por motivos que nada tuvieron que ver con la fotografía. García se formó la opinión de que Boix, cuando cruzó la frontera de España a Francia, había contraído la meningitis, una enfermedad que entonces era muy peligrosa y letal para la mayoría de sus víctimas. Los que sobrevivían podían sufrir lesiones cerebrales que explicarían, en el caso de Boix, sus arranques nerviosos. La alternativa es que Boix era desagradable por naturaleza. A finales de 1942, cuando Boix llegó al Erkennungsdienst, el kommando jamás había tenido problemas. Desde entonces abundaron. Y todos ellos tuvieron su origen en el comportamiento de Boix.

El Partido Comunista de España iba a convertir a Boix en un héroe y a Antonio García en un trotskista, un débil de espíritu o un desafecto, según la fuente. Ciertamente, García era un disidente y un marginado, pero el Partido nunca le expulsó ni él tampoco renunció (hasta su muerte en julio de 2000). Sin embargo, más de una vez le desafió para que contara la verdad. En varias cartas dirigidas a Mariano Constante (quien pensó que era mejor no contestarlas), García le hizo un recuento detallado de la conducta de Boix. Como Boix no tenía mucho que hacer en el Erkennungsdienst, dedicaba el tiempo a las intrigas. Su motivación

era principalmente lograr beneficios personales; su método, ganarse el favor de los SS. De ello resultaron numerosas disputas entre los prisioneros, en las que García trató de intervenir para hacer entrar en razón a Boix, pero inútilmente. García escribe: «Su disposición a lamerles las botas a los SS nos ponía enfermos. Siempre que un SS iba a salir del Erkennungsdienst, Boix, y solo Boix, corría para sacarle brillo a las botas, arrodillándose, en una ocasión incluso arrebatándole al SS el cepillo que había cogido. Si había una mancha de polvo, o un pelo, o un hilo, en el uniforme de un SS, Boix se lo quitaba. Cuando el SS salía, los demás del kommando se dirigían a mí para expresarme su disgusto y su preocupación por la fama del kommando a ojos de los prisioneros en general, un asunto de grave importancia».

La efusiva adulación de Boix hacia los SS, nos dice García, no terminaba ahí.[7] Boix se refería a Bachmayer como «nuestro papá». Era como si Bachmayer hubiera tomado temporalmente el lugar de Stalin. «Varios camaradas españoles del Partido —añade García— empezaron a llamar "padre de todos los españoles" al "gitano sangriento".» Poco a poco, García se convencía de que su superior en el Partido, Tarragó, cuando le dijo que Boix era un adulador, un intrigante y un soplón, se equivocaba al no tomar el control de la situación, que empeoraba cada vez más.

El año en que los prisioneros alemanes quedaron campeones en la liga de fútbol, se los invitó, por ser alemanes, a jugar con los SS en el campo de fuera de la fortaleza. Boix informó a García de que había pedido permiso a Bachmayer para que dos de ellos salieran de la fortaleza al domingo siguiente a las dos de la tarde para ver el partido y que Bachmayer había accedido enseguida. García le dijo a Boix que estaba loco y rehusó tomar parte. Boix fue de todos modos. «Era el único prisionero —escribe García— entre una multitud de espectadores formada exclusivamente por SS.»

En otra ocasión, Boix tuvo que ser protegido de su propia audacia. Desde la entrada de Schinlauer en el Erkennungsdienst, este tenía poco que hacer. Todavía muy joven, tal vez de veinte años y, por tanto, de la misma edad que Boix, a Schinlauer le gustaba bromear. También a Boix, que una vez propuso que boxearan juntos. García, que estaba presente, le sacó de allí enseguida, diciéndole que era el deporte más peligroso del mundo.

Si combatía y le daba un solo golpe en la cabeza, o simplemente le abría la guardia, la humillación sería demasiado fuerte para un SS y Schinlauer pasaría a ser, en un instante, de un ser humano a un monstruo. Todos lo eran, tal vez incluso Ricken. Ningún hombre que entraba en las SS volvía a ser el de antes.

La falta de la más elemental prudencia en Boix quedó puesta de relieve otra vez cuando, en el Erkennungsdienst y delante de García, le dijo a Ricken: «Nosotros los comunistas del campo estamos organizados como partido». Esta declaración totalmente innecesaria enfureció incluso a Ricken, quien le espetó: «Lo que sois es un puñado de perdedores, y ninguno de vosotros saldrá vivo de aquí». Cuando Ricken se fue, García le explicó a Boix la enormidad de lo que había dicho. Boix contestó que tenía una confianza absoluta en Ricken. García le replicó que no se podía confiar en ningún SS. Sobre este asunto, García reconoció más tarde que Boix tenía razón, porque Ricken se guardó la confesión para sí mismo, ya que en caso contrario todo el contingente de comunistas españoles habría sido liquidado.[8]

La inclinación de Boix a contar historias a los SS, por otra parte, reflejaba un lado todavía más oscuro de su carácter. Ricken nunca le escuchaba, pero Schinlauer sí, y el objetivo habitual, la víctima de Boix, era Grabowski. «*Grabowski kommen!*», le ordenaba Schinlauer. Grabowski salía del cuarto oscuro y se ponía firme ante Schinlauer. «*Brille ab!*», le gritaba. Grabowski se quitaba entonces las gafas y recibía una fuerte bofetada en cada mejilla. «Boix estaba allí —escribía García—, frotándose las manos con fruición, dejándonos a los demás helados de horror y de furia. Ocurrió muchas veces. Una de ellas, después de que Schinlauer saliera, Grabowski corrió al cuarto oscuro y volvió con unas tijeras enormes. Me las arreglé como pude para sujetarle. Después intenté, una y otra vez, decirle a Boix que dejara en paz a ese pobre hombre, pero sin resultado.» No es descabellado suponer que Boix proporcionó a Schulz la información sobre la mujer de Grabowski que condujo a la mutilación y muerte de este, como veremos más adelante.

Antonio García ha sido acusado a su vez de rencor, irresponsabilidad y hasta difamación contra su colega catalán. Aquellos que lo conocieron afirman que era un hombre íntegro, sin

ningún tipo de maldad, y es significativo que los amigos de Boix, en particular Luis García Manzano, nunca respondieran a las acusaciones de García, que fueron muchas. Entre estas figuró el incidente una mañana en la Appellplatz, con Bachmayer presente. El kommando del laboratorio fotográfico fue alineado con otro kommando, formado por unos veinte de los más exhaustos prisioneros y responsable de zurcir los calcetines de los SS. García reconoció a uno de ellos como el hermano de Gregorio López Raimundo, un dirigente del Partido Comunista catalán. Todos estaban en un estado físico tan deplorable que apenas lograban mantenerse en pie. Cuando Bachmayer ordenó al kommando que iniciara la marcha, casi no podían ni arrastrar los pies. «¡Este lote solo vale para el crematorio!», vociferó Bachmayer. Los SS que formaban respondieron con una risotada, e incluso algunos prisioneros. Entre ellos Boix, al lado de García, «retorciéndose de risa y sumándose a ellos».

Hubo más, y peor, como veremos. Las ejecuciones que tenían lugar junto al Erkennungsdienst dieron nuevas oportunidades a Boix, y en este traicionero asalto a su compatriota Climent superó todos los límites. Pero si Boix pudo más tarde salvar su reputación, y ciertamente lo logró, fue porque intervino en otros incidentes que redundaron en su favor. Cuando más tarde se hizo kapo del Erkennungsdienst (en una época en que sus actividades eran muy reducidas), tuvo la responsabilidad de acudir al kommando de cocina dentro de la fortaleza para recoger la comida de los prisioneros del laboratorio. Al oficial SS a cargo de la cocina le gustaba hacer fotografías y para ahorrarse dinero se las llevaba a Ricken. Como resultado, el SS empezó a dar a los prisioneros del laboratorio fotográfico no solo raciones extra, sino incluso más comida de la que eran capaces de consumir. La ironía de tener un excedente de alimentos mientras miles de compañeros morían de hambre no les pasó por alto a los siete hombres del kommando fotográfico, y lo cierto es que nada se desperdiciaba ni se devolvía. Fue Boix, de nuevo, quien se aseguró de que el sobrante llegara a su red. Inevitablemente, este tráfico de fotografías privadas fue descubierto, por Ziereis en persona. Dejándose caer un día por el Erkennungsdienst, el Lagerführer descubrió algunas fotografías privadas en las que, aunque no se mostraban atrocidades, se podía

ver a SS haciendo payasadas, como era pretender clavar la bayoneta a otro por el trasero. Furioso por la frivolidad, Ziereis mandó rápidamente a García y a Boix a la Strafkompanie, en la cantera. Parecía el fin del camino para los dos. García iba a sufrir la realidad de la cantera por primera vez y estaba aterrorizado. Pero al día siguiente Ricken convenció a Ziereis de que necesitaba su ayuda en el laboratorio, y para su inefable alivio, ambos prisioneros fueron liberados y devueltos al Erkennungsdienst.[9]

El vital cometido de García siguió adelante. Tenía sin duda alguna idea de la importancia que conservar las fotografías tendría para el futuro, siempre que este perteneciera a alguien distinto de la Alemania nazi. Lo que no podía adivinar es que aquellas imágenes iban a ser, a la postre, casi el único registro fotográfico de un campo de las SS en funcionamiento: la colección de Mauthausen sumó, de hecho, más instantáneas que todos los demás campos SS juntos.

Con Climent en la Politische Abteilung, Juan de Diego en la Lagerschreibstube y Antonio García en el Erkennungsdienst, podría haberse dicho que los españoles se habían asegurado los puestos más privilegiados que podía tener un grupo nacional en Mauthausen para preservar la historia del campo. Debe mencionarse a un cuarto español: Ramón Bargueño, diferente de los otros tres, que fueron elegidos por su inteligencia o experiencia. Bargueño, un hombre sin cultura, simplemente tuvo suerte, pero desde el momento en que se le escogió, con la aprobación de King Kong, para el puesto de responsable de la caldera (*Kalfaktor*) de la prisión, a menudo fue el único testigo superviviente de las atrocidades cometidas en ese edificio, todas ellas grabadas en película por el fotógrafo de las SS Paul Ricken, cuyas visitas fueron frecuentes. Bargueño fue trasladado al Bunker el 31 de agosto de 1943 (día de su cumpleaños) y estuvo allí hasta el final, con la excepción de los momentos en que llegaban prisioneros de guerra del frente occidental, en especial 47 holandeses, británicos y estadounidenses en septiembre de 1944. En esos momentos, reconoce, él y sus ayudantes eran sacados del Bunker. Su declaración pone fin a un conflicto entre los supervivientes que subsistía más de cincuenta años después de la liberación. Juan de Diego no puede ocultar su desprecio por Bargueño, por la mediocridad de su testimonio publicado.[10] Bargueño responde que

esta acusación es injusta e insiste en que De Diego nunca entró en el Bunker: «Lo más cerca que se dejaba acercarse a un *prominenter* era hasta la reja de la puerta exterior». En este asunto Bargueño no solo se contradice a sí mismo, sino que omite el hecho de que, cuando los prisioneros aliados fueron recluidos allí, se le ordenó a él (Bargueño) que saliera y a De Diego (con el propósito especial que veremos) que entrara. Es, por tanto, necesario reconocer que los dos son los únicos testigos supervivientes de los acontecimientos ocurridos en el Bunker y que, cada uno, en opinión del autor, presenta los hechos con la máxima precisión de que es capaz.

Bargueño describe con horror el momento de su llegada al Bunker, porque el prisionero de la segunda celda de la derecha del ala de internos estaba muriéndose por las heridas que le habían infligido los perros de las SS, y poco después llegó el kommando del crematorio para llevarse el cuerpo. Bargueño conoció entonces a su compatriota Ángel Chacón, de Aranjuez, que había trabajado en el Bunker desde el año anterior. No dice mucho de Bargueño que, en el relato que publicó, no se refiriera a Chacón por su nombre. Los dos españoles se tomaron antipatía en cuanto se conocieron, por el enfado de Bargueño contra Chacón ante su insistencia de que era él quien estaba al cargo y su indiferencia hacia el sufrimiento de los prisioneros. Una de sus discusiones fue interrumpida por un SS, que les dijo que estaba cansado de sus continuas pendencias y les ordenó que se desnudaran y pelearan hasta el final, de forma que el ganador sería nombrado kapo. Muy aventajado en tamaño, ganó Bargueño, pero su mala relación se prolongó hasta enero de 1945, cuando Chacón dejó el Bunker y fue relevado (en marzo) por otros dos españoles. El trabajo en el Bunker era de una gran variedad: consistía en lustrar las botas de los SS, limpiar la antesala y los lavabos, llevar la comida a los SS y a los prisioneros del Bunker y trasladar la ropa de los que habían entrado en la cámara de gas hasta el kommando de desinfección; esto último lo hacía Bargueño con una carretilla que llevaba a través de la puerta principal y a lo largo del muro, siguiendo el mismo camino que tomaban los prisioneros para ir al laboratorio fotográfico. Bargueño, que comía en el Bunker pero dormía en el barracón 12, estuvo así en contacto con otros participantes clave, sobre todo Francesc Boix, en el laboratorio fotográfico. La relación entre estos dos miembros del

Partido fue de gran importancia para conservar las fotografías robadas.

5

Fricción internacional y el prostíbulo

Los españoles, como otros grupos nacionales, estaban agrupados, en los barracones 9, 11, 12 y 13, pero pronto entraron en contacto con los demás grupos y descubrieron lo mismo que el resto: la solidaridad internacional se enfrentaba a toda clase de obstáculos, porque los grupos nacionales eran, por lo general, incapaces de liberarse de los prejuicios y de la animosidad. Los checos no olvidaban Munich y se mostraban resentidos con los franceses; también podrían haberlo estado con los británicos, pero en Mauthausen todavía no había británicos y, además, su resentimiento se mitigaba por el hecho de que Gran Bretaña no daba muestras de rendirse. Los polacos recordaban la «guerra boba» y compartían los sentimientos de los checos. Los alemanes y austríacos culpaban a los franceses de haber sido derrotados. Los rusos, que empezaron a llegar a finales de 1941, eran partícipes de la mayoría de estos sentimientos. En cuanto a los españoles, cuya experiencia de Francia se limitaba a los campos de concentración y al servicio bajo contrato, su resentimiento era profundo. La ignominia de la caída de Francia y la realidad de Vichy convirtieron la francofobia en una pasión en el campo en la que podían complacerse casi todos los prisioneros. Razola y Constante escriben que a ojos de muchos grupos nacionales los franceses simbolizaban la «no intervención en España, el abandono de Polonia, el rechazo a las obligaciones de los tratados y el espíritu colaboracionista». El resentimiento se dirigía no solo contra Francia en abstracto sino individualmente contra los franceses. Varios supervivientes de este país lo atestiguan. Jean Laffitte escribe: «En general, todo el mundo odiaba a Francia. No encontramos sino indiferencia, desprecio y

odio. En opinión de la mayoría de los españoles, éramos un puñado de bastardos». En Buchenwald-Dora, Jean Mialet habla del «mal francés», que hizo de Dora su cementerio. «Es cierto que en proporción caían más deprisa que los demás. Su indisciplina, su incapacidad para unirse, creo, no eran ajenas a esta siniestra singularidad.» En Mauthausen, Pierre Daix atribuye la mala imagen del contingente francés al hecho de que en su mayoría no estaban en la Resistencia; habían sido atrapados en alguna redada policial o simplemente tomados como rehenes en las calles como represalia a alguna acción antifascista, y habían llegado al peor de los campos completamente aterrorizados.[1] Paul Tillard, periodista como Daix, escribe que la situación era todavía peor por causa del Negus (Palleja Caralt), el kapo español, brutal y estúpido, que dirigía contra los franceses su rencor por todo lo que había pasado en un campo de concentración en Francia. Estos acerbos juicios, sin embargo, se compensaban con la opinión de Juan de Diego, quien advierte una diferencia en Mauthausen entre los franceses de los primeros grupos y los hombres y mujeres de la Resistencia francesa que llegaron en expediciones posteriores. El acuerdo alcanzado entre gaullistas y comunistas («nada de disensiones entre franceses») produjo una solidaridad nacional y una resolución más firme, con el resultado de la recuperación de la buena fama de los franceses.[2]

En cuanto a los italianos,[3] no fueron enviados a Mauthausen en número importante hasta la capitulación de Italia en septiembre de 1943, y así fueron el último grupo nacional en llegar, aparte de los judíos húngaros y griegos que eran marcados para su rápido exterminio. Para los italianos, el nombre de Mauthausen tenía ya una nota sombría: al lado del pueblo, en la parte opuesta al campo de las SS, se extiende un cementerio militar donde, durante la guerra en Italia de 1915-1918, murieron de inanición varios miles de prisioneros italianos. Entre los traídos ahora a Mauthausen había muchos comunistas y miembros capturados de la Resistenza, pero también otros muchos que fueron, ellos también, víctimas pasivas de redadas. Tal vez porque los italianos llegaron tarde, en un momento en que la solidaridad internacional ya había echado raíces, no fueron objeto de especiales críticas, pero un superviviente francés escribe que al llegar solían ponerse a llorar y a implorar a la

Madonna, por lo que empezaron a ser conocidos como mozuelas o mujercitas. Los españoles solían ser más duros en su valoración. Cuando llegaron los primeros italianos, en septiembre de 1943, los españoles les mostraron su resentimiento; no entendían por qué estaban allí y en Gusen los apalearon. Lo que solía diluir este rencor era el surgimiento de otras enemistades y la constatación de que los SS disfrutaban de lo lindo con esta animosidad, que ellos y sus agentes alentaban siempre que podían.

En lo referente a los soviéticos, no hubo en Mauthausen ningún grupo tan grande ni tan disgregado. La mayoría llevaban la letra R en el triángulo rojo, y los demás SU. Los prisioneros R eran civiles y los SU antiguos soldados del Ejército Rojo. Pocos de los prisioneros R merecían el triángulo rojo. Muchos eran ucranianos (descritos por Juan de Diego como mucho peor educados que los rusos),[4] que habían sido encarcelados en Kiev y Jarkov por diversas felonías y que luego fueron hechos prisioneros por los nazis. Los alemanes les ofrecieron la libertad si se avenían a trabajar en Alemania. Ellos consintieron. Pero muchos estaban acostumbrados a robar y en Alemania siguieron con sus ocupaciones habituales; fue así como terminaron en Mauthausen, ya fueran culpables individualmente o no. Esos jóvenes eran mayoritariamente sanos y robustos, pero los años de vida en los campos de concentración los volvieron degenerados. Los cautivos SU eran prisioneros de guerra a los que se les había dejado elegir entre morir de hambre o alistarse en el ejército del general Vlasov. Cuando una vez en la formación de Vlasov desertaron o no cumplieron las órdenes fueron también enviados a Mauthausen.

Los primeros prisioneros de la Unión Soviética, 2.000 en número, llegaron a Mauthausen a finales de 1941. Estuvieron aislados del resto y no aparecieron en la Appellplatz para la revista, pero su llegada fue comunicada a Ziereis en la explanada de la revista. Delante de los prisioneros, Ziereis reaccionó con sorpresa y rabia. En ningún campo había prisioneros rusos, gritó, así que ¿por qué en Mauthausen? Antonio García estaba frente a la puerta del barracón 2 cuando Ziereis espetó al Lagerältester que tenía solo diez días para matar a los 2.000. Era un trabajo para los kapos, gritó, no para los SS. El Lagerältester cumplió la orden en el tiempo prescrito, forzando a los soviéticos a ejercicios físicos hasta que

todos murieron de agotamiento.[5] Con independencia de la reacción de Ziereis, los prisioneros soviéticos siguieron llegando a Mauthausen. Una fotografía de las SS que sobrevivió a la destrucción muestra un contingente de varios centenares de prisioneros soviéticos alineados en la Appellplatz en otoño de 1943; se les está obligando a responder con el saludo nazi a un hombre de pie en un estrado, pero uno de ellos saluda con el brazo izquierdo, en un claro acto de desafío.[6] El destino, en 1943, de otro contingente de prisioneros rusos fue revelado en el Tribunal de Nuremberg. Este grupo, en el que había oficiales soviéticos y comisarios políticos, fue deliberadamente bien tratado y bien alimentado. Vestidos con sus uniformes, que habían sido limpiados y planchados para la ocasión, los rusos fueron llevados a la cantera y se les dijo que cogieran piedras de veinte kilos, pero con cuatro hombres por piedra. Allí estaba el fotógrafo de las SS para hacer fotografías, con la idea de enseñar a la Cruz Roja Internacional y a otras instituciones que los prisioneros de guerra soviéticos estaban siendo sometidos a un buen trato. Inmediatamente después de las fotografías, los presos soviéticos fueron llevados a la cámara de gas.

Entre los españoles —no es fácil de admitir, pero así lo hicieron Amat Piniella y Alfaya—, los de diferentes sustratos (presumiblemente políticos más que sociales) dieron en caer en pendencias inútiles. Al mismo tiempo, los españoles sentían un desprecio común por los polacos, que en 1940 eran el único grupo, aparte de alemanes y austríacos, que tenía algunos kapos. En parte, este hecho se debía a que los polacos hablaban un alemán rudimentario. Al mismo tiempo, como hemos visto, estos kapos fueron elegidos completamente entre los que llevaban triángulos verdes y negros, que formaban una especie de banda internacional, y los polacos elegidos eran verdes. Incluso entre los polacos con triángulos rojos había muchos a los que se les habría dado la insignia verde; recibieron el rojo simplemente porque habían sido detenidos fuera de Polonia. El antagonismo hacia los polacos era común entre los europeos occidentales, que los llamaban «cólera», e incluso en 1995, con motivo del cincuenta aniversario de la Liberación, estos sentimientos no se habían olvidado. El padre Michel Riquet da fe del sentimiento antipolaco del campo. La razón principal por la que se los despreciaba, dicen otros, es porque

demasiados de ellos eran confidentes de las SS.[7] Razola describe a los kapos polacos como reaccionarios que mostraban una fuerte antipatía por los españoles. Sinca Vendrell escribe sobre el comportamiento egoísta de los polacos en general, que trataban a los españoles como si fueran sus peores enemigos. Juan de Diego los describe como «ultracatólicos que a los ateos nos odiaban».[8] Jean Mialet recuerda que los sacerdotes polacos no eran mejores que sus compatriotas, y que incluso los curas franceses llegaron a despreciar a sus correligionarios.[9] Michel de Boüard se refiere a ellos en términos todavía más duros: «Una especie de divino egoísmo parece haberlos llevado al aislamiento. Querían guardarse los mejores puestos que habían conseguido. Sus líderes, en su mayoría oficiales en la reserva, conservaban la arrogante autocomplacencia que les había costado ya tan cara. En lo que respecta a antisemitismo, muchos eran iguales que los SS». Gino Valenzano es igualmente crítico: «Antes de llegar a Mauthausen, tenía en alta estima a la nación polaca, pero en Mauthausen, donde conocí a miles y miles de polacos, cambié de opinión. Eran, sin una sola excepción, tan brutales que solo podía comparárselos con los alemanes. Por muy ultrarreligiosos que fueran, en Gusen robaban la comida de los demás prisioneros y los predestinaban a la muerte. En los últimos meses de la guerra tuvieron ocasión de servir como voluntarios en las SS; mientras que los demás rehusaron, casi el 30 % de los polacos dio un paso al frente. Estaría dispuesto a cambiar mi acusación si uno solo de los supervivientes de Mauthausen o de los demás campos pudiera presentar un juicio sobre el comportamiento de los polacos que contradijera al mío». Para terminar con una nota positiva, su solidaridad nacional (como la de los rusos) fue intensa. Si un prisionero se peleaba con un polaco, terminaba viéndoselas con todo el grupo.[10]

Los SS, siempre en busca de alguna distracción, vieron el uso que podían sacar del *Puff*, o prostíbulo del campo, para inspirar celos sexuales entre las filas nacionales. El deseo sexual era, para la gran masa de prisioneros, uno de los primeros que habían aprendido a excluir de sus vidas. Cuatro quintas partes de los prisioneros estaban demasiado débiles para siquiera pensar en el sexo. Poco más de doscientos visitaron el prostíbulo. Esta unidad estaba alojada en el barracón 1, en el lado opuesto de la

Lagerschreibstube, de forma que era la primera unidad que se veía a la izquierda al entrar a la fortaleza pasada la entrada principal. Las prostitutas, en número de nueve, con una décima asignada a Gusen, [11] eran todas arias (alemanas, austríacas y polacas) con la excepción de una gitana,[12] y habían llegado de Ravensbrück el 11 de junio de 1942. De nuevo con una sola excepción, todas eran jóvenes y bonitas, o tal vez solo lo parecían para unos clientes que pertenecían a la categoría de los abstinentes de amores; al menos las mujeres se acicalaban bien, porque disfrutaban de los servicios de un peluquero. En su mayoría habían sido detenidas y encarceladas por delitos criminales, aunque dos de las alemanas fueron clasificadas como políticamente peligrosas. Habían caído en la trampa de presentarse voluntarias para servir durante un tiempo fijo en el prostíbulo a cambio de una promesa de libertad, y entonces habían descubierto lo que significaba la libertad en Mauthausen. Eran cuidadas por dos mujeres SS, que no eran enfermeras, y su único ejercicio consistía en paseos, uno por la mañana y otro por la tarde, con escolta de las SS, en el estrecho espacio entre los barracones 1 y 2. No se permitía a ningún prisionero que se acercara a ellas, y en la práctica rara vez se las veía a la luz del día. Recibían mejor alimentación que la mayoría de los prisioneros, e incluso tomaban aperitivos y vino.

El prostíbulo, en Mauthausen y en los demás lugares, tenía dos funciones: permitía a los SS recoger información del mercado negro del campo y de cualquier organización de resistencia, y concedía un privilegio más a los kapos y los *prominenten*, aunque los no alemanes rara vez eran admitidos. Ello se debía a que pocos de los *prominenten* no alemanes ganaban dinero,[13] y la admisión costaba 2 reichsmark; el prisionero pagaba por adelantado y recibía un tíquet.[14] El prostíbulo abría todos los días de la semana, apenas dos horas, de las seis (cuando se tocaba un silbato) a las ocho de la tarde. Cada mujer tenía un cubículo separado en el que vivía y debía atender a diez hombres al día. Ello significaba que cada cliente tenía doce minutos contados y no podía elegir mujer. El cliente entraba al prostíbulo escoltado por un guardia SS a través de su única puerta, que estaba enfrente del muro de la fortaleza. Un ancho pasillo servía de sala de espera, donde el Blockführer,[15] sentado detrás de una mesa a la izquierda, examinaba el tíquet y

verificaba el número y la nacionalidad del prisionero en su lista. El Blockführer ordenaba entonces al prisionero que se bajara los pantalones («*Zeige dein Saufenchel!*») para mirarle el pene, que podría requerir, en la considerada opinión del Blockführer, una inyección inmediata. Entonces se le daba al prisionero una tarjeta con el código del cubículo al que tenía que entrar cuando se le llamara por su número. Se abría una cortina y accedía a lo que era el hogar y el lugar de trabajo de la mujer. Su habitación no tenía más que una cama y una silla; la habitación era poco más que la cama, y la cama demasiado estrecha para dos personas. Las ventanas tenían barrotes. En cada celda se había instalado por orden de Ziereis un orificio para mirar, con el fin de controlar posibles intercambios de mensajes. Tan solo una cortina daba al visitante un sensación de intimidad y cuando sus doce minutos se consumían podía verse sacado por los tobillos, desnudo, a la sala de espera seguido de sus ropas. Al menos un visitante salió del prostíbulo impresionado por su orden y decoro. Hermann Franz Josef Pister, el Lagerführer de Buchenwald, visitó el recinto en 1943 y decidió introducir un servicio similar en su propio Lager, con algunas modificaciones que pensaba que lo mejorarían.

Hubo un reflejo del prestigio creciente de los españoles en el campo cuando un número de ellos recibió tíquets, que pudieron ser o no bonos especiales que les permitían acceder únicamente a mujeres elegidas. El prisionero Paul Tillard describe cómo un incidente, que bien podría haber quedado en el dominio de lo burlesco, degeneró hacia un conflicto violento. Los kapos y *prominenten* alemanes, que no habían echado en saco roto su educación nazi, se asustaron ante la idea de que prostitutas de pureza racial alemana fueran ultrajadas por *untermenschen*, y convencieron a las prostitutas de que rehusaran acostarse con los españoles. Cuando estos protestaron, ambos bandos llegaron a las manos. Los SS sacaron a rastras a los seis portadores de los tíquets y los colgaron, y el prostíbulo volvió a la actividad normal.

Fueron los españoles, junto con los checos, los que recuperaron las buenas maneras en estos odios internacionales. Ningún grupo nacional había sido sometido a las pruebas que hubo de pasar el español. «Todos sabíamos, en el viaje desde Francia, que íbamos a ser enviados a campos nazis —afirma el superviviente Juan de

Diego—, pero creíamos que iríamos allí a trabajar, no a ser apaleados sin descanso hasta el agotamiento.»[16] La mayoría de los españoles que murieron en Mauthausen eran meros supervivientes de la guerra civil española, no miembros de la Resistencia española en Francia. Pero ya llegaran a Mauthausen en la primera o la segunda categoría, nunca hubo dudas acerca de sus sentimientos por Alemania. Tampoco los checos perdieron de vista quién era el enemigo y los verdes tenían buenas razones para temerlos. Después de la emboscada contra el lugarteniente de Himmler, el SS-Obergruppenführer Reinhard Heydrich, el 4 de junio de 1942, los checos fueron víctimas de terribles represalias, en Mauthausen y otros lugares de la Europa ocupada por los nazis. Mientras Heydrich se debatía entre la vida y la muerte, los SS reaccionaron en la primera noche posterior al ataque entrando en el barracón 9 (que era principalmente, aunque no totalmente, checo) con el grito: «*Sämtliche Tschechen heraus!*» («¡Todos los checos fuera!»). El checo Premysl Dobiáš, con admirable presencia de ánimo, contestó de repente en francés. «*Qu'est-ce qui se passe? Qu'est-ce qui se passe?*», preguntaba con excitación a un SS, quien simplemente le apartó de su camino. El truco resultó: los SS le dejaron en paz mientras buscaban a los demás, a los que les dieron una paliza, a algunos hasta matarlos. El resto fue enviado a la Strafkompanie para trabajar en la cantera. Pero todavía no era suficiente. A su vuelta a la fortaleza por la tarde, les hicieron practicar ejercicios físicos hasta las tres de la mañana y les dejaron dormir solo dos o tres horas. Aquello duró cerca de un mes, durante el cual los checos cayeron como moscas. En septiembre, 135 mujeres checas sanas (unas 75 u 80 de Lidice) llegaron a Mauthausen y estuvieron tres días en el Bunker antes de ser gaseadas.[17] En octubre, la furia nazi todavía no se había extinguido. El 23 de octubre, un convoy de 261 checos, hombres, mujeres y niños, llegó a Mauthausen desde Theresienstadt. Se recibieron órdenes de la RSHA para que las 160 mujeres y niños fueran enviados de inmediato a la cámara de gas. Las mujeres habían llegado alegres y desafiantes, y claramente no tenían ni idea de lo que les esperaba. Franz Suslak, el kapo de triángulo verde del kommando del crematorio, las vio al día siguiente desnudas y apretadas unas contra otras en la entrada de la cámara de gas, las madres abrazando a sus hijas, mientras el doctor

Krebsbach, llegado para la operación, «soltó una carcajada diabólica».[18] Fassel, ayudante de Schulz, también intervino personalmente. De los 3.000 checos que había en Mauthausen antes del ataque contra Heydrich, apenas 300 seguían con vida en 1944. En su mayoría se trataba de *prominenten*, cuyas habilidades eran necesarias, y así conservaron sus puestos. Entre aquellos *prominenten* checos estaba Drahomir Barta, que llegó en el mismo contingente del 23 de octubre de 1942; más tarde fue asignado a Ebensee y el diario que Barta fue capaz de mantener, y conservar, sobre los hechos en Ebensee es uno de los más preciados registros que sobrevivieron a la guerra.

6

Búsqueda de solidaridad

La organización española se enorgullecía de que desde los inicios de 1943 todo español que entrara en Mauthausen podía contar con su ayuda. A mediados de 1943 vio la llegada de los primeros españoles detenidos en Francia por actividades en la Resistencia; el primero fue un minero convertido en guerrillero que respondía al nombre de Felipe Amable Martínez, que fue enviado a Ebensee donde se las arregló para organizar allí la resistencia. Aquellos hombres trajeron a Mauthausen un nuevo idioma: el de sabotaje, emboscada, descarrilamiento pero, sobre todo, esperanza, supervivencia y liberación. Esa evolución produciría un frenesí todavía mayor en los SS. En 1943, un contingente de unos 1.200 prisioneros franceses arribó a Mauthausen en medio de la noche. Se dice que algunos de los presos se habían fugado durante el viaje. Se hizo permanecer en pie a todo el convoy a lo largo del muro detrás de los aseos, desnudos, mientras los SS —Emil Hub, Hans Jung y Franz Kofler, todos Unterscharführer, fueron identificados más adelante— los apaleaban con barras de hierro y porras de goma. De aquel grupo solo diez o doce sobrevivieron.

Entre los recién llegados detenidos en la Resistencia francesa había algunos miembros muy activos de la CNT anarquista. José Ester Borrás, por ejemplo, fue llevado a Mauthausen en el mismo contingente que los comunistas Josep Miret Muste y Luis Montero. [1] Mientras que Miret fue despachado a Floridsdorf, Ester y Montero fueron asignados en septiembre de 1943 al kommando interno de la armería de los SS; este kommando de dos hombres era responsable del trabajo de limpieza. Ester empezó a organizar a aquellos españoles que, por motivos ideológicos, habían rechazado

unirse a la organización dirigida por los comunistas, mientras que Montero, un capitán de milicias del ejército republicano durante la guerra civil que ha sido descrito como «organizador infatigable y ejemplar hombre de acción», se convirtió en el alma de la formación militar española.

Con la llegada de los guerrilleros de la CNT, las viejas disputas entre comunistas y no comunistas españoles empezaron a remitir. Ester y Montero, como representantes de sus respectivos comités, trabajaron juntos no solo en la armería sino también en la organización secreta, y en la primavera de 1944 se formó un «comité de unión nacional» español. Este comité estaba formado por dos comunistas (Ángel Sánchez y Fernando Fernández Lavín), dos anarquistas (Capdevilla y Ester) y dos socialistas o republicanos cuyos nombres no han sido registrados.

El mismo día que se formó el comité nacional se constituyó también un comité internacional. No sin dificultad, ya que algunos comunistas alemanes consideraban demasiado arriesgada la empresa, entre ellos Franz Dahlem, miembro del Comité Ejecutivo del Comintern, especialmente sensible a los peligros.[2] Había llegado a Mauthausen en marzo de 1943 con la designación de *Rückkehr Unerwünscht*, pero en vez de aplicarle el exterminio fue asignado al kommando del Baubüro. La política de las SS de conservar la vida, o retrasar la ejecución, de muchos de sus prisioneros más conocidos (Dahlem, Heinrich Rau, Ernst Thaelmann, Jorge Semprún)[3] ha intrigado a otros supervivientes, que la atribuyen al deseo de mantenerlos como rehenes.[4] El comité internacional tenía un fuerte dominio comunista y todos sus dirigentes que sobrevivieron tuvieron importantes funciones en sus respectivos países después de la liberación. En el momento de su creación, el comité estaba formado por tres comunistas austríacos (Josef Kohl, Hans Maršálek y un tal Mayer) y un checo (Artur London). El predominio de austríacos era lógico, ya que estaban en mejor posición de establecer contactos con la Resistencia austríaca. En cuanto a London, después de su detención en París en agosto de 1942 había sido enviado, en septiembre de 1943, a la prisión de Blois, luego al campo de castigo de Neue Bremm cerca de Saarbrücken durante un mes y, el 26 de marzo de 1944, a Mauthausen. Su llegada entre tantos comunistas españoles y

antiguos miembros de las Brigadas Internacionales —Dahlem había sido un notorio participante en las mismas— debió de parecerle una reunión de antiguos alumnos. Los españoles le protegieron dándole el puesto de Blockschreiber del barracón 6, donde había un gran número de españoles.

El comité internacional no tardó en caer presa de desavenencias internas poco después de su creación. Los austríacos y los checos habían tomado la iniciativa de formar dicho comité, y era Dahlem el que había impedido su formación en el invierno de 1943-1944. Dahlem se opuso más tarde a la inclusión de austríacos, arguyendo que ninguno tenía la estatura necesaria. También hubo sitio para el chovinismo: los comunistas alemanes apoyaban el Anschluss y los comunistas austríacos se oponían a él. Dahlem rechazó la idea de un comité estructurado y una resistencia activa y organizada, ya que creía que un objetivo más limitado daría a los líderes comunistas más oportunidades de sobrevivir y de dirigir la lucha en el futuro. Esta política de pasividad e inacción fue defendida inicialmente por la mayoría, pero la oposición, encabezada por los españoles y los brigadistas internacionales, empezó a ganar terreno. Otro punto de disputa enfrentó a Dahlem con London, que estaba a favor de abrir la organización a los no comunistas; en este aspecto, London tuvo el apoyo de los españoles y los brigadistas, que recordaban la guerra civil española y la necesidad de unidad. Al final prevaleció su opinión, y Dahlem se quedó aislado, con lo que la idea desarrollada en las semanas finales planteaba cargar contra los SS en una acción antifascista final o crear el mito de tal acción, para no dejar que la historia dijera de ellos que habían sido liberados desde fuera.

El comité internacional procedió a fijar un programa de siete puntos enormemente ambicioso —y en parte impracticable— sobre la base siguiente: completar la organización interna de cada sección nacional, con liderazgo y estructura; perfeccionar la educación comunista de todos los militantes; elaborar un plan de solidaridad internacional; establecer pequeñas unidades de combate; rastrear noticias de radio aliadas y difundirlas; planear la fuga de cualquier militante al que se amenazara de ejecución (cuando existiera tiempo suficiente, por escasas que fueran las posibilidades), e intentar, con la ayuda de los camaradas del Nebenlager, entablar contacto con simpatizantes entre la población austríaca.

La tarea de rastrear noticias de radio fue encomendada a Istvan Balogh, un voluntario húngaro de las Brigadas Internacionales y miembro del Partido Comunista de España. Balogh había sido asignado al taller eléctrico (Elektrikerkommando) en enero de 1941. Sus primeros intentos de buscar emisiones de radio aliadas fueron poco satisfactorios, ya que los SS le dejaban libertad solo durante dos o tres breves períodos por semana. Así, decidió fabricarse su propio aparato. Pero se enfrentaba al riesgo de ser traicionado por el prisionero encargado del kommando, un viejo austríaco de triángulo negro llamado Franz-Joseph Steininger del que se decía que estaba dispuesto a vender información a cualquiera a cambio de tabaco. Todos los días, Balogh se apropiaba de una parte de los suministros del taller, y en septiembre de 1941 la radio secreta estaba funcionando. Comunicaba las noticias que obtenía solo a dos españoles, Marcelo Rodríguez y Luis Gil, el primero empleado como relojero y el segundo como criado del Lagerältester. En ese momento se optó también por no difundir las noticias de los aliados a los prisioneros en general ya que, aunque mitigadas por la propaganda aliada, tan solo habrían servido para desmoralizar a los presos, muchos de ellos ya en un estado de depresión aguda. Al trío se unió más tarde Razola, que trabajaba en el kommando de desinfección, y a través de Razola el grupo entró en la organización secreta. Por entonces, la sed de noticias había aumentado. Hasta la batalla de Stalingrado, las SS emitían los boletines de Berlín por los altavoces instalados en los barracones. Cuando la suerte de la batalla cambió se interrumpieron esas emisiones. Los prisioneros se preguntaban por qué.

La consternación entre los SS y el miedo y remordimiento que se intensificaban entre la población civil no suponían ninguna ventaja para los prisioneros, que seguían a merced de un sistema que sabía muy bien cómo cobrarse venganza. En el verano de 1944, los grupos comunistas estaban muy implicados en la tarea de convencer a los no comunistas de cada colectivo nacional que todavía no estaban organizados para que lo hicieran. Los franceses fueron probablemente los primeros en responder a esta llamada, y a petición de tres líderes del grupo comunista francés (que incluía ahora a Pierre Daix),[5] Michel de Boüard creó un comité ejecutivo que representaba a un amplio espectro ideológico. Como resultado,

se hizo posible una nueva colaboración para robar ropa del almacén, sábanas de la lavandería, comida de las despensas y medicinas de la enfermería de las SS. Así pudieron salvarse varias vidas.

Entre junio y agosto de 1944, los comunistas austríacos Gabler y Mayer fueron ejecutados al mismo tiempo que London cayó gravemente enfermo. El destino de Gabler supuso un golpe particularmente duro para la resistencia, pues era muy admirado. London fue llevado al Revier, donde estuvo varios meses, logrando escapar de la cámara de gas solo por la protección que le dieron el profesor Podlaha y otros presos médicos, incluso el médico español Pedro Freixa. Entretanto, Gabler, Mayer y London fueron relevados en el comité internacional por tres nuevos miembros: el francés Octave Rabaté, llamado Tatave (que hablaba español), el español Manuel Razola y el checo Leopold Hoffmann. Los enlaces con los grupos eslavos, principalmente polacos y rusos, se confiaron a Hoffmann, mientras que Razola, que tenía una larga experiencia con otros grupos nacionales, fue elegido responsable de las relaciones con los demás grupos latinos: franceses, belgas e italianos.[6] Al parecer persistieron algunos conflictos ideológicos graves, tanto en el grupo español como en los demás, y Razola visitó a menudo a Artur London para recabar consejo político.

Pudo ser muy bien la ayuda de Artur London la que llevó, en septiembre de 1944, a los españoles a formar el Frente Nacional Antifascista Español. Juan de Diego lo llama «organización retroactiva, y obra teatral; su líder, el comunista Ronda, era un cero a la izquierda». Su finalidad era dar la impresión de solidaridad detrás del liderazgo comunista, donde cada ideología expresaba su confianza en la buena voluntad comunista. El mito de este frente se fraguó después de la liberación, porque fue efectivamente un frente, del tipo que los partidos comunistas perfeccionarían unos años más tarde.

Lo que dio una nueva oportunidad a los prisioneros fue la situación a la que se enfrentaba la Alemania nazi, en especial en el este. Desde los inicios de 1943, con la rendición de Paulus en Stalingrado, la Wehrmacht tenía una necesidad creciente de hombres, y toda la economía alemana era presa de una exigencia similar de mano de obra especializada. Muchos verdes y negros

alemanes aceptaron la oferta de servir en la Wehrmacht, y algunos kapos verdes fueron trasladados a finales de 1944 a otros campos donde se desconocían los crímenes que habían cometido en Mauthausen. Pero las SS tenían otra razón para trasladar a los viejos kapos, y en especial al viejo Lagerschreiber: si sobrevivían podrían testificar sobre los crímenes cometidos. Ello explica la orden secreta, que Ziereis divulgó en su lecho de muerte, que pedía la liquidación del kommando del crematorio cada tres semanas. También explica en parte la destitución y posterior ejecución del propio Lagerschreiber. Josef Leitzinger era odiado cordialmente por sus compañeros de prisión. A todos les pegaba y una vez arremetió contra su compañero en la oficina, Juan de Diego. El pequeño español esperó su momento, y cuando Leitzinger iba a golpearle de nuevo De Diego le clavó el codo al austríaco con todas sus fuerzas. Leitzinger no volvió a molestar a De Diego, pero los españoles y los rojos estaban decididos a echarle, y como Leitzinger era adicto a las drogas sabían cómo atraparle. Con la ayuda del profesor Podlaha, que consiguió los recursos, dieron a Leitzinger una fuerte dosis y luego fue encontrado por Bachmayer, el 12 de marzo de 1944, en un estado de total aturdimiento. El Schutzhaftlagerführer le relevó de inmediato de su puesto, ciertamente no porque fuera un sádico brutal, y le envió a Gusen. Según la fuente más autorizada de que disponemos,[7] Leitzinger fue abatido en Gusen el 16 de enero de 1945 «mientras intentaba fugarse». Sin embargo, este relato es refutado por Manuel García, que goza de la autoridad de veinte años como vigilante del museo de posguerra de Mauthausen. Según Manuel García, que estaba también en Gusen en ese momento, Leitzinger no era conocido como adicto a las drogas sino como homosexual, y en Gusen fue asesinado por otro Lagerschreiber, un tal Kruska, que le rebanó la garganta con una cuchilla. Leitzinger había iniciado una relación homosexual con su Blockältester, y Kruska le mató por celos, después de lo cual el Blockältester le asesinó por venganza.[8]

Con la eliminación de Leitzinger y la partida de tantos kapos verdes y negros, toda la estructura interna de Mauthausen empezó a pasar al control de los rojos. El checo Kuneš Pany fue entonces elevado al puesto de Lagerschreiber 1, el austríaco Hans Maršálek al de Lagerschreiber 2 y Juan de Diego permaneció como

Lagerschreiber 3. Por tiempo de servicio, De Diego era entonces el escribiente más antiguo, pero la supremacía se basaba en la función. Más importante aún era que Bachmayer había adquirido por ese tiempo un curioso respeto por el español: le llamaba Johann, a la vez que se refería a Pany y Maršálek como Erste y Zweite Lagerscheiber.[9] Entonces, la Schreibstube se convirtió en centro de la resistencia, pero estos administrativos tenían también motivos para tener miedo, no solo al pensar que lo que le había pasado a Leitzinger les podía ocurrir a ellos, sino también porque los verdes pudieran recuperar el control.

Como resultado del gran aumento en los índices de mortalidad, a principios de 1944 se decidió nombrar cuatro escribientes auxiliares (Hilfsschreiber). Ello dio una oportunidad de supervivencia, como hemos visto, al checo Premysl Dobiáš, que con su compatriota Jan Pstross fue nombrado ayudante de Maršálek. Se empezó a jugar entonces un nuevo juego político, cuando los comunistas intentaron echar al no comunista De Diego y sustituirle por el comunista Pstross. El español se resistió y la maniobra falló. Entretanto, en la ahora más congestionada Schreibstube, Dobiáš tenía una mesa entre Maršálek y De Diego, que se sentaba enfrente de la puerta, viendo por la ventana de su izquierda todo cuanto acontecía en la Appellplatz, y la entrada a la cámara de gas.[10]

La consecuencia inmediata fue que, en Mauthausen y en algunos de sus Nebenlager, los españoles empezaron a convertirse en el grupo dominante en la organización de los prisioneros. Al mismo tiempo, los continuos bombardeos aliados interrumpían el trabajo en la cantera y las fábricas adyacentes, con lo que la disciplina en el campo se relajó. Los SS enviados al frente oriental fueron sustituidos por elementos menos fanáticos, entre ellos algunos austríacos de más edad; como la situación nazi seguía deteriorándose, estos SS fueron a su vez relevados, a principios de 1945, por tropas de la Luftwaffe, pelotones antiaéreos y la Volkssturm. El mando de las SS era también consciente de la homogeneidad, la solidaridad y la disciplina organizativa del grupo español, en la medida en que toleró hacia el final lo que no había hecho nunca antes. En cuanto a la etapa postrera que se acercaba, los españoles especialmente hicieron saber que estaban en guardia, preparados para la posibilidad de un exterminio total y decididos a

no rendirse sin luchar hasta la muerte.

Mientras que ciertos factores estaban trabajando en favor de los prisioneros, otros reducían aún más sus posibilidades de supervivencia. El 7 de mayo de 1944, Himmler escribió un lacónico mensaje de cuatro líneas cuyos únicos destinatarios fueron Kaltenbrunner y Pohl, y que por algún medio sobrevivió a la destrucción final. Decía: «Por razones de seguridad, prohíbo la liberación de ningún prisionero de KL-Mauthausen durante toda la guerra». Después del fallido atentado contra Hitler del 20 de julio, los SS en Mauthausen hicieron muchas insinuaciones, como también en otros lugares, de que si la Alemania nazi perdía la guerra no quedaría ningún prisionero vivo en manos de los nazis que pudiera celebrarlo. La organización secreta había trabajado duro para infiltrar a sus agentes en algunas zonas clave del campo. Ramón Bargueño, por ejemplo, en su puesto en el Bunker, tenía múltiples obligaciones que le permitían moverse con cierta libertad; a la vez que hacía las camas y limpiaba las botas de los SS, era también responsable de llevar las comidas a los SS de servicio en el Bunker y a los miembros ocasionales de las SS que estuvieran recluidos como castigo por indisciplina. El líder comunista catalán Tarragó consiguió, con ayuda de Boix, ser asignado a principios de 1944 al salón de suboficiales (Unterführerheim). Tarragó estuvo en contacto con el barbero Manuel Azaustre, que tenía a su cargo la limpieza de la Kommandantur. Azaustre sostiene que oyó a Ziereis amenazar a los prisioneros en masa en el momento en que los aliados se acercaban al campo. Entonces se informó al comité internacional, y el AMI fue puesto en alerta.

Mariano Constante, como ordenanza de Willy Weber, administrador jefe de Bachmayer, también estaba en una buena posición para escuchar, pero nada de lo que este español escribe o cuenta puede tomarse al pie de la letra. Constante, con mucho el más leído de todos los cronistas españoles de Mauthausen, busca, según afirma Juan de Diego, «frenéticamente ser aclamado como un héroe», y su relato sobre cómo quedó paralizado al ser colgado de la puerta principal es del mismo tenor que aquel que narra cómo la Niña le aplastó la mano. Con todo, Constante puede tener razón al decir que fue castigado por el Unterscharführer Hans Bruckner por tomar notas de una antigua copia del *Völkischer Beobachter*. Otros SS

(incluido algún superior de Bruckner) parecen haber subestimado el valor para los prisioneros de la información de la prensa nazi, aunque comprendieron la necesidad de interrumpir las emisiones de radio después de la batalla de Stalingrado, e incluso reaccionaban con vigor ante cualquier intento de un prisionero de robar un mapa. Como ejemplo de este último caso, dos prisioneros polacos de Gusen se hicieron con un mapa de Alemania y fueron descubiertos por el Hauptscharführer Kurt Kirchner. El mapa, de tamaño medio, cubría toda la Alemania nazi, pero los polacos fueron acusados de haberlo sustraído como parte de un plan de fuga. Fueron ejecutados al día siguiente, gaseados junto con otros 600 en el barracón 31 de Gusen, pero no olvidados: Kirchner en persona informó más tarde de que los españoles de la misma unidad en Gusen, junto con algunos polacos y rusos, guardaron tres días de luto tras los hechos. [11] En el caso de los periódicos, Kirchner notó también que los prisioneros de las fábricas de armas de Gusen se acercaban a los obreros civiles durante el descanso del mediodía; miraban si habían envuelto sus bocadillos con papel de periódico.[12] En Ebensee, el francés Jean Laffitte, que estuvo allí entre marzo de 1944 y mayo de 1945, recuerda el cuidado que ponía la organización de la resistencia en conseguir cualquier retal de información sobre la situación militar publicado por la prensa nazi.[13] El español Francesc Comellas, en Völklabruck, Ternberg y Redl-Zipf, cuenta lo mismo: de un modo u otro, después de El Alamein y Stalingrado, los periódicos nazis incluían mapas, sin duda nombres de lugares, y esos periódicos, en la medida en que llegaban a manos de los *prominenten*, permitían a los prisioneros saber en qué puntos tenían lugar las batallas y cuál era la magnitud de la retirada alemana.[14]

7

Los españoles vistos por los otros

Los españoles, o los *spaniak*, como los llamaban los SS y los demás prisioneros, fueron los que, en opinión de todos los observadores, salieron mejor parados de esta prueba suprema. «*Spanier gut, Niemic nix gut*», era la expresión alemana coloquial que se escuchaba frecuentemente en elogio de los *prominenten* españoles y como descontento con los *prominenten* austríacos y alemanes. A diferencia de los polacos, los rusos y muchos alemanes y austríacos, todos los españoles estaban allí por ser antifascistas. Casi en su totalidad eran veteranos de la guerra civil española y, curiosamente, incluían al único negro de Mauthausen: Carlos Gray Key, originario del Marruecos español pero nacido en Barcelona. Su juventud —el promedio de edad de los españoles era de veintisiete años a su llegada—, su disciplina militar y su experiencia previa en la vida de los campos de concentración eran factores que ayudan a explicar por qué afrontaron su destino en el KZ mejor que cualquier otro grupo nacional. Pero hay algo más. Ya expresaran un ánimo recalcitrantemente libertario contra la autoridad o aceptaran la férrea disciplina del Partido Comunista, entendieron la vital necesidad de la solidaridad. Joseph Haber, de Cracovia, recuerda a los españoles de Mauthausen-Steyr con intensa admiración: «Eran los mejores. Se mantenían juntos, se ayudaban unos a otros, compartían cuanto tenían».[1] Christopher Burney, inglés, que en Buchenwald se formara unas opiniones tan negativas de los franceses, tan solo mostraba admiración por el pequeño grupo de españoles «que fueron modelos de lo que deben ser los prisioneros… Siempre educados, ayudándose unos a otros… sin permitir nunca que escapara de ellos el menor signo de rendición…

Quien piense mal de los españoles debe volver a meditarlo. Sean cuales sean sus defectos, siempre se comportan como hombres dignos». El checo Drahomir Barta y el alemán Hermann Langbein comparten este sentimiento, alabando en el caso de Ebensee «no solo la experiencia, sino también la notable habilidad y la extraordinaria cohesión de estos hombres que aportaron una colaboración preciosa a la acción clandestina». Juan de Diego insiste en que en Mauthausen no se suicidó ningún español, «mientras que prácticamente en todos los demás grupos nacionales hubo suicidios».[2] Parece probable que entre los españoles hubiera menos suicidios que en otros grupos nacionales: Manuel García menciona «muchos casos» de españoles que se ahorcaron, o que se arrojaron contra la alambrada.[3] Los españoles eran también conscientes de la urgencia vital de vigilancia. La expresión *immer gucken*, por más que sea alemana, fue acuñada por los españoles, y la notable organización que desarrollaron pronto fue admirada por otros grupos que a menudo debieron su supervivencia misma a los españoles. El austríaco Hans Maršálek se sentía impresionado por el hecho de que los españoles defendieran posturas ideológicas que iban desde el anarquismo, el comunismo y el socialismo a la democracia liberal, el sindicalismo burgués y el apoyo a la autonomía catalana y vasca, pero siguieran unidos por un amor ilimitado a España al tiempo que odiaban cuanto representaban Franco y Hitler. Es de destacar la disciplina militar que les permitió adaptarse a las limitaciones de la vida en el campo de concentración mejor que otros, añade Maršálek, que nombró asimismo otro atributo de vital importancia: cuando eran sorprendidos en falta, su táctica de simular un desconocimiento inocente más de una vez les valió la impunidad. Un hombre de ascendencia checa reconoció en los españoles a una verdadera brigada de soldados svejks.[*]

Los supervivientes franceses, en particular, han dado testimonio del valor de los españoles. Edmond Michelet les rindió un tributo especial:

> Los prisioneros podían tener opiniones diversas sobre los méritos de cada grupo nacional de otro país. Pero todos estaban de acuerdo en que los españoles se merecían la mayor de las simpatías y admiración… En la peor adversidad encontraban una fuente de

> orgullo que forzaba el respeto. Nunca les oímos dejarse ir. Un sentido de la modestia les contenía. A pesar de sus diferencias políticas… mantenían las buenas maneras guardándose la cuestión para sus adentros… Su conducta fue en todo momento ejemplar. No permanecían demasiado tiempo en los lavabos ni tomaban más de lo que les correspondía por ración. Su orgulloso estoicismo tenía una grandeza que tal vez proceda de la historia de su país.

El doctor Jean Benech escribe: «Los españoles desconfiaban de nosotros, con razón, después de lo que había pasado en 1938 y 1939. Mucho antes de la liberación del campo, esos españoles se ganaron nuestra admiración por su valor y nobleza».[4] En Buchenwald-Dora, como recuerda Jean Mialet, «en cuanto a los españoles, se habían ganado para casi todos la estima general por su dignidad». David Rousset, también en Buchenwald, añade un elogio más: «Se comportaban muy, muy bien».[5] En Dachau, más de lo mismo: Joseph Rovan habla de su «dignidad ejemplar», de su «gran capacidad para el orden y la disciplina». En el kommando de Mauthausen de Hinterberg-bei-Peggau, Jean Germaneau aprovecha cualquier oportunidad para rendir tributo al coraje mostrado por los españoles: «Gracias a ellos pudimos conseguir armas, y con nuestros camaradas soviéticos fueron la fuerza de nuestra organización militar».[6] El doctor François Wetterwald se refiere a la colonia española como «la más unida, la más armoniosa… No ofrecen su amistad a cualquiera. Pero cuando lo hacen, enseguida se siente lo que vale. Nunca mataron ni denunciaron a los demás». Pierre Daix, que estaba cerca de los españoles en Mauthausen, es igualmente explícito: «Nunca lo repetiré bastante, el papel de los españoles en la Resistencia fue ejemplar», y repite en 2001 el juicio que expresó en 1969: «Sin la organización que los españoles habían erigido sobre la angustia, donde las torturas pagaron el sacrificio de tantos de los suyos, nunca las grandes expediciones de franceses de 1944 hubieran podido “agarrarse” al mundo de Mauthausen. Y en vez de volver uno de cada tres, como conseguimos, lo habríamos hecho uno de cada cinco, o uno de cada siete». El padre Michel Riquet rinde también tributo a los españoles, sobre todo a los comunistas. Curiosamente, Juan de Diego resalta que el padre Riquet recibía el mayor respeto de los anarquistas españoles, que lo acogieron.[7] El comunista francés Jean Laffitte, que probablemente debe su propia

supervivencia a la ayuda recibida de los españoles, los recuerda muy elogiosamente a todos, «lo mejor de España» como los llamaba, después de reflexionar sobre ello durante cincuenta años,[8] fuera cual fuera su afiliación política:

> La amistad de un español tiene un valor supremo […] El colectivo español está admirablemente organizado. Una de las paradojas más sorprendentes de Mauthausen es ver a gente de temperamento tan individualista proporcionar a los demás grupos nacionales un modelo de perfecta organización. Una organización semejante obedece a leyes muy simples. Un español situado en un buen puesto tiene la obligación de utilizarlo a toda costa para lograr comida para sus camaradas. Un español que tenga una necesidad, sea cual sea, debe poder contar con la ayuda de los demás españoles. Todos los españoles se deben entre sí ayuda y asistencia, según el principio por el cual quien ataca a un español agrede a todos los españoles […] Los prisioneros alemanes no se atrevían a atacarlos. En cuanto al español ajeno a este colectivo —yo solo conozco un caso—, ello equivale a una sentencia de muerte. Si, por otra parte, los españoles deciden proteger a un no español, ese hombre está salvado, siempre que siga mereciendo su respeto. Solo hay dos clases de hombres cuya muerte puede ser vista por un español con indiferencia, e incluso con satisfacción: los cobardes y los traidores.

Qué mejor ejemplo que el caso de Enrique García, que fue elegido por los kapos del barracón 13 como su Stubendiener. Cuando los kapos le ordenaron que pegara a uno de sus compatriotas, explicó a quienes le rodeaban: «Sé que significa mi muerte, pero prefiero morir mil veces antes que levantar la mano contra un camarada». El lenguaje es adorno; el sentimiento era sincero. Fue muerto en el acto.[9]

El prestigio de los españoles en Mauthausen nunca se puso en duda. Ningún grupo nacional tuvo un sentimiento tan intenso de solidaridad. Así se demostró ya en el primer mes, cuando el 28 de agosto de 1940 José Marfil Escabona murió en el barracón de cuarentena y se convirtió en el primer español fallecido en Mauthausen. Julián Mur Sánchez, de la anarquista CNT, pidió enseguida permiso a Bachmayer para guardar un minuto de silencio en señal de respeto. Nadie había formulado antes una petición

semejante. Equivalía a una protesta, y dejó atónito a Bachmayer, pero este accedió en silencio. Esa tarde en la revista, Mur Sánchez salió de las filas para dirigirse a los españoles, que permanecían en posición de firmes. Mientras que algunos supervivientes señalaron más tarde que los SS se mofaron, otros describen su reacción como de silencioso asombro: un oficial de las SS que estaba con los brazos cruzados y un cigarrillo en los dedos bajó los brazos y dejó caer el cigarrillo. En cuanto a Mur Sánchez, fue trasladado a Gusen, donde murió.[10] Pero su gesto no fue olvidado. Esa fue la única vez en la historia de Mauthausen que una muerte recibió un homenaje público. «Los SS tuvieron que reconocer —dice Juan de Diego— que este grupo nacional que había entrado en Mauthausen era diferente de la escoria de los verdes con que estaban acostumbrados a tratar.»

Un incidente que afectó a los españoles en particular tuvo que ver con un grupo de judíos rumanos, entre ellos dos médicos, que eran antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. En la mañana del 11 de octubre de 1940, llegaron a la cantera y empezaron a abrazarse unos a otros. Luego, cantando la *Internacional*, avanzaron hacia las torres de vigilancia. Los guardias SS les dieron el alto. Pero siguieron avanzando, sin dejar de cantar a pleno pulmón. La *Internacional* siguió resonando en toda la cantera, hasta que las ametralladoras segaron la última de esas vidas. Como los hombres habían luchado por la República, los españoles se sintieron profundamente conmovidos. Aquella tarde, cuando volvían a su barracón, formaron un grupo y rindieron a los rumanos el mismo tributo de un minuto de silencio. Aquel gesto de honrar a los muertos era desconocido y sorprendió a los kapos. Tampoco pasó inadvertido para el resto del campo, y sirvió para elevar aún más el prestigio de los españoles.

Aquella solidaridad por parte de los españoles exigió la suspensión de las disputas partidistas que habían atormentado los tiempos de la República tan poco tiempo antes. Un ejemplo puede verse en el caso de Joaquín Olaso Piera, el «ojo de Moscú» a quien se hizo ampliamente responsable de la traición en Francia de Josep Miret Muste y su grupo de resistencia que los puso en manos de la Gestapo; Miret y su grupo fueron enviados a Mauthausen, pero a Olaso Piera le reservaron el mismo destino, al que llegó con la designación NN-Zmt. Como Juan de Diego describe, «conocíamos

las acusaciones contra Olaso pero no teníamos pruebas, así que dejamos correr el asunto». El resultado de ello, como más tarde confirmó la comisión presidida por Jean Laffitte, fue que los españoles se convirtieron en el primer grupo en tener una forma organizada de resistencia.

Laffitte describe también lo que significaba para un prisionero francés estar protegido por un español: «He visto a españoles dirigirse a uno de sus compatriotas, un kapo de la cantera, y deslizar este pequeño aviso: "Si tocas a un antifascista francés te daremos una paliza"». Sir Robert Sheppard, grande, fuerte y en la flor de la vida, iba camino de la muerte después de diez días en los escalones de la cantera. Lo que le salvó fue la acción de los españoles que, como otros, mostraban gran respeto por la presencia de un inglés en el campo. Sabiendo que terminaría por perecer si permanecía en los escalones, decidieron convertirle en albañil, enseñándole el oficio prácticamente de la noche a la mañana.[11] En un momento dado, Bob Sheppard recibió la orden de los SS de azotar a un prisionero por una falta que había cometido. Sheppard contestó que él era un prisionero de guerra y que los prisioneros de guerra no pegan a sus compañeros. Los SS le dieron la orden por segunda vez, amenazándole de muerte. De nuevo se negó. Los SS desistieron. El mismo año (1943) de su llegada fue trasladado a Dachau, pero los españoles le recuerdan, y él a ellos. Michel de Boüard escribe que con el tiempo incluso los SS mostraban respeto por los españoles: «Su coraje y su ánimo, y la cohesión del grupo pese a tanto sufrimiento, les merecieron la que tal vez fuera la única consideración mostrada alguna vez por los SS. A los españoles del barracón 12 se les permitió tener una pequeña biblioteca, constituida por libros salvados del fuego en el que terminaban, por lo general, las pertenencias sin valor de cada Zugang. La biblioteca, por cierto, terminó por abrirse a todos los prisioneros». ¡Una biblioteca en Mauthausen! Otra paradoja. Y hubo más.

8

La paradoja de los espectáculos

La idea de que Mauthausen tuviera una cantina es tan ridícula que nunca la ha mencionado ningún libro, por temor a crear la impresión de que en aquel lugar hubiera algún elemento positivo. Algunos supervivientes han dicho que existía, pero no en forma física. Pero lo cierto es que existió materialmente, a modo de un armario en los baños en el centro del barracón 1, junto a una sala reservada exclusivamente para el uso del Schutzhaftlagerführer. Estaba regentada, evidentemente, por los SS, con las existencias guardadas en un barracón fuera de la fortaleza, y se abría solo para los prisioneros alemanes, que hacían sus pedidos al Blockschreiber. Casi no había nada, betabel, peines, lápices, tinta, a veces mermelada y siempre cigarrillos, de la marca yugoslava Zora. Su propósito era espiar a los prisioneros y que sirviera de propaganda si alguna vez había que recibir a la Cruz Roja Internacional. El superviviente estadounidense Jack Taylor, por otra parte, da fe de la existencia de un mercado negro en el que estaban implicados los SS. Debe recordarse que Taylor llegó a Mauthausen en las últimas semanas de la guerra, pero en el período en que estuvo allí los SS adquirían la comida de los agricultores locales y luego la canalizaban en secreto hacia los prisioneros que «de un modo u otro podían conseguir el dinero suficiente para pagarla».[1] Los prisioneros de Mauthausen con dinero, si hace falta decirlo, eran kapos o similares y pertenecían a una minúscula minoría.

Probablemente el primer intento de los prisioneros de distraerse tuvo la forma de clases. La oportunidad de instruirse era excelente, aunque solo para los presos con moral y capacidad mental para escuchar y aprender. Entre los profesores estaban el profesor checo

de derecho Vratislav Bušek y el comandante del Ejército Rojo Iván Mijáilovich Kopieikin; este último daba clases sobre la revolución rusa. Las distracciones para relajarse eran el boxeo y el fútbol. Un púgil catalán, Paulino Espallargas, se presentaba de vez en cuando las tardes del domingo para boxear en la Appellplatz. Como sus oponentes solían ser internos alemanes, Paulino podía contar con el apoyo de la mayoría de los espectadores. Al fútbol se jugaba también los domingos por la tarde, siempre salvo una vez sobre el cemento de la Appellplatz. Al principio, los jugadores tenían como pelota un montón de telas cosidas, pero cuando los SS vieron la posibilidad de divertirse con ese deporte les dieron un balón como es debido. Se organizaron cuatro, y solo cuatro, equipos nacionales: alemanes, españoles, checos y austríacos, donde a los últimos se los dejaba excepcionalmente formar un equipo separado.[2] Todos los años se organizaba un campeonato, y en 1943 ganaron los alemanes, con el resultado de que se los dejó jugar con los SS en el campo de deportes de estos últimos. El equipo de fútbol de las SS, por su parte, recibió un intenso apoyo de Ziereis, que se las arregló para que jugaran en la liga militar; un privilegio importante para los miembros del Poschacherjugend de los españoles fue el permiso que recibió para ver los partidos en el campo de las SS.[3] Tal ocasión, un partido entre un equipo de las SS y otro de prisioneros (en un partido que acabó con empate a 2), se aprovechó para hacer propaganda dirigida a la Cruz Roja Internacional. Las fotografías muestran a los jugadores juntos y a presos entre los espectadores, pero solo los *prominenten* y los kapos pudieron ver el partido, y entre los españoles parece ser que tan solo estuvo Boix.[4]

También había música, en varias formas. Principalmente, estaba la música que se emitía continuamente en todos los barracones a través de altavoces. Lo más recordado de aquella música eran las canciones de la actriz y cantante sueca Zarah Leander.[5] Como vocalista, tenía una personalidad muy fuerte, y una de sus canciones (*Zum einsamen Herzen*) cautivó no solo a todo el mundo en Alemania sino también a quienes la escuchaban en Mauthausen, SS y prisioneros. Sus canciones, como sus películas, se distinguían por su asombrosa independencia de la propaganda nazi, en especial cuando expresaba no meramente su derecho a amar sino también a cambiar de amantes cada noche. Otra canción incluye un verso que

podía atraer a las dos audiencias enfrentadas: a quienes compartían el sueño de Goebbels de un viraje milagroso y a los que, como los prisioneros, soñaban con la liberación: «*Ich weiss, es wird einmal ein Wunder geschehen*» («Sé que un día se producirá un milagro, que volveremos a vernos»).

Sin embargo, la música más conocida fue la recordada con mayor horror: la ignominiosa banda de once que acompañaba a los ahorcamientos públicos. Esta *zigeunerkapelle* fue disuelta en septiembre de 1942 por razones que se desconocen. En un nivel totalmente diferente estaban dos orquestas de conciertos cuya existencia fue organizada por los SS para su propio entretenimiento. La música en un campo de concentración era objeto de un minucioso control, como casi todo: los SS hacían lo posible para prohibir canciones, incluso tarareadas, de tinte patriótico o de la guerra civil española, en especial en los días que se asociaban a celebraciones nacionales importantes, como el 14 de abril, el 14 de julio o el 11 de noviembre. En Mauthausen, la responsabilidad de la música recaía en el SS-Hauptscharführer Johann Ullmann, quien actuaba como Kommandoführer der Poststelle, o jefe postal. El prisionero al que eligió Ullmann como director fue el verde alemán Georg Streitwolf. Streitwolf no era en absoluto el bruto criminal que los SS solían elegir para ser sus kapos. Fabricante de pianos de profesión, había sido detenido en 1939, y asignado al grupo verde, por malversación y fraude. Aunque ser alemán y verde era una doble ventaja para un prisionero, el sustrato musical de Streitwolf significaba, en la mentalidad de los SS, que estaba preparado sobre todo no para tocar en la *zigeunerkapelle* los días de ejecución sino para arrastrar la carreta que seguía a los músicos. Cuando Ullmann oyó hablar del talento musical de Streitwolf, y de su capacidad para la taquigrafía y la mecanografía, dispuso que fuera trasladado a la oficina postal, donde se unió a otros seis prisioneros. Estuvo allí hasta la liberación después de haberse convertido, en 1944, en kapo de la unidad. Desde su llegada a la oficina postal, Streitwolf empezó a formar una orquesta, que al final incluía a ochenta músicos. Entre ellos estaba el alemán Rumbauer (del kommando de zapateros) como primer violín; Hans Vey, del laboratorio fotográfico, y dos españoles: el flautista Antonio Terres y el violinista Bovet. En verano de 1944 se formó una segunda orquesta dirigida por el

Blockfriseur checo Jaroslav Tobiašek; era un pequeño conjunto que tocaba cuartetos de Beethoven para pequeñas audiencias en la guarnicionería del barracón 1.[6] Estas orquestas incluían músicos de todos los países de Europa ocupados por los fascistas, como de costumbre con la representación española en evidencia. La mayoría de los músicos provenían de orquestas sinfónicas y operísticas, y veinte de ellos pertenecían a la Filarmónica de Varsovia. Varios eran músicos de localidades de Bohemia, que formaron su propia banda. Algunos habían traído sus instrumentos consigo, que permanecieron guardados en la Effektenkammer. Otros recibieron autorización para pedir a sus familias el envío de los instrumentos al campo. Las partituras musicales se pidieron y entregaron de forma similar.[7] Al principio, los SS elegían la música, pero más tarde dejaron esta elección en manos del Kapellmeister. Los conciertos tenían lugar los domingos por la tarde en la Appellplatz o, si llovía, dentro de un barracón de detrás.[8] Al menos en una ocasión se interpretó un concierto por la noche, en interior y a la luz de las velas. Juan de Diego recuerda la emoción que le invadió esa vez, en aquella interpretación, cuando la orquesta interpretó la *Octava Sinfonía* de Schubert (la *Inacabada*).[9] Otros conciertos se tocaban en Navidad y en Semana Santa, o en el cumpleaños de un oficial SS o incluso del Lagerältester; en definitiva, siempre que los SS lo decidían. Se ha dicho que solo una pequeña parte de los prisioneros disfrutaba de esta excepcional oportunidad, asunto que está en discusión. Parece que se tocaba todo tipo de música, desde clásica a popular.

El permiso para tocar música y la forma elegida para ello dependían de la decisión del comandante del campo. Un oficial de las SS cultivado como Karl Schöpperle se mostraría mucho más proclive que un SS como Anton Ganz. Schöpperle, que construyó tres campos en Linz, permitió una orquesta en Linz III (Hermann Göring Werke). El dinero para los instrumentos fue aportado por firmas locales, y los instrumentos se compraron en Linz. Los veinticinco músicos de la orquesta de Linz no tenían que ir a trabajar; practicaban durante todo el día y por las tardes iban por el campo de Linz III tocando de barracón en barracón. Linz III tenía también pequeños grupos corales. Allí, como en otras partes, la instrucción en música podía ser la clave de la supervivencia

personal. Por ejemplo, Flossenbürg en Alemania tenía dos orquestas, una para música sinfónica y otra para jazz. Todos los músicos recibían raciones especiales de comida y el tiempo dedicado a los ensayos significaba, nuevamente, menos tiempo de trabajo duro. El polaco Julius Skowronski, que más tarde fue un destacado músico de jazz en su país, debió su supervivencia a haber sido elegido para tocar el bajo en un grupo de jazz.[10]

En opinión del distinguido superviviente francés padre Riquet, nada en Mauthausen pudo compararse, como medio para levantar la moral, a la revista teatral que Bachmayer, en agosto de 1944, dejó representar a los prisioneros, utilizando el barracón de fuera de la fortaleza que servía de cine a los SS y que tenía un escenario. El objetivo de Bachmayer era, evidentemente, divertir a los SS, pero sabía que la representación sería mejor si había prisioneros presentes. Los españoles lo organizaron todo: decorado, vestuario, orquesta y artistas, en los que se incluía al tenor italiano Giorgetti, del Théâtre du Capitole de Toulouse. El espectáculo, que consistía principalmente en música y danzas españolas, fue tan bien recibido por los SS que Bachmayer dejó que se siguiera representando durante toda una semana, levantando la moral de los prisioneros. Pero Riquet llegó demasiado tarde para ser testigo de otra producción española, escenificada a mitad de 1942. La idea de representar una corrida de toros simulada fue del zapatero español Francisco Bernal. Bernal se lo propuso a De Diego, Muñoz y los líderes comunistas españoles, que a su vez se lo trasladaron a Bachmayer. El Schutzhaftlagerführer al principio no lo entendió, pero luego dijo «*Ja, ja, gut*». El espectáculo tuvo lugar, como de costumbre, el domingo por la tarde. Como era normal para tales momentos de ocio, ya se tratara de fútbol o de un concierto o una obra de teatro, los SS entraron en la fortaleza y tomaron asiento frente a los prisioneros, a los que se obligaba a estar de pie. ¿A algún prisionero se le pasó por la cabeza matar a un SS? Con qué objeto, era la respuesta dada por los supervivientes. Hasta aquellos que pensaban en el suicidio no le veían sentido, y no existe ningún registro de intentos semejantes. En esta ocasión, los SS trajeron a sus mujeres. Las nueve chicas del prostíbulo también tomaron asiento, bien lejos de las señoras. El espectáculo comenzó. Bernal se había asignado para sí el papel de un turista inglés. Como los iconos

más conocidos de los ingleses eran los de John Bull y Sherlock Holmes, Bernal se invistió de una extraña combinación de ambos, ataviado en traje de «golf inglés», con los pantalones arremangados, una imitación de sombrero de caza, un abrigo de estilo británico, una cámara de cartón y una almohada para simular la barriga. Muy alto, y a la vez muy delgado, cuando se despojaba de la almohada parecía más bien George Bernard Shaw, pero para la multitud era Gandhi, y la función tuvo tal éxito que desde entonces Bernal pasó a ser conocido como Gandhi. Entró el torero, y después de las formalidades previas llegó el toro. Montado en una bicicleta, con los cuernos arreglados al efecto, el toro tenía una gran zanahoria en vez de vergajo, y al moverse el armatoste la zanahoria se balanceaba a los lados, para histérico solaz de los espectadores, y no menos de las mujeres de los SS. Toro y torero iniciaron sus pases. Con una hábil verónica, ante la furiosa embestida del manillar, el diestro se ganó un coro de olés de la muchedumbre extasiada, tras lo cual se concentró en el arte final. Después, en una estocada que fue cualquier cosa menos ortodoxa, tomó el vergajo del toro, arrancándolo por la base. El miembro fue lanzado a la multitud y la suerte quiso que fuera a caer en el regazo de la esposa de un oficial de las SS. El oficial, al ver el pene naranja del toro sobre su atónita mujer, estalló en carcajadas incontenibles hasta que le dio un síncope. Dos días más tarde se supo que el oficial había muerto de insuficiencia respiratoria inducida por la congestión de la risa.[11]

¿En qué escenario surrealista sucedían tales cosas, cuando prácticamente todo el campo sufría una mortal inanición? A los pocos meses de su llegada, los prisioneros bien podían haber perdido los dos tercios de su peso, y confiaban en el domingo para ahorrar fuerzas y sobrevivir una semana más. He aquí algunas respuestas sencillas: los SS podían formar equipos con los prisioneros recién llegados, todavía con una salud razonablemente buena, o favorecer a algunos que, como Paulino, les respondían con el beneficio de la diversión. Los presos, por lo demás, participaban en su propio interés. Es poco probable que alguno de ellos supiera la máxima de los griegos antiguos, pero muchos descubrieron que no hay nada que mantenga mejor el ánimo que el jolgorio y la risa. Los españoles siempre estuvieron en la primera fila de la diversión y

el regocijo, en cuanto surgía la menor oportunidad, pero así enfurecían a los prisioneros alemanes, que no querían reírse de nada y que continuamente les inquirían con hosquedad: «¿De qué os reís? Estamos aquí para morir».[12] Aquellos prisioneros no captaban la ironía de la situación. Bachmayer, «el gitano sangriento», rompía las normas de las SS al permitir el fútbol, el teatro y otras actividades. Simplemente lo hacía porque, tanto él como los demás SS, se aburrían mortalmente con tan interminable brutalidad y necesitaban distraerse. Si Himmler hubiera tenido noticias de ello, lo habría interrumpido de inmediato.[13] Los prisioneros sacaron así ganancia de ese curioso predicamento y ningún grupo aprovechó mejor la oportunidad que el de los españoles. Luis Gil, que llegó a Mauthausen el 8 de septiembre de 1940, resume el secreto de su supervivencia: «En los primeros tiempos, los españoles no teníamos ni un solo puesto de privilegio, pero sabíamos por experiencia que la peor de las fatigas es abandonarse».

9

Una boda en Auschwitz

Entretanto en Auschwitz, en la primavera de 1944, tuvo lugar un suceso que no tiene parangón en ninguna otra parte del archipiélago de las SS: un prisionero recibió permiso para casarse, con una mujer de fuera. La mujer, Margarita Ferrer, de Madrid, había entrado en batalla en la guerra civil española cuando tenía veinte años, y durante la lucha se enamoró de un austríaco, Rudolf Friemel, que combatía en las Brigadas Internacionales. En 1939, los dos huyeron a Francia como refugiados. En julio de 1941, con su bebé Édouard, fueron detenidos en los andenes de la estación de Vierzon, mientras intentaban seguir camino hacia Viena, a la casa de los padres de Friemel. Friemel fue enviado a Auschwitz I, donde estuvo empleado como mecánico en el garaje de las SS, y Margarita pasó por un campo de trabajos forzados en la Selva Negra, antes de encontrar refugio en la casa de los Friemel en Viena. Fue entonces cuando supo que Rudolf, que había alcanzado un puesto de dirigente en la rudimentaria resistencia de Auschwitz, había pedido permiso a las SS para casarse con ella, al objeto de que el niño pudiera llevar su apellido. Desde lo más profundo de su desgracia, Margarita sonrió con un gesto de desesperanza y entonces, para asombro de todos, el 6 de marzo de 1944, un año después de que Rudolf cursara su solicitud, recibió un telegrama que la requería, con el padre y el hermano de Rudolf en el papel de testigos, para que se encaminara a Auschwitz a casarse.

En la gélida mañana del 18 de marzo de 1944, la comitiva llegó a la estación de Auschwitz, con la novia ataviada con un vestido negro preparado a toda prisa y con una blusa blanca de prestado, llevando consigo a Édouard, entonces de tres años. Un coche los

estaba esperando. La ceremonia se celebró en una enorme oficina vacía, con archivadores que tapizaban el muro, una mesa grande en el centro y tres filas de bancos enfrente. Un grupo de SS se había dispuesto a los lados y a la espalda del grupo nupcial. Un oficial SS leyó los ritos matrimoniales, que Rudolf traducía al español para su novia. Rudolf sacó dos anillos, la pareja firmó y así concluyó la ceremonia. Pero hubo más. Un prisionero que trabajaba en el Erkennungsdienst pudo tomar fotografías autorizadas, que se conservaron, así como las tarjetas de invitación que los SS dejaron que compañeros de prisión de Rudolf diseñaran y dibujaran en gruesa cartulina. Margarita llevaba incluso un ramo de flores mientras ella y Rudolf, escoltados por la orquesta que tocaba la marcha nupcial, anduvieron con libertad por el campo vacío. Mientras caminaban, recordaba Margarita, vieron una luz en los ojos de los otros, no de esperanza sino de triunfo sobre la muerte. Al terminar el día, la pareja nupcial pudo estar en una pieza del barracón 24, usado normalmente como prostíbulo, mientras se encargó a los prisioneros que prepararan un desayuno para los novios. También se dispusieron dos habitaciones, una para la pareja y el niño y la otra para el padre y el hermano de Rudolf. Esa tarde Rudolf pudo jugar un buen rato con su hijo y luego la pareja habló largamente; en algún momento, el hombre mencionó la cámara de gas y los miles de personas que morían cada día. Él pensaba que no volverían a verse, pero prometió luchar hasta el fin. Al despuntar el alba Margarita se despidió. Se besaron en la puerta. Él se dio la vuelta con los hombros hundidos y no volvió la vista atrás.

Aquella boda fue la única victoria que el hombre consiguió. Nueve meses después, el 30 de diciembre de 1944, Rudolf Friemel y otros cuatro prisioneros que habían intentado fugarse fueron ahorcados con la ceremonia acostumbrada. Esa fue la última ejecución pública en Auschwitz; después llegó la liberación el 18 de enero. En una nota de despedida a Margarita, Friemel escribió: «Esperaba volver a veros, a ti y a mi querido hijito, pero no podía abandonar la lucha. Me era imposible. Y ha llegado mi hora. No me siento triste, y tú tampoco debes estarlo, mi dulce mujercita. Cuando acabe la guerra volverás a España. Cuida de nuestro hijo. Haz de él un hombre y un luchador. Y mira al futuro, para poder olvidar estos tiempos desdichados. Mis últimos pensamientos serán

para ti». Después de la muerte de Franco, Margarita regresó a España, pero solo de visita. Entonces su hogar estaba en Francia y en 1956 se había casado con Francisco Suárez, refugiado español como ella y un superviviente de Mauthausen.[1]

10

Nochebuena

¡Navidad en Mauthausen! *Weihnachten!* Noche de ánimo solemne, de rampantes espíritus paganos. Tristeza y alegría juntas. Qué emociones despertaría esta época en el pecho de cada SS. Noche de infinito anhelo, cuando el alma pagana, libre de su trabajo rutinario, se rinde al Träumerei, Sehnsucht, Seelenkleister, Weltschmerz incluso, ¿dónde estaría el mundo sin la cultura nazi? A los españoles en particular, llegados de un país donde no se conocía el árbol de Navidad, la imagen de los SS, al lado de los kapos verdes alemanes, cantando y suspirando juntos mientras holgaban en torno al árbol, les inspiraba una especial repugnancia. Pocos españoles eran católicos practicantes, o ni siquiera católicos, pero una Navidad sin un belén o el portal recordaba hasta al ateo más ferviente que en un campo SS todo les era negado. Dios había desaparecido. Los prisioneros eran castigados por llevar una imagen de Cristo. Solo quedaba el árbol; el árbol, pero no el Árbol. Ese árbol era un lazo con Herminius, héroe mítico que salvó todas las cosas buenas de las hordas bárbaras que llegaban del este.

Debe recordarse que los SS eran, en su mayor parte, personas solitarias que además estaban solas. Los oficiales tenían esposa. Algunos soldados y suboficiales se habían desposado con mujeres locales;[1] otros ya casados, con sus esposas en Alemania o en Austria, estaban en concubinato con mujeres de la zona y tenían hijos con ellas. Pero la gran mayoría de los suboficiales y soldados no tenían más que sus permisos, y estos se hacían cada vez más escasos. A esto hay que añadir el efecto que les causaba encontrar sus pueblos y ciudades reducidos a escombros por los ataques aéreos aliados.

Las dos últimas navidades fueron las más recordadas. En 1943, la Nochebuena indujo a los SS a levantar un árbol en la Appellplatz de unos diez metros de altura, como compitiendo con la chimenea del crematorio. Para decorarlo se había dispuesto un patíbulo a cada lado y el acontecimiento se animaba desde los altavoces con la obertura de *El crepúsculo de los dioses*. Siete soviéticos y tres yugoslavos, todos con las camisetas hechas jirones, fueron colgados allí, cinco a cada lado. Uno de ellos profirió: «¡Viva Stalin!», pero tan débilmente que sonó como la voz de un niño. Otro árbol, acaso más alto e iluminado con luces mágicas, se levantó esa misma Navidad en Wiener-Neudorf, al lado de las horcas. Los prisioneros pasaron la Nochebuena sentados a la fuerza alrededor del árbol en una noche gélida y cantando *O Tannenbaum*, y allí permanecieron hasta la mañana.

De todas las navidades en Mauthausen, la más referida en los escritos fue la de Ebensee en 1944. A las siete de la tarde de otra gélida Nochebuena, los kommandos de trabajo volvieron al campo, extenuados por el cansancio, resbalando en la nieve dura, y descubrieron en la Appellplatz el árbol más alto de todos, de unos quince metros, sostenido por quince cables. Un kommando de cincuenta hombres había trabajado todo el día para levantarlo, y allí se alzaba, con su mágica belleza, decorado en cada una de sus ramas hasta la cúspide con cientos de guirnaldas y bombillas de todos los colores. No faltaban Karl y su orquesta, con un repertorio no más amplio de lo habitual. Se estaba representando una revista, con parodias y danzas españolas, ejecutada por españoles que habían ensayado sus números durante mucho tiempo. Aquello fue muy bien recibido, según se ha dicho, tanto por los prisioneros como por los SS: los prisioneros nunca tan cerca de la muerte como entonces y los SS eufóricos por las últimas noticias. Si el Ejército Rojo estaba a las puertas de Varsovia y Budapest, ¿no era menos cierto que Von Rundstedt también estaba llegando a las puertas de Amberes?

Pero una semana fue suficiente para volver las tornas. Al final del año 1944, los SS rompieron su costumbre de celebrar la Nochevieja. Un documento de las SS que se ha conservado revela que en las altas instancias de la jefatura nazi se estaban perdiendo las esperanzas: se emitió una orden cancelando las celebraciones

previstas para el 31 de diciembre de 1944.

11

Una visita a Melk

Austria nunca conoció el bombardeo continuado que sufrió Alemania, pero en 1944 aumentaron considerablemente las incursiones aéreas aliadas sobre objetivos austríacos escogidos, por bombarderos de la USAAF y la RAF con base en Italia. Su objetivo más obvio era Linz, por las instalaciones de Hermann Göring (Linz III). El ataque aliado del 25 de julio de 1944 fue tan intenso que dejó en ruinas no solo la mayor parte de la planta sino también la moral de los prisioneros que seguían vivos. Los supervivientes estaban tan destrozados anímicamente que se lanzaban unos contra otros, y el intento de formar una red de resistencia en ese Nebenlager quedó en suspenso durante un largo tiempo. El Hauptlager no sufrió más que algún bombardeo esporádico,[1] pero algunos Nebenlager además de Linz también sufrieron intensos ataques. Floridsdorf resultó seriamente dañado el 8 de julio de 1944. A ello siguió, el 16 de octubre, una incursión en el Nibelungenwerke de St. Valentin, el mismo día que se bombardeó Salzburgo. La refinería de petróleo de Schwechat fue atacada el 21 de enero de 1945, después de lo cual hubo un ataque en Ternberg el 13 de marzo y múltiples incursiones aéreas el 16 de marzo en las refinerías de Schwechat y Floridsdorf, además de en Wiener-Neustadt en general. Los Nebenlager de Melk, Steyr y Gusen tampoco salieron bien librados, mientras que Linz fue bombardeado sin piedad, la última vez el 25 de abril de 1945. Como consecuencia de estos ataques, Juan de Diego, y solo él —los otros dos Lagerschreiber nunca recibieron un encargo semejante—, fue enviado primero a Linz y más tarde a Melk, Steyr y Gusen para poner en orden los libros, ya que cuando se destruían los registros

de un Nebenlager los SS dependían enteramente de los que llevaba De Diego en el Mutterlager. Tenía, por tanto, el encargo de determinar el número y la identidad de los prisioneros muertos en el bombardeo y de los que seguían con vida. Viajando en un sidecar de la Wehrmacht con motorista de las SS y una escolta de cuatro SS en motocicleta que le seguían, De Diego habría parecido un jefe de Estado de visita si no fuera por su vestimenta, el usual *drillich* de rayas. En cada viaje hizo lo posible para aumentar la confusión, equivocando un papel aquí y allá, para salvar a algún prisionero de un día o dos de trabajo, pues cada día de trabajo que ahorraba podía suponer un mes más de vida.

El viaje a Melk fue particularmente notorio. La incursión aérea aliada del 8 de julio de 1944 fue más destructiva para la población de prisioneros que cualquier otra en Austria —murieron más de 500 — y en esa ocasión fue Bachmayer en persona, para total desconcierto de De Diego, quien condujo el sidecar en que viajaba. La visita pareció coincidir con el complot de julio. El miedo demudaba los rostros de los SS en aquellas horas en que creían que el Führer había muerto. El efecto era particularmente visible en el Lagerleiter Ludolf. Ya fuera por el complot, por el desorden de sus archivos o por la presencia de Bachmayer, Juan de Diego recuerda la mella que ello había hecho en Ludolf, reducido a tal grado de servidumbre que atendió personalmente no solo a Bachmayer sino también a De Diego «como si el Lagerleiter no fuera más que un Bierkellermeister». André Ulmann (Pichon, en la Resistencia francesa), que actuaba en el campo como Lagerschreiber, acertó a oír que Bachmayer le decía a Ludolf: «Le voy a colgar yo mismo».[2] Otro prisionero de Melk, Ernest Vinurel, corrobora este testimonio: «Ludolf estaba aterrorizado ante Bachmayer, aunque tuvieran la misma graduación. Ludolf era conocido por sus corruptelas personales y por sus orgías, para las que se traía chicas de Viena».[3] Bachmayer no estaba muy bien situado para servir de modelo a Ludolf en cuestión de orgías, pero en materia de corrupción —si recordamos la disputa de Bachmayer con Schulz— parecía haber asumido el papel del hombre de disciplina entre sus compañeros oficiales.

Entretanto, las órdenes de Ziereis dirigidas a Bachmayer y a todos los SS de permiso eran las de presentarse en el Mutterlager.

Ello llevó a que De Diego se quedara con Ludolf para completar el trabajo de limpieza en Melk. De Diego exagera claramente cuando dice que Bachmayer le dejó con más autoridad que a Ludolf,[4] pero lo cierto es que solo De Diego podía reponer el orden en ese desbarajuste. Las revistas se prolongaron durante tres días, pero eran muy distintas de la Appell tradicional de las SS. Se excusó a los prisioneros del trabajo y se les dejó sentarse, lo que todos sin duda agradecieron.[5] Una vez finalizada su misión en Melk, De Diego tuvo que volver en tren, haciendo escala en St. Valentin, ya que Mauthausen no estaba en la línea Linz-Viena. Fue escoltado por un soldado de la Luftwaffe que casualmente hablaba español, ya que había estado viviendo en México en 1939 y volvió a Alemania cuando empezó la guerra. «¡Qué pendejo que he sido!», le espetó a De Diego con su acento mexicano, lamentando su estupidez. En St. Valentin, un hombre que vio a De Diego con su *drillich* le ofreció algo de pan. El soldado no dijo nada y De Diego lo tomó. En St. Valentin, el vagón en el que viajaban fue enganchado a una pequeña locomotora que lo arrastró unos kilómetros hacia el norte hasta el gran puente metálico que cruzaba el Danubio y a la pacífica estación del otro lado, con su letrero de Mauthausen.[6] ¿Qué pensaría el prisionero en ese momento sobre la huella que le produjo la estación la primera vez que la vio desde el tren? ¿Qué ideas no asaltarían su mente después de haber respirado el aire fresco durante un tiempo, ahora que regresaba a las mefíticas fauces de Mauthausen?

Cuando Bachmayer regresó al campo habían llegado noticias de que Hitler no había muerto en la explosión. El testigo Pierre Daix da fe de la furia que invadió a Bachmayer en el momento de su vuelta. El Aufnahmekommando, kommando de recepción del que formaba parte, fue despertado sobresaltadamente en medio de la noche por su campana eléctrica especial. «Acudimos, sin resuello, a la torre donde Bachmayer, con toda fogosidad, miraba con desdén a los que iban llegando, oficiales de insignias arrancadas, hombres y mujeres en trajes de noche maltrechos o rasgados. El desorden de su aspecto revelaba que habían sido pillados por sorpresa, víctimas de la Gestapo que irrumpía en las fiestas para arrojarlos a esta fosa sin que nadie supiera más de ellos. Bachmayer los amenazaba con el bastón […] Con el extremo del palo mandaba al retortero un par de

gafas, zarandeaba un collar, levantaba un tirante de un traje de noche…» Ningún testimonio describe mejor el estado de ánimo de aquellos hombres de Mauthausen, que ahora dirigían su inquina contra amigos y enemigos al mismo tiempo.

12

Atrocidades contra prisioneros aliados

En medio de tanto sufrimiento fueron pocos los actos de barbarie que sobresalieron de los demás. Cuando ello sucedió fue porque los SS cambiaron las reglas. Hemos visto que en Mauthausen había muchos miles de prisioneros de guerra soviéticos, cuya inclusión justificarían las SS por motivos de raza. Un grupo de estos prisioneros llegó del Nebenlager de Melk el 21 de septiembre de 1944, ya desnutridos hasta los huesos. Antes de proceder a su ahorcamiento masivo, la noche del 25 al 26 de septiembre, fueron inmortalizados en una fotografía de las SS que sobrevivió y que muestra a un grupo de treinta, en posición de firmes y desnudos en el frío gélido.

El odio sobre el que se instituyó la Alemania nazi, una vez enfocado con claridad, se hizo todavía más ciego. Conforme el Tercer Reich se sumía en la desesperación, empezó a tratar a ciertos prisioneros de guerra de los aliados occidentales como hacía con los soviéticos, en especial si esos prisioneros aliados pertenecían a unidades de élite que estaban infligiendo los peores golpes sobre Alemania. El 20 de julio de 1944 —si los supervivientes recordaban la fecha era por una asociación de hechos— cinco aviones aliados que sobrevolaban la zona de Linz fueron abatidos. Dos de los pilotos cayeron en sus paracaídas en un sembrado de patatas entre Gusen I y Gusen II. Los prisioneros de Gusen pudieron ver cómo los hombres fueron muertos a tiros al tocar tierra,[1] pero en este y otros casos semejantes no se identificó a nadie. Unas semanas más tarde tuvo lugar en Mauthausen una atrocidad mucho peor de la que el Lagerschreiber español Juan de Diego fue un importante testigo, ya que su declaración serviría, más tarde, para cerrar el

cerco en torno a sus autores. En la tarde del 5 de septiembre de 1944, cuarenta y siete agentes aliados anexos a la SOE, de ellos treinta y nueve holandeses, siete británicos y un estadounidense, llegaron a Mauthausen encadenados desde prisiones en Holanda y Francia.[2] Todos eran oficiales, y también jóvenes y atléticos. Fueron llevados al Arrest, donde estuvieron toda la noche. Por la mañana, después de que los kommandos de trabajo hubieron salido de la fortaleza, se los alineó en los escalones que conducían a las duchas, rodeados por SS entre los cuales estaban Ziereis, Bachmayer y Trum. Durante dos horas, estos tres hombres asumieron el protagonismo en la recepción, Bachmayer con su perro Lord y Trum empuñando el látigo. De Diego observó que Lord temblaba, ya fuera por miedo a su enloquecido amo o por el deseo de darle gusto. Bachmayer buscó a su primera víctima entre el grupo de prisioneros, y a continuación, para estimular todavía más a Lord, lo incitó con insultos. En momentos como aquellos, el cuerpo de Bachmayer se estremecía de excitación y furia, mientras su voz se sumía gradualmente en incoherencias. Entonces Ziereis ordenó a los prisioneros que formaran fuera de la Lagerschreibstube, al otro lado de la Appellplatz, para someterse al registro. Durante todo aquel tiempo, hubo prisioneros que presenciaron los hechos y algunos *prominenten* estaban muy cerca. También estaban las chicas del prostíbulo, y Pierre Daix señala que vieron todo lo que sucedía en la plaza. Antonio García recuerda a un oficial de las SS dando una soga a uno de los oficiales aliados y diciéndole que se la pusiera al cuello y se ahorcara. El oficial aliado se puso el dedo en la sien, señalando que estaba loco. Ninguno de los tres Lagerschreiber hablaba inglés, así que Pany propuso a Bachmayer que se asignara la labor de intérprete al checo Premysl Dobiáš. Ziereis empezó el interrogatorio. Quería saber la misión de los prisioneros, mientras que Dobiáš pretendía conocer sus experiencias en el cautiverio. Los prisioneros daban su nombre, graduación y número de serie, y nada más. Ziereis les preguntó por su profesión. Los que se negaron a responder fueron golpeados. Otros dijeron a Dobiáš que eran oficiales regulares. Al ver que contestaban a Dobiáš sin que este transmitiera la información que él buscaba, y sospechando tal vez que los oficiales estuvieran hablándole de su experiencia en el cautiverio, Ziereis se encendió contra el intérprete y le propinó un

golpe en la cabeza con el látigo. Más furioso que nunca, el Lagerführer ordenó que acudieran media docena de barberos para hacer a los agentes aliados, sin jabón, un «corte de pelo *Himmlerstrasse*» de tres centímetros. Uno de los peluqueros, viendo imposible la tarea, tiró la cuchilla y empezó a usar las tijeras. Ziereis arremetió contra él con todas sus fuerzas, le arrebató la navaja y le enseñó cómo hacerlo, dejando a su víctima la cabeza cubierta de sangre y uniéndose a la rechifla de los SS que le rodeaban. Entretanto, Bachmayer soltó a Lord lo suficiente para que mordiera a otro preso aliado en el antebrazo, lo que le hizo perder el conocimiento; viendo el peligro, y aprovechando un momento de confusión, los demás se las arreglaron, con gran esfuerzo, para agarrarle y llevarle al centro de la formación. La sesión concluyó solo porque Ziereis y Bachmayer se cansaron y optaron por hacer una pausa para comer. Los prisioneros aliados no habían sido registrados en ningún libro. En su lugar, Ziereis ordenó al doctor Karl Helferich, prisionero político alemán entonces empleado también en la Lagerschreibstube, que les escribiera sus números con rotulador permanente en el pecho y los hombros, mientras dijo al Lagerschreiber que preparara anticipadamente sus certificados de defunción. La última orden del comandante aquella mañana fue que se sentenciara al barbero a la Strafkompanie por haber mostrado «insuficiente energía».

Al principio de la tarde, todo el grupo, en ropa interior y en su mayoría sin calzado,[3] fue llevado a la cantera, corriendo, con el kapo Pelzer, un alemán de triángulo verde. Una multitud de SS se alineaba al final de los famosos escalones, bien separados del borde del abismo. Algunos habían traído incluso a sus mujeres: Ziereis les había prometido algo especial. En la base de los escalones estaba el SS-Unterscharführer Johann Vinzenz Gogl. Spatzenegger y el Oberkapo Paul Beck también desempeñaron un papel protagonista. Pelzer recibió el encargo de ajustar los tirantes de madera, alargando las correas para que las piedras hicieran todavía más daño en la espalda. Se ordenó a los oficiales aliados que cogieran una roca y subieran los escalones a la carrera. Otros testigos dicen que las piedras eran tan pesadas, de hasta 80 kilos, que solo los más fuertes eran capaces de levantarlas.[4] Durante la tarde, los prisioneros subieron hasta seis veces la escalinata, que se iba

cobrando su tributo. Uno de los agentes aliados gritó al Sturmmann Martin Steinmetz: «Guardia, dispárame al corazón, soy un oficial». Por la tarde quedaban con vida solo veinticinco. «Fueron traídos por la puerta principal —recuerda Dobiáš—, cojeando y sangrando» y trasladados al Bunker. Los SS habían tomado la precaución de sacar a los dos prisioneros que trabajaban allí, Bargueño y Chacón. [5] Pero precisamente porque el Bunker servía como prisión de máxima seguridad para rehenes y prisioneros especiales, hubo testigos de la escena que siguió; algunos de aquellos testigos sobrevivieron, entre ellos el hijo del mariscal Badoglio y el comunista alemán Joseph Drexel.[6] Fueron los suboficiales de la Politische Abteilung, lógicamente, los más brutales de todos los SS de Mauthausen, los que se hicieron cargo de los supervivientes aliados. En una de las dos salas de administración, el palo utilizado para medir la altura de los prisioneros fue utilizado para golpear a los agentes aliados hasta dejarlos inconscientes.

Entretanto, los SS habían visto que los cadáveres de los agentes aliados ya asesinados tenían tal grado de mutilación que no podían leerse los números de registro impresos en su tórax. Ante la desgracia de no poder realizar un buen registro, Bachmayer aceptó rápidamente la idea de Juan de Diego de que la única manera de identificar a los muertos era obtener la identidad de los supervivientes. Entonces, De Diego fue enviado, por primera y única vez, al Bunker. Subió el breve tramo de escalera de la entrada y se vio frente a la mirilla de la puerta de hierro. Dentro, a la izquierda, estaba la puerta donde se presentó, y detrás, una puerta con cadena de hierro. Nada de lo visto hasta entonces le había preparado para ver lo que sucedía dentro. En un hedor irrespirable, un calor «como al abrir un horno», vio a los agentes aliados, apiñados en celdas para un solo prisionero con no menos de doce en la primera y de trece en la segunda. Se les ordenó formar en el pasillo del Bunker, donde se les pasó revista bajo la vigilancia del supervisor del Bunker, Josef Niedermayer. Mientras se gritaban los nombres de los supervivientes, Niedermayer oyó decir Niermeijer. El parecido del apellido del prisionero con el suyo le enfureció; por ello le aplicó el trato corriente de golpes y patadas hasta que el prisionero hubo pagado esa profanación de su nombre. Juan de Diego completó la misión, volviendo a anotar con tinta los números de registro en el

pecho de los veinticinco supervivientes, y salió después del Bunker con la mente ofuscada por las mutilaciones que había visto. «Me fui a la oscuridad de la noche con el olor nauseabundo, la visión de los charcos de sangre que formaba un mosaico en el suelo del pasillo, y esa sensación no me abandonó en el camino de vuelta bajo la luna.»[7]

Lo que siguió aquella noche en el Bunker ha sido registrado por el testigo directo Joseph Drexel. Un grupo de Scharführer había invitado a unas cuantas mujeres al Bunker para participar en una orgía bañada en alcohol. En un momento dado, los sargentos abrieron las puertas de las celdas. Se volvió a ordenar a los prisioneros que formaran, sujetando las latas con sus excrementos a lo largo del pasillo. Bajo los golpes y los empujones se los obligó a tirar el contenido de las latas al suelo. Luego se les ordenó que recogieran nuevamente los excrementos en las latas sin usar las manos. El asco que invadió a los prisioneros aliados, contaba Drexel, superaba el miedo a los golpes. Obligados a usar sus ropas, se les advirtió que no se las limpiaran. En todo ese tiempo, la escena suponía para las invitadas «una fuente inagotable de diversión: se doblaban de risa, se palmeaban los muslos con júbilo».

Pero hubo más. Por la mañana empezó el acto final en los escalones de la cantera. Ninguno de los oficiales había recibido agua ni comida desde que llegó. Esa vez, los prisioneros se dirigieron al perímetro del campo, corriendo hacia la alambrada de espino. Como un director de orquesta que diera entrada a la sección de trompetas, Ziereis señaló a las ametralladoras de las torres, cuyo rápido *stacatto* puso fin a la fiesta. Pero aquella tarde, cuando los demás prisioneros volvieron a la fortaleza después de haber presenciado la escena en los escalones, miles de zuecos de madera sonaron rítmicamente como protesta y homenaje a los aliados muertos.

De nuevo, el papel del Lagerschreiber español fue fundamental para preservar las pruebas. Por razones que se desconocen, los nombres de los cuarenta y siete oficiales aliados no fueron introducidos y refrendados en el Todesmeldung. En vez de ello, unos días más tarde, algunos SS sin graduación recibieron la orden de acudir a la Lagerschreibstube y se les dijo que mecanografiaran un informe con la lista de los oficiales aliados acusándolos de haber

protagonizado una rebelión. El papel de calco utilizado era nuevo. Juan de Diego aguardó la ocasión, tomó el calco, lo sostuvo frente a un espejo mientras lo copiaba y escondió la copia.[8]

Exactamente dos días después de que los últimos de aquellos oficiales aliados fueran asesinados en Mauthausen, dieciséis agentes especiales británicos y franceses, de un grupo de cuarenta y tres que habían sido llevados a Buchenwald el 17 de agosto de 1944, sufrieron un destino similar. Alojados en el barracón 17, los miembros de este grupo fueron ahorcados en el crematorio el 9 de septiembre. Otros veinte fueron fusilados el 5 de octubre. En enero de 1945, quince miembros de una misión militar aliada que habían caído en paracaídas sobre Eslovaquia fueron enviados a Mauthausen y ejecutados. Los dos comandantes, Ziereis y Pister, recibieron indudablemente las mismas órdenes para tratar de esta forma a los prisioneros aliados, y Adolf Zutter, que servía como asistente de Ziereis, lo admitió al ser hecho prisionero por los estadounidenses. «Unos ocho o diez días después de la llegada de los agentes aliados a Mauthausen —declaró bajo juramento—, recibimos la orden ejecutiva en forma de mensaje de radio o teletipo. Ziereis vino a verme a la oficina y me dijo: "Kaltenbrunner ha aprobado su ejecución". La orden estaba clasificada como secreta y llevaba su firma. Se la transmití al Oberscharführer Niedermayer en el Bunker, quien inmediatamente ordenó disparar contra el grupo y me entregó sus pertenencias.»[9]

Zutter estaba admitiendo solo una parte de la historia. Mientras que una orden de *Kugel* simplemente exigía que a los prisioneros recién llegados se los recibiera con una bala en la nuca, estas órdenes jamás satisfacían la imaginación de Ziereis, y ocasiones como aquellas no podían dejarse pasar sin más. Fue en aquel mes de enero de 1945 cuando Ziereis introdujo la técnica de tortura de la «oración tibetana», hasta entonces desconocida en Mauthausen, y utilizada en el caso de los agentes aliados capturados en Eslovaquia en el que más tarde se conocería como el caso Dawes. Lo que le hizo especial fue la cantidad de SS de alto rango implicados en los interrogatorios, que comenzaron el domingo 7 de enero y duraron al menos una semana. Eigruber se acercó varias noches desde Linz para participar. En la Gestapo de Linz, el Oberregierungsrat doctor Spann ya había muerto en una incursión aérea aliada, pero Eigruber

estaba presente y también Schönenseifen, Habacher y Arndt, de la Gestapo de Berlín. Entre los intérpretes estaban el Obersturmführer Werner Mueller, de Berlín, y el doctor Hans Wilhelm Thost, de Linz, este último escritor y periodista que trabajaba para la Amt VI de la RSHA. Del personal de Mauthausen asistieron también Ziereis y Altfuldisch, el primero encantado de no perderse ni un detalle y el segundo buscando frecuentemente una excusa para ausentarse.

Las investigaciones de posguerra no lograron descubrir la identidad de los quince agentes aliados. Todos eran oficiales o suboficiales británicos o estadounidenses, una era mujer, y fueron capturados en uniforme. Estaban entre ellos el comandante británico Sehmer (al mando de la operación); los cuatro tenientes Gaul (marina estadounidense), Green, Baranski y Daniel Pavletich; el sargento británico Willis; el operador de comunicaciones Paris y el periodista Joe Morton. Los prisioneros fueron más o menos separados por nacionalidad, de modo que la mayoría de los británicos fueron asignados a Habacher y Thost y los estadounidenses a Arndt y Mueller. Las torturas aplicadas por Habacher y Thost durante tres días fueron descritas por las SS como «muy intensas», y al comandante Sehmer se le reservó un trato especial. Fue Ziereis quien propuso a Habacher que colgara a Sehmer por las muñecas, se sentara en los hombros de Sehmer y le rompiera los dedos con un palo. Al final lograron que Sehmer confesara y garabateara su firma con los dedos dislocados. Los quince fueron asesinados de un tiro en la nuca y Ziereis ordenó que Altfuldisch estuviera presente. Los agentes aliados murieron el 26 de enero de 1945 después de una agonía de diecinueve días.

La incursión aérea aliada sobre Linz del 25 de abril de 1945 dio a Ziereis la última oportunidad de descargar su rabia contra los militares aliados. De nuevo, los detalles escasean. Cinco aviadores aliados, todos de uniforme, entre ellos un piloto canadiense y uno polaco, se lanzaron en paracaídas y fueron apresados, uno de ellos muerto o herido de gravedad. Los cuatro fueron interrogados en el muro de las lamentaciones en la puerta principal, por Eisenhöfer, que hablaba inglés, y por el Lagerältester Franz Unek, que fue llamado para que tradujera al polaco. Schulz estaba presente, como de costumbre, acompañado por dos suboficiales, Michael Heller y Josef Farkas, que golpeaban la cabeza de los prisioneros contra el

muro. Después, los presos fueron arrastrados al Bunker, y de nuevo se ordenó a Altfuldisch que fuera testigo de su ejecución.[10] Si Ziereis se cercioraba de que Altfuldisch asistiera siempre a estos hechos era porque sospechaba que su subalterno daba muestras de rechazo. Nadie en Mauthausen, decía repetidamente, podría tener las manos limpias.

13

Incidentes en el laboratorio fotográfico

Entretanto, en el Erkennungsdienst el trabajo que terminaría por ser inestimable para la causa de la justicia proseguía diariamente, mientras Antonio García seguía haciendo una sexta copia de las fotografías que seleccionaba. Habían tenido lugar algunos cambios en el personal. Hans Vey, el kapo socialista austríaco, logró la libertad a mediados de julio de 1942, presumiblemente al presentarse voluntario a la Wehrmacht. Fue sustituido por otro Hans, esta vez un verde alemán que contó a García que había matado a su mujer. Este Hans no era fotógrafo, y el relevo de un rojo por un verde fue una excepción en la tendencia general a sustituir a los verdes por rojos, pero el nuevo Hans no hizo nada por modificar la situación en el laboratorio fotográfico. Cuando el Hans alemán se presentó también voluntario al ejército (en la Waffen-SS), Gralinski fue elegido para tomar su relevo como kapo. Todos los que trabajaban en el pequeño equipo eran plenamente conscientes de los grandes privilegios de que disfrutaban: compartían el baño que usaba Ricken, que al estar dentro del cuarto oscuro requería cierta cooperación, y a las seis y media de la tarde, al final de cada jornada, tenían derecho a una ducha en el centro de desinfección de la puerta contigua.

La posición del Erkennungsdienst tenía vista directa del lugar de ejecución en la avenida del exterior. Únicamente los talleres de carpintería (Schreinerei) y de herrería (Schlosserei) estaban más cerca. El de electricidad también se hallaba en la misma zona. Pero esos kommandos volvían a la fortaleza para comer (y para la larga revista), mientras que el kommando del Erkennungsdienst tomaba el almuerzo en el interior del laboratorio de fotografía. Era a esa

hora, entre el mediodía y las dos de la tarde, cuando se cumplían los fusilamientos. En tiempos anteriores, previamente a 1942, las ejecuciones se habían venido realizando en el Bunker, pero la lista letal había aumentado notablemente, y hacia el término de la guerra se producían estos asesinatos todos los días. Los pelotones de ejecución eran siempre de ocho hombres, que se ponían cascos metálicos para la ocasión y llevaban pistolas automáticas. Aquella era la rutina normal, pero había excepciones: si los grupos eran grandes, podían dividirse en dos, como sucedió en un grupo de 40 de los cuales 25 fueron fusilados y 15 ahorcados. Se pretendía que ningún otro prisionero presenciara la escena, y minutos antes de que empezara cada sesión, un oficial de las SS acudía para ordenar el *Verdunkeln*. Se echaban entonces las cortinas negras utilizadas para los avisos de ataques aéreos, pero estas tenían pequeños agujeros a través de los cuales los prisioneros podían observar la escena, y el kapo no ponía objeciones. García rara vez miraba, pero no así Boix, que en general lo hacía, y según García se desahogaba siempre con su humor negro. El 20 de abril de 1943, los SS celebraron el 54 aniversario de Hitler[1] ejecutando a 48 hombres y 4 mujeres. Como de costumbre, los hombres fueron fusilados desnudos y las mujeres, vestidas. Como se fusilaba a los prisioneros de uno en uno, los disparos se prolongaron hasta las cinco de la tarde. Ricken, que había vuelto de comer, estaba presente, pero no ordenó a los prisioneros que se apartaran de las cortinas. Estaba, de hecho, sumido en su propio tormento interior. Cubriéndose la cara con las manos, gemía «*O weh!*», bajando la cabeza cuanto pudo, hasta que se levantó de pronto, se puso la gorra y salió disparado del Erkennungsdienst para no volver hasta el día siguiente. Pero si Ricken no soportaba ver y oír todo aquello, Boix, siempre según García, parecía exultante. Cuando los demás prisioneros se lo recriminaban, Boix gritaba que no estaba de humor para llorar. «Además —añadía—, son todos sin duda un hatajo de bandidos.» Al terminar el día en el campo todo el mundo sabía que se trataba de partisanos yugoslavos. Cuando García se lo dijo a Boix, este le contestó con un «¡Vete a la mierda!».[2]

Esta ejecución y otras similares fueron presenciadas también por prisioneros de los demás talleres. El de carpintería, a las órdenes del Oberscharführer Heinz Raubuch, estaba a solo treinta metros.

Cuando Raubuch salía dejaba al mando a su subordinado, pero este Unterscharführer rara vez estaba presente; por lo general permanecía en el taller de ebanistería, una dependencia separada en la puerta de al lado. El prisionero Peter Bleimüller y otros dos o tres tuvieron así ocasión de encaramarse al tejado del taller de carpintería y observar la escena, con gran cuidado de no ser vistos. En la herrería, Herbert Melching fue también testigo directo.[3] En una ocasión, otras tres mujeres yugoslavas fueron llevadas al lugar. Ziereis estaba presente, como de costumbre. Las mujeres fueron atadas por las muñecas, pero una se soltó, corrió hacia Ziereis y le escupió en la cara, gritándole «*Svoboda!*». En el taller de carpintería, el prisionero Nicolau pudo verlo y se impresionó tanto que se le movió la sierra y se cortó un dedo.[4]

En el Erkennungsdienst, el trabajo iba reduciéndose lentamente. Ricken recibió su último ascenso, a Hauptscharführer, en noviembre de 1943, en una época en que se mostraba más indiferente que nunca a las reglas. A menudo se quedaba en la oficina por la tarde oyendo la BBC. Más sorprendente aún es el enorme riesgo que asumió al admitirlo ante García. Este nunca le correspondió con sus propias revelaciones, ni le confió que guardaba una colección fotográfica secreta, convencido como estaba de que Ricken le habría dado quebraderos de cabeza si se lo hacía saber. Pero que Ricken oía la BBC no era ningún secreto para García. El alemán dejaba la puerta del despacho sin cerrar con llave y la radio, aunque apagada, estaba sintonizada con la BBC. En cuanto él y Schinlauer salían a comer, entre las 12 y las 2 de la tarde, los prisioneros campaban a sus anchas. A la una, García y los demás entraban en el despacho, encendían la radio y oían el boletín de noticias de la BBC en francés.

Acaso porque Ricken tenía menos que hacer, o tal vez porque Ziereis proseguía con su política de «nadie con las manos limpias en Mauthausen», se ordenó a Ricken a finales de diciembre de 1943 que encabezara un pelotón de cuatro hombres para escoltar a diez prisioneros que serían trasladados a Auschwitz. No se dio explicación alguna sobre el motivo de tan extraña operación, o sobre cómo fue posible, en esta circunstancia especial, que el grupo de Ricken completara el viaje a Auschwitz en un solo día. Fuera cual fuere el caso, Ricken volvió a Mauthausen para recibir un

nuevo encargo. El 8 de febrero de 1944 salió de Mauthausen con un grupo de prisioneros, bajo las órdenes de Altfuldisch, con el fin de abrir dos nuevos campos: en Aflenz-Leibnitz y en Peggau-Hinterberg. Cuando Altfuldisch los dejó el 1 de mayo para volver a Mauthausen, Ricken quedó al mando de los dos campos hasta la llegada de Fritz Miroff el 15 de mayo para tomar el control. Pero Ricken permaneció allí, como Lagerleiter ayudante a las órdenes de Miroff, hasta la evacuación de los mismos en abril de 1945.[5] Aquella experiencia sacó a relucir un aspecto del carácter de Ricken que nadie había visto o sospechado en el Erkennungsdienst. Ricken en persona, como más tarde admitió, fue responsable en Aflenz de flagelar brutalmente a dos prisioneros.

Entretanto, en el laboratorio fotográfico ascendía la buena estrella de Boix. Gralinsky fue degradado al trabajo de encuadernador y Boix tomó su puesto como kapo.[6] El anexo V muestra que, del equipo de siete que componían la unidad en marzo de 1945, Boix ganaba 3 reichsmark a la semana y los demás 2 reichsmark. (Estos pagos iban a parar a la cuenta a su nombre que los prisioneros nunca llegarían a ver.) La ayuda de Boix sirvió para que otro español, José Cereceda, se uniera al equipo a mediados de 1944. Cereceda (el Bailarín) estaba de gira en México con la compañía de Celia Gámez cuando empezó la guerra civil y volvió de inmediato a España. Desde junio de 1940 estuvo en la red clandestina del PCE en Burdeos. Detenido a finales de 1942, llegó a Mauthausen el 3 de abril de 1943 con una clasificación NN. Tras un mes en la cantera fue trasladado al Donaukommando, donde cargaba las piedras en las barcazas, pero como sabía algo de fotografía Boix pudo llevarle al Erkennungsdienst. Pero el trabajo continuaba escaseando. Las oleadas de nuevos prisioneros evacuados de los campos del este eran de tal magnitud que dejaron de hacerse las fotografías del registro, y en cuanto a las visitas de dignatarios, aparte de la de Eigruber no hubo más. Cereceda habla de la inquietud que sentían los prisioneros: «En el laboratorio fotográfico nos preocupaba que pudiera disolverse nuestra unidad. Procurábamos parecer atareados, pero teníamos muy poco que hacer, y en la unidad éramos varios».[7]

Con Ricken ausente, la malevolencia que Boix sentía hacia Grabowski encontró su cumplimiento final en noviembre de 1944

cuando Schulz, para celebrar su cumpleaños, acudió al laboratorio fotográfico para decirle a Grabowski, delante de García, que había decidido liberarle: podía irse del campo como un hombre libre, siempre que antes se dejara castrar. Incluso entre los inadaptados que nutrían el liderazgo de las SS, Schulz mostraba signos de desequilibrio mental. Si puede encontrarse alguna razón para explicar esta ultrajante propuesta, es posible que Schulz considerara que el laboratorio fotográfico tenía demasiado personal, pero también que hubiera oído hablar de la mujer de Grabowski en Viena. Schulz era un conocido mujeriego, como hemos visto. Grabowski había sido enviado a Mauthausen, como antisocial, no por otro motivo que el de ser un mirón y un exhibicionista[8] y ahora, con cincuenta y seis años de edad, no paraba de hablar a todo el mundo sobre su matrimonio con una hermosa bailarina de la Ópera de Viena, varias décadas más joven que él. «¿Qué dices a la oferta?», preguntó Schulz, siempre en presencia de García. «Me gustaría pensarlo», contestó Grabowski. «¡No hay nada que pensar!», rugió Schulz. Grabowski aceptó: su hombría por la libertad. Más tarde, ese mismo día, llegó un prisionero del Revier, que trabajaba en la enfermería, gritando el nombre de Grabowski. Este respondió desde la ventana que se lo había pensado mejor y que ahora rehusaba. El enfermero contestó que tenía un minuto y que después los SS vendrían a buscarlo. Grabowski salió con el enfermero y le operaron, no el equipo del profesor Podlaha sino los médicos de las SS, lo que explica por qué hay tan pocos prisioneros que conocieran el asunto. Después de descansar un mes en el Revier, Grabowski fue llevado al prostíbulo para ver lo que podían hacer las prostitutas para excitarle.[9] Grabowski se presentó después a Schulz, que examinó las marcas de la operación. Satisfecho con lo que veía, Schulz le dijo que recogiera sus ropas de civil de la Effektenkammer. Después, Grabowski fue visto saliendo del campo vestido normalmente y acompañado de un guardia de las SS, que habló más tarde de lo que había presenciado. Según bajaban por la colina camino del pueblo de Mauthausen y de la estación, Grabowski se detuvo en la orilla del Danubio y delante del guardia se metió en el río hasta la cintura echándose agua por la cabeza y gimiendo «*Meine schöne Donau!*». Grabowski jamás llegó a Viena, como atestiguó su mujer. Lo único que se supo de él es lo

que contó el guardia al volver al Lager, diciendo que Grabowski se había metido en el Danubio. En opinión de Antonio García, sentía tal humillación que había perdido el deseo de regresar junto a su esposa.[10]

En febrero de 1945, García cayó enfermo. Las preciosas copias, unas 200, por las que había arriesgado su vida todo ese tiempo habían sido trasladadas desde los cajones del cuarto oscuro a la zona del kapo, y estaban ahora ocultas detrás del armario donde se guardaban todos los negativos. Nadie estaba al corriente del secreto, salvo García, Boix y Cereceda. «Para esconderlas —cuenta Cereceda—, sacábamos el armario. No era demasiado grande ni demasiado pesado, y tampoco lo hacíamos todos los días.»[11] García fue mandado al Revier, del que pocos prisioneros salían con vida. Curiosamente, la Cruz Roja Internacional había informado ya a la familia de su muerte: en una carta sin fecha que García aún conserva, el duque de Hernani, un oficial del CICR, comunicó que, según la Cruz Roja británica, García había muerto en Mauthausen en 1942. Pareció que el informe fue simplemente prematuro. Durante 38 días estuvo a las puertas de la muerte. Aquel fue tal vez el período más largo durante el que se dejó que un prisionero permaneciera en el Revier antes de ser enviado a la cámara de gas, pero los SS evidentemente le consideraban importante y el profesor Podlaha le salvó la vida. Fue allí, en el barracón 5 del Revier, donde García vio a su compañero Climent, amigo y colega de la Politische Abteilung, traído casi inconsciente, con el rostro bañado en sangre, la nariz rota, los labios desgarrados, los dientes machacados. Ramón, el catalán que encabezaba los servicios de prisioneros del barracón, explicó a García lo que había sucedido. Boix había atacado a Climent en las dependencias del barracón 2, golpeándole en la cabeza con un tablón de madera cuando se volvía y luego, estando Climent inmóvil en el suelo, le pegó brutalmente, como habría hecho un kapo con un prisionero al que deseara matar. Climent se salvó por la intervención inmediata de los demás *prominenten*, en particular los otros quince españoles alojados en la Stube A, pero Climent había quedado tan desfigurado que los ayudantes prisioneros del Revier tuvieron que utilizar una máscara para reconstruirle la cara. Los *prominenten* que acudieron al Revier a visitar a Climent también fueron a ver a García y confirmaron la

versión de Ramón. Durante un tiempo ningún español del barracón 2 le dirigió la palabra a Boix, quien, como era de esperar, jamás se dirigió al Revier a visitar ni a Climent ni a García. Este tuvo el consuelo de la visita del líder del Partido, Razola, quien le dijo en qué grado el Partido apreciaba su trabajo secreto en el laboratorio fotográfico. En aquel mismo momento, García estaba perdiendo todo lo que se había esforzado en salvar.

A finales de marzo de 1945, García no se encontraba nada bien, pero los presos médicos le aconsejaron que saliera del Revier dado el peligro de ser liquidado. De este modo, García dejó el hospital, apenas capaz todavía de caminar: «Estaba tan enfermo como cuando ingresé». Se dirigió al Erkennungsdienst, enfiló directamente al armario archivador… ¡y vio que las fotos ya no estaban! En cuanto los dos hombres estuvieron a solas, García preguntó a Boix por las fotografías. Con una sonrisa burlona, Boix contestó: «Ya te has despertado. Están en manos del Partido. No pienses que vas a sacarme nada. Si me pinchan no me sacan sangre». García, amable por naturaleza, se estremeció de rabia. «Nunca —escribiría más tarde— tuve tal sentimiento de traición. Si mi salud me lo hubiera permitido, me habría abalanzado contra él. Pero tuve que esperar mi momento.» Ese momento podría no llegar nunca. Mauthausen estaba sufriendo numerosas alertas aéreas y en tales ocasiones los prisioneros que trabajaban en kommandos fuera de la fortaleza tenían que regresar a toda velocidad. La distancia desde el Erkennungsdienst hasta la puerta principal era de 400 metros. Boix corría como una liebre, sin preocuparse del debilitado García, que afrontaba el peligro de los rezagados de ser abatidos por una ráfaga de ametralladora desde la torre de vigilancia del extremo norte. Eran los dos polacos los que se preocupaban por ayudarle y ellos tres eran siempre los últimos en alcanzar la seguridad de las puertas de la fortaleza.

No obstante, la ocasión llegó un día en que García y Boix estaban solos en el Erkennungsdienst, con Schinlauer fuera para comer y sin que estuviera delante ninguno de los demás prisioneros. «Cerré la puerta con llave —recuerda García—. Boix no se lo esperaba y no ocultó su sobresalto. Pensaba meterme la llave en el bolsillo, pero en el calor del momento la dejé en el cerrojo. Aquello, viéndolo en retrospectiva, me salvó la vida, o tal vez a los dos, ya

que la pelea habría sido a muerte. Me había conjurado para matar o morir. Estábamos igualados: él me aventajaba en salud, fuerza y juventud, y yo a él en agallas para pelear.» Pero Boix no hizo nada por defenderse. Su única idea era escapar. Corría de una pared a otra como un pollo asustado, la espalda siempre vuelta, con los brazos cubriéndose la cabeza y la cara, mientras que le llovían los golpes de García. Las ventanas eran pequeñas y altas, por lo que no ofrecían escapatoria. Dos veces llegó Boix hasta la puerta y dos veces tiró de él García, pegándole con fuerza en la cabeza. A la tercera consiguió alcanzarla y se las arregló para girar la llave, con lo que la puerta se abrió de par en par bajo el peso de otros prisioneros, que se apresuraron a separarlos. En el curso de la batalla García se había roto el metacarpio, ya fuera con el cerrojo o contra la cabeza de Boix, y por ello la pelea terminó y Boix pudo escapar. Boix acudió directamente a los jefes del Partido, pero también informó traicioneramente a Bachmayer de las lesiones de García, lo que puso de nuevo en riesgo la vida de este. La primera llamada vino del Partido. García informó lealmente a Tarragó, quien le ordenó que le siguiera hasta el paseo donde Boix estaba esperando junto a Pagès. «Acabas de pegar a un camarada —le dijo Pagès—, y ese es un asunto muy serio.» García contestó informando a Pagès de la fama de soplón de Boix y del riesgo en que ponía al Partido. Pagès se volvió hacia Boix y le preguntó si era cierto. Para asombro de García, que llegó a la conclusión de que Boix no estaba demasiado bien de la cabeza, su oponente replicó: «Sí». Pagès saltó sobre Boix. «Si vuelve a suceder —dijo—, te expulsaré del Partido.» Lo cierto es que, como veremos, todo el historial de Boix, incluido su ataque físico contra Climent, fue olvidado totalmente por el Partido, desde el momento en que optó por canonizarle. García, además, extrajo otra conclusión: «Nunca, nunca más volvería a tener esa fe ciega en el Partido ni en sus miembros. Salí de allí como gato escaldado».[12]

La vida de García estaba todavía pendiente de un hilo después de lo que Boix le contó a Bachmayer. «Llamado por Bachmayer —escribió García, en sus memorias inéditas—, no podía predecir lo que pasaría. El “gitano sangriento” mataría a un prisionero por mucho menos que aquello. Pero Bachmayer lo dejó correr y pude curarme la mano tratado por Ramón, mi compañero español que me

había ayudado a salvar la vida en el Revier. Aun así, le dije que había tropezado y me había caído.[13] Era más seguro que decir la verdad, incluso a un amigo.» Era como si García tuviera un débil presentimiento de que su supervivencia personal no importaba tanto para sí mismo como para la historia y la verdad.

14

La evasión soviética del Barracón de la Muerte

Si desde un Aussenkommando en las montañas las fugas eran teóricamente posibles, escapar del Hauptlager era un asunto diferente, y hemos visto que los intentos de un hombre o un grupo pequeño estaban condenados al fracaso. Sin embargo, la revuelta del barracón 20 en la noche del 2 al 3 de febrero de 1945 mostró que una acción concertada a gran escala podría tener éxito, incluso ante una máquina tan despierta e implacable como las SS. La revuelta dio lugar a la única evasión en masa jamás conocida en el Mutterlager de Mauthausen, y a una de las dos conocidas en el universo del KZ.[1] La proeza de la noche del 2 al 3 de febrero merece con todo una consideración aparte.

El plan era la sencillez personalizada. Si un número suficiente de hombres aceptaba el principio de que había que perseguir el objetivo con independencia del número de muertos, uno o varios prisioneros terminarían con los pulgares apretando a algún nazi por la garganta. El 20 se había convertido en un barracón de la muerte por orden de Keitel, como demostraron los juicios de Nuremberg, y era administrado como un anexo al Bunker, y por tanto por Schulz en la Politische Abteilung. Estaba aislado del resto del campo por un muro de granito coronado con una valla electrificada con los 380 voltios habituales, y tenía tres torres de vigilancia, al este y al sur, que ofrecían (si tal pudiera ser el término correcto) la oportunidad de escapar. Desde abril de 1944, el barracón estuvo reservado a oficiales soviéticos y comisarios políticos, en especial los que se habían fugado de los campos de prisioneros de guerra, y para algunos prisioneros K (*Kugelbefehl*). Entre ellos había polacos (supervivientes del alzamiento de Varsovia en 1944), holandeses,

italianos, belgas, un yugoslavo y un alemán,[2] pero en su inmensa mayoría eran soviéticos. Dado que era ya normal que los alemanes mataran de un tiro a los prisioneros de guerra que habían intentado escapar, así como las ejecuciones sumarias de prisioneros K nada más llegar, la presencia de 4.300 prisioneros de este tipo en el barracón 20 de Mauthausen solo tiene una explicación: se pretendía que perecieran de hambre. El hombre responsable del barracón 20, Josef Niedermayer, nombrado para el puesto en 1944, así lo admitió en su juicio en Dachau: «Los prisioneros morían lentamente, por hambre o enfermedad, sin que se permitiera darles tratamiento. La ración diaria de comida consistía en medio litro de sopa aguada, 125 gramos, o la mitad, de pan, que con frecuencia no les distribuíamos, y a veces una fina loncha de queso, o embutido, o margarina». Por añadidura, los ocho kapos verdes responsables del barracón 20 vaciaban los platos en los lavabos, obligando a los prisioneros a coger la comida con las manos. Además, se les sumía sistemáticamente en la extenuación forzándolos a estar en cuclillas con las manos detrás de la cabeza, y se los obligaba luego a andar al paso de la oca durante tres kilómetros de un tirón. Como resultado, de los 4.300 prisioneros internados allí en abril de 1944 solo 1.300 seguían con vida en noviembre, y apenas 800 en enero de 1945. Todos dormían en el suelo, los aptos en la Stube A y los enfermos en la B. «Ninguno trabajaba —contaría un superviviente—, simplemente nos moríamos de hambre.» La situación en el recinto del barracón 20 era de las que ningún oficial SS de visita quería perderse. El visitante subía a la torre que vigilaba el recinto y, según se dice, permanecía allí largo tiempo, observando la escena con toda tranquilidad.

El barracón 20 estaba construido, como los otros, con una base de hormigón, pero en un terraplén que bajaba hasta el muro. Aun así, el muro no era muy alto: en el extremo sur tenía menos de dos metros y medio, y lo demás era todavía más bajo. Dos de las torres no eran de la clase de granito erigida en el muro, sino de madera, retranqueadas con respecto al muro y relativamente bajas. La idea de un intento de fuga masiva surgió de un grupo de diecisiete oficiales soviéticos que habían llegado a Mauthausen después de haber intentado huir de otros campos y ser capturados, a finales de enero de 1945. Como muchos de los demás prisioneros del barracón

20, eran oficiales de la fuerza aérea. Todavía en una condición física razonable, pero sabedores de que muy pronto morirían, urdieron su plan. La peculiaridad del mismo era su espontaneidad: quienes lo prepararon no tenían contacto con la organización internacional del campo ni con la resistencia austríaca del exterior. Su éxito se debió a que todos los participantes eran oficiales; sabían cómo organizar una evasión, conocían todo lo necesario sobre las armas alemanas y estaban movidos por el hambre y la desesperación. El plan se preparó para la noche del 28 al 29 de enero, pero los SS lo descubrieron y dos días antes de la fecha programada se precipitaron súbitamente sobre veinticinco de los presos, capturándolos y fusilándolos, entre ellos los diecisiete que lo habían ideado. El modo en que los SS desvelaron el plan no se ha esclarecido nunca: tal vez sus preparativos, que se hicieron a la plena visión de los vigilantes de las torres, fueran detectados por los guardias, o acaso hubiera una delación.[3]

Otros empezaron a preparar un nuevo intento. En la noche del 2 de febrero, cuando los prisioneros habían recibido orden de ir a su barracón y los guardias SS habían salido del recinto, los internos empezaron a arrastrarse por la zona hasta la mitad del barracón, ocupado como siempre por el Blockältester y sus subalternos. En el barracón 20 esta zona estaba particularmente bien señalada. Junto con la ducha y las letrinas había una bañera con tapa de madera que se usaba para ahogar a los prisioneros, y ganchos de hierro dispuestos en las paredes para estrangularlos. Esa noche en concreto, los prisioneros se deslizaron hasta el Blockältester, un robusto austríaco de triángulo verde, y le rebanaron la garganta, al tiempo que otros estrangularon a sus siete acólitos, entre ellos los tres Stubendiener: los polacos Adam y Volodka y el teniente de caballería ruso Mijaíl Ijánov, conocido por Mishka el Tártaro. A las 00.50 del 3 de febrero se dio la señal. Excluidos los sesenta y cinco prisioneros que estaban demasiado enfermos para intervenir, en el ataque tomó parte todo el barracón. Un prisionero se puso la ropa del Blockältester con su brazalete marcado con BL 20 y en correcto alemán gritó la orden: «*Kanaken ‘raus!*». No era infrecuente que los SS llegaran al barracón en mitad de la noche y apremiaran a los internos a que salieran al exterior para una paliza general. El truco concedió a los prisioneros unos valiosos segundos mientras el plan

se ponía en marcha. Lanzaron contra el muro las mesas y las sillas de las dependencias de los kapos, mientras focos de luz iluminaban la noche. Para el éxito del plan era esencial el uso de los dos extintores, robados de ambas alas del barracón. Cada extintor fue confiado a un grupo de tres hombres, y cada grupo estaba asignado a una de las dos torres de vigilancia. El resto de los prisioneros tenían que arremeter contra los guardias de las torres con todos los proyectiles que pudieran encontrar: piedras, palos, troncos de madera, incluso pedazos de jabón tomados del dormitorio del Blockältester, pero en su mayor parte utilizaron el carbón de su estufa. Otros prisioneros corrieron hasta el muro de granito, inclinándose hacia delante mientras algunos más se encaramaban sobre sus hombros y lanzaban ropas y mantas húmedas contra la alambrada electrificada, provocando un cortocircuito.[4] El campo entero se sumió en la oscuridad en el mismo momento en que sonaba la alarma. Bajo la cortina de proyectiles que lanzaban cientos de hombres desesperados, el guardia de una de las torres, incapaz de protegerse, se agachó detrás de la baja barrera de madera y dejó de disparar, siendo neutralizado y cegado cuando Alexandr Tatarnikov trepó con un extintor, después de lo cual la pesada ametralladora fue utilizada para silenciar al otro. Ambas ametralladoras siguieron disparando contra las demás torres y contra los guardias SS que acudían a la carrera hacia el lugar en plena oscuridad. Mauthausen nunca había visto aquel pandemonio, con todo el Lager despertando por el aullido de las sirenas y el tableteo de las ametralladoras. Durante todo este tiempo, los prisioneros treparon sobre los muros este y sur, con el frenesí que solo pueden sentir los condenados. Incluso hubo quienes sacrificaron su propia vida ofreciendo a los demás una oportunidad de salvarse, al tenderse sobre las alambradas para que los otros pudieran atravesarlas.

Sorprendentemente, al inicio de la fuga, tal vez solo catorce hombres fueron abatidos por las ametralladoras de los SS. Hasta 419 escalaron el muro. Dispersándose hacia el este, el nordeste y el sudeste, dejando sus huellas en la nieve, se enfrentaban a varios cientos de metros de campo abierto y desnivelado, protegido esta vez no por una valla exterior sino por un círculo de media docena de torres de vigilancia aisladas hechas de madera y con las

ametralladoras montadas. A unos 300 metros a la derecha había una granja, y a 800 metros a la izquierda bosques, pero no suficientemente extensos para ofrecer un lugar seguro para esconderse. También en esta dirección, los fugitivos llegaron al Schloss Marbach, justo al norte del campo de tiendas de campaña, [5] y la tomaron por una Gasthaus. Impulsados por la frenética búsqueda de calzado, comida, ropa y armas (probablemente en ese orden de prioridad, ya que su supervivencia dependía principalmente de su capacidad para correr), demasiado pronto descubrieron que habían entrado en un albergue de oficiales de las SS y sus familias. Saltando de la cama, los SS dispararon contra cuantos pudieron y salieron en persecución del resto. Mientras que la mayoría de los prisioneros, en su carrera por el bosque, tomaron dirección nordeste, unos cuantos, buscando esos mismos bienes, se detuvieron en el Erkennungsdienst, precisamente porque estaba cerca del barracón 20. No encontraron nada de lo que buscaban, pero se abstuvieron de destrozar las cosas, como Antonio García descubrió a la mañana siguiente. Un grupo, encabezado por el coronel Grigori Zabolotniak, de Siberia, se dirigió al sur hacia el Danubio, encontrando a su paso una batería antiaérea. Sin nada más que sus manos para combatir, doblegaron a las tropas alemanas, estrangulándolas y haciéndose con sus armas cortas, además de un camión estacionado cerca. Zabolotniak dispuso a los heridos y los exhaustos en el camión y se encaminó al este, pero columnas de infantería motorizada enviadas desde Linz los alcanzaron y aniquilaron al grupo soviético.[6]

La caza humana ya iniciada prosiguió con una ferocidad sin límites. Pierre Daix, que estaba durmiendo en el barracón 10 (vecino al 20 con otro barracón en medio), ha escrito con elegancia: «Ese crimen no tenía nombre: peor que una fuga colectiva, era una insurrección de los esclavos más esclavos de todos». Durante cuatro días se movilizó en la región a todos los SS y sus perros. Se creó un cordón de 42 kilómetros de diámetro en torno al campo,[7] y Ziereis en persona estuvo fuera durante los ocho días que continuó la búsqueda. Por una vez la caza del conejo no era un deporte; *Hasenjagd* Muhlviertel, como fue llamada,[8] representó una humillación personal para Ziereis, ya que le fue retirada su supervisión para ser puesta en manos del jefe de policía de las SS en

Viena.[9] Los civiles austríacos de la zona circundante a Mauthausen oían las noticias de Radio Linz. Ziereis y Bachmayer quisieron dejar claro que los fugitivos eran *Schwerverbrecher* (criminales peligrosos), y se ofreció una recompensa por cada fugitivo asesinado. Quienes pudieran verse tentados a obrar de otra forma recibieron una dura advertencia, a través de los altavoces a bordo de vehículos que circulaban por todos los pueblos de la zona: «Por ocultarlos: ¡muerte! Por ayudarlos: ¡muerte!». Las evidencias demuestran que los nazis poco tenían que temer de la población austríaca. Aunque sabían bastante bien que los fugitivos no eran criminales sino prisioneros de guerra, su reacción inicial fue de miedo a lo que pudieran hacer estos prisioneros por venganza. Los rusos, por su parte, se habían dicho unos a otros que podían confiar en los austríacos porque eran católicos. Su respeto por la población civil quedó demostrado en el informe del puesto de policía de Mauthausen. Sin embargo, una vez que los civiles descubrieron que los fugitivos no mostraban hostilidad hacia ellos fueron los propios austríacos quienes se volvieron agresivos. «Sus casas y granjas y sus lugares de trabajo —escribe Gordon Horwitz— eran prolongaciones del campo.» Fueron principalmente los civiles, añade Michel Fabréguet, quienes se encargaron de capturar a los fugitivos.

El puesto de policía del pueblo de Mauthausen, dirigido por el inspector Fleischmann, había sido alertado por teléfono por Ziereis a las dos de la madrugada del 3 de febrero. Ziereis dio órdenes de que todos los policías y el personal local del Volkssturm fueran asignados a la caza y de que ningún fugitivo capturado regresara vivo al campo. A primeras horas de la tarde del 3 de febrero, el doctor Teichmann, jefe de la policía criminal (Kripo) de Linz, informó a Berlín de que trescientos fugitivos habían sido aprehendidos, de los cuales cincuenta y siete seguían con vida.[10] Los hombres del puesto de policía, se informó, estaban mostrando escaso entusiasmo, pues no habían capturado ni a un solo prisionero.[11] El Volkssturm, por otra parte, tomó parte activa: entre sus miembros estaba Erich Gattinger, director de la firma Poschacher de Heinrichsbrunn, quien apresó al teniente ruso Orvbiec y lo entregó a Fleischmann. Este telefoneó al campo para informar de la captura, tan solo para ser reprendido por no saber que no debía traerse a ningún prisionero vivo. Como Fleischmann

no daba muestras de querer matar a Orvbiec, llegaron los SS para hacerse cargo de él. Todos juntos, unos cien prisioneros fugados, fueron llevados a los puestos de la policía local; a la mayoría los mataron en el acto, entre ellos a unos treinta en Ried in der Riedmark, ejecutados detrás de la escuela elemental (Volkschule). Algunos cadáveres se trasladaron al Lager para su incineración, mientras que otros fueron enterrados en el cementerio militar al otro lado del pueblo de Mauthausen. En Schwertberg, el jefe de la comisaría Johann Kohout se resistió especialmente a cumplir las órdenes. Cuando se le hizo entrega de siete rusos capturados por civiles, no los mató sino que los encerró en prisión. Al saberlo, Leopold Boehmberger, un comerciante local y fanático nazi que no ocupaba ningún puesto de autoridad, se dirigió a la comisaría y recordó a Kohout las órdenes de las SS de que a todo prisionero capturado se lo matara al instante. Boehmberger arrastró fuera a los rusos y asesinó él mismo a los siete.[12] En Ried, un soldado de la Wehrmacht, testigo de las atrocidades que se estaban cometiendo, se quejó a un SS diciéndole que estaban locos. Tuvo suerte de que el SS estuviera demasiado ocupado para responder.[13]

Entretanto, en el Hauptlager los bomberos tuvieron que trabajar durante el resto de la noche desenganchando los cadáveres de la alambrada. La magnitud de la movilización fue tal que los kommandos de trabajo no pudieron salir del campo el 3 de febrero por falta de guardias que los acompañaran. Willy Weber recordaba más tarde que había llegado al campo desde su domicilio temprano aquella mañana, y no volvió a salir hasta que se levantó el control del campo catorce días más tarde.[14] Durante dos días, siguieron llegando al campo cadáveres desfigurados de los rusos, más de 300 en total, muchos de ellos arrastrados con una cuerda atada a los pies. «En la torre —escribió Pierre Daix— se veía a campesinos que llegaban con las carretas llenas o con caballos arrastrando los cuerpos por la nieve.» Cadáveres ensangrentados se apilaban en la entrada. Los SS anunciaron que había muerto hasta el último fugitivo,[15] pero aquello pronto fue desmentido. Los pocos fugitivos devueltos vivos al campo, en contra de las órdenes, junto con los que se habían quedado en el barracón 20, fueron enviados al Arrest, donde se los interrogó durante catorce días y luego se los envió a la cámara de gas.[16] Los cuerpos amontonados en la entrada fueron

llevados al Bunker para su identificación antes de ir al crematorio, y Ramón Bargueño relata que los números del registro de varios de ellos no se correspondían con los del barracón 20. Indica que los SS alcanzaron el número con un convoy que había llegado el mismo día a la estación de Mauthausen, y que varios de esos prisioneros fueron asesinados deliberadamente para llenar los huecos. Testigo directo de los hechos que se estaban produciendo en el Bunker y en sus aledaños, Bargueño refiere la rabia con que los SS del Bunker se vengaron de los prisioneros que retenían en las celdas, y de las mujeres y los niños evacuados desde otros campos que arribaron a Mauthausen en dos grupos al día siguiente de la gran evasión. Se obligó a las mujeres y los niños a desnudarse en el muro detrás del Bunker. Un niño de dos años empezó a llorar, de hambre o de frío. Un oficial SS le cogió y le estrelló la cabeza contra el muro y luego llevó a la madre a patadas a la cámara de gas a la que todos estaban destinados. El efecto que aquello tuvo en Niedermayer permanece vívido en la memoria de Bargueño. El hombre, al que Michel de Boüard describe como uno de los cuatro más brutales de Mauthausen, habiendo presenciado la acción de su superior, se precipitó dentro de la prisión y allí, delante de Bargueño, sacó del bolsillo una fotografía de su mujer y su hijita y, como Bargueño le había visto hacer muchas veces antes, se deshizo en lágrimas. Parece que ese sargento era capaz de cualquier crimen en estado de ebriedad, pero otras veces sufría al ver las atrocidades. Entretanto, los oficiales de las SS admitieron que entre diecisiete y diecinueve de los fugitivos no habían sido atrapados.

El modo en que esos fugitivos sobrevivieron se conoce solo en parte. Dos de ellos, el capitán Iván Bitukov (fuerza aérea) y el teniente Víktor Ukrainzev (tierra), entraron en la oscuridad de la noche en la propiedad del alcalde de Holzleiten y se ocultaron en el pajar. Mientras el alcalde estuvo durante bastantes días dedicado afanosamente a la cacería humana, sus tres peones (que eran prisioneros de guerra rusos y polacos) dieron comida, calzado y ropas de civil a los dos fugitivos hasta su partida catorce días más tarde. Solo cuatro de los más de 400 prisioneros que huyeron encontraron refugio entre la población civil austríaca. Semjon Shakov llegó a la granja próxima a Schwertberg propiedad de Theresia y Johann Mascherbauer, padres de cinco niños. La familia

ya había pasado una dura prueba cuando los perseguidores nazis descubrieron, el primer día de la huida, que un fugitivo se había escondido en su granero. Este fue fusilado delante de los hijos, pero al ser el primer día después de la escapada no se encontró responsable a la familia. Pese a su miedo terrible y constante —un vecino comunicó sus sospechas a la policía, y la familia tuvo que vérselas con más de una inspección policial—, los Mascherbauer protegieron a Shakov y se hicieron cargo de él hasta que terminó la guerra. Otra pareja de la misma zona, Maria y Johann Langthaler, de Winden, también tenía cinco hijos. El padre trabajaba como peón en la cantera de Poschacher en Mauthausen. El hijo mayor, Alfred, servía en la Volkssturm en Schwertberg, pero los otros cuatro seguían en casa. No obstante, los padres estaban preparados para prestar su ayuda cuando dos rusos famélicos y temblorosos, Mijaíl Rjabchinski y Nikolái Zemkalo, fueron descubiertos por Johann ocultos en el pajar. Los dejaron seguir allí, pasándolos más tarde al desván de su casa, donde permanecieron hasta el fin de la contienda. En ambos casos fue la madre y esposa la que tomó la iniciativa. Debe rendirse también tributo a la familia Wittberger, de Lanzenberg, cerca de Perg, que al menos en una ocasión protegió a un fugitivo durante varios días, dándole ropa y comida. Los que quedaron atrás en el barracón 20 fueron liquidados, con la única excepción de un miembro del Komsomol ruso llamado Iván, de Leningrado, al que Juan de Diego salvó encontrándole un puesto en un grupo de electricistas.

Los fugitivos habían sido cazados con un salvajismo que abrió los ojos de todos los austríacos que lo vieron. La bestialidad en la que había caído Austria dejó de ser un secreto para los habitantes del pueblo de Mauthausen; toda la región estaba ya informada. ¿Significó aquello, como se ha dicho, que la violencia de los SS se amortiguó en las últimas semanas? Existen, como veremos, testimonios en los dos sentidos; ciertamente, las evacuaciones de los Nebenlager no mostraron ningún indicio de que se redujera su fiereza. En cuanto a los huidos que tras la gran evasión lograron llegar a las líneas soviéticas, aún les aguardaba una inmensa sorpresa. Un muy distinguido superviviente ruso, Borís Abramov, reveló ante los supervivientes europeos occidentales que visitaron Moscú treinta años después, que los rusos del barracón 20 que

sobrevivieron a la *Hasenjagd* y llegaron a la URSS tuvieron que esconderse y permanecer ocultos durante años para escapar de las demenciales represalias de Stalin.[17]

15

Mauthausen, término de la evacuación

Con la evacuación a Mauthausen de tantos otros campos y kommandos apareció un nuevo peligro, esta vez de inanición masiva. En los últimos meses de 1944 empezaron a llegar expediciones de Polonia y Francia. Aunque únicamente una fracción de los prisioneros sobrevivió al viaje, su llegada a Mauthausen incrementó la tensión sobre los ya de por sí menguantes suministros de víveres.

Aunque la evacuación se dirigía hacia el oeste, si ha de confiarse en todas las versiones, se produjo cierta confusión en las órdenes. Los primeros evacuados que llegaron a Mauthausen fueron varios cientos de polacos arribados de Varsovia en junio de 1944, a los que siguieron dos convoyes desde Auschwitz el 28 de septiembre y el 3 de noviembre. Si bien es cierto que estas tempranas evacuaciones fueron hechas por tren y no a marchas forzadas, no lo es menos que los vagones eran a menudo de tipo abierto, con guardias SS montados entre ellos vigilando cualquier cabeza que sobresaliera: cuando una lo hacía, disparaban como si se tratara de un conejo en el tiro al blanco. Otro convoy de Auschwitz de enero de 1945, probablemente el último, tardó catorce días en llegar, a temperaturas entre –10 y –20 ºC. Cuando el tren entró en la estación de Mauthausen se vio que la mitad de los vagones solo contenían cadáveres. Al mando de los guardias SS que llevaban a los prisioneros desde Auschwitz estaba el SS-Hauptscharführer Kaduk, asistido por el SS-Unterscharführer Erich Meissner y por un puñado de kapos de Auschwitz. Kaduk y Meissner, ayudados por el Oberkapo Willy Frey, recibieron entonces la responsabilidad del campamento de tiendas de campaña (Zeltlager). Este campamento,

levantado en septiembre de 1944 fuera del perímetro del campo, era un anexo improvisado custodiado solo desde las torres de vigilancia de madera. Su objetivo era alojar a miles de evacuados del este, entre ellos sobre todo judíos polacos y húngaros, para los que el Hauptlager no tenía sitio ni siquiera con sus ampliaciones. Cuando Himmler ordenó la evacuación de Budapest de 15.000 judíos húngaros, Uberreither, el Gauleiter de Estiria, dijo que él no los quería, tras lo cual Himmler ordenó a Eigruber que preparara su llegada a Mauthausen. Como no había medio de transporte disponible, los prisioneros tuvieron que ir andando, y como de costumbre los débiles y enfermos fueron ejecutados en las cunetas. Con los judíos estaba Nicolas von Kallay, primer ministro húngaro, que había sido tomado como rehén y que se vio así en el mismo campo que su hijo, un prisionero común. A su llegada el 16 de febrero de 1945, y antes de ser llevado al Bunker, Von Kallay presenció la escena que más tarde describiría a las autoridades aliadas: de 200 a 300 hombres, de pie sobre la nieve, desnudos a una temperatura de –10 ºC, fueron rociados con agua helada con varias mangueras.[1]

Pero estas soluciones no podían contener la marea de nuevos prisioneros. Las tiendas del campamento eran como carpas de circo, pero la mitad de los 15.000 a 18.000 judíos de su interior tenían que dormir fuera de las tiendas y cada mañana se enviaban al crematorio dos vagones de cadáveres.[2] Para reducir el número, muchos fueron mandados a Gusen. En su lecho de muerte, Ziereis admitió que 2.500 prisioneros que sobrevivieron al viaje desde Auschwitz fueron rociados con agua con mangueras nada más llegar al Hauptlager y luego marcharon desnudos hasta el anexo. Entre ellos estaban al menos 150 antiguos miembros de las Brigadas Internacionales.[3]

Entretanto, en Gusen el Lagerleiter Seidler buscó su propia solución al problema de la superpoblación de prisioneros. En enero de 1945, Seidler ordenó a Max Pausch, Lagerleiter adjunto responsable de Gusen I, que dirigiera un transporte de 2.000 a 2.500 prisioneros a Linz en tren. Pausch conducía la locomotora. El tren tenía un vagón frigorífico, que Pausch llenó con 90 prisioneros, en su mayoría kapos; todos llegaron muertos. El viaje duraba normalmente 35 minutos, pero esta vez, bajo un ataque aéreo

aliado, llevó cuatro horas. Cuando el convoy llegó a Linz fue recibido por Slupetski, cuya firma suministraba el Zyklon B a Mauthausen; aunque era comandante de las SA, vestía ropa de civil. Una vez que todo el contingente fue gaseado, los cuerpos se cargaron en el mismo tren para ser incinerados en Gusen.[4]

Después de Mauthausen y Dachau, el campo que contenía el mayor número de prisioneros españoles era Buchenwald. Al igual que Mauthausen, y a diferencia de Dachau, Buchenwald vio la creación de una organización secreta que salvó a la población de prisioneros de una hecatombe aún mayor que la que se produjo. La construcción de una cámara de gas en Buchenwald no empezó hasta enero de 1945, cuando una gran zona de los cuarteles de las SS fue asolada para dejar sitio al nuevo edificio. Los Baukommandos estaban bajo vigilancia permanente y los perros de las SS estaban entrenados para morder a cualquier prisionero que dejara de trabajar aunque fuera durante unos segundos. Aun así, los prisioneros lograban destruir cada día lo que habían construido el día antes y este sabotaje, unido a los daños provocados por los bombardeos aliados, forzó a las SS en marzo de 1945 a abandonar el proyecto y basarse, para liquidar a todos los prisioneros enfermos e impedidos, en la ejecución mediante inyección intracardíaca. Cada mañana en el barracón 61, que era el elegido para este fin, se llenaba un gran número de jeringuillas con fenol concentrado y se disponían en una mesa para su empleo por los enfermeros de las SS, que recibían la ayuda de un kapo. Los documentos de las SS que han pervivido muestran que no menos de 16.685 prisioneros fueron exterminados entre enero de 1945 y la liberación del campo el 11 de abril. Pocos de los cadáveres pudieron incinerarse en el crematorio, ya que esta instalación apenas funcionaba por la falta de combustible y transporte derivada de las incursiones aéreas de los aliados. En consecuencia, los cadáveres se amontonaban en gigantescas zanjas cavadas fuera del campo, y el miedo a una epidemia tenía fundamento. Conforme avanzaban las fuerzas aliadas, la primera evacuación partió para Mauthausen el 3 de febrero de 1945 y llegó cuatro días más tarde. De los 3.000 que salieron tan solo 1.200 alcanzaron Mauthausen vivos. Asimismo fue evacuada la mitad de la población de Buchenwald, que en su inmensa mayoría murió. En el Nebenlager de Buchenwald en

Ohrdruf, a 40 kilómetros al sudoeste de Weimar, 8.000 prisioneros se quedaron para trabajar en instalaciones subterráneas, excavando el túnel para refugio del tren privado de Hitler, según un plan de emergencia para evacuar el cuartel general del Führer en Berlín. El 3 de abril, dos días antes de que el kommando fuera invadido por unidades del Tercer Ejército de Estados Unidos, los 8.000 prisioneros fueron asesinados con un tiro en la nuca por miembros de las Hitlerjugend.

Otros dos grupos de prisioneros evacuados llegaron a Mauthausen a mediados de febrero y tuvieron idéntico destino. El primero arribó al mediodía del 17 de febrero desde Sachsenhausen. De los 2.500 prisioneros enviados solo 1.700 terminaron vivos el viaje. Los 200 más débiles, entre ellos el general de división Dimitri Mijáilovich Karbichev, del Ejército Rojo, fueron obligados a permanecer en posición de firmes en la Appellplatz, desnudos a una temperatura que oscilaba entre –1 y –15 ºC, durante el resto del día, la noche entera y el día siguiente. Por añadidura, se ordenó a los bomberos que los mojaran con las mangueras, primero con agua caliente y luego con fría. Unos 150 murieron, en ataúdes de hielo, entre ellos el general Karbichev, que estaba decidido a morir de pie. Para terminar con los últimos cincuenta, los SS, armados con porras y hachas, arremetieron contra ellos, dándose un baño de sangre. Al día siguiente, el 17 de febrero, llegó otro convoy desde Sachsenhausen, similar en el número de los que partieron y en el de los que murieron en el camino. Una superviviente, Irène Gaucher, ha relatado que algunos prisioneros cayeron en el canibalismo, y decidían antes de que un camarada muriera quién tendría derecho a comerse sus brazos y sus piernas; otros dos prisioneros esperaron apenas la muerte de un compañero para abrirle el pecho y devorarle, crudos, el hígado y el corazón. Al llegar a Mauthausen estaban Trum y un Blockführer que separaron a los 500 más débiles. Entre ellos había varios niños, ninguno de los cuales había probado bocado durante tres días, y que estaban de pie llorando. Se ordenó a los 500 que se desnudaran y formaran una fila en el *Klagemauer*. De nuevo, los bomberos les arrojaron chorros de agua gélida durante toda la noche. Un grupo de rusos y polacos pensaron que podrían ganarse el favor de los SS ayudándolos a matar a unos cuantos compañeros presos, completando así el total que

imaginaban era requerido por los SS. Entonces empezaron a empujar a sus camaradas hacia el muro y les machacaron la cabeza contra él. Un oficial francés de caballería, el teniente coronel Jacques de Dionne, recibió graves heridas pero consiguió estrangular hasta la muerte al polaco que intentó asesinarle. Los prisioneros permanecieron allí durante dieciocho horas, desnudos y expuestos a una temperatura que De Dionne estimó en –18 ºC. Los SS los llevaron por grupos hasta las duchas, donde fueron sometidos a sesiones de veinte minutos bajo un agua que pasaba de gélida a abrasadora y de nuevo a fría. Después fueron devueltos al muro, sin secarse, a expensas del viento. Así continuaron durante toda la noche. De Dionne espoleó a sus compañeros para que todos juntos arremetieran contra los SS, pero ninguno guardaba ni un asomo de valor. Por la mañana, Niedermayer, ayudado por el conductor de Bachmayer y unos cuantos Blockführer, se abalanzó contra ellos con porras y barras de hierro. Tres de los agresores se marcharon para regresar provistos de hachas. Apuntaron a la cabeza de los prisioneros, varios de los cuales fueron decapitados. De Dionne quedó cubierto por los cuerpos de los que morían, que pudieron darle algo de calor, y aunque un hachazo, que pretendía rematarle, le dio en el hombro dejándole una cicatriz de por vida, escapó de una herida mortal. Creyéndolo muerto, fue trasladado al crematorio donde, para sorpresa de los presentes, se puso en pie. Se ha dicho que fue ocultado y cuidado por los prisioneros que trabajaban en el kommando del crematorio, pero parece ser que el Kommandoführer, Martin Roth, también estaba presente y que su reacción al ver a un superviviente de una escena tan terrible fue echarse a reír y dejar que se marchara para que les fuera con el cuento a sus compañeros, suponiendo que De Dionne pronto moriría. Pero no murió. Vivió para aportar a la Comisión de Crímenes de Guerra de los aliados y al Tribunal de Nuremberg un testimonio de primera mano. La escena fue presenciada asimismo por miembros del personal de cocina, ya que el barracón de la cocina estaba a menos de cincuenta metros del *Klagemauer*. Otros testimonios proceden de muchos prisioneros de barracones próximos (entre ellos, Juan de Diego, en el barracón 2), que escucharon las voces y los gritos durante toda la noche. Las pruebas parecen demostrar que esta matanza fue planeada de antemano, sin

duda como venganza por la fuga masiva, y que Schulz en persona estuvo delante.

En el convoy de Sachsenhausen iba un judío alemán de Odessa conocido por Salomón Smoliánov, que al ser apátrida llevaba el triángulo azul además del amarillo. Antes de caer prisionero se había dedicado profesionalmente a restaurar obras de grandes artistas y a preparar facsímiles, un arte en el que se había ganado cierta celebridad. Había sido enviado a Sachsenhausen con otros 141 prisioneros, en su mayoría judíos y todos sacados de varias prisiones, cuando Heydrich estableció en ese campo el centro de la industria de falsificación de libras esterlinas (operación *Bernhard*), bajo el mando del SS-Sturmbannführer Bernhard Krüger. Ya el 1 de marzo de 1945, la unidad al completo fue enviada a Austria. Juan de Diego pudo hablar con Smoliánov sobre su trabajo, antes de que la unidad, con órdenes entonces de producir documentos y dólares falsos, fuera remitida el 14 de abril de 1945 a su nuevo centro en Redl-Zipf, oficialmente conocido como Schlier.

El 2 de marzo de 1945 salió un convoy de Ravensbrück con 1.981 mujeres y niños. Cinco días más tarde, en medio de la noche, llegaron a la estación de Mauthausen, donde las mujeres incapaces ya de caminar fueron asesinadas de un tiro en la cabeza.[5] Los SS recibieron al resto de la manera habitual, entre la estación y la puerta principal del campo; muchas mujeres pasaron su primera noche de pie sobre la nieve, encadenadas al muro. Como resultado, solo 1.799 seguían con vida cuando se completó el registro el 10 de marzo; entre los 182 muertos estaban todos los niños, puesto que los que superaron el viaje fueron asesinados nada más llegar. Entre las supervivientes registradas había 579 francesas y cuatro españolas. Una de las francesas, Gisèle Guillemot, ha rendido tributo a las españolas por sus esfuerzos en los lavabos para animar a las demás. Las mujeres estuvieron separadas de los hombres por todas las barreras posibles, pero las noticias corrían y muchas de ellas sufrieron el shock emocional de descubrir que en el campo había algún camarada, un familiar o incluso su marido, como fue el caso de dos de las españolas, casadas con José Ester Borrás y Joaquín Olaso Piera. En cuanto a la primera, Alfonsina Bueno de Ester, aunque ella, su esposo y su hermano lograron sobrevivir, su padre pereció.[6] La pareja Olaso se reunió físicamente en el Revier;

fue el único caso conocido de un encuentro entre un hombre y una mujer presos. Alfonsina de Ester recuerda que ellas también trabajaron en la cantera y transportaron piedras de 20 kilos con las que remontaron los 186 escalones, y relata que tres mujeres exhaustas, imposibilitadas de seguir adelante, fueron arrojadas al abismo con sus rocas. A otras se las envió al Bunker donde, con Bargueño como testigo, se las obligó a desnudarse en el pasillo y se las mató a golpes de hacha. Pese a todo, la mera presencia de las mujeres supuso un fuerte revulsivo para los hombres y renovó así las energías de todos.

La llegada a Mauthausen de mujeres de Ravensbrück y otros lugares significó también la de unas veinte o treinta guardias de las SS. Ello suponía que había que preparar un barracón para las mujeres SS, que sería limpiado, como los demás barracones de las SS, por prisioneros elegidos. No es de sorprender que las mujeres SS, todas en la veintena, se sintieran atraídas por los españoles. Una de ellas, con autoridad sobre las demás, se fijó en un madrileño apellidado Sanz entre los prisioneros que limpiaban el barracón. Con infinito cuidado, pero con resolución firme, preparó una cita.[7] Sanz estuvo aterrorizado durante el encuentro sexual que siguió y más aún una vez terminado. Es cierto que la mujer SS estaba arriesgando su vida no menos que el prisionero (tanto si aceptaba como si no la propuesta), pero Sanz no expresó más sentimiento después del incidente que el de un terror ciego y pidió a la red de prisioneros que le buscara un nuevo destino.[8]

No todas las mujeres evacuadas de Ravensbrück fueron enviadas a Mauthausen. Un destino bien distinto esperaba a Conchita Ramos Veleta, que había sido apresada en el sur de Francia y enviada en el «tren fantasma» de Toulouse a Dachau. Desde Dachau llegó a Ravensbrück el 9 de septiembre de 1944, encontrando el lugar infinitamente peor, con un hedor y una suciedad indescriptibles. Se vio incluida en un grupo de mujeres de la Resistencia que habían sido detenidas en el Hôtel Moderne de Figeac. Una de ellas era una criada española de veinticuatro años llamada Mimí Tapia, que había caído en una depresión nerviosa; incapaz de trabajar, tuvo por destino la cámara de gas. Ramos y las demás fueron enviadas a un kommando en el río Spree, al sudeste de Berlín, donde se había construido una fábrica de madera de dos pisos; dentro, 500 mujeres,

divididas en turnos de doce horas, trabajaban en la construcción de aviones. La pasión alemana por la limpieza había desaparecido: todas las mujeres sufrían disentería en uno u otro grado, y solo había cuatro cuartos de baño. Entretanto, los bombardeos aliados aumentaban y en abril de 1945 la fábrica fue destruida. Los SS metieron a las mujeres en una celda subterránea durante tres días y luego las transportaron al oeste atravesando Berlín. Era 14 de abril. El día de la proclamación de la República española permanecía en su memoria cuando sus ojos miraron con detenimiento las ruinas humeantes de la capital de Hitler. Por poco que sus vidas merecieran la pena, estando como estaban pendientes de un hilo, todas ellas recibieron con satisfacción infinita la visión de lo que había pasado a ser la Alemania nazi. Desde Berlín algunas, entre ellas una prima de Conchita, fueron enviadas a Bergen-Belsen; otras, como Conchita, acabaron en Oranienburg, donde se encontraron con el antiguo jefe de gobierno español Largo Caballero. Se les dio pico y pala para cavar trincheras y levantar fortificaciones conforme la batalla de Berlín llegaba a su culminación. Con el avance de los rusos se ordenó a las últimas ochenta y cinco mujeres que se unieran a un convoy en la carretera a Rostock. Se prometieron unas a otras que, sucediera lo que sucediera, no abandonarían a las demasiado débiles para caminar; aquello tuvo un enorme impacto en su moral. «Pronto seremos libres. Un pequeño esfuerzo más», se decían una y otra vez. Una noche llegaron a un pinar. Los árboles eran jóvenes y las ramas, bajas. Ramos y otras veintiuna se deslizaron hacia un bosquecillo. Aquella noche los SS abrieron fuego con las ametralladoras, matándolas a todas salvo a esas veintidós que permanecieron inmóviles entre los árboles. Conchita Ramos sobrevivió y encontró el camino hacia Toulouse.

16

Prospectiva de aniquilación

El mismo mes de septiembre de 1944, el comité internacional, como si hubiera recibido la inspiración de la matanza de los oficiales aliados, creó una rama militar responsable de la organización de grupos de combate y conocida por el acrónimo AMI, por su versión francesa Appareil Militaire International (aparato militar internacional). El grupo español, que tenía ya su propia organización militar encabezada por oficiales regulares como Luis Montero, ofreció de inmediato sus servicios. Un distinguido superviviente italiano escribe que nadie en ese tiempo sabía quiénes eran los organizadores: «Solo después de la liberación supimos que los que estuvieron al frente fueron los españoles. A esos españoles les debían la vida todos los supervivientes de Mauthausen. Los SS sabían que tal organización existía, e hicieron todo lo posible por desenmascararla, pero fracasaron».

Podemos desoír sin temor las reivindicaciones de los comunistas, que optaron por pasar por alto la extrema fatiga con que operaban los prisioneros cuando dicen que la AMI pasó a ser una organización de primer orden, con escuadrones, pelotones, compañías y batallones agrupados en una brigada de unos 4.000 a 5.000 hombres. Según observa sir Robert Sheppard, nunca hubo tantos hombres en Mauthausen aptos para tomar parte en algo así. [1] No obstante, parece razonable creer que cada unidad nacional tenía sus encargos precisos y diferenciados. Se les impartió un minucioso entrenamiento para calibrar la distancia a ciertos objetivos, como las garitas de los centinelas y las torres de vigilancia, así como el tiempo exacto necesario para llegar hasta allí. Se hicieron estudios sobre variaciones de visibilidad y zonas

seguras fuera del arco de fuego de los SS. Durante todo el tiempo, los comités insistieron en robar y esconder cuchillos, hachas, picos y todo cuanto pudiera servir de arma el día del ajuste de cuentas. A veces lograron mejores presas: robaron al menos una pistola de la armería de las SS, gracias a un español que trabajaba en ese kommando, y otros españoles, empleados en el kommando del garaje, hicieron un duplicado de la llave del armario donde sabían que se guardaban armas y municiones. Su arma secreta era el extintor de incendios de marca Minimax. Descubrieron que la espuma que proyectaba tenía un alcance de seis metros y que todo aquel que la recibiera en pleno rostro quedaría cegado. El arma ofrecía la ventaja adicional de no hacer ruido. Se dispuso un ensayo general: los líderes de barracón lo prepararon durante la cena en el muro que separaba los barracones de cuarentena del resto, el único lugar del campo fuera de la vista de los centinelas de las torres. Se mostró entonces cómo desmontar el extintor y el modo de activarlo. Por cuestiones de máxima seguridad, nadie salvo los miembros del comité podía identificar a quien no fuera su inmediato superior y su inmediato subordinado.

Para superar el problema planteado por la diversidad de lenguas, se acordó que el comandante soviético, mayor Andréi Pirógov, fuera también responsable de los alemanes, los checos, los yugoslavos y los austríacos. Pirógov, un oficial de carrera conocido igualmente por Vorógov, había ingresado en Mauthausen el 25 de octubre de 1944 en un grupo de cien prisioneros trasladados desde Sachsenhausen por razones disciplinarias. Fue asignado inmediatamente a la *Strafkompanie*, donde la muerte por agotamiento era segura. Sin embargo, Pirógov pudo arreglárselas para conseguir el traslado, en enero de 1945, al Sanitätslager, donde permaneció hasta el día (el 5 de mayo) en que el campo fue liberado. También se acordó, en la nueva estructura, que el comandante español, que entonces era Fernández Lavín (Stubenältester del barracón 13), tuviera a su cargo a los franceses, los belgas, los italianos… y los polacos, que mostraban claras objeciones a ponerse bajo las órdenes de un soviético. Como la española era la mayor y mejor de las unidades nacionales, cuando se tomó la decisión de crear un mando general, este recayó en el mismo Fernández Lavín. Pero Lavín no tenía experiencia militar, y

fue relevado (a principios de 1945) por Miguel Malle, un miembro del PCE.[2] Su equipo estaba formado por un alemán, un austríaco, un checo y un francés. Pero la figura dominante parece haber sido la del mayor soviético Pirógov. El comandante español mantuvo su vínculo con el soviético a través de otro oficial que hablaba español, y el informe de la AMI presentado el 16 de mayo de 1945 ante una asamblea de supervivientes españoles describe el mando de la AMI como un duunvirato español-soviético.

El 28 de febrero de 1945, el comité internacional fue reforzado con la inclusión de varios nuevos miembros. Para unirse a Kohl, Maršálek, Rabaté, Razola y Hoffman fueron designados el alemán Franz Dahlem, el soviético Andréi Pirógov, los españoles Antonio Rosciano Cid[3] y el doctor Pedro Freixa, el comunista italiano Giuliano Pajetta, el socialista polaco Josef Cyrankiewicz y el comunista austríaco doctor Heinrich Dürmayer, los dos últimos llegados a Mauthausen el mes anterior como evacuados de Auschwitz.

La supervivencia del polaco de triángulo rojo Cyrankiewicz muestra la importancia de la organización de la resistencia incluso en el Sanitätslager, que por supuesto contenía un número siempre creciente de enfermos. El checo de triángulo rojo Kazik Rusinek era Sanitätslagerschreiber 2 y el checo Premysl Dobiáš era al mismo tiempo Blockschreiber de su barracón 3. Cyrankiewicz entró en el hospital no por estar enfermo sino porque su vida corría un peligro inminente. Rusinek le dijo a Dobiáš, a cuyo barracón fue enviado, que Cyrankiewicz era un hombre cuya supervivencia era de la máxima importancia. Dobiáš se encargó de la cuestión, pero en el verano de 1944 fue él quien pasó a estar en peligro. Había visto demasiado de lo hecho por Kleingunther en el Revier, y fue Rusinek el primero en advertir el peligro. Convencido de que no dejarían que Dobiáš sobreviviera, Rusinek arregló su traslado al puesto de intérprete en la Lagerschreibstube, como ayudante de Maršálek.

En la esfera cada vez más pequeña del universo KZ, el Hauptlager de Mauthausen y dos de sus Nebenlager, Gusen y Ebensee, fueron los receptores finales de los supervivientes evacuados. A diferencia de Gusen, donde ninguna tentativa tuvo éxito, Ebensee se equiparó con el Mutterlager en la organización de una red de resistencia, pero había un factor que jugaba claramente

en su favor: los fanatizados SS que se encontraban en el Hauptlager y en Gusen (y otras partes) estaban en minoría en Ebensee, y fugarse del campo era ciertamente más fácil: como testimonio figura la huida del muchacho italiano Danilo Veronesi en mayo de 1944. En agosto de ese año, la mayoría de los guardias SS fueron relevados por gente de la Wehrmacht y se abrió una nueva oportunidad.

Ebensee era similar al Hauptlager de Mauthausen en tamaño, ya que constaba de 20 barracones, y en que sus prisioneros no solo podían organizar una red de resistencia sino también registrar y conservar los secretos del campo. Entre ellos, como hemos visto, estaba el prisionero político checo Drahomir Barta, cuyo relato detallado de la resistencia en Ebensee se valora correctamente como un clásico. No obstante, por un motivo u otro no se ha prestado suficiente atención a los orígenes de la resistencia en Ebensee y fue un superviviente italiano de este campo, Italo Tibaldi, quien llenó este vacío.

Tibaldi tenía solo dieciséis años cuando llegó a Ebensee el 28 de enero de 1944. Fue un británico, dice Tibaldi, el primero en impulsar la organización de una resistencia, y tenía la distinción de ser el único de su nacionalidad en el campo. Conocido solo por su nombre de pila, Reginald, había nacido en Egipto y se educó en Inglaterra y Francia. Después de unirse al SOE se lanzó en paracaídas sobre la Italia ocupada por los alemanes para establecer contacto con los partisanos. Detenido y enviado a Ebensee, trabó amistad con Marcel Cazelle, un industrial francés que había financiado a la Resistencia francesa y también había servido en ella antes de caer en manos alemanas. Ambos se acercaron a un tercer prisionero, el luxemburgués Albert Schockweiller, que trabajaba como administrativo en la Schreibstube de Ebensee. Juntos buscaron más contactos, y sobre todo un intérprete de confianza, y encontraron a Hrvoje Macanovic, un antiguo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de Yugoslavia que hablaba siete idiomas y actuaba como intérprete para las SS. Reginald y Macanovic contactaron entonces con José Navarro, ferroviario y dirigente sindical de Alicante que se había convertido en líder del grupo español. Ante las crecientes dificultades, el grupo extendió sus lazos con los polacos, los italianos y los soviéticos. Al mismo

tiempo, Navarro, que estaba en contacto con los españoles que trabajaban en el comedor, los cuarteles y la armería de las SS, hizo de la adquisición de armas su máxima prioridad.

En mayo de 1944, como hemos visto, el comandante de Ebensee, Riemer, cayó en desgracia[4] y fue sustituido por el no menos diabólico Ganz. El mismo mes, el triunvirato original de la resistencia desapareció de escena, mientras que el checo Barta, el yugoslavo Macanovic y el francés Jean Laffitte fundaron un comité internacional. En enero de 1945, el triunvirato vio la necesidad de ampliar el comité. Entre los nuevos miembros estaban el mayor Vládimir Sókolov (Kostev), a quien se confiaron los preparativos militares, el español Felipe Amable Martínez y el prisionero político alemán Ernst Lörcher, de Munich, que era kapo en el kommando de desinfección. Cuando el francés Auguste Havez, un antiguo minero, llegó a mediados de abril de 1945 como evacuado desde Melk, Laffitte, que le había conocido bien, le cedió su puesto en el comité. Allí empezaron los problemas. Havez quería que el comité fuera exclusivamente comunista. Los españoles y los polacos protestaron, al igual que Barta y Macanovic, y Havez tuvo que obedecer.

El núcleo de la resistencia en Ebensee estaba en su Lagerschreibstube, donde Barta recibía la ayuda, como Lagerschreiber 2, del luxemburgués Camille Scholtes. Solo los nervios más templados podían resistir cuando Ganz entraba en la oficina. El diario de Barta tiene anotado en el 22 de enero de 1945 que el Blockschreiber del barracón 10 perdió su privilegiado puesto cuando prohibió a los kapos pegar a los prisioneros mientras trabajaban; la sola idea hizo a Ganz estallar en risotadas. Por otra parte, se iba a producir una enorme mejora en el más alto nivel de la cadena de mandos de los prisioneros. Magnus Keller (King Kong) estaba tan preocupado por la inminente derrota de la Alemania nazi y por las implicaciones que tendría para él que, en marzo de 1945, solicitó, y obtuvo, un traslado al Nebenlager de Gunskirchen. Le relevó como Lagerältester Konrad (Kuno) Wegner, un socialdemócrata alemán que había estado preso durante más de trece años, toda la duración del régimen de Hitler. Hasta entonces había servido como kapo del servicio postal, y ahora, en las seis semanas que le quedaban en Ebensee, heredaba el lujoso acomodo de Keller: una habitación propia y una radio. Desde ese momento,

todas las tardes los miembros del comité de resistencia se deslizaban hacia su habitación para conocer las noticias.

El comité tenía claramente más libertad de reunión que su equivalente en el Hauptlager, pero incluso así habían de tomarse especiales precauciones contra los espías de las SS. Las reuniones se celebraban en domingo, el único día posible, en el barracón 18, en la oficina del Blockschreiber Alois Drabek, y duraban hasta la mitad del día, con los yugoslavos ocupados en vigilar los alrededores. El debate se centraba en la cuestión de cuándo pasar a la acción, dada la ya catastrófica situación del campo. Los optimistas se enfrentaban al freno constante de quienes nada veían salvo la certeza de la muerte inminente. Fue el representante del barracón 18, con el apoyo de los barracones 15 y 8, el que abogó por la acción fueran cuales fuesen las consecuencias.

Los grupos de combate bajo las órdenes de Sokólov se estimaban en 200, incluidos rusos, yugoslavos, checos, españoles, belgas y franceses. Las armas básicas que lograron esconder fueron hachas, zapapicos y cuchillos, pero algunos prisioneros establecieron contacto con uno o dos simpatizantes entre los guardias, lo que les abrió mejores perspectivas. La cronología no está clara, pero los españoles que trabajaban en las calderas de los cuarteles de las SS se pusieron en contacto con dos veteranos del Afrikakorps de Rommel que mantenían lazos con la resistencia austríaca, mientras que Laffitte estableció contacto con Josef (Jupp) Poltrum, un Feldwebel en la Luftwaffe con conexiones análogas con la resistencia austríaca; otros ocho hombres de la Wehrmacht conocidos de Poltrum estaban dispuestos a ayudarle, y la propuesta de colaboración vino de los guardias. Cuatro de los principales colaboradores eran austríacos. Aparte de Poltrum, que procedía del distrito local, el grupo estaba formado por el Hauptmann Alfred Payrleitner, conocido como el Afrikaner, presumiblemente por su experiencia en el Afrikakorps; el doctor Rudolf Pekar, a cargo del Revier de la fábrica, y el socialista vienés Josef Vogel, un trabajador civil. Payrleitner había estado al mando de los guardias de reemplazo desde que llegaron en agosto de 1944, y él y Poltrum trabajaron juntos para traer al campo un suministro muy pequeño de armas y munición, que sumaba no más de siete revólveres y una docena de granadas. El propio Poltrum trajo el material hasta el

exterior del campo en envases de café vacíos, en febrero de 1945, y Vogel asumió la responsabilidad de llevar las armas dentro del campo. Fueron entregadas a los prisioneros Camille Scholtes, en la oficina con Barta, y el español Víctor Queta, que trabajaba en el servicio postal y que las ocultó bajo los tablones del suelo.

La población de prisioneros de Ebensee sabía que estaba a merced de Ganz y los SS. Pero pensar que había una oposición en el mundo, que no estaban solos y que tenían amigos incluso entre quienes los mantenían encerrados, les infundió una sensación de supremo alivio.

Desde febrero de 1945 la Wehrmacht estaba ya derrotada y ello ofrecía perspectivas bastante nuevas, pero también estaba claro que el período anterior a la liberación iba a ser el más peligroso de todos. En el Hauptlager se trazaron tres planes, para adaptarse a las tres situaciones más probables: un intento de las SS de envenenar a toda la población de prisioneros mezclando algún producto tóxico en la sopa; la caída de paracaidistas aliados en las proximidades del campo y una evacuación general de los prisioneros a marchas forzadas. En la primera eventualidad se decidió que bastaría una atenta vigilancia y en cuanto a la segunda se establecieron planes finales de asalto a la armería. El barracón 2, cerca de la entrada principal del campo, se convirtió en puesto de mando. Con todo, era la tercera posibilidad la que se consideraba más probable. Los prisioneros sabían, por los relatos de supervivientes que iban llegando a Mauthausen, que en una evacuación entre campos cuatro de cada cinco prisioneros morían o eran asesinados en el camino. En un convoy de 12.000 hombres enviado a Buchenwald a principios de abril de 1945, miles de prisioneros fueron ejecutados en la cuneta por las Hitlerjugend e incluso por mujeres, 74 de aquellos asesinados en el último trecho, los pocos kilómetros que había desde Weimar hasta la cima de la colina. El comité internacional concluyó que la población de Mauthausen sería conducida bien a los reductos montañosos austríacos o bien a Gusen, donde todos serían exterminados con gas en los túneles subterráneos de St. Georgen. Su conclusión era acertada. Hoy sabemos que el 4 de abril de 1945 Himmler instruyó a los comandantes de KL-Flossenbürg y KL-Dachau para que evacuaran a sus prisioneros de inmediato, evitando que ninguno cayera vivo en

manos enemigas. En su lecho de muerte, Ziereis reveló que había recibido una orden de Pohl en febrero al efecto de que si se perdía la guerra se asesinara hasta al último prisionero; Ziereis añadió que el Reichsführer le ordenó posteriormente que llevara a todos los prisioneros a los túneles de Kellerbau y Bergkristall, en Gusen, y luego los volara con dinamita.

El comité internacional decidió, por tanto, que el ataque contra las SS comenzara no después de la tarde del primer día de marcha, es decir, antes de que los prisioneros estuvieran demasiado fatigados. Se dispondrían unidades de «choque» en las dos filas más próximas a los guardias. La señal se divulgaría en el momento en que la columna saliera de Mauthausen, y cuando se diera la señal las unidades de «choque» se abalanzarían contra los guardias, fueran cuales fuesen las consecuencias. Cualquier evacuación más allá de Mauthausen era improbable, ya que el campo estaba casi exactamente en el centro de los ejércitos aliados invasores.

El uso continuado de la cámara de gas, que no podía mantenerse en secreto, era uno más de los temores, desde luego no infundados, del comité internacional. Hemos visto que Ziereis había recibido órdenes de Pohl, incuestionablemente avaladas por Himmler y Kaltenbrunner, para que si se perdía la guerra no sobreviviera ningún prisionero. Ziereis, con responsabilidad sobre todos los campos austríacos, convocó una reunión en la Kommandantur de todos sus oficiales y les informó de las órdenes de Berlín. El plan propuesto consistía en congregar a todos los prisioneros en la Appellplatz y, en un momento dado, abrir fuego contra ellos con las ametralladoras de las torres, al tiempo que se lanzarían granadas en los barracones para prenderles fuego. La resistencia conocía el plan, pero también vio que los SS estaban divididos acerca de la aplicación de la orden, ya que una parte temía por su futuro. En sus dudas se vieron desbordados por los acontecimientos.

Con las derrotas de la Wehrmacht en febrero de 1945, la guarnición de Mauthausen vio paulatinamente reducida su fuerza, al ser enviados sus hombres al frente oriental. Eisenhöfer describió más tarde el efecto de esta orden en su Effektenkammer: cuarenta de sus hombres (SS o kapos) tuvieron que ser movilizados. Desde principios de marzo de 1945 hasta mediados de abril de ese año, los SS que trabajaban en oficinas fueron asignados a tiempo parcial a

este trabajo, para que dedicaran la mitad de su jornada a entrenamiento militar; desde mediados de abril, se destinó a cierto número a adiestramiento militar exclusivamente, con lo que se le dispensó de su labor de despacho.[5] Haider, en la Schreibstube, no tenía obligaciones pero seguía en el campo. Más tarde dijo que si cada mañana él y sus ayudantes se dirigían a la oficina era porque allí tenían todas sus pertenencias; solo Josef Kirsch permanecía en el mostrador para supervisar el trabajo.[6]

Al mismo tiempo, entre los prisioneros, muchos de los verdes alemanes y austríacos de Mauthausen, e incluso algunos verdes polacos, fueron incorporados, de buen grado o por la fuerza, a las unidades de las SS. La ironía era chocante: fue en las unidades de la Waffen-SS, tradicionalmente de voluntarios, y no en la Wehrmacht donde se reclutó a aquellos criminales. El razonamiento que se manejó es que tales elementos harían más daño a la moral alemana si se los alistaba en la Wehrmacht. Incluso las mujeres de los prostíbulos de Mauthausen y Gusen, 18 o 19 en número (es decir, prácticamente todas) se incorporaron en marzo de 1945 a la unidad femenina de las Waffen-SS. Se dedicaron no al combate sino a la vigilancia de los campos ocupados por mujeres prisioneras o a varias oficinas, llevando el elegante uniforme de Hilferinnen SS. Entre las mujeres guardias, tres del prostíbulo (Wagner, Scholl y una tercera desconocida) fueron encontradas borrachas estando de servicio; se las envió al Bunker hasta que Bachmayer las liberó el 1 de mayo.[7] Para los prisioneros que aún tenían humor resultó enormemente grato saber que los SS estaban poniéndoles uniforme a las prostitutas; significaba que la Alemania nazi vivía sus últimas horas. Entonces, el prostíbulo de Gusen se utilizó para encerrar a 45 ucranianos, miembros de una unidad de las SS que había sido enviada a Gusen para labores de vigilancia y había intentado una revuelta. Desde Gusen se los mandó a la prisión de Mauthausen y a los tiernos cuidados de Niedermayer. Un documento salvado y firmado por Niedermayer constata que fueron gaseados el 15 de abril. La propia cámara de gas de Gusen estaba a pleno rendimiento, pero su diseño era rudimentario. El barracón 31, la Bahnhof, como era conocido, había servido antes como Revier para los enfermos de disentería y ahora se había reconvertido para tal propósito. Rudimentaria o no, 600 prisioneros murieron gaseados

en el barracón 31 en solo dos noches (del 21 al 23 de abril de 1945), con el Blockältester de guardia fuera del barracón para asegurarse de que nadie escapaba.[8] En el Revier de Gusen II, unos 800 internos murieron a golpes y sus cuerpos fueron llevados a Gusen I para su incineración en el crematorio.

Entretanto, los evacuados de los campos del este traían a Mauthausen un mensaje claro: entre los que trabajaban en las áreas más sensibles (la cámara de gas, el crematorio, la Politische Abteilung), «los que habían visto o sabido demasiado», nadie escaparía. En la Politische Abteilung, nos dice Kambanellis, él y otros cinco prisioneros sintieron que su único destino era la muerte, pero se decidieron a aprovechar cualquier oportunidad. A propuesta de Bailina, se dividieron en grupos de dos, cada uno con un plan diferente, con la esperanza de que al menos uno de ellos pudiera vivir para contarlo. Bailina y Kambanellis contraerían una diarrea incontrolable, ingresarían en el Revier y luego se ocultarían en el barracón reservado a los moribundos en el que nunca entraban los médicos SS. Climent y Rozehnal se esconderían en un pequeño espacio que se prepararon bajo los tablones de la despensa; era estrecho y poco profundo, y les resultaría casi imposible moverse. Stransky y su compañero Jaroslav Matys[9] intentaron un camino diferente, acercándose al Unterscharführer Josef Leeb, que dependía de Schulz en el recinto y que estaba visiblemente asustado por el destino que le aguardaba. Nada mejor para Leeb que hubiera uno o dos prisioneros que pudieran hablar bien de él si caía en manos aliadas. «No olvidéis —les dijo— que siempre he hecho por vosotros lo que he podido.» Efectivamente, fue él quien trajo la noticia de que los aliados habían cruzado el Rin. Todos los días les llevaba un jarro de sopa de la cocina y, lo que más querían los prisioneros, empezó a hablar con los habitantes de la zona para buscar un lugar donde los dos hombres pudieran esconderse, siempre que Leeb pudiera resolver el problema de que traspasaran el umbral del campo. Leeb vagó inútilmente por los pueblos vecinos. Toda aquella gestión terminó demasiado pronto, cuando Leeb recibió órdenes de ingresar en un campo de entrenamiento militar.[10]

En plena desesperación de los alemanes, Himmler ordenó, el 28 de marzo de 1945, el establecimiento en la provincia de Oberdonau de un Standgericht (un consejo de guerra móvil) para juzgar a

cualquier hombre sospechoso de deserción en las fuerzas germanas. El 15 de abril, el Ejército Rojo estaba ya en Viena. Esa mañana, Eigruber, el Gauleiter de Oberdonau, fue llamado a los cuarteles generales del Generaloberst doctor Lothar Rendulic, comandante en jefe de las fuerzas alemanas de Ostmark. Eigruber, que desde febrero había ejercido la supervisión directa sobre Ziereis,[11] recibió instrucciones de informar personalmente a Ziereis de que Himmler había acordado la formación de un regimiento SS con miembros de la guarnición de Mauthausen. Ziereis dijo en su lecho de muerte que había procedido a formar una brigada de seis compañías.[12] Esa brigada incluía unos 450 prisioneros de Mauthausen y Gusen, algunos voluntarios y otros elegidos por Bachmayer por su buen estado físico.[13] Zoller, ayudante de Ziereis al mando del primer batallón, se trasladó al frente el 9 de abril.[14] Esta unidad, que incluía prisioneros voluntarios, iba a ser conocida por los prisioneros como Afrikakorps, ya que los únicos uniformes alemanes disponibles eran los desfasados del ejército de Rommel en el desierto. Poco después, el 20 de abril, Kaltenbrunner citó a Ziereis en Linz para decirle que había demasiados enfermos en el Revier y que quería 200 muertes más al día.[15] El prisionero checo Adam Kazimierz Renefort, que trabajaba en el Revier, testificó más tarde que el Oberkapo Otto y el Blockältester Beck obedecieron con presteza: los débiles murieron a golpes.[16] La peste se cebó con el Revier e incluso el doctor Wolter, el Standortarzt que, como los demás médicos de las SS, tuvo buen cuidado de no arriesgarse nunca al contagio, sucumbió a las fiebres tifoideas.

En Gusen, la sensación de muerte inminente era más intensa que en ningún otro lugar, con la sola excepción de Ebensee. Los vastos túneles parecían alzarse ahora como inmensas tumbas. Poblaciones enteras de los campos podrían ser enterradas vivas dentro. A ello debía añadirse la miseria de Gusen I, donde los *muselmänner* eran más evidentes que en ninguna otra parte del Reich. Las cifras de las SS del 27 de marzo de 1945 mostraban una población de 10.415 para Gusen I; 10.893 para Gusen II y 304 para Gusen III. Con la evacuación hacia el oeste de los kommandos de Austria oriental, Gusen (y Ebensee) llegó a tener poblaciones al menos tan elevadas como las del propio Hauptlager y en menor espacio. Más de 37.000 prisioneros murieron solo en los campos de Gusen,[17] y en abril se

ha descrito la siguiente escena: los enfermos se tendían desnudos, de tres en tres en miserables camastros, sobre un lecho de paja e inmundicia, aquejados de tifus, disentería, tuberculosis, neumonía y más enfermedades de las que pueden nombrarse, y en cada camastro había una sola manta manchada de orines, sopa, excrementos y sangre.

La rudimentaria resistencia de Gusen fue llevada en una situación extrema por las pretensiones de las SS sobre los prisioneros e incluso sobre todos los civiles austríacos que estaban al corriente de las operaciones de los túneles de Gusen, especialmente los de la localidad de St. Georgen. Según las pruebas presentadas por los delegados de la Cruz Roja Internacional que hablaron con Ziereis en abril de 1945, sabemos que este transmitió a Seidler la orden de liquidar a las poblaciones de Gusen I y II, apilando 24 toneladas de dinamita con antelación en los túneles de las fábricas subterráneas de aviones, y después congregando allí dentro a todos los destinados a morir, para luego volar las entradas. Los preparativos de Seidler se vieron estimulados por el hecho de que las incursiones aéreas aliadas en St. Georgen eran frecuentes y se esperaba que se multiplicaran. St. Georgen estaba en la ruta ferroviaria principal entre Linz y Praga —las vías discurren en realidad a los dos lados de la ciudad— y, a partir de reconocimientos aéreos, los aliados habían deducido que St. Georgen era un centro de producción de armas. Los civiles austríacos vivían con el terror de las órdenes emitidas por las SS, para las que no tenían otra opción que obedecer. Los simulacros ante incursiones aéreas se habían preparado con detalle mucho tiempo antes. Cada vez que se lanzaba un aviso de ataque aéreo, las instrucciones indicaban que los primeros en refugiarse en los túneles fueran los niños de edad escolar, seguidos por las mujeres con bebés y luego, en orden, por los demás sectores de la población civil. Los civiles tenían que permanecer dentro de los túneles durante horas, separados de los prisioneros apenas por una barrera de madera. Aquello tuvo el efecto de sembrar la confusión acerca de las diferencias que hacían las SS, si es que las hacían, entre prisioneros y civiles, cuyo temor iba en aumento. El 28 de abril se dispuso un depósito de explosivos cerca del recinto del túnel y se tapiaron las entradas de dos de los tres túneles de Sandkeller en

Gusen I.[18] Después se colocaron potentes minas en las entradas a los túneles de Kellerbau y Bergkristall, preparadas para detonar cuando se diera la orden.[19]

En Ebensee, hasta enero de 1945 casi todas las expediciones habían llegado desde el Hauptlager y solo una arribó desde fuera de Austria (la del KL-Oranienburg del 25 de septiembre de 1944). Desde febrero de 1945, los puntos de partida fueron más variados. Con la llegada de los evacuados de otros Nebenlager, en especial de Melk, la población de Ebensee ascendió desde 9.000 a finales de 1944 a un máximo de 18.509 el 23 de abril de 1945. La tasa de mortalidad, por otra parte, aumentó correspondientemente: de 705 en enero de 1945 a 1.852 en febrero y a 4.587 (y hasta más de 200 muertes al día) en abril. La ración de pan en aquellos momentos se redujo a la mitad para los que trabajaban y a la tercera parte para los demasiado débiles para el trabajo. El pan, debe añadirse, era una mezcla de paja, salvado y castañas de Indias, y los prisioneros complementaban esta dieta comiendo casi cualquier cosa: hierba, hojas, lignito y, en los túneles, mascaban madera o la brea empleada para fabricar el combustible sintético. Como resultado, los excrementos de los prisioneros apenas se distinguían de las bostas de caballo y todos tenían heridas anales.[20] Los del Revier estaban acostados (como en otros lugares) de cinco en cinco y en el barracón 26 se desató el canibalismo. Tal reacción era la única que causaba preocupación en las SS, ya que significaba que estaban perdiendo el control. En las últimas semanas, el tributo a la muerte alcanzó y superó las 300 personas diarias. Pero al no reducirse el aflujo de prisioneros, la población de Ebensee el día de la liberación estaba entre 16.650 y 18.000 personas, incluidos 7.566 enfermos.

El mismo barracón 26 del Revier de Ebensee fue escenario de otro horror. Los SS tenían a sus perros grandes sin comer durante varios días y luego los dejaban sueltos para que dieran cuenta de los muertos. El 29 de abril de 1945, esos mismos perros fueron soltados sobre los enfermos indefensos todavía vivos. Dos prisioneros griegos, ambos de Janina, declararon más tarde bajo juramento que estaban presentes cuando aquellos mastines («tan altos como pequeños ponis») se abalanzaron sobre cuatro hombres jóvenes y tres ancianos, que murieron entre grandes sufrimientos devorados por los canes.[21]

Tanto en Gusen como en otros lugares, cada vez más guardias SS en los últimos meses y semanas de la guerra fueron enviados al frente oriental, para ser relevados por veteranos de la Wehrmacht y hombres de la Volkssturm austríaca a los que se hizo vestir el uniforme de las SS aunque no ingresaron en esta organización. Solo cambian las proporciones: parece que Ganz en Ebensee retuvo más SS que Seidler en Gusen. Por otra parte, en Ebensee los contactos que había establecido la organización de resistencia de los prisioneros les había permitido saber exactamente lo que pretendía Ganz. Los informes que recibieron de sus colaboradores principales coincidían. El Hauptmann Payrleitner, el doctor Rudolf Pekar y el sargento de la Luftwaffe Josef Poltrum dijeron todos lo mismo, y Payrleitner lo escuchó de sus visitas al comedor de oficiales: los prisioneros serían conducidos a los túneles y luego se aniquilaría a toda la población volando la entrada. Poltrum aportó la prueba concreta: a última hora de la tarde del 3 de mayo de 1945 estaba descansando en un tronco de árbol cerca de la entrada de un túnel, sopesando la cuestión, cuando vio acercarse a Ganz, acompañado de cinco o seis guardias SS, todos con pesadas cargas en los hombros. Sabiendo que su vida estaba en peligro, Poltrum se puso a cubierto de inmediato, pero se acercó arrastrándose y miró cómo los hombres transportaban la carga hasta la entrada de un túnel. Al comentar el hecho esa noche a un miembro del comité internacional, Poltrum estimaba que la dinamita pesaría unos 40 kilos.

En conjunto, a principios de mayo de 1945 había 81.000 supervivientes, distribuidos en los once campos que quedaban del gigantesco recinto de Mauthausen, que esperaban la llegada de sus libertadores. Las últimas revistas, el 3 de mayo de 1945, arrojaron las siguientes cifras:

Mauthausen			
Hauptlager	registrados	aprox.	19.000
	no registrados	aprox.	2.000
Gusen I, II y III	total	aprox.	21.000
Ebensee	no registrados	aprox.	18.000
Gunskirchen	total	aprox.	12.000
Linz II y III	total	aprox.	4.500

Steyr	total	aprox.	3.000
Lenzing	total	aprox.	600
Passau	total	aprox.	250
Barco-prisión del Danubio	total	aprox.	700 hombres y mujeres

Nadie sospechaba, y el que menos Hitler, que mientras Himmler estaba transmitiendo órdenes de aniquilación también mantenía contactos para negociar una paz separada con los aliados occidentales y que en el proceso cometería el peor acto de traición que nunca sufrió Hitler. La conducta de Himmler se había vuelto totalmente errática. En marzo de 1945, según el testimonio postrero del adjunto de Mauthausen, el Reichsführer transmitió órdenes de dar a cada prisionero una cama propia; «¡los judíos deben recibir camas nuevas con sábanas blancas!».[22] En el Nebenlager de Buchenwald en Ohrdruf, un prisionero que actuaba como Lagerschreiber dependiente del SS-Sturmbannführer doctor Schuler informó en la liberación que había escuchado una conversación telefónica el 2 de abril entre Himmler y el jefe de policía de Weimar, el SS-Standartenführer Schmidt: ¡el Lagerführer debía liquidar a todos los verdes y los rojos, pero salvar a los judíos! Poco después la actitud de Himmler volvió a su cauce natural. Cuando Buchenwald cayó bajo las fuerzas estadounidenses, los comandantes de Dachau y Flossenbürg propusieron supuestamente a Himmler rendir sus campos a la vanguardia aliada. Himmler respondió con un mensaje a Pohl, entregado en mano el 24 de abril de 1945 por el SS-Hauptsturmführer Schwartz, que contenía la orden siguiente: «La rendición es absolutamente imposible. Los campos en cuestión han de ser evacuados de inmediato. Ningún prisionero caerá vivo en manos enemigas. Los prisioneros de Buchenwald han tratado cruelmente a la población local». Y cuatro días antes, el 20 de abril de 1945, precisamente por orden de Himmler las prisioneras francesas, belgas, holandesas y luxemburguesas de Mauthausen fueron reunidas por grupos nacionales. Iban a ser evacuadas a Suiza por la Cruz Roja sueca. Aquella decisión no hubo de ser fácil para Himmler. Con ello, sin duda la verdad que tanto cuidado había puesto en ocultar se revelaría al mundo entero y todos sus crímenes

serían descubiertos.

Hasta ese momento, el CICR había puesto los pies en Mauthausen una sola vez: en 1943, tres camiones conducidos por prisioneros de guerra canadienses llegaron para evacuar a 120 noruegos.[23] El 12 de marzo de 1945, sin embargo, el presidente del CICR, el profesor Carl Jacob Burckhardt, se reunió con Kaltenbrunner en Feldkirch, cerca de la frontera con Liechtenstein. Después de la reunión, dos funcionarios del CICR, Jean-Maurice Rübli y el doctor Claude Mayor, llegaron a Mauthausen el 22 de abril al frente de una columna de camiones blancos repletos de suministros. La respuesta de Ziereis fue aceptar todos los paquetes[24] y denegar la entrada de los funcionarios del CICR a la fortaleza, pero se los dejó evacuar a 756 mujeres. Cuando se descubrió que en los camiones aún había espacio para otras 72 personas, los huecos fueron cubiertos con hombres de las mismas nacionalidades. Para poder ser elegidos, los hombres debían tener aspecto saludable. Al día siguiente se evacuó a otros 183 franceses, y el 28 de abril Louis Haefliger, también representante del CICR, llegó encabezando un convoy de 19 camiones. De nuevo Ziereis se negó a permitir que el CICR pudiera entrar en la fortaleza, precisamente porque la cámara de gas seguía en pleno funcionamiento; sería desmantelada al día siguiente. Con la partida del tercer convoy con 341 prisioneros, casi todos los franceses del Hauptlager habían sido evacuados. Entre ellos estuvo el capitán Olivier, que comandó a los setenta y cinco franceses y belgas en el AMI, mientras que fueron excluidos los demasiado enfermos para poder moverse, y uno o dos cuyos servicios se consideraron todavía necesarios. Uno de ellos era Émile Valley, que ocupó el puesto de Olivier. Además, los franceses que partieron fueron pronto sustituidos por otros. Un grupo de 722 prisioneros de las mismas cuatro nacionalidades fueron trasladados al Hauptlager desde Gusen I y II el 28 de abril con el fin de ser también evacuados, pero su llegada se produjo un poco tarde: el avance de los estadounidenses era demasiado rápido para que el CICR pudiera continuar su misión.

Haefliger, un administrativo de banco de Zurich que se habría prestado voluntario el 23 de abril de 1945 para servir como representante del CICR, no volvió a Suiza con el resto del equipo

del CICR a su partida el 28 de abril. En su lugar, optó por quedarse con el fin de presionar a Ziereis para que no llevara a cabo más ejecuciones y para instarle asimismo a establecer contacto con Kaltenbrunner para obtener su aprobación. Luego dejó el Hauptlager ese mismo día para ir a St. Georgen,[25] donde permaneció en la Gasthaus Lehners en la carretera principal cerca del puente. Allí conoció a Ferdinand Lehner, de diecisiete años e hijo del dueño, que le indicó que St. Georgen era especial, incluso en el contexto de la Alemania nazi. Las paredes oían y cualquier conversación podía ser interceptada. Era domingo, y ambos acordaron dar un largo paseo por el campo. A partir de ese paseo, Haefliger pudo comprender al menos en parte la singular importancia de Gusen para el Reich.

Hemos visto que el vasto proyecto de Gusen II no era una simple idea. El día en que Haefliger y el joven Lehner caminaban por la campiña, los esclavos de los túneles estaban completando el último de los 987 fuselajes Messerschmitt 262 de los únicos cazas a reacción en funcionamiento en el mundo. Gusen II había alcanzado el máximo valor estratégico para el Reich y claramente necesitaba una unidad de contraespionaje para proteger su secreto. De ahí el temor que se sentía en sus proximidades por la posibilidad de que todo el que hablara demasiado pudiera ser seguido o interceptado. Los informes de los servicios secretos de Estados Unidos (hechos públicos en 1990) muestran no obstante que el 3 de diciembre de 1944 se había recibido «información de campo» —lo que significaba que los agentes de la resistencia austríaca suministraban información desde la zona de St. Georgen— que indicaba que los grandes trabajos subterráneos de fabricación de aviones estaban ya en producción. No se mencionaba el código secreto *Bergkristall*, pero el modelo de avión fue identificado como Messerschmitt de propulsión a chorro, además de detalles sobre los materiales usados en la fabricación. La «información de campo» también hablaba de un mínimo de 10.900 y de un máximo de 28.000 trabajadores empleados en el proyecto.[26]

Aunque Lehner podía no estar al tanto de los detalles —los habitantes de St. Georgen no conocieron tales detalles de las operaciones de los túneles hasta los primeros años de la década de 1990—, fue el primero en advertir a Haelfliger de la posibilidad,

incluso de la certeza, de que los túneles de Gusen estuvieran minados y de que existiera un plan para destruir no solo la fábrica subterránea sino también a los esclavos que trabajaban en ella, e incluso a los vecinos de la zona que supieran de su existencia. Con esta información, Haefliger regresó al día siguiente (30 de abril) al Hauptlager, donde encontró a Ziereis convertido en un hombre «débil y tembloroso, avejentado y abatido». Había hablado con Kaltenbrunner por teléfono, pero ahora preguntaba a Haefliger lo que tenía que hacer. Ofreció acomodo al delegado suizo en su espaciosa casa de la colina, y le llevó allí para enseñarle las habitaciones, la piscina, la granja y las colmenas. Pero Haefliger declinó la invitación, prefiriendo alojarse en los cuarteles de las SS fuera de la fortaleza. Ziereis le dejó entonces compartir habitación con Guido Reimer, cuyo papel es uno de los misterios más impenetrables de esta parte desconocida de la historia. Reimer había servido en la Luftwaffe como Oberleutnant hasta finales de 1944, y en abril de 1945, en Mauthausen-Gusen, alcanzó el rango de SS-Obersturmführer. Pero no era más SS que los 2.000 hombres de la Luftwaffe que habían sido enviados a custodiar Gusen II, aunque al final llevaran uniformes de las SS. El trabajo de Reimer era el contraespionaje, y de ahí que no tuviera que ver nada con la seguridad del campo, que quedaba bajo la responsabilidad de Bachmayer. En su puesto de Abwehrbeauftragter, era responsable de destruir todos los documentos, pero incuestionablemente estaba al tanto de los planes para Gusen II.

Hasta el 2 de mayo, con la cámara de gas de Mauthausen ya desmantelada, Ziereis no permitió que Haefliger entrara en la fortaleza. Ese mismo día, Haefliger conoció a Anton Streitwieser, que fue el primero de los SS que confirmó que existía un plan para exterminar a los prisioneros de Gusen el 5 de mayo en los túneles de St. Georgen, mientras que los del Hauptlager serían ametrallados o quemados vivos en sus barracones. En un testimonio presentado más tarde en el juicio contra Streitwieser, Haefliger refirió que su primera reacción fue desconfiar de este, sospechando que su motivación era obtener un salvoconducto de la Cruz Roja si caía en manos estadounidenses o soviéticas. Pero esa noche, del 2 al 3 de mayo, Haefliger habló por primera vez del tema con Reimer en la habitación que ambos compartían. Como Reimer había sido

también administrativo bancario en la vida civil, habían trabado una relación amistosa. Tomando precauciones para que Reimer pensara que había oído la información de los prisioneros, y no de Streitwieser, Haefliger consiguió que Reimer le revelara las órdenes secretas de Berlín. La población de prisioneros de Gusen y de la localidad de St. Georgen iba a ser efectivamente aniquilada: se anunciaría una incursión aérea, se congregaría a las víctimas en los túneles de Gusen I y II, se harían detonar 24 toneladas de dinamita en las entradas y todo el interior quedaría sellado.

La diversidad de las órdenes emitidas por Berlín ha arrojado confusión sobre el asunto. Hemos visto que Ziereis había recibido una orden de Pohl en febrero de 1945 que exigía el exterminio de todos los prisioneros. El 12 de marzo, sin embargo, Himmler estaba en el sanatorio de las SS en Hohenlychen cuando firmó un documento, refrendado por su médico el doctor Felix Kersten, con el título «Acuerdo en el nombre de la humanidad». Según el acuerdo, los campos de concentración no serían volados y no se asesinaría a más judíos. El 14 de abril, sin embargo, Himmler telefoneó a Ziereis —se ha encontrado la grabación telefónica— para repetir que no se dejara que ningún prisionero vivo cayera en manos enemigas («*kein Häftling darf lebendig in die Hände des Feindes fallen*»). En la noche del 23 al 24 de abril, Himmler se reunió con el conde Bernadotte en Lübeck y admitió que Alemania había sido derrotada, pero a la mañana siguiente repitió a Pohl la orden de que debería ejecutarse hasta al último prisionero. Ziereis, como cualquier otro comandante de campo, tenía el deber de aplicar las órdenes más recientes de sus superiores, pero en el caso de Gusen II estaba implicado alguien más que las SS. Es razonable suponer que las decisiones fueron tomadas por un grupo de gerifaltes de alta graduación en los que no solo se incluía a la Gestapo y la DEST, sino también a Bormann, Speer, Messerschmitt y la Luftwaffe. Ahora que Göring había sido destituido (el 26 de abril), la Luftwaffe estaba bajo el mando de Robert von Greim, que voló de Munich a Berlín para recibir su bastón de mariscal de campo y luego volvió al sur el mismo día, hasta llegar a Zell am See, al sur de Salzburgo. Von Greim sabía indudablemente todo lo relativo a Gusen II, pero nunca sería llevado a juicio. Capturado por las fuerzas estadounidenses, estaba encarcelado en Salzburgo el 24 de mayo

cuando se quitó la vida.

17

La evacuación de los últimos Nebenlager

La vasta red de campos subsidiarios y subsubsidiarios de Mauthausen se había reducido como consecuencia de los ataques aéreos aliados, ahora lanzados desde las bases aliadas de Italia, los cuales fueron aumentando en intensidad. Entre sus objetivos estaba el Nibelungenwerke de St. Valentin, donde la producción de los tanques Panther terminó bruscamente el 21 de marzo de 1945 cuando la planta fue demolida por los aviones de los aliados. Los prisioneros fueron evacuados al Hauptlager, a solo unos kilómetros de distancia, pero en el Danubio la escolta de las SS no encontró ningún puente intacto y se vio obligada a cruzar el río en transbordador. A su llegada a la fortaleza, los reclusos recibieron la orden de ir a la sala de duchas, donde había un prisionero cargado con tres cubos de pintura: rojo, azul y negro. Un oficial SS echaba un vistazo muy breve a cada prisionero, lo pesaba a ojo y luego indicaba al prisionero ayudante el color que debía aplicarle con una cruz en el pecho. Si se juzgaba que el prisionero pesaba 35 kilos o menos, se le pintaba con rojo; esos prisioneros iban de inmediato a la cámara de gas, en grupos de cien. Si el peso se estimaba en 40 kilos, el color elegido era el azul; tales prisioneros eran mandados al Revier, en espera de su turno para la cámara de gas. Cuando el peso valorado era de 45 kilos, se los dispersaba y se los enviaba a trabajar a las fortificaciones defensivas del Lager.

Los subsidiarios de Mauthausen en el este fueron los primeros expuestos a la invasión por tierra y el 31 de marzo de 1945 Ziereis promulgó una orden general para la evacuación no solo de los Nebenlager de la zona de Viena y Estiria, sino también de St. Ägyd y Melk. En principio, los campos más expuestos al avance soviético

fueron los primeros en ser evacuados y siempre que era posible los convoyes, o las marchas de la muerte, se unían a otros que seguían la misma ruta, ya fuera a Mauthausen o a Ebensee. Los campos de Viena se trasladaron al oeste, hacia el Hauptlager, y los de Estiria se movieron al noroeste hacia Ebensee. Los de Carintia (especialmente, los del paso de Loibl), acosados por británicos y yugoslavos, iban a ser evacuados a Klagenfurt, pero esta tarea no se completó. Un convoy fue interceptado por los partisanos de Tito y el paso de Loibl (con su Lagerleiter Winkler) cayó ante la división británica que avanzaba desde Udine.

El patrón general de estas marchas de la muerte fue el mismo en todas partes. Cada prisionero llevaba una manta al hombro y una ración mínima de comida. Los que no podían seguir eran ejecutados en la carretera. Pero había diferencias entre unas expediciones y otras, según el temperamento de los guardias SS asignados a las mismas.

Los prisioneros de la zona de Viena habían sido reunidos en Hinterbrühl bei Mödling, al sudoeste de la ciudad. El oficial SS más importante de la zona seguía siendo Streitwieser, quien se movía de un campo a otro con una velocidad de vértigo, pese a lo cual encontró tiempo para volver a casarse. El mando de Hinterbrühl había pasado al Hauptscharführer Krulcke, pero cuando llegó el convoy de Wiener Neudorf, su comandante, el Hauptsturmführer Kurt Schmutzler, se puso al mando de la evacuación. Streitwieser, quien ciertamente había vuelto a Hinterbrühl, es probable que asumiera el mando general. El 31 de marzo, el día del edicto de Ziereis, los prisioneros advirtieron que soldados de la Wehrmacht desplegaban cable eléctrico que conectaban a pequeñas cajas negras. De este modo se instalaron 37 dispositivos, pero su objetivo era únicamente destruir la fábrica, no aniquilar a los prisioneros, y de las 37 cajas solo explotaron 7, con el resultado de que la fábrica estaba básicamente intacta cuando llegaron los soviéticos.[1] El mismo día, Streitwieser ordenó a una serie de médicos prisioneros que administraran inyecciones de benceno a cincuenta y cuatro reclusos en el Revier de Hinterbrühl incapaces de caminar. Todos se negaron, así que Streitwieser encargó el trabajo al kapo del Revier, el alemán de triángulo rojo Georg Goessl, y a un enfermero, el austríaco de triángulo verde Karl Sasko. Las inyecciones debían ser

intracardíacas, pero Goessl y Sasko no tenían experiencia: la mayoría de las veces inyectaron el benceno en los pulmones, causando a la víctima una agonía larga y atroz. Goessl completó aquella confusión estrangulando a los que tardaban en morir.

A la mañana siguiente, que era Domingo de Resurrección, Streitwieser se dio cuenta de que estaba desesperantemente escaso de guardias: apenas le habían quedado doce SS. Los identificados fueron el Scharführer Tiechert, los Rottenführer Franz Huber y Viktor Ruber y el Sturmmann Willy Bruening. Se oyó a Tiechert decirle a Ruber que matara a los que cayeran. La tarea de Huber era anotar el número de identidad de todos los prisioneros que murieran en la marcha y el lugar donde fallecieron. Para llenar las vacantes en las SS, Streitwieser recurrió al Oberkapo Waldemar Barner y a algunos kapos y *prominenten* alemanes y españoles. Los españoles rehusaron en bloque, ante lo cual Streitwieser ordenó montar dos ametralladoras, dirigirlas contra ellos y darles diez minutos para decidirse. Al final los españoles se rindieron. De acuerdo con las SS, se les entregaron no solo armas sino también uniformes grises de faena de las SS. A algunos les dieron fusiles y a los demás porras. Barner, al mando de una unidad de 60 prisioneros alemanes y españoles, recibió dos granadas de mano. Era una oportunidad perfecta para una fuga en masa, pero por razones no claramente elucidadas aquello no se intentó, o al menos no tuvo éxito. La columna partió para su marcha de 200 kilómetros. Los médicos que se habían negado a obedecer la orden la noche anterior tenían que servir de sepultureros en la retaguardia y los SS tomaron posiciones estratégicas alrededor. Cada día había que cubrir unos 30 kilómetros, con Streitwieser, en un coche rojo con su criado Max Ramón, decidiendo las paradas. Dos franceses se aprestaron a ayudar a un tercero que ya no podía más. Los SS los descubrieron, les ordenaron salir de la formación, les pegaron un tiro en la boca a cada uno y arrojaron sus cuerpos a una zanja. Así continuaron. En los días tercero y cuarto, un aguacero torrencial convirtió la carretera en un pantano. Cuando llegaron a un puente sobre el Danubio, a corta distancia de Mauthausen, algunos prisioneros se arrojaron al río y se ahogaron. El francés Gabriel Cosson, veterano de la guerra de 1914-1918, prácticamente había llegado al Hauptlager cuando cayó muerto de agotamiento.[2] La

columna alcanzó Mauthausen a las cuatro de la tarde del 7 de abril. En siete días de marcha murieron 160 prisioneros, de ellos 131 ejecutados.

En otra evacuación, la de 403 prisioneros de Floridsdorf, las fugas llevaron al segundo día a eliminar las paradas. Desde entonces, los prisioneros tuvieron que cubrir 30 kilómetros de marcha diaria sin comida ni agua. Cuando la expedición llegó a Mauthausen el 19 de abril, solo quedaban vivos nueve.[3]

Los campos de St. Ägyd y Melk fueron evacuados hacia Ebensee. La ruta para el primero iba por St. Polten al norte antes de torcer al oeste hacia Melk. En Melk, el Lagerleiter Ludolf estaba ocupado con sus propios preparativos. El último día su Stubendienst, el prisionero Lefkowitz, vio, extendido en su mesa, un montón de oro, diamantes y dólares estadounidenses.[4] En cuanto a la evacuación, Ludolf estaba considerando un plan diferente, consistente en enterrar vivos a los prisioneros volando la mina. El médico SS del campo, el austríaco Josef Sora, logró evitarlo y los prisioneros fueron andando a Ebensee, tras salir del campo el 11 de abril y llegar ocho días más tarde. Se indicó al doctor Sora que se encaminara directamente a Mauthausen, pero pudo evitar esta fatídica cita buscando refugio durante el camino en la casa de un agricultor.[5]

En Estiria, los Aussenkommandos del norte y el sur de Peggau estaban bajo el mando del Untersturmführer Fritz Miroff. Su campo en Hinterberg era dirigido por los dos Rapportführer Eduard Dlouhy y Eugen Noky. El 2 de abril, los prisioneros descubrieron que no salían, como de costumbre, a excavar los túneles. En su lugar, Miroff dio a cada recluso una barra de pan y empezaron a caminar hacia el sur a Bruck an der Mur y luego al oeste por Loeben y Liezen hasta Ebensee. El relato de su viaje es una repetición de lo mismo. Conservar la barra de pan para la marcha resultó una tentación excesiva. Algunos prisioneros comieron demasiado y demasiado pronto; se les revolvieron las tripas y se acuclillaron al borde de la carretera. Como cualquiera que se detuviera recibía una bala, los guardias SS no hicieron una excepción con su caso y los acribillaron mientras estaban agachados. Así forzaron a los demás a cumplir con sus necesidades fisiológicas sin dejar de caminar.

En Aflenz, al sur de Peggau, los prisioneros se unieron a la

evacuación del 4 de abril, pasando por Bruck y llegando a Ebensee después de una marcha de 14 días. De los 500 que partieron, 450 llegaron a su destino, un porcentaje notablemente alto para una marcha de muerte. Es significativo el hecho de que Miroff estuviera en otra parte, con lo que la expedición se puso bajo el mando del Oberscharführer Georg Ritzinger. El superviviente Franz Kunt y otros declararon más tarde que el hombre al que hubieron de agradecer su supervivencia no era otro que el fotógrafo Paul Ricken. Se les dieron raciones suficientes de comida antes de salir de Aflenz como para soportar toda la marcha sin necesidad de asegurarse alimento en ruta. Ricken iba delante en su motocicleta, atendiendo a todo lo necesario, lo que incluía ocho vehículos para los primeros cuatro días. Esos vehículos se utilizaron para los prisioneros que no podían andar, con el resultado de que no murió ninguno.[6]

En Schloss Lind, la evacuación fue la última de todas, ya que su responsable, el Standartenführer Erhard, dio la orden el 3 de mayo, estipulando, de forma bastante extraña, que los españoles se quedaran. Sin embargo, había tal caos en las carreteras que los prisioneros que estaban siendo evacuados recibieron órdenes de volver a Lind, ya abandonado por todos los guardias SS. En la tarde del 5 de mayo, un vehículo con el emblema de la resistencia austríaca se acercó para anunciar la liberación. Los ex prisioneros fueron llevados por fuerzas británicas a St. Salvator, en Carintia, y de allí al campo de la UNRRA en Udine.

Mauthausen siguió sirviendo de último depósito de los campos abandonados. En vísperas de la liberación de Dachau el 29 de abril, un grupo de 4.800 prisioneros partió con este mismo destino; solo llegaron 180. El 4 de mayo, veinticuatro horas antes de que Mauthausen fuera liberado, otras 397 mujeres llegaron desde el kommando de Freiberg, subsidiario de KL-Flossenbürg. El último campo en ser evacuado fue Schlier, en Redl-Zipf, bajo el mando del Obersturmführer Karl Schöpperle. Un poco antes Schlier había sido reforzado con la llegada de unos 250 españoles evacuados del kommando de Ternberg. En torno a cien españoles fueron trasladados posteriormente a Gusen II, pero en el momento de la evacuación de Schlier (y de su incendio) del 1 al 3 de mayo de 1945, la población del campo estaba formada por 60 españoles, 20 italianos, 9 franceses, 1 belga y un número desconocido de

alemanes. Se ordenó que todos los kapos se quedaran atrás para ayudar a los SS a destruir el campo.

La evacuación de Schlier significó el fin del gran proyecto de falsificación. El 3 de mayo, unas 80 maletas de libras esterlinas y dólares se ocultaron en las bodegas de la cervecera de Zipfer, o se cargaron en camiones para ser arrojadas al lago Attersee. La minúscula subsección del kommando de Schlier partió entonces a pie para Ebensee. Entretanto, el resto del kommando había emprendido camino por la carretera a Schörfling. Los prisioneros sabían que estaban cerca del kommando de falsificación y conocían la naturaleza de su trabajo. Tenían la sospecha de que todos los prisioneros falsificadores serían asesinados, no evacuados. El hecho de que muchos, incluso la mayoría, fueran judíos parecía sellar aún más su destino. El superviviente Francesc Comellas relata los últimos momentos: «La primera noche nos detuvimos entre Lenzing y Schörfling. El 2 de mayo llegamos a Attersee y seguimos la orilla este, parándonos cerca de Seefeld. Sabíamos que el kommando de judíos nos seguía de cerca. Nuestro kapo era el español Martínez, un buen hombre. Convino con el Kommandoführer (al que llamábamos el Tirolés) que esperaríamos junto a la carretera y dejaríamos que la unidad de judíos nos adelantase. Para ello contábamos con el apoyo de los guardias SS, que eran yugoslavos y rumanos. Teníamos miedo a que los SS que custodiaban a los judíos fueran veteranos heridos del frente oriental, bastante peores que los nuestros. Las cosas no salieron como esperábamos. Ordenaron parar al kommando de judíos cuando nos dieron alcance. Su Kommandoführer era superior en graduación al nuestro y nos ordenó reanudar la marcha, bajo su mando. Nos quedamos sentados. Nuestros guardianes nos gritaron que nos moviéramos, pero no lo hicimos, esperando a ver si los otros guardias nos apuntaban con sus armas. No lo hicieron y se marcharon con los judíos, con lo cual nuestro grupo quedó atrás. Nos detuvimos en Weissenbach am Attersee, donde los SS que custodiaban a nuestro grupo se durmieron. Mi amigo José Carreras, de Gerona, me dijo que iba a intentar huir a la colina boscosa del sur. López Arias y yo nos unimos a él, y los tres llegamos a la colina y permanecimos escondidos hasta la llegada, poco después, de los norteamericanos. Un norteamericano de origen mexicano nos hizo de intérprete».[7]

Otros supervivientes de la marcha cuentan una historia diferente, sin duda porque los prisioneros no iban en un solo grupo. Para evitar al kommando de falsificadores y huir de la perspectiva de compartir su destino, cuentan, adoptaron la decisión inusual de incrementar el ritmo de la marcha, con el resultado de que sometieron a un esfuerzo excesivo a la escolta de SS, formada por hombres mayores; en el momento en que la expedición alcanzó el extremo del lago solo quedaban dos guardias, ya que el resto había desistido o se había dado a la fuga. En cuanto al kommando de falsificadores, no fue exterminado, ya fuera porque la escolta SS huyó después de llegar a Weissenbach o porque los prisioneros fueron liberados por los estadounidenses en Ebensee el 6 de mayo. Por lo demás, no todo el dinero falsificado fue enterrado en Redl-Zipf ni se perdió en Attersee. Una cantidad no revelada fue recuperada el 25 de mayo de 1945 en el pueblo de Walchen, a solo cinco kilómetros al sur de Redl, por el 307.º Destacamento CIC de Estados Unidos. Otros informes hacen referencia a lagos al sudeste de Bad Ischl. Supuestamente se tiró parte del dinero al Grundlsee el 2 de mayo de 1945, y Hans Maršálek habla de otra acción similar en el Toplitzsee, donde se organizó una búsqueda a mediados de 2000.[8] No hubo éxito y a Francesc Comellas no le sorprendió. Casado con una austríaca y residente en Austria desde la liberación, Comellas estuvo convencido, hasta su muerte en 2001, de que al menos tres de las cajas fueron arrojadas al pequeño lago de Steirersee, en Tauplitz.[9] Este lago, en el extremo oriental de Totes Gebirge, resultaba estar en la zona elegida por Kaltenbrunner como lugar para ocultarse.

Los asesinatos continuaron con más frenesí que nunca. La Alemania nazi, el último imperio del odio hecho realidad, se derrumbaba, pero se mostraba resuelta a llevarse consigo a aquellos contra quienes más desprecio y resentimiento mostraba. En los días finales, la mayoría de los sentenciados a la pena de muerte, por una u otra razón, fueron liquidados. Aquí tuvo importancia el papel de Rudolf Rudoy. Rudoy, que estuvo por poco tiempo en manos estadounidenses después de la liberación y que fue descrito vagamente por las autoridades de esa nación como agente de la Gestapo, fue identificado por los prisioneros del kommando del crematorio como uno de los presentes durante la ejecución de 1.600

reclusos enfermos. Algunos de ellos estaban demasiado débiles para llegar a la cámara de gas y cayeron en el patio del crematorio. Allí recibieron un tiro en la cabeza, a veces del propio Rudoy. Este también estuvo delante cuando el Rottenführer Erich Rommel disparó contra el antiguo alcalde de Linz, y un sonriente Rudoy (como le describieron) vio cómo Bernutschek, un trabajador del crematorio, fue empujado al horno. Veintisiete rusos que pertenecían a organizaciones de las SS estuvieron entre los gaseados esa vez, además de 37 residentes de Linz y Wels que habían sido enviados a Mauthausen como parte del decreto *Nacht und Nebel*.[10] El asesinato de estos resistentes austríacos suscitó más tarde las críticas contra los dirigentes comunistas del comité internacional. En defensa del comité, Miguel Malle escribe que el AMI decidió poner a su disposición unas cuantas pistolas y granadas. Las armas llegaron a manos de los condenados, pero los austríacos se negaron a usarlas, lo que obligó al AMI a recuperarlas de inmediato. Aquellos hombres prefirieron resignarse tranquilamente a la muerte, ante la certeza de que cualquier resistencia por su parte habría derivado en una matanza de los demás.

Incluso después de la muerte del Führer, los sospechosos de complicidad en el complot de julio siguieron siendo ejecutados en Mauthausen. Sin embargo, por rápidas que fueran las liquidaciones de prisioneros, los barracones seguían siendo insuficientes para alojar a los que llegaban de los kommandos exteriores, de modo que los kapos los obligaban a tenderse, cabezas con pies, en paja tirada en el suelo. El Revier, por su parte, estaba cubierto de una inmundicia indescriptible, con 8.000 enfermos que dormían hasta cinco por cama y con casos ocasionales de canibalismo. Jack Taylor informó más tarde de que en el crematorio se encontraban cuerpos con el corazón, el hígado y algunos músculos tajados; los testigos cuentan que esos cuerpos fueron devorados por sus compañeros de camastro.[11] Otro superviviente ha descrito la escena. Día y noche, los lamentos colectivos de los moribundos, los gritos de los heridos conforme la gangrena trepaba por sus extremidades, los llantos de los hambrientos pidiendo lo que fuera para comer, a veces el rechinar de las carretillas conducidas por dos polacos que recogían los cuerpos y, por encima de todo, el olor fétido, ardiente, de la podredumbre de aquellos seres inmóviles hermanándose con la

muerte. Casi todo el mundo allí tenía heridas en los pies o los tobillos, secuelas de haber trabajado en la cantera. Esas heridas estaban hechas por las piedras pero también por los escalones, cuando sus piernas exhaustas se doblaban bajo el peso de la roca. La negación de todo tratamiento médico había hecho el resto: heridas infectadas hasta que la carne se pudría y se desprendía del hueso. Más de 3.000 de esos hombres fueron trasladados a los barracones del Campo III, en el extremo sudoriental del campo, donde no había agua ni saneamiento alguno.[12] Jean Benech, el único médico francés que permanecía en el campo después de que los reclusos galos hubieran tenido ocasión en abril de ser repatriados, ha descrito la escena a la que hubo de hacer frente: los desagües habían dejado de funcionar y el agua fluía sin control por las letrinas impregnando el suelo con su inmundicia, en la que los prisioneros descalzos chapoteaban al andar. Unos 800 de los trasladados al Campo III fueron llevados a la cámara de gas. El resto se quedó allí sin jergones ni comida. La desaparición de la disciplina sirvió para reavivar viejos resentimientos entre los diversos grupos nacionales. De nuevo fueron los españoles los que, ante sus compañeros de otras nacionalidades, mantuvieron mejor conducta y contribuyeron al máximo a reducir la tensión.[13]

Los SS seguían dudando antes de empezar la matanza, por miedo a la reacción de la masa. Los oficiales tampoco estaban seguros de sus tropas, ya que en demasiados casos el reclutamiento había sido por la fuerza. Esta vital cuestión era conocida por la resistencia: algunos SS decían oponerse a una acción tan inhumana, otros sostenían que si se producía combatirían en el bando contrario y algunos más prometieron a la resistencia que si se tomaba la decisión se lo harían saber de inmediato. Aunque resultaba tranquilizador, se tenían noticias de que habían llegado a Mauthausen grandes cantidades de gas y de que los SS habían reforzado la vigilancia nocturna.

El hambre y el agotamiento se cobraron un tributo sin precedentes, toda vez que dejaron de suministrarse al campo provisiones de alimentos. No menos de 4.147 prisioneros murieron en la semana anterior a la liberación. Además de los cientos que perecían a diario de causas «naturales», unos 500 o 600 prisioneros exhaustos eran enviados cada día a la cámara de gas. Como los

crematorios no podían absorber tal cantidad de cadáveres, los cuerpos se amontonaban unos encima de otros y hubo que cavar enormes zanjas para enterrarlos. Al mismo tiempo, los nazis no podían ocultar más su situación, cuando miles de prisioneros fueron asignados a cavar fortificaciones en torno al pueblo y el campo de Mauthausen; unos días después, esas mismas fortificaciones estarían ocupadas por los propios prisioneros. La situación quedaba aún más en evidencia por la forma en que los nazis empezaron a destruir las pruebas materiales, primero asesinando a los presos que habían estado empleados en la cámara de gas y los crematorios y luego arrojando al fuego de los hornos todos los archivos de las SS —esta orden, dada por Glücks, fue comunicada por Niedermayer a Ramón Bargueño y los otros dos españoles que trabajaban con él en el Bunker— y, finalmente, el 24 de abril, con el intento de destruir la cámara de gas y los propios crematorios.

La evacuación final, y la única que tuvo lugar desde Mauthausen, fue la de su campamento de tiendas de campaña, que en un principio fue provisional. En diciembre de 1944, 400 prisioneros, bajo las órdenes del SS-Oberscharführer Heinrich Haeger, fueron enviados a Gunskirchen, cerca de Wels, para construir un nuevo campo en el bosque próximo. El 20 de abril de 1945, todos los alojados en tiendas de campaña que eran capaces de andar, unos 10.000 en número, empezaron a marchar hacia Gunskirchen. Unos 200, incapaces de moverse, fueron asesinados a palos, a la vista de testigos, por Kaduk, Meissner y Frey. Entre los testigos estaba el kapo verde Hans Schmeling, que más tarde prestó declaración sobre ello. Como jefe del kommando de enterramiento, se había ocupado desde el 20 de febrero de 1945 de cavar una fosa común (*Massengrab*) fuera del perímetro y enterrar los cadáveres de esos 200 judíos formaba simplemente parte de su trabajo diario.

Si el kommando de Schmeling se dedicaba a tiempo completo a cavar fosas comunes era porque el crematorio de Mauthausen no podía seguir el ritmo de la mortalidad. En febrero de 1945, las SS ordenaron que el crematorio se usara en el futuro únicamente para las víctimas de la cámara de gas, de disparos o de palizas mortales, y que todas las demás fueran llevadas a la Massengrab. El enterramiento, y no la incineración, de los 200 judíos muertos a golpes en el campamento de tiendas de campaña demuestra, una

vez más, que el crematorio no daba abasto, y en el período comprendido entre el 23 de febrero y el 30 de abril de 1945 hubieron de enterrarse unos 11.000 cuerpos. Mientras tanto, en el crematorio, Wilhelm Ornstein, el prisionero que actuaba como administrativo, sabía muy bien cuál iba a ser su destino cuando presenció un incidente a las dos y media de la madrugada del 6 de abril de 1945. El Gauleiter Eigruber había llegado de Linz para asistir a la ejecución en el «estudio de fotografía» de tres pilotos aliados (dos de la USAAF y uno de la RAF), además de cinco prisioneros que habían trabajado en el crematorio de Auschwitz. El asesinato de aquellos cinco hombres marcó el inicio de la destrucción de las pruebas en Mauthausen, pero nada impidió sus muertes. En plena noche del 15 al 16 de abril, Ziereis ordenó a un grupo que se reuniera con él en el Bunker. Schulz, Altfuldisch, Niedermayer, Roth, Trum y un Unterscharführer (Josef Riegler) tomaron parte en el asesinato a tiros de doce prisioneros, entre ellos dos estadounidenses: Leroy Teschendorf y Nisula Hansey. En cuanto a la cámara de gas, como su capacidad era igualmente insuficiente para lo que se necesitaba, sus víctimas eran cada vez más elegidas específicamente. La instalación siguió operativa hasta finales de abril de 1945 y sus últimas víctimas fueron civiles austríacos, hombres y mujeres, y 400 soldados condecorados de la Wehrmacht.

Es probable que las SS hubieran seguido dispuestas a liquidar a toda la población del campo si no temieran por su seguridad personal. Sin duda sospechaban que varios prisioneros estaban armados y resueltos a actuar. De hecho, la falta de armas era la principal preocupación de los prisioneros: los españoles tenían únicamente dos pistolas, algunas navajas y varias porras. A ello se añadían los extintores Minimax, dos en cada barracón, capaces de cegar a un centinela, además de un surtido de guantes de goma, cuchillas, escaleras de mano, hachas, cuerdas y garfios. Pero la afirmación de que tenían muchas más armas parece más bien un ejemplo de mentira deliberada. En cualquier caso, los SS habían recibido órdenes de instruirse en lo que para la mayoría de ellos representaba una novedad: el combate militar. Durante cuatro años habían vivido en la pretensión de ser *Übermenschen* entre *Untermenschen*. Ahora llegaba la oportunidad de demostrarlo.

18

Las fotos y los muchachos de Poschacher

Después de hacer entrega de su convoy en Ebensee el 18 de abril, Paul Ricken no se quedó, sino que regresó al Hauptlager, como señaló en su juicio en julio de 1947.[1] Por tanto, estaba en el Erkennungsdienst en los últimos días, de nuevo al mando por encima de Schinlauer, quien, el día de la muerte de Hitler, anunció con los hombros hundidos por el abatimiento y sollozando como un niño: «¡Nuestro Führer ha muerto!». Antonio García, a quien se lo comunicó, mantuvo la necesaria actitud neutra. Mientras tanto, Ziereis había recibido la orden de destruir todos los negativos y la transmitió a Ricken. El trabajo duró tres días, al final de los cuales Ricken informó a Ziereis de que toda la colección había sido destruida. Pero por más que Ricken supervisara la operación de cerca, cuando salía para comer y Schinlauer estaba ausente había ocasión de deslizar fotografías o negativos fuera del laboratorio. El equipo fotográfico fue desmantelado y el cuarto oscuro se convirtió en aseo, como era originalmente. El último día, Ricken pasó toda la mañana caminando por la sala vacía, sin pronunciar palabra. Luego tendió la mano a García, quien la estrechó. Hizo lo mismo con los demás prisioneros del laboratorio fotográfico. «Sois hombres libres», les dijo, y se marchó, a mitad de la jornada. García y Boix se miraron en silencio, compartiendo el mismo pensamiento: la conservación de las fotografías. García había conseguido recuperar, de varios lugares ocultos, unas cuarenta impresiones de 36 x 24 mm, pero el grueso de su colección había desaparecido.

¿Qué ocurrió con las fotografías cuando en febrero de 1945 García cayó enfermo y fue llevado al Revier? Según la versión comunista de los hechos, la iniciativa fue asumida por Felipe

Yébenes Romo, uno de los españoles que trabajaba en el kommando de Friseur como barbero de los SS, y «secretario» de la organización secreta. Ya en 1942, Yébenes pidió a Boix que evaluara la posibilidad de sustraer negativos del Erkennungsdienst para poder guardarlos en lugar secreto, ocultos fuera del campo. En cuanto a las fotografías de García, el Partido no sostiene que Boix las sacara antes de que García ingresara en el Revier en febrero de 1945, y es bastante improbable que lo hiciera, pues García lo habría descubierto. No existía ningún factor ideológico: todos los que tomaron parte eran comunistas, o estalinistas como subraya García, y siguieron siéndolo durante mucho tiempo después, pero el Partido, siempre satisfecho cuando se confunden los detalles, nunca ha ofrecido un relato coherente de cómo se llevaron las fotos a un lugar seguro y varios de sus miembros aprovecharon más tarde esta ocasión para magnificar su contribución personal. Las fotografías en cuestión consistían en la mayoría de las copias de García y unos 2.000 negativos que Boix robó de los archivos de las SS. Se tiene casi la certeza de que los dirigentes comunistas españoles decidieron dividir las fotos y esconderlas en varios lugares; es probable que fueran trasladadas de un sitio a otro. Según informaciones de varias fuentes, al menos algunas fueron pasadas a la puerta de al lado, al kommando de desinfección, para ser cosidas a distintas ropas. Otras supuestamente fueron entregadas a José Perlado, que trabajaba en el taller de carpintería (*Schreinerei*), también en la puerta contigua,[2] y después al relojero Marcelo Rodríguez, del barracón 11, que sabía cómo ocultarlas.[3] Otra versión popular sostiene que las fotos llegaron a manos de Ramón Bargueño, el kapo del Bunker, y según ha contado el propio Bargueño las tuvo en su poder durante dos semanas. Estas historias en torno a Rodríguez y Bargueño suponen que los prisioneros asumieron el riesgo de introducir las fotografías dentro de la fortaleza pasándolas por la puerta principal, en vez de enterrarlas en algún lugar fuera de la misma, y Juan de Diego se burla de las pretensiones de Bargueño, aunque admite que pudieron estar escondidas en el Bunker durante uno o dos días. Bargueño, por su parte, no cedió en su pretensión, por improbable que parezca que la custodia de esas fotografías tan importantes se confiara a un prisionero asignado a la cárcel de Mauthausen, donde los pocos que

tenían acceso eran sometidos a una investigación constante. Bargueño sostiene que recibió de Boix toda la colección de copias y negativos, no solo una parte, y que la escondió en una pequeña mochila que introdujo en la grieta de una chimenea del crematorio; no era la chimenea del incinerador, sino una que no se utilizaba que, por tanto, no se calentaba y que estaba en la sala del Kremaführer, en una hendidura a altura suficiente para que nadie la viera y que antes se había usado para ocultar una radio.[4] En cualquier caso, con toda rapidez se decidió que el material estaría más seguro si se entregaba al kommando de Poschacher, que como hemos visto trabajaba en el pueblo de Mauthausen, y a través de estos jóvenes a algún civil austríaco antinazi en el que pudiera depositarse una total confianza.

La disciplina con la que trabajaban los Poschacherjugend se había relajado de manera constante. La escolta original de un suboficial SS y cuatro hombres se había reducido en 1944 a un solo sargento, que les avisaba de que si un solo joven se aprovechaba de ello todo el grupo, e incluso todo el contingente español de Mauthausen al completo, sufriría las consecuencias. En noviembre de 1944, sus vidas habían dado un giro radical. Recibieron un documento (*Vorläufige Fremdenpass*) que les concedía el estatus de trabajadores civiles y les daba derecho a moverse libremente por el pueblo. Al mismo tiempo se les prohibía expresamente volver al campo. En la cantera del pueblo donde trabajaban, y donde ahora dormían en alojamientos cedidos por Poschacher, se mezclaron hasta cierto punto con los civiles austríacos que también trabajaban allí. En su tiempo libre realizaban trabajos ocasionales por los que recibían una pequeña paga, lo que les permitía entrar en los cafés para tomar algo. No obstante, hablar con los civiles austríacos era peligroso; respondían cuando les dirigían la palabra, pero siempre del modo evasivo que suponía la mejor esperanza de supervivencia para un prisionero.

El resultado fue que los muchachos españoles que formaban el kommando de Poschacher llegaron a conocer algo del pueblo. La cantera donde la mayoría de ellos trabajaba estaba en el lado norte de la Vormarktstrasse que llevaba al centro desde la estación, mientras que el cobertizo donde comían caía en el lado sur. Las casas del vecindario próximo se les hicieron familiares. Allí estaba

la Gasthaus Erika, el café del n.º 4 de Vormarkt al que algunos pudieron entrar y donde descubrieron que Erika, la dueña, era amante del Rapportführer de Mauthausen, Kofler.[5] Entre el café y el pueblo había un garaje propiedad del SS-Unterscharführer Franz Hartl, donde había empleados dos prisioneros españoles que no pertenecían al kommando de Poschacher, lo que revela que algunos prisioneros de Mauthausen, al menos al final, fueron distribuidos en negocios privados de especial importancia.[6] El negocio de Hartl era modesto, pero se encargaba del transporte de los suministros de comida al Hauptlager. Entre el garaje y la Gasthaus Erika, en Vormarkt n.º 12, estaba la casa de la familia Pointner, formada por Michael y Anna y sus tres hijas. Se alzaba en la carretera enfrente del cobertizo donde comían los muchachos, y detrás de la casa, en un montículo cubierto de hierba próximo a la cantera, los chicos podían a veces sentarse y descansar.

Anna Pointner estaba entre los austríacos que sentían aversión por el Anschluss. Su hija Leopoldine Drexler, a la que el autor tuvo oportunidad de conocer en mayo de 1995, dice lo siguiente de su madre: «No, no era católica, de ninguna manera. Después de lo que vimos en 1933, y sobre todo en 1938, con el cardenal Innitzer y la alianza de la Iglesia y el partido nazi, no quiso saber nada más de la Iglesia católica. Mi padre, que era socialista, trabajaba aquí, en la estación, como superintendente de mercancías, y presenció la llegada de más de un convoy. Fue acusado de mirar pese a la prohibición de hacerlo. Él y otros cuatro empleados del ferrocarril fueron denunciados por un colega nazi y arrestados por el Sturmabteilung. Le llevaron al Lager y durante tres días y dos noches le pegaron mientras le preguntaban cosas. Luego le mandaron a la prisión de Linz, donde fue interrogado durante seis semanas por la Gestapo. Aquello no fue un secreto. Tras su puesta en libertad, todo el pueblo sabía lo que había ocurrido».[7] Por tanto, teniendo pleno conocimiento de los riesgos en que incurría Anna Pointner, con la máxima discreción, trabó contacto con los muchachos de la Poschacherjugend.

Como muchos otros, Anna Pointner sintió compasión al ver a los prisioneros de los convoyes que pasaban caminando penosamente por delante de su casa, y sintió esa misma piedad por los jóvenes españoles cuyas actividades diarias se desarrollaban delante y

alrededor de ella. Como un par de personas más, les tiraba manzanas desde las ventanas, sabiendo muy bien que simplemente echar un vistazo por la ventana al paso de los presos podría suponerle el castigo más horrendo. Anna Pointner se atrevió a ir más lejos. Empezó a hacer a los chicos señas con las manos e incluso intercambió una o dos palabras con ellos.[8] Entonces llegó el momento. Uno de los muchachos le habló de un paquete, tal vez dos, reforzando lo que decía con los dedos. ¿Escondería los paquetes? Sabiendo que ponía en riesgo a toda su familia, le miró con firmeza y respondió tranquilamente que lo haría.[9]

La red española dentro de la fortaleza eligió entonces a dos de los chicos, Jacinto Cortés y Jesús Grau,[10] ambos comunistas de las JSUC catalanas, como correos de las valiosas fotografías, ya que ambos se encargaban a diario de llevar la comida del almuerzo desde el campo al pueblo. Se preparó un falso fondo en el cesto de comida,[11] y se les entregaron las fotografías en el cobertizo donde comía el komando Poschacher. Desde allí se pasaron, con todas las precauciones, a Anna Pointner, que las esperaba y ya había preparado un sitio para esconderlas. Su casa estaba muy bien adaptada para ocultarlas, ya que el alto muro de piedra que tenía detrás no podía ser visto desde ninguna otra construcción; si hoy la estrecha calle que hay entre la casa y el muro es un lugar de paso, en aquel tiempo estaba cerrada por una pared en uno de los extremos. Los paquetes que contenían las fotos no eran muy grandes y las rocas del muro podían levantarse y volver a colocarse sin que quedaran rastros de la maniobra. Anna Pointner se guardó, con todo, el secreto para sí. No se lo dijo a ningún miembro de su familia. Incluso después de que se llevaran las fotografías, esperó un año antes de comunicárselo.

19

La partida de los SS

La farsa de que los SS abandonaron el Hauptlager para combatir al enemigo pronto quedó al descubierto. Mauthausen se había convertido prácticamente en el último refugio para los fugitivos nazis que huían desde el este, el oeste, el norte y el sur. Desde Viena llegaban elegantes limusinas que transportaban a oficiales nazis y a sus mujeres arropadas en suntuosas capas de piel.[1] En la noche del 2 al 3 de mayo tuvo lugar una fiesta en la antesala de la prisión. Ramón Bargueño, testigo de ello, pues junto con otros dos españoles recibió órdenes de dormir en la prisión,[2] ha contado la escena. Niedermayer, que dirigía la cárcel, actuaba como anfitrión y a la fiesta asistió el grupo de Schulz de la Politische Abteilung, los SS del crematorio y la cámara de gas y las mujeres SS llegadas desde Ravensbrück. Hacia la medianoche, Niedermayer llevó a Bargueño cuatro botellas de licor y le ordenó que preparara un ponche. Cuando entró en la antesala con el ponche, Bargueño los encontró a todos completamente desnudos. Dieron muestras de alegría al ver la bebida, e incluso le ofrecieron un poco. Al despuntar el alba, los SS fueron saliendo como pudieron, no sin antes disparar contra los retratos de los generales de las SS que colgaban de las paredes de la antesala. Niedermayer, con la voz velada por el alcohol, lanzó un juego de llaves a los pies de Bargueño gritándole: «*Du, Kommandoführer!*», y salió.

En la misma noche del 2 al 3 de mayo, algunos miembros de las SS fueron desertando del Lager, vestidos de civil. Otros los siguieron la mañana del 3 de mayo, en grupos y en uniforme, tanto en Mauthausen como en Gusen. Esgrimían el pretexto de que iban a luchar contra los rusos. Era cierto que la guarnición de Mauthausen

había recibido órdenes de formar un Kampfgruppe Oberdonau, incluida una brigada de nueve compañías, con Ziereis como comandante de la brigada y Bachmayer al mando de una compañía.[3] Aunque aquello nunca se llevó a efecto, sí existió un Kampfgruppe Oberdonau, bajo el mando del SS-Generalmajor Paul Wagner, comandante de la guarnición de Linz, y uno de sus batallones estuvo dirigido por el Hauptsturmführer Kurt Schmutzler. Este cargaba con tantos crímenes a sus espaldas que no tenía nada que perder, pero sobrevivió y más tarde se defendió diciendo que había estado en combate hasta el 7 de mayo. Si el personal de las SS de Mauthausen sostenía tal actitud era con la esperanza de hacerse pasar por Waffen-SS, sin nada que ver con los campos de concentración. Schmutzler tuvo que admitir más tarde que nunca había presenciado una acción de combate.[4] De hecho, solo una parte muy pequeña de la guarnición de Mauthausen había estado integrada en la Afrikakorps en primera línea contra el Ejército Rojo, y no hay pruebas de que existieran enfrentamientos reales con los rusos o los estadounidenses. El propio general Paul Wagner fue relevado del mando al sospecharse que mantenía contactos con la Resistencia. El resto de la guarnición de Mauthausen, siguiendo el ejemplo de sus superiores, huyó a los bosques o las montañas, a veces llevándose consigo a sus familias y otras veces abandonándolas.

En cuanto a Ziereis, permaneció en su puesto el tiempo suficiente para entregar el mando del KL-Mauthausen y Gusen al Hauptmann Kern, quien llegó el 3 de mayo al frente de una formación policial de la brigada de bomberos de Viena (Wiener Feuerschutz-Polizei), con sus característicos uniformes de color marrón. Aunque desde el punto de vista de los prisioneros cualquier unidad sería preferible a las SS, la mayoría de los bomberos eran nazis, exentos de cualquier obligación en el frente y prestos a cambio a demostrar su lealtad. Ahora tenían que llevar uniforme de las SS sin haber ingresado en esta organización.[5] Esa tarde, Ramón Bargueño y los otros dos españoles que trabajaban en el Bunker (José Puig y José Rasal) recibieron la orden de llevar las maletas de los oficiales SS a los vehículos que esperaban aparcados cerca. Los oficiales mostraban el camino. «*Meine Ehre heisst Treue*», el lema sagrado de las SS, había caído en el olvido.

En los últimos meses Ziereis bebía cada vez más, lo que le hacía todavía más peligroso. Al mismo tiempo, se había desentendido del Lager y de su familia para vivir con August Eigruber, el Gauleiter de Oberdonau, con base en Linz. Aquella fue la renovación de una vieja amistad: había sido Eigruber quien propuso a Ziereis para su último ascenso y para recibir la Cruz de Plata. Ambos habían estado viajando entre Linz y Viena, bebiendo y visitando los prostíbulos, en un vano intento de escapar del infierno que habían creado. Entretanto, el personal de Mauthausen tenía que seguir adelante sin su comandante; como más tarde dijera Schmutzler, «era casi imposible acceder al Lagerführer».[6] Cuando finalmente Ziereis regresó al campo, fue solo para ser el primero en abandonarlo definitivamente. El administrativo prisionero Kambanellis dijo después que, en orden de partida, a Ziereis le siguieron Zutter y Zoller, y luego Schulz. La partida de Schulz fue descrita más adelante por dos de los prisioneros que trabajaban como escribientes en el recinto. Climent presenta una versión tan extraña que se habría desautorizado si no estuviera hecha bajo declaración jurada. Según Climent, en la mañana del 2 de mayo Schulz empezó a alabar su competencia y luego le ordenó que se pusiera un uniforme de las SS y se marchara con él. Climent se negó. Schulz no lo mató, y cuando este abandonó el campo Climent pudo hacer otro tanto, a las cinco de la tarde de ese mismo día, caminando hacia Linz y volviendo al campo el 7 de mayo, cuando ya estaba en manos de los estadounidenses.[7] Según su colega Kambanellis, la partida de Schulz resultó tan ultrajante para tres de sus subalternos (Fassel, Müller y Doppelreiter) que partieron en busca del traidor fugitivo con la idea de ejecutarle en el acto.

Schulz declaró más tarde que había dejado Mauthausen (el 3 de mayo) cumpliendo órdenes de Ziereis para escoltar a la mujer y a los tres hijos de su jefe hasta un lugar seguro, su refugio de caza de Spital, más allá del paso de Pyhrn. Viajando no en limusina sino en un pequeño camión militar, en la partida había otras seis personas: el conductor Schmidt, la mujer y los hijos de este, el prisionero checo Johann Krutis (que supuestamente había convenido en hacer aquello a lo que Climent se había negado) y la amante de Schulz, frau Neugebauer. Ziereis no iba con ellos.[8] Según su ayudante Zutter, Ziereis estaba con él en la mañana del 5 de mayo en la

margen sur del Danubio; se había creado un puesto de mando contrario a los rusos en Pyburg, dentro de la Gasthof Meyer.[9] Zutter no volvió a verle, ni él ni ninguna otra persona en el curso de varias semanas. Es seguro que Ziereis no estaba luchando contra los rusos.

En cuanto a Schulz, tan pronto llegó a Spital le dijo a Ida Ziereis que pretendía volver a Mauthausen. (Frau Neugebauer y Johann Krutis desaparecieron unos días más tarde.) La decisión de Schulz de volver al campo pudo haber sido una expresión de remordimiento. Lo supiera o no, su huida había constituido una afrentosa decepción para todos sus subordinados, y en una pared de la oficina un retrato suyo había sido arrancado y hecho pedazos. Otra posibilidad, aunque menos probable, es que estuviera preocupado por su mujer y su hijo. En cualquier caso, cuando llegó encontró el campo en manos estadounidenses. Entonces se puso el uniforme de un SS-Unterscharführer y se hizo con documentos falsos a nombre de Kurt Müller. En compañía de una de sus criadas se dirigió a la casa de un amigo en Bad Ischl. Sufría graves dolores de estómago, pero con su identidad falsa logró recibir tratamiento en un tren-hospital estadounidense que le llevó a Heidelberg. En esta ciudad ingresó en una clínica y sanó. El Pájaro de la Muerte se paseaba como un hombre libre.

En el caso de Bachmayer, el derrumbe de la Alemania nazi le supuso una gran conmoción. Dando vueltas en la Schreibstube dirigió a Juan de Diego una pregunta lastimosa: «¿Qué va a ser de mi vida?». De Diego no contestó. Bachmayer le repitió la pregunta, luego se vino abajo y se echó a llorar en el hombro de De Diego. Al día siguiente se vieron por última vez. Bachmayer iba a marcharse, no en el vehículo con chófer que correspondía a un Schutzhaftlagerführer sino conduciendo la moto con sidecar que era su orgullo y su alegría. Traspasada la puerta principal, llamó a De Diego. «Hans —le dijo—, ¿qué piensas de todo esto? ¿Qué es lo que nos espera?» De Diego replicó: «Para ustedes, la noche. Para nosotros, el día». Bachmayer le miró a los ojos. ¿Cuántos prisioneros indefensos habían sido ejecutados por el Gitano Sangriento simplemente por cruzarse la mirada con él? De Diego permaneció tranquilo. Bachmayer llevaba guantes blancos. Entonces se quitó uno de ellos para estrechar la mano de su Lagerschreiber 3. «Buena

suerte, español», le dijo. A continuación partió del Lager, se reunió con su mujer y sus dos hijas pequeñas en la casa junto a Schwertberg donde se habían refugiado y las condujo hasta Altenburg, cerca de Perg. Allí, en la tradición iniciada por Josef Goebbels y emulada el 5 de mayo por el doctor Rudolf Lonauer, el director de Hartheim, el 8 de mayo Bachmayer disparó a su mujer y sus hijas en la cabeza antes de volver el arma contra sí mismo. Dejó una carta dirigida a su subordinado Eisele, con instrucciones de que la leyera y luego la quemara. En la carta, Bachmayer escribió que no había cometido ese acto por cobardía sino en honor de su familia, ya que no quería que fueran los aliados quienes decidieran su destino y prefería llevársela con él hasta la muerte.

El asistente de Bachmayer, Altfuldisch, estaba presente en la escena. Había dejado Mauthausen relativamente tarde, la noche del 3 al 4 de mayo, compartiendo vehículo con Niedermayer y llevándose con él a dos prisioneros por razones que se desconocen. Pronto fueron atacados y robados por otros prisioneros, a raíz de lo cual se separaron y Altfuldisch siguió camino hacia la casa de Bachmayer. Estaba delante cuando Bachmayer tomó la decisión de suicidarse y redactó la carta. Luego ayudó a enterrarle (en Hintermühle, en el límite de un bosque),[10] después de lo cual siguió camino a su casa de Brückenau, donde su mujer, Helene, que había estado empleada en el campo, se unió a él. Otras mujeres SS dejaron Mauthausen en tren hacia St. Pankraz cerca de Spital, en las montañas del sur.

El Gauleiter Eigruber estuvo entre los altos mandos de las SS que no hizo planes para escapar. El 28 de marzo de 1945 acompañó a Himmler y Ziereis en una reunión en Viena. Presumiblemente, Fredericke Stark (anterior secretaria de Eigruber y amante de turno de Ziereis) y frau Karl (secretaria actual de Eigruber) estuvieron presentes, pero no ha sobrevivido ningún testimonio del encuentro. Himmler habría sabido que la mina de sal de Alt Aussee era en toda Europa el mayor almacén de obras de arte robadas por el Einsatzstab Rosenberg. La casa de Eigruber en Alt Aussee (en el número 42 de Fischendorf) estaba convenientemente próxima. Poco después de esta reunión con Himmler, Eigruber, que en absoluto era aficionado al arte, ordenó al Gauinspektor Glinz que llevara algunas bombas estadounidenses sin explotar a la mina de sal. El director de

la mina, Pochmüller, se manifestó en contra de destruir los tesoros artísticos y planteó el caso al Gauleiter de Viena, Baldur von Schirach. Los tres concertaron un encuentro en Viena. Von Schirach se mostró muy exaltado e imploró a Eigruber que no las destruyera. El Gauleiter de Oberdonau consintió, y las bombas fueron retiradas. [11] Eigruber se dispuso entonces a reincorporarse al estilo de vida de los granjeros católicos austríacos.

Entretanto, en el Lager el 3 de mayo fue un momento de extrema ambigüedad. Cuando Bargueño y sus dos compañeros volvieron al Bunker después de llevar las maletas de los oficiales SS, encontraron a un oficial de policía de Viena al cargo. Estaba sollozando e insistía en que era inocente de los crímenes allí cometidos. Los españoles, que habían cogido del suelo las llaves de las celdas tiradas por los SS en su huida, le desarmaron y le dijeron que se marchara. El AMI se preparó entonces para la lucha, pero solo como defensa propia: todavía había demasiados SS en el campo como para que los prisioneros emprendieran un enfrentamiento suicida.

La salida del resto de los SS se realizó con tal sigilo que los prisioneros no se dieron cuenta hasta la mañana siguiente, el 4 de mayo. El comité internacional delegó de inmediato en dos de sus miembros, los austríacos doctor Heinrich Dürmayer y Hans Maršálek, para que intentaran arrancar al Hauptmann Kern la promesa de que todos los guardias permanecerían fuera del campo. Esa tarde, miembros del comité internacional intentaron hacerse cargo de la administración interna del campo. Pese a lo proclamado después por los escritores comunistas, no lo lograron, porque el propio Maršálek admite que la brigada de bomberos de Viena mantenía el control de la fortaleza y del Sanitätslager externo. Por otra parte, Kern prometió que defendería el campo contra cualquier intento de las SS de volver a entrar en él. Sobre este punto los prisioneros no se sentían tranquilos, ya que sabían que los guardias SS habían unido sus fuerzas con unidades de la Waffen-SS, que así mantenían su vigor y no estaban demasiado lejos, sobre el río Enns en la margen derecha del Danubio. Las unidades SS podrían muy bien batirse en retirada, y con sus tanques y lanzallamas iniciar la matanza final. En esta situación, el comité internacional no podía confiar en las buenas intenciones del Hauptmann Kern, y si la

policía se negaba a deponer las armas los prisioneros estaban resueltos a arrebatárselas.

El mismo 4 de mayo, Haefliger, del CICR, habló también con el Hauptmann Kern, y con la ayuda de Reimer consiguió un coche del garaje de las SS, lo pintó de blanco con una cruz roja muy visible y se hizo con una bandera de la Cruz Roja hecha por los prisioneros de la sastrería que la cosieron expresamente. Haefliger invitó entonces a Reimer a acompañarle. El 5 de mayo, Reimer y él, con un conductor de las SS, dejaron el campo al amanecer, sin informar al comité internacional de los prisioneros. El propósito de Haefliger era llegar a Linz y volver con una fuerza del ejército estadounidense, pero también alertar a los norteamericanos del grave peligro que se cernía sobre los residentes en St. Georgen. Curiosamente, Reimer y el conductor seguían llevando uniformes de las SS. La única precaución que adoptaron, por consejo de Haefliger, fue quitarse la insignia de la calavera de la gorra.

La presencia de Reimer y del conductor en el campo todavía el 5 de mayo indica que algunos de los SS de Mauthausen no temían ser hechos prisioneros. Este dato es difícil de entender. Cualquier SS capturado por los prisioneros sería despedazado y ningún documento estadounidense refiere haber encontrado a ningún SS en el campo. Streitwieser y su secuaz Hans Bühner lo dejaron para el último momento, pero se marcharon en un sidecar el día en que llegaron los estadounidenses. También Eisenhöfer, que salió a las cinco de la tarde, es decir, varias horas después de que apareciera la primera patrulla estadounidense y en el momento en que se retiró. Otro que más tarde defendió haber permanecido allí fue su subordinado en la Effektenkammer, Rudolf Mück. Según Mück, dos más se quedaron con él cuando llegaron los estadounidenses, aunque en barracones muy alejados de la fortaleza. Estos eran el Oberscharführer Rudolf Gutsch y un tal Dönitz. Gutsch formaba parte del personal del Arrest y es casi increíble que hubiera podido sobrevivir. Dönitz dirigía un kommando constituido por españoles, y estos intentaron evitar que otros prisioneros le capturaran.[12]

En el recinto de Gusen, la mayoría de los SS habían partido en la mañana del 5 de mayo.[13] Max Pausch, Kommandant de Gusen II, se había ido mucho antes, el 16 de abril.[14] Willibald Proksch, al mando de la prisión de Gusen I, ejecutó personalmente a todo el

kommando del crematorio (un kapo alemán y seis rusos) antes de huir. Dusan Stefancic, prisionero yugoslavo de Gusen II que había llegado allí desde Natzwiller, insiste en que en Gusen no se capturó a ningún SS.[15] El prisionero checo Joseph Haber lo ratifica: «Los SS habían desaparecido de Gusen un par de días antes de la liberación. Tan solo estaban los bomberos de Viena».[16] El español Santiago Benítez confirma este extremo.[17] Otro español, Marcelino López, camarero en los comedores privados de los SS, recibió la confidencia de un sargento SS que le dijo que iba a escapar: «Conocemos el plan de Seidler de exterminar a todos los prisioneros y a todos los civiles austríacos de St. Georgen, por haber sido testigos de todo lo que sucedió, y no queremos tomar parte en él».[18]

En cuanto al Lagerleiter Seidler, había formado un batallón de ayuda al Kampfgruppe Oberdonau, y dijo a Ziereis que, con su ayudante el Sturmbannführer Alois Obermeier,[19] dirigiría una fuerza de las SS contra los estadounidenses. Ziereis tenía el propósito de irse a casa con su familia en Spital, y como Linz estaba ya en manos estadounidenses tomó la carretera del sur hacia Pyburg, como hemos visto. Pero antes de llegar a Pyburg, Ziereis observó a la unidad de Seidler con sus gemelos de campaña moviéndose hacia el oeste hacia las líneas norteamericanas. En vez de luchar, Seidler permitió que sus hombres se rindieran sin disparar un tiro.[20] En su lecho de muerte, Ziereis, que no estaba en disposición de hablar de cobardía, tachó a Seidler de cobarde. Por entonces Seidler había muerto, de nuevo al modo de Goebbels, asesinando a su mujer y a sus hijos antes de quitarse la vida de un balazo en la cabeza. Las últimas víctimas del sistema KZ fueron, así, los hijos inocentes de los asesinos.

CUARTA PARTE

Liberación

Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas libertadoras[*]

1

La liberación de Gusen y Mauthausen

Sábado, 5 de mayo. La mañana amaneció majestuosa en el gris plateado del Danubio y el valle se revestía de un velo de neblina. El sol de primavera, el verdor de las montañas, los oscuros pinos, las cumbres nevadas, todo, visto en retrospectiva, parecía anunciar el nacimiento de una nueva vida. Aquel día de la liberación, que perteneció sobre todo a los famélicos supervivientes que estrecharon sus manos nudosas en señal de gratitud por la libertad, también perteneció a los sesenta y cuatro estadounidenses del Tercer Ejército de Patton que llegaron a las puertas del campo una mañana que ninguno de los presentes podría olvidar.[1]

La 11.ª División Acorazada de Estados Unidos (Thunderbolt) comandada por el general Dager había establecido sus cuarteles generales en Schwanenstadt, al sudoeste de Wels. La división estaba formada el 1 de mayo por 613 oficiales y 10.162 hombres; las bajas entre sus oficiales habían reducido el contingente a cincuenta hombres por debajo de su dotación normal, con el resultado de que muchos oficiales y suboficiales ocuparon lugares de mando por encima de su graduación. De las tres brigadas de Dager (denominadas unidades de combate), la unidad A dirigida por el general Holbrook se acantonó en Walding, y la B, bajo las órdenes del coronel Yale, en Gallneukirchen. En la mañana del 5 de mayo, estos dos comandantes de brigada, a través de sus respectivas cadenas de mando, enviaron una patrulla de reconocimiento en la dirección de Mauthausen. El hombre al que la historia recordaría como liberador de Mauthausen no fue un oficial, sino un sargento de Chicago, Albert J. Kosiek que, en ausencia de teniente, actuaba como jefe del 1.er Pelotón de la Compañía D del 41.º Escuadrón de

Caballería Mecanizada de la Unidad de Combate B. El batallón, a las órdenes del comandante Michael Greene, estaba acuartelado en Katsdorf, 19 kilómetros al norte de Mauthausen. La Compañía D, comandada por el capitán Odis Whitnell, cumpliendo las órdenes recibidas para el 5 de mayo, envió al pelotón de Kosiek a investigar un punto importante alemán cerca de Mauthausen y a verificar el estado del puente de St. Georgen sobre el río Gusen, que Yale pretendía usar para el paso de sus tanques pesados. Kosiek partió al despuntar el día con sus 22 hombres; viajaban en tres vehículos blindados de reconocimiento (con cuatro hombres cada uno) y en cuatro jeeps.

Siguiendo la carretera del valle de Gusen hacia el sur, la patrulla de Kosiek llegó a Lungitz, emplazamiento de Gusen III, el más pequeño y septentrional de los tres campos de Gusen. Los guardias, vestidos con uniformes de las SS pero en realidad miembros de la brigada de bomberos de Viena, estaban tan prestos a rendirse que Kosiek destacó a solo dos de sus hombres para escoltar a los cautivos al cuartel general de la brigada en Gallneukirchen. Kosiek continuó entonces por el valle, que se estrecha cerca de St. Georgen, asiento de Gusen II. Fue allí, justo al norte del río, donde el primer vehículo de Kosiek, comandado por el sargento Harry Saunders, interceptó a una motocicleta y un Opel blanco con bandera de la Cruz Roja y una cruz pintada de ese color. Conducía el Opel Louis Haefliger, el delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja, junto al oficial de las SS Reimer. Haefliger, bastante sorprendentemente, no hablaba inglés, y Kosiek y Saunders no entendían el alemán, así que el encuentro fue tenso, pero en el pelotón había un artillero que hablaba alemán, Albert Rosenthal, también de Chicago, que al menos entendió en parte el objetivo de Haefliger. Lo que Kosiek pudo comprender de lo que le decía el intérprete era que cerca había un gran campo de concentración con el nombre de Mauthausen, que «el hombre de la Cruz Roja estaba intentando contactar con un general estadounidense para la rendición del campo» y que «había 400 SS dispuestos a entregarse». [2] De lo que Kosiek no dejó constancia en su relato fue de la acción emprendida por Haefliger. Fue este, totalmente informado del plan para aniquilar a la población de Gusen II mediante la voladura de los túneles de Bergkristall, quien convenció a Kosiek de que primero

lograra la rendición de la guarnición local. Los SS habían preparado barricadas en las calles de la localidad, pero la gente las había retirado por la noche, y Haefliger guio a la patrulla directamente a la iglesia cerca de la cual se encontraba la entrada a los túneles. El comandante, vestido con uniforme de las SS, se rindió, pero los estadounidenses no encontraron sino a un oficial de la policía de Viena. El SS-Obersturmführer Max Pausch, Lagerleiter de Gusen II, había huido, como todos los demás.[3]

Los prisioneros de Gusen, y la población austríaca destinada a morir, escaparon así del destino que Ziereis había dispuesto para ellos. El CICR sostiene que sus delegados lograron convencer a Ziereis de que revocara la orden que había transmitido a Seidler. Este, que no vivió para dar su versión de los hechos, pudo haber intentado aún seguir adelante con la matanza, con la aprobación de Ziereis o sin ella, cuando invitó a la población de presos a refugiarse en los túneles de Kellerbau y Bergkristall. Lo que sí es cierto es que los prisioneros no le obedecieron.

Una cosa fue aceptar la rendición de los alemanes y otra muy distinta hacerse cargo de un número tan elevado de prisioneros, y Kosiek tenía además una misión que cumplir, que era verificar primero el estado del puente sobre el río Gusen de esa localidad. Al encontrarlo intacto, transmitió por radio las noticias al segundo al mando de la Compañía D, el teniente Larkins, en Katsdorf, mencionando al mismo tiempo su experiencia de esa mañana y la información que había recibido sobre la existencia cerca de allí de un gran campo de concentración. Larkins tuvo algunas dudas sobre el riesgo que estaba corriendo el pequeño contingente de Kosiek. A las patrullas de reconocimiento se les permitía cierta flexibilidad, en la medida en que podían extenderse unos 10 o 12 kilómetros fuera de sus límites, pero Kosiek no tenía órdenes de ir a explorar ningún campo de concentración y la distancia que suponía podría situarle fuera del alcance de la comunicación por radio con la base, como era el caso. No obstante, Larkins dio permiso a Kosiek para avanzar y la patrulla dejó St. Georgen y llegó a Wimming, emplazamiento de Gusen I, que Kosiek al principio tomó por Mauthausen. De nuevo apenas encontró oposición de los guardias a rendirse, e hizo frente a una situación similar. En Gusen no pudo actuar como más tarde haría en Mauthausen, donde transfirió la autoridad a un gobierno

de prisioneros liberados. En los campos de Gusen, los presos aptos ya se habían marchado. Como refiere el propio Kosiek, rodeó a cuarenta de los guardias y destacó al personal de dos de sus jeeps para que los custodiaran hasta el puesto de mando en Katsdorf. Los demás guardias, que acataron la orden de Kosiek de esperar antes de ser hechos prisioneros, temían por sus vidas y rogaron a Kosiek que les dejara conservar las armas para mantener el control del campo hasta que volvieran los estadounidenses. Kosiek aceptó.

Aunque el mérito de ser los primeros en llegar a Gusen (y a Mauthausen) corresponde a los hombres de Kosiek, no fue esta la única unidad que se desplazó a aquellos lugares esa mañana. Kosiek estuvo en la zona de Gusen solo 30 minutos, 15 de ellos en St. Georgen, pero precisamente en ese tiempo otra patrulla estadounidense llegó a St. Georgen desde el oeste. Esta unidad, acantonada en Walding, era una fuerza de reconocimiento del comando Wingard del general Holbrook y estaba formada por 41 hombres del 3.er Pelotón, Compañía A, Batallón de la 55.ª Infantería Acorazada. El 3.er Pelotón no tenía oficial, ya que su comandante, el alférez Kieling, tuvo que relevar al capitán Hughston, comandante de la compañía, herido el 1 de mayo. El sargento Leander Hens estaba al mando, con el sargento Edward Berg como su segundo, pero Hens se situó delante porque hablaba un alemán fluido. Su misión, como la de Kosiek, no era buscar un campo de concentración sino de reconocimiento hacia las líneas soviéticas. Desplazándose en tres camiones semioruga, su grupo llevaba un transmisor de radio para mantener contacto con el comando, y cada camión estaba provisto de un transmisor-receptor portátil. Después de pasar Linz, la transmisión de radio se perdió y no hubo más contacto hasta que la unidad volvió a Linz. Al llegar a St. Georgen poco después de las ocho y media de esa mañana, vieron que algunos prisioneros ya se habían escapado de Gusen II. Por las informaciones de los lugareños, Hens supo de la amenaza de aniquilación. Su temor a quedarse solos era tal que Hens destacó al sargento Robert Sellers al cargo de la ametralladora para que permaneciera en St. Georgen y evitara que los SS llevaran a cabo el plan. Una hora después de su llegada a St. Georgen, Hens condujo a su patrulla hacia el Hauptlager, pasando por los campos de Gusen II y I sin bajarse, pero deteniéndose brevemente para que Hens

hablara con algunos de los presos antes de seguir adelante para encontrarse con el horror de la colina.

Entretanto, Kosiek, que hasta ese día nunca había oído hablar de Mauthausen, dirigió a su grupo remontando el altozano hacia el Hauptlager. Kosiek dispuso delante el vehículo de Haefliger y en la subida dejaron atrás (como recordaba Kosiek) grandes cañones montados en las laderas.[4] Tras pasar por la entrada del garaje de los SS, con el águila alemana presidiendo la puerta, se detuvo en la carretera ante el Sanitätslager, que como hemos visto estaba fuera de la fortaleza, en el campo inferior. Eran las nueve y media de la mañana. Kosiek no había tenido tiempo para inspeccionar los tres Nebenlager de Gusen. Ahora la realidad se le apareció en todo su horror. Los estadounidenses no podían creer lo que veían sus ojos. Como si una gran fosa se hubiera abierto, los enfermos del hospital caminaban hacia ellos tambaleándose, como esqueletos vivientes, a medio vestir, casi desnudos o en harapos. Daban palmadas sin hablar. Tenían las manos tan enflaquecidas, pensó uno de los liberadores, que aquello sonaba como el palmear de las focas. Mientras el vehículo blindado de Saunders y uno de los jeeps se quedaron en la puerta del garaje, el jeep de Kosiek y el otro vehículo blindado traspusieron la curva que coronaba la colina y se acercaron a la entrada principal, que se abrió mientras llegaban. Para controlar la que parecía una situación difícil, Kosiek ordenó a su artillero, John Slatton, que disparara unas ráfagas por encima de las cabezas de los prisioneros, que estaban saliendo en tropel. Slatton recuerda que apuntó al muro y al suelo, tras lo cual los presos volvieron a la fortaleza. Cuando Kosiek y varios de sus hombres bajaron y fueron andando hacia la entrada, se quedaron atónitos al ver a miles de prisioneros delirantes abrazándose, llorando y cantando, con los españoles entonando el más alegre de sus cantos, el *Himno de Riego*, y todo el mundo gritando una sola palabra: *Liberté! Freiheit! Svoboda! Wolnosc! Szabadsag! ¡Libertad!* Algunos bailaban o saltaban, otros aullaban histéricamente; los había que estaban rotos en llanto. Y algunos, también, produjeron disturbios.

La escena puso a prueba el temple de los soldados.[5] Hasta donde estaba Kosiek llegó Kern, acompañado de un alemán alto y joven que hacía de intérprete. Kern y los bomberos de Viena

estaban dispuestos a rendirse, pero no a entregar las armas si iban a quedarse solos en el Lager.[6] Los prisioneros sanos se aprestaban a quitárselas. Kern pidió también rendir la fortaleza a un oficial. Kosiek contestó que, como jefe del pelotón, tenía esa autoridad. Entonces Kern accedió a rendirse si Kosiek ponía fin al tumulto en las cocinas, y le llevó hasta allí. Encontraron la puerta atrancada, pero Kosiek rompió la ventana; descubrió que la mayoría de los amotinados eran polacos. Aunque se dirigió a ellos en su polaco materno, no logró su objetivo. El mérito de restaurar el orden en ese momento ha de atribuirse al comité internacional, cuyo presidente recién elegido, el doctor Heinrich Dürmayer, que hablaba inglés, se unió a Kosiek en la balaustrada del comandante donde Ziereis y Bachmayer habían estado pavoneándose tan poco tiempo antes. Kosiek le urgió a que convenciera a los líderes de los grupos nacionales para que regresaran a sus dependencias mientras los estadounidenses desarmaban a los guardias austríacos. Luego, Kosiek ordenó a todos los guardias que se reunieran en la puerta principal y depositaran sus armas en tres camiones que Kosiek había requisado del garaje de las SS. Estaba en el límite de cobertura por radio de Larkins en Katsdorf, y Larkins le indicó que llevara andando a los guardias a los cuarteles generales de la brigada en Gallneukirchen, a una distancia de más de 25 kilómetros.

¿Había algún SS entre los capturados en Mauthausen? Varios ex prisioneros así lo aseguraron, en términos vagos, pero cualquier SS tomado por los ex prisioneros seguramente habría sido hecho pedazos y los informes estadounidenses no hablan de prisioneros SS. Si Reimer se quedó con Haefliger era precisamente porque no era un SS. No obstante, dos SS (Eisenhöfer y Mück, los dos de la Effektenkammer) comparecieron más tarde ante un tribunal y explicaron que habían permanecido allí hasta que llegaron los estadounidenses, y Harry Saunders recuerda haber visto a un segundo oficial de las SS con Reimer esa mañana en el coche blanco de Haefliger. Si fuera así, el segundo oficial podría muy bien haber sido Eisenhöfer, que hablaba algo de inglés y que le habría sido de utilidad a Haefliger. Eisenhöfer declaró ante el tribunal que había entregado las llaves de su unidad a los estadounidenses y que había salido del campo el 5 de mayo hacia las cinco de la tarde, con lo

que o bien lo hizo como prisionero de la patrulla de Kosiek o bien los norteamericanos le dejaron ir. Su subalterno Rudolf Mück también entregó las llaves y se refirió ante el tribunal a la presencia de un tercer SS, el Oberscharführer Rudolf Gutsch. Como Gutsch pertenecía al personal del Arrest y nunca fue a juicio, presumiblemente fue muerto a palos por los ex prisioneros.

El pelotón de Kosiek permaneció en Mauthausen el 5 de mayo desde las 9.30 a las 16.30. En ese tiempo, la patrulla de Hens también había pasado por el Hauptlager. Al llegar a la puerta del garaje de las SS habían reconocido los vehículos del 41.º de Caballería, junto con el coche de la Cruz Roja estacionado dentro del garaje. Lo primero que recuerda Berg haber visto fue «tres esqueletos vivientes caer muertos de puro agotamiento al intentar pasar por las puertas abiertas». Al igual que la patrulla de Kosiek, la de Hens examinó todos y cada uno de los elementos del campo: la cámara de gas, el crematorio, los cuarteles, la cantera, todo el tiempo caminando entre pilas de cadáveres. A las doce y media, Hens reunió a su patrulla en la puerta del garaje. Se había salido del límite territorial de su misión y al perder contacto por radio con su base se veía obligado a replegarse. Sus hombres volvieron entonces a St. Georgen para recoger a la sección de ametralladoras de Sellers, pero antes de partir para Linz pasaron una hora en la zona, durante la cual Hens conversó con los habitantes de St. Georgen y luego con los guardias y los presos de Gusen II y I.

Mientras la unidad de Saunders en el Hauptlager estaba estacionada dentro y fuera del garaje de las SS, sus miembros presenciaron un momento de gran emoción cuando un grupo compuesto principalmente por catalanes cogió a lazo el águila de bronce situada sobre la esvástica encima de la entrada del garaje y la tiró al suelo. Las fotografías tomadas entonces por Saunders y Francesc Boix son las únicas que se conocen del Hauptlager en el día de su liberación el 5 de mayo. Décadas más tarde, en una reunión en Birmingham, Alabama, Simon Wiesenthal relató su experiencia de ese momento. Estaba en el Revier cuando oyó que llegaban los norteamericanos. Dijo saber que corría riesgo de morir, pero quería tocar la estrella blanca de un tanque de Estados Unidos y se dirigió hacia un blindado, aunque se desmayó antes de alcanzarlo. Otros prisioneros, recuerda Saunders, «salieron en tropel

por las puertas y se dispersaron como el polvo por el paisaje». Kosiek presenta un cuadro muy diferente, refiriéndose a la corrección general que demostraron los presos, una vez que se restauró el orden básico, de lo cual indiscutiblemente debe atribuirse el mérito al comité internacional de los ex prisioneros. Kosiek habló más tarde de las banderas de 31 naciones que vio pintadas en la barandilla de la puerta principal y de la serie de felicitaciones que la patrulla estadounidense recibió en la Appellplatz, expresadas en cada una de las lenguas por los distintos representantes del comité internacional (la primera se hizo en polaco). Finalmente, en el recuerdo más memorable para los estadounidenses, la banda de los prisioneros tocó el himno de su país mientras el pelotón de Kosiek formaba en posición de firmes y presentando armas. La banda se había aprendido el himno la noche antes, bajo las indicaciones de Jack Taylor, uno de los tres estadounidenses varones que habían sobrevivido. Taylor se hallaba en muy mal estado, «famélico, todo piel y huesos», de modo que Kosiek lo envolvió en una manta y le tendió dentro del vehículo blindado de Saunders. Slatton cuenta que Taylor temblaba presa de las convulsiones: «Le ofrecí una ración C, que le infundió un miedo atroz. Me dijo que la gente nos mataría por conseguirla. Pero la cogió y la mordisqueó un poco, antes de metérsela rápidamente en el bolsillo».[7]

Kosiek quería sin duda quedarse más tiempo en el Hauptlager, para ayudar en todo lo que pudiera, pero era consciente de que su patrulla no podía hacer nada más que mantener el orden y de que no tenía autorización para permanecer allí. Además, el tiempo había cambiado (estaba lloviendo) y tenía el deber de salvar al teniente Taylor y a los otros dos ex prisioneros estadounidenses, que estaban tumbados en los vehículos blindados expuestos a la lluvia. Por tanto, informó al comité internacional de que las fuerzas estadounidenses estaban muy cerca y de que un capitán y su compañía se pondrían en camino tan pronto como él llegara a la base con las noticias. Así, el convoy dejó el campo a las cuatro y media de la tarde,[8] con los tres camiones cargados con las armas pesadas de los guardias austríacos conducidos por tres ex prisioneros robustos. Las armas ligeras, o al menos las que se pudieron encontrar, fueron reunidas por Kosiek y Saunders, que

eligieron como trofeos personales las que más les gustaron (para distribuirlas ecuánimemente entre sus hombres), y tras rociarlas con gasolina les prendieron fuego. Entonces asumieron la misión de escoltar a los mil guardias austríacos a su base, deteniéndose primero en Gusen para recoger a los otros 800 vigilantes que habían dejado allí esperando y confiscar sus armas. La hazaña tenía la importancia suficiente como para que Kosiek tomara la precaución de enviar un correo en jeep directamente a los cuarteles generales de la brigada en Gallneukirchen, a 26 kilómetros de Mauthausen. Era la una y media de la madrugada del 6 de mayo cuando el convoy de Kosiek entró en Gallneukirchen, y allí el segundo al mando, teniente coronel Richard R. Seibel, mostró su absoluto asombro al ver a un pelotón de 20 hombres transportando a no menos de 1.800 prisioneros.[9] Lo que Kosiek no sabía era que había dejado sin inspeccionar el crematorio de Gusen: los SS habían dado prioridad a la quema de todos los documentos relativos al caza Messerschmitt 262 y cuando más tarde se examinó el crematorio se encontró lleno de restos de papel quemado.[10]

El informe del día 5 de mayo de 1945 de la Thunderbolt, acaso comprensiblemente, hace poca referencia al descubrimiento de Gusen y Mauthausen. La noticia más importante del día era que el puente de hormigón y acero entre Urfahr y Linz, descrito como único paso del Danubio entre Passau (en manos estadounidenses) y cierto lugar indefinido al oeste de Viena (en manos soviéticas), había sido tomado al mediodía. Mientras que el informe omitía el hecho de que el puente ferroviario del pueblo de Mauthausen también estaba intacto, señalaba que la captura del puente de Urfahr-Linz privaba a todas las fuerzas de la Wehrmacht en Checoslovaquia de la posibilidad de retirarse al supuesto *Alpenfestung*. El otro hecho importante registrado el 5 de mayo se refería al orden de asignación de zonas a dos de las tres brigadas de la división (unidades de combate A y B) al este de la Línea de Contención, mientras que se enviaban patrullas para establecer contacto con el Ejército Rojo.

Entretanto, los campos de Mauthausen y Gusen habían sido librados de sus guardias, pero abandonados a la noche por los estadounidenses. Estos habían prometido volver a la mañana siguiente. Los ex prisioneros sabían que los norteamericanos

estaban cerca, más que los rusos. Desde el punto de vista estadounidense, no había ninguna razón lógica por la cual los prisioneros supervivientes, habiendo llegado este momento, no ejercieran la autodisciplina necesaria para permanecer en sus respectivos campos toda la noche. Pero, desde la perspectiva de los prisioneros, la situación era diferente. Ardían en deseos de vengarse de los kapos, y si en Mauthausen hubo un comité internacional que evitó los excesos, no ocurrió lo mismo en Gusen. En segundo lugar, estaba la frenética ansia por comer. Por último, quedaba el miedo a que los SS pudieran volver para su último acto en la fortaleza.

2

La noche del 5 al 6 de mayo

Hoy, en la puerta principal de Mauthausen fuera del muro, una placa recuerda a la 11.ª División Acorazada de Estados Unidos con la leyenda: «Sus hazañas nunca se olvidarán». Por desgracia, las prestigiadas hazañas de la división, o al menos la última, no han sido registradas con exactitud. Año tras año, los veteranos de la Thunderbolt siguen reuniéndose, y la división remite siempre a su cronista oficial, pero no ha hecho nada por investigar en los archivos militares estadounidenses de Maryland para conocer, punto por punto, la secuencia exacta de los hechos de ese momento cumbre de la larga y espectacular actuación de la división desde las Ardenas al Danubio. Probablemente el lector se sorprenderá al saber que, transcurridos cincuenta años desde la liberación de Mauthausen, los veteranos de la Thunderbolt han sido incapaces de ponerse de acuerdo ni siquiera en las circunstancias más elementales de la liberación del campo. Hemos visto que dos de las patrullas de la división (una del 41.º de Caballería y otra del 55.º de Infantería Acorazada) que llegaron al campo y lo liberaron el 5 de mayo lo abandonaron por la tarde. En 1975, el coronel (jubilado) Richard R. Seibel, que como teniente coronel era entonces el segundo al mando de la Unidad de Combate B bajo las órdenes del coronel Yale, remitió una declaración en la que sostenía que él personalmente había llegado al Hauptlager el 5 de mayo y lo había liberado antes de convertirse en comandante del mismo. Cuando este autor le envió en 1993 una traducción de la obra de Hans Maršálek de 1974, Seibel respondió con furia. Creyendo que los archivos personales de Seibel podrían, como él decía, apoyar sus afirmaciones, este autor publicó en 1995 lo que él consideraba una

versión corregida de la crónica que había publicado en 1993.

El domingo 7 de mayo de 1995, día elegido por las autoridades austríacas para conmemorar el 50.º aniversario de la liberación de Mauthausen, el coronel Seibel, entonces de ochenta y seis años, volvió a este lugar por segunda vez —la primera había sido en mayo de 1980— llevando consigo a varios miembros de su familia. El día anterior había sido agasajado en la embajada de Estados Unidos en Viena por la embajadora Swanee Hunt. Kosiek había muerto tiempo atrás, pero cuatro sargentos estadounidenses que tomaron parte en la liberación, entre ellos Saunders y el equipo de Hens-Bergh, estaban presentes para la ocasión. Ninguno de ellos había conocido y ni siquiera oído hablar de Seibel. Antes de la apertura de la ceremonia, celebrada esa mañana de domingo en la antigua Appellplatz, Seibel y los sargentos se saludaron junto a la placa conmemorativa. Fue entonces cuando los sargentos comunicaron a Seibel que la versión que había hecho circular estaba equivocada, ya que él no llegó al campo el 5 de mayo de 1945. Seibel convino en que había cometido un error. Poco después se inició la ceremonia, con centenares de supervivientes entrando por la puerta principal y siguiendo el camino del desfile en el espacio que en su tiempo había sido elegido para los ahorcamientos y las palizas, pasando ante el crematorio y la cámara de gas, para dirigirse a la amplia plataforma donde se sentaban los dignatarios de Austria y de muchas otras naciones. Entre ellos estaban el primer ministro austríaco y la embajadora Hunt. Simon Wiesenthal y otros pronunciaron discursos, y luego llegó el turno del coronel Seibel. Pasando por alto lo que acababa de reconocer ante los sargentos solo unos minutos antes, Seibel se presentó como el liberador de Mauthausen el 5 de mayo de 1945. Tres de los sargentos (Hens, Saunders y Torbuccio) se pusieron de pie entre los asistentes y empezaron a gritar y a gesticular («¡Venga ya, Dick, tú no estabas!» «¡Te habías ido de pesca!»), y luego subieron a la tribuna con la intención de hacerse con el micrófono. Una grabación en vídeo de la ceremonia muestra a Seibel respondiendo: «¡Yo fui el primero en llegar al campo! ¡No entiendo qué lío es este!». En aquel instante de azoramiento extremo, la embajadora Hunt se acercó a los sargentos con calma y tacto ejemplares y les pidió que no echaran a perder la conmemoración con un enfrentamiento personal. Los sargentos

aceptaron, diciendo: «Lo comprendemos, ya nos vamos», y así se evitó una escena aún peor, pero la embajada estadounidense en Viena tomó buena nota del incidente. El coronel John B. Miller, agregado militar estadounidense, dirigió una carta al Centro de Historia Militar de Estados Unidos en Washington D.C. urgiéndole a que aclarara de una vez por todas las circunstancias de la liberación de Mauthausen.

Visto desde fuera, nada puede parecer menos importante para la historia que saber el día exacto en que el primer oficial estadounidense entró en Mauthausen e hizo valer allí su autoridad, y no es imprescindible saber a qué unidad debería atribuirse el mérito de la liberación de Mauthausen. Lo esencial, como hoy se ha establecido, es que ni Seibel ni ningún otro estadounidense estuvo en Mauthausen desde primera hora de la tarde del 5 de mayo hasta media mañana del 6 de mayo. El control del campo, y el de la historia de esa noche, pasó así a manos del comité internacional de ex prisioneros, en el que dominaban los comunistas. El resultado fue el nacimiento de una leyenda en esencia antiamericana, y que Seibel atribuyó a Dürmayer y Maršálek.[1] Ello le impulsó a escribir su propia versión de los hechos en 1975, pero la inexactitud de base de la pretensión de Seibel solo sirvió para caldear aún más los ánimos. Dobiáš señaló que la declaración de Seibel no fue distribuida a los historiadores por su propia voluntad, sino que le hubo de ser solicitada por Maršálek y por la Universidad de Viena. Y si Maršálek es, como le ha descrito Wiesenthal,[2] «un comunista al 150 % que desprecia a Austria», su edición revisada de 1980 deja claro que Mauthausen fue liberado, efectivamente, por los estadounidenses el 5 de mayo.

La historia de la liberación vino así a ser dominada por quienes deliberadamente minimizaron el papel de los estadounidenses, que pudieron además aprovechar las imprecisiones de Seibel como una forma de encubrir las suyas. «El 5 de mayo —escribía S. Smírnov en *Études soviétiques*—, dos días antes de la llegada de las tropas anglo-americanas [*sic*], los prisioneros se sublevaron y consiguieron la libertad.» «De una vez por todas —escribía Miguel Malle—, la liberación de Mauthausen fue obra del Appareil Militaire International [red militar secreta de los prisioneros].» Los presos, añadía, desarmaron a la policía austríaca antes de que llegaran los

estadounidenses. «En la mañana del 5 de mayo —escribió Ramón Bargueño—, desarmamos a la policía vienesa y solo le dejamos sus mochilas.» «Los prisioneros conquistaron la libertad con sus propias armas», opinaba Mariano Constante. En 1984, un tal Albert Morillon, superviviente francés de Mauthausen, pese a la facilidad de haber dispuesto de treinta y nueve años para esclarecer los hechos escribió que Mauthausen fue liberado por ¡los canadienses! A pesar de la falta de pruebas de que ningún SS hubiera sido encontrado, vivo o muerto, en Mauthausen, se han hecho frecuentes declaraciones según la versión comunista que sostienen que entre sus prisioneros había miembros de las SS.[3] Malle procede entonces a acusar a los estadounidenses de perder el tiempo. «Sé que algunos de mis camaradas están resentidos por el tiempo que tardaron los norteamericanos y por dejarnos vivir la angustiosa pesadilla del 5 al 6 de mayo.» En abril de 1997, Constante seguía en sus trece, incluso ante un grupo de historiadores invitado a visitar Mauthausen. «Durante dos días —dijo, en la sesión final—, tuvimos que luchar solos contra los SS.» Juan de Diego, sentado junto a él, hizo un lacónico comentario de la contribución de su compatriota a la historia: «¡Sandeces!».[4]

Pese a todas las distorsiones presentadas, hoy es posible diferenciar con claridad las cinco fases de la liberación del KL-Mauthausen. Primero, la partida de los últimos SS en la noche del 3 al 4 de mayo, dejando el control a Kern y a la Feuerschutzpolizei de Viena. En segundo lugar, las negociaciones entre Kern y el comité internacional de prisioneros el 4 de mayo y en la noche del 4 al 5 de mayo. Tercero, la llegada de las dos patrullas estadounidenses el 5 de mayo y el desarme y marcha de los guardias austríacos. Cuarto, la noche del 5 al 6 de mayo, cuando el campo estuvo exclusivamente en manos de los prisioneros, bajo un comité internacional. Finalmente, el regreso de los estadounidenses el 6 de mayo.

Antes de dejar el Hauptlager, los estadounidenses habían asegurado a los prisioneros que volverían pronto y con refuerzos, y con ello les garantizaban que si no regresaban esa noche (5 a 6 de mayo) lo harían a la mañana siguiente. También suponían que el comité internacional mantendría un pleno control de la situación y que el estado físico de los ex prisioneros, la rendición inminente de

la Alemania nazi, su agradecimiento por sobrevivir y la promesa de que serían alimentados y protegidos en cuestión de horas los disuadirían de evadirse del campo. Todo lo que a los estadounidenses les parecía lógico no tenía necesariamente sentido en el contexto de la liberación. En la tarde del 5 de mayo, el comité internacional celebró una reunión abierta y eligió al doctor Dürmayer como su presidente. Dürmayer, en palabras de su compañero de reclusión Premysl Dobiáš, era «un estalinista al ciento por ciento desde que tomó parte en la guerra civil española». [5] Se debatieron las acciones que habrían de emprenderse, pero se desconoce si se alcanzó una decisión clara. En una reunión de la plana militar, el comandante Pirógov informó de que las unidades de las SS estaban intentando cruzar el Enns. Defendía que sería un error que el grupo combatiera en campo abierto. Sería mejor aprovechar las fuerzas persiguiendo a los fugitivos de las SS y preparándose para defender la fortaleza, que había de conservarse a cualquier precio hasta que llegaran los aliados. Los ex prisioneros se habían procurado numerosas armas: si las patrullas estadounidenses habían desarmado a los hombres de la brigada de bomberos de Viena y se habían llevado las armas, los prisioneros por su parte habían irrumpido en la armería de las SS y, antes o después de que llegaran las patrullas de Estados Unidos el 5 de mayo, se estima que el número total de prisioneros armados era de 3.000.

Antes incluso de que el Hauptmann Kern y su guarnición hubieran dejado el campo, Juan de Diego y su nuevo ayudante, el checo Premysl Dobiáš, empuñando pistolas tomadas de la armería de las SS, se hicieron con el control de la centralita telefónica.[6] Haciéndose pasar por un representante de los aliados, De Diego telefoneó al Bürgermeister del pueblo y le ordenó que desarmara a todas las tropas alemanas en retirada. Al mismo tiempo, empezó a solicitar por teléfono plazas en los hospitales de la zona. En el transcurso de esta acción, De Diego recibió una llamada de un comandante de panzer alemanes que quería hablar con el Lagerführer Ziereis. Dándose cuenta de la importancia de la llamada pero sintiéndose incapaz de hacerse pasar por alemán, De Diego convenció rápidamente a su ayudante Dobiáš, graduado en leyes y que hablaba un alemán excelente, para que suplantara a Ziereis. El comandante de panzer informó a Dobiáš de que por motivos

tácticos pensaba desplazar sus tanques a Mauthausen, pero quería estar seguro de que la localidad no había caído en manos estadounidenses o soviéticas. Por lo tanto, debía tomar precauciones. «*Natürlich*», contestó Dobiáš. El comandante de panzer procedió a realizar al que creía que era Ziereis algunas preguntas sobre su identidad: edad, graduación, aspecto. Azorado pero rápido (pues esta información era bastante bien conocida) y manteniendo la compostura necesaria, Dobiáš satisfizo al comandante de panzer con sus respuestas, pero cuando este preguntó a Ziereis por sus condecoraciones en las SS, Dobiáš y De Diego perdieron la partida, el comandante colgó y los tanques, que presumiblemente no iban allí a acabar con los prisioneros, nunca llegaron a Mauthausen.[7]

Se han señalado tres razones que explican por qué los prisioneros decidieron en ese momento huir del campo. La primera era el frenesí por comer, sin control alguno. La segunda, el deseo de vengarse de los SS en fuga, a los que esperaban encontrar en sus escondites, tal vez en el pueblo de Mauthausen. La tercera, el miedo a que los guardias SS hubieran entablado contacto con unidades de la Waffen-SS y decidieran volver al Lager, defenderlo como fortaleza y asesinar a los presos. Si el comité internacional hizo lo que pudo por limitar las salidas a los objetivos que se habían aprobado, debe decirse que los verdes estuvieron entre los que se las arreglaron para conseguir armas y escapar, y a ellos solo puede aplicárseles el primer motivo.

Lo cierto es que la mayoría de los supervivientes estaban demasiado débiles para abandonar el campo. Los aptos para caminar no llegaron mucho más allá de las orillas del Danubio, o de las casas junto al río. La pretensión del coronel austríaco Heinrich Kodré de que no hubo ni un solo caso de indisciplina es desmentida por el informe de la comisaría de Mauthausen, según el cual muchos prisioneros se dieron un festín con la comida que arrancaron de los campos cultivados cercanos; entraron por la fuerza en la Gasthöfe para beber hasta hartarse y luego, llevados por la insolencia y el vino, en las casas y granjas que encontraban a su paso para robar ropas y matar a los cerdos y el ganado, sobre todo en la zona de St. Georgen y Lungitz, en la tierra de nadie entre los invasores aliados. El pueblo de Mauthausen también quedó a su

merced. Pocos de los merodeadores volvieron al Lager y los que lo hicieron se cuidaron de esconder sus armas fuera, o de dejarlas a recaudo de sus compañeros de tropelías. Si por algo sorprende el informe es por su tibieza. Hombres enloquecidos por el hambre y la crueldad son capaces de cosas peores que simplemente sucumbir al vehemente deseo de comer y es probable que se cometieran graves crímenes que las víctimas, si sobrevivieron, estaban demasiado aterrorizadas para denunciar.

En la zona de Gusen, los habitantes admiten que vivieron paralizados por el miedo durante varias semanas después de la liberación de los campos por la triple amenaza de los prisioneros hambrientos, los antiguos kapos y los SS escondidos. Aunque un superviviente español niega que bajo ningún concepto los rusos y los polacos supervivientes de Gusen hubieran provocado disturbios violentos,[8] la austríaca Martha Gammer, residente en la zona, sostiene lo contrario, afirmando que dentro de los campos tuvo lugar una verdadera matanza entre los grupos nacionales.[9] Muchos de los supervivientes españoles partieron hacia el Hauptlager, en parte buscando comida pero sobre todo porque sabían que en el Hauptlager los españoles habían adquirido una posición de liderazgo dentro de la organización internacional.[10] A diferencia de Mauthausen, muy pocos de los que huyeron de Gusen volvieron después al campo. La caza de los kapos de Gusen no se limitó a los campos. Tanto los kapos como sus perseguidores iban armados y los españoles de Gusen usaron sus armas para proteger a algunos agricultores austríacos que eran ahora presa de bandas de kapos merodeadores. Esta curiosa situación se produjo porque a finales del verano de 1943 y 1944, prisioneros españoles de Gusen habían tenido la incomparable buena suerte de ser enviados a las granjas circundantes para ayudar en la cosecha, y los granjeros se habían portado bien con ellos y les habían dado comida. Los kapos, en su mayor parte, eran capaces de cualquier cosa. Algunos se apoderaron de la gran granja de Meierhof en Luftenberg an der Donau, a pocos kilómetros al oeste, con su imponente castillo, y allí participaron incluso en una acción militar contra la unidad estadounidense encabezada por el capitán Ingrassia del CIC.[11] Otro kapo, Waldemar Barner, en vez de luchar contra el CIC se unió a él. Estuvo entre los supervivientes que, por hablar idiomas o tener

alguna otra habilidad que ofrecer, prestaron sus servicios a los estadounidenses en las investigaciones posteriores. Entre estos colaboradores figuró Simon Wiesenthal, pero lo cierto es que Barner tuvo suerte a la hora de ocultar su secreto; había sido elegido por Bühner como kapo en Hinterbrühl en enero de 1945 y como tal tomó parte en la marcha de la muerte. Desde el 6 de mayo estuvo en la nómina estadounidense.[12]

Mientras tanto seguía la caza de los SS y los kapos huidos o escondidos. En la zona de Gusen, las fuerzas de ocupación estadounidenses llegaron hacia el 10 de mayo y fue el capitán Ingrassia el que firmó todos los documentos locales. Los kapos tuvieron menos suerte que los SS en su huida, pero un habitante de la zona señala que a los norteamericanos les costó varios meses desembarazarse de los que seguían ocultos en los bosques y las montañas cercanas, aterrorizando a la población.[13] De todos los kapos, King Kong, cuyas dimensiones físicas destacaban incluso en el Tirol, era la presa más codiciada, pero se había preparado para sobrevivir. Había escapado del linchamiento en Ebensee al conseguir un traslado a Gunskirchen, y cuando se acercaba su final salvó el cuello con la promesa de testificar en el juicio de Dachau. En Mauthausen, el comité internacional tuvo dificultades al principio para evitar el linchamiento no solo de los kapos, sino también de los colaboradores y de los sospechosos de ser informadores. A Unek, el sustituto de King Kong, le enviaron al Bunker, bajo el atento cuidado de Bargueño. Chony, el kapo de la cantera, y Marion, el del Baukommando, fueron capturados y ejecutados en la noche del 5 al 6 de mayo. A Popeye le apalearon hasta matarle. Otros fueron arrastrados a la Appellplatz, donde los prisioneros pisotearon sus cuerpos con los zuecos, que también usaron para pegarles hasta dejarlos inconscientes. En Gusen, el 5 de mayo murieron los Oberkapos Hans Apitz y Otto, el Lagerschreiber Jahnke y el Blockältester Beck. El odiado español Tomás Urpí fue llevado frente al barracón 6, donde tendió la mano en señal de reconciliación a un joven asturiano a cuyo padre el mismo Urpí había asesinado en las legendarias duchas de Gusen; el hijo sacó un arma del bolsillo y le mató de un disparo. Ha de reseñarse que los españoles fueron el único grupo nacional que, inmediatamente después de la liberación, persiguió a aquellos de sus compatriotas

que habían colaborado con las SS; los que habían matado o sido cómplices de asesinato hubieron de comparecer ante tribunales especiales, y los declarados culpables fueron sentenciados a muerte y ejecutados. Pero la mayoría de los kapos con las manos manchadas de sangre se escabulleron porque el ansia de comer de sus perseguidores era más fuerte que la sed de venganza y Vilanova estima que menos de la décima parte de los 530 kapos culpables de asesinato pagaron por sus crímenes.

La búsqueda de los guardias de las SS huidos fue un gesto inútil hasta que llegaron los estadounidenses y pudieron ofrecer la ayuda logística precisa, pero la necesidad de defender el Hauptlager contra el posible retorno de las SS produjo uno de los mitos más perdurables de la liberación. Más de un superviviente de Mauthausen se ha sentido dolorosamente molesto por las vanas pretensiones de los viejos estalinistas, que aún perduran y que no tendrán fin hasta su muerte. Al igual que en la línea de argumentación de los estalinistas se defiende que Mauthausen no fue liberado por los estadounidenses sino por los propios prisioneros, se insiste en que en las orillas del Danubio tuvo lugar una importante acción militar. Émile Valley ha escrito, comprensiblemente, que la noche del 5 al 6 de mayo fue la más angustiosa que habían vivido los que permanecían en Mauthausen. [14] Había razones para temer la presencia en las cercanías, a ambos lados del Danubio, de unidades de la Waffen-SS. Pero los viejos estalinistas, aunque hayan dejado el Partido hace tiempo, se niegan a cambiar su cantilena. «Durante tres días —dice Manuel García, el antiguo vigilante del museo de Mauthausen— los norteamericanos dejaron solos a los ex prisioneros luchando con las SS en el Danubio.»[15] Ramón Bargueño coincide con él: «Tuvimos que combatir y defender la fortaleza contra los ataques de los SS huidos y que ahora pensaban que lo mejor para ellos era volver a Mauthausen y ser hechos prisioneros por los norteamericanos». Miguel Malle escribe sobre «fuertes unidades de las SS a solo 10 kilómetros al este y al sudeste, a las órdenes de Bachmayer y otros carniceros… Imaginen lo que habría sucedido si Ziereis y Bachmayer, con sus SS, al enterarse de que banderas nazis seguían ondeando en el pueblo y en el Hauptlager, hubieran vuelto a cruzar el puente». Es curioso que Malle, que dirigió la fuerza

expedicionaria enviada al puente de Enns, creyera que Ziereis y Bachmayer eran capaces de comandar una unidad de combate. Asimismo es notable que Malle, en las décadas que dedicó a escribir sus voluminosas memorias, nunca supiera del destino de Ziereis y Bachmayer, que no veían nada atractivo implicarse en una batalla.

La batalla del Danubio surge como la joya más preciada del folclore comunista español, y parece más improbable cuanto más se analiza. Manuel García, uno de sus principales divulgadores, ha vivido en el pueblo durante al menos los últimos cuarenta años sin molestarse en investigar el asunto. Los desmentidos más categóricos proceden de algunos compañeros de los comunistas. «Ninguna fuerza militar salió del campo para luchar contra los alemanes —dice Juan de Diego—. No hubo batalla del Danubio. Esa historia es pura invención. Es un mito comunista. No pudieron disparar contra los SS porque no había ningún SS. Lo que sucedió fue que los españoles abrieron fuego en el Danubio unos contra otros.»[16] Esta declaración, comentada a Marcelino López, que insiste en que tomó parte en la acción, le provocó tal acceso de furia que pidió un cara a cara con De Diego.[17] Pero De Diego está bien respaldado, por Hermann Langbein, que es también inexorable,[18] y por la muy respetada periodista catalana Montserrat Roig. Roig señala que una unidad de prisioneros españoles que eran anarquistas, y que se habían instalado en el pueblo de Mauthausen, confundió el camión en el que iban otros presos combatientes con un vehículo de las SS y abrió fuego. Entre los historiadores, Fabréguet afirma que el 5 de mayo se dejó a muy pocos grupos salir del campo, entre ellos un destacamento español que entró en el pueblo de Mauthausen y se encontró bajo la línea de fuego proveniente de las casas. En cuanto a la batalla del Danubio, dice que es «muy improbable», tanto más porque en las cercanías no había unidades de las SS ni de la Wehrmacht. Los habitantes de Mauthausen que han contestado a la pregunta expresan un abanico amplio de opiniones. El actual propietario de la taberna del Donaulinde llama a la batalla «una simple broma»,[19] pero el Bürgermeister de Mauthausen en 1995, Josef Jahn, hoy fallecido, indicó que en el pueblo hubo algunas acciones y que «varios SS de la margen derecha dispararon al otro lado del río, matando a dos niños».[20] Pero Jahn no estaba en el pueblo en esa época. El respaldo más concreto sobre una acción en

el Danubio proviene del habitante de Mauthausen Erich Neumüller, que sí fue testigo: «Los SS estaban encolerizados. Pálidos de rabia. En su furia y desesperación, empezaron a disparar contra cualquiera, desde el otro lado del Danubio, contra todo el que veían. Su mundo se había venido abajo. Su fe desesperada de pertenecer a una raza superior había terminado por ser, tanto para ellos como para sus enemigos, un fraude total y entonces, incapaces en cuerpo y alma de lo que cualquier verdadero soldado hace por instinto —luchar hasta el final—, su forma de expresarlo fue de una furia ciega y sin sentido».[21] También es posible que la resistencia local les diera cumplida respuesta. El mismo dueño de la taberna que hoy quisiera borrar del todo el recuerdo de aquellos años ha descrito lo que sucedió en sus locales de la orilla del Danubio. Como Gasthof en 1938, había sido requisada por las SS, que establecieron su cuartel general en el pueblo, pero mientras que los dos pisos superiores eran usados por los SS para sus instalaciones, el café de la planta baja seguía abierto a la población civil. A principios de mayo de 1945, grupos de civiles entraron en el café por la fuerza, subieron las escaleras hasta donde vivían tres familias de SS, molieron a golpes a todos, incluidas las mujeres y los niños, y los tiraron por la ventana, causándoles la muerte a algunos.

Si se tienen en cuenta todas estas consideraciones, es posible coincidir con Émile Valley en que la lluviosa noche del 5 al 6 de mayo fue para los ex prisioneros la más angustiosa de todas las que habían vivido; que el comité internacional estableció dos cinturones defensivos en torno al campo, uno junto a la fortaleza y el otro bastante más lejos; que un destacamento de ex prisioneros entre la pequeña minoría apta para la lucha se hizo efectivamente con los vehículos de las SS que quedaban en el garaje y ocupó el pueblo, arrestando al Bürgermeister nazi;[22] que Miguel Malle ordenó personalmente la detención de Haefliger, del CICR, que no se había marchado con los estadounidenses sino que se hospedó en una Gasthof; y que ese mismo destacamento tomó una posición en la orilla norte del puente ferroviario de Enns. La importancia estratégica de este puente, el único intacto en los 135 kilómetros entre Linz y Krems, y última vía de escape para una unidad nazi en busca de seguridad y de la oportunidad del *Alpenfestung*, está fuera de duda, pero han de tenerse en cuenta dos aspectos. Primero, la

dirección de fuga de los nazis por el Danubio era al sur, no al norte, ya que los bosques de Checoslovaquia eran ciertamente menos acogedores que los de Estiria o los Alpes. Ello significa que en cuestiones estratégicas los ex prisioneros tomaron la dirección equivocada. En segundo lugar, el puente solo valía para el ferrocarril. Se podía atravesar a pie por un sendero peatonal y podría así ser usado por los *krads* (militares en motocicletas), pero no por coches, salvo si el conductor era capaz de poner una rueda en el sendero y la otra en la viga de madera entre los raíles. Así era, en efecto, como solían cruzar los coches de las SS, pero otros vehículos usaban en general el transbordador, aunque fuera más viejo que el puente. También preferían el transbordador los que iban a pie, ya que el tráfico de las SS hacía el puente peligroso de cruzar y el anuncio de llegada de un tren suponía una larga espera. Teóricamente, un tanque podría cruzar el puente si utilizaba toda su anchura, pero ningún habitante local ha dicho nunca haber visto atravesar el paso a un blindado, ni siquiera intentarlo, y cualquiera de los lugareños de la zona abriría los ojos de asombro al leer la versión de Mariano Constante sobre la mítica batalla en el puente: «Cuando están en el interior del puente, en ese momento, con el lanzallamas, el famoso bazooka, les tiramos granadas. Y al primero, al que va delante, le lanzamos otras tres y con la tercera hace blanco, le da de lleno. Era para verlo, cómo ardía todo. Al verse envuelto en llamas quiere dar marcha atrás. Pero alcanza al segundo vehículo, que viene tras él y que también empieza a arder. En unos segundos, todo el puente está en llamas. Se ven imposibilitados de seguir adelante, no pueden pasar. Así impedimos que pasen y vuelvan a Mauthausen para liquidar a todos los que quedábamos».[23]

Lo cierto de este incidente es que la defensa del puente, que la Wehrmacht había minado, se confió a una unidad ruso-española bajo el mando del capitán español Espí; los españoles eran todos veteranos de la guerra civil y estaban bien armados, aunque escasos de munición. El resto de la historia de esa noche nunca será establecida. Juan Bisbal Costa (Badía) podría haber muerto víctima del «fuego amigo», ya que estaba en el camión tiroteado por la unidad anarquista en el pueblo. Pero para conceder a los comunistas españoles el beneficio de la duda, en la acción que

siguió Bisbal Costa murió y tres de los españoles que iban con él, además de ocho rusos, resultaron heridos. Bisbal, que en 1936 había estado entre los primeros que habían luchado contra el fascismo en Europa, fue así uno de los últimos en perecer en la lucha.

Uno de los aspectos más curiosos de este asunto tiene que ver con el nombramiento del comandante. La mayor parte de las versiones se deben a comunistas, pero todas ellas difieren espectacularmente en esta cuestión. Tal vez los autores pensaran que una crónica escrita en Viena nunca sería leída por un español, ni las versiones españolas por un alemán. En cualquier caso, ninguno de los autores comunistas se toma ni siquiera la molestia de pensar en sus camaradas extranjeros. En consecuencia, por cada partido comunista hay una historia distinta de la liberación. Los comunistas españoles nos cuentan que el líder de su grupo nacional, formado en la primavera de 1944, fue al principio Luis Montero, ferroviario, comunista asturiano y capitán de milicias del ejército republicano español. Sin embargo, el mando fue transferido, primero a Fernández Lavín y finalmente a Miguel Malle, sin que los autores comunistas, ni siquiera en la correspondencia escrita en 1993, se avinieran a explicar otros motivos que la referencia a «problemas varios». En sus memorias inéditas, Malle censura de un modo u otro a sus dos predecesores en el mando. «Montero —escribe— tenía que ir a Mauthausen a inspeccionar nuestras posiciones, pero tuvo que venir a verme antes de irse para pedirme consejo sobre la ruta que debería tomar y sobre cuestiones básicas de seguridad. Por desgracia, yo estuve un rato ausente del puesto de mando y se marchó sin verme.» Las bajas producidas cerca del puente, deduce, fueron consecuencia de este contratiempo. En cuanto a Fernández Lavín, enviado con una patrulla para establecer contacto con los estadounidenses e instarlos a que se dieran prisa, tuvo una refriega entre St. Georgen y Linz con los propios norteamericanos. Los españoles devolvieron el fuego, pero sus rivales eran muchos más, los desarmaron y los metieron en una habitación. Al liberarlos no les devolvieron las armas. La humillación fue muy dolorosa.

Interesante también es el modo en que el comandante Andréi Pirógov ascendió al máximo puesto de mando. Cuando el AMI, la

organización secreta de los prisioneros, se formó, en septiembre de 1944, el mando, según los autores comunistas españoles, recayó en Miguel Malle, con Pirógov como jefe del estado mayor. La versión del comunista austríaco Hans Maršálek ni siquiera menciona de pasada el papel de Miguel Malle, aunque sería lógico que el contingente soviético prefiriera a un comunista no soviético en el puesto de mando nominal. El mando, escribe Maršálek, se entregó originalmente al coronel austríaco Heinrich Kodré, un famoso recluso de Mauthausen. Como oficial militar más veterano del campo, y con la ventaja de su nacionalidad austríaca, fue él quien estaba al mando cuando los ex prisioneros tomaron sus posiciones en la noche del 5 al 6 de mayo. Pero a las tres de la mañana del 6 de mayo llegó hasta Kodré un ex prisionero armado que le pidió que le acompañara a un barracón donde un comandante ruso quería hablar con él. Así lo hizo Kodré, para acceder a un lugar repleto de hombres, en su mayoría armados. Kodré fue llevado a una dependencia completamente vacía. Se le dijo que esperara. Después entró el comandante ruso, que no era otro que Pirógov, a quien Kodré no conocía. Los dos hombres se saludaron. Otro ex prisionero actuó como intérprete. Pirógov anunció que era un oficial soviético y que ahora estaba al mando del campo, y también del espacio exterior al mismo. Había piquetes por todas partes. Era necesario, concluyó Pirógov, que Kodré renunciara a dirigir las operaciones militares. Kodré reflexionó sobre ello y llegó a la conclusión de que la petición estaba plenamente justificada. Asintió con la cabeza. Los dos hombres se estrecharon la mano. Entonces, Kodré regresó para informar a Dürmayer de la situación. Dürmayer también asintió[24] y le pidió que se hiciera cargo de la administración interna del campo. Pero Kodré lo rechazó, insistiendo en que no estaba cualificado para el puesto. Aquel fue el tranquilo final de un encuentro tenso. Entretanto, Pirógov se instaló detrás de la gran mesa de la antigua oficina de Ziereis, desde cuya ventana podía esperar, al este, el avance del Ejército Rojo.[25]

3

El regreso de los estadounidenses a Mauthausen

«Un hedor a hierba marchita —escribió el comandante Hill Blalock en el informe de la Thunderbolt— impregnaba el aire a cientos de metros alrededor… Orificios inmundos, de los que emanaba la infeliz miseria humana, el fétido aroma de la muerte expuesto al aire purificador.» Y añadió: «Los hombres de esta división conocen ahora el significado de las palabras de Churchill: "Entramos en la terrible fosa de la iniquidad"».[1]

Las tres oleadas sucesivas de estadounidenses de la 11.ª División Acorazada, y las otras que las siguieron, comparten la misma experiencia de horror y repugnancia cuando traspasaron las puertas de Mauthausen, para encontrarse primero, en la carretera que llevaba a la entrada principal, el Sanitätslager con sus montones de cadáveres y de moribundos. El orden en el que llegaron los distintos contingentes puede al fin esclarecerse y el mérito ha de atribuirse principalmente a un superviviente, Pierre Serge Choumoff, y a un veterano de la Thunderbolt, el sargento Leander W. Hens.

Lo que consiguieron Choumoff y Hens fue tirar por tierra las insistentes reclamaciones del coronel Richard R. Seibel, entonces teniente coronel, al mando de la unidad de combate B, de que era él quien comandaba la fuerza que entró en Mauthausen y después tomó el control del campo. La pretensión de que fue él quien llegó personalmente al campo el 5 de mayo de 1945 y, lo que es más importante, de que permaneció allí la noche del 5 al 6 de mayo ha tergiversado la historia, y con esta distorsión Seibel puede muy bien haber contribuido al éxito de las versiones deliberadamente falsas debidas a varios de los supervivientes, en particular los comunistas,

que dieron a los acontecimientos un tinte propagandístico y antiamericano. Ramón Bargueño escribe como si ni siquiera hubieran estado allí los estadounidenses: «Gracias al comité que habíamos organizado se salvaron muchas vidas, ya que tomamos el control de las despensas y las cocinas y se evitó el pillaje». Las razones de la actitud de Seibel son difíciles de valorar. Como oficial de carrera, debería esperarse que no pretendiera apropiarse de los logros de otros, y como oficial de artillería debería estar dotado de una mente precisa. Pero desde el momento en que escribió a Ray Buch, cronista oficial de la Thunderbolt, en abril de 1975, con sesenta y seis años y en ningún modo senil, Seibel mostraba envidia de la contribución de sus hombres y se expresaba con frases notorias por su falta de claridad. Todo ello a pesar de la cálida y elogiosa carta que envió a Albert Kosiek el 15 de mayo de 1945 el superior de Seibel, coronel Wesley W. Yale, que decía: «En particular, quiero felicitarle por su espléndida actitud en la liberación del campo de concentración de Mauthausen. Lograr esta liberación contra un enemigo superior en número requería gran tacto y buen criterio». El 16 de junio de 1945, un informe enviado a George Patton, comandante en jefe del Tercer Ejército y general de cuatro estrellas desde abril, incluía otra referencia a Kosiek: «El tacto y el buen criterio del sargento Kosiek al acercarse y liberar los importantes campos de concentración de Mauthausen y Gusen, en Austria, produjo resultados mucho mejores de lo que cabría esperar de una unidad del tamaño de la que tenía a su cargo actuando en solitario […] Por las acciones anteriores, Kosiek ha sido doblemente recomendado por su heroico y meritorio comportamiento para la Legión del Mérito por el coronel W. W. Yale».

Las investigaciones realizadas por Choumoff y Hens estuvieron ambas inspiradas por el enfrentamiento de 1995 ante la embajadora estadounidense en Austria, antes descrito. Hens se puso en contacto con todos los supervivientes que pudo, al igual que su compañero Edward Bergh, debatiendo la cuestión en la reunión de la 11.ª División Acorazada de Estados Unidos celebrada en San Diego en 1995 y enviando a este autor todos los elementos materiales que encontró, entre ellos numerosas fotografías. Choumoff, por su parte, preparó un documento que presentó en una conferencia en la Universidad de Viena en diciembre del mismo año. El documento

de Choumoff, matemático de formación, tenía el máximo nivel exigible a un investigador experto y llegó a la ineludible conclusión de que Seibel había estado movido por vanidad personal. «Como tenía el mando del campo liberado —escribe Choumoff—, parece haber querido exhibir el título de liberador único de Mauthausen.»

Es posible así distinguir cuatro fases en la liberación y ocupación de Mauthausen por los estadounidenses: la llegada el 5 de mayo de las dos patrullas (Kosiek-Saunders y Hens-Bergh) y su retirada el mismo día; la llegada de Seibel al frente de un destacamento la mañana del 6 de mayo; la partida de Seibel después de una inspección rápida; y el regreso de Seibel a últimas horas de la tarde del 6 de mayo.

Hemos visto que Jack Taylor, teniente de la marina estadounidense que ascendió a capitán, había llegado a Gallneukirchen en medio de la noche del 5 al 6 de mayo. Probablemente Kosiek, y acaso también Taylor, como oficial estadounidense, informaran de inmediato a Seibel. Taylor recordaba haber pasado la noche en vela nervioso por los archivos de las SS que guardaban en Mauthausen los prisioneros. Ciertamente, al despuntar el día tanto Seibel como su superior, el coronel Yale, estaban informados de la realidad de Mauthausen. Yale ordenó entonces a Seibel que reuniera un contingente mayor y saliera inmediatamente para Mauthausen. En su versión, que repitió incesantemente, Seibel se refiere simplemente a un refuerzo de una patrulla con vehículos blindados, sin citar en ningún momento los nombres de los oficiales que intervinieron en la acción. No obstante, es evidente que Seibel asignó la tarea al comandante Milton Keach, del 21.º Batallón de Infantería Acorazada, que a su vez encomendó la misión a dos de sus compañías: la del cuartel general a las órdenes del capitán Edgar Flemister y la compañía B comandada por el capitán Elmore Fabrick. Es posible afirmar hoy que el primer oficial estadounidense que llegó a Mauthausen fue Flemister, con 150 hombres, hacia las diez de la mañana del 6 de mayo, seguido por Fabrick y 220 hombres que llegaron en torno a las once. Los dos capitanes actuaron por separado, de manera que no hubo un mando único hasta que llegó Seibel hacia el mediodía. A las dos de la tarde, aproximadamente, apareció Keach con el resto del 21.º Batallón de Infantería Acorazada y a las dos y media Seibel se

marchó para informar a Yale en los cuarteles generales de la unidad de combate B. Ello dejó a Keach al mando de Mauthausen hasta la vuelta de Seibel esa tarde, en torno a las siete.

Ni Kosiek ni Saunders regresaron a Mauthausen, pero Taylor sí lo hizo, con la segunda oleada el 6 de mayo, rechazando ser hospitalizado como se requería e insistiendo en acompañar a las fuerzas destacadas. La versión de Taylor indica que Seibel no llegó a Mauthausen hasta el 7 de mayo, e insiste en que no tomó el mando hasta ese día. Probablemente, Taylor está equivocado y el asunto quedaría claro si Seibel hubiera dado una versión nítida y exacta de los hechos. Podemos suponer que esta segunda fuerza, en su camino desde Gallneukirchen al Hauptlager, se detuvo, al menos brevemente, en Gusen.

Las dos patrullas estadounidenses del 5 de mayo (Kosiek-Saunders desde Gallneukirchen y Hens-Bergh desde Linz) habían pasado por Gusen. Kosiek se llevó con él a los guardias del campo de regreso a su base, instando a los prisioneros a que se quedaran en el lugar durante unas horas más. Los presos, ciertamente, no obedecieron y cuando los estadounidenses volvieron el 6 de mayo se encontraron con que la situación estaba ya fuera de control. En Gusen no había nada parecido al AMI de Mauthausen. Unos 20.000 prisioneros, de 16 países, entre los que los polacos eran los más numerosos, habían huido o permanecían en Gusen sin responder ante ninguna autoridad. Dirigidos por sus kapos, se habían apropiado de las armas abandonadas por los SS en fuga y aterrorizaban al campo. Estallaron peleas entre ex prisioneros que produjeron varios muertos, en el mismo momento de su liberación. Los almacenes de alimentos y suministros fueron saqueados. En su ansia por comer, muchos se dirigieron a Mauthausen. Otros miles se encaminaron a Linz, aunque fueron detenidos en Urfahr por un batallón del 328.º Regimiento de Infantería de Estados Unidos, que tuvo grandes dificultades para controlarlos. Otros más, como Amadeo Sinca Vendrell, cambiaron sus andrajos por ropas de civil y lograron llegar hasta Linz, y de allí a Innsbruck. En Gusen, los estadounidenses encontraron barracones que habían sido sellados por los SS en retirada, dejando a los reclusos dentro sin comida ni agua; cuando los abrieron, fue raro encontrar un par de prisioneros aún con vida allí dentro. Algunos de los kapos responsables de

crímenes con los SS se habían atrincherado en el barracón 32, antes de optar por suicidarse; otros fueron linchados por los prisioneros a los que habían atormentado. Algunos presos se esforzaron activamente por evitar esta caída en la anarquía. Un testigo austríaco, Josef Nischelwitzer, señala el papel de los ex prisioneros españoles en su intento por mantener el orden. «Sé de una serie de casos —escribió— en que españoles que hablaban alemán acudieron en ayuda de los que iban a ser linchados. Vi con mis propios ojos cómo los españoles, que primero se aseguraron de tener suficiente autoridad, armas y puestos de guardia, tomaron el control de un vehículo blindado y lo dirigieron al barracón 28 en el Revier, con el propósito de rescatar a unos ex prisioneros que hablaban alemán y que, por haber desatado el odio de algunos polacos, estaban en peligro de muerte.»

De camino hacia el Hauptlager, al que llegaron poco antes del mediodía, los estadounidenses del segundo grupo encontraron el campo custodiado por los antiguos presos, que se habían instalado en posiciones estratégicas de defensa, con armas ligeras alemanas tomadas de la armería de las SS; también vieron patrullas de reconocimiento barriendo la zona en busca de SS fugitivos. Al pasar por las puertas, los estadounidenses recibieron la misma entusiasta acogida que la patrulla de Kosiek, en especial desde el momento en que llegaron los tanques. De la noche a la mañana, los ex prisioneros españoles habían preparado una gran enseña blanca con palabras de bienvenida, en español, para los liberadores aliados; se desplegó en la puerta principal, dentro del muro, lo que favoreció el interés de los fotógrafos que registraron el acontecimiento. En la patrulla reforzada de Seibel iba Basil A. Jackson, fotógrafo de relaciones públicas de la Thunderbolt al que Dager había enviado desde los cuarteles generales de la División, aunque se ha reconocido que el ex prisionero español Francesc Boix también tomó fotografías de la escena. La tarea de Jackson estaba de acuerdo con las órdenes dadas por Eisenhower en el SHAEF; después de su visita a Ohrdruf con Bradley y Patton, Eisenhower quiso ver un registro fotográfico completo de la liberación, lo que exigió una escenificación, sin la presencia de Kosiek ni Saunders, de la llegada del pelotón de Kosiek el día anterior.[2] Sin embargo, las fotografías más conocidas muestran a Seibel pasando por la puerta

principal y a un tanque Sherman abierto dentro de la entrada, rodeados en ambos casos por centenares de ex prisioneros dando vítores.

Si eran cientos los que vitoreaban, reían y cantaban, para otros miles era ya demasiado tarde. Un médico prisionero ha afirmado que en el momento en que los SS abandonaron Mauthausen ya no quedaba nada de agua. Setecientos cadáveres se descomponían en los callejones, esperando a ser enterrados o incinerados. Entre los vivos, muchos habían esperado tanto ese momento que ya no tenían fuerza emocional para reír ni para llorar, siendo apenas conscientes de su alegría. Alegría que también podría llegar a ser causa de su muerte, pues la repentina liberación de la tensión nerviosa resultó fatal para varios prisioneros. Hasta el 10 de mayo siguieron muriendo más de 450 supervivientes al día. Según la última revista pasada por las SS, el 4 de mayo de 1945 la población total de Mauthausen ascendía a 66.534 personas, entre ellas 1.734 mujeres. En aquel momento había todavía 264 kapos verdes y 120 kapos de triángulo negro. Llegado el 11 de mayo, el número de ex prisioneros evacuados de Mauthausen superaba bastante al de los ex prisioneros que habían llegado, con el resultado de que el campo contenía entonces solo 15.211 hombres y 2.079 mujeres; de los hombres, 14.741 eran rojos y 470 verdes, ya fueran o no antiguos kapos, si bien fue raro que los kapos verdes sobrevivieran, ahora que habían empezado a pagar por sus actos.[3]

Muchos de los estadounidenses presentes han contado su reacción. El estado de los prisioneros, el hedor penetrante, la visión de los cadáveres apilados como leña, hicieron sentirse tremendamente mal a muchos de los soldados. El prisionero español Miguel Malle observó que la conmoción llevó a algunos de los soldados a un punto de locura: «Eran entonces ellos, en su rabia, los que más querían salir a la busca, a la caza, de los SS responsables de todo aquello».[4] El doctor David B. Dolese, cirujano militar del 55.º Batallón de Infantería Acorazada de la Thunderbolt, visitó el Hauptlager y describió los horrores que allí contempló como las experiencias más impactantes y turbadoras de toda su vida, «un infierno viviente» que, añadió, encima solo pudo ver cuando ya había dejado de funcionar. El coronel Nathaniel Kutcher describe la escena en que cargaron con los cuerpos, todavía vivos pero que

padecían incontinencia, y cómo rebosaban los excrementos de ellos. Los soldados retrocedían, algunos vomitaban, hasta que un oficial estadounidense se acercó para levantar los cuerpos y darles el ejemplo necesario. Al ver el uniforme del oficial manchado con heces y orines, los hombres cumplieron con su deber.[5]

La tarea más inmediata de Seibel era tomar y mantener el control del campo. De nuevo, su informe deja confusa la cronología de los hechos. Si, como él afirma, en la mañana del 6 de mayo se congregaron en la Appellplatz 18.000 prisioneros, debió comprender que su fuerza de 500 hombres era demasiado reducida para hacer frente a la situación, pero ordenó a sus tropas que fijaran las bayonetas y formaran en falange. Los ex prisioneros se vieron así forzados a desplazarse de la plaza y de los paseos a sus barracones. Tras haber reunido «información suficiente sobre la configuración del campo y el número y el estado de los prisioneros», Seibel abandonó Mauthausen para volver a su base en Gallneukirchen, donde informó por teléfono a Dager en los cuarteles generales de la División. Ello significa que Seibel dejó al mando al comandante Keach en esa difícil tarde del 6 de mayo, pero Seibel no menciona a Keach. En su lugar, informa de que Dager le ordenó volver al campo con tropas suficientes, personal médico y suministros para tomar el mando. Según Seibel, retornó a Mauthausen a las cinco y media de la tarde para encontrarse un estado de total confusión, con prisioneros corriendo en todas direcciones. Ello significa que el comandante Keach había perdido el control de los presos.

Podemos suponer que fue entonces, y no en su primera llegada de la mañana, cuando Seibel, con un batallón de apoyo, se encaminó por el parapeto sobre el garaje de los SS, pasó la antigua oficina de Bachmayer y siguió hasta la última, donde Ziereis había permanecido durante casi toda la existencia de Mauthausen. Con armarios forrados de elegantes maderas que tapizaban las paredes, a la izquierda, junto a una doble ventana con vistas al Danubio, se alzaba la enorme mesa de Ziereis, de la misma madera fina. Al otro lado había un diván (que Seibel utilizaría) junto a otra ventana doble, protegida como las demás por barrotes metálicos. Al entrar, Seibel encontró en la mesa al comandante Andréi Pirógov, quien le dijo que ahora él estaba al mando del campo, y que los ex prisioneros soviéticos pretendían que las cosas siguieran así. Como

Pirógov se negó a moverse de la mesa, Seibel sacó su pistola y le apuntó a la cabeza, ordenando a sus hombres que escoltaran a Pirógov y a sus subordinados hasta el recinto soviético. Entonces, Pirógov obedeció.[6]

La humillación inferida por Seibel a Pirógov tal vez fuera necesaria desde el punto de vista militar, pero no sirvió de demasiada ayuda dentro del clima político del campo, donde los comunistas tenían la máxima influencia. Para mantener el orden y poner fin a los linchamientos y otros actos de venganzas particulares, Seibel necesitaba la cooperación del comité internacional de ex prisioneros, encabezado por el comunista doctor Dürmayer. Asesorado por Jack Taylor y otros dos ex prisioneros checos (el profesor doctor Vratislav Bušek, de la Facultad de Derecho de Praga, y Franz Maršik, un antiguo comerciante de Praga de exportación-importación), Seibel llegó rápidamente a la conclusión de que el comité internacional se había nombrado a sí mismo y no era sino un frente comunista e intentó cambiarlo. Tenía la esperanza de sustituir a Dürmayer por Taylor, al que muchos hombres tenían en buena estima y que estaba dispuesto, pero la oposición que encontró forzó a Taylor a desistir. Seibel intentó todavía que Dürmayer renunciara, con el argumento de que era alemán. Como Dürmayer era, en realidad, austríaco, algunos ex prisioneros supusieron que Seibel no hacía distinciones entre alemanes y austríacos, y que consideraba a todos ellos inadecuados para actuar como presidentes del comité, pero el verdadero motivo de Seibel era sin duda de tipo ideológico. En cualquier caso, el intento de Seibel de imponer a su propio comité no sirvió sino para añadir tensiones, con lo que el comité declaró que «un inmenso número» de ex prisioneros denunció vehementemente las medidas tomadas por el comandante norteamericano.[7]

La primera cuestión que tuvo que resolver Seibel fue evitar que los prisioneros se tomaran la justicia por su mano. Pirógov le dijo a Seibel cuando se encontraron por primera vez que había formado un tribunal para la ejecución de ciertos kapos. La noche anterior, cuatro kapos mantenidos bajo custodia habían muerto degollados. Aunque no pudo hacerse demasiado en lo que respecta a los cuchillos, la confiscación de las armas con que se habían hecho los prisioneros en la armería de las SS prosiguió hasta las nueve de esa

noche del 6 de mayo. Tras juntar todas las que se encontraron, se usó un tanque Sherman para destruirlas. Pero habría hecho falta más que un batallón, desde luego más que la fuerza bajo las órdenes del comandante Keach esa tarde en que se quedó al mando del campo, para evitar todos los ajustes de cuentas. Después de liberar a los prisioneros del Bunker, este fue usado por los estadounidenses para recluir a los kapos acusados de crímenes, a la vez que para protegerlos del linchamiento. Ramón Bargueño, antes su kapo, era ahora su guardián. Al volver al Bunker una de las veces, descubrió a Ramón Verge, el enfermero catalán del Revier al que casi todos los españoles consideraban un traidor, custodiando a los magullados kapos por órdenes de los estadounidenses. Enfurecido al ver a Verge protegiendo a los criminales cuando en el Revier no había hecho nada por cuidar de sus compañeros presos, Bargueño se abalanzó contra él.[8] En otro incidente, un español fue su espectador impotente. Antonio García, el fotógrafo catalán que trabajó en el Erkennungsdienst, ha descrito cómo un fotógrafo norteamericano en uniforme del ejército estadounidense estaba tomando imágenes de grupos de ex prisioneros a la caza de los kapos. La turba alcanzó a uno de ellos en un callejón y le arrastró hasta el interior de un barracón, donde empezó a recibir puñetazos y patadas. No habrían parado hasta darle muerte. Pero el fotógrafo hurgó en su abrigo, sacó un cuchillo y se lo entregó al grupo. Rápidamente le rebanaron la garganta al kapo, al tiempo que el fotógrafo tomaba su instantánea. Luego recuperó su cuchillo, lo limpió y se lo volvió a guardar. «El fotógrafo no tenía cámara de cine y necesitaba una imagen impactante para su periódico —explicaba Antonio García—. Yo lo vi todo como le estoy viendo a usted aquí sentado.»[9] A pesar de todo, finalmente pudo restablecerse el orden cuando Seibel dividió a los ex prisioneros en veinte grupos nacionales y los alojó por separado. Los polacos y los rusos fueron distribuidos en dos edificios independientes, encerrados bajo llave y custodiados por centinelas.[10]

Si el restablecimiento del orden era la máxima prioridad de Seibel, el suministro y distribución de comida y la atención a los enfermos tenían la misma urgencia. Limpiar el campo no fue tarea fácil. «Yo era un oficial de combate —afirma Seibel—. No sabía nada sobre cómo organizar un hospital. Estaba en una situación

imposible. Los SS, antes de huir, habían destruido todas las instalaciones, incluidas el agua y la electricidad. Había que empezar de cero.»[11] Los campos de deportes de las SS se convirtieron en cementerio, primero para 700 cadáveres en descomposición y luego para los 1.500 supervivientes del Sanitätslager que, demasiado enfermos, no pudieron salvarse. «He enterrado ya seis veces el Revier entero», informó el profesor Podlaha a los estadounidenses. La 11.ª División Acorazada comunicó que desplazó rápidamente a médicos y todo el equipo médico disponible para evitar más muertes y que el personal de enfermería del 66.º Hospital de Campaña trabajó codo a codo con los hombres de la Unidad de Combate B, «atendiendo a criaturas medio muertas, demasiado débiles e indefensas para apartarse de sus propios excrementos».[12] No obstante, pasaron varios días antes de que llegaran dos hospitales móviles estadounidenses y Seibel pudiera vaciar el Sanitätslager, quemando seis de los barracones de madera como precaución contra las enfermedades. Unos 5.000 supervivientes fueron hospitalizados.

La mayoría de las tropas estadounidenses del batallón que ocupó Mauthausen se alojaron en tiendas de campaña en las afueras de la localidad. Uno de los soldados era Sid Goldstein, conductor del jeep del teniente William J. Kieffer y que sabía algo de alemán. Goldstein aún recuerda el olor que flotaba en el aire en todo el camino hacia el pueblo. «Eso demuestra que la gente de allí mentía —escribe—. Decían que no sabían nada del campo de concentración, cuando los prisioneros nos contaron que habían trabajado todos los días limpiando las calles.» El 7 de mayo, Seibel ordenó a veinte de los ciudadanos más importantes de Mauthausen, encabezados por el Bürgermeister y el párroco, que formaran en filas y fueran conducidos con una escolta estadounidense para ver el campo por sí mismos.[13] Todos juraron a Seibel que no sabían nada de su funcionamiento.[14] Los respetables ciudadanos de Mauthausen, en cuyas tabernas los SS celebraron sus francachelas todas las noches durante años, respondían todos con el mismo estribillo: lo sucedido en la colina había supuesto para ellos una conmoción terrible.[15]

Entretanto, unos 400 prisioneros de guerra de la Wehrmacht, todos elegidos por su destreza como fontaneros, electricistas y

similares, fueron llevados para restaurar el orden corriente en el campo. Muchos mostraron signos de malestar y asombro ante lo que vieron. Y entre lo que pudieron ver estaban los restos de la cámara de gas. Seibel comunicó que se habían comportado correctamente, pero que en una ocasión tuvieron un enfrentamiento con los ex prisioneros. El incidente solo se resolvió cuando los estadounidenses amenazaron con abrir fuego. Siebel dictó entonces la severa norma de que se dejara trabajar a los prisioneros de guerra alemanes sin molestarlos.[16]

Al mismo tiempo, los habitantes de la zona recibieron la orden de ayudar en la limpieza, no solo del Hauptlager sino también del recinto de Gusen. El 8 de mayo, los estadounidenses utilizaron el patatal conocido como Erdäpfel-Acker entre Gusen I y Gusen II para enterrar a los muertos, obligando a los miembros identificados del partido nazi a bajar los numerosos centenares de cadáveres —con suavidad, por su propio bien— y a la población local a mirar cómo lo hacían. Los ex prisioneros se sentían complacidos, pero había cierto resentimiento por la declaración de Seibel de que Mauthausen había sido «descubierto en el curso de una acción militar, lo que explica que no hubiera nada preparado». No habían olvidado que, a primera hora de la tarde del 15 de abril de 1945, aviones de reconocimiento aliados sobrevolaron Mauthausen a una altura tan baja que desde tierra se podía ver a los hombres de la cabina.[17] Más injusto era todavía el espectáculo de los oficiales estadounidenses paseándose tomando fotos de los moribundos. Aunque los servicios aliados trabajaban valerosamente por salvar vidas, se extendió la convicción de que, tanto allí como en otros lugares, se podrían haber salvado más presos si se hubieran hecho los preparativos necesarios. Según Jean Benech, el prisionero médico francés que se prestó voluntario para quedarse cuando se evacuó a los demás prisioneros franceses, los estadounidenses dieron de comer a los presos sopas nutritivas, sin tener en cuenta el riesgo de dejar que fueran los hombres hambrientos los que decidieran la cantidad que habían de ingerir de una vez. Se intentó conseguir suero de glucosa, pero los suministros llegaron demasiado tarde.

Esta queja sigue escuchándose entre las menguantes filas de los supervivientes, comunistas y no comunistas. El dentista francés Paul

Le Caër, ciertamente no comunista, esperó cincuenta años antes de expresar su amargura. Le Caër había sido evacuado de Schlier el 3 de mayo de 1945, en el último grupo que incluía a 15 españoles. «Los médicos norteamericanos —escribió— no sabían nada de la patología de los campos de concentración. Solo sabían pensar en la cantidad de vitaminas necesarias, sin reparar en cómo reconstruir el sistema digestivo de un cuerpo desnutrido. De ahí que el menú del primer día consistiera en arroz rico en grasas. El resultado se vio a la mañana siguiente: unos treinta casos de diarrea o disentería.» En cuanto a los comunistas, interpretan la cuestión según sus intereses, aun cuando en Mauthausen fuera el líder comunista alemán Franz Dahlem el elegido para dirigir la distribución de alimentos. Ramón Bargueño escribe: «La situación se hizo insostenible a causa de la falta de comida, pero los americanos se desentendieron de nuestro problema, alegando falta de vehículos para el transporte. Fueron los rusos los que, a pesar de alegar que allí no podían hacer nada, dado que ese sector no les correspondía, ante la gravedad del asunto requisaron en la carretera cuantos vehículos pasaban, formaron un convoy y lo cargaron con todos los víveres que pudieron confiscar en los pueblos de alrededor, solucionando así nuestra grave situación». Miguel Malle, otro superviviente español de su misma ideología, escribió que la situación alimentaria mejoró solo cuando los ex prisioneros interceptaron una barcaza en el Danubio, que llevaba avituallamientos del tipo que podían comer los prisioneros. [18] Como Seibel insiste en que ningún ex prisionero podía salir del campo sin su autorización, los hechos descritos por Malle o bien tuvieron lugar en la noche del 5 al 6 de mayo o bien no se produjeron.

Seibel niega estas acusaciones, desacreditándolas por provenir de los intereses comunistas (lo que era cierto), e insistiendo en que el primer alimento distribuido fue una sopa de patatas ligera y un pedazo pequeño de pan de avena.[19] El informe del 7 de mayo de su división simplemente afirma: «Se buscó comida en el alto cuartel general, así como de fuentes locales». Un informe posterior de la 11.ª División Acorazada es más dañino para su crédito, ya que revela la absoluta ignorancia de los que estaban al mando: «El cuerpo médico se hizo cargo de la cuestión e inmediatamente dio a todos los prisioneros una sopa suculenta y poco a poco les permitió

recobrar la salud, pero algunos estaban tan mal que incluso después de quince días de comida buena y saludable para restablecer los tejidos seguían muriendo a un ritmo de cincuenta cada día».[20] Los propios soldados estadounidenses han admitido su propensión a repartir barras de chocolate a diestro y siniestro como cuando estuvieron en Normandía. Sid Goldstein escribe: «No les ayudamos dándoles comida a espuertas».[21] Lo cierto es que no se habían hecho preparativos para esta situación de hambruna masiva y los soldados estadounidenses que dieron a los ex prisioneros sus propias raciones —a menudo todo lo que tenían— estaban expresando al mismo tiempo su incompetencia y su compasión. En cuanto a los ex prisioneros, hicieron simplemente lo que suelen hacer las víctimas del hambre: reaccionaron con muy poco autocontrol y comieron cuando tuvieron la ocasión hasta caer enfermos.[22] Los cigarrillos que les dieron no se los fumaban, se los tragaban. Con todo, se hicieron esfuerzos para reducir el contenido en grasas de las sopas, pero no se había estudiado cuál era el tratamiento adecuado y, por tanto, rara vez se aplicó: los hombres y las mujeres desnutridos tenían que ingerir comidas ligeras en dosis muy pequeñas, pero con mucha frecuencia.

Fue el Tercer Ejército de Patton el que liberó el primero (Buchenwald) y el último (Mauthausen) de los campos de las SS, y por ello ha merecido honores desde entonces, pero Patton, después de visitar Ohrdruf, optó por no desplazarse a Mauthausen. Otros oficiales sí lo hicieron, en el momento en que más contaba: los días inmediatamente posteriores a su liberación. Entre ellos, como hemos visto, estuvo el cirujano militar doctor David B. Dolese, que llegó con el capitán Eugene Johnson. Los estadounidenses que buscaban información de los supervivientes eligieron, naturalmente, a los que hablaban inglés. Uno de ellos era el preso político alemán Peter Passet, que había estado en Mauthausen y Gusen desde 1939. Este les dijo que, de su grupo en concreto de ochenta prisioneros alemanes, polacos y españoles enviados a Gusen, casi la mitad murieron en el plazo de un mes y solo diez sobrevivieron a la guerra.[23] La descripción de Passet de la cámara de gas en funcionamiento se incluyó en el informe de la 11.ª División Acorazada de Estados Unidos: un testigo que había tenido acceso por un momento a la mirilla de la cámara de gas vio a las víctimas

morir en una agonía atroz, «tirándose del pelo y arañándose el cuerpo con sufrimiento y pánico».[24] Dolese y Johnson visitaron también la prisión del Bunker, donde en una celda dos antiguos guardias (a los que describieron como SS) estaban sentados con desánimo en un banco. Sus caras hinchadas estaban cubiertas de hematomas. Alguien dijo a los oficiales estadounidenses (presumiblemente, Ramón Bargueño, que había tomado el mando de la prisión) que habían sido capturados y golpeados por los ex prisioneros, pero luego fueron rescatados por los estadounidenses y encerrados en la celda. Dos días después, el doctor Dolese llegó a la cárcel y vio a uno de los dos antiguos guardias colgando del muro. Su miedo a volver a caer en manos de los ex prisioneros era tal que había preferido ahorcarse. El doctor Dolese oyó hablar también a las tropas estadounidenses de otros antiguos guardias que no escaparon en el momento de la liberación del campo. Uno de ellos, dijo Dolese, fue muerto a golpes y los otros tres torturados, y pasó a describir las torturas.[25] Suponiendo que estos informes sean ciertos, lo más probable es que no se tratara de guardias de las SS sino de desdichados miembros de la brigada de bomberos de Viena que no habían podido irse con los demás como prisioneros de los estadounidenses.

La 11.ª División Acorazada de Estados Unidos estuvo entre las últimas unidades aliadas que siguieron en combate, ya que fue entonces destacada al valle de Hinterstode en busca de *Werwölfe* nazis. Dado que sus informes de las semanas siguientes incluían partidos de béisbol entre la tropa y cosas similares, y hablaban incluso de monotonía, la caza de los fugitivos nazis se presentó como un deporte y el comandante Hill Blalock, segundo al mando del 55.º Batallón de Infantería Acorazada, habló de ello como «probablemente la tarea más estimulante de la División durante su permanencia en Austria». Como el terreno, abrupto y accidentado, no era apto para los vehículos blindados, se organizaron pelotones de caballería que usaban las monturas que consiguieron en las proximidades. Los pelotones peinaban las montañas durante incursiones de tres días, pero existen muy pocos informes de fanáticos nazis capturados.

Se atrapó a muy pocos SS durante esa caza del hombre, pero para alegría de los que permanecían en el campo entre ellos estuvo

el Standartenführer Franz Ziereis. Siguiendo el consejo de seis ex prisioneros, la tarde del 23 de mayo partió un destacamento para Spital am Pyhrn, en las montañas al norte de Liezen. Bajo el mando del suboficial Walter S. Kobus, en la patrulla había tres GI y dos ex prisioneros, un español (Francesc Boix) y un checo (Bohumil Bardon). Estaban cruzando un campo abierto en la región montañosa de Warscheneck, al este de Spital, cuando divisaron a un hombre que intentó ocultarse al advertirlos. El hombre fue detenido como sospechoso. Aunque iba vestido de civil y llevaba barba, fue reconocido de inmediato por los ex prisioneros. Los estadounidenses lo llevaron a Mauthausen, donde Maršálek, Boix y el médico polaco Anton Goscinski asistieron a su interrogatorio, con Dobiáš como intérprete entre alemán e inglés. Ziereis se defendía y balbuceaba que no era culpa suya, que simplemente cumplía órdenes. Había una carta que había escrito en Gusen el 24 de mayo dirigida a su mujer Ida pero sin duda pensada para que la leyeran sus captores, que la interceptaron como era debido: «Mi querida esposa, sabes que queríamos morir juntos para garantizar el futuro de nuestros hijos. En el momento de mi detención me puse nervioso y abandoné mi arma al pie de un árbol… Te ruego que vengas y les cuentes a estos caballeros lo mezquinos que eran nuestros gobernantes de Berlín, el Führer incluido. Diles sobre todo hasta dónde estaba Pohl dispuesto a llegar. Tu esposo que te quiere, Franz».[26] Tal vez sorprenda la reacción de Ida a esta cariñosa carta. «Quise divorciarme en 1942 —les dijo más tarde a los estadounidenses—. Mi marido tenía sus líos de faldas y yo tenía que quedarme en casa.» Después de esta nota de pesar, añadía: «También bebía mucho».[27] Lo cierto es que la confesión de Ziereis es tan incoherente que resulta un misterio por qué la hizo. «Pegué personalmente a muchos prisioneros solamente por placer —afirmaba—.[28] Hubo unas 65.000 muertes anormales. Cinco veces más que las que llamábamos normales.» Respondiendo a una pregunta sobre la malversación en Redl-Zipf, declaró: «No cogí nada de ese dinero porque no estaba autorizado a inspeccionar el lugar». Y por último: «Si ese sinvergüenza de Himmler se me mete en medio, le pegaré un tiro».[29]

Los ex prisioneros empezaron a sospechar que toda esa táctica podría llegar a impresionar a los norteamericanos, que tal vez le

mantuvieran detenido durante mucho tiempo sacándole información para, al final, liberarle. Así, dieron deliberadamente a Ziereis una oportunidad para escapar y él intentó aprovecharla. Los estadounidenses abrieron fuego, pero solo como advertencia. Pero los españoles y los checos le dispararon y le abatieron, alcanzándole en el brazo izquierdo y atravesándole la espalda de un balazo. Fue llevado a toda prisa al hospital militar estadounidense de Gusen, pero no había remedio: la bala le había perforado los intestinos. El teniente coronel Seibel estaba delante cuando el hijo mayor de Ziereis, Siegfried, al que se dejó que estuviera presente, escupió a su padre moribundo, ya fuera por crueldad o por asco ante su cobardía. Al día siguiente, Ziereis había muerto, pero no sin antes dejar una declaración final firmada en la que admitía que Himmler le había dado órdenes, a través de Kaltenbrunner, de tapiar tres de las cuatro salidas en uno de los túneles de Gusen y exterminar allí a las poblaciones de Gusen I y II. Ziereis no hizo referencia a otros campos, y proclamó que se había negado a cumplir la orden de Himmler. Su muerte fue tranquila en comparación con las que había causado y privó a la justicia del proceso que se le debía, pero los hechos de la posguerra indican que hubiera sido posible que Ziereis conservara o ganara la libertad si se hubiera escapado y permanecido oculto el tiempo necesario.

4

Ebensee: la última liberación

Si Mauthausen fue el último campo de las SS en ser liberado, precisamente porque era el que estaba más lejos del avance de los ejércitos aliados, Ebensee se convirtió en el último de sus Nebenlager, exactamente por la misma razón. Si todos los demás campos del archipiélago de las SS tuvieron algún lugar al que evacuar a los prisioneros, Ebensee carecía de esta oportunidad y a él siguieron llegando expediciones de prisioneros de otros campos, incluso en mayo de 1945: cuatro el 3 de mayo y dos, ambas de Neuengamme y con un total de 420 prisioneros, el 4 de mayo. De este modo, el número de presos recluidos ese día en Ebensee se elevó a 16.468, un tercio de los cuales agonizaba en el Sanitätslager.

De todas las liberaciones, la de Ebensee fue la más dramática, y no porque fuera la última. Confluían todos los factores. Un Lagerführer, Ganz, que figuraba entre los más brutales. Dos Lagerälteste alemanes que eran asesinos despiadados. Una Lagerpolizei, reforzada en esos últimos días y constituida por verdes siempre con ganas de usar las porras. Una mortalidad en abril de 1945 que llegó a 4.547 personas, la tercera parte de la población del campo, en un solo mes. Para terminar, un movimiento de resistencia mal armado pero bien organizado, que había encontrado apoyos de inmenso valor, como hemos visto, entre el personal de la Wehrmacht.

El prisionero checo Drahomir Barta anotó en su diario secreto el 4 de mayo de 1945 que a última hora de la tarde el grupo polaco transmitió al comité de prisioneros los detalles del plan para volar el túnel. En la noche del 4 al 5 de mayo, entre las dos y las tres de

la madrugada, Ganz apareció repentinamente en la Schreibstube. Ninguno de los presos que trabajaba allí le había visto jamás en ese estado. Estaba pálido y temblaba, y el tono de su voz les era totalmente desconocido. Con amabilidad, les dijo que había que defender Ebensee hasta el último hombre y que, como serían atacados por la artillería, era mejor que los prisioneros buscaran refugio; de esta forma, serían trasladados a la mañana siguiente, después de la Appell, a los túneles. Mirándolo en retrospectiva, los escribientes llegaron a la conclusión de que Ganz estaba ensayando el discurso que pronunciaría por la mañana.

En cuanto Ganz salió de la oficina, la organización secreta hizo consultas y concluyó que los prisioneros tenían que negarse, fueran cuales fuesen las consecuencias. El día fatídico amaneció. Miles de personas presenciaron los hechos que siguieron, pero una vez más, la disparidad en las versiones publicadas es tal que podría pensarse que se refieren a liberaciones diferentes. El diario de Barta, y no los relatos más socorridos, es el que nos merece más crédito.

Los prisioneros se reunieron a las ocho de la mañana fuera de los barracones para dirigirse a la Appellplatz, pero por primera vez sus odiados Blockältesten no iban delante, sino que se quedaron en los barracones. Los condujeron miembros del comité internacional, que los agruparon por nacionalidades. En la Appellplatz, el 5 de mayo iba a producirse la última Appell. Diez mil prisioneros pasaban revista y otros 6.000 se consumían en el Revier, pero esa mañana, por vez primera, hubo revista sin pasar lista. Llegó Ganz, pavoneándose como de costumbre, rodeado por veinte SS con fusiles ametralladores, para encontrarse con los kapos en la Appellplatz. Era raro que un Lagerleiter asistiera a la revista y para Ganz aquella era la primera vez. Era un día especial. Sin duda, estaba eufórico ante la perspectiva de conseguir lo que no había logrado ningún otro Lagerführer o Lagerleiter: aniquilar a toda la población de prisioneros, sin dejar ningún rastro. Mientras los SS formaban en semicírculo a su alrededor, Ganz se dirigió a los reclusos: «*Meine Herren*», empezó. Los prisioneros reaccionaron con estupefacción. Nunca, desde que vieron al primer SS de su vida, habían oído que los llamaran otra cosa que «*Stücke*». Ganz repitió a la masa de prisioneros lo que les había dicho a los escribientes durante la noche: «Tenemos que luchar contra los norteamericanos.

Necesitamos libertad de maniobra. Por tanto, esperaréis en el túnel 5, como en las alertas aéreas». Había habido muchas alertas aéreas en Ebensee, hasta siete a veces el mismo día, y la población de prisioneros se había refugiado habitualmente en los túneles, aunque en general en el túnel 6. Sin embargo, el túnel 5 era el mayor: diseñado para la producción de combustible sintético, tenía unas dimensiones tales que dentro cabía toda la población de Ebensee.

Ganz hizo un gesto a Macanovic para que tradujera a los cinco idiomas de rigor. «*Los, schnell*», gritó al grupo tras la última traducción. Algunos presos se movieron, pero de las filas llegaron otras instrucciones: «Quedaos donde estáis». Los prisioneros regresaron a la formación. Ganz repitió la orden y recibió respuesta en una babel de lenguas: «¡No! ¡No! ¡No!». Nunca en la historia del archipiélago de las SS se había oído antes el sonido del no. Ganz se quedó petrificado, sin expresión, amarillento, perplejo, y no supo qué decir. Debía saber que habían desaparecido armas de la armería. Se giró para cambiar unas palabras con sus subordinados, con sus ojos pequeños y porcinos calibrando sin duda la distancia entre el lugar en el que se encontraban y la salida del campo. Sobre el terreno se abatió un silencio súbito e irreal, roto únicamente por el ruido de los guardias que rodeaban a Ganz mientras amartillaban sus fusiles, con otros centenares vigilando desde las torres o esperando fuera del perímetro de la alambrada. En cuestión de segundos, Ganz vio su gran logro convertirse en la peor de las humillaciones que podía imaginar. Se paseó arriba y abajo entre las filas, con los guardias SS apuntando sus armas contra los prisioneros. «¿Iréis o no iréis al refugio?», gritó. Aquello suponía una amenaza, pero también una pregunta, y era la primera vez que los prisioneros oían a un SS dar una orden de ese modo. La respuesta fue, nuevamente, no. Ganz empezó a dirigirse a la salida, luego se volvió e hizo un último intento: «Es solo para vuestra seguridad —vociferó—, no es preciso que vayáis si no queréis». Tampoco entonces hubo reacción. «Volved entonces a los barracones», gritó. La única orden que habían oído en aquella plaza después de la revista de la mañana era «*Arbeitskommando formieren!*». Hoy se les ordenaba no que fueran al trabajo, sino a los barracones, una orden que de inmediato se percibió como un gesto vacío, como si Ganz quisiera saber si todavía era el dueño del

campo. Entonces, Ganz se encaminó a la Schreibstube y ordenó que se reunieran en sacos todos los documentos y se llevaran al crematorio para quemarlos. Aquel momento fue vital. La Schreibstube y el crematorio estaban en extremos opuestos del campo, pero los SS no cometerían errores al cumplir la orden. La única posibilidad de salvar algún documento era actuar antes de meterlos en los sacos. Barta y el francés Serge de Moussec esperaron el momento propicio. El francés deslizó el *Totesmeldung* al checo, quien lo ocultó bajo su camiseta, junto con uno o dos documentos más. Los escondieron entonces en un extintor vacío, y algunos enterrados bajo los tablones del suelo. Entretanto, los documentos que Barta había copiado y entregado a Alois Drabek para ocultarlos en el extintor del barracón 18 también se salvaron. Por la tarde, los 600 guardias SS, encabezados por Ganz, partieron de Ebensee hacia el sur camino de Bad Ischl. Entre los supervivientes se extendió la convicción de que Ganz había muerto en las montañas a manos de sus propios SS. Sin embargo, lo cierto es que logró escapar y pasaron veinte años antes de que fuera descubierto.

La partida de los SS dejó Ebensee bajo la responsabilidad de los guardias de reemplazo del personal de la Wehrmacht y la Volkssturm. Los prisioneros seguían rodeados por vallas electrificadas y por centinelas con sus ametralladoras desde las torres de vigilancia, pero los kapos estaban dentro, a merced de sus compañeros, y nada podría contener la marea de odio que se había liberado, que se expresó en linchamientos ante los ojos de los nuevos guardias, carentes de toda intención de entrar en el campo a restaurar el orden. De los 400 kapos y Blockältesten, no menos de cincuenta y dos, según la estimación del testigo presencial Jean Laffitte, cayeron víctimas de la furia de los presos. Lorenz Dähler, el Lagerältester 2, murió de un disparo. Karl Maierhofer (el Kapellmeister), convertido ahora en Oberkapo del Revier de Ebensee, intentó huir con su saco de oro, pero una bala le alcanzó entre los hombros. Al kapo conocido como el Gitano le arrancaron los ojos y le rompieron las piernas; implorando ayuda, nadie le escuchó, hasta que un joven ruso levantó una piedra de 20 kilos, la puso encima de la cabeza del kapo y la dejó caer; le aplastó el cráneo como una nuez. El kapo Paul Friedl murió a palos. Otros fueron arrojados al estanque y apedreados hasta que se ahogaron.[1]

En cuanto a Otto, el kapo alemán del Revier, despertaba tal odio que los españoles que le mataron no pudieron recordar después cómo lo hicieron. Algunos dicen que le atraparon en el Revier y le cortaron en pedazos. Otros sostienen que primero le pegaron y luego le tiraron al incinerador todavía con vida. Otros más, que le dieron una dosis de la misma droga que había inyectado a centenares de sus víctimas en el Revier. «No se podía reprochar a los prisioneros estos actos de bestialidad —observaba el superviviente doctor Wetterwald—. Los SS los habían reducido al grado de animales, y ahora esos animales devoraban todo lo que se les pusiera por delante.»

Los prisioneros de Ebensee pasaron así la noche del 5 al 6 de mayo como los de Mauthausen, con un sentimiento de libertad mezclado con el miedo. ¿Volverían los SS? Para los de Ebensee, la situación era todavía peor. Estaban libres en sus barracones, pero rodeados por la alambrada de espino electrificada y por guardias con ametralladoras en las torres. Durante toda la noche el comité internacional estuvo reunido para debatir la situación. Si eran libres, si era poco probable que los SS volvieran (según concluyeron), aún restaban importantes problemas. El agua y la comida se agotaban, y temieron tropezarse frente a frente con cuatro jinetes apocalípticos: hambre, agotamiento, epidemias y caos.

La liberación de Ebensee fue similar a la de Mauthausen en el sentido en que llegó por oleadas, pero diferente porque no produjo controversias después. El batallón que lo liberó fue el Escuadrón de Reconocimiento del 3.º de Caballería, bajo las órdenes del teniente coronel Marshall Wallach, cuyos cuarteles generales, en la mañana del 6 de mayo, estaban en Steyr. Tres de sus compañías (A, B y F) enviaron pelotones esa mañana en busca del campo. El primero en llegar, a las 10.45, fue el 1.er Pelotón de la Compañía B, comandado por el teniente Ross R. Courtwright. Lo dejó casi de inmediato y tal vez ni siquiera cruzó las puertas. El segundo pelotón que llegó, a las 13.00, correspondía a la Compañía A bajo las órdenes del capitán Hawk, pero avanzó poco más allá del pueblo. Fue al tercero de estos pelotones, perteneciente a la Compañía F y comandado por el capitán Timothy C. Brennan, al que debe atribuirse la liberación de Ebensee. Los guardias estaban todavía en las torres cuando,

exactamente a las 14.45, se avistaron dos camiones estadounidenses en la carretera de la colina del final del valle. Mientras los últimos guardias abandonaban las torres y corrían hacia las colinas, arrancándose sus insignias de las SS, se levantó un clamor: «¡Vienen los norteamericanos! ¡Somos libres!». Los centinelas de la Wehrmacht se mantuvieron en sus puestos. Un prisionero ruso llamó a uno de ellos y le señaló la carretera de la colina, por la que avanzaban los estadounidenses, haciendo el gesto de que se pusiera el fusil bajo la barbilla. «¡Pum, pum! ¡Despídete!», le gritó al guardia. El centinela, un soldado ya mayor, primero se alarmó y luego, con un gesto de fatiga, expresó su resignación. Los prisioneros rieron al verlo. Luego siguieron voces frenéticas: «¡Están aquí! ¡Ya llegan!». Y «¡Disparad, no os preocupéis por nosotros!». Huyó hasta el último de los guardias, excepto algunos que habían arriesgado sus vidas para ayudar a los prisioneros. El Hauptmann Payrleitner, que quería entregar Ebensee a los estadounidenses en orden, salió a encontrarse con ellos en la carretera. Exactamente a las 14.50, los dos camiones semioruga estadounidenses, comandados por los sargentos Robert Persinger y Richard Pomante, derribaron las puertas. Los prisioneros reunidos por nacionalidades recibieron a los norteamericanos, cada uno cantando, como en Mauthausen, en su propia lengua. En la Appellplatz, los estadounidenses y los prisioneros se abrazaron, hombres felices tanto los liberadores como los libertados. Pero la mayoría de los prisioneros de Ebensee, como mostraron las fotografías de la liberación, habían sobrepasado el punto que hacía inservible la libertad y ni siquiera comprendían que eran libres. Para unos 700 del Revier de nada sirvió la ayuda y murieron en los días siguientes. Los demás podían estar agradecidos: el túnel 5 había sido pensado, efectivamente, como su tumba. Un español conocido solo por el nombre de Antonio, al registrar la zona, encontró una locomotora en la entrada del túnel cargada con 5 toneladas de dinamita lista para ser detonada; la carga se consideraba diez veces superior a la necesaria para sellar el túnel.

«Ningún hombre del 3.º de Caballería olvidará ese campo», rezaba el informe del coronel Polk, comandante de la brigada. En la zona se diseminaban no menos de 1.200 cadáveres, en su mayoría amontonados cerca del crematorio. Un informe posterior del

ejército estadounidense se refería al campo como un estadio de hedor y suciedad en el que el canibalismo era algo natural. De nuevo se cometió el error de dar a los supervivientes comida grasa, con los mismos efectos catastróficos. Cincuenta años después, el capitán Brennan comentaba lo siguiente sobre la situación: «Mis hombres les ofrecieron sus raciones, lo que fue un error. Los desgraciados las comieron enseguida y algunos murieron». De hecho, casi 300 siguieron pereciendo diariamente. Pero Brennan añade con ingenuidad: «Por esta razón dimos la orden de no darles a los prisioneros más que una sopa sustanciosa».[2] Una vez identificada esa «sopa sustanciosa» como el origen del problema, los estadounidenses intentaron resolver rápidamente la situación.

El caos llegó a su apogeo en la estela de la liberación. Al menos durante un día, nada funcionó. El agua y la electricidad estaban cortadas. Masas de prisioneros asaltaron las cocinas y la unidad de la panadería. El frenesí por comer fue tal que lo que no se podía ingerir era insensatamente destruido. El comité internacional se vio impotente para detenerlo. Al mismo tiempo, en cuanto los estadounidenses entraron en el campo, cientos de presos salieron por la puerta para saquear los cuarteles de los SS, haciéndose con todas las armas que encontraron. En esta situación se reavivaron las viejas animosidades nacionales. Como en Mauthausen y en Gusen, rusos y polacos tuvieron que ser separados. La enemistad mutua que había permanecido tácita durante el cautiverio surgió renovada con la liberación y en cuanto se hicieron con armas empezaron a dispararse entre ellos, con algunas muertes constatadas. Donde estuvieron de acuerdo fue en el trato dado a los austríacos de la zona. Después de la liberación de Ebensee, informó el teniente coronel francés Robert Monin, «rusos y polacos se dieron al asesinato, la violación y el pillaje en tal medida que las fuerzas estadounidenses empezaron a armar a los civiles austríacos y a organizarlos en milicias para su autodefensa. Los rusos y los polacos fueron rodeados e internados en un nuevo campo, donde permanecieron hasta que llegaron las unidades soviéticas para hacerse cargo de ellos». Esta nueva situación puso a las fuerzas estadounidenses de la zona ante un cruel dilema. Por una parte, tenían que restaurar el orden y evitar atrocidades, y por otra, estaban resueltos a ordenar a los habitantes de Ebensee que

marcharan hasta el campo de concentración, vieran la realidad y enterraran a los muertos. Esos lugareños no se sintieron necesariamente conmovidos por dicha realidad. El capitán Brennan observaba que el comportamiento de los habitantes del pueblo de Ebensee cuando llegaron los norteamericanos fue muy distinto al que se acostumbraba a ver en otras partes de Austria: «Estaban un tanto histéricos». El coronel Monin contó una escena junto al lago de Ebensee, donde un grupo de ex prisioneros franceses se acercó a algunos hombres de la zona, dirigiéndose a ellos con educación y fueron tratados, todavía entonces, con arrogancia y desprecio.

Josef Poltrum, que como el Hauptmann Payrleitner se había quedado en el campo, corrió un serio peligro: él y todo el que vistiera uniforme alemán (en especial, el uniforme de las SS, que Poltrum tenía que llevar) podrían ser agredidos por los ex prisioneros, que no harían distinciones entre amigos y enemigos.[3] Los estadounidenses acordaron rápidamente la formación de un autogobierno de ex prisioneros. Al principio, el francés Auguste Havez fue elegido jefe del campo, pero cuatro días después le relevó Jean Laffitte.[4] Mientras tanto, los civiles austríacos recibieron la orden de inhumar a los muertos y cincuenta mujeres fueron obligadas a limpiar los barracones y luego a unirse al personal que atendía a los enfermos del Revier.

Un primer contingente de supervivientes de Ebensee dejó el campo el 16 de mayo, camino de Francia, y estaba formada por 1.522 franceses, 245 españoles y otros 38 de distintas nacionalidades. El judío holandés Max R. García se quedó con los estadounidenses, de los que había sido intérprete desde que llegaron. Iba con ellos cuando entró en la localidad de Ebensee y se encontró con la gente. «¿Cómo habéis permitido un lugar tan inhumano justo delante de vuestras narices?», preguntaron los norteamericanos a los austríacos. Estos contestaron: «No teníamos ni idea de lo que estaba pasando allí. No nos lo dijeron. No vimos nada. ¿Cómo íbamos a saberlo?». García replicó furiosamente en alemán: «*Das ist alles Scheisse*. ¿No pasábamos a millares por vuestras calles camino del campo? ¿A cuántos nos mostrasteis simpatía o intentasteis ayudarnos? ¿No trabajábamos seis días a la semana en la fábrica de allí arriba, codo con codo con vosotros? ¿Cuántos compartisteis vuestra comida con nosotros? ¿No oísteis los

ruidos ni olisteis el hedor que bajaba cada día desde el campo? ¿Qué pensabais que estaba pasando allí?». Un informe de otra división del ejército de Patton declara de modo terminante: «Otra vez la vieja retahíla de después de la Primera Guerra Mundial: "*Wir sind belogen und betrogen worden*" (nos han mentido y nos han traicionado)».[5]

5

Castigo e impunidad para los criminales de las SS

La caza se convirtió en la búsqueda. Fueron pocos los SS, como Ziereis, atrapados en las redadas instigadas por los comandantes locales del Tercer Ejército de Patton. Los SS habían estudiado largamente las maneras de escapar de la red aliada y de obtener nuevas identidades y domicilios, con la ayuda de redes de fuga, de las que ODESSA y Grüne Haus fueron las más importantes. Lo que más sorprende es que ni Himmler ni Kaltenbrunner, jefe y segundo de las SS, hicieran uso de ellas.

Himmler demostró estar tan desprovisto de valor como de inteligencia. Después de la muerte de Hitler y de la instauración del gobierno de Dönitz, ofreció a este sus servicios, que fueron rechazados. Entonces pensó en Suecia como país adecuado para ocultarse, pero el 10 de mayo de 1945, en Flensburg, decidió encaminarse al frente de una docena de sus seguidores de más confianza a los Alpes bávaros. Allí, pensaba, bastaría con que esperara unos tres meses antes de que los aliados reclamaran sus servicios en una nueva guerra contra los bolcheviques. El Reichsführer-SS asumió entonces el nombre y el uniforme de Heinrich Hitzinger, un sargento de la Geheime Polizei; en su nueva personalidad se afeitó el bigote y se tapó el ojo izquierdo con un parche negro. La nueva identidad no le sirvió de demasiada ayuda. Los aliados consideraron a la Feldpoizei una organización criminal y el 22 de mayo, en Maistädt, entre Hamburgo y Bremerhaven, los doce hombres fueron apresados y detenidos. Al día siguiente llegaron al Centro Británico de Interrogatorios 031, cerca de Lüneburg, donde Himmler reconoció quién era. En sus esfuerzos por

evitar que se suicidara, sus captores británicos le estaban examinando la boca cuando él, de pronto, mordió una cápsula de cianuro potásico que guardaba en una cavidad de la dentadura, y pese a los frenéticos intentos por salvarle la vida, a los quince minutos había muerto,[1] dejando viuda y tres hijos. Su viuda, que era su segunda mujer, fue detenida y actuó como testigo de cargo en el Tribunal de Nuremberg.

Su segundo, Kaltenbrunner, director de la RSHA, al parecer tampoco había preparado la fuga, por lo que pudo ser enviado a juicio y ejecutado en Nuremberg. Después de su detención en las desoladas montañas de Totes Gebirge, fue interrogado en los cuarteles generales del Tercer Ejército. Allí, Kaltenbrunner sostuvo que, con la aquiescencia de Hitler, había empezado en 1945 a «contrarrestar la perniciosa influencia de Ribbentrop y a buscar una salida política». En su esperanza de autoexculparse, escribió una carta a su mujer, Lisl, que claramente estaba pensada (como la de Ziereis) para los ojos de los censores aliados: «Mi destino está en manos de Dios. Me siento dichoso de no haberme separado nunca de Él. […] No creo ser responsable de los errores de nuestros líderes, ya que en el escaso tiempo de mi actividad me esforcé intensamente por mantener una actitud razonable, tanto interna como externa. […] Tendrían que haber prestado más atención a lo que les dije. […] No tenemos ninguna propiedad digna de mención. Tal vez lo único que te queda es mi pequeña colección de sellos. […] ¿No era acaso mi deber abrir la puerta al socialismo y a la libertad que hemos imaginado y deseado? […] No renuncio a la esperanza de que la verdad salga a la luz y de que el veredicto sea justo». El jefe de la RSHA se había reconvertido en un católico caballero austríaco.

Después de pasar por las prisiones de Nordhausen y Bad Mondorf, Kaltenbrunner fue enviado en julio al Centro Británico de Interrogatorios 020, en las afueras de Londres. Según un oficial estadounidense del servicio secreto que trabajó en el caso, los británicos le aplicaron el tercer grado. Kaltenbrunner respondió más desafiante que nunca, negando que hubiera tenido ningún puesto de responsabilidad en el sistema nazi, que jamás hubiera estado cerca de un campo de concentración o que tuviera relación alguna con los crímenes nazis. Como resultado, Kaltenbrunner se convirtió en el

único de los 21 principales acusados en Nuremberg en ser transportado con las esposas puestas. Tras llegar a Nuremberg sufrió una hemorragia cerebral y necesitó tres semanas para recuperarse. Antes de comparecer por primera vez ante el tribunal, Kaltenbrunner fue entrevistado por Peter Calvocoressi, quien describe así la experiencia: «Nuestra entrevista no tuvo lugar en la celda, sino en una sala puesta a mi disposición. Kaltenbrunner era muy feo, repulsivo incluso, con cicatrices en la cara. Habló, pero no discutió. Su tono de voz era plano; su discurso, banal».[2] El fiscal británico, comandante Airey Neave, también le visitó y dejó al gigante sollozando: «¡Quiero a mi familia!».

En cuanto a los supervivientes del KZ, Nuremberg supuso su cita con el destino. Muchos fueron los testigos que dieron fe de la ignominia de los SS en los campos de concentración, pese a la ironía de que, entre los veinte que se sentaban en los dos bancos de acusados, solo uno, Kaltenbrunner, perteneciera a las SS. El problema puede imputarse directamente a los dirigentes aliados, que sabían muy poco del carácter de la Alemania nazi. Ninguno habló con más elocuencia que Marie-Claude Vaillant-Couturier, cuando se refirió a la recepción que se dispensaba a todos los prisioneros, en su caso en Auschwitz.[3] Otros supervivientes de Mauthausen dieron testimonio de hechos concretos. El francés Maurice Lampe aportó pruebas del destino de los 47 agentes especiales holandeses, británicos y estadounidenses asesinados en Mauthausen en septiembre de 1944. El teniente coronel Jacques de Dionne, junto con otros que presenciaron la atrocidad del 17 al 18 de febrero en la que Dionne sobrevivió por los pelos, también aportó datos de aquella escena. Otro testigo dijo al tribunal que como el KL-Mauthausen estaba en una colina, todos los habitantes podían ver el humo del crematorio. La comparecencia más dramática fue, sin embargo, la del ayudante de fotografía Francesc Boix, y nadie se mostró más orgulloso de participar que él. La red comunista española había dado, tras la liberación, prioridad máxima a la recuperación de las fotografías de la casa de Anna Pointner, donde estaban escondidas. Consiguientemente, Boix y dos de los jóvenes españoles del grupo de Poschacher, Jesús Grau y Manuel San Martín, se presentaron en la casa de Anna y esta les entregó el paquete que estaba escondido en el muro del jardín. Este

secreto se había mantenido tan oculto como las propias fotografías. Ninguno de los otros jóvenes de Poschacher supo nada de las fotografías hasta mucho más tarde y pasó un año antes de que Anna Pointner le contara la historia a su marido y a sus tres hijas. Antonio García, por supuesto, permaneció totalmente en la oscuridad y empezaron entonces las maquinaciones políticas para emborronar la verdad sobre cómo se salvaron las fotografías.[4]

No es sorprendente que los líderes comunistas españoles se aseguraran de que fuera Boix, y no Antonio García, quien respondiera a la invitación del Tribunal de Nuremberg para acudir y presentar las pruebas, en particular las fotografías. Boix declaró el 28 y el 29 de enero de 1946, la misma semana en que Kaltenbrunner hizo su primera comparecencia. Cuando el dirigente de las SS tendió la mano a los demás acusados, se observó una notoria resistencia de estos a estrechársela; ni siquiera su abogado alemán Kurt Kaufmann la aceptó. Después de declararse inocente de los tres cargos que se presentaban contra él, Kaltenbrunner volvió al hospital en ambulancia. El documento filmado por los soviéticos de los juicios de Nuremberg le muestra parpadeando de forma incontrolable, sobre todo con el ojo derecho, y en una escena posterior con la mandíbula que no deja de temblarle.

El Tribunal de Nuremberg estableció un sistema de juicios basado en cuatro acusaciones, de las que las más importante era la de crímenes contra la humanidad. A la hora de definirlas, el Tribunal escribió: «Cualquier persona, sin considerar su nacionalidad o la capacidad con la que actuó, será condenada por crímenes contra la humanidad si fue el instrumento principal o accesorio para la comisión de cualquier crimen de tal naturaleza o bien lo ordenó o lo instigó o tomó parte consentida en él o estuvo al corriente de planes o empresas tendentes a su comisión…». Los que habían servido en las SS se adscribían a una categoría especial. No solo se les negó la presunción de inocencia, sino que se les cargó con la presunción de culpabilidad por dos razones: las SS eran reconocidas como una organización criminal y se daba por supuesto que nadie había sido forzado a ingresar en ellas. La idea de que todos los SS fueron voluntarios no respondía a la realidad, y como a algunos se los obligó a servir en esta organización, muchos de los que sí eran voluntarios y que fueron juzgados en Nuremberg

proclamaron que no habían tenido elección a la hora de enrolarse. También se ha dicho que gran parte de los cargos contra los criminales nazis en Nuremberg presentaba defectos en múltiples puntos. Los cargos contra Kaltenbrunner, el testimonio de Boix y el interrogatorio de este no fueron excepciones. Los fiscales simplemente no conocían bien su cometido, hasta el punto que llegaban a parecer inexpertos. Kaltenbrunner, en tono educado, intentó negar la autenticidad de los documentos que le implicaban e insistió (correctamente) en que nunca puso los pies en Auschwitz y tampoco en Buchenwald, sin que los fiscales le insistieran sobre Mauthausen, el campo que tan bien conocía. La fiscalía podría haber usado la declaración bajo juramento de Adolf Zutter, ayudante de Ziereis, que relató ante un interrogador estadounidense en Linz en agosto de 1945 que Kaltenbrunner, entonces jefe de policía en Viena, visitó Mauthausen varias veces, y que no dejó de hacerlo cuando sucedió a Heydrich como responsable de la RSHA. [5]

Boix fue llamado al tribunal por el acusador francés Charles Dubost, ayudante del fiscal general. La primera comparecencia de Boix el 28 de enero se produjo inmediatamente después de la de la viuda de Vaillant-Couturier, que no solo era enormemente elocuente sino también hermosa, si es que la belleza tiene aquí algún valor, con el resultado de que, como destacó un observador, «hizo tambalearse al tribunal». Dubost mismo salió del juicio envuelto en la polémica, ya que interrumpió el testimonio de Boix por motivos que nunca explicó.[6] Y lo que es peor, su versión literal de los procedimientos contiene ambigüedades y crasos errores que no aparecen en la transcripción alemana. En consecuencia, no es posible saber si esas ambigüedades y errores fueron obra del poco sincero testigo Boix o del nada meticuloso abogado Dubost. Boix declaró en francés, empezando con el juramento de «hablar sin odio y sin miedo». Empezó contando al tribunal que era un refugiado español nacido en Barcelona el 14 de agosto de 1920 e internado en Mauthausen desde el 27 de enero de 1941. No sorprende que no hiciera mención de Antonio García y que, de diversas formas, falseara su propia actuación. Ante el tribunal se mostraron numerosas fotografías, al tiempo que Dubost pedía a Boix que las identificara.[7] Al día siguiente (29 de enero de 1946), se produjo un momento dramático cuando Dubost preguntó a Boix: «Testigo,

¿reconoce entre los acusados a alguien que haya visitado el campo de Mauthausen durante su internamiento allí?». «¡Speer! —replicó Boix sin dudarlo un segundo y señalándole—. En 1943, cuando visitó Gusen y la cantera de Mauthausen, no le vi personalmente porque estaba trabajando en el servicio fotográfico y no podía salir. Pero cuando revelé el carrete fotográfico reconocí a Speer con otros líderes de las SS.» Boix fue interrogado por Ludwig Babel, abogado de Kaltenbrunner, que le preguntó, con segundas intenciones, si había servido como kapo. Boix contestó: «No, al principio era intérprete. […] Para ser kapo había que ser ario, ario puro». Nadie preguntó entonces a Boix cómo pudo reconocer en 1943 a Speer o a ningún otro de los jefes de las SS. Kaltenbrunner no estaba presente (por su enfermedad) el 29 de enero, el segundo y último día del testimonio de Boix, pero sí acudió el día antes, cuando se mostraron las primeras fotografías. Nadie preguntó a Boix por qué estaba más interesado en Speer que en Kaltenbrunner.

Boix parecía exaltado ante las circunstancias. «Hermann Schinlauer —dijo al tribunal— me necesitaba para revelar esas películas. Yo hice las ampliaciones, de cinco por siete. Se las enviaron al Obersturmführer Karl Schulz, jefe de la Politische Abteilung. Este me dijo que no contara nada de esas fotos ni mencionáramos que las habíamos revelado; si lo hacíamos, nos liquidarían en el acto. Sin temor a las consecuencias, se lo conté de inmediato a mis compañeros, de manera que si alguno de nosotros lograba salir con vida pudiera transmitírselo al mundo entero.» Por el testimonio de Boix, el tribunal no supo nunca de la presencia de Antonio García en el cuarto oscuro. Al mismo tiempo, Boix hizo una afirmación que jamás se atrevió a hacer García: cómo era que un prisionero, y no el responsable SS de la unidad, podía salir alegremente a entregar las fotografías a la Politische Abteilung y así conocer personalmente al Pájaro de la Muerte. Como observaba Odette Janvier, acaso hasta le llamara Karl. Al final, Boix nos dice que toda la comunidad española estaba al tanto, tal vez todo el campo al completo. Demasiado para unos planes secretos.

Cuando el presidente del Tribunal (lord Lawrence) invitó a los abogados aliados a interrogar al testigo, el británico (coronel H. J. Phillimore) y el estadounidense (Thomas J. Dodd) respondieron lo mismo: «No hay preguntas». El abogado soviético (general R. A.

Rudenko) solo interrogó a Boix sobre prisioneros soviéticos. En su excitación, Boix se liberó de todas las ataduras. En la fuga en masa de febrero de 1945, dijo, escaparon 700 soviéticos, pero solo 62 consiguieron pasar a Yugoslavia para unirse a los partisanos. «Después de la liberación, uno de ellos volvió a Mauthausen para ver cómo iba todo.» Ludwig Babel planteó una única pregunta. «Da usted la cifra de setecientos. ¿Estaba usted en disposición de contarlos?» La contestación evasiva y autoexculpatoria de Boix colmó la paciencia de lord Lawrence, quien le interrumpió dos veces: «No creo que el Tribunal quiera escuchar más detalles de lo que usted no vio en persona. […] Responda solo a la pregunta, y no haga un discurso».

A pesar de haber sufrido dos hemorragias cerebrales, Kaltenbrunner sobrevivió al juicio, en el que fue declarado culpable de dos de los tres cargos (de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad); lo ahorcaron, con el resto de los reos, la noche del 15 al 16 de octubre de 1946, sin que diera muestras de arrepentimiento. Tal vez Göring estaba expresando los sentimientos de Kaltenbrunner cuando, paseando con Frank durante un descanso mientras esperaban los veredictos, el Reichsmarschall le dijo: «Resígnate a tu destino. Lo que ahora importa es mantenerse firmes y morir como mártires. No te preocupes. Habrá un día, dentro de cincuenta años a partir de ahora, en que el pueblo alemán se habrá recuperado de su derrota y el día de gloria llegará». El consejo de Göring se supo porque Frank, irónicamente, fue el único criminal de Nuremberg que mostró arrepentimiento.

Los cuerpos de los once hombres condenados en Nuremberg fueron incinerados de inmediato y las cenizas se arrojaron al Contwentzbach, el río que discurría por los alrededores. La corriente las llevó al Isar, un afluente del Danubio. Así, las cenizas de Ernst Kaltenbrunner hubieron de pasar flotando por delante de los muros desiertos de Mauthausen.

El Gauleiter Eigruber no compartió el destino de Kaltenbrunner en mayo de 1945, pero los estadounidenses le seguían los pasos de cerca. Un equipo del CIC descubrió en Gmunden que Eigruber había pasado por la localidad en compañía de Kaltenbrunner y el Reichsleiter Robert Ley. El CIC sabía el lugar que ocupaba en el escalafón y había oído que estuvo en contacto con Kesselring en

Graz todavía el 6 de mayo. El 8 de mayo detuvieron a su mujer y a su hijo mayor, de quince años. Eigruber se las arregló para escapar a su escondite en las montañas al sur de Kirchdorf, pero se sentía deprimido y sin salida, y en julio se le oyó decir: «Lo mejor que puedo hacer es suicidarme». De su antiguo entorno solo quedaba un hombre: su guardaespaldas, el fanático nazi Stefan Schachermayer. El CIC trazó un plan cuidadoso. Logró introducir a uno de sus agentes como chófer de Eigruber. Entonces, una patrulla de búsqueda bajo las órdenes del comandante Jack Cameron planificó la acción, confiando en atrapar juntos a Eigruber y Martin Bormann. El agente convenció a Eigruber para que buscara refugio en Viena. El 11 de agosto de 1945, el grupo de Cameron fingió un accidente en una curva cerrada de una carretera de montaña cerca de St. Pankras. El vehículo de Eigruber se detuvo, el chófer y el guardaespaldas se bajaron. Cameron atacó de pronto. Schachermayer luchó a la desesperada, pero fue reducido. Eigruber se rindió con calma.[8] Como Kaltenbrunner, había asumido la personalidad de un católico ciudadano austríaco.

La justicia cayó sobre algunos más de los asesinos de Mauthausen en forma de dos juicios colectivos, el primero en Dachau en 1946 y el segundo en Colonia en 1966-1967. El primero tuvo lugar cuando Estados Unidos tenía jurisdicción sobre Baviera; el segundo, después de la creación de la República Federal de Alemania. En el primer caso (que fue el primer proceso contra personas de Mauthausen aparte del juicio del doctor Baumgärtner en Nuremberg en agosto de 1945), debe decirse que los tribunales estadounidenses limitaban su jurisdicción a crímenes cometidos desde el 1 de enero de 1942, insistiendo en su falta de competencia para examinar hechos anteriores a la entrada en guerra de Estados Unidos. Así, todos los crímenes cometidos en Mauthausen desde agosto de 1938 hasta 31 de diciembre de 1941 quedaron fuera del juicio. Aquello resultó particularmente mortificante para los españoles, ya que la mayoría de los muertos sucumbieron en el período comprendido entre agosto de 1940 y finales de 1941. Francesc Boix, que compareció de nuevo y aportó al tribunal las fotografías, pidió que Constante figurara como testigo. Constante dio todos los pasos necesarios para conseguirlo y tuvo para ello el apoyo de Frédéric Ricol, entonces presidente de la Association des

Déportés Français. Las autoridades estadounidenses le recibieron educadamente, pero se mostraron inflexibles: no se permitiría la entrada a ningún español en la zona de Alemania bajo su administración. Aquel fue un craso error político. Juan de Diego, al que también negaron la entrada, estaba dispuesto a pasarlo por alto, pero no así Constante y otros.

Lo cierto es que los investigadores estadounidenses necesitaban toda la ayuda que pudieran conseguir de los supervivientes, como se demostró en un informe clasificado de la Sección de Crímenes de Guerra fechado el 6 de febrero de 1946. El informe se refería al asesinato de nueve estadounidenses, tres británicos y un yugoslavo que habían formado parte del grupo de Dawes. En la lista de los investigadores de ocho SS buscados por este crimen se incluía a Franz Ziereis (escrito Zierers) y a Georg Bachmayer. El paradero de ambos rezaba como desconocido.[9] Sorprendentemente, nueve meses después de la muerte del Lagerführer y del suicidio de su jefe de seguridad, debidamente comunicados por el Tercer Ejército, la Sección de Crímenes de Guerra aún creía que los dos hombres seguían con vida.

Aunque Francesc Boix acudió al juicio de Dachau, murió antes del proceso de Colonia, mientras que Antonio García se perdió el primero (como se había perdido el de Nuremberg) pero acudió al segundo. A diferencia de los juicios de Nuremberg, donde las lenguas oficiales eran el inglés, el ruso y el francés, en Dachau el único idioma oficial era el inglés y no existen registros oficiales en alemán. Boix habló en francés y su testimonio contenía lo siguiente:

P. ¿Cuándo entró usted en el servicio de identificación?
R. Aproximadamente a finales de agosto.
P. ¿De qué año?
R. 1941.
P. ¿Había allí fotografías tomadas de los incidentes de Mauthausen?
R. Unas sesenta mil.
P. ¿Llegó usted a tener algunas de esas películas?
R. Veinte mil.
P. Mientras trabajó en la sección de identificación, ¿qué estuvo haciendo?
R. Primero, estuve en el cuarto oscuro. Yo mismo revelé todas

las películas Leica de la gente a la que fusilaron y como allí no había kapo alemán me convertí en el administrativo de la sección.

P. ¿Sabe si en el Departamento Político se interrogaba a los prisioneros?

R. Sí, en su mayoría.

P. ¿Quién de la Politische Abteilung dirigía esos interrogatorios?

R. Todos. […] Había tres jefes. El primero era el Oberscharführer Kornacz, que murió a manos de tropas norteamericanas en Holanda. El segundo era el Hauptscharführer Paul Riegen [*sic*] y el tercero y el peor de todos Hermann Schinlauer, Hauptscharführer de la LSSAH.[10]

P. Le entrego la Prueba 153a y le pido que mire el dorso y declare si lo que contiene ha sido escrito de su puño y letra.

R. Sí, yo lo escribí.

P. ¿Cuándo?

R. Ayer.

P. ¿Cuándo reveló esa fotografía?

R. Hice la copia en París antes de ser llamado a Nuremberg como testigo. Cuando el ejército alemán fue derrotado en Stalingrado, se dio una orden desde Berlín de destruir todas las películas. Mi antiguo jefe ejecutó esa orden hasta que, cuando se cansó, me ordenó que siguiera yo, y fue entonces cuando sustraje todos los negativos que pude. Lo que no tenía importancia lo quemé y lo demás me lo metí en el bolsillo, porque eran negativos Leica, muy pequeños. No podía quedarme con ellos, porque era muy peligroso, así que los guardé en diversos lugares hasta la liberación, y así estuvieron durante dos años y medio.

P. ¿Todas las imágenes anteriores a 1943 fueron quemadas, excepto las que estuvieron en su poder?

R. Así es, por desgracia.

P. ¿En qué momento de 1943 robó usted estos negativos?

R. Lo hice durante varios días. No podría decirlo exactamente, porque eran unos veinte mil.

P. ¿Y dice usted que los ocultó durante un período de dos años y medio?

R. Sí, en el mismo escritorio de mi jefe, en el cajón de abajo, porque nos registraba para ver si escondíamos una navaja o algo similar.

P. ¿Está usted seguro de que los ocultó durante dos años y medio antes de la liberación?

R. Sí, de lo contrario no estaría vivo. Sé cómo se las gastan los nazis.[11]

De los 61 miembros de las SS procesados en Dachau del 29 de marzo al 13 de mayo de 1946, todos fueron hallados culpables; 58 fueron sentenciados a la horca y tres a cadena perpetua. De los sentenciados a muerte, a nueve les conmutaron la pena por cadena perpetua y los demás fueron ahorcados en abril de 1947.[12] Una circunstancia relevante del juicio fue que ninguno de los acusados tuvo el valor, como verdadero nazi, de defender ideológicamente sus actos. Los únicos motivos expuestos tuvieron que ver con la promoción personal, el engrandecimiento y la autoprotección.[13] Tampoco demostraron los condenados, con una única excepción,[14] ningún signo de arrepentimiento antes de subir al patíbulo. Lo que sí mostraron, según sus últimas palabras registradas, fue su amor a la madre patria y su preocupación por las familias que dejaban atrás. Nada más.

De los sesenta o más Lagerleiter de la constelación de Mauthausen, solo dos (Heinrich Haeger de Gunskirchen y Julius Ludolf de Melk) estaban en el banquillo de Dachau (ambos fueron ahorcados). Las de Chmielewski, de Gusen, y Ganz, de Ebensee, eran dos ausencias muy notorias, como también las de Schulz y Streitwieser; transcurrieron muchos años antes de que estos cuatro cayeran en manos de la justicia. Streitwieser había escapado de Mauthausen el 5 de mayo en un sidecar conducido por su subordinado el SS-Scharführer Hans Bühner. Bühner fue descubierto cuando, después de pasar por el trance de borrarse el tatuaje de las SS que exhibía en su axila, fue reconocido en 1946 por un superviviente de Mauthausen que viajaba en un tren en la zona francesa de Alemania; fue detenido de inmediato por la policía militar francesa. En cuanto a Streitwieser, se dirigió a la casa de sus padres cerca de Laufen, donde en agosto de 1945 las tropas estadounidenses lo descubrieron y lo arrestaron. Fue internado en un campo de concentración en Auerbach, Baviera, donde algunos prisioneros, por razones que se desconocen, llevaban uniformes del ejército de Estados Unidos. En febrero de 1946, Streitwieser se hizo con uno de esos uniformes, le añadió la insignia de un capitán estadounidense y salió andando por la puerta principal mientras los centinelas estadounidenses le saludaban militarmente. Se reunió con su mujer, Käthe, y, con documentos falsos obtenidos con el nombre de soltera de Käthe, Klaus Werner Krug se convirtió en uno

de los propietarios de taxis con más éxito de Colonia. Solo como consecuencia de las denuncias fue al final identificado y detenido, el 6 de julio de 1956. Con breves períodos de libertad, permaneció en prisión hasta el 21 de noviembre de 1966, cuando compareció a juicio en Colonia en compañía de un viejo compañero, Karl Schulz, el Pájaro de la Muerte.

Después de acudir a la clínica de Heidelberg con el nombre de Kurt Müller, Schulz había mantenido esa identidad, principalmente como portero del hotel Nünzig de Colonia. Su mujer fue detenida por el contraespionaje estadounidense el 5 de junio de 1945, pero presumiblemente no mantuvo más contactos con su marido y fue liberada el 17 de agosto, después de lo cual se fue a vivir, junto con su hijo, a Bergisch-Gladbach. En 1946, Schulz pensó que podría beneficiarse de una amnistía y se dio a conocer. Fue un grave error de cálculo: lo detuvieron y estuvo en prisión durante veinte años, en espera de juicio.

Entretanto, en Luegde (Westfalia), el fotógrafo Paul Ricken fue arrestado en la víspera de Año Nuevo de 1946 por el servicio secreto británico. Su juicio tuvo lugar en Dachau del 16 al 23 de julio de 1947 y fue condenado a cadena perpetua. Cuando, el 29 de noviembre de 1954, se le dejó en libertad condicional era un hombre roto. Aunque culpable, como él mismo admitió, de dos graves crímenes cometidos en Aflenz, los testigos de los fiscales eran sobre todo antiguos prisioneros (Von Posern, Geiger, Bendig) que cometieron perjurio y que más tarde fueron también procesados por los crímenes que habían cometido siendo kapos. El testigo profesional, que fabricaba pruebas para ganarse el favor del tribunal, había llegado hasta el estrado de la justicia aliada.

En 1947, algunos Lagerleiter más de los campos subsidiarios de Mauthausen también comparecieron ante un tribunal. El primero fue Karl Schöpperle, de Linz II y III, que, cuando fue capturado por los estadounidenses en 1945, intentó comprar su libertad.[15] Procesado en Colonia en junio de 1947, fue condenado y murió en la horca. Otto Heess, Lagerleiter de Steyr, y Alois Obermeier, ayudante de Seidler en Gusen I, fueron detenidos en los primeros días después de la liberación. Heess, en su juicio en Dachau en julio, lo intentó todo: «Cumplí con mi deber dando cuidados paternales y dispensando justicia», le dijo al tribunal, y un antiguo prisionero

(sin duda un kapo) apoyó su declaración: «Con usted nos sentíamos como en el cielo».[16] Pero de poco le sirvió: fue condenado a cadena perpetua. Obermeier, detenido por los estadounidenses el 9 de mayo de 1945, dijo al tribunal en Dachau en julio que a la hora de su detención fue golpeado hasta perder el sentido, por ex prisioneros soviéticos y dejado por muerto en la cuneta por los estadounidenses.[17] El tribunal le sentenció a diez años. Fritz Miroff, Lagerleiter de Peggau, convenció al Unterscharführer Ewald Wlotska para que aportara al tribunal la grandilocuente declaración de que él mismo, Wlotska, se prestó voluntario el 4 de mayo de 1945 para quedarse en Mauthausen y entregar el campo a los estadounidenses. Wlotska declaró asimismo que Miroff había recibido maltrato de sus captores norteamericanos entre los aplausos de las muchachas de la Cruz Roja estadounidense.[18] El tribunal le premió con la muerte. Entre agosto y octubre de ese año de 1947, otros nueve destacados SS fueron juzgados y condenados. Hermann Pister e Ilse Koch, los dos de Buchenwald, fueron condenados a muerte y a cadena perpetua, respectivamente; la última sentencia fue conmutada por cuatro años. El doctor Helmut Vetter y Max Pausch (los dos de Gusen), junto con Franz Kofler y Wilhelm Friedrich Müller, fueron condenados a muerte. A Johann Haider se le condenó a cadena perpetua. Otto Kleingunther, que hasta entonces había evitado ser llevado a juicio por falta de testigos en su contra, recibió la pena capital, más tarde conmutada por cadena perpetua. Guido Reimer tuvo la misma sentencia, si bien escapó a la horca gracias a la intervención de Haefliger, del CICR.

En cuanto a Chmielewski y Ganz, al primero no le había ido muy bien después de su traslado desde Gusen a Holanda. Fue acusado de malversación del equipo militar y expulsado de las SS. Después de la guerra, se las arregló para vivir en Austria con identidad falsa hasta que fue descubierto y detenido en 1956. Llevado a juicio en Ansbach en 1961, fue sentenciado a cadena perpetua. Esa misma sentencia recayó sobre su guardaespaldas Jentzsch, el *Bademeister* de Gusen; detenido en Berlín, donde se había establecido como constructor, fue llevado a juicio en Hagen en 1967. En cuanto a Ganz, en Mauthausen desde 1940, comandante de Ternberg desde finales de 1942, comandante de Wiener-Neustadt desde mayo de 1943 y comandante de Ebensee

desde mayo de 1944, todo el mundo pensaba que había muerto, abatido por sus propios hombres en las montañas tirolesas. Pero lo cierto es que hasta 1949 permaneció oculto en Austria en casa de un trabajador agrícola. Ese año se desplazó a Friburgo de Brisgovia con su mujer y sus dos hijos. Nadie le molestó y en 1964 se jubiló, pero fue entonces cuando empezaron sus problemas. Se recibió información de que ese año se había vuelto a casar y vivía tranquilamente en el pueblo de Boos, cerca de Memmingen, en su Baviera natal. En abril de 1966 fue reconocido por un superviviente checo. Entonces estaba en Stuttgart, como jefe de una gran empresa de transportes, viviendo con nombre falso. Fue denunciado y detenido el 14 de noviembre de 1967, demasiado tarde para ser incluido en el proceso de Colonia celebrado ese año. En su lugar compareció a juicio en Ludwigsburg el 4 de diciembre de 1967, cuando el superviviente español Ángel Quesada aportó pruebas en su contra, pero en tal clima de terror que hubo que mantenerse su nombre en secreto. El 11 de junio de 1968, Ganz consiguió la libertad bajo fianza de 20.000 marcos alemanes.

Werner Fassel fue también afortunado. Iakovos Kambanellis, el superviviente griego que había trabajado a sus órdenes en Mauthausen, escribe que Fassel y Hans Böhn cayeron en manos aliadas en 1945 y que la segunda mujer de Fassel tuvo un encuentro con él (con Kambanellis) en un restaurante en Austria y que intentó sobornarle. O bien Kambanellis está en un error en cuanto a la detención de Fassel o bien este logró escapar. Lo cierto es que, durante más de veinte años, Fassel vivió en Schweim, Westfalia, como un muy respetado director de una asociación deportiva. Todo cuanto el antiguo ayudante de la Gestapo necesitó para ocultar su identidad fue quitarle una «s» a su apellido. En septiembre de 1967 fue finalmente detenido y, en 1970, juzgado en Hagen, donde mostró una imagen patética. Admitió el uso de la estufa, pero sostuvo que nadie tenía la intención de infligir daño físico a la víctima. Añadió con franqueza: «Era demasiado cobarde para hablar en contra de Müller».

El juicio de Colonia de 1966-1967 fue, después del de Dachau de 1946, el segundo más importante de todos. Algunos de los presos que debían rendir cuentas murieron antes de que empezara el proceso y otros lo hicieron con anterioridad a que se planificara su

continuación, en 1970. Entre ellos figuraban Willibald Proksch, que había estado al frente de la prisión de Gusen I; Otto Riemer, Lagerleiter de Ebensee; el doctor Erich von den Hoff, dentista de Gusen I, y Michael Killermann, responsable del gong en el Bunker.

Tres de los *prominenten* españoles, Climent Sarrión, Juan de Diego y Antonio García, acudieron como testigos al juicio de Colonia.[19] Allí tuvieron que oír a Schulz lamentar ante el tribunal «el odio insensato de los ex prisioneros, que intentaban arruinar la vida de cualquier SS de Mauthausen que aún siguiera vivo». El juicio, añadió, era una pantomima: «Por lo menos el 80 % de Alemania repudia estos procesos». Ni Schulz ni Streitwieser mostraron el menor arrepentimiento, e incluso se descubrió que Käthe Streitwieser había sobornado a algunos de los testigos alemanes y austríacos. Al final, el 13 de octubre de 1967, Streitwieser fue condenado a cadena perpetua y Schulz a quince años. Los dos fueron liberados provisionalmente, «por motivos de salud».

El juicio de Ganz fue aplazado hasta el otoño de 1971, pero el acusado pretextó que estaba enfermo. El 16 de octubre de 1972 fue devuelto a prisión y el juicio tuvo lugar finalmente en octubre-noviembre de ese año, en Memmingen, cerca de Munich. El 30 de octubre, se interrumpió por una amenaza de bomba, lo que obligó a cachear a todas las personas que entraban a la sala del tribunal. Entre los testigos estaban los franceses Jean Laffitte y Roger Gouffault y el checo Drahomir Barta. Como hemos visto, Barta había trabajado en la Lagerschreibstube de Ebensee, y allí consiguió lo mismo que habían logrado Climent y De Diego en el Hauptlager: retirar y conservar numerosos documentos de las SS y llevar un diario en el que anotó los sucesos diarios del campo. En su juicio, Ganz demostró una total indiferencia. Si bien sus rasgos físicos habían cambiado por la enfermedad y con la edad (tenía setenta y tres años), su apariencia de frío desprecio seguía siendo la misma. Entre los siete cargos concretos presentados contra él estaba el del asesinato en el verano de 1944 de tres jóvenes prisioneros a los que se encontró durmiendo en un barracón, así como la tortura y muerte del muchacho italiano Danilo Veronesi. El testigo Gouffault declaró bajo juramento que el asesinato del italiano había tenido lugar ante sus ojos. A cada una de las acusaciones, Ganz replicó que

estaba ausente del campo ese día o que no sabía nada del asunto. Irónicamente, era inocente del caso de Veronesi, pero ello no suponía ninguna diferencia. Ganz fue hallado culpable y recibió la máxima sentencia legal: la cadena perpetua. Pero el 24 de noviembre de 1972 logró certificados médicos que demostraban que padecía cáncer y obtuvo la puesta en libertad por motivos humanitarios, lo que le permitió apelar la cadena perpetua. Murió pacíficamente en su cama el 25 de julio de 1973.

Schulz, Streitwieser y Ganz fueron los grandes beneficiarios del cambio de los tiempos, de los «nuevos peligros», del deseo por olvidar lo antiguo y de esa extraña mentalidad que proclamaba que no podía sacarse nada bueno de remover las cenizas del pasado: los nazis ya habían sufrido más que suficiente. Aquella forma de pensar se puso claramente de manifiesto con motivo de los dos juicios contra Johann Vinzenz Gogl, el primero en Linz en abril-mayo de 1972 y el segundo en Viena en noviembre de 1975. El caso de Gogl, Unterscharführer de los escalones que había tomado parte activa en el asesinato de los 47 agentes especiales aliados, parece no haber motivado en exceso a las autoridades aliadas y austríacas. No fue hasta 1965 cuando Gogl fue descubierto, por Simon Wiesenthal, sin que hubiera viajado más allá de Linz, y solo a mediados de 1971 se procedió a su detención. En su juicio en Linz, afrontó 23 acusaciones que necesitaron tres días para leerse completas, y los testigos sumaban hasta veinte personas, entre ellas Magnus Keller (King Kong). Keller había intervenido en el juicio de Dachau como testigo de la acusación y aportó pruebas que presentaron a Gogl, *in absentia*, como uno de los más salvajes asesinos de Mauthausen. Pero en Linz, Keller cambió su testimonio. Ya no recordaba, afirmó, lo que había declarado antes en Dachau, pero estaba seguro de una cosa: Gogl siempre se había preocupado de proteger a los prisioneros. El propio Gogl no negó la evidencia, pero aun así el jurado de ocho personas le absolvió, unánimemente, de todos los cargos. En el juicio de Viena, Gogl fue acusado, entre otros crímenes antes no considerados, de haber tomado parte en las atrocidades cometidas contra los 47 agentes aliados. Esa vez los testigos que habían estado presentes en Linz, sobre todo los que vivían en el extranjero, rehusaron asistir, decididos a no pasar dos veces por el mismo trance. Entre ellos estaba Keller, quien simplemente envió su

declaración. Sin embargo, al ser interrogado Gogl admitió que entre el juicio de Dachau y el de Linz él y su mujer habían hecho una visita a Keller. Esta confesión apenas se notó en el veredicto. El jurado austríaco le declaró inocente de complicidad en el asesinato de los agentes aliados por 5 votos a 3, y en todos los demás cargos Gogl fue absuelto por un margen más amplio. Aquel fue el último juicio contra un criminal nazi en Austria. Gogl pudo jubilarse con la respetabilidad propia de la clase media, viviendo en paz en el encantador pueblo de Ottnang (al norte de Vöcklabruck) con su mujer y sus dos hijos, como un amante de los animales y un excelente artesano dentro de su nueva profesión: la de relojero.

Entretanto, en la República Federal de Alemania, entre el Tribunal de Nuremberg y finales de 1995, según las cifras del Ministerio de Justicia, 106.178 sospechosos de crímenes de guerra fueron sometidos a investigación y 6.494 condenados. En 1996, Edzard Schmidt-Jortzig, ministro de Justicia, declaró: «La justicia alemana no se ha cubierto de gloria en sus investigaciones sobre la injusticia nazi. El fracaso de la justicia alemana en ajustar cuentas con su propio pasado nazi resulta especialmente vergonzoso». Muchos alemanes creían que el motivo de ese pobre resultado, sobre todo en la etapa inmediatamente posterior a la guerra, era que los jueces alemanes de entonces también habían sido nazis. [20]

Así pudo pasar que de los 15.000 SS de Mauthausen que habían asesinado a hasta 200.000 prisioneros de las formas más abominables que pueden concebirse, menos de 200 pagaran por ello con su vida.

Epílogo

«Das Vergessen des Bösen ist die Erlaubnis zu seiner Wiederholung.»[*]

El destino dispuso que el emplazamiento de Mauthausen, concebido por Himmler como el más cruel de todos sus campos, se convirtiera en centro de la última batalla de la Segunda Guerra Mundial en Europa, con las tres principales potencias aliadas repartiéndose la liberación de sus Nebenlager. Sus fuerzas confluyeron, primero con el encuentro británico-soviético en Estiria el 28 de abril de 1945 y luego con el soviético-estadounidense en Klam, al norte de Amstetten, el 8 de mayo.[1] El alto mando alemán en Austria se rindió (incondicionalmente) en Reith, al este de Salzburgo, el 7 de mayo. Después del mediodía de aquella jornada no se volvió a abrir fuego en el frente occidental en Austria. Sin embargo, el general de división James van Fleet, al mando del III Cuerpo del Tercer Ejército de Patton, informó el 25 de mayo de que, en este sector, tropas de las SS siguieron hostigando a los civiles austríacos de la zona.[2]

A mediados de mayo de 1945 en Mauthausen, como otras partes, a la labor de salvar vidas se unió la de la repatriación.[3] En el aeropuerto de Linz, la máxima prioridad de las fuerzas aéreas estadounidenses era atender a los prisioneros de guerra, con lo que los reclusos de Mauthausen tuvieron que esperar, algunos tan enfermos que murieron en el aeropuerto. Solo a petición de los prisioneros de guerra franceses se permitió a los reclusos de Mauthausen subir a los aviones a partir del 17 de mayo. El 7 de junio, después de que hubieran partido todos los ex prisioneros soviéticos, el número había bajado a 5.200 (entre ellos 850 mujeres), de los cuales 1.621 seguían bajo atención médica; de ellos, unos 4.000 eran polacos, italianos o alemanes. Por entonces, los españoles habían regresado a Francia a través de Suiza,

desplazándose a París o a Lyon y Toulouse. En principio, todos los prisioneros liberados volvieron a casa con ropa de civiles que tomaron de la Effektenkammer. Por supuesto, no pudieron recuperar la suya propia; los SS habían almacenado las prendas por grupos (si es que no se habían reciclado o vuelto a distribuir), de manera que cada prisionero recibió una serie de prendas aproximadamente de su talla.[4] No obstante, algunos prisioneros se quejaban de que se les dieron uniformes de las SS (simplemente retirando la insignia) porque no había otra ropa para ellos. Al llegar a París, los españoles se dirigieron al Hôtel Lutétia, que hasta fechas muy recientes había atendido exclusivamente a la Abwehr y que entonces servía como centro de clasificación de todos los deportados a su vuelta. La recepción que se les deparó fue un motivo más de amargas quejas. Ramón Bargueño recuerda que volvió a París en junio de 1945 y que le tuvieron en la Gare d'Orsay tres días con sus noches, durmiendo en el suelo.

Ningún otro nombre entró tan deprisa en el olvido después de 1945 como Mauthausen. Cuatro potencias aliadas se repartieron Austria, pero ninguna escribió o habló del campo. Pierre Daix, que al ser francés había sido evacuado de Mauthausen por el CICR en abril de 1945 y que terminó siendo secretario privado del ministro Charles Tillon ese mismo año, quedó muy sorprendido cuando llamó al Ministerio de Antiguos Combatientes el 2 de mayo de 1945. Un funcionario que tenía una lista de los campos de concentración de las SS no encontró en ella el de Mauthausen. Cuando más tarde una funcionaria de la División Criminal del Departamento de Justicia de Estados Unidos, Alice B. Kennington, escribió al gobierno austríaco pidiéndole un documento informativo, recibió una carta en la que se le decía que Mauthausen no estaba en Austria.[5] Algunos supervivientes franceses escribieron sus memorias, de valor muy desigual, pero la única versión de un superviviente español hasta 1969 fue la de Sinca Vendrell. Muchos de los supervivientes eran incapaces incluso de deletrear Mauthausen y lo que más se usó fue Mathausen, incluso en imprenta. Si hubo algún lugar que mereciera un estudio exhaustivo, ese fue el pequeño pueblo del Danubio, pero surgieron acontecimientos políticos que lo hacían imposible. En la guerra fría que siguió, como ha dicho Simon Wiesenthal, los únicos ganadores

fueron los nazis.

De acuerdo con la línea de demarcación acordada por los dos comandantes supremos aliados, Mauthausen caía justo dentro de la zona soviética de Austria. El 27 de julio de 1945, cumpliendo el acuerdo, la 11.ª División Acorazada de Estados Unidos, que liberó Mauthausen, entregó formalmente el campo y sus anexos de Gusen a las autoridades soviéticas. Antes de partir, sus hombres se cuidaron de vaciar los túneles Kellerbau y Bergkristall de Gusen de todo el *matériel* de las SS y la Luftwaffe de su interior, en particular los cazas Messerschmitt 262 a medio terminar.[6] El 20 de junio de 1947, el ejército soviético transfirió Mauthausen a las autoridades austríacas. El general soviético Zheltov y el canciller austríaco Leopold Figl oficiaron la ceremonia; Figl habló de su propia reclusión en Mauthausen y Zheltov descubrió la placa en el muro exterior donde se muestra una relación de los muertos (véase el anexo IV).

Mientras que los SS se preocuparon por destruir en Mauthausen cualquier vestigio de la cámara de gas, habían dejado el resto del campo intacto. Se suscitó un debate polémico entre los austríacos de la zona soviética acerca de lo que debía hacerse con el campo y se manifestó la opinión de que había que demolerlo. Sin embargo, únicamente se demolieron los barracones, entre ellos todos los de las SS fuera de la fortaleza, y la totalidad de los de dentro salvo los bloques 1 y 6. El complejo del Bunker se dejó tal cual. El campo fue abierto a los visitantes en 1948. Muchos de los supervivientes dudaban en volver. «Esperé veinte años —confiesa un superviviente francés al autor—. Tenía miedo de acercarme por allí. Para ellos no fuimos ni siquiera animales.»[7] A Pierre Daix, que quiso regresar en cuanto se liberó el campo para ayudar a sus compañeros, se le negó el visado, y las autoridades francesas siguieron negándoselo hasta 1955, cuando se marcharon los soviéticos.[8] Antonio García solo volvió una vez, en la década de 1960, con su esposa, Odette Janvier. Se acercaron a la granja que se alza a apenas 300 metros del Erkennungsdienst donde García había trabajado y llamaron a la puerta. Respondió una mujer y él le dijo quién era. La mujer los invitó a comer, lo que García aceptó, pero su esposa no. En la comida, él le preguntó si era consciente de lo que estuvo sucediendo al otro lado del muro; ella contestó que era imposible no saberlo.[9]

Desde hace tiempo se ha observado que Austria ha puesto menor empeño que Alemania en afrontar su pasado nazi, prefiriendo considerarse la primera víctima de Hitler en vez de su primer aliado. Poca gente en Austria quería recordar que, proporcionalmente en términos de población, había más austríacos en el partido nazi y en la Allgemeine SS que alemanes. Mientras que los austríacos suponían apenas el 8 % de la población de Alemania después del Anschluss, en torno a un tercio de los alistados en la Allgemeine SS, desde el ayudante de Himmler, Ernst Kaltenbrunner, para abajo, eran austríacos. El cambio en la actitud llegó tan solo en la década de 1990. En Linz, para conmemorar el 50.º aniversario de la liberación, se celebró una exposición de fotografía en la Hauptplatz, con ampliaciones de tal tamaño que no era posible que los viandantes las pasaran por alto, de hechos como la entusiasta bienvenida que le dieron a Hitler las muchachas de Linz a su llegada el 13 de marzo de 1938. En 1997, cuando un grupo de historiadores extranjeros visitó Mauthausen por invitación del gobierno austríaco, el cambio era ya explícito: un oficial austríaco, al ser preguntado en público, admitió abiertamente que Austria había tergiversado su pasado. En marzo de 1998, en el 60.º aniversario del Anschluss, el presidente Thomas Klestil (sucesor de Kurt Waldheim) y el canciller Viktor Klima hablaron de la necesidad de reconocer la cuota de responsabilidad de Austria en los crímenes nazis; Klima hizo un llamamiento a un «debate crítico y abierto para que Austria pudiera aprender la lección de su pasado» y para poner fin al mito de que Austria había sido aplastada por una potencia extranjera. En mayo de 2000, para conmemorar el 55.º aniversario de la liberación de Mauthausen, se celebró un concierto extraordinario, con la odiosa cantera como anfiteatro. Sir Simon Rattle dirigió a la Filarmónica de Viena en una interpretación de la *Novena sinfonía* de Beethoven. La «Oda a la alegría» resonó en aquel lugar donde solo se habían escuchado las perforadoras de aire comprimido, los gritos, los golpes sordos y los lamentos.

No es posible escapar, todavía hoy, a las impresiones negativas que los supervivientes de Mauthausen se formaron de sus encuentros con los viejos civiles austríacos. Como en Alemania, hay un problema de generaciones. La generación de Hitler, escribe

David Hackett, suspendió el examen moral, y en cierta medida también lo hizo la generación siguiente. «Fueron sus nietos los que cambiaron de actitud, e insisten en que el honor de Alemania exigía una admisión franca de culpabilidad general.» En Austria, donde más de 400.000 antiguos miembros del partido nazi aún seguían vivos en 2002, muchos de los de la generación antigua seguían incómodos con sus recuerdos. Son pocos los que reaccionan con cinismo, diciendo que el hecho de que en Mauthausen hubiera partidos de fútbol, teatro, números musicales, una cantina, todo en un paisaje rural *nec plus ultra*, demuestra que los SS no ahorraron esfuerzos para hacer la vida de los prisioneros lo más grata posible, pero los hay. La tesis del estudio de Gordon Horwitz de una «ciudad de Austria» (Mauthausen) es compartida por este autor: prácticamente todo el mundo cercano a KL-Mauthausen estaba aterrorizado por las SS, pero también conocía su salvajismo. En las evacuaciones a Mauthausen en 1944-1945 de un *Vernichtungslager* (Auschwitz II) y de otros Konzentrationslager, y en 1945 de los propios Nebenlager de Mauthausen, no era posible ocultar la realidad. Por aquel entonces los SS estaban tan desesperados que ya no se preocupaban de lo que se pudiera ver, a condición de que los testigos no ayudaran a los prisioneros y mantuvieran la boca cerrada. Las atrocidades cometidas por los SS, y eso puede grabarse en piedra, eran conocidas por todos los habitantes del pueblo de Mauthausen, y como hubo un movimiento de resistencia, no puede descartarse que desahogara su furia contra los cuarteles generales de las SS en la taberna, matando a los que se encontraban allí. El muro de silencio o de hosca indiferencia se mantuvo intacto. En los quince años que ha vivido en el pueblo de Mauthausen, el dueño de la taberna no ha oído nunca hablar de Anna Pointner, la heroína de la resistencia que vivió a pocos cientos de metros de su establecmiento. El propietario de la taberna es una persona franca y cordial, pero dispuesta a olvidar, y abriga sus propios resentimientos. «Durante varios años —explicaba— estuve al frente del local cuando era tienda de comestibles antes de reconvertirlo en Gasthaus. Recuerdo un día que entró un superviviente judío, se guardó unas naranjas en una bolsa y luego se marchó andando. Le dije que pagara las naranjas. Se volvió, me escupió a la cara y se fue. Eso no me preocupaba. Lo que me preocupa, mucho más, es la

costumbre actual de vestir a los nietos de los supervivientes con pequeños *drilliche* a medida. Como si la tercera generación de austríacos hubiera tratado a los judíos de la misma forma. Como diciéndonos que somos capaces de hacerlo.»[10]

Pero si el dueño de la taberna no había oído nunca hablar de su paisana Anna Pointner, la mujer más valiente de Austria, Manuel García, el vigilante del museo, jamás había escuchado el nombre de la hija de los Pointner, Leopoldine Drexler —aunque vivía casi puerta con puerta con él—, hasta que el autor le llevó a casa de ella en 1996. Existe algo surrealista en este empeño en no querer saber, aparte del miedo a lo que podría abocar. Una vez que yo estaba en el pueblo, en la Gasthof zur Traube, mientras comía allí un lugareño llegó y se sentó a mi mesa. Cuando le dije que estaba interesado en conocer a Franz Winklehner, él me contestó que lo conocía muy bien y que le encantaría llamarle enseguida por teléfono si yo quería. En el listín telefónico local me mostró que el nombre Winklehner aparecía en una página especial donde figuraban los miembros del consejo de la localidad. Entonces le dije que a través de Winklehner esperaba poder entrar en contacto con un tal Kern. Quiso saber quién era Kern. Le respondí que no sabía nada de él, salvo que era un ciudadano de Mauthausen que había sido detenido por la Gestapo y enviado a la colina. «¡Ah, *Kazett*! —me contestó mi amigo—. Eso crea un problema.» «¿Cómo podría ser un problema? —le respondí—. La Gestapo cerró sus puertas hace cincuenta años.» En menos de medio minuto, mi amigo se había levantado y salió de la Gasthof sin decir palabra.

La iglesia de Mauthausen ha alzado un monumento en su camposanto a los hijos del pueblo que murieron al servicio de la Alemania nazi, pero no hay ningún monumento semejante para honrar a los que perecieron en el Lager. Gordon Horwitz ha indicado que la firma Poschacher ha dejado de operar en el negocio de las canteras, pero es cierto solo en cuanto a sus trabajos en el pueblo de Mauthausen, donde por cierto hay ahora un monumento en el Donaulinde, en buen granito, que inmortaliza el nombre de Poschacher; por lo demás, en la cercana Gusen, Poschacher sigue muy metido en el negocio de las canteras. Los túneles del Bergkristall, en St. Georgen, son hoy propiedad de Rudolf Pötsch, dueño de la fábrica de cerveza, que no tiene intención de abrirlos al

público. En Langenstein, la entrada al campo de Gusen es también una residencia en manos privadas, como todas las elegantes casas del Danubio construidas por los esclavos para los oficiales de las SS. El doctor Paul Le Caër, que insiste en que en la base de la plataforma de lanzamiento de cohetes de Schlier hay un compañero francés enterrado en el hormigón, llama la atención sobre el escándalo que supone que la propiedad siga en manos de la cervecera Zipf, cuando debería ser un mausoleo. Aquí se ha advertido cierta concesión al remordimiento. En 1990, en el 45.º aniversario de la liberación de Mauthausen, los supervivientes de Redl-Zipf iniciaron una discusión con el propietario de la cervecería, al que seguían acusando de haber sido un antiguo SS, por una cerveza presuntamente sin pagar. La cuestión no se olvidó y en 1995, durante la celebración del 50.º aniversario, en tiempo de calor, los supervivientes se encontraron con la cervecería cerrada. Pero en esta ocasión, la hija del antiguo dueño, y mujer del propietario actual, habló en una ceremonia en la iglesia local, donde llamó a la reconciliación y pidió perdón por las acciones de su familia en los años del Reich.

En un mundo un tanto diferente estaban sumidos los supervivientes de Mauthausen y de los demás campos, que ahora intentaban huir del pasado únicamente por su deseo de seguir viviendo. Nadie debería tomarlo a la ligera. Para los supervivientes, que en su gran mayoría habían sido antiguos *prominenten*, era muy doloroso aceptar su propia supervivencia personal cuando sabían demasiado bien que se la debían al hecho de haber sido elegidos *prominenten*. «Desde entonces —dice Antonio García— no puedo dejar de pensar que si no hubiera sido un fotógrafo experto jamás habría sobrevivido. Habría terminado como otro García, Antonio García Cano, con el que no tenía parentesco pero al que conocí en la guerra civil. Llegó a Mauthausen y solo duró tres días.»[11] El «síndrome del superviviente» es hoy un concepto sometido a estudio.

Hubo quienes prefirieron quedarse en Austria antes que volver a Francia, por resentimiento debido a lo que habían pasado en los campos de detención franceses o porque fueron contratados por el destacamento 511 del contraespionaje de Estados Unidos para ayudar a la identificación de antiguos SS ocultos como civiles.

Manuel García Barrado perteneció a ambos grupos.[12] Más adelante, en 1963, fue nombrado guardia del Museo de Mauthausen, hasta su jubilación en 1983 aunque continuó en activo y dispuesto a ayudar a los visitantes. Marcelino López, toledano, también trabajó para los estadounidenses durante unas semanas. Los hermanos Juan y Miguel Sempere, que como prisioneros habían tenido la buena suerte de ser asignados al garaje del pueblo, optaron por quedarse en Mauthausen, donde se casaron con austríacas. Juan pasó allí el resto de su vida, hasta que falleció en 1986 a los setenta y dos años, mientras que Miguel volvió finalmente a España. Juan Fernández, que sufrió durante tres años en la cantera de Gusen, no solo se quedó en Austria, se casó con una austríaca y tuvo una familia, sino que ¡siguió trabajando en la cantera de Gusen! Él y algunos otros supervivientes españoles formaron una cooperativa y consiguieron vivir modestamente de extraer y modelar el granito. En total, una docena de españoles decidieron quedarse o volver a vivir en los pueblos de la zona, y otros veinte permanecieron en Austria. Entre ellos estaba el doctor José Pla, que abrió una consulta en Linz, en el número 419 de la Waldeggstrasse. Tan solo un centenar de españoles retornaron a la España de Franco.

Juan de Diego estuvo entre la gran mayoría de españoles que volvieron a Francia; voló de Linz a Brétigny en un avión estadounidense el 2 de junio de 1945 y aún recuerda la impresión que le produjo volver a cruzar fronteras nacionales: «Nuestro mundo en Mauthausen había abolido las fronteras nacionales y allí las teníamos de nuevo».[13] A su llegada a Francia, De Diego sufrió un colapso nervioso. Fue llevado al Hôpital Saint-Jacques y luego trasladado a una clínica psiquiátrica, donde él y otros pacientes estuvieron atendidos por monjas. Tras ser dado de alta se fue a Toulouse, luego a Lourdes y, finalmente, a Luchon, donde trabajó como escanciador.[14] Durante muchos años no habló de su experiencia a nadie, pero hacia 1955 volvió a verse con Antonio García. Este le dijo que en una ocasión, cuando estaba en el barracón 2 de *prominenten*, había mirado por una rendija en la ventana y vio la escena siguiente en el barracón 1: un prisionero agonizaba colgado de la viga y un Lagerschreiber estaba sentado a sus pies tomando notas de su confesión. De Diego se volvió hacia su

amigo y le dijo que no inventara cosas: él no había visto nada y no sabía nada.[15] Es probable que De Diego empezara a hablar de aquellos sucesos a partir de entonces.

Casimir Climent estaba todavía peor. Traumatizado por lo que había vivido,[16] murió loco, pero gracias a él, por los certificados de defunción que suministró, miles de viudas españolas recibieron pruebas de la muerte de sus maridos y, a la larga, pensiones de viudedad, que en otro caso les habrían sido negadas basándose en la ausencia de pruebas.[17]

Otros muchos supervivientes encontraron fines trágicos al volver a la vida en libertad. Entre ellos Manuel Santisteban, hermano de Ramiro, actual presidente de la FEDIP. Como prisionero en Steyr arriesgó la muerte en varias ocasiones, ofreciendo su sangre al enfermero español Juan Termens que le utilizó para salvar la vida de muchos de sus compañeros prisioneros, entre ellos Albert Balagué y Baldomero Chozas. Después de la liberación, Manuel regresó a París, donde trabajaba para la sociedad metalúrgica La Franco-Belge. A finales de enero de 1946 se marchó para cruzar la frontera española, con el deseo de volver a ver a su familia. El 13 de febrero, en el municipio de San Pablo de Seguríes (Camprodón), murió de un tiro de la Guardia Civil. Otro superviviente de Steyr, José Sala, quien había disfrutado del privilegio de trabajar en la cocina, no salió vivo del campo: se suicidó una hora después de la liberación.[18]

Muy poco después de su regreso a Francia, cuando la principal preocupación de los supervivientes era recobrar la salud y buscarse un medio de vida, los españoles se esforzaron activamente para que la justicia cayera sobre quienes, como los kapos u otras personas en puestos privilegiados, habían traicionado a sus compañeros. Uno fue Ángel Chacón, que había trabajado en el Bunker en 1942 antes de la asignación de Bargueño, y del que se sabía que había pegado a los prisioneros; en la liberación pasó a ser un marginado y murió poco después.[19] Más marginado aún estuvo Ramón Verge Armengol, que había trabajado como kapo en el Revier. A su vuelta a Francia, trabajó como asistente médico en el hospital psiquiátrico de Charenton, en las afueras de París. Los supervivientes españoles de todas las ideologías políticas coinciden en decir que Verge no hizo nada por los enfermos de Mauthausen, incluido un grupo de

checos que al llegar de Praga necesitaba su ayuda desesperadamente, y que había actuado fraudulentamente, «colaborando con la Cruz Roja alemana».[20] Bargueño encabezó la campaña para denunciarle a las autoridades francesas. A ello siguieron cinco o más audiencias en el palacio de Justicia, que terminaron cuando Verge, con la absolución en la mano, huyó a Munich donde ingresó en el cuerpo de bomberos, se casó y desapareció de escena.[21]

Al menos otros seis kapos españoles fueron llevados a juicio, sin duda con la ayuda de los españoles que los buscaban. Los primeros fueron José Palleja Caralt (el Negus), que compareció ante un tribunal militar en Toulouse el 11 de marzo de 1947. Jean Laffitte ofreció pruebas y Palleja fue sentenciado a muerte. Los otros cinco fueron arrestados por el contraespionaje estadounidense en 1945 y comparecieron ante el Tribunal Militar estadounidense de Dachau en julio de 1947. El primero en ser juzgado, del 14 al 21 de julio de 1947, fue Laureano Navas García. Sentenciado a cadena perpetua por los crímenes cometidos en Mauthausen y Gusen, fue absuelto en apelación. De los demás, que fueron juzgados juntos el 23 de julio de 1947, solo uno salió bien parado. Domingo Félez Burriel (el Loco), acusado de crímenes como kapo de la cocina en Gusen y como barbero en Wiener-Neudorf, fue primero condenado a dos años de prisión y después absuelto. Indalecio González González, acusado de crímenes en el Hauptlager y en Gusen, fue sentenciado a muerte. Sobre Moisés Fernández Pascual cayó una condena de veinte años por crímenes cometidos en el Hauptlager, Gusen y Steyr. Joaquín Espinosa Muñoz, con una acusación independiente por sus crímenes en Ebensee, fue condenado a tres años.

En el momento en que los españoles volvieron a Francia, la gran oleada de esperanza de que retornarían triunfantes a España ya se había hecho añicos contra los Pirineos (en la invasión de 1944 del valle de Arán) y se había reducido a unas pocas ondas superficiales. Muchas fueron las amnistías dictadas por Franco entre 1945 y su muerte en 1975, pero pocos los exiliados que volvieron. Los comunistas españoles, en particular, fueron conscientes de su insignificancia, sobre todo cuando los camaradas de Mauthausen Josef Cyrankiewicz y Artur London volvieron a casa y se convirtieron respectivamente en primer ministro de Polonia y

ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, y otros, como Franz Dahlem y Ernö Gerö, ocuparon puestos importantes en Alemania Oriental y Hungría. Cuando empezó la guerra fría en 1947, los comunistas españoles se vieron en un papel que ya conocían, despreciados por todos los demás partidos. La batalla iba a continuar incluso en las asociaciones de supervivientes que se habían creado.

Varias de estas asociaciones se fundaron en Francia, allá donde hubiera una presencia francesa suficientemente fuerte en un campo de las SS para garantizar su creación: en el caso de Mauthausen los supervivientes españoles fueron incluidos en su Amicale desde el principio.[22] Sin embargo, estaba dominada por comunistas,[23] aunque una asociación independiente, exclusivamente española, estuvo abierta a todos los miembros de todos los partidos y no afiliados, y a los supervivientes españoles de todos los campos. Esta Federación Española de Deportados e Internados Políticos (FEDIP) fue fundada el 13 de octubre de 1945 en Toulouse (en el número 7 de la calle des Arts), con el ex jefe de gobierno Francisco Largo Caballero (superviviente de KL-Oranienburg) como presidente honorario y Emilio Moret como secretario general. En 1946, la FEDIP se trasladó a París (en el 14 del bulevar de Montmartre) y más tarde a las instalaciones que constituían su propiedad legal (en el 27 de la calle de Leningrado, hoy conocida por San Petersburgo). La principal preocupación de la FEDIP era la salud y el bienestar de los supervivientes que estaban gravemente enfermos y que no tenían familia que los ayudara. Cuando la República Federal de Alemania se convirtió en Estado y lanzó el programa de ayudas a supervivientes y viudas conocido por BEG, la FEDIP respondió en 1954 enviando un equipo de representantes a Alemania Occidental para pedir que la cobertura se extendiera a los supervivientes y las viudas españoles. Las autoridades germano-occidentales respondieron que «si los refugiados españoles fueron perseguidos, ello *no* [he añadido la cursiva] se hizo sobre la base de que fueran hostiles al nacional-socialismo». Sin explicar con exactitud sobre qué otra base se confinó, golpeó, torturó y asesinó a los españoles en Mauthausen y otros campos, el gobierno de la Alemania Occidental anunció solemnemente que la BEG no los beneficiaría. La FEDIP entró entonces en contacto con el abogado francés

François Herzfelder. Este se dirigió a las autoridades competentes en Colonia, pero su petición fue rechazada. En apelación ante el Tribunal Supremo de Colonia, Herzfelder y la FEDIP consiguieron a fines de 1954 la supresión de la norma y entonces quedó abierta una vía para que los supervivientes y las viudas españoles recibieran una compensación de la República Federal de Alemania. No debe omitirse que la República Democrática Alemana nunca dio a los supervivientes ni un solo marco por la más sencilla de las razones: todos los criminales nazis provenían del oeste de Alemania y ninguno del inmaculado este.

El 13 de abril de 1969 se levantó en el cementerio de Père Lachaise el monumento a las víctimas españolas del Tercer Reich y la FEDIP sigue año tras año rindiendo homenaje a quienes fueron, dijeran lo que dijeran de ellos sus enemigos, implacables enemigos de la Alemania nazi, razón por la que murieron.

Joan Pagès, uno de los españoles que resultaron heridos en mayo de 1945 en la acción del Danubio, volvió a su Barcelona natal para asumir el liderazgo del PSUC, el partido comunista catalán. Detenido en 1951, fue sentenciado a una larga pena de prisión, pero al ser liberado volvió a la resistencia antifranquista. Antes de su muerte en Barcelona en 1978, Pagès fundó en 1962 una asociación de supervivientes de Mauthausen en esa ciudad para equipararla a la FEDIP de París, aunque de ideología comunista. En 1978 fue legalizada. Todavía en 1990, cuando las dos asociaciones españolas se encontraron en Mauthausen para la conmemoración anual, seguían sin unificarse.

La FEDIP fue fundada al 13 de octubre de 1945 en Toulouse, y Francisco Largo Caballero, que había sobrevivido al campo de KL-Oranienburg, fue nombrado presidente honorífico. En 1946 la FEDIP se trasladó a París. Su objetivo prioritario era la salud y el bienestar de los supervivientes que estaban gravemente enfermos y no tenían familia que les ayudara. La FEDIP no desaparecerá ni tras la muerte del último superviviente ya que es propietaria de sus instalaciones en París. Con Jorge Semprún a la cabeza del Ministerio de Educación de España, en 1991 se trasladaron sus fondos al Centro Documental de la Memoria, en Salamanca: «para que en el futuro pudieran utilizarlos los estudiosos en España adonde pertenecen». Entre otros, Juan de Diego deploró

enormemente esta decisión. A pesar de la promesa por parte del gobierno francés a la FEDIP de que esta siempre contaría con una sede en París, la realidad es que el local de la rue de Saint-Petersburg es en la actualidad una tienda.

Finalmente, en la propia Austria, los españoles que habían optado por quedarse allí estuvieron entre los que tomaron parte, del 4 al 5 de mayo de 1946, en una reunión de antiguos prisioneros políticos celebrada en el Landestheater de Linz, capital de la zona de ocupación estadounidense. La conferencia tuvo el apoyo de las autoridades militares estadounidenses. Se creó un comité permanente en el número 63 de la Goethestrasse, entre cuyos doce miembros estaban Cesar Orquín y el doctor José Pla (por España), Anita Odierna (por Francia), Alessandro Migliaccio (por Italia) y Simon Wiesenthal (por los judíos). También en 1947, en oposición al régimen de Franco en España, se creó la Spanisch-Republikanische Organisation in Öesterreich; una asociación, conocida como Gedenkverein der Republikanischen Spanier in Öesterreich, con base en Neusiedl am See, sigue prestando atención a los supervivientes y a sus familias.

Uno de los principales objetivos de este libro ha sido el Erkennungsdienst, dado que el fotógrafo de las SS que lo dirigió fue los ojos de Mauthausen, y los dos españoles que trabajaron en él, García y Boix, de manera independiente, salvaron el registro visual para la posteridad, con la ayuda de los muchachos de Poschacher, Cortés y Grau, y gracias al valor extraordinario de Anna Pointner. Aparte de Pointner, aquello fue, curiosamente, un asunto totalmente español, y si el Partido Comunista no hubiera necesitado convertir la historia en mitología se habrían podido evitar las enemistades que siguieron.

El asunto de las fotografías ha consumido grandes cantidades de tinta. Hoy pueden extraerse algunas conclusiones. La primera es que es necesario distinguir entre la colección salvada por Antonio García (unas 200 fotografías, según sus cuentas, todas ellas copias en papel) y la que salvó Boix (20.000 según su testimonio bajo juramento en Dachau, todas negativos). García empezó su colección casi desde que llegó al Erkennungsdienst y mantuvo esta actividad

hasta el día en que lo abandonó para ir al Revier: un período de casi cuatro años. Guardar las fotos escogidas en un lugar oculto durante todo este tiempo habría destrozado los nervios de cualquiera. Boix, por su parte, se aprovechó de la especial situación de Mauthausen en los últimos meses o días. En este aspecto, Boix ha creado confusión a partir de su testimonio en Dachau. Boix declaró que en febrero de 1943 los dirigentes nazis reaccionaron al desastre en Stalingrado ordenando que se quemaran todas las fotos, con el resultado de que no quedó ninguna del período salvo las que pudieron sacarse, antes de esa fecha, del Erkennungsdienst. ¿Es imaginable que Berlín hubiera dado tal orden? Habría significado admitir la derrota y eso no tiene sentido: la Alemania nazi no tenía previsto perder la guerra. Cuando a finales de 1944 se produjo la liberación de los primeros campos de concentración, se ejecutó sistemáticamente la orden de destruir todos los testimonios en cada campo y se llevó un registro de lo destruido. El resultado de esa orden es que prácticamente no queda material fotográfico de otros campos. En el caso de Mauthausen, la orden llegó la última semana de abril de 1945, en un momento de confusión total. A mediados de abril, Ricken había vuelto desde Ebensee a Mauthausen; García nos dice que Ricken estaba allí el último día, cuando se cerró el Erkennungsdienst. Pero incluso si Ricken y Schinlauer hubieran estado los dos presentes en el laboratorio fotográfico en los últimos días, cuando se ejecutaron las órdenes de destruirlo, parece evidente que Boix, como kapo de la unidad, pudo tener ocasión de sustraer un gran número de negativos del archivo, para añadirlos a los ya numerosos que había retirado antes. García, que murió en julio de 2000, no habló nunca de ello. Amargado por la traición, siempre hablaba como si las fotos entregadas a frau Pointner fueran todas suyas. La ironía está en que si se hubieran destruido o perdido las copias, los negativos salvados por Boix, inmensamente superiores en número, habrían dado al mundo todas las pruebas que se necesitaban. La vida de Antonio García es, en definitiva, la tragedia de un hombre que arriesgó su vida durante años a cambio de nada.

La disputa entre Antonio y Boix se convirtió en una disputa entre historiadores. Ya he reconocido mi error por hacer caso solo a Antonio en cuanto al papel de Boix se refiere. Efectivamente,

Antonio estaba cegado por el rencor, pero ha sido también el blanco de numerosos abusos. He intentado clarificar las cosas. En el año 2005, en la revista trimestral parisina *Guerres mondiales et conflits contemporains* escribí mi valoración acerca de la disputa. Los editores de la revista opinaron que ciertos pasajes de mi escrito podrían ofender a Pierre-Serge Choumoff y a otros de la Amicale de Mauthausen en París, por lo que ciertas partes del artículo fueron suprimidas. Pero, un poco más adelante en ese mismo año de 2005, se celebró una conferencia en los Archives Nationales de París bajo el título «La part visible des camps: Photographies du camp de concentration de Mauthausen (1938-1945)». No se me invitó como conferenciante, pero sí que se invitó a los que apoyaban a Boix. Como se me quería hacer callar, me ocupé personalmente de que se distribuyera entre los miembros del panel y del público una copia de la versión completa de mi presentación. Dicha ponencia está a disposición de cualquier interesado previa solicitud en la siguiente dirección de correo electrónico dwp@aup.fr

Anexo I

TABLA COMPARATIVA DE EFECTIVOS DE PRISIONEROS Y SS
EN TODOS LOS CAMPOS SS EL 1 DE ENERO
Y EL 15 DE ENERO DE 1945

Zusammenstellung des WVHA. Gesamtstand der SS-Wachmannschaften und der Häftlinge in allen KL.

8

Lager	1. Januar 1945		15. Januar 1945	
	SS-Wachmannschaften	Häftlinge		
Auschwitz/Männer	2 448	15 813	2 474	15 325
" /Frauen	6o	18 7o3	56	16 421
		1o 234		
Buchenwald/Männer	5 192	63 189	6 297	83 9o6
" /Frauen	532	24 21o	532	26 65o
Dachau /Männer	3 544	54 242	3 544	52 596
" /Frauen	62	3 544	62	2 651
Floßenbürg/Männer	2 525	29 246	2 564	28 737
" /Frauen	521	11 191	515	1o 967
Groß-Rosen/Männer	3 oo3	51 2o4	3 222	51 977
" /Frauen	877	25 524	9o6	25 927
Mauthausen/Männer	5 562	72 392	5 632	72 426
" /Frauen	65	959	65	954
Mittelbau /Männer	3 28o	33 797	3 319	29 323
" /Frauen	-	-	-	-
Monowitz /Männer	1 967	33 2oo	2 oo6	33 o37
" /Frauen	12	2 o 36	15	2 o44
Natzweiler/Männer	1 626	21 577	1626	2o 961
" /Frauen	18	1 olo	18	1 2o9
Neuengamme/Männer	2 o43	38 858	2 13o	38 23o
" /Frauen	318	9 984	322	9 934
Ravensbrück/Männer	994	7 875	1 oo8	7 848
" /Frauen	539	45 919	546	46 o7o
Sachsenhausen/Männ.	3 oo5	47 665	3 632	52 924
" /Frauen	351	13 214	361	13 173
Männer	35 189	479 292	36 454	487 29o
Frauen	3 355	156 294	3 388	158 ooo

9

Lager	1. Januar 1945		15. Januar 1945	
	ᛋᛋ-Wachmann-schaften	Häftlinge	ᛋᛋ-Wachmann-schaften	Häftlinge
Stutthof /Männer	944	18 648	943	18 436
" /Frauen	112	33 315	1o8	3o 199
Bergen-Belsen/Mär	267	9 735	277	5 811
" /Frauen	15	8 73o	12	16 475
Plaszow /Männer	87	453	-	-
" /Frauen		183	-	-
Zusammen Männer	1 298	28 834	1 22o	24 247
Zusammen Frauen	127	42 228	12o	46 674
Übertrag v.L.l M	35 189	479 292	36 454	487 29o
Übertrag v.L.l F	3 355	156 294	3 388	156 ooo
Insgesamt Männer	36 487	5o8 126	37 674	511 537
Insgesamt Frauen	3 482	198 522	3 5o8	2o2 674

Institut für Zeitgeschichte, Viena. Fa 183, Bundesarchiv Slg. Schumacher 329.

Anexo II

EL NEBENLAGER DE MAUTHAUSEN

Las estadísticas (incompletas) de la columna «Prisioneros el 27.03.1945» fueron suministradas por el ingeniero austríaco Ernst Martin, en una declaración que firmó en Mauthausen el 9 de mayo de 1945. La primera cifra de esa columna indica el número de prisioneros de los Nebenlager. Las cifras siguientes corresponden a efectivos de las SS, divididos en oficiales/suboficiales/tropa.

	Lugar	*Función*	*Apertura*	*Prisioneros máximos*	*Prisioneros el 27.03.1945*	*Cierre*
1	Aflenz bei Leibnitz	armamento	09.02.44	655	469//SS-/10/56	02.04.45
2	Amstetten/hombres	estación	19.03.45	2.966	2.540//SS2/10/90	18.04.45
3	Amstetten/mujeres	estación	20.03.45	495		18.04.45
4	Bachmanning	aserradero	20.09.42	ca. 20		?
5	Bretstein bei Judenberg	avicultura, cría de corderos	verano de 1941	ca. 80		30.09.43
6	Ebensee	construcción de galerías	18.11.43	18.437	10.692//SS4/128/475	06.05.45
7	Eisenerz	minerales	15.06.43	400		14.03.45
8	Enns	construcción de bunker	10.04.45	ca. 2.000		19.04.45
9	Grein	construcción de bunker	02.02.45	120		19.02.45
10	Grossraming	central eléctrica	14.01.43	1.013		29.08.44
11	Gunskirchen	campo colectivo	12.03.45	ca. 18.000		05.05.45
12	Gusen I (Langenstein)	cantera, armamento	25.05.40	13.100	24.067//	05.05.45
13	Gusen II (St. Georgen)	galerías, armamento	09.03.44	12.537		05.05.45
14	Gusen III (Lungitz)	fábrica de ladrillos, armamento	16.12.44	274		05.05.45
15	Hinterbrühl bei Mödling	aviones (Heinkel)	09.44	ca. 400		01.04.45
16	Hirtenberg/mujeres	municiones de guerra	28.09.44	459	398//SS1/7/17	15.04.55
17	Lendorf bei Klagenfurt	construcción de barracones	19.11.43	130	80//	08.05.45
18	Lenzing/mujeres	pulpa	30.10.44	577	567//SS-/19/1	04.05.45
19	Linz I (VÖEST)	hierro, armamento	20.02.43	790	213//	03.08.44
20	Linz II (Gauleiterung)	construcción de bunker	27.02.44	28	.	29.04.45
21	Linz III (VÖEST)	acero, armamento	22.05.44	5.615	5296//	05.05.45
22	Loiblpass Nord (Bleiberg)	construcción de túnel	02.06.43	1.294	984//SS2/51/164	08.05.45
23	Loiblpass Süd (St. Anna)	construcción de túnel	02.06.43			08.05.45

24	Mauthausen Donauhafen	centro de recepción	28.04.45	736		05.05.45
25	Meidling	centro de investigación	28.09.44	5		01.04.45
26	Melk	construcción de galerías	20.04.44	10.314	8.343//SS3/97/470	15.04.45
27	Passau I (Oberilzmühle)	centro de experiencias	19.10.42	83		02.05.45
28	Passau II (Waldwerke)	armamento	09.03.44	333		07.11.44
29	Peggau-Hinterberg	galerías, armamento	17.08.44	888	877//SS2/18/94	02.04.45
30	St. Ägyd am Neuwalde	garaje	02.11.44	303	301//SS-/4/48	01.04.45
31	St. Lambrecht/ hombres	edificios, agricultura	13.05.42	80		29.04.45
32	St. Lambrecht/mujeres	tintorería, agricultura	19.09.44	23		29.04.45
33	St. Valentin	carros de combate	21.08.44	1.470	1.046//SS1/8/105	23.04.45
34	Schlier-Redl Zipf	galerías, falsificación de moneda	11.10.43	1.488		03.05.45
35	Schloss Hartheim	experiencias, exterminio	05.40			08.01.45
36	Schloss Lind	agricultura	22.06.42	20	99//SS-/4/14	03.05.45
37	Schloss Mittersill/mujeres	centro de investigación RSHA	24.03.44	16		08.05.45
38	St.eyr-Dippolsau	central eléctrica, carreteras	17.09.43	ca. 130		25.08.44
39	St.eyr-Münichholz	carreteras, construcción de bunker	14.03.42	1.971		05.05.45
40	Ternberg	central eléctrica	25.01.43	406		18.09.44
41	Völklabruck	construcción de carreteras	06.06.41	ca. 300		14.05.42
42	Wels I	armamento	27.12.44	397		?
	Wels II		?	1.500	1.020//SS1/15/135	13.04.45
43	Wien-Alsergrund	armamento	20.08.44	1.480		02.04.45
44	Wien-Floridsdorf	aviones	14.07.44	2.737	2.729//SS1/44/306	01.04.45
45	Wien-Jedlesee	aviones (Heinkel)	13.07.44			01.04.45
46	Wien-Schwechat Heidfeld	aviones (Heinkel)	30.08.43	2.568		13.07.44
47	Wien-Schwechat Sauerwerke	armamento	12.44	1.480	1.474//SS1/46/85	01.04.45
48	Wiener-Neudorf	motores de avión	02.08.43	2.954	2.519//SS1/124/208	02.04.45
49	Wiener-Neustadt I	armamento	08.08.43	ca. 1.000		17.11.43
	Wiener-Neustadt II	armamento	05.07.44	697	536/SS1/15/121	01.04.45

Anexo III

MAUTHAUSEN, HAUPTLAGER Y NEBENLAGER

Revista de las SS del 15 de marzo de 1945

Soviéticos	22.509
Polacos	19.548
Judíos	15.118
Alemanes, incl. austríacos	7.761
Franceses	4.665
Italianos	3.860
Yugoslavos	3.399
Españoles	2.191
Checos	1.361
Griegos	557
Letones	387
Belgas	355
Neerlandeses	219
Húngaros	119
Lituanos	89
Apátridas	72
Otros	263
TOTAL	82.473

Fuente: *Cahiers de Mauthausen*/1, p. 183.

Anexo IV

MUERTES TOTALES EN MAUTHAUSEN

El monumento a los muertos de Mauthausen, descubierto el 20 de junio 1947 en el momento en que el ejército soviético transfirió la custodia del campo a las autoridades austríacas, contiene el siguiente desglose por nacionalidades.

Soviéticos	32.180
Polacos	30.203
Húngaros	12.923
Yugoslavos	12.890
Franceses	8.203
Españoles	6.503
Italianos	5.750
Checos	4.473
Griegos	3.700
Alemanes	1.500
Belgas	742
Austríacos	235
Neerlandeses	77
Estadounidenses	34
Luxemburgueses	19
Británicos	17
Otros	3.318
TOTAL	122.767

El total de 102.876 dado por Borrás [Lluch], p. 183, se basa en

las muertes censadas oficialmente; de este total, 36.295 prisioneros (más de la tercera parte) fallecieron en los primeros cuatro meses de 1945.

Juan de Diego (responsable del registro de muertes) rechaza categóricamente estas estimaciones, insistiendo en que si se incluyen todas las muertes, en particular las de los prisioneros enviados a Mauthausen para su ejecución inmediata o evacuados en 1944-1945 sin recibir, en ningún caso, un número de entrada KL-M (como sucedió con los prisioneros de guerra soviéticos para los que se habilitaron los barracones 16-19), el total se eleva a 200.000: «Los únicos registros precisos eran los del kommando del crematorio, y esos registros fueron destruidos por los SS» (entrevista). Wilhelm Ornstein, en su informe del «Krematorium», proporciona cifras basadas en su memoria, pero que en ningún modo son exhaustivas.

Incluso aunque se hubieran conservado los registros del crematorio, seguiría siendo necesario añadir al total los miles de personas que fueron inhumadas en fosas comunes o que se dejaron sin enterrar. Hoy, en los terrenos al norte del Lager, en las cercanías del campo de tiendas de campaña y en la zona donde se arrojaron las cenizas del crematorio, una placa pequeña y solitaria, con una inscripción en alemán, francés y ruso, se alza como un homenaje a los que murieron sin identificación: «… Los prisioneros del campo de tiendas de campaña no fueron inscritos. Por tanto, los archivos de la administración no pueden proporcionar el número de prisioneros ni el número de muertos».

Anexo V

LISTA SS DE LOS PRISIONEROS EMPLEADOS EN LAS OFICINAS DE LA GESTAPO DE KL-MAUTHAUSEN EL 21 DE MARZO DE 1945

G = Griegos
P = Polacos
S = Españoles
Sch = Alemanes, riesgo de seguridad
SuKgf = Soviéticos, prisioneros de guerra
T = Checos

Kommando: POLITISCHE ABTEILUNG Mauthausen, den 21.. März 1945

L I S T E

über zu zahlende Prämien für die Zeit vom 19.3. 1945 bis 24.3.45 zu verbuchen gemäß Dienstvorschrift über Gewährung von Vergünstigungen an Häftlinge vom 15. 5.1943 bei Kap. 21/7 b (sächl. Ausgaben).-

Lfd. Nr.	Häftl. Nr.	Häftlingsart u. Name		Vorname	Eigesetzt als	Vorg. schlg. Prämie RM	Gen. u. ausbez. Prämie RM	Quittung
1.	5734	T	Neuwirt	Karl	Schreiber	5.-		[illegible]
2.	4971	S	Bailina	Josef	Schreiber	3.-		Josef Bailing
3.	1o9116	SuKgf	Bobkow	Mikolaj	Schreiber	2.-		[illegible]
4.	454o	S	Climent	Casimir	Schreiber	3.-		[illegible]
5.	116756	P	Goldberg	Zygmunt	Schreiber	3.-		[illegible]
6.	37734	G	Kambanellis	Jakob	Schreiber	2.-		Kambanellis
7.	34o55	Sch	Kanthack	Gerhard	Schreiber	3.-		Kanthack
8.	218o5	T	Krutis	Johann	Schreiber	2.-		Krutis Johann
9.	1o1146	P	Pedzinski	Bronisl.	Schreiber	2.-		[illegible]
1o.	112o6	P	Putek	Josef	Schreiber	2.-		Putek Josef
11.	11244	T	Rozehnal	Johann	Schreiber	3.-		[illegible]
12.	56238	P	Swiderski	Adolf	Schreiber	2.-		[illegible]
13.	2921	T	Stransky	Milos	Schreiber	3.-		[illegible]
14.	1o6o97	Sch	Uhsler	Adolf	Schreiber	3.-		[illegible]
15.	5185	S	Boix	Franz	Fotograf	3.-		Boix Franz
16.	25599	S	Cereceda	Josef	Fotograf	2.-		[illegible]
17.	4665	S	Garcia	Antonio	Fotograf	2.-		Garcia Antonio
18.	1o498	P	Gralinski	Johann	Buchbinder	2.-		[illegible]
19.	14757	P	Lastowka	Mirosl.	Fotograf	2.-		[illegible]
2o.	1o248o	P	Zdanowski	Andreas	Fotograf	2.-		Zdanowski
21.	6o74	T	Polasek	Wenzel	Reiniger	2.-		Polasek Wenzel

Rmk 53.-

v.a. Klemer
SS-Uscha

Anexo VI

LOS PRISIONEROS ESPAÑOLES VÍCTIMAS DE LA ACCIÓN SS LLAMADA UNNATÜRLICHE TODESFÄLLE (MUERTES ANTINATURALES):

La siguiente lista, limitada estrictamente a las víctimas españolas, forma parte de una lista, tantas veces más larga, de prisioneros procedentes de una docena de países distintos que fue compilada en el Politische Abteilung del KL-Mauthausen y guardada durante décadas en los archivos militares de Praga. Michal Koselja, investigador en historia y residente en esa ciudad, me envió en 2005 una copia fotográfica de esta lista en excelente estado. Quisiera expresarle mi más profunda gratitud.

La procedencia de la lista original no ha sido establecida con certeza, aun cuando sí es seguro que la lista se salvó gracias a uno de los prisioneros que trabajaban en el Politische Abteilung. Hay dos posibilidades: que el checo Milos Stransky la pusiera en manos de su compatriota Kuneš Pany y que este la hubiera entregado más tarde a las autoridades checoslovacas; o que su colega Gerhard Kanthack se hubiera apoderado de ella y la hubiera remitido a Juan de Diego, que fue la explicación de este al presente autor. Es más probable que se tratase de dos listas diferentes, y que la lista en cuestión, que terminó en los archivos de Praga, se conservase gracias a Stransky y Pany.

Al escribir a pluma los nombres españoles, inevitablemente el oficinista SS (o un prisionero seleccionado para este trabajo, sin duda Gerhard Kanthack, único prisionero alemán en ese departamento) cometió varias faltas. Dado que reproducir los errores de las SS no tendría ningún valor histórico si estos pudieran ser corregidos, he tratado de enmendar la lista lo mejor posible. Con este fin, quiero expresarle una igual gratitud a Daniel Zamora, domiciliado en la Costa Brava, por haber consultado los archivos de

Barcelona y por haber corregido varios de los nombres. Puesto que hasta él tiene dudas sobre algunos, añado a la lista el anexo «Dudas» que me ha enviado igualmente.

El lector observará en la cuarta columna la distinción hecha por los SS entre 'Span.' y 'Sp.Sch.' [es decir, Schutzhäftling, categoría normalmente usada para indicar un prisionero, alemán en la mayoría de los casos, detenido por razones de seguridad]. Se puede entender que la referencia 'Span.' indica un español hecho prisionero en 1940 con uniforme francés y al que se le ha negado el estado de prisionero de guerra, mientras que 'Span.Sch.' indica un español detenido en Francia por actos de resistencia.

N.°	Name (Apellidos)	Vorname (Nombre)	Nationalität (Nacionalidad)	Jahre (Año)	Datum (Fecha)	Einzelheiten über Todesfälle (Detalles sobre el fallecimiento)
53	Aguilar Moral	Juan	Span.	1942	11.01.42	Freitod durch Elektrizität
275	Alonso Alonso	Cirilo	Span.	1941	29.01.41	Freitod durch Elektrizität
294	Aparicio Espejo	Miguel	Span.	1941	11.11.41	Freitod durch Elektrizität
744	Arnosiaga Fernández	Julián	Span.Sch.	1944	08.01.44	Fliegerangriff getötet
283	Arqués Agilés	Francisco	Span.	1941	01.11.41	Freitod durch Elektrizität
272	Artal Paracuellos	Aniceto	Span.	1941	27.10.41	Freitod durch Erhängen
382	Artés Navarro	Manuel	Span.	1941	11.12.41	Freitod durch Elektrizität
51	Bagueste Ballabriga	José	Span.	1942	09.01.42	Freitod durch Elektrizität
281	Balls Rodríguez	Eugenio	Span.	1941	31.10.41	Auf der Flucht erschossen
314	Baqué Coll	José	Span.	1941	13.11.41	Freitod durch Elektrizität
513	Bernuz Carbó	Constantino	Span.	1942	18.06.42	Auf der Flucht erschossen
332	Boada Oliver	Eduardo	Span.	1941	28.11.41	Freitod durch Elektrizität
742	Bullich Ginot	Fructuoso	Span.	1942	28.07.42	Freitod durch Erhängen
329	Brun Boix	Antonio	Span.	1941	22.11.41	Freitod durch Elektrizität
453	Cajal Gracia	José	Span.	1941	22.12.41	Freitod durch Elektrizität
98	Campo Fernández	Florencio	Span.	1941	04.08.41	Selbstmord durch Elektrizität
62	Carranza Santillana	Andrés	Span.	1943	22.02.42	Tödlich verunglückt
274b	Castellet Jouer	Pascual	Span.	1941	29.10.41	Freitod durch Elektrizität
395	Catalán Pastor	José	Span.	1941	15.12.41	Freitod durch Elektrizität
304	Companys Castells	Francisco	Span.Sch.	1943	23.08.43	Tödlich verunglückt
333	Córdoba Córdoba	Inocencio	Span.	1941	28.11.41	Freitod durch Elektrizität
179	Daza Recuero	Victoriano	Span.	1941	18.09.41	Selbstmord durch Elektrizität
716	Escribá Morán	Francisco	Span.	1941	15.11.41	Freitod durch Elektrizität
319	Espinar Zamora	Juan	Span.	1942	02.01.42	Freitod durch Elektrizität
2	Esteban Monleón	Félix	Span.	1941	20.11.41	Freitod durch Elektrizität
325	Estrada Acién	Tesifón	Span.	1941	12.11.41	Freitod durch Elektrizität
310	Fernández Balganón	Cándido	Span.	1941	14.07.41	Selbstmord durch elektr. Draht berühren
61	Foguet Doll	Antonio	Span.	1941	09.12.41	Freitod durch Elektrizität
379	Forné Fuget	Pedro	Span.	1940	10.12.40	Unfall
65	Francisco Palahi	Esteban	Span.	1941	07.11.41	Freitod durch Elektrizität
298	Galí Famada	Narcisco	Span.	1942	19.03.42	Auf der Flucht erschossen

N.°	Name (Apellidos)	Vorname (Nombre)	Nationalität (Nacionalidad)	Jahre (Año)	Datum (Fecha)	Einzelheiten über Todesfälle (Detalles sobre el fallecimiento)
209	Gálvez Arias	Francisco	Span.	1941	09.04.41	Selbstmord durch elektr. Draht berühren
15	García López	Francisco	Span.	1941	09.12.41	Freitod durch Elektrizität
378	García Rubia	Francisco	Span.	1941	12.11.41	Freitod durch Elektrizität
308	Gelis Ricart	Joaquín	Span.	1942	07.07.42	Auf der Flucht erschossen
611	Gijón Rodríguez	Francisco	Span.	1941	05.11.41	Auf der Flucht erschossen
290	Giménez Ramo	Dionisio	Span.	1941	18.07.41	Unfall
83	Goma Soler	Ramón	Span.Sch.	1944	02.04.44	Durch Luftangriff getötet
188	Gómez Rodríguez	Rafael	Span.	1942	01.02.42	Freitod durch Elektrizität
188	González Villalba	Francisco	Span.	1941	03.07.41	Selbstmord durch elektr. Draht berühren
80	Grueso Muñoz	José	Span.Sch.	1944	07.06.44	Tödlich verunglückt
53	Heredia Romero	Bernabé	Span.	1941	13.07.41	Selbstmord durch elektr. Draht berühren
591	Inglés Mata	Pedro	Sp.Sch.	1944	09.07.44	Verletzung Luftangriff 8.7.44
591	Jiménez García	Enrique	Span.	1941	22.12.41	Freitod durch Elektrizität
60	Jiménez López	Francisco	Span.	1941	12.12.41	Freitod durch Elektrizität
948	Jordán Casas	José	Span.	1941	08.12.41	Freitod durch Elektrizität
452	Jornet Sentís	Pedro	Span.	1941	23.12.41	Freitod durch Elektrizität
384	Jova Flotats	Jaime	Span.	1941	28.10.41	Freitod durch Elektrizität
376	Juan Payá	Alfonso	Span.Sch.	1944	02.04.44	Durch Luftangriff getötet
456	López Rivera	Rafael	Span.	1941	07.11.41	Freitod durch Elektrizität
274a	López Muñoz	Rafael	Span.	1941	17.07.41	Selbstmord durch Ertrinken
187	Martínez Collado	Arturo	Span.	1941	26.12.41	Freitod durch Elektrizität
187	Martín López	Agustín	Span.	1941	25.12.41	Freitod durch Elektrizität
299	Martínez Fernández	Eulogio	Span.	1942	16.09.42	Auf der Flucht erschossen
66	Martori Massó	José	Span.	1942	11.01.42	Freitod durch Elektrizität
460	Mellado Mellado	Felipe	Span.	1941	17.11.41	Freitod durch Elektrizität
929	Mir Valles	Francisco	Span.	1942	01.02.42	Freitod durch Elektrizität
457	Miras Miras	José	Span.	1941	09.12.41	Freitod durch Elektrizität
54	Montón Francisco	Manuel	Span.	1942	08.05.42	Auf der Flucht erschossen
320	Morales Bueno	Justo	Span.	1941	21.11.41	Freitod durch Elektrizität
375	Morgat Clos	Luis	Span.	1941	28.11.41	Freitod durch Elektrizität
79	Mullor Catalá	Manuel	Span.	1942	28.01.42	Freitod durch Elektrizität

N.°	Name (Apellidos)	Vorname (Nombre)	Nationalität (Nacionalidad)	Jahre (Año)	Datum (Fecha)	Einzelheiten über Todesfälle (Detalles sobre el fallecimiento)
446	Navarrete Navarrete	Juan	Span.	1942	12.01.42	Freitod durch Elektrizität
328	Oliva Ramírez	Antonio	Span.	1941	05.11.41	Freitod durch Elektrizität
331	Orgaz Vila	Manuel	Span.	1941	02.11.41	Freitod durch Elektrizität
77	Ortiz Martín	Manuel	Span.Sch.	1944	25.07.44	Durch Fliegerangriff getötet
55	Ortiz Salamanca	Dionisio	Span.	1941	30.11.41	Freitod durch Elektrizität
293	Palmarín Moruno	Mateo	Span.	1941	12.11.41	Freitod durch Elektrizität
287	Paredes Consuegra	Félix	Span.	1941	30.11.41	Freitod durch Elektrizität
1078	Pascual Monago	Pedro	Span.	1941	06.11.41	Freitod durch Elektrizität
336	Piñol Mayor	Antonio	Span.	1941	19.07.41	Selbstmord durch Elektrizität
309	Puertas Valera	Tomás	Span.	1941	11.07.41	Selbstmord durch elektr. Draht berühren
337	Puigmolé Magriá	Emilio	Span.	1941	10.03.41	Unfall
296	Raventós Massana	Patricio	Span.	1941	05.11.41	Freitod durch Elektrizität
84	Real Lloses	José	Span.	1941	25.06.41	Selbstmord durch Erhängen
57	Riera Carranza	Francisco	Span.Sch.	1941	26.08.41	Auf der Flucht erschossen
10	Riva Esteras	Antonio de la	Span.	1942	24.07.42	Auf der Flucht erschossen
292	Roca Mirambell	Juan	Span.	1941	10.01.41	Selbstmord durch Elektrizität
27	Rodríguez Naranjo	Juan	Span.	1941	05.11.41	Freitod durch Elektrizität
137	Rodríguez Pérez	Cesáreo	Span.	1941	01.04.41	Selbstmord durch elektr. Draht berühren
148	Roig Vernet	José	Span.	1941	13.12.41	Freitod durch Elektrizität
291	Ros Torres	Damián	Span.	1941	09.11.41	Freitod durch Elektrizität
14	Rueda Vázquez	Pedro	Span.	1941	13.11.41	Freitod durch Elektrizität
394	Ruiz García	Francisco	Span.	1942	24.04.42	Auf der Flucht erschossen
301	Salvador Martín	Manuel	Span.	1941	06.10.41	Selbstmord durch Elektrizität
313	Sánchez Cubillas	Diego	Span.	1941	12.12.41	Freitod durch Elektrizität
343	Sánchez López	Marcos	Span.	1941	11.11.41	Freitod durch Elektrizität
218	Sauri May	José	Span.	1941	09.10.41	Selbstmord durch Elektrizität
307	Silva Beltrán	Fernando	Span.	1942	13.01.42	Freitod durch Elektrizität
383	Simó Dulcet	Alejandro	Span.	1941	09.12.41	Freitod durch Elektrizität
221	Sola Fernández	Francisco	Span.	1941	10.11.41	Freitod durch Elektrizität
59	Sospedra Lluch	Victoriano	Span.	1941	31.12.41	Freitod durch Elektrizität
377	Surinyat Serrat	Jerónimo	Span.	1941	21.12.41	Freitod durch Elektrizität

N.°	Name (Apellidos)	Vorname (Nombre)	Nationalität (Nacionalidad)	Jahre (Año)	Datum (Fecha)	Einzelheiten über Todesfälle (Detalles sobre el fallecimiento)
302	Torrent Corominas	Amadeo	Span.	1941	14.11.41	Auf der Flucht erschossen
465	Valero Villagrasa	Manuel	Span.	1941	28.09.41	Selbstmord durch Elektrizität
450	Ventura Ventura	Baudilio	Span.Sch.	1944	23.05.44	Auf der Flucht erschossen
318	Vidal Pujol	Andrés	Span.	1941	06.10.41	Selbstmord durch Elektrizität
213	Zapata Celdrán	José	Span.Sch.	1943	13.08.43	Tödlich verunglückt

Freitod durch Elektrizität:	suicidio por electrocución
Durch Fliegerangriff getötet:	fallecido durante un bombardeo aéreo
Freitod durch Erhängen:	suicidio por ahorcamiento
Auf der Flucht erschossen:	muerte por herida de bala durante un intento de fuga
Selbstmord durch Elektrizität:	suicidio por electrocución
Tödlich verunglückt:	muerte por accidente
Selbstmord durch elektr. Draht berühren:	suicidio por electrocución
Unfall:	muerte por accidente
Durch Luftangriff getötet:	muerto durante un bombardeo aéreo
Verletzung Luftangriff	herido durante un bombardeo aereo
Selbstmord durch Erhängen:	muerte por ahorcamiento
Selbstmord durch Ertrinken:	suicidio por ahogamiento
Tödlich verunglückt:	muerte por accidente
Span.:	español hecho prisionero en uniforme francés (1940)
Span. Sch.:	español capturado durante la Resistencia en Francia (desde 1941)

Como se puede ver en este documento, las SS utilizan términos distintos para el mismo concepto. «Muerte por accidente» está escrito en alemán de tres maneras diferentes, «suicidio por electrocución» también, y «bombardeo aéreo» en dos. Esta incongruencia es sorprendente en una oficina tan burocrática como la de las SS, y no hay una explicación clara.

Dudas

Acién (n.º 325): en la lista que consulté figura como Ación. Ambos apellidos son poco comunes.

Arnosiaga (n.º 744): en la lista que consulté figura como Arnoriaga. Ambos apellidos son posibles, aunque me parece más probable Arnoriaga.

Balganón (n.º 310): en la lista que consulté figura como Barganón. Ambos apellidos son poco comunes.

Balls (n.º 281): casi con seguridad es Valls.

Carranza (n.º 57): en la lista consultada figura como Granada. Ambos son apellidos perfectamente posibles. Cabe la pequeña posibilidad de que se trate de dos deportados distintos: la fecha del fallecimiento de Granada es 8 de septiembre de 1941.

De la Riva (n.º 10): podría ser también De la Riba, aunque es más común Riva.

Dulcet (n.º 383): en la lista consultada figura como Tulset. Me parece más probable que sea Dulcet, apellido catalán.

Gracia (n.º 453): es correcto; es un apellido bastante común, aunque no tanto como García.

Jornet (n.º 452): en la lista consultada figura como Corner. Ambos apellidos catalanes son bastante comunes.

Jouer (n.º 274b): en la lista que consulté figura como Ivert. Yo me inclinaría por Jover, un apellido catalán.

Lluch (n.º 59): en la lista consultada figura como Llucia. Me parece más probable Lluch, apellido catalán.

Ramo (n.º 290): en la lista que consulté figura como Romo. Ambos apellidos son bastante comunes.

Vernet (n.º 148): en la lista consultada figura como Bernet. Ambos son apellidos perfectamente posibles, aunque me inclino por Vernet.

Anexo VII

CORRIGENDA ET ADDENDA

PRIMERA PARTE
EL ARCHIPIÉLAGO KZ

1. Deportados a los Stalags

El superviviente y autor José de Dios Amill describe el período en Francia (sin mencionar ni lugares ni fechas) cuando su Compañía de Trabajadores Extranjeros, la 86.ª, fue capturada por los alemanes. Menciona un centro de internamiento en Tulle (Corrèze) (De Dios Amill, p. 23). En un momento dado, «aparecieron dos tanques, seguidos de dos grandes automóviles Mercedes descapotables que pararon justo enfrente de nuestra peculiar prisión. Nos sacaron de ella y nos condujeron a la ventanilla de uno de los coches. Estaba ocupado nada menos que por el mariscal [en realidad, general comandante de la 7.ª Panzerdivision] Erwin Rommel y su Estado Mayor, según nos dijo más tarde el soldado que nos vigilaba. Sin bajar del vehículo, el mariscal se dirigió a nosotros y en un castellano casi perfecto nos dijo que en aquel momento no teníamos nada que temer, que seríamos puestos en libertad en cuanto nos arreglaran la debida documentación» (De Dios Amill, p. 11). Su grupo, compuesto de mil hombres, todos españoles, fue enviado a Mauthausen, adonde llegó el 5 de enero de 1941. Fueron recibidos por un kapo alemán que hablaba también un castellano casi perfecto (De Dios Amill, p. 26). Como era barbero de profesión, De Dios Amill se convirtió enseguida en *prominenter*, y se manifiesta

muy agradecido de los privilegios que recibió (De Dios Amill, p. 35).

De Dios Amill escogió *La verdad sobre Mauthausen* como título para su libro, implicando así, no se sabe si intencionadamente o no, que todo lo escrito hasta 1995 no se ceñía del todo a la verdad. Esto genera una gran expectación en el lector. Entonces el autor le avisa, innecesariamente, de lo siguiente: «Es posible que esta narración no siguiera una línea cronológica rigurosa. Han pasado más de cuarenta años de lo sucedido y mi memoria no revive con exactitud el orden de los hechos que acaecieron, que vi y hoy describo con mayor o menor acierto» (De Dios Amill, p. 105).

2. Los españoles y el universo KZ

Las memorias de Francisco Batiste Baila han sido editadas en cinco ocasiones; la primera, cuarenta y cuatro años después de la liberación, lo cual le dio la oportunidad de verificar los hechos que narró. Pero sus memorias son de una calidad inconsistente, ya que tiene la manía, igual que muchos otros supervivientes, de narrar acontecimientos que no presenció. Además, hace afirmaciones absurdas, y escribe sobre asuntos de los que sabe muy poco. Se refiere al ignominioso comportamiento del gobierno francés de Léon Blum en las arenosas playas del Mediodía francés (Batiste, p. 118) como si Blum ocupase un puesto ministerial en el gobierno de Daladier. Cuando escribe sobre la administración de Mauthausen, realiza una única mención a su compatriota Juan de Diego, y ninguna a Hans Maršálek. Introduce su persona en la historia de las fotos, con un tributo no solo a Boix y a Antonio García, sino también a De Diego y a Climent (Batiste, p. 216) «por haber salvado las fotos» (Batiste, p. 216). En cuanto a la cantera en la que trabajaban los muchachos de Poschacher, la localiza cerca de Linz, y escribe que los chicos encontraron un vehículo en el que le llevaron las fotos a Anna Pointner, quien más tarde se las entregó a los americanos de la 11.ª División, ¡y que estos las vieron! (Batiste, p. 216).

Batiste tiene más que decir sobre los muchachos españoles. Con una dosis considerable de indecencia, escribe lo siguiente: «Jamás nos enteramos de que algunos de ellos sucumbiesen a los cantos de

sirena de los degenerados, abundantes en su barracón, que les prometían regalos». Se les daba tres cigarrillos al día, que fumaban ávidamente (p. 175). Puntualiza correctamente que solo algunos de los chicos fueron incorporados al kommando Poschacher, mientras que los demás se quedaron en el Hauptlager. También proporciona dos fotografías desconcertantes (p. 177) que muestran a cinco muchachos durante la liberación. En una de las fotos, aparecen cuatro muchachos de pie con un soldado americano. En la otra, aparece un muchacho en la Appellplatz; los barracones se distinguen con claridad. Los muchachos están esqueléticos. En el pie de foto se puede leer: «Algunos Poschacher ya liberados (Foto EE.UU.)».

Aunque mucho de esto empaña su credibilidad, lo que cuenta Batiste Baila contribuye en parte a reconstruir la historia. Batiste llegó a Mauthausen el 21 de enero de 1941, y en 1942 fue seleccionado junto con otros para formar el nuevo kommando César. El kommando se salía de lo corriente ya que estaba integrado por 400 trabajadores especializados, todos españoles, incluidos los kapos. El Oberkapo, César Orquín Serra, se convirtió en una leyenda, admirado por unos, despreciado por otros. Batiste lo había conocido en el campo francés de Agde y después en las Compañías de Trabajadores Extranjeros. Tanto Ziereis como Bachmayer lo tenían por un líder nato; Orquín era joven, elegante y le gustaba ir aseado. «Se decía libertario —nos cuenta Batiste—. Fue mitómano en grado sumo, pero inteligente, y hablaba correctamente el alemán.» El Valenciano Manuel Ginestar, quien sobrevivió y murió en Francia el 26 de diciembre de 2000, avisó de que César, como se le conocía, era despiadado por naturaleza. Tenía un «preferido», un tal Flor de Lis, de apenas veinte años, lleno de instintos criminales, hasta el punto que el kommando César, al principio atractivo para los españoles, pronto se convirtió en una unidad a evitar.

La unidad fue enviada a Ternberg, al sur de Steyr, «donde el ritmo de trabajo era infernal». En 1943 quedaban pocos con vida en aquel kommando. Entre los kapos españoles se encontraban de lo mejor y de lo peor. Entre los mejores estaban Juan Gil, el Blockältester del barracón 2; el joven Rosell, quien muchas veces compartía su ración privilegiada de comida con los más débiles; y Salvador Ginestá, en el servicio de garaje, a quien Batiste da el

título de doctor. Hubo también seis kapos españoles, «todos renegados, cuya conducta era cruel e indigna». Con la excepción de Vicente Ripollés, más conocido como «el Bruto», y que murió probablemente envenenado por sus compatriotas, se les conocía solo por un nombre o por el apodo: García, «el Vasco», «el Capitán», «el Gandía» y «Enriquito», de apenas diecinueve años.

Batiste pasó por más campos y recordaba a otros kapos, algo a la vez admirable y abominable, pero todo ello sin precisión. Estos incluían al kapo austríaco Emil Kuziatz, «una bendición divina»; Agustín Miralles Doménech, en el barracón 13, «camarada magnífico»; y del Nebenlager Leibnitz, donde se construían los Messerschmitt, el incomparable King Kong (Batiste, pp. 77, 82, 83, 98, 198).

3. Clasificación y estratificación

Se ha escrito poco sobre los triángulos rosas, pero Ernest Vinurel es mordaz a la hora de criticar la conducta de aquellos hombres en el campo en el que él estaba prisionero. Escribe que todos los que él conoció eran ciudadanos alemanes, y sobresalían por su «cobardía, perversión y sadismo. Estos rasgos del carácter predominaban en todos ellos» (Vinurel, p. 296). Vinurel también escribe (p. 246) sobre el predominio de la homosexualidad entre los triángulos verdes.

5. Vida cotidiana en el KZ

En Mauthausen, el Campo II se utilizaba como zona de cuarentena, y lo constituían seis barracones separados de los demás por alambre electrificado. Han sido muchos los que han apuntado que el verdadero propósito de las duchas y de la cuarentena no era el de proteger a los prisioneros de enfermedades contagiosas, sino el de acelerar el proceso de deshumanización, y eliminar a aquellos que no sirvieran para trabajar como esclavos. Vinurel también argumenta que la función del alambre electrificado era fomentar el suicidio (Vinurel, pp. 224, 306).

Entre los artículos de vestir que se les entregaban a los

prisioneros, ninguno era tan importante como la chapa metálica en la que iba grabado el número de prisionero, ensartada en un alambre como si fuera una pulsera en la muñeca izquierda. Setenta años después de la liberación, Ramiro Santisteban no había olvidado la respuesta a la pregunta: ¿en qué muñeca se llevaba? (Santisteban, entrevista.)

De Dios Amill (p. 65) da fe del hecho de que los españoles sufrían particularmente de la escasez de tabaco: «La carestía de tabaco era total para los españoles y solo se podía conseguir alguna colilla de los de la plana mayor».

De Dios Amill ofrece otros testimonios que evidencian cómo el hambre puede destruir la mente: «Había un clima obsesionante por culpa del hambre y estoy seguro de que si se hubiese realizado un referéndum, la mayoría hubiera aceptado vivir en una montaña de por vida, aislados de todo lo que pueda interesar en el mundo, con tal de disponer de comida abundante. Por lo que a mí respecta no podía quejarme» (De Dios Amill, p. 62).

Intentar razonar no conducía a nada. La pregunta «¿por qué?», que supone una constante natural en el niño, no tenía sentido en el universo de las SS. El prisionero judío húngaro Ernest Vinurel enseguida lo entendió: «Los prisioneros más viejos habían asimilado la única ley del campo, de todos los campos: "*Hier gibt es kein Warum*" (Aquí el "por qué" no existe)» (Vinurel, p. 237).

El pesimismo excesivo de Primo Levi —que, hay que decir, es cuestionado por su familia— lo comparte el psiquiatra austríaco Viktor Frankl, un superviviente de Auschwitz, cuando escribe: «Los mejores de nosotros no regresaron a casa». Como superviviente de Mauthausen, Ernest Vinurel, por su parte, argumenta los dos lados de la cuestión. «El sufrimiento y los castigos insensibilizaban, anestesiaban, ocultaban la percepción del sufrimiento del otro», escribe (Vinurel, p. 340). Pero también habla de la necesidad vital del altruismo, a cualquier precio, aunque fuera la propia vida. «No conozco a ningún detenido que haya vivido solo, y puedo afirmar que aquellos que decidieron estar solos no están aquí para contarlo. Cada uno tenía necesidad del otro, no solamente como apoyo moral, sino también material», y ofrece ejemplos en los que algunos prisioneros necesitaban ayuda constante de otros (Vinurel, p. 225). Todo apunta a una conclusión: en aquella prueba definitiva de

carácter, el individualista es el gran perdedor, y al que trabaja en equipo le queda una oportunidad.

6. Oranienburg, Buchenwald y Mauthausen comparados

Francisco Batiste Baila asegura haber presenciado una de las visitas de Himmler al Hauptlager (sin precisar cuál de ellas), y en aquel momento dice haber escuchado una conversación entre el Reichsführer y Ziereis. Himmler le preguntó al Lagerführer quién era aquel grupo de prisioneros. «Se trata de rojos españoles», contestó Ziereis. «¡Todos al crematorio!», replicó aquel. Batiste asegura que la orden fue «expresada en alemán del que ya entendíamos las palabras más usuales» (Batiste, p. 28). Batiste añade otra historia aún más fantástica. Himmler le encargó a Juan Serralta, cuyo trabajo como mampostero se había ganado la admiración del Reichsführer, que construyera un enorme mausoleo de granito a la memoria de su madre Dorothea Himmler, que acababa de fallecer (Batiste, p. 82). En realidad, la madre de Himmler, Anna Maria Heyder Himmler, había muerto en Munich el 10 de septiembre de 1941.

SEGUNDA PARTE
MAUTHAUSEN, CATEGORÍA TRES

1. La llegada

La fotografía más conocida de un Klagemauer muestra a once prisioneros alineados contra el muro en dos filas. A la izquierda del grupo hay un prisionero que ha sufrido tal paliza que apenas se tiene en pie. Batiste (p.185) identifica al grupo como partisanos yugoslavos, y el hombre a la izquierda como al español Juan Poch Sardó, «torturado por haber “robado” un puñado de sal. Aquellos once hombres fueron asesinados en Gusen en el mes de julio de 1942».

Todos los prisioneros debían llevar constantemente, prendido a la bocamanga izquierda con un alambre, como si fuera una pulsera,

la pequeña chapa con su número grabado.

El kapo Popeye nunca ha sido identificado. Jean Courcier lo describe como un alemán corpulento con una voz grave cuyo asistente para perpetrar sus brutalidades era un joven polaco llamado Marian (Beaux/Thouroude, p. 67). El abad Jean Varnoux describe un incidente en el que Popeye había recibido la orden de llevar a los prisioneros a la parte alta de la cantera. «Nos colocó en filas de diez al borde del precipicio. Entonces un SS soltó a los perros. Los de las primeras filas se despeñaron. Cuando ya solo quedaban unas docenas de hombres en la parte alta de la cantera, se llamó a los perros. Estos prisioneros fueron entonces colocados por parejas y se les ordenó que cada uno intentara empujar al abismo a su compañero. El ganador, salvaba la vida.» Varnoux añadió que el prisionero español Fidel Balbas fue a confesarse con él por haber resultado ganador en aquel combate, llorando amargamente mientras hablaba (Varnoux, pp. 114-115).

Jean Courcier describe su propia experiencia cuando marchaban por las calles del pueblo: «Los chavales nos escupían, casi nadie nos miraba» (Beaux/Thouroude, p. 66).

2. El círculo exterior: los SS

El Nebenlager de Steyr-Münichholz está grabado especialmente en la memoria de los españoles, quienes lo situaban en tercer lugar, después de la cantera de Mauthausen y de Gusen, en cuanto a crueldad se refiere. A su Lagerältester se le recuerda como Richard, y a sus Blockältester como Aldo y Franz. Centeno, un cordobés, describe el salvajismo de aquellos kapos como «superior al de los kapos alemanes. Se servían de un mango de pico al parecerles insuficiente la vara de buey para “tratar” a sus compatriotas». Pero en este caso, hubo justicia. Aldo y Franz fueron ejecutados por los SS (Batiste, p. 75), aunque no por exceso de crueldad.

La personalidad increíblemente amable de frau Bachmayer viene avalada por un testigo mucho más fiable. Se trata de Ramiro Santisteban, uno de los cinco jóvenes españoles que fue asignado, en un momento dado durante el tiempo que estuvo prisionero, a trabajar en la granja más cercana al Hauptlager. Se le ordenó recoger manzanas y llevarlas, escoltado por un SS, a la casa de los

Bachmayer. Frau Bachmayer le abrió la puerta con una sonrisa de lo más amable: «Tú debes de formar parte del grupo de los protegidos de mi esposo», le dijo. Y entonces, ¡le dio con la puerta en las narices al SS! Invitó a Ramiro a sentarse en el sofá y ella se sentó a su lado, hablando con él, Ramiro en un alemán muy rudimentario. Él creyó entender por lo que ella le dijo que su marido les tenía simpatía a los chicos, y que era gracias a él que ellos podían disfrutar de sus ventajas y que gracias a él estaban aún vivos. De hecho, todos menos dos seguían ciertamente con vida. Al final llamó a su criada para que se llevase las manzanas a la cocina y que trajese cuatro para dárselas a este «señor» (Ramiro Santisteban, 30 de diciembre de 2012).

Ernest Vinurel ofrece más información sobre el búnker de Mauthausen (p. 330), pero se equivoca en su alusión al hijo del almirante Miklós Horthy. El hijo que se encontraba en el búnker era, de hecho, Nicolás y no su hermano Istvan, que había muerto el 20 de agosto de 1942 en Belgorod al estrellarse su avión. En el búnker, en la celda número 5, se encontraban también dos altos dignatarios húngaros. Uno era el ex primer ministro de Hungría, Miklós Kállay, que había sido retirado de su cargo por los nazis el 22 de marzo de 1944, y había sido enviado en primer lugar a Dachau. El otro era el antiguo ministro y diplomático barón Bornemisza de Kászon. Los tres húngaros fueron transportados por los SS a Pragser Wildsee al sur del Tirol en abril de 1945. Los SS los dejaron allí, y el 5 de mayo fueron liberados por el Quinto ejército norteamericano, el mismo día en que el Tercer ejército liberó al campo de Mauthausen.

3. El círculo interior: los kapos

Domingo Félez Burriel «el Loco» había sido llevado en 1940 al Stalag de Estrasburgo. En diciembre de ese año fue trasladado a Mauthausen, y por estar lisiado fue llevado a Gusen. Recuperado, en noviembre de 1941 fue nombrado barbero del barracón. «Quizás me dirían “el Loco,” —explicaba en la posguerra— por lo rápido que afeitaba.» En septiembre de 1943 le trasladaron a Viena con un kommando de presos para hacer fortines antiaéreos en una fábrica de motores de aviones de caza establecida en Wiener-Neudorf. «Allí

no nos pegaban tanto», decía más tarde. En abril de 1945 los SS arrastraron al grupo de «el Loco» con ellos al Hauptlager. «Caminamos unos 180 km. Por la tarde mataban un caballo y lo comíamos crudo. El 8 de mayo, unos hombres me detuvieron, me hablaron en alemán, alguien me denunció, nunca supe quién fue. Fui acusado de cometer crímenes cuando trabajaba de kapo en la cocina en Gusen y de barbero en Wiener-Neudorf.» Domingo Félez fue enviado a la prisión de Dachau y asignado al barracón 2, y regresó allí a su oficio de cortar pelo, pero esta vez era el pelo de los SS prisioneros, incluida la mismísima Ilse Koch, la esposa del Lagerkommandant de Buchenwald. Así fue como Félez tuvo la oportunidad de conocer a «La Bestia de Buchenwald». «Ilse Koch —relató— utilizó a un prisionero para quedarse encinta, de tal manera que cuando fue llevada a juicio ya estaba embarazada de cuatro meses.» En su propio juicio en Dachau Félez insistió en que todo era un embuste. «¿Cómo iba yo a llevar gente a la cámara de gas?» Fue sentenciado a cuatro años de prisión, y echó la culpa de ello al tribunal, por no tener un intérprete profesional de español. Tras dos años, en julio de 1947, fue puesto en libertad. Después de trabajar un tiempo en Munich, como barbero y en el mercado negro, emigró a Venezuela. (Información enviada por Laura S. Leret.)

Indalecio González González («Asturias», «Napoleón») llegó a Mauthausen en enero de 1941. Tenía todos los atributos para ganarse el puesto de Oberkapo en Kastenhofen, la cantera más grande de Gusen, que enseguida se dio a conocer como «la cantera del Asturias». Siempre que el Lagerkommandant salía del campo, anunciaba: «¡Napoleón es el comandante!». El comandante sabía de quién fiarse. El personal de Indalecio, 14-16 kapos y 40-45 ayudantes, incluía a un kapo alemán que les gritaba a su compañeros, «¡A ver quién es el que más mata!». Jean Courcier dijo sobre Indalecio cuando trabajó a sus órdenes en Sankt Georgen, que este era especialmente hostil con los franceses. González fue hecho prisionero en mayo de 1945, juzgado, condenado a muerte y ahorcado en la prisión de Landsberg (Beaux/Thouroude, p. 68; García Gaitero, pp. 83, 85, 87).

Batiste (p. 176) asegura que este convoy procedente de Angulema y que llegó a Mauthausen el 23 de agosto de 1940 fue recibido en la estación por el mismísimo Bachmayer. Esta afirmación no ha sido nunca corroborada, y Batiste aún no había llegado a Mauthausen.

Se mantuvieron más entrevistas con Ramiro Santisteban (en Levallois-Perret el 30 de diciembre de 2012) y con Lázaro Nates (en París el 13 de diciembre de 2012), ambas en compañía de mi asistente cuatrilingüe Christina Böhrer. Los dos antiguos jóvenes Poschacher hicieron las siguientes aclaraciones y ampliaron la información que habían proporcionado en entrevistas anteriores.

Todos los muchachos fueron expuestos tras su llegada a la experiencia estandarizada de la cantera y los 186 escalones; y vistieron el habitual *drillich*. Pronto se les distribuyó a diferentes puestos de trabajo como limpiadores, ayudantes de cocina y todo lo demás. Nates tuvo la suerte de obtener un trabajo como Stubendiener. Tras una reunión entre Bachmayer y Anton Poschacher, celebrada probablemente ya en junio de 1943, la mayor parte de los chicos, pero no todos, fueron incorporados al kommando Poschacher. Se les dio uniformes que ellos creyeron pertenecieron a la Guardia Real con una raya roja en la pernera del pantalón, en la espalda y sobre el pecho. Al principio los chicos iban y volvían del campo a la cantera todos los días, acompañados por un número variable de entre seis a once guardias de las SS, pero en octubre de 1944 se decidió que dormirían en unas chozas en la cantera. Se les traía la comida del campo en un carro tirado por un caballo y conducido por el jardinero personal de la familia Poschacher. En la cantera trabajaban con civiles, entre los que había cuatro o cinco mujeres, y entre las que se encontraba Anna Pointner, todas realizando el mismo trabajo duro que los hombres. Cuando no tenían que trabajar, los chicos podían moverse con libertad por el pueblo. En 1945 el número de guardias se redujo a uno, quien entonces se convirtió en su escolta todo el rato. Este hombre era distinto. Era joven, «una buena persona», y parecía tener cierta cultura. Llamaba a los chicos por sus nombres, y nunca pegó a ninguno. En las últimas semanas de la guerra, los Poschacher se separaron, cada chico se fue por un lado. Ramiro y su hermano Manuel, que no estaba en el grupo de los Poschacher sino empleado

como kapo de las duchas y la calefacción, fueron enviados a Linz a trabajar en una fábrica de armas mientras su padre se moría de hambre en el Hauptlager. Su padre sobrevivió, pero murió al mes de regresar a París. En cuanto a Lázaro Nates, él describe el final de la guerra como «un auténtico caos». Se le envió en un grupo de tan solo ocho integrantes, no todos españoles, a una fábrica de cuero cerca de Linz, donde no había SS. Regresó a Francia cinco días después de la liberación con un grupo de treinta españoles a bordo de un tren que hizo escala en Épernay, y desde allí se les transportó a París, y luego al Hôtel Lutétia.

Ramiro Santisteban relató (30 de diciembre de 2012) que había dos curas en el pueblo de Mauthausen. Siempre que los chicos de Poschacher iban por la calle, los SS caminaban delante de ellos. Cuando veían a un cura, los chicos aminoraban el paso para poder saludarle, tomando precauciones para no meter al cura en un aprieto. El cura se tocaba el ala del sombrero y susurraba «*Grüss Gott*». Pero un día un SS se dio cuenta, y le dio una patada al cura tan fuerte que este gritó de dolor.

La chica guapa en la carretera del Danubio trabajaba en Linz, y todos los días iba y volvía caminando de la estación a su casa. Los chicos españoles sabían su horario, y siempre intentaban trabajar junto a la carretera para ver su sonrisa y las de otras chicas que pasaran por la carretera. «Una simple sonrisa —dijo Ramiro Santisteban— era para nosotros de lo más valioso.» «Cuando el SS la interceptó en la carretera del Danubio cuando ella intentaba esquivar un cuerpo tendido allí, el SS la agarró por el pelo y restregó su cara por un charco de sangre. Cuando se incorporó, tenía el rostro cubierto de sangre» (entrevista, 30 de diciembre de 2012).

De Dios Amill y Eduardo Escot, que es quien escribe el prefacio de su libro, hacen mención de la llegada de un grupo de 300 judíos holandeses el 21 de junio de 1941. Generalmente los supervivientes recuerdan bien esta fecha ya que fue el día de la desinfección total del campo, que precedió, por tan solo veinticuatro horas, al ataque de la Unión Soviética por los alemanes. Los holandeses eran jóvenes, de entre dieciséis y veinticinco años, y lo que más llamó la atención de los españoles sobre ellos fue que todos iban muy bien vestidos. (De Dios Amill, p. xxii, 92.)

El abad Jean Varnoux empaña su credibilidad cuando repite la historia popular. Los gemelos Schwarzenberg, escribe, agarraron a un SS y lo arrastraron al fondo con ellos (Varnoux, p. 115). Varnoux había oído contar la historia. Aquel 13 de diciembre de 1943, cuando ocurrió el incidente, él no se encontraba en Mauthausen.

6. El Revier, antecámara de la muerte

Las ejecuciones mediante un tiro en la nuca se realizaban en una pequeña celda adyacente a la cámara de gas, denominada «estudio de fotografía». Se le pedía al prisionero que se pusiera en pie mirando a la pared mientras se le tomaba la foto; a través de un agujero en la pared opuesta un SS disparaba el *Genickschuss*. Otro método, posiblemente empleado en otro período, consistía en hacer que el prisionero se apoyara en la pared contra una cinta métrica como si fueran a medirlo. Cuando el bloque movible por encima de su cabeza se bajaba hasta hacer contacto con ella, dicho contacto hacía que se disparara automáticamente una bala en la nuca.

8. Gusen, el anexo

García Gaitero (p. 72) le atribuye a Santiago Raga el mérito de haber organizado la resistencia en Gusen. Jean Courcier (p. 68) reconoce que la resistencia en Gusen tuvo su origen en los españoles.

García Gaitero escribe (p. 91) sobre un contingente de 40 prisioneros españoles, marcados con tinta verde, que fueron asesinados el mismo día de su llegada a Gusen el 24 de agosto de 1941.

Hubo pocos prisioneros con peor reputación que la que se ganó el español Tomás Urpi. En Gusen sirvió como Block- ältester en el barracón 32 (enfermería). «Por la cosa más mínima —escribe García Gaitero—, era capaz de matar a un hombre. Una noche, él solito mató a 38 prisioneros, todos españoles.» Efectivamente, Tomás presumía abiertamente de ello ante los otros prisioneros españoles. «Treinta y ocho que yo maté y cincuenta y uno que la espicharon por su cuenta.» Incluso les contó a Gaitero y a otros cómo lo había

hecho: «Les extendieron en el suelo, les ponía la rodilla en la barriga, cogía por el cuello, y daba un tirón seco. La dorsal crujía y morían como conejos. Podéis creerme, no sufrían nada.» Era tal su obsesión con su propio poder sobre sus compatriotas que le dio a Gaitero la dirección de su casa en Sabadell. Gaitero la apuntó mentalmente o, mejor dicho, borró de su cabeza, como Hamlet, toda aquella sabiduría inútil hasta que aquella dirección se le quedó grabada para siempre. Al final, no fue necesaria. Tomás fue descuartizado el día de la liberación. Pero los crímenes de Tomás nunca se conocieron, por desgracia para Gaitero. En su casa, en Sabadell, se le informó a su padre que recibiría una indemnización por el sufrimiento de su hijo. El gobierno alemán le pagaría 16.954 marcos como mínimo, unas 237.356 pesetas, unos 1.426 euros, más una pensión mensual de 128 marcos, 1.792 pesetas, 10,77 euros (García Gaitero, pp. 11-113), una cantidad espléndida para la España de Franco.

Batiste (p. 77) describe la crueldad de Asturias como «pareja a la de los peores kapos alemanes». Añade que fue entregado a las fuerzas norteamericanas, que fue juzgado y condenado, y después de cumplir su condena, «según algunos», retornó a España.

9. Los Nebenlager

El SS-Hauptsturmführer doctor Sigbert Ramsauer era natural de Klagenfurt. Tras servir en el Revier de KL-Dachau, llegó a Mauthausen en diciembre de 1941 pero pronto fue asignado a Gusen. En el verano de 1942 se le transfirió a KL-Neuengamme, y regresó a Mauthausen en agosto de 1943, donde se le asignó el Loibl-Pass. En mayo de 1945 intentó evitar ser capturado, pero en Ferlach (Carinthia) fue reconocido y detenido por un grupo de partisanos. Fue juzgado por un tribunal militar británico en Klagenfurt, y el 10 de octubre fue sentenciado a cadena perpetua. El 1 de abril de 1954 fue puesto en libertad por cuestiones de salud. Ramsauer entonces comenzó a trabajar en el hospital general de Klagenfurt donde alcanzó el puesto de jefe de personal médico. En 1956 estableció su consulta privada en el Domplatz de su ciudad natal, y fue en 1991 en Klagenfurt donde a este asesino de masas sin remordimientos le vino a visitar la muerte. Poco antes de morir,

en una entrevista de la televisión, se le preguntó si había odiado a los prisioneros de los campos. Contestó lo siguiente: «No había razón para odiarles. Pero sí que me dio la impresión —seamos francos— que aquella gente era sin duda seres inferiores».

Aunque Himmler había ordenado que todas las cartas que los prisioneros enviasen a sus casas debían ir escritas en alemán, una carta enviada por José Miret Musté a su madre, siguiendo el formato nazi, atestigua que él, al menos, pudo escribir a casa en español. Fotocopia de la colección personal del autor, fecha ilegible.

Según el SS-Obersturmführer Kurt Schmutzler, en su proceso, la fábrica de Wiener-Neudorf, con sus prisioneros, se trasladó en 1945 a Kirchbüchel, en el Tirol.

El Nebenlager Melk estuvo operativo entre el 21 de abril de 1944 y el 15 de abril de 1945. Ernest Vinurel, que estuvo allí durante la mayor parte de la existencia del campo, escribe sobre una particularidad de este: era único entre los campos de las SS por estar constituido casi exclusivamente por prisioneros franceses. La razón que da es el puro azar: los Nebenlager se surtían de prisioneros según lo que estuviera disponible en el Hauptlager, y la fecha de inauguración de Melk coincidió con la llegada de un convoy de prisioneros franceses de Compiègne. El abad Jean Varnoux afirma simplemente que la población del campo de Melk alcanzó los 10.000 reclusos, «con muchos nuevos franceses», y que Melk mantuvo ese número hasta el final (Varnoux, p. 117; Vinurel, p. 248).

Entre los prisioneros franceses en Melk estaba André Lacaze, futuro redactor en jefe de *Paris Match*.

El puesto más alto del escalafón, el de Lagerältester, le fue concedido a un tal Bertl. En el puesto inmediatamente inferior, como Lagerkapo responsable del Arbeitdienst en la fábrica subterránea, se encontraba Uli, un gitano triángulo marrón. Entre sus víctimas se encuentra el prisionero francés Henri Cordier, un inspector de policía de Belfort, al que maltrató de tal manera que falleció en unas semanas, el 19 de enero de 1945, «muy noblemente», como recuerda su compañero de penurias, Varnoux (Varnoux, p. 197).

Entre los kapos se encontraba Karl Horak, un triángulo verde austríaco, que había sido detenido por carterista, y eran sus

víctimas los propios turistas para quienes hacía de guía en la catedral de San Esteban. Entonces entró en Mauthausen en la clase privilegiada de triángulo verde, primero como kapo de los Friseurs, después como kapo de los peladores de patatas. Jean Varnoux le recuerda como un buen hombre que hacía lo posible para ayudar a todo el mundo (Varnoux, pp. 123-124).

Melk era un lugar especial al menos en un sentido. Los rangos de kapo, Blockältester y Blockschreiber incluían judíos, y estos eran por tanto responsables de kommandos de trabajo y de barracones compuestos por prisioneros que no eran judíos. Hubo incluso un Oberkapo que era un judío húngaro y que tenía a su cargo a otros kapos que eran *Reichsdeutsche*. Ernest Vinurel cree que este fue el único caso en todo el universo SS (Vinurel, p. 285).

Los empleados de la Schreibstube, que pertenecían al nivel superior de los *prominenten*, además de trabajar, como en otros lugares, en la administración central del campo, constituían el centro neurálgico de la Resistencia, conocido como Comité Internacional. El puesto de Lagerschreiber principal le fue asignado a Hermann Hofstädt, un abogado y militante de la Democracia Cristiana de Westfalia. El periodista francés Antonin Pichon, cuya identidad judía y nombre real, André Ulmann, no fueron revelados hasta después de la liberación, trabajaba en la misma oficina. Pichon ocupaba el puesto de Lagerschreiber 1, cuya obligación era constituir los diferentes kommandos de trabajo. Tanto Hofstädt como Pichon actuaban además de intérpretes. Ulmann había servido en España durante la guerra civil, y había conocido a todos los líderes republicanos españoles, y ahora trabajaba como enlace con los prisioneros españoles en Melk (Varnoux, p. 94; Vinurel, pp. 250-251).

En Melk, como en todos los Nebenlager, el Revier representaba esencialmente la antecámara de la muerte, y en el caso de Melk, que era famosa por su tranquilidad monástica, el Revier se deshacía de sus muertos y moribundos enviándolos a las cámaras de gas y los hornos crematorios del Hauptlager. Los médicos SS a cargo del Revier de Melk, al igual que en cualquier otro campo, tenían como cometido asegurarse de que no se interrumpían los envíos regulares de cuerpos, ya que los títulos de medicina no tenían valor para obtener una posición como médico de las SS. El mejor ejemplo para

ilustrar esto es el caso del SS-Scharführer Gottlieb Muzikant, fontanero y pintor de profesión, aunque anteriormente había sido seminarista. Después de servir en el Nebenlager de Steyr-Münichholz, fue nombrado SDG-SS (Sanitätsdienstgehilfe), lo cual le puso a cargo del Revier, y aseguraba que contaba con la habilidad del diagnóstico infalible. Si un paciente sobrevivía al tratamiento, le decía al médico prisionero Hirsch: «¿Lo has visto? Yo tenía razón. Se ha curado» (Vinurel, entrevista; Varnoux, p. 105; Vinurel, pp. 252-299). Claramente disfrutaba en su papel: «la bata blanca, el estetoscopio sobresaliendo por su bolsillo; pero en su mano, un *gummi*; la gorra de las SS con la insignia de la calavera, la mirada impasible. Un monstruo. Mataba por placer» (Vinurel, entrevista; Vinurel, pp. 272, 311). En una ocasión, un prisionero ruso que intentaba escapar de un tren perdió las dos piernas. Muzikant lo aceptó en el Revier, pero no permitió que se le diera ningún tratamiento. Murió a la mañana siguiente, tras horas de agonía (Varnoux, p. 199). Cuando llegó el momento de la evacuación, René Perrier, un dentista prisionero francés que trabajaba en el Revier, fue testigo de cómo Muzikant les inyectó fenol en el corazón a 30 o 40 pacientes que estaban demasiado débiles para viajar (Varnoux, p. 232). A finales de abril de 1945 fue capturado por efectivos del ejército norteamericano, pero logró escaparse. Llegó a Alemania y se estableció en Fulda donde, con su nombre verdadero, trabajó como peón. Su detención como criminal de guerra ocurrió por casualidad, por estar implicado en un asunto de bigamia. El juicio comenzó el 30 de noviembre de 1959, y Varnoux compareció como testigo el 10 de diciembre de 1960 (Varnoux, pp. 202-203). Muzikant fue declarado culpable por el asesinato de 90 personas, y el 23 de diciembre de 1960 fue sentenciado a 21 condenas de cadena perpetua con trabajos forzados.

Mientras Muzikant estuvo a cargo del Revier, él mismo elegía a sus asistentes a dedo. El secretario prisionero del Revier, el alemán Otto Baumgartner, que había sido brigadista internacional en España y era muy admirado, fue relevado del puesto indudablemente por su excesiva humanidad (Vinurel, p. 227). En cuanto al kapo del Revier se refiere, se le dio el puesto a Zdenek Michalak, un triángulo rojo polaco, al que Vinurel describe como un

ardiente antisemita que buscaba cualquier pretexto para atacar a los judíos (Vinurel, p. 318).

El gran cambio llegó al Revier cuando se sustituyó a Musikant por el médico austríaco de la Luftwaffe, Josef Sora. Aunque Musikant aún mantuvo una plaza en el Revier, y el doctor Sora estaba sujeto a las órdenes de las SS, el Revier sufrió una transformación radical. Sora hizo todo lo posible por el bienestar de sus pacientes, y conversaba libremente con los médicos prisioneros (el francés Guy Lemordant, el italiano Sforza y el griego Vasilikos), como cualquier médico haría con sus colegas de profesión (Varnoux, p. 200). Ernest Vinurel afirma que probablemente le debía la vida a los cuidados recibidos del doctor Lemordant (Vinurel, p. 315).

Al igual que en otros lugares, los suministros médicos eran extremadamente escasos. Había aspirina para bajar la fiebre, pastillas de carbón para la diarrea y tintura de yodo para los pulmones. El doctor Sora logró conseguir alguna otra medicina como las ampollas de calcio (Vinurel, pp. 296, 315).

Nebenlager Melk fue inaugurado por el mismo capitán de las SS que inauguró Nebenlager Ebensee: el Hauptsturmführer Anton Streitwieser, quien se mantuvo en el puesto de Lagerführer por un corto período de tiempo hasta que fue relevado por el Hauptstürmführer Julius Ludolf. Su nombre presenta problemas a la hora de escribirlo correctamente. Algunos autores, incluido French L. MacLean, que ha trabajado en archivos oficiales, escriben «Ludolph», pero Tomaz Jardim, que, al igual que yo, ha trabajado en los archivos de NARA, lo escribe «Ludolf».

Ludolf había servido con anterioridad como Lagerführer en Loibl-Pass, pero los ingenieros y las empresas que estaban construyendo el túnel lo consideraron demasiado duro. Permanecería en su nuevo puesto en Melk hasta el fin. Ernest Vinurel, durante la segunda entrevista en París el 10 de mayo de 2005, me lo describió como un antiguo taxista de Hamburgo que no era un verdadero SS: «Él había ido de un extremo a otro». En lugar de ir acompañado por un perro lobo, que era la tradición aceptada y, ciertamente, la costumbre de Bachmayer, de Schulz y de otros en el Hauptlager, Ludolf salía desfilando con un carnero: «Un carnero lleno de lazos, arreglado y emperifollado», según el propio Vinurel, que cuenta lo que vio. Lo que Vinurel no vio, pero que se lo oyó

contar al médico de la Luftwaffe Sora, «son las auténticas orgías que Ludolf organizaba en su apartamento en el cuartel, con chicas que traía de Viena» (Vinurel, p. 285). Jean Varnoux describe otro incidente en el que Ludolf entró en la cocina y le pegó un tiro al kapo Chani por amasar una fortuna en oro, joyas y cigarrillos (Varnoux, p. 110).

Entre los SS que servían en los escalafones inferiores, se encontraba el SS-Oberscharführer Kurt Jansen, el Rapportführer. Feldwebel Ernest Schindler, de la Luftwaffe, servía como Arbeitsdienstführer. Los suministros que debían ser trasladados desde la estación o el muelle al campo eran la responsabilidad del SS-Hauptscharführer Otto Striegel. Ernest Vinurel escribe sobre él que «se las apañaba bastante bien, obteniendo un jugoso beneficio, todo en detrimento de los detenidos, lo cual le valió, tras la liberación, ser condenado a muerte y ejecutado. Por lo que a mí respecta, yo le habría concedido con gusto varios atenuantes» (Vinurel, p. 310). Una sorprendente expresión de generosidad, se podría decir, por parte de un judío húngaro, prisionero en Melk.

Lo que resulta sorprendente, al dar como buena la afirmación de Ernest Vinurel, es la escasez de personal en Melk. «Si mi memoria es buena —escribe—, no había más de siete miembros de las SS en total destinados al campo de Melk» (Vinurel, p. 281). El vacío se llenó con personal de la Luftwaffe, y el resultado fue que «la gran mayoría de los matones de Melk eran soldados de la honorable Wehrmacht» (Vinurel, p. 284).

En Melk, como en todo el universo SS, los encargados de pegar eran los kapos. El primer Lagerältester de Melk fue un tal Tony, que llevaba el triángulo negro de los antisociales. Como no era lo suficientemente cruel, fue reemplazado en junio de 1944 por Berthold Wernig, conocido como Bertl, y que había trabajado con anterioridad de kapo asesino en la cantera de Mauthausen. Wernig fue, a su vez, reemplazado por Henri Scherrer. Aquello fue, lo que se dice, un giro radical, ya que Scherrer era un triángulo rojo francés, un suboficial del ejército galo. Su promoción fue debida a que hablaba alemán perfectamente, y en su puesto dio muestra de su integridad, ya que perfeccionó el difícil arte de cómo tratar a un prisionero ante un SS, pegándole fuerte sin hacerle daño (Varnoux, p. 193). Si a Scherrer se le dio el puesto que antes había ocupado el

asesino Wernig fue gracias al éxito del prisionero francés Pichon de persuadir a Ludolf para que aceptara a Scherrer (Varnoux, p. 105).

En 1944, el mando de las SS había llegado a la conclusión de que la única manera de proteger sus fábricas de armamento de los bombardeos aliados era construirlas bajo tierra. La fábrica de rodamientos de Steyr, que no era subterránea, había sido destruida desde el aire. Se decidió, por lo tanto, en abril de 1944 que Steyr-Daimler-Puch construiría una fábrica bajo tierra en Roggendorf, a tan solo cinco kilómetros al sudeste de Melk, y que se llamaría *Quarz*. El kommando que se envió para su construcción, llamado Schachtbau, estaba compuesto por 1.500 prisioneros, y este número se mantuvo constante durante el tiempo que existió (Varnoux, p. 94). Su Oberkapo era un triángulo negro conocido como Ernst, y le acompañaban menos de diez SS, pero Varnoux añade que eran suficientes para infundir terror.

Subterráneo o no, casi nada escapaba de los bombardeos aliados. El 8 de julio de 1944, un grupo de aviones aliados regresaba de un bombardeo sobre Viena con bombas aún en sus bodegas. Cuando los observadores de a bordo vieron Melk, las dejaron caer sobre la ciudad. Ernest Vinurel estaba en el Sonderkommando en la fábrica de Roggendorf cuando a las once de la mañana oyó la *Fliegeralarm*. Las bajas ascendieron a un total de 250 muertos y 197 heridos graves. En un barracón, 197 judíos húngaros se quemaron vivos. En los barracones de los guardias de la Luftwaffe, 37 hombres perdieron la vida. Las oficinas de la Kommandantur fueron alcanzadas también, y los daños causados por las llamas a los archivos del campo supusieron un desastre burocrático de enorme magnitud. Esto dejó a Ludolf desprovisto de una lista fiable de prisioneros, y reaccionó desatando su furia. Mientras los SS gritaban órdenes y contraórdenes, se formó a los prisioneros en la Appellplatz y se les obligó a permanecer allí, todo el día, hasta que Juan de Diego, escoltado por Bachmayer a bordo de un coche, pudo llegar a Melk con un duplicado de la lista de prisioneros (Varnoux, p. 153; Vinurel, pp. 274-278).

Ernest Vinurel recuerda aquel bombardeo de julio de 1944 por otra razón, haciendo hincapié en que fue el único acontecimiento de la guerra en Melk que sus habitantes recordarían después. Hubo bajas entre la población, pero además añade: «Esta encantadora

ciudad de unos 4.500 habitantes fue testigo durante este tiempo de la muerte de 5.000 prisioneros, víctimas de la fatiga, la brutalidad, la malnutrición, en un campo plantificado en su ciudad, sin que ellos considerasen que ello le robaba encanto, y sin que les remordiera la conciencia» (Vinurel, p. 244).

El caso de Ernest Vinurel ilustra la velocidad con la que un prisionero podía ser transferido del Hauptlager al Nebenlager, especialmente en el último año de la guerra. Vinurel llegó a Mauthausen a finales de mayo de 1944, y antes de que se terminase el mes ya había llegado a Melk (Vinurel, pp. 201, 247).

Sora era un doctor antinazi austríaco que había servido de lugarteniente en la Luftwaffe. Le confesó a Ernest Vinurel que había corrido el enorme riesgo de llevar una radio al campo, y que se la había confiado a Hofstädt y a Pichon (Vinurel, p. 246).

Los supervivientes españoles le han reprochado a Ernest Vinurel su criticismo hacia los españoles en Melk, pero él cuenta su propia experiencia e insiste en que nunca sintió ese resentimiento hacia los presos españoles en otros campos. La Lagerpolizei en Melk estaba constituida exclusivamente por republicanos españoles. No llevaban los cascos puntiagudos que normalmente llevaba la Lagerpolizei en el Hauptlager, pero tenían la misma función de *guardia pretoriana*, dando comienzo al nuevo día con el terrorífico sonido del gong. Iban armados de *schlagues*, que utilizaban con liberalidad, el propio Vinurel recibió diez latigazos con un *gummi* sobre una mesa. Como Juan de Diego era el responsable de enviarlos a Melk, Vinurel sugiere que el motivo del Lagerschreibstube era el de deshacerse de estos criminales españoles («este grupo de ovejas negras»). Añade que el kapo de la Lagerpolizei era un caso raro ya que era franquista, pero Vinurel no explica cómo sobrevivió entre aquellos republicanos acérrimos (Vinurel, p. 296). El único Lagerpolizei cuyo nombre se menciona es Fidel Balbas (Varnoux, p. 114).

La ciudad de Melk se encontraba más cerca de la vanguardia soviética que de la norteamericana o la británica, por lo que se forzó la evacuación tanto de la propia ciudad como la del Nebenlager. Los primeros en ser evacuados, 1.500 entre moribundos y niños, fueron enviados al Hauptlager (Varnoux, p. 232). Ludolf quería asesinar al resto utilizando los túneles del proyecto subterráneo *Schachtbau* en Roggendorf. Se llegaron a colocar los

explosivos que harían volar la entrada de los túneles mientras los prisioneros trabajaban en su interior (Varnoux, pp. 228, 232). El doctor Josef Sora se enteró del plan y se dirigió al subprefecto de Melk, que sabía que era antinazi. Cuando el subprefecto le dijo que no podía hacer nada, Sora le pidió que se saltara al prefecto, y que hablase directamente con su superior en Viena, el doctor Hugo Jury, que era el Gauleiter de Niederdonau, y le pidiese que se pusiera en contacto con Ziereis. Jury estaba ultimando preparativos para suicidarse, lo cual es posible que haya influenciado en su decisión, pero lo que queda claro es que la iniciativa de Sora fue la acertada. Jury telefoneó a Ziereis, quien a su vez telefoneó a Ludolf, y se transmitió la orden, cuatro días después, el 13 de abril, de evacuar Melk, unos en barco hasta Linz, y otros por carretera a Ebensee. Como narra el abad Jean Varnoux, aquello salvó 10.000 vidas (Varnoux, p. 232).

Se cedió el mando del convoy de Ebensee al SS-Obersturmführer Reichenbeck, pero este prefirió escapar hasta allí con su familia en un coche, y dejó a su adjunto, el Oberscharführer Paul Binzenbach, al mando. Vinurel fue uno de los que fueron enviados al Hauptlager, y allí se le alojó en el nuevo anexo, Lager III, que consistía en ocho barracones levantados frente al antiguo barracón de cuarentena. Se encontró en compañía de un secretario de barracón británico (había pocos prisioneros británicos) y dos de los líderes de la resistencia: el checo Kuneš Pany y el italiano Giuliano Pajetta (Vinurel, p. 329).

Jean Courcier había sido enviado a Gusen II (St. Georgen) poco después de llegar al Hauptlager. De ahí, se le llevó a Mödling-Hinterbrühl el 22 de noviembre de 1944, para trabajar en los Heinkel 162, el primer avión a reacción del mundo. Pero estos aviones eran demasiado complicados para las Hitlerjugend, que eran los únicos pilotos que quedaban, y la producción se paró el 31 de marzo de 1945. Courcier y su grupo entonces fueron devueltos al Hauptlager, adonde llegaron el 7 de abril (Beaux/Thouroude, pp. 68, 80).

Págs. 207-209. La cámara de gas móvil funcionaba no solo en el trayecto de Mauthausen a Hartheim, sino también entre Mauthausen y Gusen, gaseando en el viaje de ida y en el de vuelta (García Gaitero, p. 90).

Batiste (p. 173) atribuye la liberación de Juan Bautista Nos Fibla, natural de Alcanar, a ciertas relaciones entre su familia y la de Ramón Serrano Suñer.

El Nebenlager de Bretstein, creado para la construcción de una carretera, era poco más que un Aussenkommando. En el grupo en el cual trabajaba De Dios Amill, todos los Blockältesten y todos los kapos eran españoles, incluido un tal Jover, que trabajaba de intérprete. De Dios Amill recuerda a dos comandantes de las SS, uno conocido como «el Boxeador» porque pegaba puñetazos en la cara a los prisioneros, y otro conocido como «el Cubano» por sus facciones poco germánicas; De Dios Amill permaneció en Bretstein solo ocho días. Entre los prisioneros españoles estaba Ramón Calvo, un muchacho riojano al que llamaban «Cachucho» por «su alma de niño». Era buen artista, y alentado por los SS les hacía dibujos pornográficos (De Dios Amill, pp. 134, 147, 195, 205). En cuanto a la celebrada fuga de los cinco españoles, la represalia colectiva contra todos los demás prisioneros continuó incluso después de que los cinco fueran capturados. Estos fueron devueltos directamente al Hauptlager. El intento de fuga no tuvo mucha aceptación entre el resto de los prisioneros (De Dios Amill, p. 138).

Desde Bretstein, De Dios Amill fue enviado a principios de septiembre de 1942 al Nebenlager Steyr, donde se quedó hasta el final de la guerra (De Dios Amill, pp. 212-213). Recuerda su llegada a la ciudad, que tuvieron que cruzar, casi de punta a punta, para llegar al lugar de trabajo. «Era muy bonita. Cruzamos un puente que la dividía, atravesando un río bastante caudaloso. Cuando nos cruzábamos con gente que iba por las aceras, al pasar a nuestra altura con el pañuelo se tapaban la nariz quizá para no sentir el hedor que desprendíamos a nuestro paso por aquellas calles tan limpias y pulcras. […] A nosotros nos pareció un gesto de muy mal efecto, despreciativo y carente de humanidad hacia unos pobres reclusos» (De Dios Amill, p. 261). Tras la liberación los españoles notaron un cambio brusco. «Entramos en Steyr cantando como nunca lo habíamos hecho, la marcha militar del ejército republicano, el *Endavant* en catalán. […] Nuestros trajes de rayas, que horas antes eran un baldón, se habían transformado en un uniforme que no hubiésemos cambiado en aquellos momentos por

ningún otro. […] A la gente que empezaba a circular, aunque les pareciese algo extraño aquel desfile, a nuestro paso nos aplaudieron y ya no se llevaban el pañuelo a la nariz (De Dios Amill, pp. 272-273). De Dios Amill insiste en que los españoles no cayeron en la trampa de atiborrarse a comer. «Por suerte, ninguno de nosotros cometimos semejante barbaridad con la comida sino que fuimos muy comedidos» (De Dios Amill, p. 271).

TERCERA PARTE
SUPERVIVENCIA

1. Fuga y respuesta de las SS

Ya que tanto se ha dicho de la indiferencia y la abierta hostilidad de los civiles austríacos hacia los prisioneros de Mauthausen, ha de tenerse en cuenta el caso de Melk, ya que un superviviente recuerda a dos de sus lugareños con gratitud. El abad Jean Varnoux nombra a Franz Sdraule, un arquitecto municipal, como a un hombre bondadoso; y a Franz Musgoller, un capataz de la fábrica, como alguien que se cuidaba de dejar patatas en lugares donde los prisioneros pudieran recogerlas (Varnoux, p. 170).

3. Un español entra en la Oficina de Administracion Central

En cuanto a las comunicaciones con la familia se refiere, De Dios Amill escribe: «He leído algún libro sobre Mauthausen. En uno de ellos, escrito por un español, se cuenta que cada quince días podían escribir una tarjeta con un máximo de quince palabras, suficientes para que sus familiares pudiesen saber de ellos. En lo que a mí respecta y también a todos los que estuvieron conmigo, nunca nos enteramos de tal cosa; supongo que el autor del libro podía escribir porque estaba en una situación de privilegio y con él algunos más. Debo decir, además, que todos los libros que he leído sobre la deportación y lo ocurrido en Mauthausen han sido escritos de una forma —valga la expresión— “blandengue”. […] Uno que ha estado en una oficina o en un lugar de privilegio no puede describir los

hechos con total veracidad por no ser protagonista directo de los mismos. […] quedándome perplejo después de creer siempre que todos los españoles estuvimos incomunicados». (De Dios Amill, p. 60.)

El prisionero Alfred Tiefenbacher sobrevivió y se presentó como testigo en el juicio de Hans Altfuldisch. Le dijo al tribunal que habían llegado unas cartas a Mauthausen dirigidas a «Mordhausen». Se le preguntó a Tiefenbacher: «¿Se enfadó Altfuldisch cuando vio las cartas dirigidas al Mordhausen?». Tiefenbacher replicó: «No, solo se le puso una sonrisa en la cara» (Alfred Tiefenbacher, NARA 336/344).

La ciudadana francesa Gisèle Guillemot fue una de las mujeres enviadas a Mauthausen durante las evacuaciones de principios de 1945. Vivía en Calvados cuando decidió sumarse a la Resistencia. En abril de 1943, ella y los de su grupo fueron arrestados por la Gestapo. Los hombres fueron ejecutados en Mont Valérien, las mujeres condenadas a muerte. Fue enviada a una prisión en Lubeck, después a Ravensbrück, y de ahí a Mauthausen, adonde llegó el 5 de marzo de 1945. Las mujeres fueron alojadas en los barracones 17, 18 y 19; este último estaba junto al Barracón de la Muerte. Gisèle relata que en Mauthausen las mujeres no estaban estrictamente separadas de los hombres. No había una alambrada, por ejemplo, y la comida la llevaban a los barracones los hombres desde la cocina. Pero no existía la posibilidad de contacto físico entre ambos sexos, aunque Guillemot contó que hubo una excepción, pero no dijo cuál había sido. (La excepción fue, de hecho, Olaso Piera y su compañera.) En cuanto a la ocupación de las mujeres en el campo, no trabajaban, a no ser que hubiera una emergencia, como por ejemplo reparar la estación de tren de Amstetten que por su situación en la línea Linz-Viena, era un objetivo continuo de los ataques aéreos de los Aliados. Se envió a las mujeres a esta misión en dos ocasiones, aunque Guillemot solo fue en una de ellas. Recuerda que tardaron cuarenta y ocho horas en llegar al pueblo en tren y a pie. En el Hauptlager, ella y las de su grupo fueron liberadas el 30 de abril de 1945 por la Cruz Roja, que después las transportó a bordo de coches y camiones hasta Suiza, y de allí a París y al Hôtel Lutétia.

En París Guillemot trabajó para el semanario parisino *Regards*,

pero nunca para *L'Humanité*. «Yo no era una comunista dócil, yo era contestataria —me dijo—. Los de la dirección, todos eran intelectuales y me despreciaban por no tener su nivel de educación, escuelas famosas y todo eso. Así que me echaron.» Me habló de Francesc Boix. «Estaba muy bien considerado como periodista gráfico. Murió muy joven. Su salud era muy precaria, era muy español, orgulloso, susceptible. Pero también tranquilo. Nunca conocimos a su chica. Era misterioso. Sabíamos muy poco de él.» Sobre Antonio García, añadió: «Él le tenía envidia a Boix, era un amargado. Yo solo le vi dos o tres veces». También habló de Ernest Vinurel. «¿Vinurel? Frío, pretencioso, siempre creía tener razón.» He mencionado a Pierre Daix, que fue quien escribió el prefacio de mi libro *L'Enfer nazi en Autriche*, y a quien respeto, entre otras cosas, por su honestidad cuando le entrevisté por última vez. (Cuando le pregunté a Daix entonces su opinión sobre su acusación contra David Rousset, expresó su arrepentimiento sincero por su propia estupidez). Guillemot empezó expresando su desdén: «No le puedo soportar». Este sentimiento estaba seguramente inspirado en el giro político de Daix hacia el anticomunismo militante, porque a continuación ella prosiguió expresando su admiración por sus actividades en Mauthausen: «Como *prominenter* nos ayudó en el campo, trayéndonos comida» (Gisèle Guillemot-Togni, entrevista, París, 26 de junio de 2012).

5. Fricción internacional y el prostíbulo

En cuanto a la mala fama del contingente francés, Jean Courcier arroja luz sobre sus causas. Su grupo abandonó Compiègne el 6 de abril de 1944. Pero no todos venían de la Resistencia. Algunos habían sido «sacados» del hipódromo de París, «sacados al tuntún», mientras que otros habían trabajado para los alemanes. Se les desnudó por completo en la estación de Novéant-sur-Moselle, y en las estaciones alemanas se les vio desnudos en los andenes. Cuando llegaron a la estación de Mauthausen el 8 de abril, se amontonó su ropa sobre el andén de la estación y se les ordenó que cogieran lo que fuera, sin importar si les valía o no. Después, se les ordenó que marcharan por las calles de la ciudad (Beaux/Thouroude, pp. 63-65).

García Gaitero (p. 73) calcula que el número de italianos que murieron en Gusen (1944-1945) alcanza los 5.000.

6. Búsqueda de solidaridad

El comunista austríaco Joseph Kohl, apodado Pepy, había llegado a Mauthausen en 1938, cuando se estableció el campo. Se le dio el cargo de kapo a cargo de los almacenes del campo (Vinurel, p. 231).

7. Los españoles vistos por los otros

Jean Courcier, un joven resistente bretón de veinte años de edad, empleado de la SNCF (ferrocarriles franceses) y militante del Partido Comunista Francés, fue detenido en agosto de 1941 y deportado a Mauthausen. Es otro más de los que dan fe de la fortaleza de los españoles: «Con gran peligro de sus vidas, de las maneras más diversas, los españoles y su organización secreta internacional salvaron centenares de vidas humanas. […] Nosotros supimos mantener nuestra dignidad» (Beaux/Thouroude, p. 6).

Hemos dicho que, pasado cierto tiempo, incluso los SS mostraban respeto por los españoles. Esto lo demuestran actitudes de mayor o menor importancia. José de Dios Amill, prisionero en el kommando de Bretstein, observó cómo un SS, después de terminar de fumar, tiró su colilla a propósito hacia un español (De Dios Amill, p. 240).

8. La paradoja de los espectáculos

Paulino Espallargas sobrevivió, y falleció en París en noviembre de 2012. El oponente que mejor recordaba era un prisionero alemán de Hamburgo, con la misma envergadura imponente que Paulino. Para prepararle para el combate, los SS le dieron al hamburgués la mejor comida. Los SS se iban a llevar un chasco. Los dos boxeadores se vieron antes del combate. El alemán le dijo a Paulino: «Si boxeamos de verdad, sé que me vas a matar». Acordaron fingir que peleaban

para agradar al público, y casi no se hicieron daño el uno al otro (Ramiro Santisteban, entrevista, 30 de diciembre de 2012).

De Dios Amill dice de Paulino Espallargas, natural de Teruel, que era un preso común. Este dejó KO a todos sus oponentes, incluido el campeón húngaro. Se batió también contra el español Lozano, que había sido nada menos que campeón de España de peso ligero. Naturalmente, no pudo ganar a Paulino (De Dios Amill, pp. 72-73, 75). En lo que a fútbol se refiere, De Dios Amill ofrece una perspectiva bien distinta: «El partido de fútbol era de competición en una liguilla entre varios equipos que había en el campo. Cada nacionalidad tenía uno, a excepción de España. Los que jugaban aquella tarde eran los de Polonia y Austria. Por tanto a nosotros, como simples espectadores, nos daba igual quién ganase» (De Dios Amill, p. 63). Merece la pena resaltar que, por la razón que sea, De Dios Amill no prefería que ganasen los polacos a los austríacos. El motivo por el cual no había un equipo de españoles en la liguilla estriba en que De Dios Amill llegó a Mauthausen en la primera semana de 1941, en un momento en que los españoles no estaban en condiciones físicas para formar un equipo. De Dios Amill comenta que el propio Bachmayer era un gran aficionado al fútbol, lo cual tiene mucho sentido (De Dios Amill, p. 78).

De Dios Amill (p. 74) describe su propia contribución al entretenimiento artístico.

Zara Leander cantó esta canción en la película alemana *Die grosse Liebe*, producida en 1942. La canción se conocía en francés como *Aux coeurs solitaires*.

14. La evasión soviética del Barracón de la Muerte

El judío húngaro Ernest Vinurel afirma que la manera en que se trató a los oficiales soviéticos en el Barracón de la Muerte fue la única ocasión en que los SS se superaron en sus excesos contra los judíos (Vinurel, p. 218).

El prisionero Alfred Tiefenbacher en aquel momento estaba empleado en el kommando de desinfección que se encontraba junto al Barracón de la Muerte. Durante el juicio de Dachau ofreció su testimonio, según lo que él había visto cuando la fuga. Informó al tribunal de que a los soviéticos del barracón 20 se les había

ordenado retirar la nieve del tejado del barracón. Entonces los soviéticos apilaron la nieve contra el muro, construyendo unos peldaños frente a este (Alfred Tiefenbacher, NARA, 366/364). Pero es muy poco probable que los guardias SS, apostados en las torretas desde las que se domina el muro, no los hubieran visto. Esto tal vez ocurrió durante el primer plan de fuga, que fue detectado por los SS.

15. Mauthausen, término de la evacuación

Prisciliano García escribe que en Gusen las punzadas de hambre llevaban a los hombres al canibalismo (García Gaitero, pp. 149-150).

17. La evacuación de los últimos Nebenlager

Durante la evacuación de Melk al Hauptlager, los prisioneros sufrieron en sus propias carnes los castigos de las Hitlerjugend. Escupirles y gritarles insultos como «*Jude verrecke!*» no era suficiente para ellos. Querían ver correr la sangre, y asesinaron a un grupo de oficiales soviéticos a palos (Vinurel, p. 344). Aquellos jóvenes tenían fe ciega en *Endsieg*, y con la derrota a la vista, querían vengarse como fuera.

En el Hauptlager de Mauthausen no quedaba ningún campo disponible al que los SS pudieran enviar a los prisioneros supervivientes, y el pánico entre aquellos era tal que enviaban a los prisioneros sin una dirección fija. Ernest Vinurel se vio incluido en un grupo de 50 judíos que eran parte de otros 17.000 prisioneros que habían sido enviados en dirección sudoeste. Pronto encontraron más grupos de las Hitlerjugend, y también hombres de la Volkssturm y, ante su sorpresa, estos se portaban igual que aquellos. «Desde que se dio la orden de avanzar, se liberaron de sus cadenas. Como una jauría de perros rabiosos a los que acaban de soltar, se abalanzaron sobre la columna más cercana y comenzaron a soltar porrazos sobre aquellos que tuviesen a su alcance. Estábamos cerca del pueblo de Mauthausen, pero la proximidad de las viviendas no parecía que les importase en absoluto.» Los archivos de la

Gendarmería de Mauthausen demuestran que aquel día, en la carretera de cuatro kilómetros que va desde el fuerte al puente ferroviario, se recogieron más de 800 cuerpos. Al mediodía la columna había alcanzado Ennsdorf. Luego atravesó Kremsdorf y Ansfelden cerca de Schleissheim, donde durmieron a la intemperie. Al día siguiente el convoy llegó a Wels. El mando se le entregó, en aquellas circunstancias, a un simple cabo, SS-Unterscharführer Hagen, y la práctica de pasar lista, algo tan tradicional entre los SS, se abandonó durante aquella marcha. La última etapa les llevó a Gunskirchen, su destino final, que en realidad no era un Nebenlager sino un Durchgangslager, o campo de tránsito. Habían caminado 60 kilómetros. Durante los diez días que pasaron entre su salida de Mauthausen y su liberación el 4 de mayo, con la irrupción de un tanque norteamericano sobre las puertas del campo, de los 17.000 que habían salido solo 5.200 quedaban con vida. Los norteamericanos se quedaron tan sorprendidos con la escena que no acertaron a bajarse del tanque (Vinurel, pp. 344-355).

19. La partida de los SS

Baldur von Schirach, el Gauleiter de Viena desde 1940 hasta 1945, fue uno de los seis nazis cuyos honores fueron retirados póstumamente el 23 de octubre de 2013 por la Orquesta Filarmónica de Viena. Otro fue Arthur Seyss-Inquart, ministro del gabinete de Hitler, que fue sentenciado a muerte en los juicios de Nuremberg. Esta decisión de una orquesta autónoma no fue hecha pública, y hubieron de pasar dos meses para que apareciese en la prensa (James R. Oestreich, *The New York Times*, 24 de diciembre de 2013). Resulta dudoso pensar que se hubiesen llevado a cabo estas acciones sin que el caso de Von Karajan saliera primero a la luz.

CUARTA PARTE
LIBERACIÓN

3. El regreso de los estadounidenses a Mauthausen

La única sombra que oscureció la liberación de Mauthausen, y la de todos los demás campos, fue el tratamiento que recibieron por parte de los Aliados los supervivientes que se estaban muriendo de hambre. Estos conformaban la gran mayoría. Al tratarse Mauthausen del último campo en ser libera-do (Theresienstadt era de una categoría diferente), los Aliados habían tenido tiempo de sobra para aprender la lección desde que liberasen el primero. En última instancia, la falta de preparación por su parte no tiene excusa, y los comunistas, después, utilizarían esta catástrofe con fines propagandísticos. Bien es verdad que la inanición es un proceso biológico complejo, pero también es cierto que la bioquímica no era algo desconocido en la época. En esencia, un cuerpo sometido a la inanición se consume a sí mismo devorando su propio tejido muscular y sus reservas de grasa, y dejando que cesen de funcionar los sistemas menos importantes para mantener el cerebro y el sistema nervioso central operativos. Cuanto más avanzado está el proceso, más difícil es su tratamiento. La ingesta excesiva y súbita de alimentos, especialmente hidratos de carbono, puede matar a las víctimas al de-sencadenar un colapso. Para ser más preciso, al intentar producir insulina desesperadamente, se descompensa el equilibrio electrolítico en el cuerpo, lo cual paraliza el corazón. El proceso de alimentación debe comenzar con líquidos para tratar la deshidratación, seguido de habas, arroz, y maíz triturados, con aceite vegetal y azúcar en porciones frecuentes y diminutas para que los conductos digestivos que llevan bloqueados tanto tiempo puedan responder. Si se realiza el proceso correctamente, incluso aquellos que estaban al borde de la muerte habrían sido capaces de sobrevivir.

El proceso fue el opuesto. En lugar de habas trituradas, se les dio barras de chocolate americano Hersheys. Miles de prisioneros murieron en aquel preciso lugar en el que llevaban luchando todo aquel tiempo para permanecer con vida. O murieron de camino a casa, o en el Hôtel Lutétia, o al cabo de apenas unas semanas o meses cuando habían regresado al seno de sus familias. ¿Qué no habría conseguido un contingente de diez mil voluntarios de enfermería, incluso si no contaban con experiencia anterior, si hubiesen sido enviados simplemente para repartir agua y alimentos básicos, repetidamente y en pequeñas dosis? La contestación por

parte del alto mando fue que ese personal se necesitaba en otros lugares.

Según García Gaitero (p.106) el doctor Anton Goscinski actuó de intérprete alemán-inglés en la confesión de Ziereis en su lecho de muerte, pero Maršálek en sus escritos no menciona la presencia del doctor polaco en la escena.

4. Castigo e impunidad para los criminales de las SS

Hans Bühner declaró ante el tribunal de Dachau que mató a dos hombres, entre ellos al español Emilio, a quien habían amputado un brazo y una pierna después de un ataque aéreo en Linz. «Le maté por piedad humana» (García Gaitero, pp. 120-121). Bühner fue condenado a muerte y ahorcado en enero de 1950.

Juan de Diego, que era responsable de registrar las muertes, ha afirmado que «los únicos registros precisos eran los del kommando del crematorio, y fueron todos destruidos por los SS» (entrevista). Pero incluso entonces, no estarían reflejadas todas las muertes en ellos. Como muy bien apunta Ernest Vinurel (p. 223) aquellos que murieron entre la estación y el campo no constaban en el registro del campo, únicamente en el registro de la Gendarmería, que más tarde él mismo investigaría.

EPÍLOGO

En el Hôtel Lutétia de París, Jean Courcier tomó nota del sufrimiento específico de los españoles. «Como no eran franceses, se les hizo pasar todo tipo de penurias. Eran apátridas, y no tenían derecho a nada» (Beaux/Thouroude, p. 108).

Cuando se entregaron las instalaciones del Hauptlager a las autoridades austríacas (entrega realizada, según Courcier, el 10 de abril de 1947), algunos de los barracones ya habían sido desmantelados, tal vez para leña. Los pocos barracones que quedan en pie, escribe Courcier (p. 107), se conservaron gracias a la intervención de las Amicales francesas y de otras nacionalidades.

Jean Courcier describe una experiencia personal acaecida en

Austria durante la posguerra que le resultó especialmente perturbadora. En 1958, en compañía de su mujer, regresó al Hauptlager y visitaron la cantera. Seguramente debido a las lluvias torrenciales, la cantera se había inundado. Y se la encontraron ocupada por un grupo de jóvenes… ¡bañándose! (Beaux/ Thouroude, p. 109).

Según García Gaitero (p. 87), Amadeo Sinca Vendrell era traductor en dos idiomas: alemán e inglés.

El destino que sufrió Ramón Verge Armengol, el kapo de la enfermería, no está claro. Batiste Baila escribe que fue condenado por un tribunal aliado a doce años de reclusión; solo cumplió dos, y luego se fue a vivir a Munich (Batiste, p. 76).

Un ejemplo del aura que rodeaba a Boix es un reportaje en *El Nuevo Diario* del 30 de noviembre de 1969 (que Baldomero Chozas le mostró al autor el 4 de marzo de 1997). Dice de Boix lo siguiente: «En 1941 consiguió entrar en los servicios fotográficos del campo. Con él llevaba de ayudante a otro catalán, Antonio García. Boix se captó la simpatía de los SS por su carácter dinámico y por prestarse a participar con ellos en los tráficos del mercado negro. […] Los SS pedían a Boix que les retratase en ausencia del jefe [es decir, Ricken]. Francisco Boix, que hablaba perfectamente inglés y alemán, iba entregando a unos compañeros que trabajaban en la carpintería. En 1944 pudieron sacarse del campo un montón de clichés en cuatro cajas de betún». El mismo reportaje en *El Nuevo Diario* se refiere a dos de los prisioneros españoles, Ángel Sánchez y Ángel Pérez Vizcaíno, como «traductores alemán-español».

El término *Nacht und Nebel* tiene sus orígenes en el *Rheingold* de Wagner, donde el protagonista les ordena a los enanos del bosque que desaparezcan en la niebla y en la noche sin dejar rastro («*Verschwundet, und seid Nacht und Nebel gleich!*»).

En su prólogo a la obra de De Dios Amill, Eduardo Escot escribe en referencia al Nebenlager Bretstein: «Los domingos, en vez de dejarnos descansar nuestros maltrechos y hambrientos cuerpos, el kapo se distraía haciéndonos dar vueltas alrededor del barracón de la cocina y, cuando pasábamos por delante de él, largaba un bastonazo al que menos se lo esperaba» (De Dios Amill, p. xv).

El prisionero checo Premysl Dobiáš advirtió que si un hombre se derrumbaba y lloraba por su familia, estaba perdido («no le

quedaban ni diez días de vida»), y efectivamente el superviviente francés Jean Courcier afirmó que él tenía «la ventaja de no tener mujer ni hijos en los que pensar» (Beaux/Thouroude, p. 80). La experiencia de García Gaitero fue diferente: «Si alguna vez me acordaba de mi pasado […] era ya solo de mi madre y cada vez con menos frecuencia. De mi novia ya ni siquiera conseguía recordar su nombre, ni sus formas. […] Me había convertido en un auténtico autómata» (García Gaitero, p. 117).

Luis Montero Álvarez nació en Casorvida, Lena, Principado de Asturias, en 1908. Su padre era ferroviario, cabeza de una extensa familia de trece hermanos, de origen campesino, muy conservadora. A los dieciséis años, ante la negativa del joven Montero a continuar estudiando en el seminario, su padre lo colocó de aprendiz de fogonero en el depósito de máquinas de la Estación Norte de Oviedo. Allí, seguramente, entró en contacto con las corrientes revolucionarias, que eran el pan nuestro de cada día en los centros fabriles de todo el país. En 1931 se afilió a la UGT y en 1936 al PCE (Ribelles, pp. 11-22). Al estallar la guerra civil española, Luis se alistó en las filas republicanas. Fue el único de sus hermanos que luchó en el bando leal. Durante la guerra perteneció al Batallón Ferroviario de Ametralladoras de Posición número 204, realizó un curso de oficial de las Escuelas Populares de Guerra y llegó al grado de capitán de milicias. A partir de febrero de 1937 actuó como juez instructor de un tribunal popular. Terminó la guerra en el norte como capitán ayudante de la 199.ª Brigada Mixta, a las órdenes de Juan Lignac. Estuvo escondido en casa de su familia hasta que decidió salir de España al terminar la guerra en la península. En agosto de 1939 llegó hasta la frontera francesa disfrazado de falangista y cruzó a nado el Bidasoa al amparo de la noche (Ribelles, pp. 23-35). En Francia pasó por el campo de Gurs, y después por la Compañía de Trabajadores Extranjeros 184, que estaba destinada en Montreuil. Cuando los alemanes invadieron Francia, los trabajadores de la compañía fueron licenciados al grito de «Ya no queda esperanza. Cada uno que corra su suerte y que Dios nos ayude a todos» por la megafonía del campo (Ribelles, p. 40). Montero llegó a Burdeos y allí estuvo trabajando para evitar ser internado en un campo o en otra compañía. En enero de 1941 llegó a Orleans y encontró un empleo como mecánico. Fue en

Orleans donde entró en contacto de nuevo con el partido, y se convirtió en responsable de la dirección local del mismo, y además servía de enlace entre Orleans y la dirección del PCE en París, donde Emilio Nadal estaba a la cabeza. Según el propio Montero, «se hacían reuniones, se cotizaba, se repartía propaganda y se aconsejaba el sabotaje» (Ribelles, p. 42). En algún momento, a lo largo de 1941, Montero fue requerido por la dirección del partido en París. En la capital francesa, Montero encontró trabajo en la Gare de l'Est. «Luis entró a formar parte de la FTP-MOI desde su creación en julio de 1942, aunque ya desde diciembre de 1941 había sido junto con José Miret del PSUC jefe del aparato militar de la Resistencia española en la zona ocupada» (Ribelles, p. 46). Luis Montero llevó a cabo numerosas acciones de sabotaje contra los nazis a lo largo y ancho de la Francia ocupada. El 30 de noviembre de 1942 fue detenido en París por la policía francesa, un mes después fue transferido a manos de la Gestapo, y en marzo de 1943 fue deportado a Mauthausen (Ribelles, pp. 46-49).

Luis Montero Álvarez llegó a Mauthausen el 1 de abril de 1943 como *Nacht und Nebel*, es decir, como preso político sin derecho a juicio. Era un hombre probado, que había luchado en la guerra de España y había pasado por los campos y las compañías de trabajadores franceses, y además había participado en la guerra de guerrillas contra los nazis ocupando un puesto en la dirección del PCE en Francia. Mariano Constante, que llevaba en el campo más de dos años cuando llegó Montero, en una entrevista concedida a Ribelles, le dijo: «Nos dijeron que Luis era un pez gordo y que había que protegerlo» (Ribelles, p. 60). Entró en rodaje la maquinaria de organización clandestina para evitar que Montero fuera enviado a la cantera, donde le esperaba una muerte segura. Como ya se ha dicho, fue enviado a la armería. Su papel en el AMI no está claro, según sus camaradas, quienes no se ponen de acuerdo, pero de lo que no cabe ninguna duda es de que Luis Montero debió de tener un papel primordial en el mismo, a juzgar por las palabras que se pronunciaron en la reunión plenaria del PCE tras la liberación, en la que se decía que había que hacer un «ferviente homenaje a estos dirigentes inteligentes. […] Pero sobre todo al camarada Montero, infatigable organizador, ejemplar hombre de acción del que podemos decir que fue el alma del aparato militar español»

(Ribelles, p. 69). Pero lo más sorprendente para la autora fue descubrir que Luis Montero Álvarez había sido nombrado por unanimidad secretario general del PCE clandestino dentro del campo a finales de 1943, un puesto de extremado peligro y responsabilidad (Ribelles, p. 69). Los documentos custodiados en los archivos del PCE no dejan ninguna sombra de duda sobre aquel nombramiento (Ribelles, p. 70). La autora de la biografía de Montero no puede evitar preguntarse por qué ninguno de sus propios camaradas dentro del campo, ninguno de los demás comunistas que después escribieron sus crónicas, varios libros, sobre aquellas terribles experiencias, no mencionan este hecho ni una sola vez. ¿Por qué se intenta silenciar el papel de Montero, su importancia dentro del campo? Ribelles es contundente:

> La razón para ese silencio estriba, creo, en que los camaradas que le conocieron en persona en sus años de lucha en Francia y Austria, y que escribieron estos libros, sabían que Montero había sido eliminado por orden del partido por provocador. Tras su detención en España en 1950, y su muerte, probablemente poco después, se convirtió en un paria, en un indeseable. La historia del PCE dentro del campo de concentración contada por sus integrantes no incluye a una de sus piezas claves: Luis Montero Álvarez. Los únicos culpables de esta omisión son sus propios camaradas, que prefirieron doblegarse ante el partido y despojar a Montero del honor que le correspondía (Ribelles, p. 71).

Casimiro Climent llegó a Mauthausen el 25 de noviembre de 1940, pero no pasó a la Politische Abteilung hasta el 3 de marzo de 1941 (entre estas dos fechas trabajó en la cantera). En su trabajo en la Politische Abteilung se le puso últimamente otro cargo, el de todo lo referente a las mujeres presas en el campo. Adolf Uhsler, por su parte, recibió un cargo importante tras la liberación. El «doppeldoctor» (poseía dos doctorados) fue nombrado por las autoridades bávaras Consejero Ministerial de la Secretaría de Estado de Baviera para Asuntos de Refugiados (Ministerialrat im bayrischen Staatssekretariat für das Flüchtlingswesen).

Bibliografía

1. Fuentes primarias

A. Archivos y documentos

1. Archivos

Amicale des Déportés et Familles de Mauthausen, 31 boulevard Saint-Germain, París
Association Française Buchenwald-Dora, 66 rue des Martyrs, París
Bundesarchiv, Finckensteinallee 63, Berlín
Bundesministerium für Inneres, Abt. IV/4, Herbststrasse 57, Viena
Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandkampfes, Wipplingerstrasse 6-8 (Altes Rathaus), Viena
Dokumentationszentrum des Bundes jüdischer Verfolgter des Naziregimes, Salztorgasse 6, Viena
Federación Española de Deportados e Internados Políticos, 27 rue de Saint-Petersbourg, París
Fondation pour la Mémoire de la Déportation, 71 rue Saint-Dominique, París
Imperial War Museum, Lambeth Road, Londres
Museo de Mauthausen, Mauthausen
National Archives and Records Administration, 8601 Adelphi Road, College Park, Maryland, Estados Unidos
Österreichische Staatsarchiv, Mottendorferstrasse, Viena
Public Record Office, Kew, Richmond, Gran Bretaña
Zentrale Stelle der Landesjustizverwaltungen, Schorndorferstrasse 58, Ludwigsburg, Alemania

2. Documentos

Bulletin de l'Amicale de Mauthausen. Título que se sustituyó por *Mauthausen: Bulletin intérieur d'information [et de liaison] de l'Amicale des déportés politiques [et familles] de Mauthausen*. París, sin periodicidad (1946-).

CC. Mauthausen. General report by Mr Kanthack, former inmate, who had been a «Kriminalkommissar des Polizeipräsidiums» in Berlin in the time of the «Weimarer Republik». Folio 271, hoja n.º 1-107. Ministerio de Asuntos Exteriores, Viena.

DIEGO HERRANZ, JUAN DE, declaración firmada en París el 4 de diciembre de 1978 y refrendada el 5 de diciembre del mismo año ante los siguientes agentes de la Amicale de Mauthausen: M. Hacq, director central honorario de la Policía Judicial, Ministerio del Interior (vicepresidente); A. Petchot-Bacque, médico, inspector general (vicepresidente segundo); E. Valley (secretario general); J. Gavard, inspector de la Administración del Ministerio de Educación Nacional (secretario), 3 pp.

DYER, Lt. Col. GEORGE, *XII Corps, Spearhead of Patton's Third Army*, The XII Corps History Association, New Hope, Pensilvania, 1947. *Friedensplanstellen-Übersicht des Konzentrationslagers Mauthausen nach dem Stande vom 30. September 1944*.

«German Underground Installations. Part One: Unique Design and Construction Methods.» CIOS Section, División de Inteligencia, oficina del ingeniero jefe de APO 887, septiembre de 1945, confidencial. Desclasificado el 2 de febrero de 1990.

Hispania: Boletín interno de la Federación Española de Deportados, aparición irregular, París, noviembre de 1961-junio/julio de 2000.

International Tracing Service, *Catalogue of camps and prisons in Germany and German-occupied Territories, Sept. 1939-May 1945*, Arolsen, julio de 1949.

Juan de Portado [Antonio García Alonso], «Crónicas de otros tiempos», artículos inéditos, París, septiembre de 1976-abril de 1979.

Komitee der ehemaligen politischen KZ- und Zuchthaus-Häftlinge. *Konzentrationslager Mauthausen Bewachungsmannschaften*. Bruch an der Mur, 9 de febrero de 1946.

«Krematorium Mauthausen: Bericht des Wilhelm Ornstein 9 Mai

1945 (Krematoriumsarbeiter seit 16 Aug. 1944)», escrito a mano y firmado por Wilhelm Ornstein, Mauthausen, 9 de mayo de 1945, 10 pp.

«The last days of Ernst Kaltenbrunner: Personal recollections of the capture and show trial of an intelligence chief», documento no identificado.

«Resumen Audición de los días 14 y 15 de septiembre de 1962 ante el juez de Instancia de Colonia (proceso Schulz)», sin firma, n.p., n.d., 4 pp.

«Témoignages de Ignacy Bukowski et Tadeusz Lewicki» (antes en el kommado del crematorio de Mauthausen), cinta grabada en St. Georgen, Austria, el 10 de mayo de 1980 y traducida por P. S. Choumoff en presencia de J. Gavard, 7 pp.

ZIEREIS, Franz, *Bericht des Lagerkommandanten von Mauthausen SS-Standartenführer Franz Ziereis*, Arbeitsgemeinschaft «Das Licht», Baden-Baden, 1947.

ZUTTER, SS-HAUPTSTURMFÜHRER ADOLF, declaración escrita a mano, firmada bajo juramento por el capitán del ejército estadounidense A. J. Hackl, Polizeigefängnis Linz, 2 de agosto de 1945. Bundesarchiv, Berlín 1169/98/4 NS 4 Ma/vorl. 56.

Documentos NARA

T = testigo

338/234
Kambanellis (T)

338/279
Damaschke, Kauffeld

338/280
Kauffeld

338/282
Glissmann, Iskra, Kuhnert, Miroff (T)

338/284
Barner, Hüb

338/287
Purucker, Wlotzka

338/316
Podlaha (T)

338/334
Boix (T), Pelzer, Vetter

338/335
Huber, Kessler (T), Ludolf, Pribyll

338/336
Bardon (T), Doppelreiter (T), Drabek, Grimm, Krüger (T), Prengowski (T), Schinlauer (T)

338/337
Eigruber

338/338
Obermeier

338/340
De Diego (T)

338/341
Baumast (T), Gonnemann, Grimm, Jobst, Von Kallay (T), Kreindl, Manojlovie, Marchot (T), Renefort (T), Sokol (T), Sora, Ida Ziereis

338/342
Eigruber, Hurdes, Podlaha (T), Thost, Zoller, Zutter

338/343
Altfuldisch, Brucker, Eckert, Eigruber, Eisenhöfer, Hegenscheidt, Henkel, Höhler, Kautny, Nohel, Pelzer, Prinz, Taylor (T), Trauner, Wasicky, Weber (T), Wlotzka

338/344
Altfuldisch, Ebert, Fritz, Heess, Höllriegl, Niedermeyer, Tiefenbacher (T), Zutter

338/345
Altfuldisch, Barta (T), Bardon (T), Diehl, Drabek, Dvorak, Eigruber, Eisenhöfer, Entress, Goessl, Grahm, Grimm, Haeger, Hegenscheidt, Henkel, Höhler, Jakob, Krebsbach, Kreindl, Leeb, Ludolf, W. Müller, Niedermeyer, Nissim (T), Nohel, Priebel, Pstross, Riegler, Striegel, Struller, Trauner, Trum, Wasicky, Wittig, Ziereis, Zoller

338/346
Pausch

338/349
Grahm, Grimm, Haeger, Hegenscheidt, Huber, Kaiser, Jobst, Kaufmann, Kautny, Keilwitz, Klimowitsch, Krebsbach, Kreindl, Leeb, Miessner, E. Müller, W. Müller, Mynzak, Niedermeyer, Nohel, Pribyll, Priebel, Riegler, Sigmund, Spatzenegger, Striegel, Struller, Trauner, Trum, Wasicky, Wolter, Zoller, Zutter

338/350
Altfuldisch, Barczay, Blei, Bruening, Diehl, Drabek, Eckert, Eigruber, Eisenhöfer, Entress, Fiegl, Fitschok, Frey, Goessl

338/355
Martin (T)

338/357
Schulze, Streitwieser

338/358
Pla (T), Schmutzler, Schöpperle, Streng

338/360
Eigruber, Schmutzler

338/361
Gick (T), Schmutzler

338/363
Grill

338/364

Grill

338/366
Grimm

338/374
Obermeier

338/375
Obermeier

338/377
Carpi (T), Giovanazzi, Schmidt, Schmitz, Tamcryk (T)

338/380
Haeder

338/381
Bendig, Bürger (T), Dodt (T), Geiger, Giessrigl, Hildener, Keller (T), Klein, Klerner, Krüger (T), Kulka (T), Miroff, Von Posern, Ricken, Schulz, Weinrich (T)

338/382
Boix (T), Ricken

338/383
Barcynski (T), Klein (T), Klerner, Schulz

338/384
Bruening (T), Hochwitz

338/386
Wagner

338/388
Schulz

338/389
Backes (T), Geiger, Seidl

338/392

Brandt, Doppelreiter, Gerbig, Haider, Malleschits, Schöp- perle, Stockinger

338/394
Keller (T), Kirschbichler, Hehl, Mück, Pusitz

338/395
Bärens, Mück

338/396
Rehn

338/397
Bauer, Bleimüller, Bürger, Gloetzl, Jovanovic, Kofleger, Kofler, Melching, Milonia, Mühling, Reuter, Schmeling, Streitwolf (T)

338/404
Pausch, Schulz

338/406
Pausch, Sielaff

338/407
Kensmeyer (T), Pausch, Von Posern

338/410
Kirchner, Pillixeder, Vetter, Wierzchowski (T)

338/411
Vanherle

B. Entrevistas

ÁLVAREZ, Rafael (París), varias.
ANGELI, Georges (Châtellerault), 2 de junio de 1999.
BAILINA, Mme. José (Golfe Juan), 15 de octubre de 2002.
BARGUEÑO, Ramón (Villejuif), 30 de octubre de 1996, 25 de febrero de 1997.
BERGH, Edward A. (Bellevue, Washington), 9 de mayo de 1995

(Linz).

BERNAL, Francisco (Châtillon), 8 de diciembre de 1992, 21 de septiembre de 1993 (Montrouge).

CALVOCORESSI, Peter (Bath), 22 de julio de 1996.

CATALÀ, Neus (París), 29 de noviembre de 1991.

CERECEDA HIJES, José (Amélie-les-Bains), 17-18 de junio de 2001.

CHOMBART DE LAUWE, Marie-Jo (París), 2 de abril de 1997 (Mauthausen).

CHOUMOFF, Pierre Serge (París), varias.

CHOZAS FERNÁNDEZ, Baldomero (París), 4 de marzo de 1997.

COMELLAS i LLINARES, Francesc (Linz), 10 de septiembre de 1996.

CONSTANTE CAMPO, Mariano (Montpellier), 1 de abril de 1997 (Orly), 2 de abril de 1997 (Mauthausen).

CORTÉS GARCÍA, Jacinto (Perpiñán), 9 de julio de 1995.

DAIX, Pierre (París), varias.

DECAUX, Alain (Académie Française), 26 de abril de 1986 (San Juan, Puerto Rico).

DELABRE, Jean-Marie (París), 23 de abril de 2003.

DIEGO HERRANZ, Juan de (París, Limoges, Perpiñán), varias.

DOBIÁŠ, Premysl J., (Londres), varias.

DREXLER, Leopoldine (Mauthausen), 8 de mayo de 1995, 8 de septiembre de 1996, 20 de febrero de 1997.

ESTER, Mme. José (Odette) (París), 5 de enero de 1981; (Alès), 12-13 de agosto de 1993, 22 de octubre de 2002.

FRIEMEL, Édouard (St. Maur Créteil), 24 de febrero de 2000.

GAMMER, Martha (St. Georgen an der Gusen), 4-10 de mayo de 2000.

GARCÍA ALONSO, Antonio (Montrouge), varias.

GARCÍA BARRADO, Manuel (Mauthausen), 7, 8, 10 de septiembre de 1996.

GARCÍA MOCHALES, Francisco (París), 22 de abril, 26 de junio, 2 de julio de 1991.

GAVARD, Jean (París), 16 de junio de 1992.

GIL BALAÑA, Mme. Juan (Claire Gil-Grifé) (París), 7 de noviembre de 2002.

GINESTÀ, Jean-Marie (Orleans), 2 de marzo de 2000, 4 de septiembre de 2002.

GRUBER, Andreas (Wels), 7 y 9 de septiembre de 1996.

GUILLEMOT-TOGNI, Gisèle (París), 26 de junio de 2012.
HABER, Joseph (París), 14 de julio de 2001.
HENS, Leander W. (Alexandria, Minnesota), 9 de mayo de 1995 (Linz); 4-10 de mayo de 2000 (St Georgen an der Gusen).
JAHN, Josef (alcalde de Mauthausen), 8 de mayo de 1995.
KAMBANELLIS, Iakovos (Atenas), 30 de abril de 2002.
LAFFITTE, Jean (París), 7 de mayo de 1995 (Mauthausen); 2 de abril de 1997 (Mauthausen).
LE CAËR, doctor Paul (Deauville), 11 de agosto de 1989.
LONDON, Artur y Lise (París), 29 de octubre de 1979, 2 de marzo de 1980.
LÓPEZ, Marcelino (Albi), 12 de octubre de 1997 (Vésinet-Lepec).
MIALET, Jean (París), 7 de marzo de 2001.
MONCÍN CORTÉS, Pedro (Pradilla de Ebro), 7 de mayo de 1995 (Mauthausen).
NATES, Lázaro (París), varias.
NEUMÜLLER, Erich (Mauthausen), 9 de septiembre de 1996.
PELLETIER, René (Orleans), 4 de septiembre de 2002.
PÖTSCH, Rudolf (St. Georgen an der Gusen), 8 de mayo de 2000.
RIQUELME, Mme. la générale doña Manuela Ruiz de (París), varias.
RIQUET, Père Michel, SJ (París), 2 de junio de 1992.
ROUSSET, David (París), 17 de abril de 1996.
SAINT-MACARY, general Pierre (París), 16 de junio de 1992.
SANTISTEBAN, Ramiro (Levallois-Perret), varias (París).
SCHWARZENBERG, Prof. Léon (París), 22 de junio de 1992.
SEIBEL, coronel Richard R. (Defiance, Ohio), 6-7 de junio de 1995 (Linz-Mauthausen).
SEMPRÚN, Jorge (París), varias.
SHEPPARD, sir Robert (Hermanville), varias.
STEFANCIC, Dusan (Ljubljana), 5-7 de mayo de 2000 (St. Georgen an der Gusen).
STERNBERG, Andrew (Shaker Heights, Ohio), 5 de mayo de 2000 (Mauthausen).
VALADE, André, 5 de mayo de 1995 (París).
VALENZANO, commendatore Luigi Gino (Turín), 17 de julio de 1999.
VALLEY, Émile (París), 5 de mayo de 1985 (Mauthausen).
VINUREL, Ernest (Chelles), 17 de julio de 2001, 22 de agosto de 2001 (París).

WAYSAND, Profesor Georges (París), 3 de octubre de 1995, 29 de enero de 1997.

WEIGL-HALLERBERG, Valentine (St. Valentin), 9 de septiembre de 1996.

WIESENTHAL, Simon (Viena), varias.

C. Vídeos

Action K, documental, Bernhard Bamberger y Andreas Gruber, Provinz Film, Linz, 1994.

The Art of Remembrance: Simon Wiesenthal, Johanna Heer y Werner Schmiedel, ORF/River Lights Pictures, Viena y Nueva York, 1995.

CONSTANTE, Mariano, *Mémoire vivante de la déportation*, Fondation pour la Mémoire de la Déportation, París. Montpellier: 11-13 de octubre de 1999.

DIEGO, Juan de, *Mémoire vivante de la déportation*, París. Perpiñán, 17-18 de mayo de 1994.

England Spiel, material de archivo RVD, Filmmuseum RIOD, producción Marianne Entius, Jeannet de Boer, NCRV, Amsterdam, 1980, 1995.

Entre el sufrimiento y la esperanza: Juan de Diego, por Montserrat Roig, TVE/Sant Cugat, Barcelona, 1984.

Francisco Boix, un fotógrafo en el infierno, documental de Llorenç Soler, Barcelona, 2000.

LÓPEZ, Marcelino, *Mémoire vivante de la déportation*, Fondation pour la Mémoire de la Déportation, París. Linz, Langenstein, Albi, mayo de 1998.

Mauthausen, testimonio de Roger Gouffault, coproducido par Arc en Ciel TV y el Centre Edmond Michelet, documental. Un film de R. Gouffault, G. Malaval, J.-M. Valade, Brive, octubre de 1995.

Mauthausen pour mémoire, documental realizado por Roy Lekus, París, 1996.

Rückkehr Unerwünscht: Konzentrationslager Mauthausen, Hubert Schöner y Lucien Heinz, Bayerische Rundfunk, Munich, 1988.

A Study in Contradictions, Karl M. Brousek, Museo de Mauthausen, 1986.

Survive, N. Lee Lacy Associates para Channel Four Television,

Londres, 1984.
Survivors, documental, producido por Leon H. Clifton y Jay Camacho, dirigido por Nick Downie, 1984.
Vor lauter Feigheit kein Erbarmen: Hasenjagd, Andreas Gruber, Provinz Film, Linz, 1995.

2. FUENTES SECUNDARIAS

La bibliografía se limita a aquellos aspectos citados en las notas finales. Aunque las memorias se encuentran propiamente entre las fuentes primarias, muchas de las incluidas en este libro dependen en mayor o menor grado del testimonio de otras personas. Para simplificar, se han incluido todas entre las fuentes secundarias.

1945: The Year of Liberation, United States Holocaust Memorial, Washington, 1995.

ABELLÁN, José Luis (coord.), *El exilio español de 1939*, i. *La emigración republicana*; ii. *Guerra y política*, Taurus, Madrid, 1976.

ABZUG, Robert H., *Inside the Vicious Heart: Americans and the Liberation of Nazi Concentration Camps*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1985.

ALDEBERT, Bernard, *Chemin de croix en 50 stations: De Compiègne à Gusen II en passant par Buchenwald, Mauthausen, Gusen I*, F. Brouty, J. Fayard, París, 1946.

ALFAYA, Javier, «Españoles en los campos de concentración nazis», en Abellán, ii, pp. 89-120.

BARDON, Bohumil, *Vzpomínky* [Memorias]. Introducción de Josef Simek, Tiskarna OFTIS, Ostrava, 2001.

BARGUEÑO, Ramón/HERNÁNDEZ, Pedro, *Mauthausen ¡¡Nunca más!! Memorias del deportado n.o 3.183 Ramón Bargueño (Marmelada)*, sin editor, sin lugar, sin fecha (1991).

BARTA, Drahomir, extractos de su diario, que abarcan la existencia del KL-Ebensee, desde su llegada en el primer convoy (18 de noviembre de 1943) hasta la liberación del campo el 6 de marzo de 1945.

BASSA, David/RIBÓ, Jordi, *Memòria de l'infern: els supervivents*

catalans dels camps nazis, Edicions 62, Barcelona, 2002.

BASSIGNOT, Raymond, «Notes écrites au Camp de concentration de Mauthausen 1944-1945», prólogo de Jean-Marie Delabre, Meulan, 10 de mayo de 2002.

BATISTE BAILA, Francisco, *El sol se extinguió en Mauthausen*, prólogo de Alfred Giner Sorolla, Editorial Antinea, Vinaròs, 1999, 2000, 2001.

BAUM, Bruno, *Die letzten Tage von Mauthausen*, Deutscher Militärverlag, Berlín, 1965.

BAUMGARTNER, Andreas, *Die vergessenen Frauen von Mauthausen: die weiblichen Häftlinge des Konzentrationslagers Mauthausen und ihre Geschichte*, Verlag Österreich, Viena, 1997.

BEAUX, Véronique, y THOUROUDE, Jacques, *Moi, Jean Courcier: mes 20 ans, de la résistance à la déportation*, Éditions Apogée, Rennes, 2003.

BECKER, Arthur Alexander, *Mauthausen, ein Schauspiel in drei Aufzügen*, Ried Verlag, Salzburgo, 1946.

BERMEJO, Benito, *Francisco Boix, el fotógrafo de Mauthausen: Fotografías de Francisco Boix y de los archivos capturados a los SS de Mauthausen*, RBA, Barcelona, 2002.

BERNADAC, Christian, *Les 186 marches: Mauthausen*, Éditions France-Empire, París, 1974.

—, *Des Jours sans fin*, Ed. France-Empire, París, 1976; Famot, Ginebra, 1976.

BEREMBAUM, Michael, y PECK, Abraham J., *The Holocaust and History: The Known, the Unknown, the Disputed, and the Reexamined*, University of Indiana Press, Bloomington, 1998.

BETTELHEIM, Bruno, *Surviving and Other Essays*, Thames š Hudson, Londres, 1952.

BEYER, Wilhelm, *Rückkehr unerwünscht: Joseph Drexels «Reise nach Mauthausen»*, Stuttgart, 1997.

BILLIG, J., «Sur la déportation: les chambres à gaz dans les camps», *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, 101 (enero de 1976), pp. 121-123.

BORRÁS [LLUCH], José, *Histoire de Mauthausen: Les cinq années de déportation des républicains espagnols*, Imprimerie SEG, Chatillon-sous-Bagneux, 1989.

BORT VELA, José, *La angustia de vivir. Memorias de un emigrado*

republicano español, Revista de Occidente, Madrid, 1977.
BOÜARD, Michel de, «Mauthausen», *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, 15-16 (julio-septiembre de 1954), pp. 39-80.
—, «Gusen», *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale*, 45 (enero de 1962), pp. 45-70.
BOWEN, Wayne H., *Spaniards and Nazi Germany: Collaboration in the New Order*, University of Missouri Press, Columbia, 2000.
BRAVO-TELLADO, A. A., *El peso de la derrota, 1939-1944: la tragedia de medio millón de españoles en el exilio*, Francisco M. Sedeño, Edifrans, Madrid, 1974.
BRIDGMAN, Jon, *The End of the Holocaust: The Liberation of the Camps*, B. T. Batsford, Londres, 1990.
The Buchenwald Report, véase Hackett, David A.
BURNEY, Christopher, *The Dungeon Democracy*, Duell, Sloan š Pearce, Nueva York, 1946.
BUSSON, SUZANNE, *Dans les griffes nazies*, Pierre Belon, Le Mans, 1948.
CALVOCORESSI, Peter, / WINT, Guy, y PRITCHARD, John, *Total War: The Causes and Courses of the Second World War*, Pantheon, Nueva York, 1972, 1989.
CARCEDO, Diego, *Un español frente al holocausto*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.
CARPI, Aldo, *Diario di Gusen: Lettere a Maria con 75 disegni dell'autore*, edición de Pinin Carpi, Garzanti, Milán, 1974.
CATALÀ, Neus, *De la resistencia y la deportación: 50 testimonios de mujeres españolas*, Adgena, Barcelona, sin fecha (1987?).
CHAMBERLAIN, Brewster, y FELDMAN, Marcia (redactores), *The Liberation of the Nazi Concentration Camps, 1945*, prólogo de Robert H. Abzug, US Holocaust Memorial Council, Washington, 1987.
CHOMBART DE LAUWE, Marie-José, *Toute une vie de résistance*, Grapheim/FNDIRP, París, 1998.
CHOUMOFF, Pierre-Serge, *Les Chambres à gaz de Mauthausen: La Vérité historique, rétablie par P. S. Choumoff, à la demande de l'Amicale de Mauthausen*, Amicale des déportés et familles de disparus du camp de concentration de Mauthausen, París, 1972.
—, «Les Assassinats par gaz à Mauthausen et Gusen. Camps de concentration nazis en territoire autrichien», en *Le Monde juif*

(París), 123, julio-septiembre de 1986, pp. 104-137; 124, octubre-diciembre de 1986, pp. 155-171.
—, «De la recherche concernant Mauthausen» en *Revue d'Allemagne* (París), 27, 1995-2, pp. 283-290.
—«Präzisierungen zur Befreiung von Mauthausen», comunicación presentada el 3 de diciembre de 1995 en la Conferencia Internacional *Das Konzentrationslager Mauthausen* en la Universidad de Viena, 30 de noviembre-15 de diciembre de 1995.
—«Quelques précisions sur la libération du KZ Mauthausen», traducción al francés de la comunicación anterior.
COMELLAS, Francisco, *Kurzgeschichte der republikanischen Spanier in Österreich*, sin editor, fecha ni lugar de publicación.
CONSTANTE, Mariano, *Les Années rouges: De Guernica à Mauthausen*, Mercure de France, París, 1971.
—, *Los años rojos: españoles en los campos nazis*, Martínez Roca, Barcelona, 1974.
—, *Yo fui ordenanza de los SS*, Martínez Roca, Barcelona, 1976.
COURCIER, Jean, «Gusen II: Commando de Mauthausen», testimonio inédito.
CRAIG, Berry, *11th Armored Division, Thunderbolt*, Turner, Paducah, Kentucky, 1988.
DAHLEM, Franz, *Am Vorabend des zweiten Weltkrieges*, Dietz Verlag, Berlín Oriental, 1977.
DAIX, Pierre, *La Dernière Forteresse*, Éditeurs Français Réunis, París, 1950.
—, *Die letzte Feste*, V.V.N. Verlag, Berlín, 1952.
—, *La Forteresse vide*, Éditeurs Français Réunis, París, 1954.
—, *J'ai cru au matin*, Robert Laffont, París, 1976.
—, *Ce que je sais du XXe siècle*, París, 1985.
—, *Tout mon temps: Révisions de ma memoire*, Arthème Fayard, París, 2001.
DEBRISE [-Dreyfus], [DR] Gilbert, *Cimetières sans tombeaux*, prólogo de [Louis] Aragon, La Bibliothèque Française, París, 1946.
DEDL, Wolfgang, *Mensch unter Menschen: Mauthausen – ein Kreuzweg*, Veritas Verlag, Linz, 1985.
DELFIEU, Maurice, *Récits d'un revenant: Mauthausen-Ebensee (1944-1945)*, Indicateur Universel des PTT, París, 1947.

DE ZAYAS, ALFRED M., *Wehrmacht War Crimes Bureau, 1939-1945*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1989.

DIOS AMILL, José de, *La verdad sobre Mauthausen*, prólogo de Eduardo Escot, Sirius, Barcelona, 1995.

DOBOSIEWICZ, Stanislaw, *Mauthausen-Gusen, oboz zaglady* [campo de exterminio], Ministerio de Defensa, Varsovia, 1977.

DREXEL, Joseph, *Rückkehr unerwünscht: Reise nach Mauthausen*, Deutsche Verlags Anstalt, Stuttgart, 1978.

DREXEL, Joseph E., *Voyage à Mauthausen: le cercle de résistance de Nuremberg*, Éditions France-Empire, París, 1981.

DUBOST, Charles, *Documents pour servir à l'histoire de la guerre: le Procès de Nuremberg, l'accusation française. 3. La politique allemande d'extermination*, Service d'information des crimes de guerre, París, 1947.

DUMOULIN, Jean-Claude, *Du côte des vainqueurs*, Tiresias, París, 1999.

El exilio español de 1939. Véase Abellán, José-Luis.

FABRÉGUET, MICHEL, «Un groupe de réfugiés politiques: les Républicains espagnols des camps d'internement français aux camps de concentration nationaux-socialistes (1939-1941)», *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre mondiale* (París), 144 (octubre de 1986), pp. 19-38.

—, «Les "Espagnols rouges" à Mauthausen (1940-1945)», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (París), 162 (abril de l991), pp. 77-98.

—, «Mauthausen: camp de concentration national-socialiste en Autriche rattachée (1938-1945)», 4 vols. Tesis doctoral, dirigida por el profesor Jacques Bariéty, Université Paris IV (Sorbona), UFR d'histoire contemporaine, Centre d'études et de recherches sur l'Allemagne contemporaine, febrero de 1995.

—, *Mauthausen: camp de concentration national-socialiste en Autriche rattachée (1938-1945)*, prólogo de Jean-Gavard, Honoré Champion, París, 1999.

FAVEZ, Jean-Claude, *Une Mission impossible? Le CICR, les déportations et les camps de concentration nazis*, Payot, Lausana, 1988.

FERENCZ, Benjamin B., *Less Than Slaves: Jewish Forced Labor and the Quest for Compensation*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1979.

FONTENEAU, Homère, *Le long chemin… Buchenwald, Majdanek, Auschwitz, Mauthausen*, Barbezieux, Charente, 1978; Baignes, Charente, 1979.

FRANKL, Viktor, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 2004.

FREUND, Florian, «Berauscht von Freiheit: Die Befreiung des KZ Ebensee» en Ganglmair, Siegwald, redactor, *Jahrbuch 1988*. Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Österreichischer Bundesverlag, Viena, 1988, pp. 55-87.

—, *Arbeitslager Zement: Das Konzentrationslager Ebensee und die Raketenrüstung*, Verlag für Gesellschaftskritik, Viena, 1989, 1991.

—, *Concentration camp Ebensee: Subcamp of Mauthausen*, Dokumentationsarchiv des Österreichischen Widerstandes, Viena, 1990, 1998.

—, PERZ, Bertrand, *Das KZ in der Serbenhalle. Zur Kriegsindustrie in Wiener Neustadt*, Verlag für Gesellschaftkritic, Viena, 1987.

GANGLMAIR, SIEGWALD, ed., *Jahrbuch 1988*, Dokumentationsarchiv des österreichischen Widerstandes, Österreichischer Bundesverlag, Viena, 1988.

—, *Resistance and Persecution in Austria 1938-1945*, Servicio Federal de Prensa, Viena, 1988.

GARCÍA, Max R[ODRÍGUEZ]., *As long as I remain alive. As told to Priscilla Alden García*, Portals, Tuscaloosa, Alabama, 1979.

GARCÍA GAITERO, Prisciliano, *Mi vida en los campos de la muerte nazis*, edición de José Luis Gavilanes Laso, Edilesa, León, 2005.

GAUCHER, Irène, *Camps de mort*, prólogo de Vercors, Julien Wolff, París, 1946.

GAVARD, Jean, «L'indicible et l'histoire», en *Revue d'Allemagne* (París), 27, 1995-2, pp. 249-252.

GERMANEAU, Jean, *Mauthausen: Kommando de Hinterberg bei Peggau*, L'Amicale de Mauthausen, París, 1982.

GILBERT, Martin, *The Day the War Ended: VE Day 1945 in Europe and Around the World*, HarperCollins, Londres, 1995.

GIMÉNEZ MORENO, *Mauthausen: Campo de Concentração e de extermínio*, Ediciones Hispanoamericanas Brasil, 1975.

GOLDSCHMIDT, Michel, y TENAND-ULMANN, Suzanne, *André Ulmann ou le juste combat*, Société des Éditions Internationales, París, 1982.

GOSTNER, Erwin, *1000 Tage im KZ: Ein Erlebnisbericht aus den Konzentrationslagern Dachau, Mauthausen und Gusen*, Wagner, Innsbruck, 1945, 1986.

GOSZTONY, Peter, *Endkampf an der Donau 1944/45*, Molden Taschenbuch-Verlag, Viena y Munich, 1969.

GOUFFAULT, Roger, y SIMON, Michel, *Ebensee: Kommando de Mauthausen*, Amicale de Mauthausen, París, 1973.

GUILLEMOT, Gisèle, *(Entre parenthèses): de Colombelles (Calvados) à Mauthausen (Autriche) 1943-1945*, prólogo de Jean Quellien, epílogo de Thierry Feral, L'Harmattan, París, 2001.

—, *Résistante: Mémoires d'une femme de la Résistance à la Déportation*, Michel Lafon, París, 2009.

HACKETT, David A., redactor, *The Buchenwald Report*. Traducción, edición y prólogo de David A. Hackett, epílogo de Frederick A. Praeger, Westview, Boulder, Colorado, 1995. [Traducción de *Bericht über das Konzentrationslager Buchenwald bei Weimar*, 1945.]

HAEFLIGER, Louis, *Rapport sur le séjour d'un délégué du CICR à Mauthausen, du 27 avril au 8 mai 1945. Documents sur l'activité du Comité international de la Croix-Rouge*, Comité Internacional de la Cruz Roja, Ginebra, 1947.

HALBMAYR, Brigitte, «Women in prisoners' brothels in Nazi Germany», en David Wingeate PIKE, *Crimes against Women*, red. Nova Science, Nueva York, 2011, pp. 109-116.

HAULOT, Arthur, *Mauthausen Dachau*, Le Cri/Vander, Bruselas, 1985.

HEIM, Roger, *La Sombre Route*, José Corti, París, 1947.

HÉNOCQUE, padre G[eorges], *Les Antres de la bête: Fresnes, Buchenwald, Dachau*, G. Durassié, París, 1947.

HIMMLER, Heinrich, *Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, edición de Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson, introducción de Joachim C. Fest, Berlín/Frankfurt am Main, 1974.

—, *Discours secrets*, edición de Bradley F. Smith y Agnes F. Peterson, introducción de Joachim C. Fest, trad. del alemán de Marie-Martine Husson, Gallimard, París, 1978.

HOFFMAN, Otto, *Mauthausen, Sklaven des 20. Jahrhunderts: Gedichte und Tatsachenberichte*, Innsbruck, 1945.

HORWITZ, Gordon J., *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates*

of Mauthausen, I. B. Tauris, Londres, 1991.
—, *Mauthausen, ville d'Autriche, 1938-1945*, Le Seuil, París, 1992.
—, *All'ombra della morte. La vita quotidiana attorno al campo di Mauthausen*, Venecia, 1994.
—, «Places far away, places very near; Mauthausen, the camps of the Shoah, and the bystanders», en BERENBAUM, Michael, y PECK, Abraham J., redactor, *The Holocaust and History*, University of Indiana Press, Bloomington, 1998, pp. 409-420.
IBÁRRURI, Dolores, *Memorias de Pasionaria: la lucha y la vida*, Planeta, Barcelona, 1985.
ISELIN, Bernard, «La déportation», *Les Dossiers de l'histoire* (París), 67 (diciembre de 1988-enero de 1989), pp. 23-123.
Italiens et Espagnols en France, 1938-1946, véase Milza/Peschanski.
JARDIM, Tomaz, *The Mauthausen Trial: American Military Justice in Germany*, Harvard, Cambridge (Massachusetts), 2012.
JIMENO, Arsenio, *Francisco Largo Caballero: Unos apuntes biográficos y tres conferencias*, Ediciones Acción, París, sin fecha.
KAMBANELLIS, Iakovos, *Mauthausen*, trad. de Gail Holst-Warhaft, Kedros, Atenas, 1995.
KOGON, Eugen, *Der SS Staat: Das Systeme der deutschen Konzentrationslager*, Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main, 1946.
—, *L'Enfer organisé: le système des camps de concentration allemands*, Éditions de la Jeune Parque, París, 1947. Reimpreso como *L'Etat SS: le système des camps de concentration allemands*, Éditions du Seuil, París, 1970, 1993.
KOHL, Josef, *Die Pyramiden von Hartheim. «Euthanasie» in Oberösterreich 1940-1945*, Grünbach, 1997.
—, y MARŠÁLEK, Hans, *Das war Mauthausen*, Globus Verlag, Viena, 1945, 1946, 1950.
Komitee der Antifaschistischen Widerstandskämpfer der DDR. *Aktenvermerk R.U. Ein Bericht über die Solidarität und den Widerstand im Konzentrationslager Mauthausen 1938-1945*, Berlín, 1979, 1981, 1989.
Konzentrationslager Buchenwald Post Weimar/Thür, Nationale Mahn- und Gedenkstätte, Buchenwald, 1990.
KOSIEK, Albert J., «Liberation of Mauthausen», *Thunderbolt* (Washington), vol. 8, 7, mayo-junio de 1955.

KÜHN, Günter, y WEBER, Wolfgang, *Stärker als die Wölfe*, Militärverlag der Deutschen Demokratischen Republik, Berlín, 1976.
LACAZE, André, *Le Tunnel*, Julliard, París, 1978.
LAFFITTE, Jean, *Ceux qui vivent*, Éditions Hier et Aujourd'hui, 1947; Les Éditeurs Français Réunis, París, 1958.
—, *La Pendaison*, prólogo de André Lacaze, Julliard, París, 1983.
LANGBEIN, Hermann, *Nicht wie die Schafe zur Schlachtbank*, Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1980.
—, *La Résistance dans les camps de concentration nationaux-socialistes 1938-1945*, trad. del alemán de Denise Meunier, Arthème Fayard, París, 1981.
LANGLOIS, Caroline, y REYNAUD, Michel, *Elles et Eux, de la Résistance: Pourquoi leur engagement?*, Tirésias, París, 2003.
LE CAËR, Étienne, y Paul, *KL Mauthausen: Les cicatrices de la mémoire*, prólogo de Jean Gavard, Heimdal, Bayeux, 1996.
LE CAËR, Paul, *KL Mauthausen: Schlier/Redl-Zipf, 1943-1945*, Amicale de Mauthausen, París, 1984.
—, y SHEPPARD, Bob, *Album Mémorial de Mauthausen*, Heimdal, Bayeux, 2000.
LE CHÊNE, EVELYN, *Mauthausen: The History of a Death Camp*, Methuen, Londres, 1971.
—, *Mauthausen, histoire d'un camp de la mort*, P. Bleton, París, 1974.
LESOURD, Céline, «Étude démographique du groupe national français à Mauthausen», *Revue d'Allemagne* (París), 27, 1995-2, pp. 291-294.
LEVY, Alan, *The Wiesenthal File*, Constable, Londres, 1993.
The Liberation of the Nazi Concentration Camps, 1945, véase Chamberlain, Brewster.
LIFTON, Robert Jay, *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, Nueva York, 1986.
LOIDL, Franz, *Entweihte Heimat: KZ Ebensee*, Verlag H. Munch, Linz, 1946; Viena, 1971.
MACLEAN, French L., *The Camp Men: The Officers Who Ran the Nazi Concentration Camp System*, Schiffer, Atglen (Pennsylvania), 1999.
MAILÄNDER KOSLOV, Elissa, «Women SS-guards in concentration camps in Nazi Germany», en David Wingeate PIKE, *Crimes against*

Women, red. Nova Science, Nueva York, 2011, pp. 105-108.
MALLE JÁUREGUI, Miguel, «Le Maquis de l'enfer: la résistance internationale à Mauthausen», manuscrito, Seur (Loir-et-Cher), marzo de 1946.
—, segunda parte «L'empire nazi», manuscrito, sin lugar, sin fecha.
—, «La bataille de France et l'enfer nazi», manuscrito, Digne, mayo de 1977.
MARŠÁLEK, Hans, *Mauthausen: 8. 8. 1938-5. 5. 1945*, Steindl-Druck, Viena, sin fecha.
—, *Die Befreiung der Häftlinge des Konzentrationslager Mauthausen*, Österreichische Lagergemeinschaft Mauthausen, Viena, 10 de abril de 1980.
—, *Die Geschichte des Konzentrationslager Mauthausen: Dokumentation*, Österreichische Lagergemeinschaft Mauthausen, Viena, 1974, 1980, 1995.
—, *Giftgas im KZ-Mauthausen: Die Vergasungsaktionen im Konzentrationslager Mauthausen (Gaskammer, Gaswagen, Vergasungsanstalt Hartheim, Tarnnamen)*, Österreichische Lagergemeinschaft Mauthausen, Viena, 1988.
MARTÍN CASAS, Julio, y CARVAJAL URQUIJO, Pedro, *El exilio español (1936-1978)*, prólogo de Alfonso Guerra, Planeta, Barcelona, 2002.
MARTÍNEZ-ROBLES, Felipe, *Des Brigades Internationales au camp de Mauthausen; 1936-1945: Dix années de lutte contre le fascisme. Souvenirs d'un mineur du Nord*, Association Rememot, Raismes, 1999.
MASSAGUER, Lope, *Mauthausen, fin de trayecto: un anarquista en los campos de la muerte*, Fundación de Estudios Libertarios, Madrid, 1997.
MATT, Alphons, *Einer aus dem Dunkel: Die Befreiung des Konzentrationslagers Mauthausen durch den Bankbeamten H*, SV international/Schweizer Verlagshaus, Zurich, 1988.
Mauthausen: crónica gràfica d'un camp de concentració/crónica gráfica de un campo de concentración, Margarida Sala Albareda y Rosa Torán Belver (eds.), Viena Ediciones, Barcelona, 2002.
—, *Des pierres qui parlent*, Amicale des déportés et familles de Mauthausen, París, 1985, 1995.
MIALET, Jean, *La Haine et le pardon: le déporté*, Arthème Fayard,

1981; Robert Laffont, París, 1997.
MICHEL, Bernard, «L'Autriche 1944-1945», *Guerres mondiales et Conflits contemporains* (París), 149, enero de 1988, pp. 5-14.
MILZA, Pierre, y PESCHANSKI, Denis (redactores), *Italiens et Espagnols en France, 1938-1946*, Institut d'histoire du Temps présent, París, 1991.
MONTAGNANA, Mario, *Ricordi di un operaio torinese*, ii: *Sotto la guida di Togliatti*, Rinascità, Roma, 1949.
MORELLI, Valeria, *I deportati italiani nei campi di sterminio 1938-1945*, Scuole Grafiche Artigianali, Milán, 1965.
MORILLON, Albert, *34577*, edición del autor, París, 1984.
NEBEL, Gerhard, *Bei den nördlichen Hesperiden*, Wuppertal, 1948.
NEUGEBAUER, Wolfgang, «Politische Justiz in Österreich 1934 bis 1945», en *Justiz und Zeitgeschichte* (Viena), 1977.
—, «Zur Psychiatrie in Österreich 1938-1945: "Euthanasie" und Sterilisierung», en *Justiz und Zeitgeschichte* (Viena), 1983.
The Nürnberg Case: As presented by Robert H. Jackson, Chief of Counsel for the United States; together with other documents, Alfred A. Knopf, 1947, Cooper Square Publishers, Nueva York, 1971.
PAPPALETTERA, Vincenzo, *Tu passerai per il camino: Vita e morte a Mauthausen*, prólogo de Piero Caleffi, Ugo Mursia, Milán, 1965, 1974, 1997.
—, y Luigi, *La parola agli aguzzini: Le SS e i Kapò di Mauthausen svelano le leggi del Lager*, Arnoldo Mondadori, Milán, 1969.
PENDARIES, Yvelines, *Les Procès de Rastatt (1946-1954): Le jugement des crimes de guerre en zone française d'occupation en Allemagne*, Peter Lang, Nueva York y Berna, 1995.
PÉREZ, Léonard, *[Léonard Pérez] raconte ses mauvais souvenirs de Mauthausen Gusen*, sin editor, Toulouse, 1981.
PERSICO, Joseph E., *Nuremberg: Infamy on Trial*, Allison š Busby, Londres, 1995.
PERZ, Bertrand, «Der Todesmarsch von Weiner Neudorf nach Mauthausen! Eine Dokumentation», en Ganglmair, Siegwald, redactor, *Anuario 1988*, pp. 55-87.
—, *Projekt Quarz: Steyr-Daimler-Puch und das Konzenstrationslager Melk*, Verlag für Gesellschaftskritik, Viena, 1991.
PIKE, David Wingeate, *Vae Victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia, 1939-1944*, Ruedo Ibérico, París, 1969.

—, *Les Français et la Guerre d'Espagne, 1936-1939*, prólogo de Pierre Renouvin, Publications de la Sorbonne/Presses Universitaires de France, París, 1975.
—, *Jours de gloire, jours de honte: Le Parti communiste d'Espagne en France, depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950*, prólogo de Pierre Bertaux, SEDES, París, 1984.
—, *In the Service of Stalin: The Spanish Communists in Exile*, Clarendon Press, Oxford, 1993.
—, «Réflexions sur la liberation de Mauthausen», en Jean-Claude Allain (redactor), *Des Etoiles et des croix*, Economica š Institut d'histoire de la Défense, París, 1995, pp. 171-183.
—, «Die SS im Konzentrationslager Mauthausen und alliierte Spezialagenten», en *Mauthausen 1938-1998*, Van Gruting, Westervoort, 2000.
—, «De SS in het concentratiekamp Mauthausen en geallieerde geheim agenten», en *Mauthausen 1938-1998*, Van Gruting, Westervoort, 2000.
—, *Spaniards in the Holocaust: Mauthausen, the Horror on the Danube*, Londres y Nueva York, Routledge, 2000.
—, *L'Enfer nazi en Autriche*, Édouard Privat, Toulouse, 2003.
—, «Les Photographes de Mauthausen: aspects nouveaux d'une affaire célèbre», *Guerres mondiales et conflits contemporains* (París), n.º 218, abril de 2005, pp. 85-99.
—, *Betrifft: KZ Mauthausen, was die Archive erzählen*, Buchverlag Franz Steinmassl, Grünbach, 2005.
—, «Les Photographes de Mauthausen: aspects nouveaux d'une affaire célèbre», Exposition Internationale Barcelone-Vienne-Paris, Archives Nationales, París, mesa redonda, 18 de septiembre de 2005. Copia electrónica gratuita disponible escribiendo a dwp@aup.fr
—, *Crimes against Women*, red. Nova Science, Nueva York, 2011.
PILIAR, Yuri, *¡Todo eso ha sucedido! Relato*, traducido del ruso por J. López Ganivet, presentación de A. Vasin, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, sin fecha (1955?).
PIRÓGOV, Andréi, *Miedzynarodówka stracenców* [La internacional de los condenados], trad. del ruso de Wieslawa Wojtyga-Zagórska, Ksiazka i Wiedza, Varsovia, 1972.
PONS PRADES, Eduardo, *Los que SÍ hicimos la guerra*, Martínez Roca,

Barcelona, 1973.
—, *Morir por la libertad: españoles en los campos de exterminio nazis*, Ediciones Vosa, Madrid, 1995.
—, y CONSTANTE, Mariano, *Los cerdos del comandante: españoles de los campos de exterminio nazis*, Editorial Argos Vergara, Barcelona, 1979.
POUZOL, Henri, *La Poésie concentrationnaire: Visage de l'homme dans les camps hitlériens, 1940-1945*, prólogo de Pierre Seghers, Seghers, París, 1975.
RABITSCH, Gisela, «Die Konzentrationslager in Österreich (1938-1945): Überblick und Geschehen», tesis doctoral, Universidad de Viena, 1967.
RAUCHENSTEINER, Manfried, *Der Krieg in Osterreich '45*, edición del autor, Viena, 1995.
RAZOLA, Manuel, y CONSTANTE, Mariano, en colaboración con Patricio Serrano, *Triangle bleu: Les Républicains espagnols à Mauthausen, 1940-1945*, prólogo de Pierre Daix, Gallimard, París, 1969; Félin, París, 2001.
—, en colaboración con Patricio Serrano, *Triángulo azul: los republicanos españoles en Mauthausen, 1940-1945*, prólogo de Pierre Daix; trad. de Janine Muls de Liarás, Ediciones Península, Barcelona, 1979.
REILLY, Joanne, *Belsen: The Liberation of a Concentration Camp*, Routledge, Londres, 1997.
RENAUD, Charles, *Matricule 63037*, Imprimerie Pierre Landais, Dunquerque, sin fecha [1973].
RETTL, Lisa, y PIRKER, Peter, *«Ich war mit Freuden dabei»: Der KZ-Arzt Sigbert Ramsauer: Eine österreichische Geschichte*, Milena Verlag, Viena, 2014.
RIBELLES DE LA VEGA, Silvia, *Luis Montero Álvarez «Sabugo» en los abismos de la historia: vida y muerte de un comunista*, Pentalfa/ Helicon, Oviedo, 2011.
RIQUET, Michel, S. J., «L'Europe à Mauthausen: souvenir de la maison des morts», *Études* (París), abril-junio de 1945, pp. 289-304.
—, *Chrétien face aux ruines*, Éditions S.O.S., París, 1946.
—, *L'Europe à Mauthausen*, Europe Unie, Colmar, 1949.
—, *Chrétiens de France dans l'Europe enchaînée: Genèse du Secours*

catholique, Éditions S.O.S., París, 1972.

RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *Los esclavos españoles de Hitler: la historia de los miles de españoles enviados a trabajar a la Alemania nazi*, Planeta, Barcelona, 2002.

ROIG, Montserrat, «Una generación romántica: Españoles en los campos nazis», *Triunfo*, Madrid, 532 (9 de diciembre de 1972), pp. 34-37.

—, *Els catalans als camps nazis*, prólogo de Artur London, Edicions 62, Barcelona, 1977.

—, *Los catalanes en los campos nazis*, Península, Barcelona, 1978.

ROLLAND, Denis, *Vichy et la France libre au Mexique: Guerres, cultures et propagande pendant la Seconde Guerre mondiale*, L'Harmattan, París, 1990.

ROVAN, Joseph, *Contes de Dachau*, René Julliard, París, 1987.

RUBIO, Javier, *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, 3 vols., San Martín, Madrid, 1977.

SAINT-MACARY, Pierre, «Témoignage sur le témoignage», en *Revue d'Allemagne* (París), 27, 1995-2, pp. 253-254.

SANZ, José, «Recuerdos de Gusen II», *Le Patriote Résistant* (París), suplemento al n.º 426, abril de 1975, p. 7.

SCHÄTZLE, Julius, *Wir klagen an! Ein Bericht über den Kampf, das Leiden und das Sterben in deutschen Konzentrationslagern*, Kulturaufbau Verlag, Stuttgart, 1946.

SCHRÖCK, Martina, «Vom spanischen Bürgerkrieg ins Konzentrationslager: Die republikanischen Spanier im KZ Mauthausen», tesis dirigida por el profesor Thomas Frenz, Universidad de Passau, 1996.

—, «Die republikanischen Spanier im Konzentrationslager Mauthausen», en *Ostbairische Grenzmarken, Passauer Jahrbuch für Geschichte Kunst und Volkskunde. Jahrgang 41*, Passau, 1999.

SEMPRÚN, Jorge, *Le Grand Voyage*, Gallimard, París, 1972.

SHEPPARD, Bob [sir Robert Sheppard], *Missions secrètes et Déportation: les roses de Picardie*, Heimdal, Bayeux, 1998.

SINCA VENDRELL, Amadeo, *Lo que Dante no pudo imaginar: Mauthausen-Gusen, 1940-1945*, Imprimerie Descoins, Saint-Girons (Ariège), sin fecha (1946).

SLAPNICKA, Harry, *Hitler und Oberösterreich: Mythos, Propaganda und Wirklichkeit um den Heimatgau des Führers*, Franz Steinmassl,

Grunbach, 1998.
SMIRNOV, S[ergueï], «Les héros du bloc de la mort», *Etudes soviétiques* (París), 177, diciembre de 1962, pp. 26-32.
SORIANO, Antonio, *Éxodos: Historia oral del exilio republicano en Francia, 1939-1945*, prólogo de Roberto Mesa, Crítica, Barcelona, 1989.
SPEER, Albert, *Infiltration*, trad. de *Der Sklavenstaat* por Joachim Neugroschel, Macmillan, Nueva York, 1981.
STADLER, K[arl R.] y SZESSI, M., *Die NS-Justiz in Österreich und ihre Opfer*, Viena, 1962.
STANTKE, Edmund Richard, *Mordhausen: Bericht eines Augenzeugen über Mauthausen, das berüchtigte Konzentrationslager*, Munich, 1946.
STEIN, Louis, *Reyond Death and Exile: The Spanish Republicans in France 1939-1955*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1979.
STEINBACHER, Sybille, *Dachau: Die Stadt und das Konzentrationslager in der NS-Zeit. Die Untersuchung einer Nachbarschaft*, Hans Günter Hockerts š Gerhard A. Ritter, Frankfurt am Main, 1994.
STEWARD, teniente coronel Hal D., redactor, *Thunderbolt*, capítulos del brigadier general Charles S. Kilburn y el coronel Hill Blalock, 11th Armored Division Association, Washington, 1948.
STRASSER, Anna, *Tatsachenbericht März 1938-Mai 1945*, Hans Schachermayer, St. Valentin, 1982.
STUHLPFARRER, Karl, PERZ, Bertrand, y FREUND, Florian, *Bibliographie zur Geschichte des Konzentrationslagers Mauthausen*, Forschungsgemeinschaft zur Geschichte des Nationalsozialismus, Institut für Zeitgeschichte der Universität Wien, Viena, 1998.
TARIZZO, Domenico (ed.), *Ideologia della morte, storia e documenti dei campi di sterminio*, Mondadori, Milán, 1962.
Les Témoins qui se firent égorger, Collection Défense de l'Homme, Éditions Défense de la France, París, 1946.
Thunderbolt, véase Steward, Hal D. (red.).
TILLARD, Paul, *Mauthausen*, prólogo de Jean-Richard Bloch, Éditions Sociales, París, 1945.
TILLARD, Paul, *Le Pain des temps maudits*, Julliard, París, 1965, 1995.
TILLION, Germaine, *Ravensbrück*, Éditions du Seuil, París, 1973, 1988.

Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal: Nuremberg, 14 November 1945 – 1 October 1946. Vol. VI, *Proceedings 22 January 1946 – 4 February 1946*. Nuremberg, 1947.

TISLER, Janko, y ROVSEK, Joze, *Mauthausen na Ljubelju: Koncentracijsko taborisce na slovensko-avstrijski meji*, Celovec, Klagenfurt, 1995.

TUTOROW, Norman I., ed., *War Crimes, War Criminals, and War Crimes Trials*, Greenwood, Westport, Connecticut, 1986.

ULMANN, André, «Souvenir de voyage», en *Europe* (París), junio de 1946, pp. 53-65.

VALENZANO, Gino, *L'inferno di Mauthausen: Como morirono 5000 italiani deportati*, S.A.N., Turín, 1945, 1993.

—, y TORRIANI, Franco, *Combustible uomo*, Turín, 1974.

VARAUT, Jean-Marc, *Le Procès de Nuremberg: Le glaive dans la balance*, Perrin, París, 1992.

VARNOUX, padre Jean, *Monographie du Kommando de travail de Melk (Basse-Autriche), camp de concentration de Mauthausen*, Neuvic-Entier, Limoges, 1991.

—, *Clartés dans la nuit: la résistance de l'esprit. Journal d'un prêtre déporté*, Éditions de La Veytizou, Neuvic-Entier, Limoges, 1995.

—, HALLERY, Raymond, y SAINT-MACARY, Pierre, *Melk, Kommando de Mauthausen*, Amicale de Mauthausen, París, 1981.

VILANOVA, Antonio, *Los olvidados*, Ruedo Ibérico, París, 1969.

VINUREL, Ernest, *Rive de* cendre: *Transylvanie, Auschwitz, Mauthausen*, prólogo de Daniel Simon, Harmattan, París, 2003.

VIVES I CLAVÉ, Pere, *Cartes des dels camps de concentració*, prólogo de Agustí Bartra, Edicions 62, Barcelona, 1970, 1972.

WAGNER, Wolfgang, *Die ersten Strahlflugzeuge der Welt*, Bernard š Graefe, Coblenza, 1989.

War Crimes, War Criminals, and War Crimes Trials, véase Tutorow, Norman I.

WEIGL-HALLERBERG, Valentine, *Um das Erbe der Väter: Heimatroman aus dem Enns-Donauwinkel 1938-1945*, Wilhelm Ennsthaler, Steyr, 1982.

WETTERWALD, [Dr.] François, *Les Morts inutiles*, Éds. de Minuit, París, 1946, 1947, 1991.

—, «Surgical services at Mauthausen Concentration Camp from 11

May 1944 to 6 May 1945», en *Praxis*, 714, 16 de octubre de 1947, y 729, 23 de octubre de 1947.

Widerstand und Verfolgung in Oberösterreich 1934-1945, Österreichischer Bundesverlag, Viena-Munich, 1982.

WIESENTHAL, Simon, *KZ-Mauthausen. Bild und Wort*, Ibis-Verlag, Linz, 1946.

—, *The Murderers Among Us*, Heinemann, Londres, 1967.

—, *Justice n'est pas vengeance: Une autobiographie*, trad. fr. Odile Demange, Robert Laffont, París, 1989.

—, *Denn sie wussten was sie tun: Zeichnungen von KZ-Mauthausen*, Deuticke, Viena, 1995. [Reimpresión de *KZ-Mauthausen* (1946)].

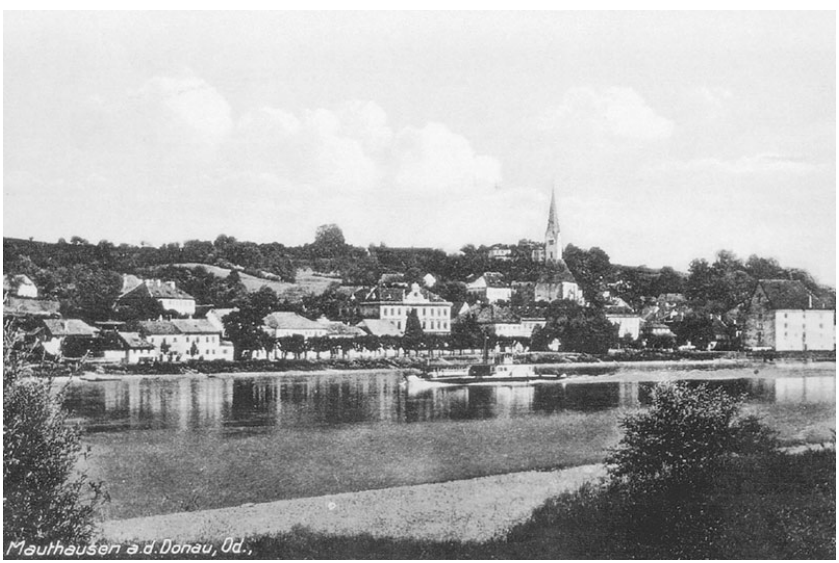
WIEWIORKA, Annette, *Le Procès de Nuremberg*, Ouest-France, Rennes, 1995.

WORMSER-MIGOT, Olga, *Le Retour des déportés: Quand les alliés ouvrirent les portes*, Éditions Complexe, Bruselas, 1985.

—, y MICHEL, Henri, *Tragédie de la déportation, 1940-1945: Témoignages de survivants des camps de concentration allemands*, Hachette, París, 1954.

Imágenes

Una multitud entusiasta recibe al Führer. (COLECCIÓN DAVID W. PIKE.)



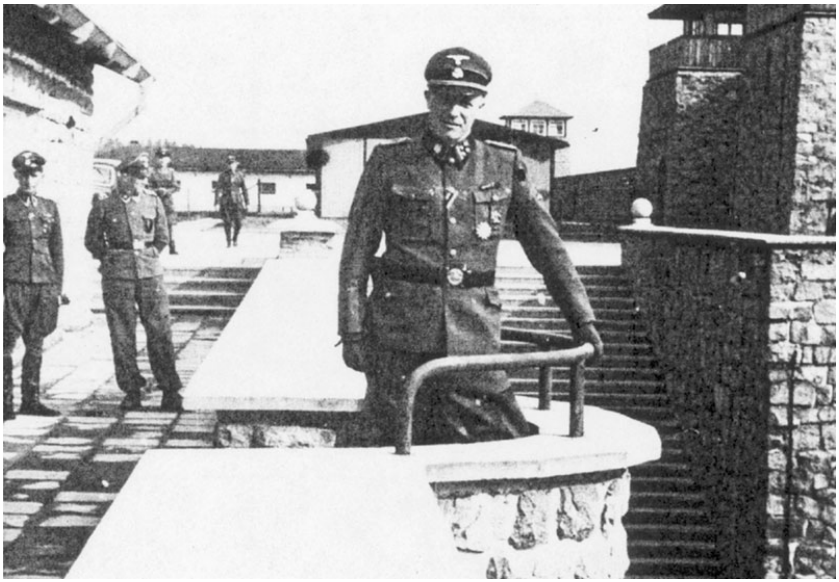
Vista de Mauthausen sobre el Danubio en una postal de la época.

(Colección David W. Pike.

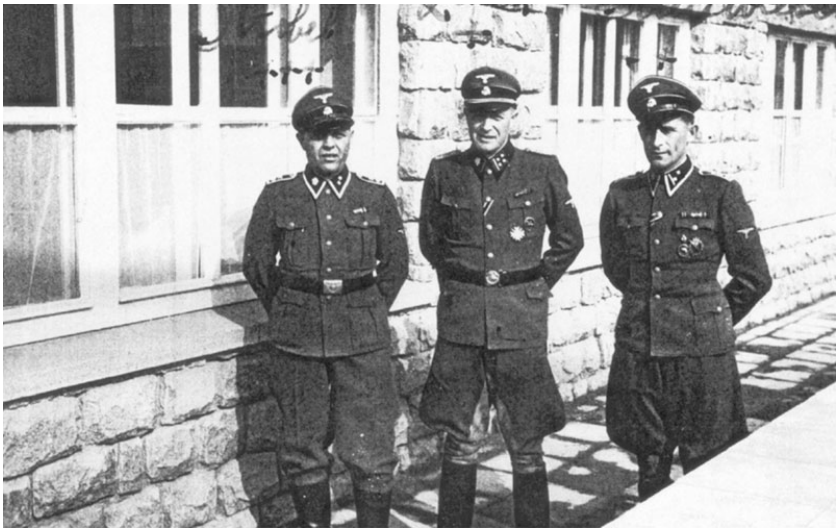
El enviado extraordinario de Franco y ministro de Exteriores, Ramón Serrano Suñer, se entrevista con Hitler y con su ministro de Exteriores, Ribbentrop, Berlín, 25 de septiembre de 1940. (Archivo Plaza & Janés.)

El ministro secretario del Movimiento, José Luis de Arrese (en el

centro, quinto por la izquierda), junto con un nutrido grupo de falangistas, realiza una visita oficial a Berlín como huésped del partido nazi, enero de 1943. (COLECCIÓN DAVID W. PIKE.)



El Lagerführer Ziereis, comandante del campo de Mauthausen, posa fuera de sus oficinas. FOTOGRAFÍA DE PAUL RICKEN (NARA, NATIONAL ARCHIVES AND RECORDS ADMINISTRATION, MARYLAND, EE. UU.).



De izquierda a derecha: Strobel, Ziereis y Streitwieser. FOTOGRAFÍA DE PAUL RICKEN (NARA).

De arriba abajo y de izquierda a derecha: Bachmayer y Streitwieser, Zutter, Altfuldisch, Strauss. FOTOGRAFÍAS DE PAUL RICKEN (CORTESÍA DE ANTONIO GARCÍA).

Siete Blockführer. FOTOGRAFÍA DE PAUL RICKEN (CORTESÍA DE ANTONIO GARCÍA).

La cantera. FOTOGRAFÍA DE FRIEDRICH KORNACZ O DE PAUL RICKEN (CORTESÍA DE ANTONIO GARCÍA).

Paul Ricken. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (NARA).

Juan Termens. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (COLECCIÓN DE MIGUEL CHOZAS).

Hans Bonarewitz va camino de la horca sobre una carreta precedido por la banda de música del campo. El director de la orquesta, Georg Streitwolf, tira con su brazo derecho de la carreta. FOTOGRAFÍA DE PAUL RICKEN (CORTESÍA DE RAMÓN MILÁ).

Tarjetas postales recibidas en Mauthausen por Ramón Milá. (CORTESÍA DE RAMÓN MILÁ.)

Visita a Mauthausen de Himmler, Reichsführer de la SS, abril de 1941. FOTOGRAFÍAS DE FRIEDRICH KORNACZ O DE PAUL RICKEN (CORTESÍA DE ANTONIO GARCÍA Y DE RAMÓN MILÁ).

Visita de Himmler a Mauthausen en abril de 1941. En la foto superior, de izquierda a derecha: Eigruber, Ziereis y Himmler. En la foto inferior Himmler asciende por la escalera de 186 escalones de la cantera, lugar donde murieron muchos prisioneros. FOTOGRAFÍA DE FRIEDRICH KORNACZ O DE PAUL RICKEN (CORTESÍA DE ANTONIO GARCÍA Y DE RAMÓN MILÁ).

Kommandantur
des Staatl. Konzentrationslagers
Mauthausen.

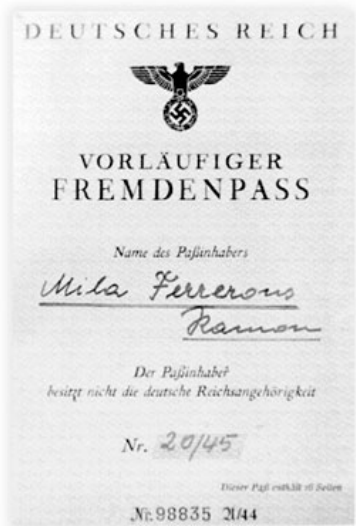
Mauthausen, den 9. Okt. 1944

Entlassungsschein

Der Mila Ferrarons Ramon geb. am 21.11.1922
in Barcelona war in der Zeit
vom 24.8.1940 bis 9.10.1944 in einem Konzentrationslager untergebracht.
Die Entlassung erfolgte am 11. 9. Oktober 1944.

Auflage:
Sie haben sich bis auf Widerruf jeden Werktag bei der Ortspolizeibehörde Ihres Wohnortes und sofort bei der
zu melden.

Der Lagerkommandant:
SS-Standartenführer



DEUTSCHES REICH

VORLÄUFIGER
FREMDENPASS

Name des Paßinhabers
Mila Ferrerons
Ramon

Der Paßinhaber
besitzt nicht die deutsche Reichsangehörigkeit

Nr. 20/45

Dieser Paß enthält 16 Seiten

Nr. 98835 21/44

Unterschrift des Inhabers

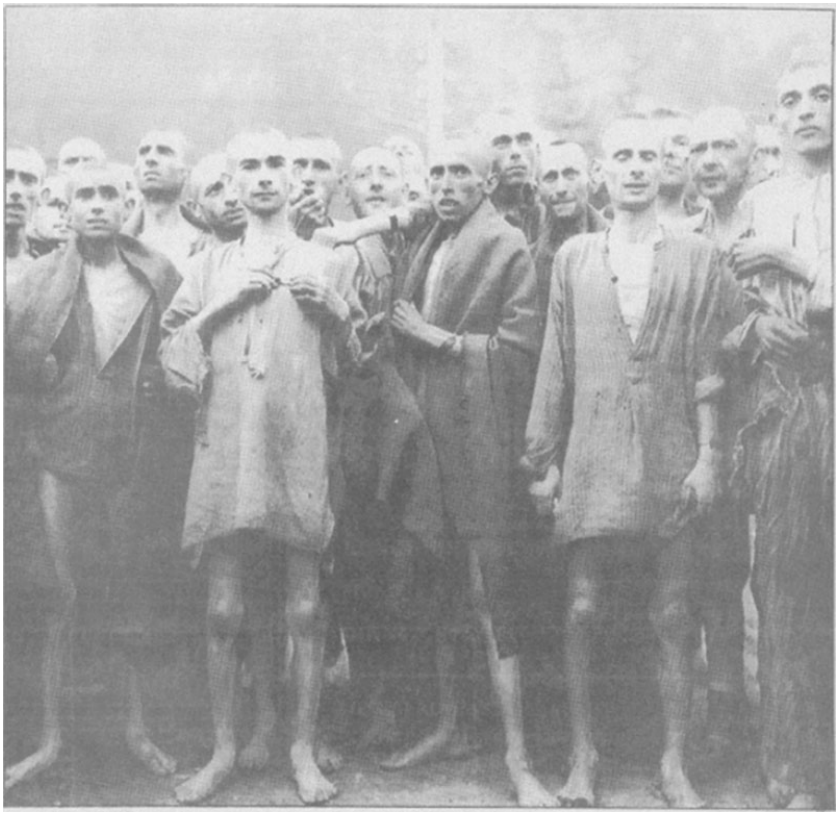
Ramón Milá Ferrerons

Nr. 98835 21/44

Salvoconducto (Fremdenpass) expedido a los jóvenes del comando Poschacher en octubre de 1944, en este caso a Ramón Milá. (CORTESÍA DE RAMÓN MILÁ.)

Liberación de Mauthausen el 6 de mayo de 1945. El primer blindado estadounidense entra en Mauthausen bajo la pancarta de bienvenida de los españoles. FOTO SUPERIOR: FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE PREMYSL DOBIAS). FOTO INFERIOR: FOTOGRAFÍA DE HENRI BOUSSEL (NARA).

Mauthausen, 6 de mayo de 1945. De izquierda a derecha: Juan Gil, prisionero no identificado, soldado norteamericano no identificado, doctor Pedro Freixa, Salvador Ginesta. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE JEAN-MARIE GINESTA).



La liberación de Ebensee, 6 de mayo de 1945. FOTOGRAFÍA DE UN SOLDADO NORTEAMERICANO DESCONOCIDO (COLECCIÓN DAVID W. PIKE).

Los jóvenes del comando Poschacher (Poschacherjugend) el 13 de mayo de 1945. Arrodillado en el extremo izquierdo se encuentra Francesc Boix. De pie, detrás de Boix, Lázaro Nates. En el centro, con una gorra: Ramón Milá. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE RAMÓN-MILÁ).

Posando ante el Danubio tras la liberación. En el extremo izquierdo,

Ramón Milá, y en el derecho, Jesús Grau. (CORTESÍA DE RAMÓN-MILÁ).

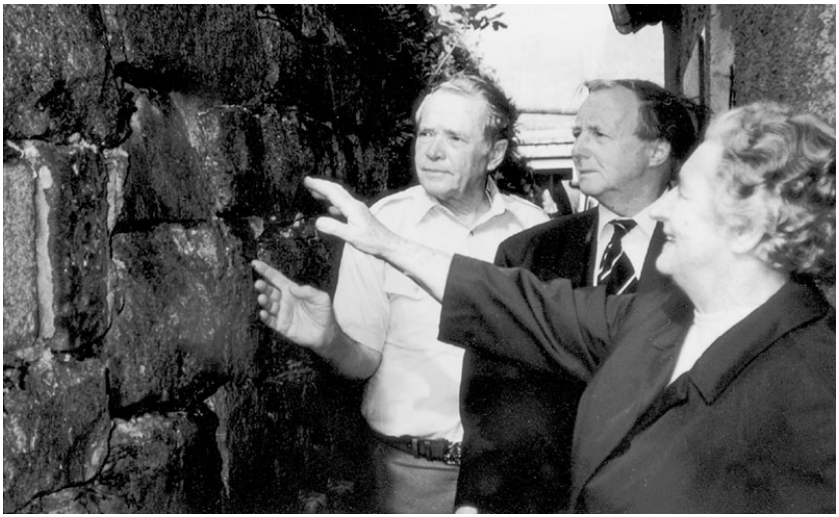
Baldomero Chozas posando en la Academia Militar de la República en 1938. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE MIGUEL CHOZAS).

Reunión de la FEDIP en París. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Juan Gil, Casimir Climent y José Ester Borrás (presidente). FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE CLAIRE GIL-GRIFÉ).

Grupo de supervivientes españoles ante el monumento a los republicanos españoles muertos en Mauthausen. En el centro, de pie, Antonio García. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE CLAUDE GARCÍA).

Cena celebrada en París por la FEDIP. De izquierda a derecha: Claire Gil-Grifé, Juan Puig Elías, Manuela Ruiz de Riquelme, Juan Gil Balana, Ramiro Santisteban Castillo, Pilar Bailina, Emile Valley (presidente de la Amicale de Mauthausen), Josep Bailina Sibele, Montserrat Climent, Casimir Climent Sarrión. FOTÓGRAFO DESCONOCIDO (CORTESÍA DE CLAIRE GIL-GRIFÉ).

Juan de Diego, Julian Gorkin y el autor, París 1984. FOTOGRAFÍA DEL ENCARGADO DE PRENSA DE SEDES (COLECCIÓN DAVID W. PIKE).



Leopoldine Drexler mostrando a Leander Hens y al autor el lugar en el muro lindante con su casa donde su madre, Anna Pointner, escondió las fotografías salvadas por los españoles. Mauthausen, mayo de 1995. FOTOGRAFÍA DE EDWARD BERGH (COLECCIÓN DAVID W. PIKE).

Mauthausen, mayo de 2000. Supervivientes españoles marchan por la Appellplatz. FOTOGRAFÍA DE DAVID W. PIKE.

Notas

En las Notas, cuando se cita más de una fuente de referencia, el orden de aparición de la fuente se corresponde con el cronológico de publicación, si bien se ha dado prioridad a las fuentes primarias.

Prólogo

[1] El 14 de junio de 2000, Argentina se convirtió en el primer país latinoamericano que reconoció su responsabilidad. En un encuentro con el presidente Bill Clinton en Washington, el presidente Fernando de la Rúa expresó su «profundo dolor» por el papel de su país como santuario de los nazis después de la Segunda Guerra Mundial, y prometió una investigación sobre cómo se les permitió entrar en Argentina, así como la persecución de los responsables criminales. <<

[2] Durante veinte años, Simon Wiesenthal se negó a viajar a Canadá, en protesta a su política de admitir fugitivos nazis (*Documentationszentrum*, Viena, 31 de enero de 2001). Véase el informe compilado por el historiador Alti Rodal y publicado en agosto de 1987 por la Comisión Deschenes en Ottawa. Rodal demostró que ciertas «personas de turbia moral» (definición empleada para los criminales nazis) habían sido admitidos como inmigrantes en Canadá después de 1945 como resultado de información incompleta o falsa proporcionada por oficiales de inteligencia estadounidenses. Un alto oficial de la Royal Canadian Mounted Police, nacido en Alemania, fue acusado de haber destruido documentos relativos al pasado nazi de estos inmigrantes. <<

[3] El debate se concluyó con la adopción en ese año 1981 del War Crimes Act, acto aprobado por la Cámara de los Comunes a pesar de la objeción de la Cámara de los Lores. < <

[4] Antonio García a Mariano Constante, 21 de octubre de 1977. <<

[5] *La Vanguardia*, 21 de enero de 1976. < <

[6] *Hispania*, 54, 2.ª serie (abril-mayo de 1976). < <

[7] Pilar Bailina, correspondencia. < <

[8] Premysl Dobiáš, correspondencia. < <

[9] *Ibid.* < <

[10] Véase Pike, *Spaniards*, Anexo II. < <

[11] Tres de los testigos clave contra Ricken fueron más tarde desenmascarados como antiguos kapos, ellos mismos responsables de crímenes y castigados con penas de cadena perpetua. <<

[12] «Le Rêve de Perla», documental alemán de Shahar Rozen, TV canal franco-alemán Arte, 23 de mayo de 2000. Ovitz Piroska (Perla), integrante de la Liliput-Truppe que fue deportada a Auschwitz, afirmaba que cuando supo de la muerte de Mengele, lloró. < <

Primera parte: EL ARCHIPIÉLAGO KZ

[*] Solo hay un camino hacia la libertad / y en los hitos que lo jalonan se lee: / obediencia, diligencia, orden, limpieza, / honestidad, sacrificio y amor a la patria. — Consejo de las SS a cada *Zugang*. < <

1. Deportados a los Stalags

[1] De Diego, grabación sonora de Madelyn Most, Perpiñán, 1994. < <

2. Los españoles y el universo KZ

[1] El nombre dado a Alemania por los austríacos, después de la anexión de Austria, era Altreich. < <

[2] Rafael Álvarez, que primero fue asignado a Gusen II y luego a Vöcklabruck (entrevista). < <

3. Clasificación y estratificación

[1] Esta lista no es en absoluto exhaustiva. < <

[2] Término con el que se designaba a un interno de un campo de concentración. La palabra *kazettler* proviene de la pronunciación en alemán de KZ, una de las dos abreviaturas de Konzentrationslager. <<

[3] El triángulo amarillo con punta hacia arriba se colocaba bajo un segundo triángulo con vértice hacia abajo, formando una estrella de David. El segundo triángulo podía ser rojo, verde o negro, dependiendo de la condición del prisionero. < <

[4] Esta categoría incluía no solo a vagos, solitarios, vagabundos y merodeadores, sino también a toda persona que se negara a trabajar o a ocupar el puesto de trabajo que se le asignaba, e incluso a los que llegaban tarde al trabajo. <<

[5] A los prisioneros no se les entregaban navajas de afeitar, y no tenían derecho a afeitarse solos. Tenían que afeitarse a diario, pero la tarea era muy rápida. Los sábados y los domingos se les rasuraba todo el vello corporal (García Barrado, entrevista). < <

[6] García Alonso, entrevista. Este notable lujo, comparado con las condiciones de vida de la masa de prisioneros, se ha omitido prácticamente de todos los relatos publicados. La omisión es fácil de entender, y perdonable. < <

4. Programas opuestos: extenuación y exterminio

[1] A partir de entonces, Glücks, establecido en su cuartel general en Oranienburg, quedó a las órdenes tanto de Pohl como de Heydrich (y de su sucesor Kaltenbrunner). Glücks ya había visitado Mauthausen en 1940 y en 1941. < <

5. Vida cotidiana en el KZ

[1] Jack H. Taylor, testimonio. <<

[2] El cartel mostrado en cada barracón: «*Eine Laus dein Tod!*» («¡Un piojo significa vuestra muerte!») no correspondía al tipo de advertencia cargada de odio propia de los SS, pero reflejaba el terror que sentían a contagiarse con la plaga o cualquier otra epidemia. Por las tardes se celebraba un *Lauskontrolle*, varias veces al mes. <<

[3] NARA, 338/344. < <

[4] NARA, 338/342. < <

[5] El término Revier, que significa simplemente dispensario, se mantuvo en uso fuera cual fuese el tamaño de la instalación. En Mauthausen cambió de situación más de una vez: se convirtió en hospital y luego en un gran hospital de campo. Como hospital de campo, fue llamado originalmente *Russenlager*, ya que fue erigido por prisioneros soviéticos en 1942-1943, fuera de la fortaleza bajando la colina. También se denominó *Krankenlager*, si bien su nombre oficial era Sanitätslager. Los prisioneros que entraban en él conservaban su número KL-M, pero con un prefijo SL. < <

[6] Marcelino López, videocasete, Fondation. < <

[7] Santisteban, entrevista. < <

[8] Ramón Bargueño, entrevista, muestra una excepción a la regla de que el prisionero quedaba marcado de por vida. Quita importancia a los 25 latigazos que recibió en Steyr, insistiendo en que lo esencial era no perder la cuenta y bañar después el cuerpo en agua, algo que él pudo hacer. Las marcas, afirma, desaparecieron al cabo de una o dos semanas, pero admite que en este caso recibió los latigazos de un solo SS y no de un grupo. Aun así, su caso debería considerarse, si no único, al menos infrecuente. <<

[9] NARA, 338/344. < <

[10] De Diego, entrevista; Álvarez y Santisteban, entrevista. Los tres fueron testigos presenciales. De Diego insiste en que, entre todos los españoles que fueron azotados, jamás escuchó un grito de dolor. El superviviente francés Jean Mialet, en el campo subsidiario de Buchenwald, Dora, también atestigua la fortaleza de los españoles: «A diferencia de otros presos azotados antes que él, un español que estaba el siguiente en la cola conservaba su tradicional orgullo y no emitía ningún sonido, ni siquiera tras veinticinco latigazos» (Mialet, entrevista). <<

[11] Riquet, entrevista. < <

[12] Wiesenthal, entrevista. < <

[13] De Diego, entrevista. < <

[14] Sir Robert Sheppard, «Survivors». < <

[15] Jozef Garlinski, «Survivors». < <

[16] Jozef Garlinski, «Survivors». <<

[17] Premysl Dobiáš, correspondencia. < <

[18] De Diego, entrevistado por Madelyn Most. De Diego añade: «En las raras ocasiones en que me pegaron, nunca me caí». < <

[19] Primo Levi, *Los hundidos y los salvados* [trad. cast. El Aleph, Barcelona, 2002]. < <

6. Oranienburg, Buchenwald y Mauthausen comparados

[1] El famoso roble no sobrevivió a la guerra. Fue destruido en un ataque aéreo aliado en agosto de 1944 (Semprún, entrevista). < <

[2] Entre ellas, sus barracones de dos alturas, luego divididas en cuatro *Stuben*, de la A a la D, con 500 prisioneros cada uno. < <

[3] Ciertas cartas llegaban a la oficina postal de las SS en Mauthausen dirigidas a «Mordhausen». «Cada vez que el SS-Obersturmführer Johann Altfuldisch, responsable de la oficina postal, veía los sobres esbozaba una sonrisa» (Albert Tiefenbacher, NARA, 338/344). <<

[4] Mauthausen es técnicamente un Marktgemeinde, entre un Dorf (aldea) y una Stadt (ciudad). Su estación de ferrocarril se encuentra en una ruta norte-sur que une Pregarten con St. Valentin. < <

[5] El Museo de Mauthausen ofrece las siguientes estadísticas relativas al número total de prisioneros en el complejo de Mauthausen en las siguientes tres fechas:

	18 feb. 1944	*31 dic. 1944*	*15 marzo 1945*
Hauptlager	9.027	10.042	20.304
Nebenlager			
Gusen	7.537	24.266	22.753
Ebensee	1.914	8.922	11.506
otros	9.725	29.162	27.923
Total Nebenlager	19.176	62.350	62.182
TOTAL	28.203	72.392	82.486

<<

[6] El salario mensual de una mujer guardia de la SS era de 186,68 reichsmark brutos (105,10 reichsmark netos), casi el doble de lo que cobraba un obrero de una fábrica (106 reichsmark brutos). Fuente: Abschrift, KL Ravensbrück, Kommandantur, I.Az. 260/-Ha., no fechado. < <

[7] Véase el Anexo I. < <

[8] Dobiáš, entrevista. < <

[9] Esta policía local, reflejo de la tradición napoleónica, data de 1807. < <

[10] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

7. Supervivencia de las pruebas

[1] El asesinato de los *Kohlenfahrer* fue durante mucho tiempo una práctica normal de los SS. Ziereis, en su confesión realizada en el lecho de muerte, se refirió a la orden de Glücks de que estos prisioneros-trabajadores fueran fusilados y reemplazados cada tres semanas (NARA, 338/345). <<

[2] Al menos otros 50 españoles murieron entre el 2 de mayo y la liberación del campo unos días más tarde. Juan de Diego, que llevó un registro secreto mientras trabajaba en el Lagerschreibstube, anotó un total de 4.854. < <

[3] De Diego, entrevista. <<

[4] Kanthack fue en su día funcionario de la Alemania nazi como comisario de policía, pero había sido detenido bajo sospecha de ser antinazi (De Diego, entrevista). < <

[5] De Diego a Herr Ohren, Tribunal de Magistratura, Colonia: Luchon, 21 de diciembre de 1962. Este voluminoso registro está de nuevo en posesión de Juan de Diego (De Diego, videocasete, Fondation). < <

Segunda parte: MAUTHAUSEN, CATEGORÍA TRES

[*] Sea de día o de noche, / siempre alerta. / La campana llama. / Es la señal que llega. Tu deber comienza. — Advertencia de las SS inscrita en la Appellplatz de Gusen. < <

1. La llegada

[1] Enriquito, también conocido por los españoles como Manolita, era el intérprete oficial de alemán-español de Mauthausen. Pese a sus modales afeminados, tenía espíritu nazi suficiente para haber sido elegido para una misión en España antes de que diera comienzo la guerra civil. Su español atroz no le ayudó en la misma. Fue detenido en Barcelona en 1937 y permaneció en prisión hasta que fue liberado por los nacionales después de la caída de Barcelona. A su regreso a Alemania, sus superiores consideraron que había fracasado en la misión y le enviaron a Mauthausen, pero con un triángulo verde, no rosa, y lo que es más importante, como kapo. Fue asignado al barracón 13 (Juan de Portado [Antonio García Alonso], *Hispania*, 73 (enero de 1982); 74 (abril de 1982). <<

[2] Cuando en 1943 comenzaron a agotarse las existencias de zuecos de madera, a los prisioneros se les permitió conservar el calzado que traían, aunque a menudo acababan robándoselo, ya fueran otros prisioneros o guardias de las SS (NARA, 338/316). <<

[3] García Barrado, entrevista. < <

[4] NARA, 338/394. < <

[5] Antonio García llegó a conocer a su compañero catalán Conill, ya que el Erkennungsdienst compartía el barracón con el kommando de desinfección. Conill le contó que había amasado una pequeña fortuna con los bienes, entre ellos lingotes de oro, que había encontrado ocultos en la ropa, sobre todo en las hombreras, de los prisioneros. Al terminar la guerra, decía, sería rico y no tendría que trabajar ni un solo día más en su vida. García le contestó que para él sería más que suficiente salir con vida de Mauthausen, por muy pobre que pudiera ser el resto de su vida. Nadie, añade García, cree que Conill saliera de Mauthausen con su fortuna (García Alonso, entrevista). <<

[6] NARA, 338/397. < <

[7] García Barrado, entrevista. < <

[8] Joseph Haber, entrevista. < <

[9] Jean-René Chauvin, entrevista. < <

[10] Drexler, entrevista. < <

[11] Neumüller, entrevista. < <

[12] Daix, entrevista. < <

[13] Josef Jahn, Bürgermeister de Mauthausen, entrevista. < <

[14] Santisteban, entrevista. < <

[15] García Alonso, entrevista. < <

[16] Dobiáš, entrevista. < <

[17] García Barrado, entrevista. < <

[18] Chozas, entrevista. Chozas había sido hecho prisionero en Dunkerque, con el uniforme de las Compagnies de Travailleurs. Después de pasar por el Stalag XII-D en Tréveris, donde fue interrogado, como los demás, por la Gestapo, llegó al KL-Mauthausen el 20 de enero de 1941. <<

[19] García Barrado, entrevista. < <

2. El círculo exterior: los SS

[1] Los otros seis Gauleiters eran: Jury (Niederdonau), Globocnik (Viena), Klausner (Carintia), Uiberreither (Steiermark), Hofer (Tirol) y Rainer (Salzburgo). < <

[2] Este asunto sigue sin aclarar. Alois Obermeier, comandante de la Kommandantur, era el superior de todos los demás. En 1945, Zoller, como comandante del batallón de guardias, y no Zutter, como adjunto a Ziereis, era considerado el segundo en la línea de mando. <<

[3] García Alonso, entrevista. < <

[4] Vilém Stašek, en *Mauthausen*, documental dirigido por Karl M. Brousek. < <

[5] Ziereis contaba con varias casas, incluyendo su chalet en Spital am Pyhrn, número 44. También tenía avión privado. <<

[6] Neumüller, entrevista. < <

[7] Martha Gammer, correspondencia. < <

[8] De Diego, entrevista. < <

[9] *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 123 (junio de 1965). < <

[10] NARA, 338/343. < <

[11] NARA, 338/344. < <

[12] NARA, 338/234. < <

[13] Daix, entrevista. < <

[14] NARA, 338/336. < <

[15] De Diego, entrevista. < <

[16] *Ibid.* <<

[17] Adolf Zutter, al capitán estadounidense A. J. Hackl, Linz, 2 de agosto de 1945 (Bundesarchiv, Berlín 1169/98/4 NS 4 Ma/vorl. 56). Las ejecuciones fueron aparentemente llevadas a cabo por Niedermayer en el Bunker. < <

[18] NARA, 338/342. < <

[19] NARA, 338/345, 349, 350, 392. < <

[20] García Alonso, entrevista. < <

[21] Kambanellis, entrevista. < <

[22] *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 136 (septiembre de 1967).
< <

[23] NARA, 338/336. < <

[24] Juan de Diego, videocasete, Fondation. <<

[25] NARA, 338/345, 350. <<

[26] Albert Tiefenbacher declaró bajo juramento: «Yo estaba en la lavandería cuando Seidl gritó: "¿Está planchado? Aquí hay una arruga. Ven a ver". Luego quemó al prisionero con la plancha» (NARA, 338/344). < <

[27] Las ejecuciones mediante disparo en la nuca se realizaban en una pequeña celda adyacente a la cámara de gas y denominada «estudio de fotografía». El prisionero era informado de que se pusiera en pie mirando a la pared mientras se le tomaba la foto; a través de un agujero en la pared opuesta un SS disparaba el *Genickschuss*. Otro método, posiblemente empleado en otro período, consistía en hacer que el prisionero se apoyara en la pared contra una cinta métrica como si fueran a medirlo. Cuando el bloque movible por encima de su cabeza se bajaba hasta hacer contacto con ella, dicho contacto hacía que se disparara automáticamente una bala en la nuca. < <

[28] Notablemente, por Juan de Diego. Aparte de su pequeña contribución a la obra de Razola y Constante, Bargueño fue autor (con ayuda de su amigo Pedro Hernández) de la obra breve *Mauthausen nunca más*; aunque no estaba destinada a la venta, es un compendio de imprecisiones y generalidades. < <

[29] Bargueño, entrevista. < <

[30] García Barrado, entrevista. < <

[31] De Diego, entrevista; García Barrado, entrevista; Santisteban, entrevista. < <

[32] NARA, 338/345. < <

[33] NARA, 338/343. < <

[34] NARA, 338/394. < <

[35] NARA, 338/394. < <

[36] NARA, 338/363. < <

[37] NARA, 338/364. < <

3. El círculo interior: los kapos

[1] Parece que los kapos, sin excepción, eran unos borrachos. Si no tenían nada más que hacer, bebían alcohol en bruto mezclado con mermelada. < <

[2] NARA, 338/336. < <

[3] NARA, 338/389. < <

[4] NARA, 338/336. < <

[5] NARA, 338/366. < <

[6] Tal fue el caso de un tal Asturias (llamado por algunos Astoria y apodado Napoleón), quien sirvió como Overkapo en Gusen II pero nunca ha sido correctamente identificado. < <

[7] Igualmente en Steyr hubo un kapo español, llamado Camacho, que también odiaba a los franceses por sus experiencias de 1939. Propinó palizas regulares a Jean-Marie Delabre y al padre Gittenet (Delabre, entrevista). <<

4. Los primeros contingentes españoles

[1] La fecha del 6 de agosto de 1940 es confirmada por Juan de Diego, que llegó en el primer contingente, con uniforme francés. En el momento de su llegada, los prisioneros estaban construyendo la nueva estación, y estaban atareados levantando el muro. La carretera al campo, añade, no estaba pavimentada entonces (entrevista). <<

[2] Aunque Anna Strasser publicó sus memorias en 1982, nunca reveló el nombre completo de Annemarie. Tampoco dio su propia dirección, aunque sigue viviendo en St. Valentin. < <

[3] Lázaro Nates se muestra inflexible en este punto, en un artículo que escribió con el seudónimo de El Púa: «España, Angulema, Mauthausen», *Hispania*, 55, 2.ª serie (noviembre de 1976). <<

[4] Mucho sufrió la familia Cortés. Mientras el padre, Francisco, y los tres hijos fueron enviados a Mauthausen, la madre y las hijas se quedaban recluidas en un campo de internados en Francia. Francisco y su hijo mayor, José, de veinte años, eran inválidos a causa de la guerra civil: el padre tenía una pierna artificial, y a José le faltaba un brazo. Cuando en Gusen un SS empezó a maltratar al padre, José se rebeló, y los dos fueron asesinados. Jacinto, de diecisiete años cuando llegó a Mauthausen, fue enviado a la cantera, mientras que Manuel, que tenía tan solo quince, fue hecho Stubendiener (Cortés, entrevista). < <

[5] Juan de Diego guarda la lista completa de miembros del *Poschacherjugend*, y muestra 50 nombres (no 38, como se ha dicho habitualmente), con sus edades cuando llegaron en 1940, con las cifras siguientes: 1 de 13 años, 3 de 14, 7 de 15, 5 de 16, 13 de 17, 16 de 18, 5 de 19. El más joven era Félix Quesada Herrerías, del Prat de Llobregat, nacido el 4 de mayo de 1927. < <

[6] Unos pocos de estos muchachos de Poschacher fueron asignados para trabajar en el pueblo de Mauthausen y en las granjas cercanas. <<

[7] Santisteban, entrevista. Manuel García, entrevista, hace mención de un sacerdote de Mauthausen que fue enviado al Lager; murió a los tres días. < <

[8] Santisteban, entrevista. < <

[9] *Ibid.* < <

[10] Jahn, entrevista. Josef Jahn, natural de Mauthausen, y más tarde su Bürgermeister, tenía doce años cuando terminó la guerra. De Diego, entrevista, comenta sobre el testimonio de Jahn: «Es posible, pero tendría que haberse hecho en absoluto secreto». Erich Neumüller, entrevista, declara sobre las peleas entre soldados de las SS y la Wehrmacht que habrían ido a beber por la noche, pero se muestra igualmente escéptico acerca de la ejecución por las SS de soldados de la Wehrmacht: «No porque los SS no fueran capaces de eso, sino porque era demasiado peligroso. Suponga que se corriera la voz». <<

[11] Las esposas de los SS, mayoritariamente alemanas, dieron una mala impresión en el pueblo: «Eran arrogantes con todos» (Neumüller, entrevista). Neumüller recuerda la valerosa acción de Franz Winklehner, el director de la cooperativa agrícola cerca de la estación de Mauthausen, al arrojar pan y cigarrillos a los prisioneros que pasaban; fue detenido y enviado a Dachau, donde murió en 1941. Andreas Gruber, entrevista, habla del hombre de Schwertberg que servía la leche a las SS del campo: «Sentía lástima de los prisioneros e intentó hacerles llegar comida. También dijo que algunos de los SS estaban solos y hubieran querido hablar, pero no podían». En St. Valentin, Valentine Weigl-Hallenberg se preguntaba cómo era posible que los prisioneros desnutridos pudieran tener fuerzas para mantenerse en pie, ni mucho menos ir a trabajar, y encontró el valor de decirle a un SS: «Lo que estáis haciendo es horrible». «Una palabra más —contestó el SS— y te mandaré al Lager» (entrevista). < <

[12] Nates, entrevista. < <

[13] Mariano Constante, cinta de vídeo, Fondation. < <

5. La cantera y los 186 escalones

[1] La analogía de los 186 escalones con la Vía Dolorosa hollada por Jesús no es nueva, y se le ha ocurrido a otros, entre ellos el diseñador de la vidriera instalada en la Votivkirche de Viena; en ella hay una mención a la Carta de San Pablo a los Colosenses 1: 24. <<

[2] A veces se refiere que los prisioneros cargaban también los cuerpos de sus compañeros por los escalones, pero esta no era una práctica normal. Los cadáveres de los que perecían en la cantera o al pie de los escalones se apilaban en remolques y se transportaban al crematorio por la carretera. <<

[3] De Diego, entrevista. <<

[4] Mariano Constante, videocasete. < <

[5] Premysl Dobiáš, correspondencia. < <

[6] Morel, entrevista. < <

[7] NARA, 338/345. < <

[8] Bernhard Bura al comandante Eugene S. Cohen, ejército de Estados Unidos: Mauthausen, 13 de mayo de 1945. < <

[9] Santisteban, entrevista. < <

[10] Entre ellos se encontraba Jean Courcier, que recuerda cómo Attia le entregó su sopa la noche en que Courcier llegó a Hinterbrühl. < <

6. El Revier, antecámara de la muerte

[1] Jean Biondi al comandante Eugene S. Cohen, ejército de Estados Unidos: Ebensee, 17 de mayo de 1945. < <

[2] NARA, 338/345. < <

[3] El tercero, SS-Hstf. doctor Richard Krieger, abandonó Mauthausen en marzo de 1941 para ocupar el puesto de Standortarzt en Bergen-Belsen. Fue sustituido por el SS-Hstf. doctor Gerhard Schidlausky, quien sirvió de marzo a octubre de 1941, cuando se fue para ocupar el mismo puesto en Ravensbrück y posteriormente en Buchenwald. < <

[4] Boluda nació en Madrid el 17 de junio de 1915. < <

[5] De Diego, entrevista. < <

[6] NARA, 338/345. < <

[7] NARA, 338/345. < <

[8] Durante su breve estancia en Mauthausen, no menos de 40 presos murieron por su mano en la mesa de operaciones. El *Sonderbehandlung* (tratamiento especial) de Heim incluía amputar brazos o piernas y abrir el abdomen de prisioneros sanos para luego dejar morir a las víctimas sin ningún otro tratamiento. < <

[9] NARA, 338/342. < <

[10] NARA, 338/345. < <

[11] Olf Brandt nació en Stanton, Virginia, en 1893. Sus padres germano-estadounidenses regresaron a Alemania y Brandt se hizo ayudante de dentista. Tras ingresar en las SS en 1933, ya tenía cuarenta y seis años cuando empezó la guerra y, tras un breve servicio militar, fue licenciado en enero de 1940 y llegó a Mauthausen el 1 de marzo de ese mismo año. <<

[12] NARA, 338/345. < <

[13] NARA, 388/342. < <

[14] NARA, 338/344. < <

[15] NARA, 338/392. < <

[16] NARA, 338/358. < <

[17] NARA, 338/358. < <

[18] Entre ellos Francisco Otero, que también sobrevivió y regresó vivo a Perpiñán. < <

[19] Rusinek era muy respetado tanto en la resistencia polaca como en Mauthausen y fue nombrado ministro de Cultura en el primer gobierno polaco tras la guerra. < <

[20] García Alonso, entrevista. < <

[21] Ello incluía a Baldomero Chozas y a otros dos compatriotas a los que recuerda solo por el Chato y Emilio. Chozas había trabajado unos días en la cantera, hasta que su formación por encima de la media —había sido admitido en la academia militar de la República de España en 1938— le mereció un lugar en el Baukommando. Chozas recuerda a su kapo, Marion, como un perfecto animal. < <

[22] Nates, entrevista. < <

[23] NARA, 338/342. < <

[24] NARA, 338/342. < <

[25] Jean-Marie Ginestà, entrevista. < <

[26] *Ibid.* < <

[27] Nates, entrevista. < <

[28] García Barrado, entrevista. Añade que en el momento de la liberación se le perdonó la vida de este SS-Scharführer; como había salvado la vida de algunos prisioneros, se le dieron ropas de reclusos para protegerle. < <

[29] El 12 de agosto de 1944, dos días después de su llegada, todos los judíos mayores y las mujeres con niños pequeños fueron enviados a Auschwitz. Zimet fue enviado (en un grupo de 1.100 judíos) a Gusen, pero de algún modo consiguió conservar algún dinero con el que compró su puesto como Stubendienst, por lo que permaneció en Gusen solo un mes (David Zimet, a Eugene S. Cohen, Mauthausen, 11 de mayo 1945). <<

[30] NARA, 338/343. < <

[31] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

[32] Nates, entrevista. Curiosamente, Antonio García no recuerda haber percibido el olor; su mujer, Odette Janvier, superviviente de Ravensbrück, señala que simplemente podría haberse acostumbrado (entrevistas). < <

[33] NARA, 338/343. < <

[34] Nates, entrevista. < <

7. Kommandos locales

[1] Ningún escritor o superviviente ha desvelado su nombre, pero los españoles se referían a él indistintamente como la Niña y la Señorita. <<

[2] NARA, 338/344, Albert Tiefenbacher, testimonio. Tiefenbacher, que trabajaba en el kommando del crematorio, era un amigo de los padres de Niedermayer en Salzburgo. < <

[3] Streitwieser y Käthe Krug ya tenían un hijo, Klaus Krug, nacido el 25 de agosto de 1944. < <

8. Gusen, el anexo

[1] Los polacos eran Stefan Josewicz, el kapo; Oswald Burdak, mecanógrafo; Kasimir Odrobnik, un periodista que conocía, al menos, diez lenguas y servía de intérprete en lenguas eslavas, y Marcel Wyrwinski, que se ocupaba de registro de fallecimientos. <<

[2] NARA, 338/410. El puesto de Pillixeder fue tomado por el Hauptscharführer Leo Mayerhofer, un austríaco que era al mismo tiempo brutal y cobarde, y cambió su comportamiento a principios de 1945 con la esperanza de ganarse otra reputación (NARA, 338/341). <<

[3] NARA, 338/363, 364. < <

[4] NARA, 338/336. < <

[5] López, entrevista. < <

[6] Hasta noviembre de 1944, Pausch había sido empleado únicamente como director de banda y se conservó su interés por la música: en Gusen mantuvo varias secciones de música que en total ocupaban a 30 o 40 hombres. Entre los cambios producidos en aquel tiempo, Ferdinand Geisler, el Arbeitsdienstführer, fue devuelto a Mauthausen en diciembre de 1944 acusado de ofensas homosexuales. El Oberscharführer Gustav Bendel fue promocionado a Rapportführer (NARA, 338/346). <<

[7] Pötsch, entrevista. < <

[8] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. Añade que Gusen III se cerró a finales de abril de 1945. < <

9. Los Nebenlager

[1] NARA, 338/342. < <

[2] NARA, 338/344. < <

[3] NARA, 338/344. < <

[4] NARA, 338/344. < <

[5] Chozas (entrevista) añade que Heess lo hizo encantado. Pero Heess no fue detenido por los norteamericanos hasta el 10 de mayo de 1945, así que quizá no estaba tan dispuesto a rendirse. < <

[6] NARA, 338/344. < <

[7] NARA, 338/358. < <

[8] NARA, 338/358. < <

[9] NARA, 338/358, doctor José Pla. < <

[10] *Le Monde* (París), 30 de mayo de 1947. < <

[11] Jean-René Chauvin, entrevista. < <

[12] NARA, 338/335. < <

[13] NARA, 338/358. Schmutzler añadió que la fábrica de aviones Wiener-Neudorf, con sus prisioneros, se trasladó en 1945 a Kirchbüchel, en el Tirol. < <

[14] Drahomir Barta proporciona una lista de más de una docena de empresas alemanas que disfrutaron de la mano de obra de prisioneros de Ebensee (Drahomir Barta al comandante Eugene S. Cohen, ejército de Estados Unidos: Ebensee, 17 de mayo de 1945). <<

[15] NARA, 338/336. < <

[16] NARA, 338/336. Drahomir Barta da el nombre de los ocho que fueron ejecutados, incluido el español Ventura Baudillo, de Cava. <<

[17] Drahomir Barta (correspondencia). < <

[18] NARA, 338/345. < <

[19] NARA, 338/341. < <

[20] NARA, 338/335. < <

[21] Vinurel (entrevista). Vinurel ya había sobrevivido a Auschwitz y Gusen, y después de Melk sobreviviría a Gunskirchen; su traslado de Auschwitz a principios de 1944 se debió a la escasez de mano de obra en Alemania. Vinurel añade que no tenía prejuicios contra los españoles; no sabía de otros ejemplos en los campos donde los españoles tuvieran un mal comportamiento, pero en Melk, insiste, «se comportaron abominablemente». Desgraciadamente no puede nombrar a ninguno de los diez. < <

[22] NARA, 338/335. < <

[23] *Ibid.* < <

[24] La réplica de Vinurel («Quizá en Ebensee nadie lo sabía») no es convincente. < <

[25] Un incidente en mitad de la noche del 3-4 de febrero de 1945 pudo ser debido a un sabotaje. Una explosión en los túneles destruyó los cables. Murieron 50 hombres, la mitad de los cuales eran prisioneros y la otra mitad trabajadores civiles (NARA, 338/335). <<

[26] Daimler-Puch AG había construido una planta hidroeléctrica en Aflenz para atender las necesidades de su Kalksteinwerke próxima. Escasa en mano de obra, pidió la creación de un campo de concentración. < <

[27] G. Thierron, Verviers, correspondencia; Jean Courcier, casete de audio; Courcier, «Gusen II». < <

[28] NARA, 338/384. < <

[29] NARA, 338/284. < <

[30] El Messerschmitt 262, un caza bimotor, había volado por vez primera en julio de 1943 y era operativo desde finales de junio de 1944. El Arado 234 era un bombardero bimotor. < <

[31] Jean Courcier, correspondencia. < <

[32] Doctor Horst Boog, Munich, correspondencia. < <

10. Schloss Hartheim y la cámara de gas móvil

[1] Pero no completamente: algunos de los edificios que aún están en pie en un radio de 400 metros alrededor del castillo fueron construidos antes de la guerra. < <

[2] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. Los cerebros de cientos de niños con discapacidad mental se conservaron en frascos de formaldehído y estuvieron guardados en el sótano del hospital de Gugging hasta mayo de 1996, cuando los restos fueron finalmente incinerados y enterrados. < <

[3] NARA, 338/345. < <

[4] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

[5] Juan de Diego, carta a herr Ohren, fiscal, Tribunal de Magistrados de Colonia: Luchon, 21 de diciembre de 1962. < <

[6] NARA, 338/392. < <

[7] Esta clínica especial se concibió para los brotes epidémicos, pero se usó principalmente para exterminar a los enfermos. Su ubicación final fue el edificio contiguo al Bunker, hoy museo del campo. < <

[8] NARA, 338/342. < <

[9] Josef Klat, declaración. < <

11. Consulado de Franco en Viena

[1] La correspondencia disponible aporta la siguiente información sobre el personal diplomático español. En la embajada española en Berlín, en Kurfürstendam, n.º 180: embajadores, Espinosa de los Monteros (1940-1941), conde de Mayalde (1941-1942), Ginés Vidal Saura (noviembre 1942-1945); asesor, Alonso Caro. En el consulado general español, en Lichtensteinallee, n.º 1: cónsules, D. Carreño (1940-1941), F. de Sotomayor (1942), J. Salcher (1944-1945). En el consulado español en Viena, en Argentinierstrasse, n.º 34: canciller, Pecker Cardona; cónsules, R. de la Presilla (1941), J. Schwarz (1942-1943), F. Oliván (1944-1945). En el consulado español en Munich, en Bad Wiessee: R. de la Presilla (1942-); en Hamburgo: F. G. Ontiveros (1941), A. Díaz de Tuesta (1943); en Estrasburgo: E. S. de Erice; en Pau: J. M. Cavanillas. < <

[2] Guillermo Pecker Cardona, cónsul, Consulado de España, Viena, n.º 293, 18 de junio de 1941, a Kommandantur, KL-Mauthausen. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 49. < <

[3] Krüger, SS-Oberscharführer, Verwaltung des Krematorium KLM, Mauthausen, 22 de abril de 1942; entrada n.º 187, 25 de abril de 1942, Consulado de España, Viena. < <

[4] Un ejemplo: Kopkow, Reichssicherheitshauptamt, Prinz-Albrecht-Strasse 8, Berlín SW11, IV A 2 b B. n.º 3037/40, 4 de abril de 1941, al Consulado de España, Viena; respuesta al Consulado de España, Viena, n.º 50, 7 de febrero de 1941. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 49. <<

[5] «Resumen Audición de los días 14 y 15 de septiembre de 1962 ante el juez de la Instancia de Colonia (proceso Schulz)», 1. < <

[6] Una copia de la carta está en poder del autor. <<

[7] Blauensteiner, Kriminaloberassistant, i.V. Lagerkommandant KLM/Gu., 23 de mayo de 1941, al Consulado de España, Viena; respuesta al Consulado de España, Viena, n.º 104, 4 de marzo de 1941. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 50. < <

[8] Der Chef der Sicherheitspolizei und des SD, Prinz-Albrecht-Strasse 8, Berlín SW11, IV A 2 b-B. NR. 1487/42-IV A 2, 20 de marzo de 1942, al Consulado de España, Viena; respuesta al Consulado de España, Viena, n.º 136, 25 de febrero de 1942. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 50. < <

[9] SS-Obersturmführer (ilegible), Der Leiter der Verwaltung des KL-Mauthausen, Konzentrationslager Mauthausen/Gusen, Gefangenen-Eigentumsverwaltung, Gu. Az. 14/4w-e-8.42/Re., Gusen, 7 de agosto de 1942, al Consulado de España, Viena. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 49. < <

[10] Guillermo Pecker Cardona, cónsul, Consulado de España, Viena, 20 de enero de 1943, a Juana Fajardo Cortés, Gutiérrez de los Ríos 17, Córdoba. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 51. <<

[11] Landgerichtspräsident, Linz, 91 E-100/43, 29 de enero de 1943, al Consulado de España, Viena. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 50. < <

[12] Bundesarchiv, Berlín, *ibid.* <<

[13] Ginés Vidal, embajada española, Berlín, cita Ministerio de Negocios Extranjeros, 26 de octubre de 1943; al Consulado de España, Viena. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 51. <<

[14] SS-Untersturmführer Eisenhöfer, Der Gef. Eigentumsverwalter des KLM, Waffen-SS, KL-Mauthausen, Ma. Az. 14/4e-1/44/Ei, 27 de enero de 1944; respuesta al Consulado de España, Viena, de 22 de diciembre de 1943. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 50. < <

[15] Standesamt Mauthausen II, 4 de agosto de 1944. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 51. < <

[16] Federico Oliván, cónsul, Consulado de España en Viena, n.º 527, 9 de agosto de 1944; a Kommandantur, KL-Mauthausen. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 49. < <

[17] En Berlín, en ese mes de octubre de 1944, España era uno de los únicos seis países neutrales (junto con Irlanda, Portugal, Suecia, Suiza y el Vaticano) que mantenía una embajada en Alemania. <<

[18] Guillermo Pecker Cardona, canciller, Consulado de España, Ebenzweier 17, Altmünster O. D., n.º 652, 2 de octubre de 1944; n.º 658, n.d. Bundesarchiv, Berlín, 1169/98/4 NS/4 Ma/vorl. 50. <<

Tercera parte: SUPERVIVENCIA

1. Fuga y respuesta de las SS

[1] NARA, 338/336. < <

[2] De Diego, entrevista. < <

[3] «*J'attendrai, le jour et la nuit, j'attendrai toujours, ton retour…*» («Esperaré noche y día, esperaré siempre, tu regreso…»). < <

[4] Estas líneas son de Goethe: «*Willst du immer weiter schweifen? Sieh', das Gute liegst so nah*». <<

[5] NARA, 338/335. < <

[6] Jean-Marie Ginestà (entrevista) revela aquí un elemento nuevo pero sorprendente: su padre, Salvador, compartía el destino de kapo del garaje, pero no era el carpintero que le ayudó a escapar. < <

[7] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

2. El núcleo de una resistencia

[1] García Barrado, entrevista. < <

[2] De Diego, entrevista. < <

[3] García Alonso, entrevista. < <

[4] García Barrado, entrevista. < <

[5] García Barrado, entrevista. < <

3. Un español entra en la Oficina de Administración Central

[1] NARA, 338/337. < <

[2] De Diego a Madelyn Most, entrevista. < <

[3] De Diego, entrevista. <<

[4] *Ibid.* < <

[5] Chozas, entrevista. < <

[6] De Diego, entrevista. < <

[7] NARA, 338/337. < <

[8] NARA, 338/344. < <

[9] Juan de Diego, entrevista. < <

[10] El incidente impresionó particularmente a Juan de Diego. Fue uno de los pocos que me ha repetido: en Limoges en 1986, paseando por el campo en 1995 y postrado en cama en una clínica de Amélie-les-Bains en 2001. < <

[11] NARA, 338/397. < <

[12] NARA, 338/363. < <

[13] Se hizo una excepción en el caso de Stalingrado: la rendición de Paulus fue anunciada, al igual que la declaración de tres días de luto nacional. En el transcurso de la larga y decisiva batalla, los hombres de las SS llegaron a cruzar apuestas secretas acerca de la victoria o la derrota alemana (De Diego, entrevista). <<

[14] De Diego, García Alonso, entrevistas. De Diego sigue conservando las dos cartas que escribió. Otros supervivientes señalan que sus cartas nunca se echaron al correo y que les fueron devueltas semanas más tarde en el preciso momento en que les dijeron que se distribuiría el correo recibido de su tierra. Así, los nazis mantuvieron su promesa. < <

[15] De Diego, entrevista. < <

[16] *Ibid.* <<

4. Españoles en el laboratorio fotográfico y el Bunker

[1] Antonio García fue testigo del encuentro entre Kornacz y Alexander Katan, judío holandés, enano de nacimiento con notables deformaciones físicas pero que contaba con un gran coeficiente intelectual. Un día le condujo al Erkennungsdienst un kapo de triángulo verde, elegido por su gran altura para realzar el contraste. Kornacz, fumador de pipa empedernido, se sentó para estar más a su altura, y para empezar le envió, de la manera más ostentosa, varias bocanadas de humo a la cara, empezando un diálogo con él.

—*Sprichts deutsch?*

—*Jawohl*, soy profesor de lenguas en la universidad.

—Ah, los judíos os las arregláis siempre para no trabajar.

—Eso es también un trabajo.

—(Gritando.) ¡Eso no es un trabajo!

Un diálogo grotesco, que cuenta García y que aquí se omite, continuó un largo rato sobre la parentela de Katan. Después prosiguió.

—¿Sabes por qué te voy a fotografiar?

—No.

—Pues, porque te vamos a matar y así podremos estudiar científicamente tu esqueleto.

Kornacz procedió a fotografiar a los dos prisioneros juntos. Primero de pie, para que se viera la diferencia de altura, después al enano en brazos del kapo, más tarde al enano desnudo y así continuó un sinfín de fotos del enano desde todos los ángulos imaginables. Al término de la sesión fotográfica, y antes de ordenar a los dos prisioneros que se marcharan, Kornacz esperó a que García revelara las fotografías para verificar su perfecto estado. Tres días después, el mismo kapo regresó portando el esqueleto, que estaba montado en una plataforma. Kornacz procedió a fotografiar el esqueleto una vez más desde todos los ángulos. (Antonio García, *Crónicas de nuestro tiempo*.) <<

[2] La información sobre Ricken, registrada en su juicio de 1947, es sencillamente contradictoria. Es posible que Ricken empezara a servir en el Erkennungsdienst, bajo Kornacz, ya el 4 de marzo de 1940, y que a veces trabajaran juntos como fotógrafos. Es cierto que más de una persona hizo de fotógrafo durante la visita de Himmler a Mauthausen en abril de 1941, cuando se hicieron unas 4.000 fotografías. Como recuerda Antonio García, Ricken tomó el mando del Erkennungsdienst antes incluso de que Kornacz lo abandonara (García Alonso, entrevista). <<

[3] Schinlauer no fue llevado a juicio después de la guerra, pero compareció ante el Tribunal de Dachau como testigo. Declaró que desde finales de 1942 fue administrativo de la Politische Abteilung y que estuvo a cargo del Erkennungsdienst desde finales de 1943, sin decir nada sobre si había entrado en él o no antes de esa fecha (NARA, 338/336). En realidad, no se hizo cargo del servicio hasta la marcha de Ricken en febrero de 1944. Schinlauer declaró más adelante que llevó el registro de muertes no naturales durante los períodos siguientes: 23 de junio de 1943-8 de julio de 1943; 31 de julio de 1943-16 de agosto de 1943; 4 de octubre de 1943-13 de octubre de 1943; 1 de noviembre de 1943-22 de noviembre de 1944 (NARA, 338/336). Desde que fue responsable también del Erkennungsdienst después de febrero de 1944, el trabajo en el laboratorio fotográfico, como mantiene Antonio García, debe de haber sido muy reducido. < <

[4] NARA, 338/382. < <

[5] Hoy no queda nada del Erkennungsdienst, ni tampoco de la Politische Abteilung. Hasta los cimientos de esos edificios fueron demolidos y allanados, bien por las autoridades soviéticas o por el gobierno austríaco. < <

[6] *Francisco Boix*, videocasete. < <

[7] Ramiro Santisteban (entrevista) añade que Boix estaba en tan buenas relaciones con Ziereis que tres veces escuchó al Lagerführer llamarle Franz. El documental *Francisco Boix* no niega estas acusaciones, aunque defiende a Boix: «Dicen quienes le conocieron bien que si se mostró obediente a los SS fue con el único fin de ganar su confianza y conseguir un trato mejor para sus camaradas». José Perlado es pródigo en alabanzas: «Tenía una influencia extraordinaria con los alemanes. De los SS en Mauthausen, los conocía a todos. Le llevaban a todos los sitios. Le vi siempre, estaba siempre con ellos. Nunca solo. Siempre con dos SS, para que sacara las fotos, pues ellos no eran profesionales. Eran únicamente los SS a cargo de ese servicio». < <

[8] En la puerta del barracón 13 había una lista completa de prisioneros que fueron miembros del PCE y el PSUC (García Alonso, entrevista). < <

[9] García Alonso, entrevistas y correspondencia. < <

[10] El libro de Bargueño, por mal escrito que esté, no podría haber sido terminado sin la ayuda de su coautor, el periodista español Pedro Hernández. < <

5. Fricción internacional y el prostíbulo

[1] Daix, entrevista. < <

[2] Juan de Diego, entrevista. <<

[3] La asociación nacional de supervivientes italianos, conocida como ANED, había completado, bajo la presidencia del senador Gianfranco Maris, un recuento detallado de las bajas italianas en campos nazis. Compilado por Italo Tibaldi, que llegó a Mauthausen a los dieciséis años de edad, el informe muestra que en total fueron deportados unos 40.000 italianos, de los que sobrevivieron menos de 5.000. En total, 8.002 fueron enviados a Mauthausen, incluidos 300 judíos, 200 mujeres y unos 20 sacerdotes. De ellos solo 850 seguían vivos el día de la liberación (Bruno Cavagnola, *L'Unita*, Roma, 28 de abril de 2000). <<

[4] De Diego, entrevista. < <

[5] García Alonso, entrevista. < <

[6] La fotografía fue impresa y salvada por Antonio García, y publicada finalmente en Le Caër, *K.L. Mauthausen: Schlier/Redl-Zipf*. <<

[7] Nates y Santisteban, entrevista. < <

[8] De Diego, entrevista. < <

[9] Mialet, entrevista. < <

[10] Mialet, entrevista. < <

[11] En Gusen, las mujeres hacían ejercicio en un recinto detrás del barracón y rara vez podían verlas los prisioneros corrientes. < <

[12] La gitana, Lily Strauss, era excepcionalmente hermosa. Cuando cayó enferma, fue el español Salvador Ginestà, que trabajaba en el Revier de las SS, quien le salvó la vida, donando sangre con ayuda del profesor Podlaha. Juan de Diego opina que todas las prostitutas de Mauthausen eran gitanas (entrevista). <<

[13] Francisco Bernal, kapo de la zapatería, y Antonio García, asistente del laboratorio fotográfico, estuvieron entre los pocos con derecho y que aceptaron el privilegio, una vez tan solo en el caso de García. La versión aquí recogida se basa parcialmente en su testimonio. <<

[14] Estas *Bordellscheine* fueron mostradas a los presos como *Sprungkarten*. Un marco iba para las SS y un marco para la prostituta. < <

[15] El único Blockführer identificado del prostíbulo fue Fritz Miroff, que lo regentó en el período comprendido entre marzo y julio de 1942 (NARA, 338/381). < <

[16] De Diego, entrevista. < <

[17] NARA, 338/344, 383, 389. < <

[18] Suslak a Drahomir Barta, según la anotación del diario de Barta (Barta, correspondencia). < <

6. Búsqueda de solidaridad

[1] En Francia, Ester se unió a Paco Ponzán en el pequeño grupo que se adhirió al Reino Unido y a De Gaulle desde el principio de la ocupación. < <

[2] Antiguo miembro comunista del Reichstag y antiguo ayudante de Dimitrov, Dahlem se había refugiado en Francia. Tras luchar en la guerra civil española fue recluido en 1939 en Le Vernet y después de junio de 1940 las autoridades de Vichy lo entregaron a la Gestapo. Después de la guerra, se convirtió en ministro de Educación de la República Democrática Alemana. <<

[3] Jorge Semprún es nieto del duque de Maura, personalidad de Mallorca. < <

[4] De Diego, entrevista. < <

[5] Pierre Daix llegó a Mauthausen el 26 de marzo de 1944. Había sido detenido en París el 21 de abril de 1941, después de haber recibido del Partido Comunista francés la misión de reclutar estudiantes para la Resistencia. Su dominio de idiomas (hablaba cinco, entre ellos el alemán) le valió el puesto de Hilfsschreiber en el kommando Aufnahme, que era responsable, tanto para la Politische Abteilung como para la Lagerschreibstube, de emitir los números de registro de los prisioneros. <<

[6] Los italianos tuvieron más tarde representación directa en el comité internacional, con Francesco Albertini, que después de la guerra se convirtió en ministro y vicepresidente del Senado italiano. < <

[7] Hans Maršálek, carta a Juan de Diego Herranz, Viena, fechada el 8 de noviembre de 1969; cita del registro oficial de muertes de Gusen, cuya copia original está en su poder personal. <<

[8] García Barrado, entrevista. < <

[9] De Diego, entrevista. < <

[10] Las posiciones de los asientos fueron comprobadas por el autor con De Diego y Dobiáš en Mauthausen en mayo de 1995. <<

[11] NARA, 338/410. < <

[12] NARA, 338/410. < <

[13] Jean Laffitte, correspondencia. <<

[14] Comellas, entrevista. < <

7. Los españoles vistos por los otros

[1] Haber, entrevista. < <

[2] De Diego, entrevista. < <

[3] García Barrado, entrevista. < <

[*] Referencia a la obra de Jaroslav Hasek, *El buen soldado Svejk*, paradigma del soldado que usa su ingenio para sobrevivir y que no tiene ilusiones patrióticas. *(N. del E.)* <<

[4] Jean Benech, «Le Revier», *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 37 (mayo de 1954). <<

[5] Rousset, entrevista. < <

[6] *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, suplemento 210 (junio de 1982). < <

[7] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

[8] Laffitte al autor, Mauthausen, 7 de mayo de 1995. < <

[9] *Hispania*, 73 (enero de 1982). < <

[10] De Diego, entrevista; Nates, entrevista. < <

[11] Sheppard (entrevista). Sheppard narra (*Survivors*, videocasete) cómo un español presentó la propuesta a un oficial de las SS diciéndole que Sheppard era un famoso escultor inglés y que sería una pena que las SS no aprovecharan su talento para tallar la piedra.

Los catalanes y la cantería tienen una relación que viene de largo tiempo atrás. No en vano, santa Eulalia, patrona de los canteros, lo era también de Barcelona. Muchos han señalado que los bloques de granito del nivel superior de las rampas, que eran modelados y colocados por los españoles, estaban mucho mejor cortados y ajustados. Juan de Diego, al volver a Mauthausen en 1995, llamó la atención del autor sobre la precisión de las piedras de la torre de vigilancia de la esquina de la puerta del garaje, la primera que ve el visitante, y con irónico orgullo dijo que cuando llegó en 1940 él ayudó a construirla. < <

8. La paradoja de los espectáculos

[1] NARA, 338/343. < <

[2] De Diego, entrevista. < <

[3] Mariano Constante, videocasete, Fondation. < <

[4] De Diego, Dobiáš, García Alonso, entrevistas. < <

[5] Zarah Leander, que era una actriz mediana, sin más, debía su fama a que Marlene Dietrich se negó a regresar a Alemania desde Hollywood. Como resultado, Leander, bajo la tutela de Goebbels, se convirtió en la estrella oficial de la Alemania nazi. < <

[6] De Diego, entrevista. < <

[7] A Juan de Diego, cuando fue nombrado para la Lagerschreibstube, se le permitió también que pidiera a su padre que le enviara partituras en catalán (De Diego, entrevista). < <

[8] Cuando se ofrecía el concierto en un barracón, se debía pagar la entrada (con cigarrillos o mermelada) al Blockältester (García Alonso, entrevista). < <

[9] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

[10] NARA, 338/356; Anna Kulicka, *Warsaw Voice*, 2, 1988. < <

[11] Bernal, De Diego, García Alonso, entrevistas. < <

[12] García Alonso, entrevista. < <

[13] De Diego, entrevista. < <

9. Una boda en Auschwitz

[1] Édouard Friemel, entrevista. Margarita Ferrer Suárez murió en París en la Nochebuena de 1987. Su hijo Édouard Friemel llegó a ser profesor de psicología en la Universidad de París VIII. < <

10. Nochebuena

[1] La mayoría de estas mujeres locales solicitaron el divorcio poco después del fin de la guerra. (Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia.) < <

11. Una visita a Melk

[1] Al menos una bomba cayó en el Hauptlager, en 1945, pero fuera de la fortaleza, en el campo de tiendas de campaña al norte (De Diego, entrevista). < <

[2] Vinurel (entrevista), que lo oyó de André Ulmann. < <

[3] Vinurel, entrevista. < <

[4] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

[5] Vinurel, entrevista. < <

[6] De Diego, entrevistas. < <

12. Atrocidades contra prisioneros aliados

[1] NARA, 338/336, testigos/ex prisioneros Nicolas Neirich y Peter Fritz. <<

[2] Los holandeses habían sido capturados después del fracaso catastrófico de la misión de espionaje «Polo Norte» en diciembre de 1941; los británicos, desde la incursión de Saint-Nazaire en marzo de 1942. < <

[3] NARA, 336/336. < <

[4] NARA, 336/336. < <

[5] Esto explica la extraña omisión, en las memorias de Bargueño, de toda referencia a los 47 agentes aliados. Cuando se le preguntó por el asunto, admitió que él y Chacón fueron obligados a salir del Bunker en ciertas ocasiones. La afirmación de Bargueño de que Juan de Diego nunca puso un pie dentro del Bunker (Bargueño, entrevista) falla teniendo en cuenta las circunstancias especiales de este caso. < <

[6] Drexel había llegado a Mauthausen pocos días después con el signo RU (*Rückkehr unerwünscht*), pero en vez de ser ejecutado fue confinado, por alguna razón, en el Bunker. < <

[7] De Diego, entrevista; *England Spiel*, videofilm. < <

[8] De Diego, entrevista. < <

[9] Adolf Zutter, to US Capt. A. J. Hackl, Polizeigefängnis Linz, 2 de agosto de 1945 (Bundesarchiv, Berlín 1169/98/4 NS 4 Ma/vorl. 56). < <

[10] NARA, 338/397, Kofler, testigo/ex prisionero Marko Milonia. <<

13. Incidentes en el laboratorio fotográfico

[1] La fecha es discutida, según Hans Maršálek, Pierre Serge Choumoff y otros, que atribuyen esta ejecución masiva al 53.º o al 55.º cumpleaños de Hitler. La fecha del 20 de abril de 1943 se debe al testigo presencial Herbert Melching, un prisionero del taller de cerrajería (NARA, 338/397). < <

[2] Cuando en 1975 García describió este suceso en una carta a Constante, añadió que los dos polacos del Erkennungsdienst que lo presenciaron con él seguían vivos y estaban dispuestos a declarar. Constante no contestó. < <

[3] NARA, 338/381. < <

[4] Juan de Diego, videocasete, Fondation. < <

[5] NARA, 338/341. < <

[6] Nadie ha dado la fecha ni explicado las circunstancias de este cambio. <<

[7] Cereceda, entrevista. < <

[8] De Diego, entrevista. < <

[9] La descripción de la visita al prostíbulo se debe a Juan de Diego (entrevista), quien corrobora las líneas generales del testimonio de García Alonso sobre el destino de Grabowski. < <

[10] García Alonso, entrevista. < <

[11] Cereceda, entrevista. < <

[12] García Alonso, entrevistas. < <

[13] *Ibid*. Si Antonio García se refiere a Ramón como un amigo, es el único español superviviente que lo hace. Ramón Verge Armengol, al que todos aluden solo por su nombre de pila Ramón, tuvo un puesto privilegiado en el Revier sin tener mucho conocimiento de medicina, y Antonio García conocía su fama de flaqueza moral antes de ser llevado allí. Verge habría ayudado a los que consideraba importantes y dejado morir a los que no (De Diego, entrevista). «Ciertamente, pensé que me mataría —dice Antonio García— sobre todo si cogía la tuberculosis, pero confiaba en que mi posición me protegería. Ramón sabía que trabajaba para Ricken.» Hubo un segundo factor que marcó también la diferencia: Verge había nacido en Jesús i María, un pueblo a las afueras de Tortosa, lugar de nacimiento de García, y aunque ambos nunca se habían visto antes de encontrarse en el Revier, lo cierto es que estaban unidos por su *patria chica*. < <

14. La evasión soviética del Barracón de la Muerte

[1] La otra fue en Sobibor, el 14 de octubre de 1943. La presunta evasión en masa de Loibl Pass es una leyenda. Jean-René Chauvin, superviviente de aquel Nebenlager, ha registrado 15 evasiones diferentes de Loibl Pass que comenzaron el 29 de julio de 1943 y en las que estuvieron implicados 29 prisioneros, proporcionando los nombres y datos de los que consiguieron escapar. Solo seis de las quince evasiones se saldaron con un fracaso. La mayor, de seis prisioneros que escaparon el 14 de octubre de 1944 (correspondencia privada). <<

[2] Testimonio en el proceso de Niedermayer (NARA, 338/345). < <

[3] Teniente Víktor Ukrainzev, a Peter Kammerstätter, comisaría de Mauthausen, X, 560, 30. Niedermayer, que era responsable del barracón 20, contó en su juicio que un ruso corrió hacia dos SS que estaban saliendo del complejo para informarles del plan de fuga (NARA, 338/345, 349). <<

[4] Jack Taylor ofrece otra explicación: la corriente de 380 voltios resultaba insuficiente cuando 20 hombres se agarraban a la alambrada eléctrica al mismo tiempo (NARA, 338/343). Pero eso no explicaría el cortocircuito. <<

[5] El campo de las tiendas de campaña (Zeltlager) fue un anexo improvisado a Mauthausen que se levantó a finales de 1944 fuera del perímetro del campo y que estaba custodiado únicamente por torres de vigilancia de madera. Su finalidad era alojar a los miles de evacuados llegados del este, principalmente judíos húngaros y polacos, para los que ni siquiera con sus ampliaciones había sitio en el Hauptlager. < <

[6] Ivan Serdiuk fue el único superviviente. < <

[7] NARA, 338/342. < <

[8] Tomó su nombre en clave de Hasenjagd (caza del conejo) y Mühlviertel, la zona local, que comprendía la alta Austria al este de Linz. < <

[9] NARA, 338/342. < <

[10] Doctor Teichmann, Kripo, Linz: telegrama n.º 67, 3 de febrero de 1945, 14.15 horas a RSHA Amt V Berlín, BdS Viena, etc. < <

[11] La comisaría de Mauthausen recibió incluso una severa reprimenda por cumplir las órdenes improcedentes de Fleischmann de no abrir fuego (Bericht des Gendarmeriepostenkommandos Perg, an den Sicherheitsdirektor für das Mühlviertel betreffend verhalten der SS bei der Wiedergreifung entflohenen Häftlinge des KZ Mauthausen, 22 de febrero de 1946). Comisaría de Mauthausen, X, 559, 29. < <

[12] Böhmberger se suicidó en mayo de 1945. El Ortsgruppenleiter que ordenó a los civiles matar a los fugitivos nunca fue llevado a juicio. Tampoco Böhmberger, el único civil austríaco que mató a alguno de los huidos (Andreas Gruber, información privada). <<

[13] *Ibid.* < <

[14] NARA, 338/343. < <

[15] En su juicio realizado en Dachau en 1946, Eigruber se refirió a un informe de Machlar, jefe de la comisaría en el pueblo de Mauthausen, según el cual 480 fugitivos —número superior al de presos que se escaparon— habían sido linchados y 20 habían regresado vivos (NARA, 338/337). < <

[16] NARA, 338/344. < <

[17] Abramov, que terminó siendo profesor de historia alemana en la Universidad Estatal de Moscú, a Juan de Diego y Germaine Tillion durante su visita a Moscú (De Diego, entrevista). <<

15. Mauthausen, término de la evacuación

[1] NARA, 338/341, Nicholas von Kallay, Capri, 3 de junio de 1945, clasificado secreto. < <

[2] NARA, 338/343. < <

[3] F. Ricol, *Bulletin intérieur d'information et de liaison de l'Amicale des déportés politiques de Mauthausen*, 4 (febrero de 1946). < <

[4] NARA, 338/406. Mientras tanto, en St. Georgen (Gusen II), el encargado de la cantera, Otto Drabek, había discutido con los jefes SS. Fue arrestado y mantenido en prisión hasta que fue transferido, el 15 de junio de 1945, a KL-Flossenbürg. La DEST dejó claro que no quería que volviera (NARA, 338/336). < <

[5] Chombart de Lauwe, entrevista. < <

[6] Su padre, Miguel Bueno, se había mostrado desafiante ante los SS; murió en la cámara de gas móvil (Odette Ester, entrevista). < <

[7] Santisteban, entrevista, seguramente exagera cuando cuenta que la mujer concertó la cita dando la orden: «¡Tráeme a ese!». «No se habría atrevido a hacerlo tan a las claras», contesta Juan de Diego (entrevista), apoyado por otros. < <

[8] Santisteban, entrevista. <<

16. Prospectiva de aniquilación

[1] Sheppard, entrevista. < <

[2] Miguel Malle, de Jaca, había pasado por la Academia Militar de Zaragoza y había servido en la guerra civil española como capitán en la 43.ª División. Mariano Constante describe el modo en que Malle fue elegido en Mauthausen jefe del AMI: «Fui yo quien le propuso. Aceptó con una condición, que yo fuera su ayudante» (Constante, videocasete, Fondation). < <

[3] La madre de Rosciano había sido secretaria de Manuel Azaña, presidente de la República española. < <

[4] La desgracia de Riemer duró poco. En julio de 1944 Ziereis lo nombró jefe del servicio de correos del campo. < <

[5] NARA, 338/392. < <

[6] NARA, 338/392. < <

[7] NARA, 338/345. < <

[8] NARA, 338/336. < <

[9] No aparece ningún prisionero con tal nombre en la lista de personal de la Politische Abteilung (véase el anexo V). <<

[10] NARA, 338/345. < <

[11] NARA, 338/345. < <

[12] Ziereis, en su lecho de muerte, declaró que la brigada estaba formada por tres batallones, el primero bajo las órdenes de Seidler y el tercero bajo las de Schmutzler (NARA, 338/345). <<

[13] NARA, 338/345. < <

[14] NARA, 338/342. < <

[15] NARA, 338/392. < <

[16] NARA, 338/341, 342, 344. < <

[17] *Ibid.* < <

[18] El 28 de abril de 1945, Pierre Serge Choumoff fue trasladado de Gusen al Hauptlager, habiendo sido testigo de estos sucesos antes de marcharse. < <

[19] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

[20] Jean Biondi, declaración jurada al comandante Eugene S. Cohen, ejército de Estados Unidos: Ebensee, 17 de mayo de 1945. <<

[21] Petsirilos Nissim y Lewis Jakob, declaración jurada al comandante Eugene S. Cohen, ejército de Estados Unidos: Ebensee, 8 de junio de 1945 (NARA, 338/345). <<

[22] NARA, 338/344. < <

[23] De Diego, entrevista. < <

[24] Una prueba irrefutable para los prisioneros de que los paquetes del CICR habían llegado al campo eran los envoltorios de tabletas de chocolate y paquetes de cigarrillos vacíos que dejaban tirados los miembros de las SS (NARA, 338/343). <<

[25] Haefliger se había detenido en St. Georgen el 27 de abril, antes de continuar hacia el Hauptlager. Entonces optó por quedarse en el pueblo, en vez de ir al de Mauthausen, tal vez por sentirse más a gusto o porque lo que había vislumbrado le había despertado las ganas de saber más. < <

[26] Informe de interpretación N.º U.18, Actividad Subterránea en Linz/St. Georgen, fechada el 22 de enero de 1945. < <

17. La evacuación de los últimos Nebenlager

[1] Jean Courcier, *Mauthausen: Bulletin Intérieur*, 279, 1999. < <

[2] Jean Courcier, *Mauthausen: Bulletin Intérieur*, 274, 1998. < <

[3] Josep Bailina, *Hispania*, 22 (abril de 1967). < <

[4] NARA, 338/335. < <

[5] NARA, 338/341. < <

[6] US v. Eduard Dlouhy y cols., caso n.º 000-50-5-14, 23 de diciembre de 1947. < <

[7] Comellas, entrevista. < <

[8] La búsqueda fue organizada por la Televisión CBS y el Centro Simon Wiesenthal en Los Ángeles. Véase Simon Wiesenthal, Spiegel Television, 5 de julio de 2000. < <

[9] Comellas, entrevista. < <

[10] Declaración firmada por Wilhelm Ornstein, David Zimet, Johann Kanduth (documento en archivos NARA sin identificación). <<

[11] NARA, 338/343. < <

[12] El campo III se había abierto en verano de 1944 para acoger a mujeres prisioneras de Varsovia. En abril de 1945 sirvió de antecámara a la Gaskammer y el 19 de abril no menos de 1.300 prisioneras muy debilitadas fueron reunidas allí antes de su ejecución con gas. <<

[13] Jean Benech, *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 37 (mayo de 1954). < <

18. Las fotos y los muchachos de Poschacher

[1] NARA, 338/381. < <

[2] Perlado muestra (*Francisco Boix*, videocasete) cómo escondió las fotos en los marcos de las puertas de la carpintería. Constante nos dice (videocasete, Fondation) que Perlado fue responsable de hacer los muebles para Ziereis y que nunca fue cacheado. < <

[3] Cortés, entrevista. En su grabación de vídeo de 1999, Constante declara absurdamente que las fotos fueron sacadas del Erkennungsdienst «con la complicidad de García, un amigo mío». En 2000, Constante, ansioso por incluirse en cualquier incidente, describe incluso cómo se hizo: «Uno tenía que pasar debajo de la ventana, barracón 3, a las once en punto. Eh… bueno, no teníamos relojes. Pero todo salió bien. Boix y García saben en qué momento y bajan su pequeño paquete de negativos al suelo. Dice Lafuente que lo cogió antes de que cayera» (*Francisco Boix*, videocasete). < <

[4] El autor acepta estos detalles, que ha discutido cara a cara con Bargueño, y que han sido corroborados por Pierre-Serge Choumoff (entrevistas). Si Bargueño no menciona ninguna de estas versiones publicadas, tal vez sean omisiones naturales en un libro escrito por un cocinero ayudado por un periodista indocto. <<

[5] Cortés, entrevista. La Gasthaus Erika se convirtió en Edward Kaisers Gasthaus, y hoy es la Gasthof Windner. < <

[6] Cortés, entrevista. Los dos españoles eran los hermanos Juan y Miguel Sempere, de Alicante. < <

[7] Michael Pointner sobrevivió a la guerra y murió en el pueblo de Mauthausen en 1965, a los setenta y un años (Drexler, entrevista). <<

[8] Mariano Constante, que de nuevo no estaba presente en la escena, afirma: «Ella se detenía a preguntar a los chicos: “Sois muy jóvenes, ¿de dónde venís?”, antes de ser atrapada por los SS» (Constante, videocasete). Anna Pointner no se habría acercado a los muchachos con tan poco cuidado. Constante describe más adelante a Pointner como una comunista, cuando nunca fue nada semejante. <<

[9] Jacinto Cortés describe el encuentro: «Nos conocimos. Se lo expliqué. Ella estuvo de acuerdo. Le dije: “Mañana por la noche se lo traigo”. La noche siguiente fui a su casa. Abrí el paquete y se lo enseñé. Ella dijo: “Tápalo, déjalo como estaba”, y se lo quedó» (*Francisco Boix*, videocasete). De nuevo, Mariano Constante se ve incluido en la escena, aunque solo sea en su imaginación, y describe así el suceso: «Ella lo colocó bajo una piedra del jardín. Ella fue la que se hizo cargo de los paquetes, al menos del que yo le entregué» (*Francisco Boix*, videocasete). < <

[10] La familia Cortés había pagado un gran tributo. Mientras la madre y las hijas estaban recluidas en un campo de internados en Francia, el padre, Francisco, y los tres hijos, de veinte, diecisiete y catorce años de edad, habían sido enviados a Mauthausen. Francisco y su hijo mayor, José, que había perdido una pierna en la guerra civil, fueron mandados a Gusen, donde ambos murieron. Manuel, el más joven, fue asignado con su hermano Jacinto al Poschacherjugend (Cortés, entrevista). En cuanto a Grau, Jacinto Cortés resta importancia al papel que desempeñó (*ibid.*). Era normal en el Partido Comunista asignar a un miembro que vigilara las acciones de otro. Grau, por cierto, había perdido la visión del ojo derecho. < <

[11] Cortés y Grau describen de forma diferente el modo en que se transportaron las fotografías. Grau escribe sobre negativos de 4 por 4 centímetros guardados en botes de Valda (carta a Luis García Manzano de 15 de junio de 1965). Cortés cuenta que las fotos fueron sacadas del campo en una clase de cuenco con tapa que usaba el ejército francés y que había sido requisado por los alemanes (carta a Luis García Manzano de febrero de 1964; «Luisín», *Le Patriote résistant*, suplemento al n.º 426, abril de 1975). <<

19. La partida de los SS

[1] Jean Benech, *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 37 (mayo de 1954). < <

[2] Los otros dos eran José Puig y José Rasal. Los tres dormían en las primeras celdas del ala de la derecha (Bargueño, entrevista). <<

[3] NARA, 338/344. < <

[4] NARA, 338/360. < <

[5] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

[6] NARA, 338/360. < <

[7] NARA, 3 JA-132: Casimiro Climent, Mauthausen, 9 de mayo de 1945. < <

[8] Anklage gegen Schulze und Streitwieser, Colonia, 22 de febrero de 1965. < <

[9] NARA, 338/349. < <

[10] NARA, 338/344. Curiosamente, el testigo Altfuldisch se refiere al entierro de Ida y «de su hijo», no «de sus hijos» (NARA, 338/344). < <

[11] NARA, 338/337. < <

[12] NARA, 338/343. < <

[13] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

[14] NARA, 338/406. < <

[15] Dusan Stefancic, entrevista. < <

[16] Joseph Haber, entrevista. < <

[17] Santiago Benítez, audiocasete, Fondation; Champigny, 1 de octubre de 1999. < <

[18] López, entrevista. < <

[19] Es curioso que Obermeier, con un rango superior, fuera únicamente un simple ayudante de Seidler. < <

[20] NARA, 338/345. < <

Cuarta parte: LIBERACIÓN

[*] Palabras en la pancarta de 50 metros dispuesta sobre la puerta principal de Mauthausen, por dentro, para dar la bienvenida a las fuerzas estadounidenses en su segunda llegada del 6 de mayo de 1945. Bajo el texto español podía leerse una traducción al inglés (con faltas) y al ruso (impecable), las dos invisibles en casi todas las fotografías de la puerta de esa ocasión memorable. < <

1. La liberación de Gusen y Mauthausen

[1] En todo esto se perdió el informe de la 71 División de Infantería bajo las órdenes del general Wyman, división que el día anterior (4 de mayo de 1945) había liberado Gunskirchen, el primero de los Nebenlager de Mauthausen en ser liberado por las fuerzas aliadas occidentales. <<

[2] En la liberación de Dachau, no hay duda de la presencia de SS. Sir Robert Sheppard, que había sido trasladado allí desde Mauthausen, escribe: «Cuando los norteamericanos se acercaban al campo, hicieron ondear banderas blancas. Los norteamericanos, suponiendo que querían rendirse, avanzaron. Cuando estuvieron cerca, los SS abrieron fuego. La primera reacción de los norteamericanos fue de incredulidad que en un instante se convirtió en rabia. Cuando los SS bajaron de las torres, los norteamericanos dispararon contra ellos, al pie de las torres» (*Survivors*). < <

[3] Pausch fue, no obstante, capturado, juzgado, sentenciado y ahorcado en la prisión de Landsberg. < <

[4] Ninguna otra versión refiere el emplazamiento de la artillería pesada alemana para defender la fortaleza, y los supervivientes entrevistados lo niegan categóricamente. < <

[5] Si hubieran oído la versión de su encuentro por parte de Mariano Constante se habrían puesto aún más a prueba sus nervios. Según Constante, «se les ha dicho a los norteamericanos: “Os habéis equivocado”. El comandante Muñoz les preguntó: “¿Dónde están vuestras tropas?”. Los norteamericanos se preguntaban: “¿Cómo es posible que hayamos pasado sin que nadie nos diga nada? Estamos, estamos perdidos”. Tenían que dar media vuelta». Y Constante utilizaba su pulgar derecho ante la cámara para indicar que el único recurso de los estadounidenses, humillados y avergonzados, consistía en dar la vuelta (Constante, videocasete). Los prisioneros, dejaba entender Constante, no necesitaban a los norteamericanos; esperaban la llegada de los rusos en cualquier momento. < <

[6] Según Constante: «El jeep norteamericano llegó. En menos de cinco minutos no quedaba un policía vienés en el campo. Salieron corriendo, a 40 kilómetros del campo, por miedo a represalias. A los cinco minutos no quedaba ninguno» (Constante, videocasete, Fondation). Esta historia falsa contradice otra historia igualmente falsa según la cual eran los propios prisioneros los que detuvieron a los policías vieneses. < <

[7] Teresa Williams, *Northwest Alabamian*, 6 de julio de 1994. < <

[8] Martha Gammer dice que volvieron a St. Georgen a las 4.55 de la tarde (correspondencia). < <

[9] Ello incluye 17 oficiales y 225 hombres de la brigada de bomberos de Viena. El resto era, por tanto, personal de la Wehrmacht y la Volkssturm. < <

[10] Martha Gammer, correspondencia. <<

2. La noche del 5 al 6 de mayo

[1] «Maršálek controló la historia de Mauthausen durante décadas. En su primera edición de 1952 seguía la línea soviética. Solo más tarde cambió de opinión» (Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia). < <

[2] Wiesenthal, entrevista. < <

[3] La raíz del problema es la confusión entre los SS y los de la brigada de bomberos de Viena, a los que se instó a que llevaran uniforme de las SS. < <

[4] La posición tomada por Marcelino López es todavía más curiosa. Desde 1945 mantuvo una amistosa correspondencia con el ex sargento Lee Hens. Hens no supo hasta 1998 que López había sido uno de los que más contribuyó al mito. «Pasaron tres días —declaraba López en una entrevista filmada ese año— antes de que vinieran los americanos.» La muerte en 1999 de Luis García Manzano (Luisín) ofreció a Mariano Constante, en su obituario, otra oportunidad para incluir una referencia a «nuestra organización de resistencia, que nos permitió liberarnos el 5 de mayo de 1945» (*Mauthausen: Bulletin Intérieur*, 279, junio de 1999). En octubre de 1999, Constante describió nuevamente cómo se liberó Mauthausen: «Nosotros, Muñoz, Malle y yo, dimos a los americanos el ejército clandestino de Mauthausen, el AMI» (Mariano Constante, videocasete, Fondation). < <

[5] Premysl Dobiáš, correspondencia. < <

[6] «Las pistolas le fueron pasadas a De Diego por el grupo español que las consiguió, y los bomberos de Viena que estaban en la centralita de mandos se paseaban sin decir ni una palabra» (Premysl Dobiáš, Freudenstadt, Alemania, 19 de agosto 1993, audiocasete). Dobiáš añade que De Diego estaba familiarizado con todos los modelos de armas cortas y que en sus bolsillos abultaba la munición. < <

[7] Diego, entrevista; Dobiáš, entrevista. < <

[8] López, entrevista. < <

[9] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. Rudolf Haunschmied, también habitante de St. Georgen, estima que en los campos de Gusen murieron no menos de 500 prisioneros como consecuencia del linchamiento de kapos y de las luchas entre polacos y rusos. < <

[10] López, entrevista. <<

[11] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

[12] NARA, 338/284. < <

[13] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. Rudolf Haunschmied escribe sobre 150 antiguos kapos capturados y llevados de nuevo a KL-Gusen antes de finales de mayo de 1945. <<

[14] Valley, entrevista. < <

[15] «Es verdad», insistía, alzando la voz (García Barrado, cerca de su casa en Mauthausen, 10 de septiembre de 1996). Pero García estaba en Gusen, no en el Hauptlager, en aquel momento. < <

[16] De Diego, entrevista. < <

[17] López, entrevista. <<

[18] Langbein a De Diego, discusión. < <

[19] Entrevista en el pueblo de Mauthausen, 6 de septiembre de 1996; prefirió no dar su nombre, diciendo que quería olvidar todo lo que había pasado en Austria entre 1938 y 1945. < <

[20] Jahn, entrevista. < <

[21] Neumüller, entrevista. < <

[22] El Bürgermeister fue encarcelado después por dos años (Jahn, entrevista). < <

[23] Mariano Constante, videocasete. Fondation. < <

[24] Dürmayer quería transferir personalmente el mando a un alemán o a un austríaco que pudiera dirigirse a los prisioneros en alemán, el idioma que mejor se entendía, y estaba dispuesto a aceptar a Kodré pese a su historial, pero se plegó a la insistencia de Pirógov (Choumoff, entrevista). <<

[25] En una reunión celebrada el 6 de mayo a las 11.00, Pirógov declaró: «La última noche y esta mañana ha habido algunas escaramuzas contra grupos SS. En su transcurso, uno de nuestros camaradas resultó muerto y otros doce, heridos. ¿Debemos entrar en combate contra ellos? En mi opinión sería un error; nuestro deber es capturar el máximo de SS posibles» (*Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 123, junio de 1965). < <

3. El regreso de los estadounidenses a Mauthausen

[1] 11.ª División Acorazada de Estados Unidos, informe periódico n.º 130, 9 de mayo de 1945, compilado por el coronel Edgar T. Conley, al comandante en jefe, el general Dager. < <

[2] Jean Benech, *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 37, mayo de 1954. < <

[3] Richard R. Seibel, Defiance, Ohio, correspondencia. < <

[4] Doctor David B. Dolese, correspondencia con Leander W. Hens. < <

[5] A petición del autor, Seibel reconstruyó esta escena en el antiguo despacho de Ziereis el 8 de mayo de 1995. < <

[6] El desprecio de Seibel por Dürmayer, y su enorme respeto por Busik y Marsik, eran tan intensos en 1995 como en 1945. <<

[7] Richard R. Seibel, correspondencia. < <

[8] García Alonso, entrevista. < <

[9] Richard R. Seibel, correspondencia. < <

[10] Seibel, entrevista. < <

[11] 11.ª División Acorazada de Estados Unidos, informe periódico n.º 129, 8 de mayo de 1945. < <

[12] Sid Goldstein al teniente William J. Keefer, carta de 16 de agosto de 1995. < <

[13] Richard R. Seibel, correspondencia. < <

[14] Cf. Jean Benech, *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen*, 37, mayo de 1954. < <

[15] Richard R. Seibel, correspondencia. < <

[16] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

[17] Debrise, 185. En cuanto a los fotógrafos que trabajaban en los campos liberados, véase Abzug. < <

[18] Seibel, declaración. < <

[19] NARA, 338/100. < <

[20] Sid Goldstein a William J. Kiefer, carta de 16 de agosto de 1995. < <

[21] Premysl Dobiáš, correspondencia. < <

[22] Peter Passett, informe sin identificar, 1945. < <

[23] 11.ª División Acorazada de Estados Unidos, Informe Periódico n.º 133, 12 de mayo de 1945. < <

[24] Informe Passet. <<

[25] Richard R. Seibel, correspondencia. < <

[26] NARA, 338/341. Rudolf Pötsch, un amigo de la familia Ziereis, afirma que tras la guerra Ida se trasladó a América. < <

[27] NARA, 338/345. < <

[28] NARA 338/345. < <

[29] Seibel, entrevista. < <

4. Ebensee: la última liberación

[1] *Ibid.* < <

[2] Fuente desconocida. < <

[3] Poltrum fue muy admirado por los supervivientes. El *Bulletin de l'Amicale de Mauthausen* le rindió homenaje en su muerte en 1951. <<

[4] Havez era evidentemente tan dogmático como estalinista que para la mayoría resultaba inaceptable. < <

[5] 11.ª División Acorazada de Estados Unidos, «After Action», junio de 1945. < <

5. Castigo e impunidad para los criminales de las SS

[1] Himmler murió en brazos del general de brigada Susia Reich, un judío palestino de origen ruso que servía como oficial de inteligencia en el ejército británico. Minutos antes, Himmler había estado dándole golpecitos en el hombro y llamándole «*mein lieber*». <<

[2] Calvocoressi, entrevista. < <

[3] «Al llegar fuimos recibidos por una orquesta formada por chicas jóvenes y bonitas que llevaban blusas blancas y faldas azules. Interpretaban a Offenbach y Lehar (recuerdo *La viuda alegre*), mientras los SS decidían si iríamos directamente a la cámara de gas o nos quedaríamos a trabajar hasta morir. […] A los SS se les agotaba el Zyklon-B. En tales ocasiones, la solución era arrojar a los niños pequeños vivos al horno.» < <

[4] Grau murió en 1991. En una carta fechada el 15 de junio de 1965, Grau escribió que Pointner ocultó el paquete en el sótano, lo que no es cierto; es posible que Pointner no revelara el lugar ni siquiera a los muchachos. Grau añade que el paquete contenía solo negativos; es dudoso que Grau estuviera informado en ese tiempo sobre el contenido. Grau también afirma que los tres españoles requisaron entonces el laboratorio fotográfico del pueblo de Mauthausen, donde Boix imprimió las copias de los negativos. Esta carta fue reproducida en un artículo firmado como «Luisín», el seudónimo del incondicional comunista Luis García Manzano que, todavía veinte años más tarde, prefería no ser relacionado con lo que escribió (*Le Patriote résistant*, suplemento al n.º 426, abril de 1975). <<

[5] SS-Hauptsturmführer Adolf Zutter al capitán estadounidense A. J. Hackl, Polizeigefängnis Linz, 2 de agosto de 1945 (Bundesarchiv Berlín, 1169/98/4 NS 4 Ma/vorl 56). < <

[6] *Le Patriote résistant*, suplemento al n.º 426, abril de 1975. < <

[7] Refiriéndose a una ocasión en 1943, Boix declaró: «Después de revelar la película, hice cinco copias de cada negativo, y las envié, con el negativo, a Berlín» (Dubost, 153). Si el abogado de Kaltenbrunner, Ludwig Babel, hubiera preparado su informe, habría hecho pedazos su testimonio. < <

[8] NARA, 338/337. < <

[9] NARA, 338/344. < <

[10] Presumiblemente, 1. SS-Pz. Div. «Leibstandarte Adolf Hitler», que en abril de 1945 estaba combatiendo en Austria en la zona de Steyr. <<

[11] NARA, 338/334. < <

[12] Entre los 58 sentenciados a muerte estuvieron: Altfuldisch, Bruening, Drabek, Eigruber, Eisenhöfer, Grimm, Haeger, Hegenscheidt, Ludolf, Wilhelm Müller, Niedermeyer, Nohel, Spatzenegger, Trauner, Trum, Wasicky, Zoller, Zutter, los médicos Entress, Henkel, Höhler, Jobst, Krebsbach y Wolter, y el kapo Goessl. Todos fueron ahorcados, salvo Höhler, cuya sentencia fue conmutada por cadena perpetua. < <

[13] Entre los intentos para eludir un veredicto de culpabilidad se sitúa el del ayudante de Ziereis, Adolf Zutter, que firmó su declaración jurada delante del capitán A. J. Hackl en la prisión de Linz el 2 de agosto de 1945. No consiguió nada. Fue ahorcado en Dachau con los demás. <<

[14] El SS-Hauptsturmführer Hans Altfuldisch, que había servido desde el otoño de 1944 como ayudante de Bachmayer, o segundo Schutzschaftlagerführer. < <

[15] NARA, 338/358. < <

[16] NARA, 338/344. < <

[17] NARA, 338/374. < <

[18] NARA, 338/287. < <

[19] Las autoridades germano-occidentales ofrecieron a Antonio García un guardaespaldas, para protegerle de los simpatizantes nazis, pero lo rechazó. < <

[20] Allen Cowell, *The New York Times*, 3 de agosto de 1996. < <

Epílogo

[*] «Olvidar el mal pasado es dejar que se repita.» Inscripción en el monumento en Mauthausen a los griegos allí fallecidos. < <

[1] En el menguante perímetro alemán, uno de los cuatro ejércitos alemanes, el 6.º bajo el mando del general Hermann Balck, había sido desmembrado de tal forma que el general Hermann Breith, comandante del III Panzerkorps, se rindió a los estadounidenses al norte mientras que el IV SS-Panzerkorps, a las órdenes del SS-Obergruppenführer Herbert Gille, lo hizo a los británicos en el sur. <<

[2] Cuartel general, 12.º Grupo de Ejércitos, Informe Periódico G-2, Secreto, 26 de mayo de 1945. < <

[3] Mariano Constante ofrece su versión: «El coronel Seibel anunció que iba a enviar a todos los españoles a un campo de personas desplazadas en Alemania. [*No hay referencia a semejante anuncio en ningún documento*.] Aquello creó furia general. Decidimos enviar una delegación al cuartel general de los soviéticos en Krems. Nuestra delegación (Razola, Sánchez, Perlado, Constante) tuvo algunos problemas, pero finalmente consiguió llegar a la oficina de Koniev. Él no estaba. [*¿Cómo le explicaría el mariscal Koniev su ausencia a Stalin? Constante no lo dice*.] Cuando Koniev finalmente llegó, dijo: "¿Qué queréis?". No confiaban en nosotros. Luego espetó: "¿Qué puedo hacer por vosotros?". Después: "Voy a telefonear a Stalin esta tarde"». En esta conversación con Koniev, Constante mencionó la presencia en Mauthausen de Franz Dahlem. (Si Stalin iba a oír el nombre de Mauthausen por primera vez, el de Dahlem le era familiar.) Constante añade que más tarde oyó que Stalin envió de inmediato un avión a Krems para recoger a Dahlem y llevarle a Moscú. Constante no hace más comentario del anuncio de Seibel o de la reacción de Koniev, pero expresa el mismo disgusto que sintió Seibel al ver a los ex prisioneros soviéticos forzados a ir andando desde Mauthausen para unirse a las filas soviéticas. Constante dice que los vio en las carreteras y al mismo tiempo advirtió la abundancia de transporte soviético que podría habérseles prestado (Mariano Constante, videocasete, Fondation). <<

[4] Bargueño, entrevista, recuerda haber recibido de otro prisionero una fotografía que le pertenecía. < <

[5] Kennington, entrevista. < <

[6] Martha Gammer, St. Georgen, correspondencia. < <

[7] Valade, entrevista. < <

[8] Daix, entrevista. < <

[9] García Alonso, entrevista. < <

[10] Propietario de la taberna, Mauthausen, entrevista. <<

[11] García Alonso, entrevista. < <

[12] García Barrado, entrevista. < <

[13] De Diego, entrevista. < <

[14] Juan de Diego, videocasete, Fondation. <<

[15] García Alonso, entrevista. < <

[16] Cf. Miguel Serra, *Mauthausen: Bulletin*, 195, abril de 1979. Climent vivió el resto de su vida en Fresnes, célebre por su prisión. <<

[17] De Diego, entrevista. A la muerte de Climent en marzo de 1979, Antonio García escribió un emotivo obituario que tal vez nunca fue publicado. Climent, dijo García, era un perfeccionista que salió siempre en defensa de la verdad y combatió siempre a los falsificadores de su historia. «Todos nosotros —añadió— hicimos lo posible por hacerle la vida más soportable, pero no pudo liberarse de las fantasmas que le tenían atrapado. A su mujer, hijas y familiares, les pedimos perdón en su nombre.» García concluyó con dos frases que nos invitan a pensar: «Climent se lleva muchos secretos con él. Un proyecto de libro anunciado por la FEDIP sacaría a la luz muchos de estos secretos» (Antonio García, *Crónicas de nuestro tiempo*). < <

[18] Chozas, entrevista. < <

[19] Bargueño, entrevista. < <

[20] Nates y Santisteban, entrevista. Solo Antonio García, a quien Verge ayudó realmente, le recuerda con aprecio. < <

[21] Bargueño y Mme. Bargueño, entrevista; Diego, entrevista. Santisteban, presidente de FEDIP, me contó que Verge escapó al juicio «porque los comunistas le protegieron». Verge no desapareció del todo. Estuvo presente en el proceso de Dachau en 1947 de dos antiguos SS: Eduard Klerner y Karl Richard Schulz, los dos de la Politische Abteilung. Declaró ante el tribunal que había aprobado los exámenes finales de la carrera de medicina, pero que todavía no tenía el título. <<

[22] Conocida originalmente como la Amicale d'Anciens Déportés Politiques, estaba en París en el número 10 de la rue Leroux antes de trasladarse a sus instalaciones actuales en el 31 del bulevar Saint-Germain. Mariano Constante (videocasete) vuelve a decir cosas como: «Yo fui con Valley uno de los fundadores de la Amicale». < <

[23] *Triangle* bleu, la obra colectiva redactada por Razola y Constante, apareció en París en francés diez años antes de su edición española en Barcelona. Pierre Daix, su prologuista, ha explicado recientemente por qué se negaron a los autores los servicios de Éditions Sociales, la principal editorial comunista de París: «La Amicale era tan dogmáticamente comunista que la obra fue rechazada, juzgándose inaceptables sus alusiones al fútbol y otros factores que, según la Amicale, restaban importancia a la terrible realidad del campo» (entrevista). < <